

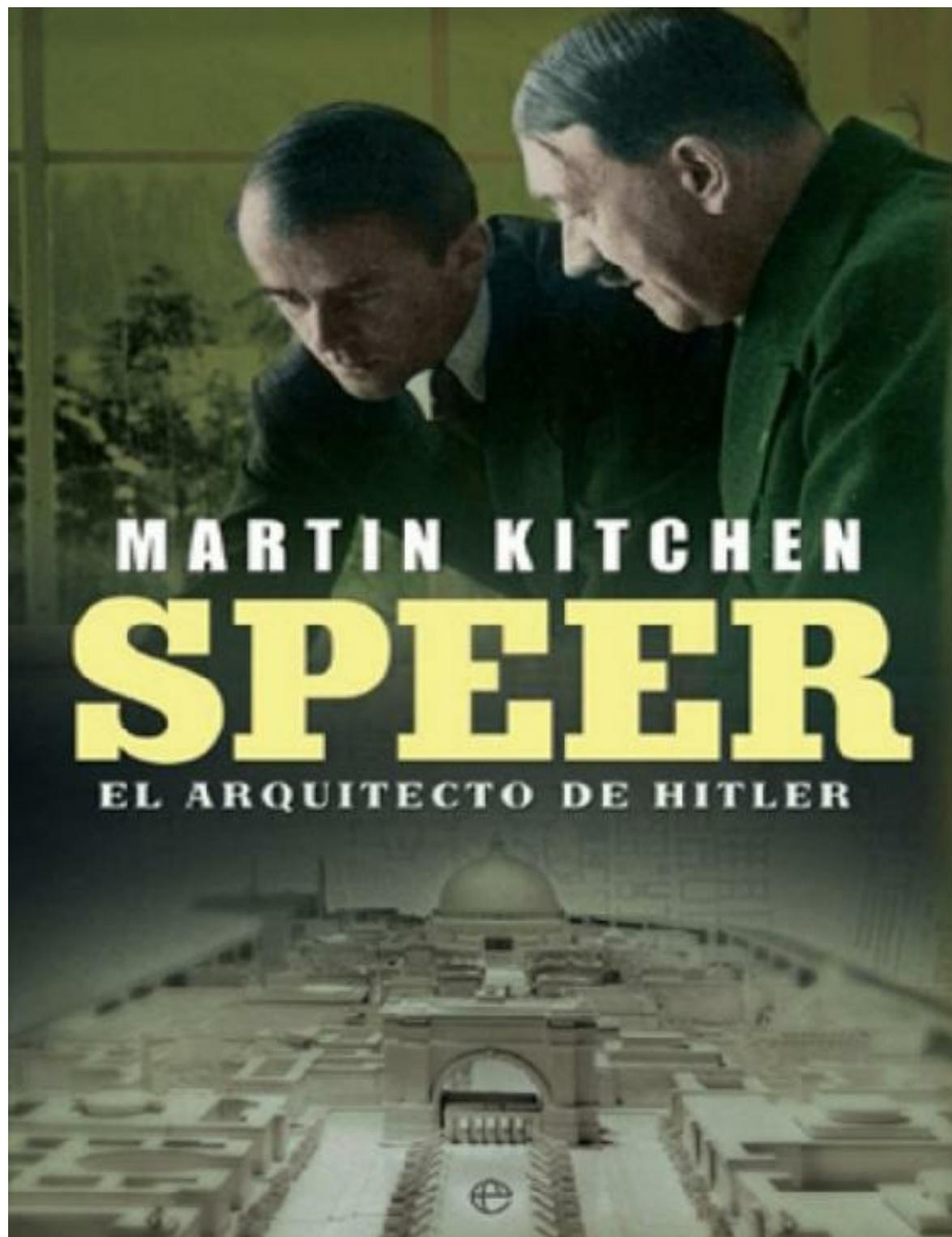


**MARTIN KITCHEN**

# **SPEER**

**EL ARQUITECTO DE HITLER**





MARTIN KITCHEN

# SPEER

EL ARQUITECTO DE HITLER

Martin Kitchen  
Speer

El arquitecto de Hitler

*Traducción del inglés*  
Javier Alonso

la esfera  de los libros

Primera edición: mayo de 2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Título original: *Speer. Hitler's Architect*, publicado con licencia de Yale University Press

© Yale University, 2015

© Martin Kitchen, 2015

© De la traducción: Javier Alonso, 2017

© La Esfera de los Libros, S. L., 2017

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Teléf.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

ISBN: 978-84-9164-019-6

Depósito legal: M. 9.641-2017

Fotocomposición: Creative XML, S.L.

Impresión: Anzos

Encuadernación: Méndez

Impreso en España-*Printed in Spain*

# ÍNDICE

## AGRADECIMIENTOS

## INTRODUCCIÓN

1. EL JOVEN ARQUITECTO

2. NÚREMBERG Y BERLÍN

3. GERMANIA

4. EL ESTADO DEL ARMAMENTO ALEMÁN EN 1942

5. MINISTRO DE ARMAMENTOS

6. MANO DE OBRA: LIBRE, FORZADA Y ESCLAVA

7. LA CONSOLIDACIÓN DEL PODER

8. EL DESAFÍO AL PODER

9. ARMAS MILAGROSAS

10. EL FINAL A LA VISTA

11. DERROTA

12. NÚREMBERG

13. SPANDAU

14. EL NAZI BUENO

## CONCLUSIÓN

## NOTAS

## ABREVIATURAS

## BIBLIOGRAFÍA

*A Alfred Franke.  
In memoriam.*

*Ein König, der Unmenschliches verlangt, Findt Diener gnug,  
die gegen Gnad und Lohn Den halben Fluch der Tat begierig fassen.*

*«Un rey que exige acciones inhumanas encontrará suficientes  
servidores que, por la gracia y el pago, aceptarán ansiosos  
la mitad de la maldición».*

*(Goethe, Ifigenia en Táuride, acto 5, escena 3)*

## AGRADECIMIENTOS

Aunque cada vez es más común reducir los agradecimientos a dar las gracias por los permisos de reproducción de material de obras con copyright, archivos o agencias de imágenes, siento que es mi obligación expresar mi gratitud y mi reconocimiento a aquellos sin cuya ayuda este libro nunca hubiera alcanzado su estado actual.

En primer lugar están los muchos historiadores y periodistas que han buscado comprender los múltiples aspectos de la vida de Albert Speer — como arquitecto, Ministro de Armamentos, gran criminal de guerra condenado a veinte años de prisión y «nazi bueno» que proporcionó una coartada para una nación. Gracias a todos aquellos cuyos nombres aparecen en mis notas finales y en la bibliografía. Además, estoy enormemente agradecido a Kirsten Brast por sus perspicaces comentarios acerca de los esfuerzos de Speer por hacer frente a su pasado. Luego están aquellos amigos y compañeros cuyo interés, muestras de ánimo y apoyo fueron tan importantes para mí. Son demasiados para mencionarlos por sus nombres.

Nada de esto habría sido posible sin la experta ayuda de Vera Yuen y Sonny Wong, del departamento de préstamos inter-bibliotecarios de la biblioteca de la Universidad Simon Fraser, que localizaron un tesoro de material poco conocido. También estoy agradecido al personal del Bundesarchiv de Berlín-Lichterfelde, cuya ayuda fue inestimable.

Gracias asimismo al Profesor John Craig, Decano de Artes y Ciencias en la Universidad Simon Fraser, que compensó la excesiva frugalidad del Consejo de Ciencias Sociales e Investigación de Canadá al negarse a financiar la investigación de los profesores eméritos proporcionando una modesta pero bienvenida ayuda financiera.

En la Yale University Press, Anne Bihan, Jane Birkett, Candida Brazil, Loulou Brown, Tami Halliday y Stephanie Pierre llevaron a cabo un magnífico trabajo solucionando un vergonzoso número de errores

tipográficos y compensando mi absoluta incapacidad para leer las pruebas de mi propio trabajo. No es necesario decir que cualquier error que haya sobrevivido es enteramente mío. Rachel Lonsdale prestó una experta ayuda para localizar imágenes y siempre se mostró dispuesta a ayudar. Meg Davies elaboró el índice y encontró varios errores que habíamos pasado por alto. Mi mayor deuda de gratitud es para con Heather McCallum, con quien he tenido la buena suerte de trabajar en numerosas ocasiones. Fue la primera en sugerir que debería echar otro vistazo a Albert Speer. Resultó ser una tarea estimulante, fascinante y a menudo abrumadora. No dejó de ofrecerme su guía, su crítica constructiva y su ánimo en los numerosos momentos de frustración.

Por último, mi agradecimiento a Bettina, a cuyo padre está dedicado el libro. Soportó un huésped no deseado mucho más tiempo de lo que se había previsto, pero nuestras conversaciones sobre su padre siempre resultaron muy vivas, fructíferas y estimulantes. Acabamos conociéndolo muy bien.

## INTRODUCCIÓN

El historiador oxoniense Hugh Trevor-Roper, a quien la Inteligencia Británica había encargado hacer frente a las afirmaciones soviéticas de que Hitler no había muerto, sino que había buscado refugio con los Aliados occidentales, entrevistó a Speer mientras se encontraba detenido en el castillo de Kramsberg, donde aguardaba el juicio de Núremberg.<sup>1</sup> Le pareció amable, comprensivo y comunicativo. No era ni un autócrata ni un cortesano, sino un intelectual sin pretensiones que parecía extrañamente fuera de lugar entre los «ignominiosos estúpidos» que rodearon a Hitler. De hecho, Trevor-Roper le hizo el mayor cumplido al decir que apenas parecía alemán. Para él, el misterio era cómo semejante hombre, que crecía en estatura cuando se le compraba con los otros personajes más próximos a Hitler, había sido un admirador tan cercano del dictador y cómo podía haberle servido de manera tan diligente.

Para Trevor-Roper, Speer era un genio organizador que podría haber servido igualmente bien a cualquier otro tipo de político. Tuvo el valor de oponerse a Hitler cuando resultó evidente que todo estaba perdido y la honradez de admitir su culpa. Su admiración por Speer se vio aumentada por su convicción de que había llevado a cabo una «revolución de Speer» al convertir una economía de paz en una economía de guerra. Había aprovechado las oportunidades disponibles en el «estado de liderazgo» (*Führerstaat*) para tomar el control de todos los aspectos de la producción armamentística, pero fue suficientemente sabio para darle a la industria cierto margen de maniobra y renunció a cargarla con una regulación innecesaria.

Para 1945, Speer se dio cuenta de que la tarea se había vuelto imposible. Había escasez de materias primas, y la ofensiva aérea de los Aliados estaba provocando estragos. No se podía igualar la abrumadora superioridad del enemigo en hombres y material. Los sueños de «armas milagrosas» que cambiarían el sentido de la marea se habían hecho pedazos. Dándose cuenta de que la victoria estaba fuera de su alcance, Speer intentó entonces preservar lo que aún pudiera salvarse a fin de allanar el camino para la transición hacia

una economía de paz. Para el otoño de 1944, Trevor-Roper veía a Speer y Hitler en un rumbo de colisión, hasta el punto de que se creyó la historia de Speer acerca de planear destruir a toda la corte de Hitler introduciendo gas venenoso dentro del bunker que se encontraba en el jardín de la Cancillería del Reich. Sin embargo, también se dio cuenta de que fueron precisamente Speer y otros de su calaña quienes hicieron posible la puesta en práctica de las repugnantes ideas de Hitler, de modo que, pese a sus muchas y excelentes cualidades, los futuros historiadores lo verían como uno de los mayores criminales nazis.<sup>2</sup>

Trevor-Roper continuó fascinado por Speer. Incluso llegó a pensar en escribir una biografía sobre él. En 1978, cuando se le preguntó por Joachim Fest, el «negro» y biógrafo de Speer, dijo que en Kramsberg se había mostrado tan favorablemente inclinado hacia Speer porque ofrecía un contraste llamativo con los despreciables y serviles «asnos» de la dirigencia nazi. Ahora había descubierto la clave del «misterio Speer». No era malvado, duro de corazón o mezquino. Era algo mucho peor. Estaba moral y emocionalmente vacío.<sup>3</sup> A Speer le hería en lo más profundo cada vez que Fest repetía maliciosamente estas palabras. Protestó aduciendo que sus conclusiones carecían de base y que la línea de la argumentación era tortuosa.<sup>4</sup> Pero Speer se equivocaba. Trevor-Roper se dio cuenta de que el carácter profundamente defectuoso de Speer era la clave para la comprensión del Tercer Reich. Mientras que los estudios sobre forajidos políticos, sádicos aventureros y vendedores ambulantes de ideas dañinas revelan poco más que retratos psicológicos de arribistas retorcidos por quienes resulta imposible sentir nada más que la más profunda repugnancia, fueron los Speers quienes hicieron posible el régimen. La limitada confesión de culpabilidad de Speer formaba parte de un intento deliberado por distanciarse tanto como fuera posible de este desagradable ramillete, con la esperanza de absolverse de ese modo de los peores crímenes del régimen. En realidad, solo sirvió para demostrar cuán cerca trabajaron unos y otros.

Era algo de lo que Speer era incómodamente consciente. En una nota fechada el 11 de octubre de 1946, escribía: «Me parece que los Himmlers, Bormanns y Streichers no explican el éxito de Hitler ante el pueblo alemán. Al contrario, Hitler se apoyó en el idealismo y la devoción de personas como yo. Nosotros, que pusimos primero todo lo demás, lo hicimos posible. Los ladrones y los elementos criminales siempre están ahí. No explican nada».<sup>5</sup> Speer era del nuevo tipo de gestión, imperturbable ante las preocupaciones

morales, decidido a abrirse camino en el mundo, dispuesto a someterse sin miramientos a las exigencias de los tiempos y a disfrutar de sus frutos.

Albert Speer reunía todos estos requisitos previos para una carrera exitosa. Nació en una familia adinerada, era excepcionalmente inteligente, superó sin demasiados esfuerzos su formación como arquitecto y a la edad de veintitrés años fue nombrado ayudante de Heinrich Tessenow, uno de los más distinguidos arquitectos y planificador urbano de la República de Weimar. Pero las oportunidades para un arquitecto joven, incluso para alguien con unas credenciales tan impresionantes, eran escasas en 1928. Con el comienzo de la Gran Depresión desaparecieron por completo.

Era un ejemplo típico de su clase y su generación. Demasiado joven para haber combatido en la Primera Guerra Mundial, fingió rebelarse contra las certezas burguesas de su padre liberal. Retraído por naturaleza, era una especie de tipo solitario que adoptaba una actitud suavemente poco convencional, deliberadamente opuesta a la de sus padres al casarse con una mujer de una clase social inferior. Aunque aseguraba que solamente se sentía completamente realizado en una sencilla vida al aire libre, acampando, montando en canoa y disfrutando de la contemplación semi-mística de las maravillas de la naturaleza que tan en boga estaba entre la juventud alemana, quedó mucho más prendado por los placeres materiales. Los automóviles rápidos, la buena comida y el estilo de vida propio de los patricios reemplazó pronto a las canoas, las hogueras y las tiendas de campaña.

Aunque las élites nazis le consideraron un joven caballero ejemplar, Speer no encajaba bien con ese ideal. Carecía del capital cultural que constituía un componente esencial del concepto alemán de la burguesía culta. Poseía también un ligero toque propio del advenedizo, heredado quizás de su padre, cuya obsesión por exhibir su considerable fortuna nunca le preocupó, a pesar de sus frecuentes proclamas sobre su predilección por la vida sencilla. Nada de esto importaba en el círculo más íntimo de Hitler. Pese a los esfuerzos de las mujeres que lo acogieron en Múnich, Helen Bechstein, Helene Hanfstaengl y Elsa Bruckmann, así como su amigo íntimo Winifred Wagner, Hitler siempre siguió siendo, en cierto modo, un inepto social. Jamás dominó el delicado arte de besar manos. Sus reverencias eran demasiado rígidas y lentas. Los ramos de flores que regalaba eran, invariablemente, de un tamaño grotesco. No era un caballero de verdad, tal como señaló maliciosamente la madre de Speer después de una visita al Berghof. Hitler imaginaba que Joachim von Ribbentrop era un hombre sofisticado con mucho mundo. Era

también algo snob. Dos de sus colaboradores más cercanos —su ayudante naval Karl-Jesko von Puttkamer y su ayudante de la Luftwaffe Nicolaus von Below— eran de una cepa impecablemente aristocrática. Los miembros menos refinados de la élite nazi, como Julius Streicher, Fritz Sauckel y Robert Ley, eran mantenidos a distancia. Speer reunía todos los requisitos necesarios. Desde el punto de vista social, estaba a la par con la sólida clase media del general Wilhelm Keitel y el doctor Hans Lammers. En el Berghof, únicamente el siniestro Martin Bormann se mantenía claramente aparte.

Speer debía su elevada posición en gran medida a su relación extraordinariamente cercana con Hitler. Igual que, sin esta conexión esencial, Hermann Göring habría sido simplemente un veterano de la fuerza aérea con trabajos ocasionales, Joseph Goebbels el autor de novelas de segunda fila, penosas obras de teatro y algún que otro artículo periodístico, y Heinrich Himmler un criador de gallinas o un maestro rural, Speer habría tenido una modesta carrera como arquitecto de alguna ciudad pequeña. Esto era algo que Speer encontraba extremadamente difícil de aceptar. Llegó a verse a sí mismo como un artista que habría sido capaz de grandes cosas si Hitler no le hubiera llevado por el mal camino y se hubiese visto obligado a hacer realidad sus fantásticos planes para un nuevo Berlín. Después de la guerra, poco consuelo supuso que Andy Warhol fuese prácticamente el único en profesar su admiración por las contribuciones de Speer a este extravagante proyecto de «Germania». De hecho, había limitado su originalidad como arquitecto. Su éxito no se debió a sus capacidades artísticas, sino al hecho de que fuese un devoto seguidor de Hitler, además de un intermediario de gran influencia, amoral y sin escrúpulos, imperturbable ante cualquier consideración moral. Desde el inicio de su carrera, hubo de vivir con la incómoda certeza de que, sin Hitler, habría carecido de impacto.

Gracias a una serie de encuentros fortuitos y «chapuzas», Speer se convirtió en 1933 en íntimo de Hitler a la edad de veintiocho años. Cuando Paul Troost, el arquitecto favorito de Hitler, murió repentinamente el 21 de enero de 1934, nombró a Speer para sucederlo. En su día devoto discípulo de Tessenow, Speer ya había abrazado de todo corazón el estilo arquitectónico de Troost que probablemente se convertiría en vernáculo del Tercer Reich. Una vez instalado en su elevada posición, rápidamente demostró las cualidades que iban a asegurarle una carrera tan asombrosamente exitosa. Sus extraordinarios talentos organizativos ya eran evidentes. Ahora estaba en un puesto desde el que delegar autoridad, y lo hizo en gente de auténticas

habilidades. Hizo lo que Hitler le dijo que hiciera y escogió cuidadosamente su equipo para asegurarse de que se hacía bien el trabajo. En muchas cosas, era un modernista. A diferencia de los radicales nazis, no sentía el menor reparo en apoyar los grandes negocios. Aunque nacionalista tradicional de corazón, pronto se convirtió en el arquitecto de los monumentos de cultos atávicos. Desde un principio, no tuvo ningún escrúpulo acerca de emplear enormes cantidades de trabajadores esclavos procedentes de los campos de concentración de Himmler. Respaldó con entusiasmo la decisión de Hitler de arriesgarse a una guerra en 1939, pese a que podría implicar dejar en suspenso algunos de sus descomunales proyectos constructivos hasta la «Victoria Final».

En julio de 1933, el gobierno municipal de Núremberg, impresionado por el trabajo que había realizado para la celebración del primero de mayo en Berlín, le encargó diseñar el escenario para el «Congreso de la Victoria» del partido que comenzaría a finales de agosto. Speer diseñó entonces una serie de estructuras permanentes en Núremberg. Se construyeron en el estilo sobrio y contenido de Troost, pero a una escala mucho mayor. La intención de Speer era construir estructuras gigantescas como monumentos conmemorativos del Reich de los Mil Años.

Poco después de la muerte de Troost, Hitler ordenó a Speer que hiciera unos bocetos preliminares para una nueva y enorme Cancillería en Berlín. Esta iba a ser la mayor obra completada por Speer, en la que consiguió hacer realidad la visión de Hitler de un edificio representativo que ejemplificase el poder y la grandeza del Tercer Reich. Era una estructura diseñada para crear un temor reverencial e intimidar mediante su gran tamaño. Como tal, fue construido a una escala inhumana y, de este modo, no resultó ser práctico en absoluto como medio de trabajo. Construido con enormes cantidades de dinero, apenas fue utilizado hasta que Hitler pasó sus últimos días en un bunker en los jardines de la Cancillería. Para entonces, era un montón de escombros, únicamente con los muros exteriores en pie. Su salvación fue la fachada trasera que daba al jardín. Speer adoptó un neoclasicismo convencional, pero bien proporcionado y admirablemente adecuado para un edificio representativo importante.

En enero de 1937 fue nombrado Generalbauinspektor für die Reichshauptstadt o Inspector General de Edificios de la Capital del Reich (GBI). Su tarea consistía en trazar planos para un nuevo Berlín que se llamaría «Germania». Se pusieron a disposición fondos ilimitados para la

construcción de una «Capital Mundial». A tal fin, las SS fundaron la Deutsche Erd- und Steinwerke GmbH o Compañía Alemana de Tierra y Piedra (DEST) en abril de 1938. Fue fundada por Speer como GBI. En estrecha cooperación con Speer se construyeron nuevos campos de concentración en Oranienburg, Flossenbürg, Mauthausen, Gusen, Gross-Rosen y Natzweiler-Struthof para extraer de las minas la piedra y fabricar los ladrillos que había seleccionado para el proyecto de Germania. Las condiciones de trabajo en estos campos eran indescriptibles. Formaban parte integral del método de «exterminio mediante el trabajo» de Himmler. Speer tuvo la suerte de que la acusación pasó por alto este aspecto de su labor como arquitecto cuando se enfrentó a un tribunal que lo acusaba de ser un importante criminal de guerra. Oswald Pohl, a quien Himmler puso a cargo de la DEST, fue condenado a muerte.

En su calidad de GBI, Speer pisoteó las prácticas y las normas legales establecidas. Amasó enormes cantidades de dinero contratando a su propia empresa como consultora para el proyecto de Germania, aumentando sustancialmente de ese modo los generosos emolumentos que recibía por su cargo oficial. También obtuvo pingües beneficios por medio de la especulación inmobiliaria. Con el entusiasta apoyo de Goebbels, consiguió asegurarse el despido del alcalde de Berlín, Julius Lippert. Aunque devoto nacionalsocialista y apasionado antisemita, Lippert tenía serios reparos sobre el astronómico coste económico y humano de los planes de Hitler y Speer para reconstruir la ciudad.

La peor trasgresión de Speer como GBI fue el papel que representó en la persecución y expulsión de la gran comunidad judía de Berlín. Ya había una enorme escasez de alojamientos en la ciudad cuando fue puesto a cargo de la construcción de una nueva capital. Había que encontrar alojamiento adicional para la gente obligada a mudarse de las zonas fijadas para la remodelación. Durante la guerra se planteó el problema adicional de encontrar refugio para aquellos que hubiesen perdido sus hogares por los bombardeos. Con una magnífica indiferencia por los derechos de propietarios e inquilinos. Speer cooperó entusiásticamente con Goebbels, el Partido Nazi y las SS, primero para reunir a los judíos en alojamientos alternativos superpoblados, y más tarde en campos hasta que fueran transportados a las fábricas de la muerte de Europa oriental. Tras la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, Speer trabajó hombro con hombro con las SS para emplear mano de obra esclava, gran parte de la cual era judía, a fin de construir una autopista a

través de Ucrania que había sido diseñada para unir Berlín con la Riviera de Crimea. También puso su experiencia a disposición del Reichsführer-SS Himmler, ayudándole a diseñar sus ciudades modelo en un futuro imperio oriental que alojaría una nueva raza de colonos alemanes.

Speer visitó el cuartel general de Hitler en Rastenburg el 7 de febrero de 1942 tras haber llevado a cabo una amplia y dura visita a sus operaciones en la Unión Soviética. El Ministro de Armamentos, Fritz Todt, también estuvo presente. Había acudido con la esperanza de convencer a Hitler de que, si quería tener alguna posibilidad de éxito, todo el sistema de producción y distribución de armamento tenía que ser alterado de manera drástica para una nueva ofensiva en el este. A primera hora de la mañana siguiente, el avión que iba a trasladar a Todt de regreso a Berlín explotó poco después de despegar. Murieron todas las personas que iban a bordo. Speer había pretendido tomar aquel vuelo, pero Hitler insistió en discutir con él sus planes para reconstruir Berlín después de que hubiera hablado con Todt. Su conversación se prolongó hasta las tres de la madrugada. Agotado y con una imperiosa necesidad de un buen sueño, Speer canceló el viaje.

Sin dudarlo, Hitler nombró a Speer para sustituir a Fritz Todt tanto en calidad de Ministro de Armamentos como en la de jefe de la Organización Todt, la colosal empresa constructora controlada por el gobierno. No renunció a ninguna de sus tareas como arquitecto principal y planificador de ciudades de Hitler. Por segunda vez, Speer se calzaba los zapatos de un hombre muerto. El nombramiento del favorito de la corte para un alto cargo provocó una consternación considerable en algunos ambientes, pero resultó ser una elección excelente. Speer era joven, enérgico y absolutamente fiel a Hitler. Se había rebelado como un magnífico organizador. Hitler pensaba que el hecho de que, igual que Todt, no tuviera experiencia directa en la industria armamentística era un activo importante. Detestaba a los expertos, en particular a aquellos que tenían la impertinencia de contradecirle. Pese a que la reciente visita de Speer a Dnepropetrovsk había estado lejos de ser alentadora, no compartía la visión pesimista de Todt respecto a las perspectivas a largo plazo para Alemania. Carecía de una base de poder. Su posición dentro de la jerarquía nazi dependía únicamente de su estrecha relación con Hitler.

Speer ya había realizado algunos contactos importantes y acumulado suficiente experiencia, lo que suponía una ventaja en su nuevo cargo. Había entablado unas relaciones excelentes con el general Friedrich Fromm, quien,

como jefe del Ejército de Reserva, era responsable del armamento del ejército. Había trabajado en estrecha colaboración con las autoridades militares en Ucrania, construyendo carreteras y reparando la red ferroviaria. Había construido una fábrica especial para la compañía de aviones Junkers. Era el responsable de todos los requisitos constructivos de la Luftwaffe. Pero tenía importantes deficiencias. Daba la impresión de ser frío, distante y arrogante. No tenía ni la calidez de personalidad de Todt ni su experiencia profesional. Todt se había unido al Partido Nazi en 1922, mientras que Speer era visto como un recién llegado oportunista que tenía unos pocos contactos muy importantes dentro del partido. Aunque iba a acumular unos poderes muy considerables, jamás estaría a la altura de gente como Goebbels, Bromann, Himmler o incluso Göring hasta que este último se sumió en un letargo provocado por las drogas. Desde un principio tuvo que enfrentarse a una serie de ambiciosos subordinados que estaban decididos a afirmar su independencia. Seleccionó un magnífico equipo de expertos, muchos de los cuales habían servido bajo su predecesor, pero muy pronto hubo de luchar contra la disidencia dentro de su propio ministerio, mientras se veía constantemente involucrado en luchas por el poder entre una élite envidiosa. Por lo tanto, todo dependía de su relación con Hitler. Cuando se debilitó el apoyo de Hitler, Speer estuvo perdido.

La situación que Speer heredó de Fritz Todt era enormemente confusa. El Ministerio de Armamentos solo era responsable de las armas del Ejército de Tierra, aunque también proporcionaba municiones a la Armada y a la Luftwaffe. Así pues, tenía que competir con otras agencias. El Oberkommando der Wehrmacht o Mando Supremo de las Fuerzas Armadas (OKW) y el general Georg Thomas como jefe de la Oficina de Armamentos, tenían amplios poderes, igual que Göring, en su calidad de jefe del Plan Cuatrienal. La Armada y la Luftwaffe eran responsables, cada una de ellas, de sus propios armamentos. El Ministro de Economía, y el jefe del Reichsbank Walther Funk, tenían una influencia considerable sobre la asignación de los recursos. El Partido Nazi y los Gauleiters, que solían respaldar los pequeños negocios, luchaban contra los «plutócratas» que se empeñaban en la racionalización y la centralización. La industria intentaba librarse del molesto control gubernamental. Y sin embargo, a pesar de toda esta confusión y esfuerzos duplicados, para febrero de 1942 los logros de la industria armamentística alemana eran verdaderamente notables. Speer no obró un milagro, como él mismo proclamaría tiempo después. Construyó

sobre unos sólidos cimientos y cosechó los beneficios de esfuerzos anteriores.

Rodeado por un equipo de expertos de enorme talento tanto en Núremberg como en Berlín, Speer se dedicó a extender los poderes e influencia del Ministerio de Armamentos. Y lo hizo con una determinación tan despiadada, una ambición tan ilimitada y un desdén tan absoluto por la práctica establecida que llegó a alarmar a muchas de las figuras claves del séquito de Hitler. Entre estos destacaron el jefe del OKW, Wilhelm Keitel; el jefe de la Cancillería del Partido, Martin Bormann; y el jefe de la Cancillería del Reich, Hans Lammers. Seguro del apoyo incondicional de Hitler, Speer permaneció impávido. Alimentado por un inesperado hambre de poder, acumuló a una velocidad sorprendente un abanico tan amplio de responsabilidades que se convirtió en una de las figuras más formidables del Tercer Reich.

En dos meses, Speer consiguió ejercer su autoridad sobre todas las cuestiones relativas al armamento en el poderoso Plan Cuatrienal de Göring con la creación de la Central de Planificación, una organización que le dio el control sobre el 90 por ciento de la industria armamentística. En cuestión de semanas, el Ejército perdió el dominio sobre el armamento. La Luftwaffe, bajo el eficaz mando del mariscal de campo Erhard Milch, sintió que servía mejor a sus intereses cooperando estrechamente con Speer, quien arrebató al Ministerio de Economía el abastecimiento de combustible y energía, socavó la autoridad de los gauleiters y las autoridades locales del partido y amplió sus poderes por la Europa ocupada. La industria se vio liberada del tiránico control burocrático y de los impuestos gravosos para sacar provecho de una fijación conveniente de precios. Speer ejerció un control indirecto sobre la Armada al excluirla de la Oficina Central de Planificación y dictando la asignación de acero. En julio de 1943 asumió la autoridad formal sobre el armamento naval. En los meses siguientes absorbió gran parte del Ministerio de Economía para convertirse, en palabras del almirante Dönitz, en el «dictador económico de Europa». Esto tuvo su reflejo en el cambio de denominación de su cargo, de Ministro del Reich para el Armamento y las Municiones a Ministro del Reich para el Armamento y la Producción de Guerra.

A los empresarios se les ofrecieron algunas tentadoras zanahorias, mientras que la fuerza de trabajo no recibió nada más que palos. En estrecha colaboración con Fritz Sauckel, el gauleiter de Turingia, Speer peinó la Europa ocupada en busca de trabajadores, fuesen libres, forzados o esclavos. Amenazó a todos aquellos considerados holgazanes o enfermos fingidos con

unos castigos tan feroces que un impresionado Himmler llegó a suplicar clemencia. Speer ignoró todo este tipo de preocupaciones y ordenó la detención de los críticos del muy mal gestionado programa de Himmler para la construcción de los submarinos. En otras cuestiones, sin embargo, ambos hombres estaban tan de acuerdo que se llegó a hablar de un eje Speer-Himmler. Speer proporcionó a Himmler los materiales de construcción para sus campos de concentración, incluidos los medios para «la puesta en práctica de tratamientos especiales» en Auschwitz. No obstante, se quejó de que los alojamientos de ciertos campos de concentración eran en conjunto demasiado lujosos. Himmler cumplió con su parte del acuerdo proporcionando grandes cantidades de mano de obra esclava para sus proyectos arquitectónicos y la industria armamentística.

Durante una visita a las tropas de la Organización Todt en Laponia durante la Navidad de 1943, Speer sufrió una lesión de rodilla. Combinada con el agotamiento y lo que parecería haber sido una importante depresión, cayó gravemente enfermo y pasó varios meses bajo el cuidado del poco fiable médico personal de Himmler, el Profesor Karl Gebhardt. Sus rivales, tanto dentro como fuera del Ministerio de Armamentos, aprovecharon la oportunidad para socavar seriamente su autoridad y sembrar la duda en la mente de Hitler acerca de su protegido favorito. Speer se defendió lo mejor que pudo, pero para el verano de 1944 había perdido el dominio efectivo sobre la Organización Todt en favor de Franz Xaver Dorsch. Karl-Otto Saur estaba firmemente asentado al cargo de los armamentos, mientras que el SS-Brigadeführer Hans Kammler, que tenía una responsabilidad general sobre los campos de concentración, incluidas las cámaras de gas y los crematorios, dirigía el programa del cohete V-2. En marzo de 1945 fue puesto a cargo de la producción de aeroplanos. Hans Kehrl ejercía un control total sobre aquellas secciones del Ministerio de Economía que habían sido absorbidas por el ministerio de Speer. Albert Ganzenmüller, aunque únicamente era Director General Adjunto de los Ferrocarriles Estatales, actuaba de forma absolutamente independiente, a pesar de que, desde un punto de vista formal, estaba a las órdenes de Speer. Así, aunque había acumulado enormes poderes, con el apoyo de Hitler que ya no era incondicional, la posición de Speer estaba notablemente debilitada. A consecuencia del intento de asesinato de Hitler el 20 de julio de 1944, sus rivales lanzaron una serie de ataques contra varios de sus colaboradores más cercanos, mientras su sistema de autodeterminación industrial se veía sometido a los feroces ataques tanto

por parte de los radicales nacionalsocialistas que se contaban entre los gauleiters y el Partido Nazi, como por parte de Hans Kehrl, una figura clave tanto en el Ministerio de Armamentos como en el de Economía, que pidió una planificación rigurosa en lugar de la complicada serie de redes, comités, grupos empresariales y puestos personales solapados que Speer había heredado de Fritz Todt.

Speer intentó reforzar su posición con cifras de producción descaradamente adulteradas, exhortaciones a un supremo esfuerzo de guerra e ilusorias promesas de que las maravillosas armas nuevas traerían la victoria final. A pesar de que las V1 y V2 habían demostrado carecer de valor militar, que los suministros de materias primas menguaban de manera desesperada y que se había desmoronado la red de transporte, se negó a extraer la conclusión obvia de que no se podía ganar la guerra. Continuó dando a Hitler la impresión de que pronto cambiaría la marea. En los últimos momentos de la guerra, Speer fue una figura solitaria. Sobre el papel, había acumulado unos poderes excepcionales hasta convertirse en una de las figuras clave del Tercer Reich, pero, en realidad, ya no gozaba del apoyo incondicional de Hitler sin el cual prácticamente carecía de poder. Al mismo tiempo, el poder que ejercía sobre su ministerio ampliamente expandido se le escapaba de las manos mientras rivales influyentes maquinaban contra él. La Oficina Central de Planificación de Hans Kehrl, creada a finales de 1944, arrebató a Speer gran parte de su poder, pero, como las comunicaciones y el transporte estaban interrumpidos por los bombardeos aliados, ya no era posible un poder centralizado. El poder recayó entonces sobre las autoridades locales. La planificación central dio paso a una apresurada improvisación. Para 1943, Hermann Giesler había reemplazado a Speer como arquitecto favorito de Hitler. A medida que se desmoronaba el Tercer Reich, Hitler comenzó a ignorar las maquetas de Speer para Alemania, el pretencioso monumento a sus futuras victorias. Ahora encontraba consuelo en la contemplación de los planos de Giesler para reconstruir Linz, donde pretendía ser enterrado.

El comportamiento de Speer en las fases finales de la guerra fue confuso y ambiguo. Mostró un coraje considerable al desafiar el intento de Hitler de destruir todo lo que pudiera en un espeluznante acto de auto-inmolación nacional, mientras que, al mismo tiempo, hacía todo lo posible para proporcionar a las fuerzas armadas el medio para continuar lo que se había convertido en una lucha sin sentido. A veces se dejaba llevar al reino de la fantasía, e imaginaba que el Grupo de Ejércitos B del mariscal de campo

Model podía salvar el Ruhr. Sugirió una misión de bombardeo suicida contra las estaciones eléctricas de la Unión Soviética en la que él mismo tomaría parte. En momentos más serenos, consciente de su futura carrera, mostró la debida preocupación por las necesidades de Alemania después de la guerra. Hizo todo lo posible para detener la destrucción de plantas industriales a medida que avanzaban los ejércitos aliados. Ordenó que se retirasen los explosivos colocados en puentes clave y se aseguró de que no se activasen las minas. Muy consciente de que el país se enfrentaría muy pronto a una escasez crónica de alimentos, prestó especial atención a las necesidades de la agricultura, pero mostró una total indiferencia por el número de bajas e hizo caso omiso de las acuciantes necesidades de cientos de miles de desventurados refugiados.

Aunque de hecho había sido desposeído de gran parte de su poder e influencia, Speer seguía imaginando que Hitler podría designarle como su sucesor. Esta parecería ser la única explicación plausible para su arriesgado vuelo a Berlín el 23 de abril de 1945. Esperaba que el resultado justificaría el considerable riesgo asumido. El día antes de emprender este complicado viaje, escribió a su esposa: «Mi querida Gretel, pienso tanto en una nueva vida juntos... mucho de lo que no es natural desaparecerá y las cosas serán mucho mejores... Mi propósito es cuidar de ti y de los niños. Estoy seguro de que tendré éxito. Hasta ahora siempre he logrado lo que me he propuesto».<sup>6</sup> Ya se había despedido de Hitler durante su triste celebración de cumpleaños tres días antes. Esto difícilmente habría sido un último intento por parchear su relación hecha jirones. Ahora Hitler no tenía tiempo para su antiguo favorito, que ni siquiera fue mencionado en la lista de futuros nombramientos. Sin embargo, Speer seguía sintiéndose profundamente ligado a un hombre que le había bañado en poder y gloria y a quien le había ofrecido algo parecido a la amistad. Las noticias del suicidio de Hitler lo dejaron completamente destrozado. Por primera vez en su vida, se sintió superado por una profunda emoción. Pero no duraría mucho. Su atención se concentró entonces en asegurarse una posición en el mundo de la posguerra. Para ello, necesitaba atraerse la simpatía de los Aliados y reinventarse como un arrepentido apolítico, desconocedor de los crímenes cometidos por el régimen al que había servido desde un alto cargo, una víctima inocente de una época tecnocrática sin remordimientos.

Capturado por los Aliados, Speer se mostró ansioso por mostrarse absolutamente cooperador y ganarse su confianza. Ofreció a las Fuerzas

Aéreas de los Estados Unidos expertos consejos sobre la estrategia apropiada de bombardeo que debería adoptarse contra Japón. De este modo, aumentó su reputación como un obrador de milagros asegurando, contra todas las pruebas, que, debido a la incorrecta elección de objetivos, había conseguido aumentar la producción durante la ofensiva de bombardeos aliados. También utilizó la desconfianza entre los Aliados y la Unión Soviética en su propio beneficio al advertir que sería una desgracia si se viera obligado a testificar en un tribunal que pudiera ser valioso para los soviéticos. Speer impresionó a sus interlocutores. Allí había un hombre caballeroso y extremadamente inteligente que ofrecía un marcado contraste con la mayoría de miembros de la élite nazi. Tuvo tanto éxito en su intento que consiguió establecer los sólidos cimientos de la leyenda de Speer, convenciendo a bastantes mentes críticas de que era un tecnócrata apolítico que había obrado milagros y que había ofrecido una firme oposición al genio destructivo de Hitler.

Su representación durante los Juicios de Núremberg fue impresionante. Reconoció las malas acciones del régimen y admitió hasta un grado diestramente difuso su responsabilidad por las acciones criminales. Se distanció hábilmente de Fritz Sauckel y Himmler sin perder credibilidad. Respondió a las preguntas con calma, de manera coherente y convincente. Evitó la sentencia de muerte no solo porque el tribunal no tenía demasiadas pruebas incriminatorias, sino también por el marcado contraste entre su conducta y la de la mayoría de los otros acusados. En medio de una colección de hombres indignados que proclamaban que tan solo habían cumplido con su deber, orgullosos y desafiantes nacionalsocialistas y grises funcionarios, Speer era un hombre diferente, distante en cierto modo de ese terrible mundo del Tercer Reich, una anomalía y una excepción. Al declarar que él era una víctima de una era tecnológica amoral que ahora amenazaba con destruir la civilización, y al defender que los alemanes fueron también víctimas a causa de una política de bombardeos injustificable desde el punto de vista moral, contribuyó además a su imagen de posguerra cuidadosamente construida como un hombre que se había mantenido fundamentalmente decente interpretando el papel de un independiente crítico durante aquellos terribles momentos. La mayoría de los jueces quedaron debidamente impresionados, pero unos pocos consiguieron ver más allá. Algunos incluso lo consideraron el peor del lote.

Aunque hay varios estudios excelentes sobre el Ministerio de Armamentos, Speer no ha provocado el interés de muchos biógrafos, a pesar de que fue una

de las figuras clave del Tercer Reich.<sup>7</sup> Dos notables excepciones son los estudios de Joachim Fest y de Gitta Sereny.<sup>8</sup> Ambos conocieron muy bien a Speer. Fest trabajó hombro con hombro con él al escribir sus memorias, *Dentro del Tercer Reich*, y más tarde *Spandau: Los Diarios Secretos*, y continuó en estrecho contacto con él hasta su muerte. Sereny pasó doce años entrevistándolo a él y a sus colaboradores cercanos. Ambos escritores aceptaron la insistente afirmación de Speer de que él no sabía nada de la verdadera naturaleza de los crímenes cometidos por el régimen en el que había ostentado un alto cargo. Sereny, igual que en sus estudios de la asesina de niños Mary Bell, y de Franz Stangl, el comandante de los campos de la muerte de Sobibór y Treblinka, muestra bastante más simpatía por los criminales que por sus víctimas. De hecho, considera que los tres sujetos de sus estudios fueron ellos mismos víctimas de su entorno a edades tempranas y de su educación. Así, Sereny llega a creer que los fríos y nada cariñosos padres de Speer lo llevaron a buscar una figura paterna en Hitler, que tenía una vaga conciencia de algunos oscuros secretos y que aceptó su inespecífica cuota de responsabilidad compartida por lo que había ocurrido, pero de lo cual no había sido consciente. Esta es una conclusión modesta y cuestionable para un libro de una extensión excesiva, pero, aunque hay algunos fragmentos interesantes, su retrato de un hombre que batalla con la verdad resulta poco convincente.

El caso de Joachim Fest es todavía más interesante. Aunque hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que había sido engañado por Speer, no hace mención de ello en su biografía que fue publicada en 1999, dieciocho años después de la muerte del objeto de la investigación. Fest no solo desechó toda evidencia contra Speer producida por los historiadores, sino que también desafió la afirmación de Gitta Sereny de que Speer no había faltado del todo a la verdad cuando aseguró que él no sabía nada sobre la Solución Final. El resultado final fue un refrito de las memorias de Speer que fue fruto de su trabajo conjunto. En 2005, seis años después de su biografía de Speer, Fest publicó una selección de entrevistas que le había hecho y que demostraban claramente hasta qué punto le había engañado.<sup>9</sup> El reconocimiento de culpa por parte de Fest era tan tenue como el de Speer. En muchos sentidos, eran almas gemelas. A ambos les resultaba extraordinariamente duro admitir cualquier error.

La carrera de Speer en el Tercer Reich es de particular interés porque pertenecía a la típica gente aristocrática de clase media, culta, educada y de

buenas maneras que representó papeles clave en todos los aspectos del Tercer Reich. Es un reflejo del hecho de que la sociedad alemana y la dictadura nacionalsocialista mantuvieron una relación bastante armoniosa. Las distinciones de clase permanecieron prácticamente inalteradas. La aristocracia continuó representando un papel clave en los servicios armados, el cuerpo diplomático y las escalas superiores del servicio público y las SS. Alemania jamás habría podido llegar tan lejos si hubiese sido un dominio exclusivo de los inadaptados, psicópatas y sádicos de la imaginación popular. Este «Estado dual» estuvo marcado por luchas entre las antiguas estructuras administrativas de espíritu jerárquico y el aparato del partido. Esto tuvo como resultado cierto grado de caos organizativo, pero siguió siendo dinámico, competitivo y se mantuvo unido gracias a una serie de redes. Era un sistema que permitía a los jugadores hábiles como Speer volverse inmensamente poderosos, pero les hacía vulnerables a los ataques de subordinados ambiciosos. Darse cuenta de que fueron estos individuos fundamentalmente decentes, con doctorados, grandes cualificaciones profesionales, cultura y responsabilidad cívica quienes lo hicieron todo posible resultaba muy difícil de aceptar. Puesto que sus manos no goteaban sangre y no estaban directamente relacionados con los monstruosos crímenes cometidos por el régimen nacionalsocialista, tenían sus conciencias inmaculadas. Superaron suavemente el proceso de desnazificación después de la guerra para integrarse rápidamente en la Alemania de postguerra tanto en el oeste como en el este.

Speer era algo diferente en dos aspectos. Fue nombrado Ministro de Armamentos a pesar de que no era ni un técnico ni un especialista. Como arquitecto, ya había demostrado cierto liderazgo y capacidad organizativa a la hora de enfrentarse a grandes proyectos, pero no sabía nada de armamento y dejó estas cuestiones técnicas en manos de expertos cuidadosamente seleccionados. En segundo lugar, como uno de los funcionarios más importantes del Tercer Reich, se le pidieron cuentas en Núremberg, donde consiguió hábilmente evitar la pena de muerte. Entonces se dedicó a la tarea de presentarse como un hombre ansioso por expiar sus pecados de omisión, pero permaneció firme en su negación de que hubiese sido consciente de la depravación que había a su alrededor. Tuvo un gran éxito en este reto, en gran medida porque su autorretrato de un hombre que representó un papel crucial en la Alemania nazi pero que consiguió conservar limpias sus manos proporcionaba una cómoda coartada para toda una generación.

Speer sostenía que había obrado un milagro armamentístico a pesar de los intensos bombardeos aliados y aunque el avance del Ejército Rojo cortaba gradualmente los suministros esenciales de materias primas. La vanidad no fue el único motivo de esta afirmación. Las impresionantes estadísticas de producción, aunque claramente maquilladas, eran una garantía de la aprobación y el apoyo de Hitler. Un milagro armamentístico y posteriormente la promesa de las armas milagrosas era un material excelente para la maquinaria propagandística de Goebbels que comenzaba a quedarse sin material plausible después de las derrotas en Stalingrado y Túnez. La promesa de las armas milagrosas mantuvo vivas las esperanzas incluso cuando la Wehrmacht estaba en las últimas. El milagro armamentístico de Speer también ofrecía una explicación para la derrota alemana. De acuerdo con este escenario, el país estaba insuficientemente preparado para una guerra larga, y solo cuando Speer fue nombrado Ministro de Armamentos en febrero de 1942, cuando la Operación Barbarroja había fracasado, se prestó de verdad atención en toda su profundidad a la cuestión del armamento. Speer se aferró a esta narrativa cuando fue interrogado por los Aliados. Al insistir en que la ofensiva de bombardeos había sido poco eficaz, no solo fue capaz de cargar parte de la culpa por los horrores de la guerra en Alemania sobre los Aliados. En Núremberg, utilizó esta estrategia de bombardeos de los Aliados como una excusa para las pésimas condiciones en las que tuvieron que vivir los trabajadores forzados. Posteriormente argumentaría que no había distinción moral entre los bombardeos de Dresde y la masacre de mujeres y niños por las Waffen-SS en Oradur-sur-Glane.

Semejante relativismo moral se combinaba con el orgullo por sus logros y su insistencia en que no sabía nada más allá de un indicio, una percepción interior y una conciencia imaginativa de los crímenes cometidos por aquellos con quienes estaba en un contacto tan estrecho. Al mantener una actitud distante y cortés y hacer una prudente confesión de limitada culpabilidad, fue capaz de convertirse en una honorable excepción entre los paladines de Hitler. ¿Hasta qué punto se corresponde esta ingeniosa construcción con la documentación histórica?

## 1. EL JOVEN ARQUITECTO

De acuerdo con el testimonio del propio Speer, su nacimiento, justo a mediodía del 19 de marzo de 1905 en el número 19 de la Prinz-Wilhelm-Strasse de Mannheim, estuvo dramáticamente orquestado. En medio de los truenos, se podían escuchar perfectamente las campanas de la vecina iglesia del Cristo. Esta entrada en el mundo, reminiscencia de los presagios de nacimiento babilónicos o del incendio del templo de Diana en Éfeso que coincidió con el nacimiento de Alejandro Magno, no fue tan dramática. Hubo, en efecto, una tormenta en Mannheim aquel día, pero ocurrió entre las tres y las cinco de la tarde. Y era imposible que se escuchasen las campanas de la iglesia del Cristo. El joven Albert tenía seis años cuando la iglesia — una desafortunada mezcla de neobarroco y art nouveau— fue completada.<sup>1</sup>

Mannheim, situada en la confluencia de los ríos Rin y Neckar, comenzó como una fortaleza construida por el Príncipe Elector del Palatinado Federico IV en 1606, alrededor de la cual fue creciendo una ciudad. Sufrió terriblemente en la Guerra de los Treinta Años y fue saqueada por el ejército de Luis XIV en 1688. En 1720, el Príncipe Elector del Palatinado Carlos Felipe trasladó su capital desde Heidelberg a Mannheim, donde construyó un espléndido palacio que ahora alberga la Universidad. La ciudad se convirtió en un distinguido centro artístico y cultural y disfrutó de una gran prosperidad hasta que el Príncipe Elector del Palatinado Carlos Teodoro se trasladó a Múnich en 1778 como Príncipe Elector y Duque de Baviera.

A esto le sucedió un período de rápida decadencia, pero en el transcurso del siglo XIX se convirtió en un importante centro industrial. Para el año 1905 era una próspera ciudad, sólidamente burguesa y protestante con 150.000 habitantes. Los Speer eran una típica familia de clase media alta de la élite de Mannheim. Berthold Konrad Hermann Albert Speer recibió su nombre por su abuelo paterno Albert Speer, un exitoso arquitecto de Dortmund que amasó una pequeña fortuna diseñando típicos edificios neoclásicos. Murió joven, pero dejó suficiente dinero para que sus cuatro hijos recibieran una educación adecuada y para que su austera viuda matriarcal viviese de manera apropiada.

El padre de Speer, Albert Friedrich Speer, fundó un despacho de arquitectos de éxito en Mannheim. Al principio, construyó en el estilo neo-renacentista que tan en boga estaba en aquella época, pero pronto se dejó influir por el neo-clasicismo de Ludwig Hoffmann.<sup>2</sup> Estos dos estilos caen bajo la denominación generalista de «historicismo», cuyo rastro puede observarse en las obras del joven Speer durante el Tercer Reich. Para 1900, Albert estuvo en posición de contraer matrimonio con la hija de un taciturno hombre hecho a sí mismo de Mainz, el propietario de una importante compañía de máquinas-herramienta. Luise Hommel era dieciséis años más joven que su esposo. Era una joven impasible con ambiciones sociales. Aportó más dinero al matrimonio que su marido, un extra que, tiempo después, su consorte describiría como la principal causa para casarse con ella.<sup>3</sup> El abuelo materno de Speer fue el único de sus familiares capaz de mostrarle cualquier tipo de amor o afecto. Su abuela materna, por el contrario, era tan tacaña que incluso guardaba bajo llave su precioso tesoro de azucarillos.<sup>4</sup> Esta falta de afecto, absolutamente habitual en este tipo de familias, también caracterizó a la propia familia de Speer, en la que su suegra fue la única fuente de calor emocional para los niños en el seno de la familia más cercana.

El padre de Speer admitía con franqueza que su único interés por la arquitectura era que resultaba una excelente forma de ganar dinero.<sup>5</sup> No le avergonzaba hacer ostentación de su éxito en esta empresa. La vivienda de Mannheim contaba con catorce habitaciones que ocupaban una única planta de un amplio *petit hôtel* que había construido el abuelo de Speer. En 1905, el padre de Speer adquirió una parcela de tierra en Schloss-Wolfsbrunnenweg, en Heidelberg. Allí construyó una gran mansión con elaboradas puertas de hierro forjado y un camino de acceso que terminaba en un tramo de escaleras que conducía a una entrada imponente. Uno de los dos Mercedes —uno abierto para el verano y un sedán para el invierno— siempre estaba aparcado enfrente de la casa, atendido por un chófer con librea. Los Speer eran la única familia en Mannheim que poseía dos automóviles.<sup>6</sup> El personal incluía una niñera de nombre Berta, una cocinera, tres doncellas uniformadas y un criado con librea violeta. Los botones chapados en oro llevaban un falso escudo familiar. La casa estaba pródigamente amueblada, con pesados muebles holandeses en el pasillo y una estufa revestida con costosos azulejos de Delft. Había un jardín invernadero con exóticos muebles indios que su padre había comprado en la Exposición de París de 1900. El comedor estaba decorado en un estilo neo-gótico ya pasado de moda. El salón estaba forrado con maderas

oscuras y profusamente amueblado. En un primer momento, se diseñó la casa como un retiro estival, pero en el verano de 1918 los Speer abandonaron la casa de Mannheim y se mudaron a Heidelberg. La casa fue entonces ampliada para incluir un garaje y una vivienda adicional.

Hermann, el hermano mayor del joven Albert, era el favorito de la madre. Su hermano menor Ernst lo era del padre. Pero los tres recibían en gran medida un trato distante.<sup>7</sup> Tenían prohibido entrar en la casa por la puerta principal y debían hacerlo por la entrada de servicio. De igual modo, tenían que utilizar las escaleras traseras para acceder a sus habitaciones. Los niños fueron criados en una atmósfera fría y con frecuencia hostil empeorada por la tensa relación de sus padres. Como Albert señalaría años más tarde, «el amor no estaba incluido en el contrato matrimonial».<sup>8</sup> La desdicha de Speer en esta atmósfera emocionalmente fría se vio aliviada en parte por la presencia de Mademoiselle Blum, la adorable institutriz francesa de los niños, de quien más tarde diría que fue su principal fuente de afecto durante la niñez.<sup>9</sup> Esta infancia resultó todavía más triste debido a su delicada salud. Sufría mareos y desmayos que un distinguido doctor de Heidelberg diagnosticó imaginativamente como «debilidad de los nervios vasculares», pero para la cual fue incapaz de prescribir una terapia. Esto llevó a Albert a retraerse aún más, adoptando una actitud astutamente acomodaticia que posteriormente le iba a servir cuando tuviese que tratar con personas que no le gustasen.<sup>10</sup> Puesto que tenía prohibido jugar en el parque con los niños de las clases trabajadoras, el joven Albert halló una agradable amistad en Frieda, la hija del portero, cuyo apartamento insuficientemente amueblado en un sótano le pareció más acogedor que la teatral pomposidad de su propio hogar en el piso superior.

La educación formal de Albert comenzó en un pequeño colegio privado que atendía a los hijos de la élite de Mannheim. En el verano de 1918, la familia se trasladó de forma permanente a su propiedad de verano en Heidelberg. Fue enviado entonces a la Escuela Secundaria Superior Hermann von Helmholtz, lo que supuso cierto impacto en él, pues entró en contacto con algunos tipos bastante ásperos y muy por debajo de su orden social.<sup>11</sup> Pronto entabló amistad con uno de ellos, un muchacho llamado Quenzer, quien lo convenció para participar con parte de su asignación en la compra de un balón de fútbol. Sus padres se horrorizaron cuando se enteraron de que Albert mostraba entusiasmo por ese deporte decididamente plebeyo. Su nuevo amigo le enseñó lo divertido que era desafiar a la autoridad: hacían

trastadas e impresionaban a sus compañeros por el número de veces que sus nombres aparecían en los partes de clase por mal comportamiento.

Todo esto no fue más que un entretenimiento. Speer no fue un adolescente rebelde. Aunque Alemania sufrió unos cambios considerables y a menudo violentos en los años inmediatamente posteriores a la guerra, no hubo cambio profundos en la estructura social. Los valores tradicionales continuaron siendo ampliamente aceptados y las costumbres permanecieron inalteradas. Desde un punto de vista político, su padre mudó con los tiempos, dejando muy poco espacio para la confrontación total. Era un liberal, lector entusiasta del *Frankfurter Zeitung*, un periódico que daba su aprobación al Tratado de Versalles, apoyaba la política de cumplimiento de Stresemann y —con importantes colaboradores de izquierdas como Siegfried Kracauer, Walter Benjamin y Bertold Brecht— era anatema para la derecha nacionalista. Albert padre estaba suscrito al semanario crítico *Simplicissimus*, que contaba con el trabajo de Erich Kästner, Käthe Kollwitz, Kurt Tucholsky y Joachim Ringelnatz. Aceptaba la idealista visión de una Europa unida del Conde Richard Nikolaus von Coudenhove-Kalergi y el programa de reformas sociales de Friedrich Naumann, pero en casa no había discusiones políticas, y en la escuela Helmholtz no se fomentaba el pensamiento crítico ni el debate político.

Hubo un aspecto importante en el que sí desafió la autoridad y valores de sus padres. Un día, de camino al colegio, Albert, que tenía entonces diecisiete años, conoció a una joven llamada Margarete (Gretel) Weber. Era un año más joven que él, hija de un respetadísimo ebanista que era miembro del concejo municipal y un empresario de éxito. Pronto se convirtió en invitado habitual en el hogar de los Weber, donde halló algo de la calidez y el afecto del que tan tristemente carecía en su propia casa.<sup>12</sup> Los padres de Albert exhibieron un presuntuoso horror ante esta amistad. Al principio, intentaron consolarse pensando que se trataba únicamente de un arranque de amor juvenil, pero poco a poco se dieron cuenta de que, en realidad, iba a ser una relación duradera. Los Weber también estaban lejos de sentirse encantados por el afecto que Gretel profesaba a aquel pobre chico rico. La enviaron a un internado en un intento por mantenerla fuera de peligro. Las cartas que le escribió Speer suponen una curiosa lectura. Eran estiradas, pretenciosas y afectadas, sin un solo indicio de la espontaneidad y el arrebató propios de una carta de amor, pero tuvieron el efecto deseado. Un año después de conocerse, ella aceptó casarse con él, una vez que hubiera terminado sus estudios.

La salud de Albert mejoró considerablemente durante sus años de instituto. La caminata diaria hasta el centro escolar le llevaba tres cuartos de hora. A los catorce años se unió al club de remo, para mayor disgusto de su madre, que pensaba que ese deporte, igual que el fútbol, era marcadamente proletario. Finalmente se convirtió en el primer remero de las embarcaciones de cuatro y ocho remos. Disfrutaba formando parte de un equipo, pero aborrecía la parte social del club. Le disgustaba el baile, fumar y beber como hacían todos sus compañeros de embarcación. Durante toda su vida continuó siendo una especie de tipo solitario, un *outsider* que ocultaba su debilidad detrás de una fachada de superioridad impersonal y desprendida indiferencia.

De joven, Speer fue un apasionado esquiador, montañero y excursionista. También desarrolló el amor por la música. En Mannheim acudió a conciertos dirigidos por Wilhelm Furtwängler y Erich Kleiber cuando ambos artistas se encontraban al comienzo de sus brillantes carreras. Le conmovía especialmente lo dramático, romántico y triste, como la Cuarta Sinfonía de Bruckner, el aria *Liebestod* del Tristán e Isolda y la Quinta Sinfonía de Mahler. En momentos posteriores de su vida llegó a conmoverse hasta el llanto cuando su amigo Wilhelm Kempff tocó la enigmática Segunda Sonata para Piano de Chopin. Parecería que tenía una respuesta emocional ante la música y la naturaleza de la que carecía en sus relaciones personales.

Speer destacó en los estudios. Obtuvo las más altas calificaciones de todos en el *Abitur*, el examen que se realizaba antes de abandonar el instituto.<sup>13</sup> Su punto fuerte eran las Matemáticas, de manera que decidió que continuaría estudiando esta materia en la Universidad. A su padre le horrorizó que optara por tan excelente forma de morir de hambre. Tras una larga discusión, convenció a su hijo para que siguiera la tradición familiar y estudiara Arquitectura. Comenzó sus estudios en 1923 en medio de una horrenda inflación que dejó prácticamente sin valor el marco alemán. Describía una cena en una sencilla casa de huéspedes por 1.800.000 marcos como «barata», y posteriormente 400 millones por una entrada de teatro como perfectamente normal.

El padre de Speer sobrevivió a la crisis relativamente bien vendiendo la fábrica de su suegro en dólares, pero, no obstante, se vio obligado a hacer ciertos ahorros. Albert fue enviado a la Universidad Técnica en la vecina Karlsruhe. Con la principesca asignación mensual de 16 dólares podía permitirse fácilmente disponer de 20.000 millones de marcos necesarios para pagar una cena.<sup>14</sup> En noviembre de 1923 Hjalmar Schacht fue nombrado

Comisario de Asuntos Monetarios. Agitó su varita mágica y detuvo la inflación al introducir una nueva moneda conocida como *Rentenmark* (Marco seguro) que eliminaba doce ceros del *Papiermark* (Marco de papel). En diciembre fue nombrado Presidente del Reichsbank. En agosto de 1924 se introdujo el *Reichsmark* (Marco del Reich) a la par con el *Rentenmark*.

Con la inflación entonces bajo control, Speer pudo proseguir sus estudios en Múnich en la primavera de 1924. Allí pudo continuar disfrutando de la montaña y de montar en canoa, a menudo acompañado por Gretel. No se unió a ninguno de los clubes que florecieron en la República de Weimar, y prefirió saborear las maravillas de la naturaleza en un relativo aislamiento, buscando de ese modo refugio frente a la frustrante complejidad del mundo cotidiano.<sup>15</sup> Se adhirió a la entonces de moda desconfianza en la civilización y a una poco definida revolución contra las convenciones. Esta rebelión había sido poderosamente articulada por Ludwig Klages en su discurso de apertura de la reunión inaugural de la Juventud Libre Alemana en 1913, en donde formuló una denuncia embriagadoramente confusa de la moderna sociedad tecnológica.<sup>16</sup> Speer afirmaba, igual que Klages, que la naturaleza era el lugar de lo auténtico. Su hija Hilde decía que su padre jamás comprendió realmente el mundo moderno. La suya era una visión maniquea, empapada de un simplista darwinismo social.<sup>17</sup> Le fascinaba la tecnología, pero posteriormente declararía que también se consideraba su presa. Klages decía que «la mayoría de las personas no viven —simplemente existen. Están esclavizadas por sus trabajos, meras máquinas explotadas por grandes preocupaciones, siervas de Mammón, atrapadas en un delirio de acciones y salidas a bolsa. Están cautivadas por las distracciones de la vida urbana que deja a muchos una sensación de vacío y creciente desdicha».<sup>18</sup> Tiempo después, Speer descubriría en estas rapsodias apocalípticas una coartada para su comportamiento durante el Tercer Reich, y él, que se entregó a lo mejor que el mundo moderno le ofrecía, también declararía haber sido su víctima.

En el otoño de 1925, en compañía de algunos compañeros estudiantes, Speer fue a Berlín a estudiar en la renovada Universidad Técnica Berlín-Charlottenburg. Esperaban estudiar con Hans Poelzig, un distinguido representante de la escuela arquitectónica denominada *Neue Sachlichkeit*, o Nueva Objetividad. Se había unido al personal docente en 1923, y era muy conocido por el *Grosses Schauspielhaus* (Gran Teatro) de Berlín, construido en 1919, con su notable auditorio con racimos de estalactitas de yeso y su elegante vestíbulo. La producción de Max Reinhardt de la *Orestíada* de

Esquilo para la ceremonia inaugural fue uno de los mayores eventos teatrales de la década.<sup>19</sup> Como profesor, Poelzig era absolutamente práctico. Puesto que sentía que era imposible enseñar arte, se concentraba en la cuestión práctica de organizar el espacio de la mejor manera para lograr su propósito. Le decía a sus estudiantes que «hay dos encargos muy difíciles... un teatro grande y una casa muy pequeña. La casa pequeña es el más difícil de los dos».<sup>20</sup> Le gustaba impresionar a sus estudiantes al afirmar que no veía nada malo en el plagio, citando a Handel, Mozart, Shakespeare y a sí mismo como distinguidos imitadores.

Poelzig fomentaba la individualidad y la inventiva para que cada uno de sus estudiantes pudiera desarrollar su propio estilo. Se les asignaban trabajos específicos, fuese una fábrica, una iglesia, un chalet independiente o un bloque de oficinas. Los jueves y los viernes se entregaban para inspección los bocetos preliminares. Si eran aprobados, se le ordenaba al alumno que completase el proyecto. Si era rechazado, el estudiante debía participar en la siguiente competición. Tras completar tres de estos proyectos, el estudiante estaba listo para el examen final. Tal era la fama de Poelzig que la competencia era feroz entre aquellos que estaban ansiosos por sentarse a los pies del «Maestro».<sup>21</sup> A Speer, que carecía de imaginación y originalidad y cuya técnica de dibujo era inadecuada, se le negó entrar en aquel selecto círculo.

Speer se tomó las cosas con calma. En su segundo semestre, Heinrich Tessenow, tras enseñar en la Academia de Arte de Dresde, se unió a la Facultad. Era una figura prominente del movimiento conocido como Reforma de la Arquitectura, que ponía gran énfasis en lo simple, no pretencioso y práctico. Estaba muy influido por Ebenezer Howard y por el movimiento British Garden City, como puede observarse en su trabajo para la ciudad-jardín de Hellerau en Dresde y en el Hopfengarten de Magdeburgo. Era casi el polo opuesto a Poelzig. Había seguido los pasos de su padre como ebanista antes de estudiar Arquitectura. Siempre subrayó la importancia del oficio sobre el intelecto y la imaginación y, haciéndose eco de William Morris, sostenía que un artesano solo estaba en su salsa en una ciudad pequeña. La gran ciudad era para los intelectuales y los artistas.<sup>22</sup> Era una forma de anti-modernismo de la que se apropiaron los nazis radicales y que ha sobrevivido hasta nuestros días, a menudo en lugares sorprendentes.

Como profesor, Tessenow insistía en que sus estudiantes deberían tener unos profundos fundamentos sobre lo básico del trabajo de un arquitecto.

Debían concentrarse en lo esencial y mantener sus edificios tan sencillos como fuera posible. En una afirmación típicamente gnómica, afirmaba que «lo sencillo no siempre es lo mejor, pero lo mejor siempre es sencillo».<sup>23</sup> Mientras a los estudiantes de Poelzig se les animaba a seguir su propio camino, la clase de Tessenow estaba llena de aspirantes a Tessenows. Era un profesor estimulante pero excéntrico, que inspiraba una feroz lealtad o provocaba un absoluto rechazo. Speer fue un apasionado entre los primeros. Su adulación hacia su profesor era tal que decoró su apartamento en el distrito berlinés de Nikolasee al estilo de su profesor. En una carta dirigida a Gretel, escribía: «Mi nuevo profesor es el hombre más importante y de mente más preclara que he conocido jamás».<sup>24</sup>

Speer quedó también muy impresionado por el arqueólogo e historiador de la arquitectura Daniel Krencker, cuyos trabajos en Baalbek, Palmira, Aksum, Ankara, Quedlinburg y los baños romanos de Tréveris gozaban de una alta consideración. Aquí encontró Speer un rico material para su eclecticismo historicista e inspiración para sus ideas sobre el «valor de la ruina» — discutidas en el próximo capítulo— que tanto impresionaron a Hitler.

Como estudiante, Speer vestía de forma descuidada y parecía mostrar una actitud indiferente hacia sus estudios. Rudolf Wolters, que lo conoció en Múnich, lo describía como un «holgazán amable» que pagaba a estudiantes con menos recursos económicos para que hicieran los dibujos arquitectónicos en los que él no mostraba un gran talento. Era generoso, y a menudo ayudaba a compañeros como Wolters cuando se quedaban sin fondos. Una vez que se situó bajo la influencia de Tessenow, parece que Speer experimentó un cambio de actitud. Ocultaba su ilimitada ambición detrás de una máscara de elegante y suave indiferencia. Obtuvo su diploma en 1927. Seis meses después, cuando se convirtió en ayudante de Tessenow, era el más joven de toda la Universidad. En 1928, para subrayar su pertenencia a la educada y culta clase media, Speer escogió el 28 de agosto, cumpleaños de Goethe, para casarse con Gretel. Envío a sus padres, que todavía no conocían a Gretel, un telegrama que decía: «CASADOS HOY STOP CON AMOR STOP ALBERT Y GRETEL STOP».<sup>25</sup> La madre de Speer, una inveterada trepadora social, se escandalizó al enterarse de que sus peores temores se habían confirmado. Los padres de Speer necesitaron siete años para superar su resentimiento e invitar a Gretel a su hogar.<sup>26</sup> Pasaron tres semanas de luna de miel montando en canoa y acampando en el distrito del lago Mecklenburg.

La pesimista visión de Tessenow del mundo moderno como un Moloch

industrializado, impulsado por una producción en masa deslamada que creaba la alienación de las grandes ciudades y una extravagante exhibición de nueva riqueza, causó una gran impresión en Speer. Esta impresión se vio reforzada por el pesimismo cultural de moda de Oswald Spengler, tal como lo expresaba en *Prusianismo y Socialismo* (1919), donde defendía que los males tanto del capitalismo como del marxismo podían superarse mediante la alianza de trabajadores, soldados, tecnócratas e intelectuales de derechas. Juntos, aplastarían la «dictadura del dinero» y mantendrían a las masas bajo control. Speer quedó cautivado por la observación de Tessenow de que «quizás, antes de que puedan florecer de nuevo las artesanías y las ciudades pequeñas, deberíamos primero pasar por el fuego y el azufre. El día siguiente será el de los pueblos que han pasado por el infierno».<sup>27</sup> Esta visión elegantemente apocalíptica era un componente del nacionalsocialismo.

Speer concedió una gran importancia a su amor por la vida sencilla y a su aceptación del adagio de Tessenow de que lo mejor siempre es sencillo. Más tarde, durante sus años en prisión, confesó que había llegado a la conclusión de que una habitación no mucho mayor que una celda de la prisión era todo lo que necesitaba una persona normal. Este absurdo sentimental queda desmentido por su estilo de vida cuando no era huésped de los Aliados. Siempre vivió la cómoda vida de un hombre de éxito. Difícilmente puede considerarse la sencillez como el sello característico de sus diseños para reconstruir Berlín como «Germania», tal como él mismo lamentaría más tarde. Sin embargo, sí hay que admitir en su favor que se adaptó bastante bien a la dureza de los tiempos de guerra y al confinamiento en la cárcel bajo condiciones excepcionalmente rigurosas. También fue capaz de mostrar una valentía y una fortaleza considerables al defenderse él mismo contra sus enemigos y en su búsqueda individual de la principal oportunidad. Esta misma fortaleza mental protegió su conciencia frente a cualquier pensamiento turbio y le permitió sentirse impoluto ante la chabacanería y la iniquidad del régimen al que sirvió con tanta fidelidad y eficacia.

Los últimos años de la década de los veinte fueron una época desconcertante para la juventud alemana. Resultaba complicado resistirse al atractivo de las soluciones radicales, los falsos profetas y los presuntos mesías. A la derrota en la Gran Guerra le había seguido un estallido de violencia revolucionaria. El *Diktat* del Tratado de Versalles suponía una pesada carga para el país, tanto material como emocional, que resultaba dura de aceptar. Había un amplio sentimiento de que el ejército alemán había sido

«apuñalado por la espalda» en 1918 por los partidos democráticos y sus dudosos parásitos. Después de todo, esta versión de los acontecimientos se basaba en la incuestionable autoridad de semidioses como Paul von Hindenburg y Erich Ludendorff. Hubo a continuación una serie de intentos de golpes de estado tanto desde la derecha como desde la izquierda. En una atmósfera de ausencia de ley y violencia desbocada, los asesinatos políticos se convirtieron en algo habitual. Por encima de todo esto apareció la sombría experiencia de la ocupación aliada de Renania en 1923, seguida por la hiperinflación. En las universidades eran pocos los que aceptaban la república democrática como un estado legítimo. Con la Gran Depresión, el capitalismo parecía estar en las últimas y no ofrecía ninguna esperanza en un futuro mejor. Algunos estaban de acuerdo con el periodista norteamericano Lincoln Steffens, que decía que la Unión Soviética había encontrado un futuro que funcionaba, pero otros veían el comunismo como un dios que había fracasado. Muchos sentían que el capitalismo americano ya no era una alternativa viable, y un número cada vez mayor de personas sentía que el Nationalsozialistische Deutsche Arbeitspartei o Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) de Adolf Hitler ofrecía una respuesta viable. Muchos, pese a que mantenían considerables reservas respecto a los nazis, acabaron creyendo que eran la única alternativa a la dictadura del Kommunistische Partei Deutschlands o Partido Comunista de Alemania (KPD).

La Universidad Técnica de Berlín era un bastión del nacionalsocialismo. En 1928, el Nationalsozialistischer Deutscher Studentbund o Asociación Nacional de Estudiantes Socialistas Alemanes (NSDStB) de Baldur von Schirach obtuvo el 13 por ciento de los votos para el Allgemeiner Studenten Ausschuss o Consejo Escolar (AStA). Un año más tarde obtuvo el 66 por ciento. Un gran número de los estudiantes de Tessenow eran fervientes partidarios de «El Movimiento». Speer, siempre ansioso por mostrarse a sí mismo como un profesional y tecnócrata apolítico, afirma que «no estaba convencido, sino todavía indeciso» hasta que acudió junto a varios compañeros estudiantes a escuchar un discurso de Hitler a los estudiantes universitarios en Berlín en diciembre de 1930. Era un mitin para conseguir apoyo para el NSDAP en las siguientes elecciones para el consejo escolar.<sup>28</sup> Hay numerosas pruebas de que la actitud de Speer hacia el nacionalsocialismo estaba lejos de ser displicente. Uno de sus estudiantes, Peter Koller, que tiempo después, a las órdenes de Speer, iba a hacer los

planos de la ciudad de Wolfsburgo como base que alojara la factoría Volkswagen, habla de largas discusiones en el apartamento de Speer sobre el nacionalsocialismo, en particular sus propuestas para crear un estado corporativo que arreglaría una economía que estaba en ruinas.<sup>29</sup> Posteriormente, Speer deslizaría en una ocasión su identificación con los prejuicios raciales de los nazis y con otros aspectos poco atractivos de esta ideología ofensiva.<sup>30</sup> La exposición política del NSDStB no dejaba lugar a dudas. Denunciaba la «mentira de la culpabilidad de la guerra» y el Plan Young de reparaciones de guerra. Reclamaba profesorado para la «ciencia racial» y la «ciencia militar», y demandaba una estricta limitación del número de estudiantes judíos y otros «elementos ajenos a la raza germánica».<sup>31</sup>

Tessenow, aunque no era miembro del partido, mostraba simpatía por el movimiento de Hitler. Se sabía que en ocasiones leía *Die Tat* (El Hecho), el único periódico sobre la derecha radical que era intelectualmente estimulante, con colaboradores tales como Ernst Jünger, Dorothy Thompson y Sefton Delmer que ayudaron a granjearle una reputación internacional. Un tema común era que la tecnología moderna y las políticas autoritarias encajaban a la perfección. Creían que Alemania podría encontrar un sentido de comunidad que evitaría tanto el desalmado materialismo de los Estados Unidos como el desalmado colectivismo de la Unión Soviética.

Otro tema era que la crisis cultural de la sociedad moderna no se debía a la tecnología en sí, como tiempo después declararían Speer, sino más bien a que la tecnología estaba sometida a intereses comerciales egoístas. La destrucción medioambiental, la mercantilización de la cultura y el desprecio por los valores espirituales, todo ello se debía al sometimiento a las fuerzas económicas más que a la tecnología. El artista-ingeniero se oponía a los brutales intereses comerciales que se mostraban ciegos ante los «cimientos metafísicos» de la tecnología. A menudo se confundía la tecnología con lo que se consideraba la maldición del americanismo. Se identificaba falsamente la tecnología con la producción y el valor de utilización, cuando debería considerarse algo creativo. El capital financiero, parasitario y egoísta, estaba desalmadamente preocupado con la circulación y el valor del intercambio.<sup>32</sup> Los jóvenes conservadores del círculo del *Tat* sostenían que un estado fuerte necesitaba proteger a las masas de la insaciable avaricia de unos pocos. El periodista radical y pacifista Carlo von Ossietzky decía que «esto demuestra claramente el aturdimiento de la burguesía liberal, que, al enfrentarse a una crisis económica mundial, se lanza a la calle gritando, chillando y

gesticulando en éxtasis en brazos de los radicales de extrema derecha». <sup>33</sup> El círculo del *Tat* tenía una estrecha relación con los nazis de izquierdas agrupados en torno a Otto Strasser, que era un colaborador habitual del diario. El periodista británico Sefton Delmer, jefe de la oficina del *Daily Mail* en Berlín, era amigo de Ernst Röhm, el líder de los radicales «camisas pardas» de las SA. La izquierda nazi adoptó muchas de las ideas expresadas en *Die Tat*. <sup>34</sup> Tessenow, por lo tanto, no se alarmaría particularmente cuando su ayudante comenzase a mezclarse con los nazis.

Speer combinaba este pesimismo y anti-modernismo cultural de moda con una fascinación por la tecnología que tan típica resultaba en los intelectuales conservadores de la República de Weimar. Este «modernismo reaccionario» iba a encontrar su expresión radical en el nacionalsocialismo. <sup>35</sup> Era una extraña mezcla. Combinaba un entusiasta amor por la naturaleza, por montar en canoa y hacer marchas por los Alpes con un rechazo por el degenerado mundo urbano. Pero implicaba también una fascinación por la tecnología, los coches veloces, el cine y las innovadoras producciones teatrales de Max Reinhardt. Como Ministro de Armamentos, Speer advirtió que, aunque la tecnología podía solucionar problemas futuros, se corría el peligro de que la humanidad se convirtiera en su esclava. <sup>36</sup> Después de la guerra, la tecnología se convirtió en la coartada más poderosa de Speer. Una tecnología autónoma exoneraba a los autócratas de cualquier responsabilidad moral, así como de las consecuencias políticas de sus esfuerzos.

Más de 5.000 estudiantes abarrotaron la cervecería Neue Welt en el distrito berlinés de Neuköln el 4 de diciembre de 1930 para escuchar a Adolf Hitler. <sup>37</sup> Las noticias de que dos miembros de los camisas pardas de las SA habían sido «víctimas de las asesinas bestias rojas» sirvió para electrificar aún más la atmósfera. Hitler hizo un apasionado llamamiento a la moderación y el compromiso, pidiendo el fin de esta lucha autodestructiva entre izquierda y derecha. Apeló a una renovación de los valores tradicionales de honor y heroísmo, insistiendo en que «una idea heroica atrae a los héroes», mientras que «una idea cobarde reúne a los cobardes». La desgracia actual estaba causada, según afirmó, por el hecho de que la guerra había destruido todo lo mejor, mientras que había conservado lo inferior, con el resultado de ser gobernados por la mediocridad, de modo que la política había quedado reducida a mero egoísmo. La misión del nacionalsocialismo era devolver a la élite al poder —con lo que se refería, claramente, a su audiencia— para que pudiera restaurarse la unidad nacional. Concluyó diciéndole a los estudiantes

que debían «encontrar una forma de integrarse en la vida y el futuro de la nación». Fue un mensaje embriagador para los jóvenes y ambiciosos, cuyo futuro en medio de una depresión abrumadora, un desempleo que aumentaba con rapidez y un sistema político que se desmoronaba parecía desesperadamente lúgubre.<sup>38</sup> Es testimonio del poder hipnótico del que gozaba Hitler el hecho de que un grupo tan extraordinariamente preparado pudiera verse arrastrado por un discurso pronunciado en un alemán muy lejos de ser perfecto, plagado de contradicciones, argumentos ilógicos y promesas vacías. Representado con una voz estridente, con arrebatos, gritos y chillidos y puntuado mediante golpes de los pies y una gesticulación salvaje.

Mientras sus estudiantes comentaban el discurso de Hitler delante de unos vasos de cerveza, Speer condujo en medio de la noche hasta un pinar en las Riberas del Havel donde estuvo caminando solo sumido en sus pensamientos. Algunas semanas después de esta epifanía, fue a escuchar un discurso de Goebbels. Posteriormente comentaría que le repugnó el tono amedrentador, crudo y violento de su larga diatriba, pero aquello no hizo que, ni por un segundo, cambiase su opinión acerca del Partido Nazi.<sup>39</sup> Fue Goebbels quien allanó el camino de Speer hasta la cima, y en un discurso que pronunció en el Palacio de los Deportes de Berlín en 1943, habló en tono muy elogioso del *gauleiter* (jefe de distrito) de Berlín: «Durante la época de lucha, solía sentarme en medio de vosotros como un camarada anónimo del partido, y vivía la experiencia de aquellos mítines únicos del Führer. Las apasionadas palabras de nuestro gauleiter, el Dr. Goebbels, renovaron mi fortaleza para continuar en la lucha».<sup>40</sup> En enero de 1931, Speer presentó su solicitud como miembro del partido. El 1 de marzo se convirtió en el miembro del partido número 474.481.<sup>41</sup> En el original alemán de sus memorias, Speer afirma que su decisión de unirse al partido «no fue dramática». En la versión inglesa, asegura al lector que si Hitler hubiera anunciado antes de 1933 su intención de ir a la guerra, quemar las sinagogas y matar a los judíos y a los prisioneros políticos, habría perdido la mayoría de sus seguidores.<sup>42</sup> El discurso de Hitler a los estudiantes no incluyó una diatriba antisemita, ni ofreció ningún indicio de que estuviera contemplando la posibilidad de ir a la guerra, pero la literatura del partido estaba llena de estos presentimientos. Speer no pudo haber evitado ser consciente de los propósitos fundamentales del nacionalsocialismo. Su compromiso político, asegura a sus lectores de habla inglesa, consistió sencillamente en pagar sus humildes cuotas mensuales al partido. Obviamente, Speer pensó que sus lectores alemanes no serían tan

crédulos. A estos, les dijo que el Partido Nazi ofrecía «nuevos ideales, nuevos puntos de vista y una nueva misión».<sup>43</sup> Se mostró bastante más sincero cuando habló con el periodista británico William Hamsher. Le dijo que se había unido al partido para salvar a Alemania del comunismo.<sup>44</sup> Siempre oportunista, Speer se presentó a sí mismo como un devoto y dedicado miembro del partido durante el Tercer Reich. Después de la guerra aseguró que no le interesaba la política y que se había hecho miembro del partido casi por casualidad. La verdad se encuentran en algún lugar en medio de ambos extremos. Igual que muchas figuras dirigentes del Tercer Reich, Speer nunca tuvo una ideología. Ni fue nada más que un antisemita instintivo. Con frecuencia se enzarzaba en luchas con el propio Partido Nazi. Pero fueron sus conexiones dentro del partido las que hicieron posible su meteórico ascenso al poder. También en esto fue el típico individuo de clase media con habilidades y formación que ofreció su apoyo y complicidad al Tercer Reich, a pesar de ciertas reservas y ocasionales remordimientos.

Que se limitase a ser un compañero de viaje indiferente es puro mito. Poco después de convertirse en miembro del partido, Speer se unió a las filas de los matones radicales de camisas pardas de las SA. En 1932 se alistó en el Nationalsozialistisches Kraftfahrkorps o Cuerpo de Motoristas Nacionalsocialistas (NSKK), la sección motorizada de las SA, en la que desempeñó un papel muy activo. Pronto se unió también al Kampfbund deutscher Architekten und Ingenieure o Grupo de Acción de Arquitectos e Ingenieros Alemanes, una organización fundada por Gottfried Feder y Paul Schultze-Naumburg en 1931 como una sección del Kampfbund für deutsche Kultur o Grupo de Acción para la Cultura Alemana (KfdK) de Alfred Rosenberg. Rudolf Wolters, el amigo de Speer, que albergaba serias dudas acerca de Hitler, le preguntó por qué demonios se había unido al partido. Speer respondió: «Vamos, ya verás. Ese hombre no es tan estúpido. Algún día será alguien».<sup>45</sup>

Gracias al compromiso de Speer con la política nazi, el organizador del partido en el distrito occidental de Berlín, Karl Hanke —un hombre que iba a ascender a cotas muy elevadas en el Tercer Reich— le pidió en 1931 que remodelase su despacho en una villa que había alquilado en el exclusivo barrio de Grunewald. El partido nazi, tras lograr un gran avance en las elecciones de septiembre de 1930, estaba intentando parecer más respetable para, de ese modo, reforzar su apoyo entre la clase media. Aprovechando esta oportunidad con entusiasmo, Speer emprendió la tarea de manera gratuita.

Hanke, ahora líder de barrio en el Westend berlinés —la parte más emocionante de la ciudad durante los «dorados años veinte»— quedó encantado con los resultados. Con muy poca observancia por la ortodoxia del partido, seleccionó un papel de pared «comunista» que procedía del ideológicamente sospechoso Bauhaus con el argumento de que solo lo mejor era suficiente para los nazis, independientemente de su procedencia.<sup>46</sup>

A comienzos de 1932, el riguroso programa de austeridad impuesto por el gobierno de Brüning tuvo como consecuencia que se recortasen drásticamente los salarios de los ayudantes universitarios, después de lo cual Speer decidió probar fortuna como arquitecto independiente. Eran tiempos extremadamente complicados para un arquitecto desconocido. No tenía clientes y las perspectivas eran sombrías. Incapaz de hallar un trabajo en Berlín, regresó a Mannheim con la esperanza de conseguir unos pocos encargos a través de los muchos contactos de su padre. Su suerte no cambió, de modo que su padre le dio trabajo gestionando sus diferentes propiedades. Puesto que aquello a duras penas constituía un trabajo a tiempo completo, decidió tomarse unas vacaciones practicando piragüismo en el distrito del lago Masuriano, por aquel entonces en Prusia Oriental. El 28 de julio de 1932, justo cuando estaba a punto de emprender ese viaje, recibió una llamada telefónica de Wilhelm Nagel, el jefe del NSKK, pidiéndole que regresase a Berlín. Fue una llamada que cambiaría su vida.<sup>47</sup> Nagel hablaba en nombre de Karl Hanke, quien había solicitado que Speer renovase el recientemente adquirido cuartel general del Partido Nazi en la Vossstrasse 11, en el corazón del distrito gubernamental. Speer siempre declaró que su regreso a Berlín fue debido a la pura casualidad. Si Nagel hubiera llamado unas pocas horas más tarde, ya se habría ido de vacaciones y hubiese quedado incomunicado con el mundo exterior.

Hay una buena razón para dudar de esta historia. En junio de 1932, Franz von Papen, un hombre de quien el embajador francés dijo que «disfrutaba de la peculiaridad de no ser tomado en serio ni por sus amigos ni por sus enemigos», y que prácticamente no disfrutaba de ningún apoyo en el parlamento, pidió al presidente Hindenburg que disolviese el Reichstag tres días después de su nombramiento como canciller.<sup>48</sup> Los dos meses de campaña que vinieron a continuación fueron los más sangrientos y violentos de la historia de la república. Las elecciones al Reichstag se celebraron el 31 de julio. Speer admite en sus memorias que regresó a Berlín «para saborear la emocionante atmósfera electoral y —donde fuera posible— echar una

mano». Speer era uno de los muy escasos nazis de Berlín que tenía coche propio. Durante la campaña electoral habría estado muy solicitado. Los resultados marcaron el paso adelante decisivo del Partido Nazi, que se convirtió en el mayor partido, aumentando su número de escaños de 107 en 1930 a 230. Con 13.745.680 emitidos a su favor, obtuvo casi el doble de votos populares que su rival más próximo, el Partido Socialdemócrata de Alemania o Partido Socialdemócrata (SPD). En semejante atmósfera embriagadora, cuando estaba en juego el destino de la república y cuando las SA necesitaban urgentemente de sus servicios, resulta bastante improbable que Speer hubiese contemplado la posibilidad de irse de vacaciones a montar en canoa justo tres días antes de las elecciones.

Sea cual sea la realidad, la tarea de Speer en la *Gauhaus* de Vossstrasse 11 quedó pronto completada. Todo lo que se le pidió fue llevar a cabo algunas renovaciones de poca importancia, repintar el interior y elegir el mobiliario para el despacho de Goebbels y la sala de reuniones. Su principal problema fue que seguía completamente bajo la influencia de la doctrina de Tessenow según la cual lo mejor es siempre lo más sencillo. Aquello era difícil de llevar a cabo en un típico edificio ricamente decorado de estilo guillermino. Apenas pudo ver a Goebbels, que estaba frenéticamente enfrascado en los preparativos de unas nuevas elecciones. Los trabajos se completaron a tiempo, pero muy por encima de lo presupuestado. En las elecciones del 6 de noviembre de 1932, el Partido Nazi perdió un significativo número de escaños. La militancia en el partido decayó. La caja estaba vacía. Los artesanos tuvieron que aceptar un aplazamiento de los pagos durante varios meses, momento para el cual Hitler ya se encontró en el poder y los fondos ya no fueron un problema.<sup>49</sup>

Sin más trabajos que hacer en Berlín, Speer regresó a Mannheim, donde la situación era tan desesperada como siempre. La única buena noticia fue que le dijeron a Speer que Hitler estaba encantado con el trabajo realizado en Vossstrasse 11.<sup>50</sup> Hitler fue nombrado canciller el 30 de enero de 1933. Las elecciones se celebraron el 5 de marzo. Una semana después, Hanke, que acababa de ser nombrado ayudante y asistente personal del Ministro de Propaganda, telefoneó a Speer y le pidió que regresase a Berlín para aconsejar a Goebbels en la remodelación de su nuevo ministerio en el palacio del Príncipe Friedrich Leopold en la Wilhelm Platz. Goebbels le dijo a Speer que se pusiera manos a la obra de inmediato. Era demasiado impaciente para esperar hasta tener una estimación de gastos, se manera que Speer, teniendo

presente que el Ministerio de Propaganda todavía no contaba con un presupuesto oficial y fiel a su formación bajo Tessenow, optó por un mobiliario relativamente modesto. Goebbels, considerando aquello indigno de su alto cargo, pidió muebles directamente a los Talleres Unidos de Múnich, especializados en el «estilo trasatlántico» de Paul Ludwig Troost, uno de los favoritos de Hitler.<sup>51</sup>

Para su uso personal, Goebbels se apropió de la residencia oficial del Ministro de Alimentación y Agricultura en la Friedrich-Ebert-Strasse, que pronto sería rebautizada como Hermann-Göring-Strasse. Alfred Hugenberg, que era el líder del Partido Popular Nacional Alemán y Ministro de Economía, Agricultura y Alimentación en el primer gabinete de Hitler, se mostró indignado. Opuso una fuerte resistencia, pero al final se vio obligado a ceder. Se le encargó a Speer la renovación del interior y añadir una considerable zona residencial. Una vez más, Goebbels vivía a toda prisa, pero Speer prometió temerariamente que tendría la obra acabada en dos meses. Hitler declaró que aquello sería imposible, pero Speer entregó las llaves el 30 de junio de 1933, bastante dentro del plazo. Goebbels dijo que su nuevo hogar era «fabuloso», un «castillo de cuento de hadas» situado en un «espléndido parque». A mediados de julio, Joseph y Magda Goebbels celebraron una fiesta de inauguración de la casa en su nuevo hogar a la que Hitler fue invitado. Hitler descubrió algunos cuadros «degenerados», incluidas unas acuarelas de Emil Nolde, que Speer había conseguido tomar prestadas de la Galería Nacional y que Goebbels había encontrado encantadoras. Hitler declaró que eran totalmente inaceptables, de manera que Goebbels ordenó a Speer que las devolviese en seguida.<sup>52</sup> A pesar de esta metedura de pata, Hitler quedó muy impresionado por el trabajo de Speer.<sup>53</sup>

Hitler decidió que el 1 de mayo debería celebrarse como el «Día del Trabajo Nacional», arrebatando de esa manera el Primero de Mayo de las manos de los comunistas, los socialdemócratas y los sindicatos, a todos los cuales acusaba de desempeñar papeles fundamentales en la «conspiración mundial judeo-bolchevique». De este modo, tenía la esperanza de ganar a la clase trabajadora para la causa del nacionalsocialismo. Como parte de las celebraciones, el Ministerio de Propaganda ordenó organizar una manifestación multitudinaria la tarde del 1 de mayo en el campo de Tempelhof de Berlín. El expediente aterrizó en el escritorio de Hanke. Cuando enseñó los bocetos iniciales para la celebración, Speer subrayó que parecían los preparativos de una fiesta de pueblo, por lo que Hanke dijo que

si podía hacer algo mejor, le encantaría que lo intentase.

Speer se puso a trabajar aquella misma tarde y realizó los bocetos iniciales. Consciente de que no habría tiempo suficiente para llevar a cabo ningún preparativo demasiado elaborado, se le ocurrió una solución brillante. Gracias a las elaboradas producciones escénicas de Max Reinhardt y a su entusiasmo por el cine, había desarrollado un vívido sentido de lo teatral. Propuso colocar nueve mástiles detrás de la tribuna de oradores, cada uno de 33 metros de altura, en los que ondearían banderas como si fuesen velas. El efecto resultó espectacular, pero hubiera sido desastroso de haber soplado un viento fuerte. Los reflectores, tomados prestados de los estudios cinematográficos UFA de Babelsberg, fueron colocados alrededor del perímetro apuntando directamente hacia arriba, creando unas columnas de luz. Entre los proyectores se dispusieron ramilletes de banderas.<sup>54</sup>

Según las fuentes oficiales, ridículamente exageradas, un millón y medio de personas acudió al mitin. Goebbels pronunció el discurso de apertura. Hitler prometió poner fin a las disensiones y los conflictos políticos mediante la creación de una genuina «comunidad racial» (*Volksgemeinschaft*). A continuación desveló un programa de creación de empleo basado en la construcción de una red de autopistas. El mitin finalizó con unos espléndidos fuegos artificiales y con el canto del himno nacional. Todo el evento fue retransmitido, con comentarios, desde un zepelín que giraba por encima del lugar.<sup>55</sup>

Después de la zanahoria —un día de fiesta pagado el 1 de mayo por el que los socialdemócratas y los comunistas habían luchado en vano durante años — vino el palo. El 2 de mayo, las SA atacaron las sedes de los sindicatos. Sus propiedades fueron confiscadas. El 10 de mayo, todos los trabajadores, desde el presidente del consejo hasta los empleados sin cualificación, fueron obligados a unirse al Deutsche Arbeitsfront o Frente Alemán del Trabajo (DAF), que, de ese modo, se convirtió en la mayor organización del mundo. Para añadir sal a la herida, los salarios en las autopistas estaban por debajo del nivel de bienestar.

Orgulloso, Speer llevó de paseo a Tessenow para mostrarle el escenario de Tempelhof. Este se mostró horrorizado, y despreció todo aquello como un mero espectáculo vacío que era contrario a todas sus ideas fundamentales. «¿Crees que has creado algo?» le preguntó. «Lo único que has creado es una impresión». Más o menos lo mismo puede decirse de la mayoría de posteriores trabajos de Speer como arquitecto. El mensaje de Hanke fue más

positivo. Le dijo a Speer que a Hitler le había encantado.<sup>56</sup> Con semejante alabanza procedente de lo más alto, Speer fue nombrado Director General para la decoración artística de los grandes mítines del Ministerio de Propaganda. De este modo, a la edad de veintiocho años, había dado un significativo paso adelante en su camino para convertirse en el principal arquitecto del Tercer Reich.

## 2. NÚREMBERG Y BERLÍN

Para mayo de 1933, Speer había tenido algún éxito con proyectos relativamente pequeños y había mostrado una considerable habilidad para improvisar con el mitin del primero de mayo, pero sus perspectivas de futuro no parecían especialmente prometedoras. Hasta ese momento, su única experiencia con ladrillos y mortero había sido la construcción de una villa en las afueras para sus suegros y un par de garajes en el distrito berlinés de Wannsee. En el improbable caso de que se le encargase algún gran proyecto de obra pública, debería sacudirse la influencia de Tessenow, cuyo estilo funcional no parecía apropiado para los edificios representativos de la nueva Alemania. Pero, ¿hacia dónde iría entonces? En su discurso inaugural como canciller del 23 de marzo de 1933, Hitler había afirmado ante el Reichstag que, en adelante, la visión artística tenía que basarse en la sangre y la raza; pero nadie sabía exactamente qué se suponía que significaba aquello. Sin ninguna idea sorprendentemente original, Speer tendría que decidir qué estilo alternativo debería adoptar.

Las elecciones regionales en Turingia en diciembre de 1929 habían tenido como resultado que Wilhelm Frick se convirtiese en el primer miembro del NSDAP que ostentaba un cargo ministerial. Uno de sus primeros actos como Ministro del Interior y de Educación fue cerrar la Bauhaus, la escuela de arquitectura y diseño modernista patrocinada por el estado en Dessau. A continuación, había nombrado a Paul Schultze-Naumburg presidente del Colegio Estatal para la Arquitectura y la Artesanía en Weimar. En poco tiempo despidió prácticamente a todo el personal docente. También se deshizo de las obras y artistas «degenerados» como Kandinsky, Klee y Nolde que se exponían en el museo de Weimar. Esto era una aplicación práctica de los principios enumerados en *Arte y Raza*, el libro de Schultze-Naumburg de 1928, y proporcionaba, por tanto, un macabro anticipo de la política cultural nacionalsocialista.<sup>1</sup>

Schultze-Naumburg se había forjado una considerable reputación como arquitecto. Su obra más conocida es el Palacio Cecilienhof de Potsdam,

construido para el príncipe heredero Guillermo y completado en 1917. Aunque es un edificio enorme con 176 habitaciones, consigue no obstante resultar no pretencioso y pacífico con su tejado a dos aguas escalonado y su estructura de madera neo-Tudor.<sup>2</sup> Sus edificios estaban imbuidos de regionalismo y nacionalismo, basados en el caserío tradicional y la comunidad rural. Detestaba el modernismo y su ruptura deliberada con la tradición, describiendo el Weissenhofsiedlung, construido para una exposición internacional de arquitectura con casas de, entre otros, Walter Gropius, Mies van der Rohe, Le Corbusier y Hans Poelzig, como «Casablanca en Stuttgart». Los principios de su arquitectura de «sangre y tierra» se exponen en la *Arquitectura en el Tercer Reich*, de Karl Willy Straub, publicado en 1932, que parecía destinado a ser el libro de referencia para una arquitectura nacionalsocialista reconocible.<sup>3</sup>

En la década de 1920, Schultze-Naumburg invitó a Hitler, Himmler y Goebbles a su estudio en Saaleck. Fue allí donde Walther Darré, que se convertiría en Ministro de Agricultura en el gobierno de Hitler, escribió su magnum opus *La Nueva Aristocracia de Sangre y Tierra* en 1930.<sup>4</sup> Heinrich Tessenow también trabajó en el estudio de Schultze-Naumburg. En 1929, Schultze-Naumburg se unió al Grupo de Acción para la Cultura Alemana (KfdK) de Alfred Rosenberg, que se especializó en interrumpir conciertos en los que se tocara música moderna «degenerada», denunciando la influencia «judía y negra» en las artes; también se distribuían incendiarios panfletos antisemitas. El KfdK cooperaba estrechamente con las SA, que empleaban sus tácticas represivas contra los «enemigos de la cultura alemana». Schultze-Naumburg estaba estrechamente relacionado con dos de los más atroces racistas de estos malsanos círculos: Alfred Ploetz, el cofundador, junto a Wilhelm Schallmayer, de la «higiene racial»; y el extremista «Papa de la raza» Hans F. K. Günther, un eugenicista que era profesor de Ciencia Racial, Biología Racial y Sociología Regional en la Universidad de Berlín.<sup>5</sup> La relación de Schultze-Naumburg con Wilhelm Frick era tan estrecha que cuando, en 1934, este último se enfrentó a un divorcio en feos circunstancias a consecuencia de su relación con Margarete, la esposa de Schultze-Naumburg, con quien se casó posteriormente, ambos siguieron siendo amigos. En 1932, Schultze-Naumburg se unió al comité ejecutivo nazi en el Reichstag y continuó como miembro de esta redundante organización hasta 1945.

Con semejantes antecedentes, impecables credenciales y amigos

poderosos, Schultze-Naumburg parecía destinado a convertirse en el arquitecto dominante de la Alemania nazi. Pero se enemistó con el Partido Nazi y su carrera declinó rápidamente. Después de 1935 ya no se le hicieron más encargos importantes. En 1938, Speer intentó desesperadamente detener la distribución de un catálogo patrocinado por el Ministerio de Finanzas titulado *Los Edificios del Movimiento* con el argumento de que había demasiadas reproducciones de la obra de Schultze-Naumburg.<sup>6</sup> En 1941 fue obligado a jubilarse de su puesto en Weimar y se le amenazó con un proceso disciplinario dentro del partido, pero fue restituido parcialmente en 1944, cuando se le rindieron honores más por su ortodoxia ideológica que por sus edificios.<sup>7</sup> Fue incluido en la lista de «Artistas dotados con la Gracia de Dios», que eran tan valiosos que quedaban exentos del servicio militar —al menos de manera momentánea. Su pecado capital fue que, al igual que Tessenow, se opuso violentamente a cualquier cosa que tuviese un aroma de ostentación, de excesiva decoración y de monumentalidad. Con una precisión devastadora, describía estos monumentos, cada vez más favorecidos a medida que el régimen ganaba confianza, como «gratuitamente advenedizos». Ese fue el estilo que Speer empleó en sus diseños para Alemania. Schultze-Naumburg sentía una particular aversión por los tejados que estuviesen parcialmente ocultos o fuesen planos, afirmando que confería a los edificios una pesadez adicional. Su visión estaba de acuerdo con el pensamiento de la izquierda nacionalsocialista, asociada con individuos como Otto Strasser, Gottfried Feder y Franz Lawaczeck, cuya versión del nacionalsocialismo era anticapitalista, advertía de los peligros de la tecnología industrial y abogaba por un regreso al modelo de producción esencialmente artesanal.<sup>8</sup> Hitler aplastó a estos elementos radicales, relacionados con Ernst Röhm y las SA, en la «Noche de los Cuchillos Largos» de junio de 1934 que marcó una nueva fase en la evolución de la Alemania nazi. Speer puso fin a la persistente influencia de Schultze-Naumburg cuando en 1939 ordenó a Ernst Neufert que escribiese una nueva edición de su libro *Arte de proyectar en Arquitectura*, publicado por primera vez en 1936. Exigía la normalización y la racionalización de los métodos constructivos, pronunciando así la sentencia de muerte de toda la producción artesanal en el caso de una «Victoria Final».<sup>9</sup>

Hitler hizo una elección un tanto sorprendente para el que sería su arquitecto jefe. Paul Ludwig Troost era esencialmente un diseñador de interiores que se había labrado una reputación internacional gracias a sus

deslumbrantes diseños de trasatlánticos de lujo. También había diseñado el mobiliario para el Palacio Cecilienhof de Schultze-Naumburg. Hitler comenzó a coleccionar su rico mobiliario en 1926. Los dos hombres se conocieron en 1930, cuando Hitler lo designó para renovar la sede central del NSDAP en Múnich, conocida como la Casa Parda. La arquitectura de Troost era ecléctica. Fluctuaba entre el neoclasicismo de la Villa Becker, con su tejado plano, en 1904 hasta su propia casa construida en 1924, en gran medida en el estilo de Schultze-Naumburg.<sup>10</sup> Su primera edificación para el partido fue el Edificio del Führer o *Führerbau* en la Königsplatz de Múnich. Fue ahí donde se firmaron los Acuerdos de Múnich en 1938. Con su comedido estilo neoclásico, su tejado plano y su pórtico de columnas, era la antítesis de la estética de «sangre y tierra» germánicas de Schultze-Naumburg.

A comienzos de 1933 Hitler encargó a Troost el diseño de un sustituto para el Palacio de Cristal, una sala de exposiciones del Jardín Botánico de Múnich construida en 1854 como respuesta bávara al Crystal Palace. Fue destruido por un incendio en 1931, cinco años antes que su precursor londinense. El resultado fue su obra más conocida: la Casa del Arte Alemán. Fue el primer edificio monumental del Tercer Reich que marcaría en estilo para los cinco años siguientes. El diseño estaba basado en la fachada de columnas de Antiguo Museo de Schinkel en la Isla de los Museos de Berlín.<sup>11</sup> Hitler dejó de lado temporalmente su amor por el barroco de la Ringstrasse de Viena en favor de un estilo menos extravagante. Con su fachada neoclásica, techo plano y pórtico con columnas, constituía un ejemplo típico del estilo internacional de clasicismo desmontado y antigüedad modernizada. A los berlineses no les impresionó en absoluto. Era popularmente conocida como el «Templo del Weisswurst».\* La Embajada Imperial Alemana de Peter Behrens en San Petersburgo (1913), el Angell Hall de Albert Kahn en la Universidad de Míchigan (1924), el edificio Eccles de Paul Philippe Cret para la Reserva Federal en Washington (1935-1937), el Teatro del Ejército Rojo de K. S. Alabyan y V. N. Simbirtzev en Moscú (1940), el Palacio de la Liga de las Naciones de Henri Paul Nénot en Ginebra (1929-1936) y el Palais de Chaillot de Léon Azéma, Jacques Carlu y Louis-Hippolyte Boileau (1935-1937), todos ellos están construidos en el mismo estilo. Resultaría difícil leer la construcción de Troost como específicamente nacionalsocialista, igual que el edificio de Cret no es un himno de alabanza al capitalismo americano ni el Palais de Chaillot un monumento a las virtudes republicanas.

\* Salchicha blanca típica de Baviera. (*N. del T.*).

El problema es que el edificio de Troost está tan íntimamente asociado a la maldad del régimen que lo financió que resulta complicado observarlo desapasionadamente dentro del contexto de un estilo internacional. Así, la Casa del Senado de la Universidad de Londres de Charles Holden (1932-1937), un imponente ejemplo del estilo modernista, fue considerado por William Beveridge, el arquitecto del estado del bienestar británico, como «una isla académica entre turbulentas mareas de tráfico, un mundo de conocimientos en un mundo de negocios». Pero también se lo ha descrito como «cuartel general de Hitler», «estalinista» y «totalitario».<sup>12</sup> Sirva esto para mostrar cómo la semiótica de la arquitectura es a menudo confusa. El problema es que los historiadores del arte, en particular en Alemania, han tendido a contemplar todas las obras de arte como simbólicas. Según este paradigma, la arquitectura nazi es tan perversa como el régimen bajo el que fue construida. Por analogía, cualquier edificio construido en un estilo similar está igualmente mancillado. Speer tenía toda la razón al escribir que no existía como tal una arquitectura nacionalsocialista, sino simplemente un énfasis en lo colosal y lo abrumador. Con gran perspicacia, escribía: «La ideología se veía claramente en la definición del encargo, pero no en el estilo de ejecución».<sup>13</sup>

Los nazis se enfrentaban a un arduo dilema. En julio de 1933, Rosenberg hizo pública una sonora denuncia de la arquitectura moderna como «no alemana», pero la estética de Schultze-Naumburg, aunque ideológicamente defendible, sencillamente no era adecuada para los edificios de representación. Entonces, ¿hacia dónde mirar? Estaba el clasicismo de Friedrich David Gilly y Karl Friedrich Schinkel, ambos muy admirados por Speer, pero manchados en cierto modo por el tono revolucionario francés y los aspectos liberales de la guerra contra Napoleón, pese a lo cual fueron magistralmente respaldados por Moeller van den Bruck como encarnaciones del *estilo prusiano*.<sup>14</sup> La obra de Otto Wagner en la Viena de la década de 1890 que tanto impresionó a Hitler, tenía que ser superada, no imitada. Durante esta fase de transición, habría que emplear el neoclasicismo desnudo hasta que el régimen se pusiera al día. La adición de pesadas águilas y esvásticas habría servido como variante nacionalsocialista de un estilo internacional hasta que se encontrase uno nuevo autóctono.

Mientras tanto, el estilo modernista, aunque condenado, seguía vivo y avanzaba a duras penas. No había nada que rivalizase con la Casa del Fascio

de Giuseppe Terragni en Como —una obra maestra moderna patrocinada directamente por el Partido Fascista italiano. Ni hubo jamás un solo edificio en el Tercer Reich que igualase la Casa Shell de Emil Fahrenkamp en Berlín, abierta en 1932. Ernst Sagebiel, que había trabajado durante un breve período como director de proyectos para el gran modernista germano-judío Erich Mendelsohn, diseñó el Ministerio del Aire en 1935-6, el primer gran edificio bajo el nacionalsocialismo. Se trata de un sólido ejemplo del estilo internacional, heredero del Edificio de la General Motors de Albert Kahn en Detroit (1919) y de la IG-Farben-Haus de Hans Poelzig en Frankfurt (1931). El edificio, con más de 55.000 metros cuadrados y 2.000 habitaciones, era una clara indicación de que la Alemania nazi estaba decidida a desafiar el Tratado de Versalles, que prohibía el país formar una fuerza aérea. Sus principales rasgos distintivos eran su enormidad y la velocidad con la que fue completado, ambos aspectos concebidos como expresiones de la energía y la determinación ilimitadas del régimen.<sup>15</sup> Ahora es un edificio protegido, que alberga el Ministerio Federal de Finanzas. Sagebiel fue también responsable de la construcción del nuevo aeropuerto en Tempelhof, el mayor del mundo en aquel momento. Fue diseñado en gran medida por su efecto propagandístico como una demostración de la modernidad y determinación del régimen. El estilo de Sagebiel fue también conocido como «Moderna Luftwaffe».<sup>16</sup>

Los esfuerzos por hallar una arquitectura explícitamente alemana nacionalsocialista eran síntoma de una dicotomía fundamental dentro de la confusa ideología del régimen. Intentaba resolver las antinomias que habían confundido a los intelectuales alemanes durante el último medio siglo, desde Ferdinand Tönnies y Max Weber hasta Thoman Mann, Ernst Jünger, Oswald Spengler, Carl Schmitt y Martin Heidegger. ¿Cómo era posible reconciliar cultura y civilización, tradición y modernidad, comunidad y sociedad? ¿Existía una alternativa al egoísta individualismo y el insensible comercialismo de los Estados Unidos y al colectivismo sin rostro y el materialismo desalmado de la Unión Soviética? ¿Cómo podría crearse una tecnología que sirviese a propósitos más elevados que la sórdida avaricia y la ventaja comercial? ¿Cómo podría resolverse la contradicción entre el idilio pastoral de «sangre y tierra» y las exigencias de la tecnología moderna? ¿Resultaba concebible que una comunidad de camaradas pudiera sobrevivir en un mundo industrial de taylorismo y racionalización? ¿Cómo podría trascender la tecnología a la anarquía de la reproducción capitalista? Las

respuestas ofrecidas por tipos como Goebbels eran fáciles evasivas poco sinceras. Pensándolo bien, rellenar el marco utilitarista de la tecnología con el fuego y la energía del nacionalsocialismo no parecía sino una formulación de eslóganes vacíos. El nacionalsocialismo era moderno y atávico a la vez, dividido en su interior e incapaz de resolver sus contradicciones inherentes. Albert Speer es la personificación de esta ambigüedad. Como Ministro de Armamentos, defendió la tecnología moderna, la producción en masa, la racionalización, los grandes negocios y el capitalismo sin trabas —sujeto, no obstante, a ciertos controles en tiempos de guerra. Como si fuera el Haussmann y el Le Nôtre de Hitler, planeó construir gigantescos monumentos culturales atávicos que constituían un desafiante rechazo de la modernidad.

Como resultado de toda esta confusión, en el Tercer Reich se adoptó una multitud de diferentes estilos arquitectónicos. Varias formas de clasicismo, cargadas posteriormente con excrescencias neo-barrocas como en los diseños de Speer para el nuevo Berlín, se ganaron el favor para edificios estatales y del partido, así como para varias estructuras propagandísticas como los terrenos para los mítines del partido en Núremberg. Se utilizaron variantes del estilo rústico «Salvad la Patria» de Paul Schultze-Naumburg y Heinrich Tessenow para casas residenciales en las afueras, así como para escuelas de entrenamiento de la élite nacionalsocialista conocidas como Castillos de la Orden (*Ordensburgen*). Las formas modificadas de modernismo se consideraban apropiadas para bloques de apartamentos y edificios de oficinas. Se favoreció un enérgico funcionalismo para cuarteles del ejército y sedes centrales, mientras puede contemplarse una versión más contenida en instalaciones deportivas y estadios. Por último, pese a resultar sospechosa desde un punto de vista ideológico, continuó existiendo la Nueva Objetividad de Bauhaus en edificios industriales y centros de investigación. A Mies van der Rohe se le encargó incluso el diseño de las gasolineras para las autopistas de Fritz Todt.<sup>17</sup> Speer se quedó sorprendido cuando Hitler expresó su gran admiración por los modernistas Hermann Göring-Werke a las afueras de Linz creados por Herbert Rimpl y que visitó en 1943.<sup>18</sup> El estilo se adaptó también para gran parte de los edificios residenciales construidos después de 1933. Semejante eclecticismo permitió a muchos importantes arquitectos de la Alemania nazi adaptarse rápidamente a las condiciones de la postguerra y continuar con unas carreras enormemente exitosas en la República Federal. Speer demostró una genuina inventiva en sus planes *ad hoc* para los mítines

del partido, pero carecía de creatividad como arquitecto. Tuvo éxito empleando la luz como material constructivo, pero no demostró originalidad cuando empleó materiales más convencionales. Tras abandonar a Tessenow, que era claramente un obstáculo para su carrera, siguió obedientemente a Troost y posteriormente a Hitler.

Su genio radica en proporcionar al dictador exactamente lo que quería: telones de fondo teatrales para realzar su estatura y la realización de sus sueños de construir enormes monumentos dedicados a sus ilimitadas ambiciones imperiales, diseñados para perdurar mil años —aunque fuese como ruinas— a modo de recordatorio permanente de sus asombrosos logros. De ahí el ridículo concepto del «valor de la ruina» de construcciones que iban a durar dos mil años —en momentos más eufóricos, cuatro mil años— como monumentos a un pasado esplendor. De hecho, muchas de aquellas construcciones que sobrevivieron a los bombardeos y al fuego de artillería iban a mostrar serias señales de decadencia en el plazo de veinte años.<sup>19</sup> Las construcciones de Speer estaban hechas con cemento reforzado cubierto de piedra, porque Hitler exigía que se construyeran en el menor tiempo posible. Hubieran constituido unas ruinas extraordinariamente feas.

La idea del «valor de la ruina» estaba lejos de ser original. En 1771, Horace Walpole predijo que habría «un Tucídides en Boston, un Jenofonte en Nueva York, y con el tiempo un Virgilio en México y un Newton en Perú. Al final, algún viajero curioso de Lima visitará Inglaterra y ofrecerá una descripción de las ruinas de San Pablo, como las ediciones de Baalbek y Palmira». Macaulay predijo que algún día un neozelandés visitaría un Londres destruido, se sentaría entre los restos del Puente de Londres y dibujaría un boceto de San Pablo en ruinas. Caspar David Friedrich pintó la iglesia de Saint James en Greifswald como una ruina. John Soane hizo lo mismo en sus acuarelas de su Banco de Inglaterra, mientras Gustav Doré, *en Londres, una peregrinación*, mostró la ciudad en un avanzado estado de decadencia.<sup>20</sup>

Puede que Speer no fuese especialmente creativo, pero poseía un talento organizativo excepcional. Sabía cómo elegir un equipo, delegar responsabilidades y entregar las mercancías.<sup>21</sup> Esto era algo que Hitler reconoció claramente. No era un artista deseoso por dejar su impronta personal. Hacía lo que se le decía y conseguía que el trabajo estuviera terminado de manera rápida y eficaz en el espíritu pensado. Fueron precisamente estas cualidades las que hicieron que Hitler decidiese nombrarlo

Ministro de Armamentos y las que cuentan para su asombroso éxito en un área en la que no tenía conocimientos previos ni experiencia. Fue también su perdición. Su voluntad de delegar le dejó expuesto ante rivales celosos, deseosos de apartarlo de su camino a la primera oportunidad.

El primer gran proyecto arquitectónico de Hitler fue erigir un «lugar nacional de peregrinación» en Núremberg, pero tenía dudas sobre a quién debería confiarle la tarea. La elección natural habría sido su arquitecto predilecto, Paul Ludwig Troost, pero la situación era un poco delicada. Speer ya tenía un puesto en el Ministerio de Propaganda como diseñador oficial de los mítines del partido. Además, en julio de 1933, justo cuando estaba dando los últimos retoques de la residencia privada de Goebbels, Speer había recibido una invitación formal del Ayuntamiento de Núremberg para elaborar los planos de una estructura temporal en el campo de zepelines para el próximo mitin del partido. Puesto que todos estos planes debían ser aprobados por Hitler, Speer fue a Múnich a presentar su portfolio. Su diseño era una versión modificada de las celebraciones del primero de mayo. En lugar de enormes banderas detrás de la tribuna, había colocado un águila gigante con las alas extendidas y agarrando una esvástica entre sus garras. Esta vez se tomó prestada toda la dotación de los 152 proyectores de la sección antiaérea de la Luftwaffe —con gran disgusto de Göring— para crear una impresión que el embajador británico, Sir Neville Henderson, describió como «tanto solemne como hermosa... como estar en una catedral de hielo».<sup>22</sup> Hitler, que se encontraba absorto limpiando una pistola automática desperdigada en piezas sobre su escritorio, asintió con la cabeza, gruñó «aprobado» y comenzó a montar el arma. Así fue el breve primer encuentro de Speer con el hombre que iba a cambiar su vida.<sup>23</sup> Posteriormente lamentaría el hecho de que este espectáculo de luces «inmaterial» fuese recordado como su principal logro arquitectónico. No conocemos su reacción cuando fue revivido en la gira *Station to Station* de David Bowie en 1976.<sup>24</sup>

El siguiente encargo de Speer fue diseñar el Festival de la Cosecha que se celebraría el 1 de octubre de 1933 en la ladera septentrional del Bückeberg. Era un lugar místico para el nacionalsocialismo. Fue allí donde se decía que Arminio había derrotado a los romanos y donde el líder sajón Wikudin había vencido a los francos de Carlomagno. El héroe nazi Horst Wessel era de aquella región, que era regada por el río «puramente alemán» Weser. El diseño de Speer, elaborado en estrecha colaboración con el Ministro de Agricultura, Walther Darré, era un sencillo óvalo marcado por miles de

banderas. Había dos plataformas en los extremos más alejados, conectadas por 600 metros de una pasarela elevada conocida como «La Vía del Führer». Hitler necesitó una hora para atravesar una muchedumbre de campesinos aduladores. Tiempo después fue sustituida por una carretera de adoquines que en la actualidad está clasificada como monumento histórico. Había una tribuna de oradores en el extremo noroccidental del óvalo y una grada en el sudoriental para 3.000 invitados especiales, fotógrafos y periodistas. Para subrayar la simplicidad y franqueza de la agricultura, todas las estructuras estaban construidas en madera. Aun se conservan hoy en día los cimientos de cemento. El Festival de la Cosecha fue un espectáculo gigantesco, a una escala aún mayor que el mitin anual de Núremberg. A la ceremonia inaugural asistieron 500.000 participantes. Para 1937, la cifra ascendió a 1.200.000. Con los años se añadieron más estructuras permanentes y se diseñó el ruedo como un escenario utilizado en representaciones al aire libre. Aquel era el marco perfecto para diversas manifestaciones de la ideología de «sangre y tierra» de Darré.<sup>25</sup>

Durante su visita a Núremberg, Speer estableció otros contactos importantes. Entre ellos se encontraba el urbanista de la ciudad, Walter Brugmann, que posteriormente se convertiría en uno de sus colaboradores más cercanos. Para su descomunal proyecto en Núremberg, coordinó el trabajo de la mano de obra esclava procedente de toda Europa. Brugmann también ayudó a Speer en sus esfuerzos por construir un nuevo Berlín que se librase de su población judía.<sup>26</sup>

Como resultado de su visita, Speer recibió en 1933 el encargo de construir las instalaciones permanentes del campo de zepelines. Su diseño con una columnata de pilares rectangulares sin adornos era una cita directa de la Casa del Arte Alemán de Troost. Ansioso por demostrar que no era un mero epígono del arquitecto jefe de Hitler, Speer insistió en que se había basado en el Altar de Pérgamo de la Isla de los Museos de Berlín. Había, sin embargo, dos grandes diferencias que ofrecen un poderoso indicio de lo que iba a ocurrir. La primera era el desmesurado tamaño de la estructura. Medía 390 metros de ancho y 24 metros de altura.<sup>27</sup> La segunda, sobre su tejado plano colocó una esvástica gigante, tallada en piedra y enmarcada en una corona de laurel. El 25 de abril de 1945, se rodó una película de los ingenieros americanos dinamitando este odiado emblema del nazismo. Se convertiría en un poderoso símbolo de la derrota de la Alemania nazi.

Willy Liebel, el alcalde de Núremberg, también había encargado a un

arquitecto local, Ludwig Ruff, construir una enorme sala de congresos a lo largo de un eje central que conectase una enorme extensión en el Luitpoldhain, donde se celebrarían los mítines, con el Märzfeld o Campo de Marte —un rectángulo de unas 60 hectáreas de arenoso páramo limitado por banderas con esvásticas de 30 metros de altura que cubrían el espacio que separaba las 24 enormes torres de piedra. Se hicieron unas previsiones de 160.000 espectadores que presenciarían la exhibición de maniobras de la Wehrmacht. La Sala de Congresos fue concebida siguiendo el modelo del Coliseo de Roma. Ruff tenía una relación estrecha con Hitler gracias a la mediación del gauleiter de Turingia, Fritz Sauckel, un hombre que iba a representar un papel clave como transportista de esclavos en el imperio armamentístico de Speer. Hitler aprobó este plan, pero Ruff fue incapaz de llevarlo a buen término. Murió en agosto de 1934 a consecuencia de una operación. Su hijo Franz, que pronto se forjaría una reputación como uno de los principales arquitectos nazis, accedió de buena gana a terminar el trabajo de su padre.<sup>28</sup> La principal obra de Franz fue el enorme cuartel de las SS en Núremberg, para cuyo diseño fue cuidadosamente supervisado por Speer y Hitler. Irónicamente, en la actualidad alberga la Oficina Federal para la Inmigración y los Refugiados.

El diseño de Speer para el Luitpoldhalle, concebido originalmente para albergar exposiciones y atracciones y que ahora iba a ser reconstruido como un centro de convenciones, presenta un marcado parecido con la obra de uno de sus maestros. En este caso fue el ayudante de Daniel Krencker, Walter Andrae, cuyos dibujos de una reconstrucción del templo asirio de Tukulti-Ninurta en Assur le habían causado una gran impresión. Speer sustituyó la fachada *art nouveau* del edificio de 1907 por una entrada monumental que tenía una esvástica gigante encima de la puerta. Modificó el interior, cubriéndolo con banderas nazis y proporcionando asientos para 16.000 personas. Resultó seriamente dañado por los bombardeos aliados y fue demolido en 1950. Ahora es un aparcamiento.<sup>29</sup>

Speer estaba encantado con las fases iniciales de la obra en Núremberg. En un ensayo publicado en 1936 escribía acerca de las «construcciones del Führer»: «Sus grandes edificaciones que están en proceso de construcción en cierto número de lugares están diseñadas para ser una expresión de la naturaleza del Movimiento que perdurará durante mil años. Así pues, son parte del Movimiento mismo. El Führer creó el Movimiento, llegó al poder debido a su fuerza y aún hoy influye hasta en los detalles más nimios... Se ve

impelido a construir como un nacionalsocialista». A Speer le podría haber resultado embarazoso que alguien le hubiera recordado semejante efusión cuando, después de la guerra, se esforzaba diligentemente en forjarse una imagen de arquitecto y tecnócrata que había permanecido inmaculado frente a la política. Continuaba escribiendo: «Será un caso único en la historia del pueblo alemán que, en un momento decisivo, su Führer no solo comenzó una nueva disposición filosófica y política de nuestra historia, sino que, al mismo tiempo, gracias a su incomparable experiencia como maestro de obras, empezó también a crear edificaciones en piedra que perdurarán durante miles de años como testimonio de la voluntad política y el talento cultural de nuestros tiempos».<sup>30</sup> Esta prosa rimbombante es un ejemplo perfecto de a lo que se refería Thomas Mann cuando escribía: «La verdadera característica y el aspecto peligroso del nacionalsocialismo era la mezcla de robusta modernidad y una postura afirmativa hacia el progreso combinadas con sueños del pasado: un romanticismo altamente tecnológico».<sup>31</sup>

La primera fase de construcción en Núremberg se completó a toda prisa para estar lista para el mitin del partido en 1936. Durante el año siguiente, Speer comenzó a trabajar en la fase final —el diseño del enorme Estadio Alemán. La Zweckverband Reichsparteitagegelände Nürnberg o Asociación de Terrenos de Mítines del Partido del Reich de Núremberg (ZRPT)— una corporación pública fundada en marzo de 1935 que coordinaba las contribuciones financieras de la ciudad, el estado de Baviera, el NSDAP y el gobierno del Reich— aprobó una suma de 95 millones de marcos del Reich para la planificación inicial.<sup>32</sup> Cuando Speer señaló el enorme coste del proyecto —para agosto de 1938 ya se habían aprobado 211 millones de marcos del Reich y la suma alcanzaría pronto entre 700 y 800 millones para todo el complejo— Hitler le quitó importancia comentando que no costaba más que dos acorazados de la clase *Bismark*.<sup>33</sup> Hitler colocó la primera piedra el 9 de septiembre de 1937.

La planta básica para esta estructura descomunal era una vasta herradura de graderío que tomaba como modelo el Odeón de Herodes Ático de Atenas.<sup>34</sup> El Odeón fue construido sobre una pendiente, pero aquí el terreno era llano, de manera que Speer tuvo que sostener los niveles de asientos con unas enormes bóvedas de cañón al estilo romano. De este modo, el resultado final habría sido mucho más romano que griego. Speer colocó unos inmensos propileos a lo largo de la abertura de la herradura ovalada, como una tribuna para dignatarios y representantes de la prensa. Sobre el tejado habría una

colosal estatua femenina 14 metros más alta que la Estatua de la Libertad. El estadio fue concebido para ofrecer 150 filas de asientos para 405.000 espectadores durante los Juegos Arios, una versión racialmente purificada de los Juegos Olímpicos de la que habrían sido rigurosamente excluidos aquellos como Jesse Owens, el atleta negro que ganó cuatro medallas de oro en las Olimpiadas de Berlín.

Los trabajos comenzaron construyendo una maqueta a escala sobre una pendiente escalonada en la vecina Oberklausen en 1938. Los cimientos del estadio se completaron en marzo de 1940. Para ese momento, Speer y Walter Brugmann tenían todo el proyecto firmemente sujeto en sus manos, con la ZRPT limitada a proporcionar los fondos, las materias primas y la mano de obra. La tarea se simplificó enormemente cuando el Ministerio de Trabajo colocó el proyecto bajo la categoría especial de ser «de importancia política para el Estado».<sup>35</sup> Resultó ser una tarea asombrosa. Speer necesitó 350.000 metros cúbicos de un granito rosa especial para el estadio, setenta veces más que la piedra necesaria para su Cancillería del Reich. Esto significaría que las canteras de granito —la mayor parte de las adecuadas estaban cerca de Dresde— deberían ser ampliadas. Las empresas constructoras tendrían que emplear grandes cantidades de nuevos trabajadores, los esclavos de Himmler serían explotados más a fondo. Se formalizó una alianza entre Speer y Himmler con la creación, el 29 de abril de 1938, de la Compañía Alemana de Trabajos en Tierra y Piedra (DEST), propiedad de las SS. Estaba dirigida por Oswald Pohl, un hombre de excepcional talento organizativo, que tenía a su cargo la SS Wirtschafts-Verwaltungshauptamt u Oficina Principal de las SS para la Administración y la Economía. Pohl combinaba su entusiasmo por la explotación de la mano de obra esclava con una firme creencia en la purificación racial. Dirigía los hogares de maternidad y orfanatos de las SS conocidos como «Fuente de Vida» (*Lebensborn*) así como la rama alemana de la Cruz Roja. La DEST era una curiosa organización, algo frecuente en la Alemania nazi. Legalmente, era una empresa privada, pero todos sus funcionarios eran miembros de las SS y respondían directamente ante Pohl. Era de dudosa legalidad el hecho de que fuese una organización del partido que actuaba como una empresa privada y, de este modo —como pronto señalarían otras compañías del sector de la construcción— disfrutaba de una injusta posición de ventaja. Las SS replicaron que no estaban en el negocio para obtener beneficios, sino que únicamente les preocupaba la «reforma» de los internos en los campos de concentración.<sup>36</sup>

Pohl se mostró perfectamente cándido al afirmar durante su juicio que la DEST había sido fundada específicamente para producir materiales de construcción para las «Construcciones del Führer» proyectadas por Speer. Señaló que la industria privada solo podía proporcionar el 18 por ciento de los dos mil millones de ladrillos anuales que necesitaba Speer para reconstruir Berlín. De hecho, esta fue su principal justificación para que una institución del partido operase como un negocio privado. Su consideración secundaria fue que era una forma útil de encontrar empleo para los reclusos de los campos de concentración en beneficio de las SS. La nueva organización fue el resultado de las discusiones entre Speer, Himmler y Hitler, aunque hay cierto debate sobre quién tomó la iniciativa.<sup>37</sup> En cualquier caso, no se cuestiona que la DEST fue tanto una organización de terror como una proveedora de materiales de construcción. Los Juicios de Núremberg establecieron claramente que formó parte esencial de la criminal política de Himmler para la «aniquilación mediante el trabajo».<sup>38</sup> Así pues, Speer, con ingentes sumas de dinero a su disposición, permitió a Himmler crear un imperio comercial.

Desde el primer momento, Speer trabajó hombro con hombro con la DEST y las SS. Junto a sus colaboradores más próximos —Brugmann, Karl Hettlage y Dietrich Clahes— se reunió con frecuencia con figuras clave de los departamentos económicos y políticos de las SS como Himmler, Pohl y Mummenthey de la DEST, así como la mano derecha de Himmler, Reinhard Heydrich. Speer no era un mero tecnócrata, sino un agente activo que desde el primer momento influyó decisivamente en las políticas de las SS y otras organizaciones.<sup>39</sup>

Aunque Speer sabía muy bien que, inevitablemente, la guerra tendría un importante efecto sobre sus operaciones constructivas tanto en Berlín como en Núremberg, era un entusiasta partidario de una solución radical de las «cuestiones nacionales». Respecto a aquellos, como Göring o Goebbels, que tenían serias dudas sobre las oportunidades de Alemania en lo que probablemente se convertiría en otra guerra mundial, pensaba que eran «personas débiles, degenerados por el poder, que no desean arriesgar los privilegios que han obtenido».<sup>40</sup>

Pese a su importancia política, los trabajos se detuvieron tan pronto como se inició la guerra. Los trabajadores fueron trasladados a diferentes ramas de la industria armamentística. Speer, sin duda tras consultar a Brugmann, decidió lo que debería seguir construyéndose una vez se levantasen las

restricciones. Por el momento, su principal interés se centraría en los trabajos preliminares para reconstruir Berlín. El alcalde de Núremberg, Willy Liebel, se mostró más afligido cuando se ordenó detener la construcción. Insistió en que «la continuación del empleo de las canteras de piedra y de las empresas de procesado de piedra, al menos al actual nivel de productividad... han sido expresamente ordenados por el Führer, de acuerdo con la información del Inspector General de Construcción, el Profesor Speer». Liebel sugería que se proporcionasen los 170.000 marcos del Reich necesarios para el mantenimiento de varios emplazamientos de construcciones, así como 15,5 millones de marcos del Reich para responder a los encargos de piedras hasta agosto de 1940.<sup>41</sup> De ese modo, la DEST mantendría repletos sus libros de pedidos y no se interrumpiría el programa de «reeducación» de Himmler para los reclusos de los campos de concentración. Willy Liebel siguió siendo un estrecho colaborador de Speer. Tras organizar la deportación de los judíos de Núremberg a Riga, Lublin y Theresienstadt, donde prácticamente todos fueron asesinados, en 1942 se unió al Ministerio de Armamentos de Speer como jefe de la Oficina Central.<sup>42</sup>

La construcción se detuvo, pero continuaron la planificación y la provisión de piedra. Los terrenos para los mítines del partido siguieron teniendo prioridad absoluta, de manera que un par de semanas antes de que se firmase el armisticio con Francia el 22 de junio de 1940, Hitler y Speer consideraron la posibilidad de emplear prisioneros de guerra para reiniciar la construcción. Para abril de 1941 había cinco mil prisioneros de guerra trabajando en el lugar. La ZRPT estaba deseando continuar, imaginando que Gran Bretaña sería derrotada en los meses siguientes, de manera que los mítines del partido podrían reanudarse en 1941. Para acelerar las entregas de piedra para Núremberg, así como para las construcciones de Speer en Berlín, se creó una nueva empresa llamada Arge Núremberg (Arbeitsgemeinschaft Natursteinlieferungen Reichsparteitagsbauten Nürnberg GmbH), pero fue dejada de lado cuando el Plan Cuatrienal asumió la responsabilidad de la distribución de piedra.<sup>43</sup> A fin de subrayar el hecho de que reconstruir Berlín era su prioridad máxima, Speer trasladó a Brugmann a la capital en noviembre de 1940 para supervisar la construcción.

A medida que avanzaba la guerra, los trabajos en Núremberg fueron decayendo gradualmente hasta un punto muerto. Los prisioneros de guerra que trabajaban en el lugar fueron destinados a trabajar en la industria armamentística. Ya no se podían mantener los enormes costes de las reservas

de piedra para la construcción cuando todos los recursos necesarios debían concentrarse en el armamento, que para entonces era responsabilidad de Speer. En 1943 Brugmann se hizo cargo de los equipos de construcción de la Organización Todt en Europa oriental. La ZRPT había quedado reducida a la insignificancia. Se seguía entregando piedra para los terrenos de los mítines del partido, pero la cantidad iba menguando. Las entregas continuaron hasta la primavera de 1944, pero para entonces el lugar había sido parcialmente transformado en unas instalaciones militares. Ya prácticamente no había esperanza de que algún día se hiciese realidad la fantasía greco-romana de Speer.

El repentino ascenso de Speer al poder, la riqueza y la fama comenzó en realidad en 1933, no con el encargo de Núremberg, sino cuando, a los veintiocho años, se convirtió en director de obra para el Profesor Troost con la tarea de supervisar la renovación de la Cancillería en Berlín. Hitler se había demostrado a sí mismo que poseía una mente privilegiada para la política y pronto iba a poner a prueba sus capacidades sobre el campo de batalla, pero seguía siendo un genio artístico frustrado. Troost era un hombre con una reputación internacional y una personalidad imponente. En cierto modo, Hitler le tenía un temor reverencial. Speer era un joven cuya carrera apenas había comenzado. Era la persona ideal a través de la cual Hitler podría hacer realidad su visión arquitectónica.

Casi en el mismo momento en que fue nombrado Canciller, Hitler decidió llevar a cabo algunos cambios dramáticos en la Cancillería. Edouard Jobst Siedler había diseñado un añadido clásicamente moderno y funcional a la cancillería de Bismark en el Palacio Schulenberg-Radziwill de la Wilhelmstrasse. Fue construido entre 1928 y 1930, pero Hitler rechazó la nueva ala al describirla como una «cajetilla de tabaco» que parecía «la oficina de administración de una fábrica de jabón».<sup>44</sup> Debido a la renovación del palacio presidencial situado junto a la vieja Cancillería, Hindenburg se había visto obligado a trasladar su residencia oficial a la antigua Cancillería, haciendo de este modo que Hitler se las apañase con la nueva ala administrativa. Su alojamiento oficial estaba en un apartamento diseñado para la Secretaría de Estado del Canciller. Por lo tanto, no fue hasta el otoño de 1933, después de que Hindenburg se trasladase de nuevo al palacio presidencial, cuando Hitler pudo hacerle a Paul Ludwig Troost el contrato para renovar todo el edificio.

Troost aceptó encantado hacerse cargo de la renovación, pero su despacho

estaba en Múnich y no estaba familiarizado con las empresas constructoras de Berlín. Hitler quería que el trabajo se hiciese a toda prisa. Vivamente impresionado por el rápido trabajo que había hecho para Goebbles, tuvo la sensación de que Speer era la persona ideal para actuar como director de obra en representación de Troost. Speer fue nombrado oficialmente para asumir esta tarea y recibió el primer pago a plazos de sus honorarios el 22 de junio de 1936.

En su discurso con motivo de la inauguración de la nueva cancillería en enero de 1939, Hitler declaró que el edificio antiguo se encontraba en un estado deplorable, símbolo, pensaba, de la decadencia y podredumbre de la república de Weimar. El tejado tenía goteras, la madera del suelo se estaba pudriendo, y el despacho del canciller en el anexo parecía «tanto en tamaño como en forma, la oficina carente de gusto de un agente de una compañía de cigarrillos y tabaco de tamaño medio».<sup>45</sup> En otras palabras, el edificio estaba listo para su demolición. Aquello era una pura invención, aunque sí que existían algunos defectos. La cocina estaba mal equipada y era siniestramente oscura; pero, en conjunto, se encontraba en unas condiciones razonables. El edificio había sido entregado al nuevo gobierno el 8 de diciembre de 1918 y se decía que había sido «absolutamente satisfactorio». Había sido renovado en 1926. Hindenburg había vivido recientemente en él durante cierto tiempo y no había habido quejas. Tampoco resulta creíble que, incluso en aquella difícil época, el Jefe del Estado hubiera tenido un alojamiento por debajo de lo aceptable.

Hitler observaba muy de cerca a Speer. Inspeccionaba el lugar diariamente a medio día. Speer lo encontró «no hostil, pero brusco».<sup>46</sup> Hitler quedó muy impresionado por el joven. Ofrecía respuestas precisas y directas a todas sus preguntas, que eran muchas. Nunca hizo el menor intento de ganarse su favor. No parecía intimidado por su inmenso poder y prestigio. Hitler admiraba sus impecables modales y su confianza. Resultaba un agradable contraste con los cortesanos aduladores, serviles acólitos y autómatas que chascaban sus tacones en su séquito habitual.

La atmósfera era informal. No había «Heil Hitlers», nada de brazos derechos extendidos ni exageradas señales de servilismo. Los trabajadores le deseaban un buen día y continuaban con sus tareas. Un día, tras finalizar su ronda de inspección, invitó a Speer a comer. Speer tenía buenos modales, era discreto, bien parecido y adecuadamente respetuoso. Este hábil y joven producto de la clase media culta encantó al Führer, que en lo más profundo

sufría de la inseguridad de un autodidacta de orígenes humildes. Speer se sintió halagado por la invitación, pero también avergonzado. Tenía un poco de yeso en la chaqueta de su traje. Hitler se dio cuenta y le dijo que no se preocupara. De vuelta a sus habitaciones privadas, Hitler le dijo a su ayuda de cámara que proporcionase a Speer una chaqueta oscura. En la mesa, Goebbels estaba escandalizado de que el joven Speer estuviera allí sentado llevando la exclusiva insignia de oro del partido de Hitler. Hitler le explicó lo que había ocurrido y pasó todo el almuerzo con Speer como único compañero de conversación, para gran disgusto del Ministro de Propaganda.<sup>47</sup>

Pronto se convirtió en invitado habitual a la mesa de Hitler, tanto en las comidas como en las cenas. Entre la multitud habitual se encontraba su chófer, el antiguo actor Julius Schreck, que era camarada del partido con el número 53; el comandante del Leibstandarte SS Adolf Hitler, Sepp Dietrich; los ayudantes de Hitler, Wilhelm Brückner y Julius Schaub; su jefe de prensa, el SS-Obergruppenführer Otto Dietrich; y su fotógrafo personal, Heinrich Hoffmann. Entre los invitados frecuentes se encontraban sus compañeros de Múnich: el editor Max Amann; el tesorero del partido Franz Xaver Schwarz; el pedófilo editor del *Völkischer Beobachter*, el periódico del partido, Hermann Esser; y el notoriamente antisemita gauleiter de Múnich, Adolf Wagner. Jakob Werlin, un vendedor de automóviles de Mercedes en Múnich, que proporcionaba sus coches a Hitler, estaba presente a menudo.<sup>48</sup> La mesa solo tenía cabida para diez comensales sentados, de manera que Speer se encontró de repente dentro de un grupo muy selecto de colaboradores muy cercanos de Hitler. Después de la cena, a Hitler le gustaba ver una o dos películas. Prefería comedias ligeras, historias de amor y musicales, especialmente cuando estaban llenos de piernas bien torneadas a la vista.

En la mesa, Speer se sentaba junto a Hitler y hablaba abiertamente sobre cuestiones personales, estableciendo rápidamente lo más parecido a una amistad de lo que jamás fue capaz Hitler. En algunas cosas eran parecidos. La actitud disipada y relajada de Speer era una máscara que ocultaba una personalidad emocionalmente inhibida. No tenía amigos íntimos, se sentía incómodo en sociedad, su comportamiento era a menudo torpe y tímido. La mayor parte del tiempo, incapaz de ocultar su auto-conciencia detrás de una despreocupada juventud y unos modales displicentes, adoptaba una actitud distante, gélida, lacónica que gradualmente se endurecía hasta la arrogancia. El colega de Speer y resentido rival Hermann Giesler, lo encontraba tan distante que lo describió como un «santo en una columna» o estilita.<sup>49</sup>

También Hitler erigió una barrera a su alrededor que resultaba imposible de penetrar. Ambos hombres estaban emocionalmente empobrecidos, insaciablemente hambrientos de poder, y eran consumados *showmen*. Su diferencia más marcada era que Speer, consciente de sus defectos y debilidades, se mostraba dispuesto a delegar.

A Hitler y Speer les unía su pasión por la arquitectura. Desde hacía tiempo Hitler soñaba con construir enormes símbolos del poder de Alemania. Su gusto, como señalaba Gerdy, la esposa de Troost, se había quedado lamentablemente estancado en la década de 1890; pero aquello no suponía un problema para Speer. Se dio cuenta rápidamente de que el estilo arquitectónico favorito de Hitler era más Habsburgo que prusiano. Le gustaban las cúpulas, las curvas, el eclecticismo, la ornamentación y la opulencia de la Ringstrasse de Viena, o la monumental y demasiado decorada Ópera de París de Charles Garnier.<sup>50</sup> De hecho, le resultaba difícil comprender que encontraba Hitler tan asombroso en el severo estilo de Troost.<sup>51</sup> Para Hitler, el cargante y demasiado pesado en la parte superior ensayo en historicismo, el Landesmuseum de Linz, era «el pináculo de la arquitectura alemana».<sup>52</sup> Speer había abandonado de buena gana la Nueva Objetividad de Poelzig para abrazar con entusiasmo la bucólica Arquitectura de la Reforma de Tessenow. A continuación se había ajustado rápidamente al neoclasicismo reducido al mínimo de Troost, para abandonarlo acto seguido y alcanzar su apoteosis en la realización de la inflada visión imperialista *fin-de-siècle* de Hitler. Speer fue el medio mediante el cual Hitler pudo llevar a cabo sus más salvajes sueños artísticos. Hitler le proporcionó la oportunidad de diseñar edificios cuyo tamaño excedía su imaginación. Speer fantaseaba con ser recordado como uno de los grandes arquitectos alemanes —un segundo Balthasar Neumann o un Karl Friedrich Schinkel. Pero, salvo en un aspecto, era una relación casi perfecta. A diferencia de los grandes patronos del pasado, Hitler supervisaba constantemente, controlaba e interfería en el trabajo de Speer. En cierta ocasión, Speer comentó a Furtwängler en tono sarcástico que debería considerarse afortunado de que a Hitler no se le antojase ser director de orquesta, pues, habría estado aconsejándole constantemente sobre tiempos, fraseo y dinámica.<sup>53</sup>

Speer también criticaba de Hitler el «loco odio por los judíos» a que se había quedado apegado emocional e intelectualmente a la Viena del cambio de siglo. Lo consideraba «un adorno vulgar, una reliquia de sus días en Viena. Dios sabe por qué nunca se libró de él». ¿Se preguntaba Hitler a sí

mismo si su antisemitismo era «un medio táctico para agitar los instintos de las masas», o si realmente quería decir lo que decía cuando hablaba de la guerra como una lucha a muerte entre el nacionalsocialismo y la «judería mundial»? Todo permanecía en silencio cuando Hitler echaba pestes sobre la «aniquilación», «exterminio» o «erradicación» de los judíos. Estas frases se repetían tan a menudo que parecían estar vacías de significado, depositarias de una predisposición que no había adquirido su forma definitiva, pero que no parecía una cuestión de vida o muerte.<sup>54</sup> Así pues, trivializaba burdamente el odio patológico de Hitler hacia los judíos. No era un mero recurso retórico de bobadas de café de la Viena anterior a la guerra. Como parte de su elaborada coartada, se negó a reconocer que la solución para la obsesión de Hitler con los judíos implicase el asesinato en masa o a una escala inimaginable.

A Speer, como a Hitler, le disgustaba profundamente el arte moderno, pero mientras Hitler se había quedado anclado en la década de 1890, el gran amor de Speer era el arte romántico alemán desde comienzos del siglo XIX hasta el simbolismo irónico de Arnold Böcklin que iba a inspirar a los surrealistas. Reunió una espléndida colección de cuadros de este período, incluido a Böcklin, la mayoría de los cuales se decía que eran de procedencia desconocida. Disfrutaba la oportunidad de mezclar estilos arquitectónicos, igual que había hecho Schinkel. Así, su «Palacio del Führer» en Berlín era un cruce entre Pompeya y el Palazzo Pitti. Posteriormente Speer se preguntaría qué era aquello, si un precedente del post-modernismo o una forma tardía del historicismo.<sup>55</sup>

Speer no compartía el gusto de Hitler en pintura. Detestaba con toda su alma los desnudos exánimes de Ziegler que tanto gustaban a Hitler, pero que le granjearon el corrosivo título popular de «Maestro del Pelo Púbico Alemán». Le disgustaban las familias de agricultores de «sangre y tierra» de Paul Mathias Padua escuchando entusiasmadas a Hitler en la radio. Encontraba sus escenas de batallas heroicas igualmente poco atractivas. Pero sentía debilidad por los neo-Altdorfers y Breughels de Werner Peiner, quien le encargó el diseño de algunos tapices para la Nueva Cancillería.<sup>56</sup>

Speer compartía el entusiasmo de Hitler por la escultura, pues sentía que reducían los vastos espacios públicos a una escala humana. Tenía cierta amistad con Arnold Breker y Josef Thorak, que produjeron esculturas de arios musculosos, caballos gigantescos y desnudos monumentales a escala industrial y a unos costes asombrosos. También admiraba enormemente los

anodinos desnudos de Fritz Klimsch.<sup>57</sup> Speer aseguraba que había ayudado a restaurar las reputaciones de Georg Kolbe, cuyos monumentos conmemorativos de Heine en Frankfurt y de Rathenau en Berlín habían ofendido inevitablemente a los nazis a causa de los distinguidos judíos a los que honraban; y de Richard Scheibe, cuyo monumento conmemorativo de Friedrich Ebert en el exterior de la iglesia de San Pablo en Frankfurt con la forma de un joven desnudo había excitado la indignación de los nazis a causa de su tema, lo remilgado de su descarado homoerotismo, y de los más entendidos por su absurdo. Hitler adquirió el *Filósofo* de Scheibe en 1938 por 10.000 marcos del Reich, a pesar de que había sido rechazado en el Instituto de Arte Städel de Frankfurt por nazis celotas en 1933. Kolbe, aunque condenado por los nazis más ardientes como «humanístico» y «nada heroico», contaba con cierto número de admiradores entre aquellos que encontraban marcadamente vulgar la ampulosidad de la escultura patrocinada oficialmente. A Speer le pareció enormemente injusto que Breker, Klimsch y Peiner fuesen posteriormente equiparados a los típicos nazis.<sup>58</sup>

En noviembre de 1933 Hitler encomendó a Speer la reorganización de los planos de la planta de la ampliación de la Cancillería elaborados por Siedler. Más tarde, el 21 de enero de 1934, Troost falleció de manera repentina. El siguiente movimiento de Hitler resultó evidente para todos los que lo rodeaban. Walther Funk, que en aquel momento ejercía como Secretario de Estado en el Ministerio de Propaganda de Goebbels, le dijo a Speer con una especial falta de delicadeza: «Enhorabuena, ahora eres el número uno».<sup>59</sup> Pero su posición no estaba tan clara. Sus competencias procedían de Hitler, pero se había quedado en una situación ambigua típica del Tercer Reich. Podría haber sido plenipotenciario de Hitler, pero el proyecto de Núremberg seguía siendo en su totalidad responsabilidad de las autoridades municipales. No estaba claro quién era el responsable de financiar su creciente número de proyectos. La cadena de mando era igualmente ambigua. Por encima de todos estaba Hitler, que se consideraba a sí mismo «el auténtico arquitecto del Tercer Reich».<sup>60</sup>

Tras la muerte de Troost, su viuda Gerdy, ayudada por Leonhard Gall, asumió la responsabilidad de amueblar de nuevo la cancillería de Bismark. Speer continuó como director de obra con la responsabilidad de renovar el anexo. Diseñaron el apartamento de Hitler, incluido un dormitorio y un aseo para Eva Braun y un imponente estudio adecuado a sus necesidades. Se guardaba celosamente la privacidad de Hitler, de manera que jamás se

tomaron fotografías de estas estancias privadas. Todo el edificio, tanto el palacio original como su ampliación, fueron renovados de arriba a abajo. Hitler se mudó a su nueva vivienda en mayo de 1934. Hans Lammers, el jefe de la Cancillería del Reich, tomó posesión del piso de diez habitaciones de Hitler en el anexo de Siedler. Los costes no fueron una preocupación. Se dejó de presentar las cuentas al Ministerio de Finanzas. La «voluntad del Führer» era suficiente para pagar todas las facturas.

El siguiente encargo de Speer en Berlín fue renovar el italianizante Palais Borsig en la esquina de Vossstrasse y Wilhelmstrasse —puerta con puerta con la ampliación de la cancillería— como cuartel general de las SA. Después del «Putsch de Röhm» en julio de 1934, Hitler decidió trasladar a aquella revoltosa organización desde Múnich para poder vigilarla más de cerca. La primera tarea de Speer fue trasladar al Vicecanciller von Papen y a su equipo fuera del edificio. Envío un equipo de trabajadores para que provocara tanto ruido y desorden como fuera posible al demoler la yesería del hall de entrada, pasillos y antecámaras. En una de las habitaciones vio una mancha de sangre que marcaba el lugar donde Herbert von Bose, el secretario de prensa de Papen y figura prominente entre la oposición conservadora a Hitler, había sido abatido a tiros durante el Putsch de Röhm. Aquel fue el único comentario de Speer sobre unos hechos que cambiaron el rostro del nacionalsocialismo y convirtieron a gran parte de la élite en cómplices de un asesinato a gran escala.<sup>61</sup>

En 1935, Speer, siguiendo un boceto de Hitler, añadió un balcón al anexo a la cancillería construido por Siedler sobre la que Hitler iba a realizar sus apariciones públicas ante la multitud reunida en la Wilhelmplatz.<sup>62</sup> Previamente, Hitler solo había sido observado como una figura sombría enmarcada en una ventana mientras contemplaba el desfile de antorchas que celebró su nombramiento como canciller. Ahora, tal como él mismo dijo, deseaba ser visto en tres dimensiones, capaz de asomarse al balcón para recibir los aplausos, tal como hizo tras la victoria sobre Francia. Speer, que todavía seguía fielmente el estilo de Troost, simplificó el diseño de Hitler y lo estrechó en un tercio de su tamaño; no obstante, aunque consiguió situar hábilmente el balcón para que ejerciese como contrapeso de la gigantesca entrada, seguía siendo una extraña protuberancia que alteraba seriamente la simetría de la austera fachada de Siedler.

Aunque se había gastado una ingente cantidad de dinero en la completa renovación de la Cancillería del Reich y sus edificios adyacentes, a Hitler

aquello no le parecía suficiente. Decidió entonces construir otra cancillería absolutamente nueva que ofreciese una expresión más adecuada del poder y el prestigio de su régimen. En su discurso durante la ceremonia de coronación del nuevo edificio el 2 de agosto de 1938, dijo: «A finales de diciembre y principios de enero de 1937-1938 decidí resolver la cuestión austriaca, creando de este modo una Alemania más grande. La vieja Cancillería del Reich era absolutamente inadecuada para las funciones puramente oficiales y representativas que necesariamente implicaba. Por lo tanto, el 11 de enero de 1938 encomendé al Inspector General de Edificaciones, el Profesor Speer, la construcción de una nueva cancillería en la Vossstrasse y ordené que estuviera terminada para enero de 1939»: Hitler aseguró que Speer había regresado seis horas más tarde de recibir esta orden con planos detallados del edificio.<sup>63</sup>

En sus memorias, Speer nos cuenta que a finales de enero de 1938 Hitler le dijo que pronto tendría que mantener una serie de importantes discusiones, de manera que necesitaba varias habitaciones grandes de recepción diseñadas para impresionar a los «pequeños potentados». Había un solar disponible para el edificio. El coste fue inmaterial. Había ordenado que el edificio estuviera finalizado para finales de año, de manera que estuviese listo para la recepción de Año Nuevo al cuerpo diplomático en enero de 1939. Speer escribió que ordenó la demolición inmediata de las casas de la Vossstrasse.<sup>64</sup>

La versión de Speer sobre su reunión con Hitler es descaradamente falsa. Hitler estaba ansioso por demostrar que él había planeado el *Anschluss* con Austria en una fecha tan temprana como diciembre de 1937. Speer quería demostrar que había conseguido construir la gigantesca nueva cancillería en menos de un año. Al fin y al cabo, Hitler había anunciado públicamente que esto no era «rapidez americana, sino alemana».<sup>65</sup> De este modo, la nueva cancillería se consideraba una prueba más de la vitalidad del nacionalsocialismo. Esta es una visión que Speer no quiso corregir en sus memorias.

Hitler y Speer ocultaron la verdad deliberadamente. Hans Lammers hizo el anuncio oficial el 22 de junio de 1936: «El Führer y Reichkanzler ha encomendado al arquitecto Albert Speer, Lindenallee 18, Berlin-Charlottenburg 9, la tarea de preparar los planos para la Vossstrasse. Se le ha ordenado al Tesoro del Reich pagar a Albert Speer la suma de 30.000 marcos del Reich como anticipo de sus honorarios, cuya cantidad final todavía no se ha determinado».<sup>66</sup> Aquella era una suma enorme de dinero para un arquitecto

joven. Los planos detallados a escala 1:100 fueron dibujados en julio de 1937. Muestran todos los rasgos principales del edificio acabado. Pero el plan inicial comenzó mucho antes. Los bocetos preliminares se habían hecho en 1934. La adquisición de los terrenos en la Vossstrasse comenzó a finales de 1935. Los edificios fueron demolidos en una fecha tan temprana como marzo de 1936. El armazón de la primera fase de la nueva cancillería estaba completo el 1 de enero de 1938, diez días antes de la fecha que Hitler afirmaba haber tomado la decisión de construirla.<sup>67</sup>

No debe sorprender en absoluto, dadas las poco halagadoras observaciones que formuló Hitler sobre la cancillería de Bismark y la nueva ala construida bajo la República de Weimar, que en 1934 se celebrase una conferencia en la cancillería, a la que atendieron representantes del gobierno municipal, para discutir la construcción de una nueva residencia para el Führer. El alcalde, el Dr. Solm, estuvo de acuerdo en que, «teniendo en cuenta las observaciones del Führer», debería construirse un nuevo edificio cerca de la actual cancillería. El 5 de julio de aquel año se celebró una segunda reunión en la que Hitler sugirió que la Vossstrasse debería ser ampliada y los «feos», «pasados de moda» y «confusos» edificios del extremo norte demolidos. Aquel era el punto en donde la Vossstrasse se cruzaba con la Wilhelmstrasse, la calle en la que se encontraban la mayoría de los edificios gubernamentales, incluida la Cancillería del Reich. El significado de estas dos reuniones es que Hitler estaba pensando en construir una nueva residencia oficial a pesar de que el Presidente Hindenburg aún vivía. Su decisión de construir un palacio para sí mismo era un claro indicio de que estaba absolutamente decidido a asumir el cargo de Presidente tan pronto como falleciese Hindenburg. Tenía ochenta y siete años y una salud muy precaria. Murió menos de un mes después, el 2 de agosto de 1934.

Bajo la ley de aquel momento, no podía apropiarse sin más de los edificios de la Vossstrasse. Debían ser adquiridos. Esto representaba un problema. Entre los edificios de este estrecho extremo de la calle se encontraban el Ministerio de Justicia y las oficinas locales del NSDAP, ambos renovados recientemente. También deberían ser demolidas las delegaciones de Baviera, Sajonia y Würtemberg, así como algunas impresionantes residencias privadas. Para finales de 1937, todos esos edificios habían sido adquiridos por el Gobierno por un total de 13,5 millones de marcos del Reich.<sup>68</sup>

En 1935, Hitler elaboró algunos bocetos de la planta baja de una nueva cancillería. Eran para un edificio en la Vossstrasse que tenía la mitad de

tamaño de la construcción final. Speer estuvo implicado en el proceso prácticamente desde el principio. En enero de 1936 le dijo a Lammers que la construcción comenzaría aquella primavera. En marzo de 1936 presentó una estimación para todos los planos del nuevo edificio, incluyendo maquetas a escala y la preparación inicial del solar, para lo que solicitaba la bonita suma de 80.000 marcos del Reich.<sup>69</sup>

Los edificios de Vossstrasse 2 y 3 fueron demolidos en marzo de 1936. En mayo Speer escribió a Lammers diciéndole que se había completado el trabajo preliminar de un año para el «proyecto Vossstrasse» y que contaba con la aprobación de Hitler. El 22 de junio Speer volvió a presentar su estimación de 80.000 marcos del Reich, añadiendo unos honorarios personales de otros 30.000. Prudentemente, Lammers no hizo referencia alguna a la suma ampliada en su anuncio público unos meses después. La adquisición de los edificios de la Vossstrasse continuó durante todo 1936. En octubre, Speer anunció que el edificio estaría terminado en tres o cuatro años. Para que esto fuera posible, todas las propiedades restantes de la Vossstrasse tendrían que estar compradas para mediados de 1938. Se permitiría graciosamente a propietarios e inquilinos residir en los edificios hasta que los mismos fuesen demolidos.

Aún quedaba un gran problema por resolver. El Plan Cuatrienal, promovido en 1936, entraba en efecto el 1 de enero de 1937. Su objetivo principal era concentrarse en el armamento.<sup>70</sup> A consecuencia de esto, había una seria escasez de materiales de construcción, en particular hierro y acero. En febrero de 1937, Speer se quejó a Lammers de que el deseo de Hitler de tener un nuevo edificio en la Vossstrasse se estaba viendo frustrado por varias agencias que actuaban sin salirse del manual. Le pidió que dejase perfectamente claro que la voluntad del Führer no debería verse frustrada o desafiada bajo ninguna circunstancia. Lammers respondió que, puesto que esa era la voluntad de Hitler, se concedería al proyecto una prioridad absoluta.

Fue en este punto cuando Hitler nombró a Speer Inspector General para las Edificaciones en la Capital de la Nación. Enfrentado ahora a la onerosa tarea de transformar Berlín en la nueva capital, «Germania», Speer pidió que se delegase la responsabilidad de los dibujos técnicos y la labor de jefe de obra en otro arquitecto. Hitler estuvo de acuerdo con la sugerencia de Speer de que Karl Piepenburg era una elección ideal.<sup>71</sup> La estimación para el nuevo edificio, elaborada hasta el último pfennig en marzo de 1937, era de

4.295.957,43 marcos del Reich.

Speer volvió a presentar las estimaciones de gasto en septiembre. Para entonces se habían elevado hasta unos asombrosos 28.016.310 marcos del Reich. Era una adición considerable al peso de la deuda provocada por el gigantesco programa armamentístico. En parte por esa razón, todo el proyecto se mantuvo lejos de la opinión pública. Hitler ya había colocado la piedra fundacional del Instituto Técnico Militar, la primera fase en los planes de Speer para la reconstrucción de Berlín; pero esto se consideraba una parte integral del programa de rearme. Ni siquiera en la exposición de arquitectura de Múnich en enero de 1938 a la que Hitler acudió sin demasiado entusiasmo, se hizo la menor mención de la nueva cancillería. El 3 de febrero de 1938, el periódico oficial *Völkischer Beobachter* publicó un importante artículo sobre Albert Speer Vossstrasse el gran «maestro de obras» del movimiento Vossstrasse que se centraba en sus planes para reconstruir Berlín. Se hacía una breve mención a la planeada ampliación de la cancillería, pero se ocultaba cuidadosamente que iba a ser un edificio completamente nuevo a una escala gigantesca.<sup>72</sup>

Hitler alentó entonces a Speer a construir la cancillería tan rápido como fuera posible. Era un hombre con prisas. El programa de rearme estaba suponiendo un peso intolerable sobre la economía. Las reservas de divisas estaban agotadas. El problema del desempleo se había solucionado, pero Alemania se enfrentaba ahora a una escasez crónica de mano de obra. El 5 de noviembre de 1937 Hitler reunió a todos los jefes de los servicios armados y de asuntos exteriores para discutir los problemas surgidos a raíz del acelerado programa armamentístico, en particular la escasez de acero. En el transcurso de la reunión, aseguró que Alemania sufría «escasez de espacio». Esto debía solucionarse para que Alemania dejara de depender en las importaciones. Por lo tanto, el país debía estar completamente preparado para «resolver la cuestión del espacio» para 1943-1945, mediante la fuerza si fuese necesario. Francia debería ser despedazada a causa de las «tensiones sociales» o verse inmersa en una guerra con otra potencia, y Alemania debería apoderarse de Checoslovaquia y Austria.<sup>73</sup> Hitler estaba pensando en voz alta. Estaba provocando a aquellos que tenían dudas sobre el acelerado ritmo de rearme, como el Ministro de la Guerra y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, el mariscal de campo Blomberg, el Comandante en Jefe del Ejército, el general Fritsch y el Ministro de Asuntos Exteriores Neurath, todos ellos presentes. Tres semanas después de la reunión, Hjalmar Schacht,

un crítico del programa de rearme, dimitió de sus cargos como Ministro de Economía y Plenipotenciario para la Economía de Guerra. Blomberg fue obligado a dimitir en enero de 1938, Fritsch en febrero, y Neurath fue despedido aquel mismo mes. Hitler se nombró a sí mismo Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. La nueva cancillería de Hitler y el frenético ritmo al que se construyó, junto con el nombramiento de Speer el 30 de enero de 1937 para supervisar la reconstrucción de Berlín para convertirse en la «capital del mundo» Alemania, todo eran pruebas de que el Tercer Reich estaba entrando en una nueva fase, desesperada y agresiva.<sup>74</sup>

El día en que Blomberg fue obligado a dimitir, el 27 de enero de 1938, Hitler otorgó a Speer poderes plenipotenciarios para asegurar que la nueva cancillería estuviera terminada el 1 de enero del año siguiente. Ordenó que se superasen todos los obstáculos para alcanzar esa meta y que se concediera al proyecto prioridad absoluta.<sup>75</sup> Todo marchó de acuerdo con lo planeado, de manera que la ceremonia de coronación se celebró, como estaba previsto, el 2 de agosto. Se celebró una fiesta en el Deutschlandhalle a la que acudieron 4.500 trabajadores de la construcción junto con una multitud de dignatarios. En su discurso, Hitler hizo referencia a la anexión de Austria en marzo de 1938, y se regocijó del hecho de que Viena, «una hermosa e imponente ciudad de la gran Alemania con una cultura antigua excepcional y maravillosos edificios» se hubiera incorporado al Reich alemán. Por esa razón había ordenado al «Maestro de Obras Speer» tener el nuevo «Hogar del Gran Reich Alemán» preparado para la recepción del cuerpo diplomático el 10 de enero de 1939. Hitler hizo la ridícula afirmación de que «este año» había ordenado a Speer tener el edificio preparado a tiempo. Hitler presumía de que un país que podía absorber un estado soberano en tres o cuatro días era capaz de terminar un edificio en un plazo de uno o dos años. La historia de la nueva cancillería se reescribía de este modo para reforzar la impresión de vigor, capacidad organizativa y sentido del rumbo del nacionalsocialismo. Era una impresión que se repite en las memorias de Speer y en gran parte de la literatura sobre esta cuestión.<sup>76</sup>

El despacho privado de Speer en la Lindenalle era el único responsable de la nueva cancillería, mientras se creaba un nuevo departamento para la reconstrucción de Berlín. Le ayudaban varios arquitectos. Entre ellos estaba Otto Apel, que también trabajó como ayudante de Tessenow. Hans Peter Klinke, que había sido compañero de Speer cuando ambos estudiaban en la Universidad Técnica de Berlín, trabajó en la integración del Palais Borsig en

la Vossstrasse 1 dentro de la nueva cancillería en lugar de demolerlo. En 1942, tras asegurar que Speer se había atribuido todo el mérito de su trabajo, dimitió y se unió a la exclusiva Waffen-SS Leibstandarte Adolf Hitler. Murió a causa de las heridas recibidas en Kiev en 1943. Speer pronunció el elogio fúnebre en su funeral. Speer también encomendó importantes encargos a su protegido Cäsar Pinnau. Fue responsable de la decoración interior de las oficinas del jefe de la Cancillería del Reich Lammers, del jefe de la Cancillería Presidencial Otto Meissner, y del jefe de la Cancillería del líder del NSDAP Philipp Bouhler.<sup>77</sup>

Los mosaicos de la nueva cancillería fueron obra de un estrecho colaborador de Speer, Hermann Kaspar, que era uno de los artistas estelares del Tercer Reich. Había llegado a la fama por sus obras en el Museo Alemán de Múnich y en la Casa del Arte Alemán de Troost. Los mosaicos de Kaspar en la cancillería hacían un amplio uso de las esvásticas, las águilas y representaciones deprimentemente obvias de la vida, la energía y la fuerza. También diseñó el *intaglio* del monumental mobiliario de Speer. En la pared detrás del escritorio de Hitler colocó una taracea de una espada a medio desenvainar. Fue una imagen que agradó especialmente a Hitler. Cuando la viesan los diplomáticos, bromeó entre risas, sembraría «el temor en sus corazones».<sup>78</sup> Sus mosaicos, elaborados por la renombrada compañía Puhl y Wagner, fueron extremadamente costosos. Esto se debió en parte a que Speer insistió en que las teselas debían ser pequeñas —no mayores de cinco milímetros de ancho. Solo la gigantesca águila en la Sala del Mosaico costó 321.750 marcos del Reich. Kaspar era bastante lento a la hora de entregar sus diseños a Puhl y Wagner, y la elaboración de los mosaicos era un proceso muy laborioso. En consecuencia, varios de ellos no estuvieron a punto para la ceremonia de inauguración. Hubo que colocar una alfombra en el inacabado suelo de la Sala del Mosaico.

Para Hitler, la costosa Nueva Cancillería del Reich iba a ser únicamente una edificación temporal. Ya estaba pensando en trasladarse a un nuevo palacio, aún mayor y más lujoso en Alemania. Su lugarteniente Rudolf Hess se trasladaría entonces a este edificio. El único interés de Hitler por la arquitectura residía en su efecto. La cancillería de Speer fue, por lo tanto, diseñada como un escenario teatral, un telón de fondo que serviría para aumentar su carismático estatus como Führer y Canciller. El edificio tenía dos aspectos. Las dos alas sobre la larga fachada de 421 metros de longitud albergaban tres plantas de oficinas. El tramo central, casi tres metros más alto

que las dos alas y un poco atrasado respecto a la línea del edificio, era un gigantesco bloque de piedra con un pórtico neoclásico sobre el que se cernía un águila de 7,75 metros con las alas extendidas, posada orgullosamente en lo alto de una esvástica rodeada por una corona de laurel. El ave de piedra parecía un tanto apabullada por el peso de una cornisa que sobresalía por encima. Esta entrada, presagio de lo que estaba por llegar en el interior, conducía a un patio de honor interior adornado con dos gigantescas figuras masculinas desnudas, obra de Arno Breker, obvias representaciones del partido y las fuerzas armadas, los dos pilares del Tercer Reich, con unas antorchas en las manos. Otra enorme águila, esta vez en bronce, colgaba de la pared al otro extremo de la estancia.

El exterior creaba la impresión de que era un hervidero de actividad administrativa, pero, en realidad, había muy poco espacio disponible para oficinas. Prácticamente todo el interior estaba consagrado a la pompa y la solemnidad. El visitante tenía que emprender una larga marcha a través de una serie de habitaciones de representación antes de llegar al estudio de Hitler. Después del hall de entrada, estaba la Habitación del Mosaico, de 46,2 por 19,2 metros, un lúgubre espacio sin ventanas que recordaba a una tumba egipcia. A continuación se llegaba a la Habitación Redonda, también de mármol, pero más barroca en su gusto. Las dos imponentes puertas sobre el eje principal estaban coronadas por relieves, una por una figura masculina en ademán amenazante que representaba a «El Guerrero»; la otra por una mujer vestida al modo clásico sosteniendo las fasces del lictor que simbolizaban el «Genio». Este espacio fue diseñado como marco para varias esculturas de Arno Breker. A continuación estaba la «Galería de los Espejos» de 146 metros de longitud —exactamente el doble que el Salón de los espejos de Versalles— al final del cual se encontraba la imponente entrada al despacho de Hitler. Las paredes estaban decoradas con tapetes que rememoraban la vida de Alejandro Magno. Al final fueron sustituidos por una serie que describía grandes batallas alemanas diseñadas por Werner Peiner. Speer había querido poner una alfombra en el suelo, pero Hitler insistió en que los visitantes deberían hacer el recorrido por una «pendiente resbaladiza» de mármol pulimentado para conseguir que todos ellos se sintieran muy intranquilos antes de entrar en su despacho.<sup>79</sup>

Dos soldados protegían la entrada al despacho de Hitler. Quedaban empuñados por la inmensa puerta sobre la que estaban talladas las iniciales «A. H.» rodeadas por hojas de roble. La habitación medía 27 metros

de longitud, 14,5 metros de anchura y 9,75 metros de altura. Así pues, era más un salón del trono que un estudio. La habitación estaba decorada con una estatua ecuestre de Federico el Grande, un magnífico retrato de Bismark obra de Lenbach y un busto de Hindenburg, como torpes recordatorios de que Hitler se veía a sí mismo como su legítimo sucesor, tanto político como militar. Un trabajador tropezó y rompió un busto de Bismarck obra del escultor neo-barroco Reinhild Begas, lo que Speer interpretó como un mal presagio, porque en una ocasión Hitler le había dicho que, cuando había comenzado la Primera Guerra Mundial, se había caído el águila imperial situada en el tejado de la Oficina Central de Correos: un anuncio del desmoronamiento del Imperio Alemán. Por lo tanto, pidió a su amigo Arno Breker que hiciese una copia exacta. Fue envejecida empapándola en té.<sup>80</sup>

Entre las obras de arte que colgaban de las paredes había cuatro enormes tapices. A la derecha de la chimenea había uno de un hombre con barba con capucha llevando un globo terráqueo, un par de brújulas y un libro que representaban la erudición y la sabiduría. Junto a este estaba un caballero con espada y escudo con unos rasgos faciales que recordaban enormemente a Hitler, un torpe simbolismo del valor. Luego estaba una joven con un vestido estrecho, sosteniendo balanzas en una mano y un libro en la otra, una personificación de la justicia. Por último, otro Hitler como caballero que recordaba al famoso grabado de Durero, *Caballero, Muerte y Demonio*, como una ejemplificación de la audacia.

La habitación estaba plagada de representaciones simbólicas. Había mujeres con el pecho desnudo que portaban gavillas de trigo. Hombres musculosos desnudos hasta la cintura blandiendo martillos de herrero. Jóvenes desnudas con conchas marinas y tridentes cabalgando a lomos de delfines. Marte y Medusa empujándose con Dido y Eneas, Hércules conversando con Ónfale, Héctor despidiéndose de Andrómaca, Palas siendo enterrado —todo esto en medio de una masa de esvásticas, cornucopias, águilas y coronas de laurel. Al final de la estancia, Hitler se sentaba entronizado detrás de un escritorio que medía 3,5 por 1,4 metros. Aunque la propaganda aseguraba que Hitler trabajaba día y noche en este abrumador espacio, la disposición desmiente esta historia. El teléfono estaba fuera de su alcance. Sobre su escritorio estaban cuidadosamente colocados libros, no archivos. Obviamente, el material de escritura estaba allí como motivo decorativo, no para su empleo. Todo el conjunto era un escenario teatral que apenas se utilizaba.

El mobiliario estaba organizado en tres grupos. En el escritorio, Hitler era el estadista. Una enorme mesa-mapa de mármol partía la habitación por la mitad contra la pared del fondo donde representaba el papel de comandante en jefe. Un grupo de pesados muebles alrededor de la chimenea formaba el lugar donde se relajaba con sus amigos como un ciudadano normal. La impresión de conjunto que dejaban este espacio de casi 400 metros cuadrados era de una fantasía pasmosa bajo una sobredosis simbólica. Carecía por completo de proporción y coherencia. Semejante ostentación hueca constituiría un escenario perfecto para Charlie Chaplin como el Gran Dictador.

El estilo del mobiliario, que se elogiaba en los periódicos profesionales de la época como «mobiliario del pueblo alemán» que reflejaba «la sinceridad, solidez y franqueza de un estilo de vida natural» no se iba a encontrar en la nueva cancillería.<sup>81</sup> Imitar los estilos de épocas pasadas, en particular si eran extranjeras y esencialmente aristocráticas, estaba rotundamente condenado. El lujo llamativo y la grandeza ostentosa no tenían cabida en la nueva Alemania. El funcionalismo conservador de Tessenow y los sencillos diseños de Werkbund se consideraban ideales. Pero el estilo de Werkbund fue prohibido en 1938 por su relación con la Bauhaus y la Nueva Objetividad. El enfoque de Speer era radicalmente diferente. El suyo era el exacto reverso de Werkbund. No tenía gusto para los muebles que reflejasen de alguna manera las características raciales alemanas. Su mobiliario era pesado, extravagante y descarado. La nueva cancillería reflejaba en todos estos aspectos la autoafirmación y la jactanciosa autoconfianza de un régimen que se sentía seguro en el poder, pero, en su eclecticismo, su exageración y su sensacionalismo, es un monumental esfuerzo por ocultar una falta de dirección y legitimidad basada en profundos cimientos históricos. La contribución de Speer a la nueva cancillería, tanto desde el punto de vista arquitectónico como de mobiliario, está basada en la obra de Troost. Como se mencionó en el capítulo 1, siempre utilizó la misma empresa para fabricar muebles.<sup>82</sup> Pero era mucho más pesado, opresivo y con una decoración recargada. Carecía de la contenida elegancia y la lujosa teatralidad de Troost.

Los fabricantes de muebles con una profunda ideología nacionalsocialista, fieles a la ideología de sangre y tierra, insistían en que los alemanes deberían tener muebles elaborados con madera alemana, como la del pino, la haya o el olmo. Para ocasiones especiales se podrían considerar el empleo del nogal, el fresno o el alerce. Hitler y Speer no querían tener nada que ver con semejante

sinsentido. Únicamente la caoba, el ébano, el palisandro y otras maderas tropicales para las que se necesitaba el escaso intercambio exterior, eran suficientemente buenas para ellos. Esto, en un momento en el que el alemán medio tenía que vérselas cada vez más a menudo con la madera contrachapada, laminada o de aglomerado a medida que el Plan Cuatrienal ampliaba su control sobre la producción civil. Speer, en su calidad de jefe de la oficina «Belleza de Trabajo» dentro del Frente de Trabajo Alemán, un puesto para el que había sido nombrado a comienzos de 1934, era más rigurosamente ortodoxo. Los muebles producidos para comedores de trabajadores o para sus alojamientos en las *Autobahnen* o el Muro Occidental (la Línea Sigfrido), eran severamente utilitarios, basados en el tradicional mobiliario de granja, y utilizaban materiales alemanes baratos. Incluso en el mobiliario existía un marcado contraste entre los líderes y las masas que revelaba la verdadera naturaleza del nacionalsocialismo y dejaba al descubierto el concepto de «comunidad racial» como una mera impostura vacía.<sup>83</sup> Para Speer, sin embargo, aquello era «socialismo alemán contemporáneo».<sup>84</sup>

Resulta reseñable que, aunque había un gran número de cuadros contemporáneos expuestos en la nueva cancillería, prácticamente ninguno de ellos contuviera ningún mensaje político específico. En el despacho de Hitler, aparte del retrato de Bismarck obra de Lenbach, todas las pinturas eran de los siglos XVII y XVIII. Nadie parece haberse dado cuenta de la ironía del cuadro de Tintoretto que representaba el descubrimiento de Moisés entre los juncos colgado en la Sala del Consejo. Hitler acabó ordenando que se retirase el enorme cuadro del banquete de Platón pintado por Anselm Feuerbach cuando se enteró del destino que había corrido Alcibíades.<sup>85</sup>

La fachada del jardín de la nueva cancillería fue la obra más exitosa de Speer. Carecía de la recargada ornamentación y amenazante monumentalidad del proyecto Germania, y, por el contrario, retrotraía a Troost en su digna contención, mientras, al mismo tiempo, creaba un escenario digno de un jefe de estado. El efecto quedaba disminuido en cierto modo por dos estatuas exageradamente grandes de caballos obra de Josef Thorak.

A pesar de que los muchos retrasos debido a los subcontratistas se anunciaban con muy poca antelación, el edificio estuvo listo para la inauguración el 7 de enero de 1939, aunque no todo el mobiliario ni la decoración estaban en su lugar. Ya se había celebrado una ceremonia de finalización el 3 de enero a la que acudieron 8.000 trabajadores, 2.000 de los

cuales eran canteros. Hitler, tras recibir la llave, felicitó a todos aquellos implicados en una construcción que describió como la «gloria suprema del mayor imperio político alemán».<sup>86</sup>

Hitler ofreció un almuerzo en su residencia privada para Speer y sus colaboradores más cercanos en el cual Speer fue condecorado con la insignia de oro del partido, así como una pedestre acuarela de la Iglesia de las Minorías de Viena que Hitler había pintado en 1909. Speer se mostraba ásperamente crítico con esta obra «pedante», «exánime», «anodina» y «concienzuda».<sup>87</sup> Confesaba haberse quedado impresionado por algunos de los bocetos arquitectónicos de Hitler elaborados en los años veinte, pero nunca pudo comprender por qué continuaba apegado a aquellos lamentables cuadros tempranos.

Se celebró un mitin en el Palacio de los Deportes para 4.500 trabajadores, proveedores y otros agentes involucrados en la construcción de la cancillería. Hitler anunció que aquél era «el primer edificio del nuevo Reich» que duraría «muchos siglos», y alabó a Speer como un arquitecto genial. Tessenow se mostró menos entusiasta. Despreció el nuevo edificio como un trabajo hecho a toda prisa. Hubiera sido mejor, le dijo a Speer, que le hubiera dedicado nueve años al proyecto.<sup>88</sup>

La recepción para el cuerpo diplomático se celebró el 12 de enero de 1939. Como era previsible, el *Völkischer Beobachter* cantó las alabanzas del nuevo edificio. Lo describió como una soberbia expresión del aumento del poder y la grandeza de Alemania y como una representación simbólica de la ascendencia histórica del país. Speer había logrado su meta de conferir una expresión arquitectónica a los logros y el destino de la Alemania nacionalsocialista. Al terminarlo tan rápidamente, ofrecía testimonio de los conocimientos y el genio creativo de la nueva Alemania. Hitler estaba entusiasmado, aunque no absolutamente satisfecho. El 31 de enero celebró una suntuosa recepción para oficiales de alta graduación de las Fuerzas Armadas y sus esposas. Orgulloso, ofreció a las damas una visita guiada por el edificio, pero, después de pensárselo bien, decidió que la sala de recepción era demasiado pequeña en conjunto. Ordenó a Speer que doblase su tamaño, de 404 a 870 metros cuadrados.<sup>89</sup> Las obras comenzaron pronto, pero avanzaron lentamente. Se interrumpieron en 1943.

A Hitler le parecía que la cancillería era un escenario admirable para la intimidación y la persuasión forzosa de los simples mortales. Fue en su despacho, el 13 de marzo de 1939, donde el líder eslovaco Monseñor Tiso fue

acosado hasta que se desprendió de Checoslovaquia. Al día siguiente, el presidente Emil Hácha, de 66 años, fue obligado a pasar desde el patio de entrada por toda la «ruta de los diplomáticos» hasta el despacho de Hitler, donde soportó una monumental bronca. La tensión fue tanta que se desmayó. Tras ser revivido mediante una inyección por el desagradable médico personal de Hitler, el Dr. Morell, firmó la renuncia a su país.

En la cancillería se celebraron otras exhibiciones propagandísticas. El 20 de abril de 1939 se ofreció una suntuosa recepción para celebrar el quincuagésimo cumpleaños del Führer. Más tarde, el 7 de junio, se recibió en audiencia a la Legión Cóndor, autora de los bombardeos de Guernica. Speer había llevado a cabo un excelente trabajo proporcionando el telón de fondo teatral para estas rimbombantes escenas, pero, en la práctica, el edificio era un gigantesco elefante blanco. Las dependencias estatales en el *bel étage* eran unos amplios espacios que Hitler apenas utilizaba. Lammers, que dirigía el gobierno cuando Hitler se encontraba en su refugio de montaña en Baviera, tenía allí su despacho; pero ni era agradable ni eficaz como lugar de trabajo. El gobierno nunca se reunió en la sala del gabinete —ni en ningún otro lugar para esas cuestiones— pero Lammers lo empleaba de vez en cuando para reuniones con varios ministros. Había 130 pequeñas habitaciones sin ventanas en el sótano, diseñadas originalmente como espacio de almacenamiento, en las que la mayoría del personal tenía que trabajar y, algunos de ellos, vivir. Muchos de los despachos del ala administrativa quedaron vacíos. Había un total de 315 despachos en todo el edificio, la mayor parte espacios diminutos e incómodos, debido a la obsesión de Speer por los pasillos, que tenían 6,5 metros de anchura, malgastando de este modo un espacio muy valioso. Con su fascinación por la tecnología, Speer había instalado un sistema de aire acondicionado que rara vez funcionaba y dos escaleras mecánicas que requerían una atención constante. Tenía que haber permanentemente de servicio dos hombres al servicio de la maquinaria, utilizando hábilmente sus escasas capacidades para ganar unos sueldos que estaban muy por encima de lo habitual. Junto con las cuarenta y ocho limpiadoras y los catorce lacayos, esto resultaba en unos costes de mantenimiento exorbitantes.

El edificio fue presentado como una obra maestra de la artesanía alemana, el trabajo de artesanos alemanes que fueron ensalzados como figuras heroicas por los ideólogos nacionalsocialistas. Fueron defendidos por los radicales dentro del partido cuya rama del socialismo era poco más que un rechazo del

capitalismo industrial, un arraigado odio hacia los «plutócratas» y una profunda suspicacia hacia la tecnología. El liderazgo radical de este ala izquierda del nazismo había sido eliminado en el Putsch de Röhm en 1934, pero el sentimiento pervivió dentro del partido y las SA para ser revivido en las fases finales de la guerra. Era una actitud hacia la que inicialmente Speer había sentido cierta simpatía.<sup>90</sup> Los nazis aún tenían una actitud ambivalente hacia la tecnología, de manera que, aunque no se rechazaba, había tenido que mantenerse oculta detrás de objetos de artesanía. Las llaves de la luz estaban ocultas en unos marcos de mármol. Las bombillas fueron diseñadas para tener la apariencia de velas.<sup>91</sup> No fue hasta el momento en que fue nombrado Ministro de Armamentos cuando Speer pudo exhibir abiertamente su fascinación por la tecnología.

Que la nueva cancillería hubiese sido construida tan deprisa se debió en gran medida a la explotación sin remordimientos de la mano de obra. Speer había esperado tener tres turnos de ocho horas al día, pero la escasez de mano de obra significó que los hombres tuvieron que trabajar en dos turnos de diez a doce horas. Como privilegio especial, recibían una comida caliente a mitad de turno. El *Völkischer Beobachter* proclamaba sin rubor que los nuevos edificios estaban diseñados en parte para superar el problema del desempleo y podían ser vistos así como una parte fundamental de la política de bienestar nacionalsocialista.<sup>92</sup> Desde comienzos de 1937, hubo una escasez de mano de obra que se convirtió rápidamente en un serio problema debido a los ambiciosos proyectos del Plan Cuatrienal, que incluían un asombroso programa de rearme y la construcción de fortificaciones a lo largo de todo el Muro Occidental. Tan pronto como estuvo terminada la nueva cancillería, los trabajadores tuvieron que trabajar en el Muro Occidental o para Speer en Berlín. Los noticiarios documentales semanales se jactaban de que el hecho de que la cancillería fuese construida en solo nueve meses era una prueba de la energía, experiencia y resolución del régimen, y de ese modo pasaban por alto convenientemente los años de planificación y el tiempo que llevó demoler toda una manzana de la ciudad. Nada se decía sobre los sacrificios que se les había exigido realizar a los obreros. Los trabajadores de la construcción en el solar de la cancillería y en cualquier otra obra eran propensos a serias lesiones como resultado de la exigencia de trabajar durante demasiadas horas con una nutrición inadecuada y unas medidas de seguridad rudimentarias. A fin de satisfacer la creciente demanda de servicios médicos de emergencia, se construyó un hospital especial donde los trabajadores eran

parcheados a toda prisa y enviados de vuelta al trabajo lo más rápidamente posible.<sup>93</sup>

Este «monumento en piedra al Gran Reich Alemán» fue extravagantemente alabado en la prensa y el cine, pero hubo muy poca acogida. Aunque se pregonó el edificio como una representación de la «comunidad racial», ninguno de los fotógrafos del edificio muestra seres humanos. Ni siquiera Hitler fue fotografiado en su nuevo entorno. La razón para esto es muy sencilla. Esta abrumadora arquitectura estaba diseñada para intimidar y humillar, una especie de castillo de Sarastro\*\* en el que aquellos que entraban eran sometidos a una ordalía antes de poder acceder a presencia del dictador. Si Hitler su hubiera fotografiado detrás de su escritorio brodningnagiano\*\*\*, también él hubiera parecido un enano y se hubiera puesto de manifiesto la absurdidad de todo el escenario. La nueva cancillería era un vasto espacio, frío, rimbombante y vacío en el que nada estaba a escala humana. En aquellos duros momentos hubo muchos comentarios acerca de la enorme cantidad de dinero que se había derrochado.<sup>94</sup> Pocos podrían haber imaginado que el edificio apenas duraría seis años. Todo, excepto las paredes exteriores, quedó destruido por los bombardeos aliados, mientras Hitler vivía en el Bunker del Führer en un rincón del jardín de la cancillería bajo cuatro metros de cemento reforzado.

\*\* Sarastro es un personaje de *La Flauta Mágica* de W. A. Mozart. (N. del T.).

\*\*\* Brodningnag es un país ficticio que aparece en *Los Viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift. (N. del T.).

Después de la guerra hubo varios rumores sobre dónde habían acabado los valiosos materiales procedentes de sus restos. Las teorías iban desde la Universidad Humboldt, la estación de metro Mohrenstrasse o los memoriales de guerra soviéticos en el Parque Treptower, en Tiergarten y en Schönholzer Heide en Pankow. Ninguno es cierto. Los soviéticos regalaron graciosamente el águila de bronce de Kurt Schmid-Ehmen que decoraba el patio de honor a las autoridades militares británicas. Actualmente se encuentra en el Museo Imperial de la Guerra. El escritorio de Hitler y el globo terráqueo están en el Museo Histórico de Berlín. Algunos de los cuadros de la cancillería cuelgan de las paredes del Pentágono. El hombre desnudo de Arno Breker que representaba al Partido está en el Museo Arno Breker de Nörvenich. Las enormes estatuas ecuestres de Josef Thorak acabaron en cuarteles del ejército soviético en la República Democrática Alemana. Durante años, el emplazamiento de la cancillería de Speer fue un solar vacío en tierra de nadie junto al Muro de Berlín. Actualmente hay un anodino edificio de

apartamentos en ese lugar.

### 3. GERMANIA

Cuando, el 30 de enero de 1937, Hitler nombró a Albert Speer Inspector General de Edificaciones en la Capital del Reich (GBI), se decretó que las personas que trabajasen en su equipo no serían consideradas una agencia gubernamental ni un órgano del gobierno municipal, sino que serían responsables únicamente ante él. La planificación municipal ya no era una competencia del Ayuntamiento. Estaba únicamente en manos del Profesor Speer, comisario de Hitler. Se le encomendó la misión de reconstruir la ciudad como «Germania» la monumental capital de un Reich de mil años. Iba a crear una representación arquitectónica del nacionalsocialismo levantando una capital digna de lo que habría de convertirse, mediante conquista y sometimiento de pueblos menores, en una potencia mundial. Por lo tanto, Speer era tan propagandista como arquitecto. No era, en el sentido convencional, un urbanista. Aunque Berlín ya se enfrentaba a una seria crisis de vivienda, sus planes empeoraron considerablemente la situación. Pese a todos los discursos sobre socialismo alemán y comunidad racial, la cuestión de la vivienda siempre fue ignorada durante el Tercer Reich y jamás igualó los logros de la República de Weimar en este sentido. Berlín iba a ser la auto-representación arquitectónica del régimen, de la misma manera que Núremberg iba a proporcionar los escenarios dramáticos para sus representaciones culturales.

Hitler llevaba mucho tiempo obsesionado con la idea de reconstruir Berlín por completo. Se menciona en el *Mein Kampf*. En el verano de 1926, Goebbels habló de la determinación de Hitler de modelar «la futura imagen arquitectónica del país». El 3 de febrero de 1932 Goebbels escribió que, durante mucho tiempo, Hitler había destacado sus ideas acerca de cómo reconstruir Berlín. «En sus horas de ocio, el Führer se ocupa de los planes para una nueva sede central del partido y la grandiosa remodelación de la capital del Reich. Lo tiene todo pensado. Uno se maravilla del experto modo en el que se ocupa de tantos problemas».<sup>1</sup>

Speer había estado implicado en la planificación de Germania desde marzo

de 1936, cuando Hitler le mostró los dibujos de un arco triunfal y una gran sala que había hecho diez años atrás.<sup>2</sup> Un pequeño equipo de unos diez colaboradores trabajaba secretamente en su estudio de la Lindenstrasse, en el distrito de Kreuzberg, en Berlín Mitte. Esto fue en la época en la que su proyecto de Núremberg avanzaba a toda máquina en medio de un gran despliegue publicitario. Por consiguiente, su nombramiento como GBI en enero del año siguiente no fue una sorpresa. Ya había considerado cuidadosamente un plan de acción y, al mismo tiempo, se había puesto manos a la obra. La importancia de su nuevo puesto quedó subrayada cuando la Academia Prusiana de Artes, fundada en 1694, fue puesta de patitas en la calle sin ceremonia alguna de su magnífico edificio, el antiguo Palais Arnim, en la Pariser Platz 4, junto a la Puerta de Brandemburgo, para poder ser ocupada por el cuartel general de Speer.<sup>3</sup> Este movimiento permitía a Hitler trasladarse desde su despacho en la cancillería, a través del jardín, hasta el despacho de Speer. Speer era plenamente consciente de su privilegiada posición y la explotó al máximo. Tenía a su disposición una enorme suma de dinero. Solo para la planificación, se le garantizaron 60 millones de marcos del Reich anuales hasta 1960. Se exigió al gobierno municipal de Berlín que destinase 70 millones de marcos del Reich anuales para comprar y demoler propiedades que dejaran espacio libre para las construcciones de Speer. No solo se le concedía el derecho a ignorar las regulaciones constructivas de la ciudad, sino que cualquier futuro edificio en Berlín que se encontrase fuera de la zona que él pretendía reconstruir y que excediese un volumen de 50.000 metros cúbicos tenía que contar con su aprobación. De igual manera, cualquier edificio dentro de la zona designada para su reconstrucción que costase más de unos miserables 5.000 marcos del Reich tenían que ser autorizados por él.<sup>4</sup>

Al principio, Speer no tenía claro qué estilo adoptar para Alemania. Desde 1933 se habían construido muy pocos edificios monumentales. Las excepciones eran la Casa del Arte Alemán de Paul Ludwig Troost en Múnich, el estadio de Werner March para las Olimpiadas de 1936 y algunos edificios para el partido en Múnich. Speer ya se había fogueado con el Campo de Zeppelins de Núremberg. De todos los arquitectos de Hitler, Troost había sido quien más cerca había estado de poder superar la contradicción fundamental en el corazón de un concepto de arquitectura que se suponía que era conservador y moderno a la vez. En su diseño para la decoración de los trasatlánticos, había logrado vencer estas contradicciones. Combinaba lo

moderno con lo tradicional, la sencillez con la opulencia, el dinamismo del movimiento oceánico con la elegancia ligada a la tierra firme. El clasicismo desnudo de su arquitectura era también contemporáneo y consagrado al mismo tiempo.

Muy poco se había hecho para enfrentarse a los problemas de alojamiento de Berlín más allá de atribuirlos desvergonzadamente a la incompetencia de la República de Weimar. Cuando, en 1871, Berlín pasó repentinamente de ser la capital de Prusia a la del país más poderoso de Europa, la población era de 826.341 habitantes. Para 1933 era de 4.242.501 e iba en aumento. Había algunos nuevos asentamientos en la periferia que eran expresiones del espíritu rural romántico y anti-urbano que encajaba bien con ciertos aspectos de la ideología nacionalsocialista. El despacho de arquitectura de Hans Hertlein diseñó las viviendas para los trabajadores de la Siemens en Berlín y un gigantesco edificio administrativo. Como principal representante de la Nueva Objetividad, un movimiento desdeñado por los nazis para los edificios oficiales, Hertlein no tenía contratos con el gobierno. Ahora se concentraba en unos edificios de oficinas para Siemens, Carl Zeiss y Telefunken. A los nazis, muchos de ellos imbuidos por poderosos prejuicios anti-urbanos, les llevó tiempo darse cuenta de que las ciudades eran importantes no solo como centros culturales, sino también por su potencial económico e industrial.<sup>5</sup>

En *Mein Kampf*, Hitler expresaba su concepto para las ciudades modernas. En él, sostenía que, mientras Atenas y Roma habían dejado tras de sí magníficos edificios públicos como la Acrópolis o el Panteón, si Berlín desapareciera como Roma, todo lo que las futuras generaciones podrían admirar serían «unos pocos grandes almacenes judíos y hoteles construidos por sociedades anónimas». Berlín necesitaba algunos «emblemas extraordinarios de la comunidad racial» más que monumentos al «oportunismo mezquino» y al materialismo. No debía sorprender en absoluto, sostenía, que aquellos que veneraban a Mammón carecieran de un concepto de heroísmo.<sup>6</sup> Reconstruir Berlín, así como algunas otras ciudades, continuó siendo una obsesión para Hitler. Tras la muerte de Paul Ludwig Troost en enero de 1934, sintió que había encontrado al hombre ideal para llevar a cabo el trabajo: el joven de 31 años, atractivo, enérgico, ferozmente ambicioso y absolutamente fiel Albert Speer.

Speer estaba impaciente y servilmente dispuesto a hacer realidad la colosal visión de su señor, tal como ya había demostrado en Núremberg. En cierta ocasión, Goebbels, en presencia de Hitler, preguntó a Gerdy, la viuda de

Troost, también arquitecto y que dirigía el despacho de su esposo después de su muerte, qué pensaba sobre Speer. Ella respondió que si Hitler le hubiera pedido a su marido que diseñara un edificio de 100 metros de anchura, hubiera reflexionado sobre el asunto y al día siguiente le habría hecho saber que, según consideraciones estáticas y estéticas, debería tener una anchura de 96 metros. Volviéndose hacia Hitler, dijo: «Pero si usted le dice a Speer: «necesito un edificio de 100 metros», él contestará de inmediato: «¡Mi Führer, 200 metros!», y usted dirá: «¡Es usted mi hombre!»». Hitler se rió con ganas por aquella respuesta. Lo hizo sin el menor asomo del sarcasmo que Speer insistía era un ingrediente esencial de su sentido del humor.<sup>7</sup>

La tarea de Speer era convertir los términos políticos en términos estéticos, hallar una expresión arquitectónica adecuada del espíritu del nacionalsocialismo, proporcionar un escenario que transmitiese a los «camaradas raciales» un sentimiento de autoconfianza, fuerza y superioridad, mientras que, al mismo tiempo, los disciplinaba y manipulaba para convertirlos en instrumentos de la voluntad del régimen.<sup>8</sup> No era una tarea sencilla. El nacionalsocialismo aún debía encontrar un estilo arquitectónico único que estuviera a la altura de los grandilocuentes criterios de Hitler, tal como confesó torpemente a Gerdy Troost: «Cuando un pueblo experimenta en su interior una gran época, encuentra una expresión exterior de la misma. Su palabra es más convincente que la pronunciada: es la palabra en piedra».<sup>9</sup> Speer era un prometedor talento, dispuesto a emprender la tarea de expresar la palabra del Führer en piedra. Tal como había señalado Tessenow con cierto desdén, causar impresión era el todo y el fin supremo de la arquitectura nazi. Era a la vez su fortaleza y su debilidad. Estaba diseñada para provocar el máximo impacto y, en ese sentido, sin duda tuvo éxito.<sup>10</sup> Su mérito artístico está más abierto a discusión. El colosal Pabellón Alemán de Speer para la Exposición de París de 1937 fue premiado con la medalla de oro. Pero también lo fue el Pabellón Soviético de Boris Iofan, estilísticamente similar, que se quedó a su asfixiante sombra. Resulta cuestionable hasta qué punto las consideraciones políticas estuvieron por encima de las estéticas en esta decisión salomónica. Quedan pocas dudas de que el Pabellón Soviético tenía un diseño superior. Frank Lloyd Wright describió el edificio de Iofan como «el edificio de exhibición más dramática y exitoso de la feria de París... Aquí, en su conjunto, hay una concepción maestra que domina la feria de París».<sup>11</sup> Más discutible es su admiración por la estructura de acero inoxidable de 25 metros de altura de Vera Mukhina con una estatua de un robusto trabajador

de una fábrica, martillo en mano, y una enérgica mujer de un koljoz manejando una hoz en lo alto de esta estructura dinámica. No obstante, esta imagen icónica es una pieza arquetípica del realismo socialista.

El diseño de Speer para el Pabellón Alemán fue hábilmente adaptado al neoclasicismo de la sede de la exposición. Fue deliberadamente concebido para intimidar al Pabellón Soviético, diseñado por el arquitecto favorito de Stalin. Sin embargo, ante la insistencia del arquitecto jefe de la exposición, Jacques Gréber, se vio obligado a reducir la altura del edificio en una quinta parte para no romper la armonía del conjunto.<sup>12</sup> Speer revistió la innovadora estructura de acero del pabellón, diseñada por Siemens y Krupp, con granito de Baviera. Por la noche, los espacios entre las columnas, que estaban decoradas con mosaicos rojos y dorados salpicados de esvásticas, se iluminaban mediante un sistema de iluminación oculto diseñado por Zeiss-Ikon. Esto creaba un efecto similar a la «catedral de luz» de Núremberg. Los 54 metros de altura del edificio estaban coronados por el águila dorada de 9 metros de altura obra de Kurt Schmid-Ehmen por la que recibió el gran premio de la República Francesa.<sup>13</sup>

El interior sin ventanas del pabellón, un lúgubre espacio similar a una tumba iluminado por cuarenta horrorosas lámparas de araña, estaba dominado por un motor de zepelín colocado sobre un robusto pedestal. Estaba repleto de un surtido de productos alemanes que iban desde un automóvil de carreras Mercedes, instrumentos científicos y productos químicos hasta cerveza, juguetes infantiles y muebles demasiado recargados con un exceso de representaciones y símbolos demasiado precisos.<sup>14</sup> Enormes cuadros naturalistas, la mayoría de plantas industriales como la fábrica Krupp de Essen, cubrían las paredes. Mientras Stalin estaba omnipresente en el Pabellón Soviético, aquí no había retratos de Hitler. En la entrada se alzaba la colosal estatua de dos musculosos desnudos masculinos cogidos de la mano obra de Josef Thorak. Desde entonces, han sido recuperados como iconos homosexuales.

No había nada nuevo en la gramática y en la sintaxis del nuevo lenguaje arquitectónico elegido para convertir la palabra nazi en granito alemán. Sus elementos básicos —columnas, pilares, arcos, logias, balcones, símbolos enormes como las esvásticas y las águilas, perfiles afilados, pesadas proporciones, simetría jerárquica, todo en piedra local— era característica de la arquitectura monumental del Imperio Guillermino y del torpe funcionalismo de la República de Weimar.<sup>15</sup> El problema era combinar

convincientemente todos estos elementos en un nuevo lenguaje. La palabra era inequívoca. «Tú no eres nada. El Führer y el *Volk* lo son todo».

Hitler estaba obsesionado con el tamaño. Estaba decidido a construir el estadio más grande del mundo en Núremberg, el rascacielos más alto en Hamburgo, el mayor complejo turístico al lado del mar en Rügen y la más poderosa estación de radio en la Baja Lusacia.<sup>16</sup> Era un apetito que Speer estaba dispuesto a saciar. El tamaño también fue el rasgo dominante del estadio construido por Werner March para los Juegos Olímpicos de 1936, con asientos para 100.000 espectadores y un gran terreno para desfiles con cabida para 250.000 espectadores, con tribunas para otros 60.000. Entre los otros edificios estaba la Torre Olímpica de 78 metros de altura —conocida como la Torre del Führer—, el Salón de Alemania (Deutschlandhalle) abierto por Hitler en 1935, un teatro al aire libre y un puñado de edificios menores para diversos deportes.<sup>17</sup>

Según el relato de Speer, el diseño original de March para el estadio hacía un amplio uso del acero y el cristal, pero a Hitler le horrorizó. Aquello no satisfacía sus criterios de simplicidad, durabilidad y estabilidad autóctonas de Alemania que solo podía expresar el poder y la importancia del nacionalsocialismo. Rápidamente le entregó los planos al joven Speer, quien, «de la noche a la mañana», cubrió la estructura de March con sillares, lo que contó con la entusiasta aprobación por parte de Hitler.<sup>18</sup> De hecho, Hitler visitó el lugar en octubre de 1934 y sugirió que los edificios deberían estar recubiertos de piedra. March consultó rápidamente a Speer. Pronto llegaron a un acuerdo. No hay ninguna prueba en absoluto de que a Hitler le horrorizase el diseño modernista de March, y solicitase la ayuda de Speer. Hitler honró a March premiándole con el rango de Profesor y sugiriéndole que ayudase a diseñar el nuevo cuartel general de la Armada. Si hubiera desaprobado de una manera tan contundente los diseños originales para el estadio olímpico, su carrera habría llegado a un abrupto final.<sup>19</sup>

En esta época se construyeron también varias oficinas centrales de grandes compañías. Aunque la mayoría de estos edificios tenían distintas connotaciones propagandísticas y políticas, fueron construidos de acuerdo a los principios establecidos por los grandes arquitectos de la República de Weimar como Peter Behrens, Wilhlem Kreis, Ernst Sagebiel y Paul Bonatz, o por prometedores jóvenes talentos como el ayudante de Speer, Cäsar Pinnau. Sus diseños eran funcionales y racionales. Aunque a menudo monumentales y conservadores, estaban bien proporcionados, sin intimidar, y estaban

construidos a escala humana. El diseño de Bonatz para la estación central de Stuttgart obtuvo una aceptación general como moderna obra maestra y hoy en día es defendida ferozmente contra cualquier modificación radical de modernistas como David Chipperfield y Richard Meier.<sup>20</sup> En contraste con edificios claramente nacionalsocialistas, como el Edificio del Führer y la Casa del Arte Alemán de Múnich, y aunque comparten ciertas similitudes estilísticas, hacían un mayor énfasis en la monumentalidad, el orden y el efecto.<sup>21</sup>

La tarea de Speer iba a trascender estos primeros ejemplos de una arquitectura de partido hasta entonces en pañales a fin de construir una capital nacionalsocialista, una gigantesca representación simbólica de poder y fuerza, un abrumador espacio en el que los seres humanos quedarían empequeñecidos y homogeneizados dentro de una comunidad servilmente obediente e inconcebiblemente sumisa. Esto marcaba un cambio decisivo de dirección. Hasta 1938 se habían dado ciertas combinaciones exitosas de lo tradicional y lo moderno, como el diseño para la embajada japonesa de Cäsar Pinnau y Ludwig Moshhammer. La Cancillería del Reich de Speer marca el comienzo de una nueva fase. El régimen había consolidado su poder y exigía que se expresase adecuadamente en edificios construidos a una escala colosal. El equipo de arquitectos de Speer parece haber entrado en un estado similar al trance, ideando versiones sumamente exageradas de fuertes romanos, palacios babilónicos, altares sacrificiales y castillos adecuados para los nibelungos. Era una arquitectura dictatorial, una expresión de poder desenfrenado, inhumano en su escala. Algunos edificios concretos se anunciaron con enormes campañas propagandísticas, pero la absoluta enormidad del plan en su conjunto quedó cuidadosamente oculta. Eran tiempos duros para el alemán medio. Aumentaba la escasez de productos básicos a medida que avanzaba el programa armamentístico. Las condiciones laborales eran duras, los empleados se quedaron virtualmente sin derechos y los salarios reales estaban disminuyendo. Se consideró prudente ocultar el enorme coste que supondría todo esto.<sup>22</sup> Los padres de la ciudad de Berlín, horrorizados ante el colosal gasto que implicaba, tuvieron la sensación de que se trataba de un caso de «cuidado con los griegos que traen regalos»<sup>\*\*\*\*</sup>. Hitler amenazó con construir una nueva capital como Canberra o Washington a orillas del Lago Muritz en Mecklenburg si las autoridades municipales no se plegaban a sus deseos. Esto les convenció para dar su conformidad. Si hubieran sabido que Hitler pensaba que las capitales artificiales carecían de

vida, quizás podrían haber intentado negociar.<sup>23</sup> Se restó importancia a los elementos descaradamente militaristas y cesarianos de este vasto proyecto. El anuncio del Plan Cuatrienal con su intención claramente agresiva ya había alarmado a muchos de los más prudentes. En semejantes circunstancias, se consideró aconsejable no hacer público un proyecto con un coste tan inimaginable.

\*\*\*\* Hace referencia al *tímeo danaos et dona ferentes* de la *Eneida* de Virgilio. (N. del T.).

Desde el primer momento, en su calidad de GBI, Speer mostró un soberano desprecio por la ley y la práctica institucional establecida. Se apoderó de cualquier terreno que deseó y promulgó decretos sin consideración de sus consecuencias a largo plazo. Lammers y su equipo de la cancillería se desesperaban ante el caso resultante, mientras que el Auditor General estaba horrorizado ante los costes del proyecto y la chapucera contabilidad. La ingenuidad y la imprudencia del enfoque de Speer, que en sus memorias intenta presentar como las de un tecnócrata apolítico, eran típicas del nacionalsocialismo. Pseudo-legalidad, pseudo-constitucionalidad e incluso prácticas pseudo-democráticas eran disfrazadas de eficacia políticamente neutral en una evitación dinámica de la inercia y la práctica burocrática. Esta mezcla de política radical y eficacia pragmática, de romanticismo reaccionario y de culto al progreso tecnológico, estaba en el corazón del nacionalsocialismo. Esta llamativa discrepancia entre teoría y práctica tuvo como resultado una síntesis dinámica de lo conservador y lo radical, lo emocional y lo racional. El efecto final fue una llamativa contradicción entre los objetivos del régimen y sus medios.<sup>24</sup>

Hitler creía que el joven y flexible Albert Speer estaba admirablemente capacitado para superar estas polaridades y cumplir sus órdenes, pero, obviamente, no estaba tan capacitado para desarrollar un plan para las viviendas de postguerra. Para esto, Hitler creó una comisión que incluía a Rudolf Hess como representante del Führer, el Ministro de Finanzas, Fritz Todt, en su capacidad de Plenipotenciario para la Construcción, el jefe del Frente de Trabajo Alemán Robert Ley, y el Alcalde de Múnich, Karl Fiehler. Speer, como GBI, estaba incluido, pero en un papel subordinado. Como resultado de sus deliberaciones, Hitler nombró a Robert Ley Comisionado del Reich para la Vivienda. Fue una decisión claramente ideológica. El cometido de Ley era ofrecer acomodo para «sementales y yeguas de cría» racialmente puros y sus descendientes impecablemente arios.<sup>25</sup> Speer no menciona este revés en sus memorias, pese a que posteriormente hizo todos los esfuerzos

posibles por hacerse con el control de la vivienda aduciendo que Ley no tenía acceso directo al Führer, sin el cual ningún plan podía llegar a buen puerto. Hitler, que quería que Speer se concentrase en el proyecto de Germania, respondió a este pretencioso argumento diciendo que Speer ya tenía más que suficiente en su plato.<sup>26</sup>

Speer tenía la responsabilidad general de este enorme proyecto, pero encargó a varios arquitectos prominentes que diseñasen edificios concretos. Pese a las enérgicas protestas del hierofante del partido Alfred Rosenberg, entre estos se encontraba el diseñador industrial, tipógrafo y arquitecto Peter Behrens, un hombre para quien habían trabajado gente como Walter Gropius, Mies van der Rohe y Le Corbusier y que disfrutaba de una envidiable reputación internacional.<sup>27</sup> Herbert Rimpl, el arquitecto jefe para el conglomerado industrial Reichswerke Hermann Göring, era un hombre mucho más joven de talento limitado, pero más sólido desde el punto de vista ideológico. Wilhelm Kreis era un arquitecto mucho más creativo, pero se le trataba con una profunda suspicacia por haber tenido un considerable número de clientes judíos durante la República de Weimar. Su esposa era pariente de la «degenerada» poetisa Ricarda Huch. Su Museo de la Higiene en Dresde, construido en 1930, es un magnífico ejemplo del modernismo de Weimar, pero su Comandancia Aérea III/IV del Distrito de Dresde de 1937 encarnaba por completo el estilo nazi de «palabra en piedra». Hay un bloque monolítico de piedra adornado con un relieve de soldados combatiendo y muriendo para formar un altar de sacrificio al culto del Führer. Mediante esta llamativa metamorfosis, consiguió superar todos los obstáculos y congraciarse con los nazis hasta el punto de que Adolf Hitler lo incluyó en una breve lista de 12 artistas visuales «irremplazables» entre los 1.051 «artistas dotados con la Gracia de Dios» cuya vida era tan preciosa que debían ser protegidos de cualquier peligro.<sup>28</sup> Paul Bonatz, que se especializó en la construcción de puentes ideológicamente neutrales durante el período nazi, también recibió encargos, a pesar de estar siendo investigado por la Gestapo por dar cobijo a judíos y por criticar a Hitler. Tanto Kreis como Rimpl tuvieron carreras exitosas en la Alemania de la postguerra. Hitler se opuso violentamente a los planos de Bonatz para una nueva estación de ferrocarril en Múnich. Quería que fuese sustituida por una monstruosidad aún mayor que el Gran Salón de Berlín. Speer estaba furioso de que su obra maestra quedase ensombrecida de ese modo, y Bonatz, creyendo que el Führer se había vuelto loco, se trasladó prudentemente a Ankara, donde construyó varios edificios importantes. No

regresó a Alemania hasta 1954.<sup>29</sup> Hitler encomendó entonces a Giesler, el rival de Speer, la tarea de reconstruir Múnich de acuerdo a sus designios. Gran parte del éxito de Speer tanto como arquitecto como en su condición de Ministro de Armamentos, se debió a su buena disposición a delegar en hombres de auténtico talento. En Berlín, entre estos se incluían Wilhelm Kreis, Peter Behrens, German Bestelmeyer y los asociados de Bauhaus, Hann Dustmann, Ernst Neufert y Herbert Rimpl.<sup>30</sup>

Speer se ganó una cierta consideración entre las altas esferas de la arquitectura alemana al promocionar a gente como Kreis y Behrens, ambos respetados miembros del gremio. Pero su patronazgo tuvo un efecto desastroso en muchos de ellos. A medida que la situación de Alemania se hacía cada vez más precaria, abrigaban fantasías de un pasado mítico, esplendor imperial y pureza racial. Los diseños de Kreis en 1942 para la reconstrucción de la Isla de los Museos de Berlín eran particularmente grotescos. El Museo Egipcio era una alarmante pieza de kitsch neobabilónico. Los diseños para los Museos Germánico y Asiático Oriental estaban tan mal proporcionados que parecían hundirse en la tierra bajo su abrumador peso. Speer concedió el diseño para un nuevo Museo Antropológico —conocido también como Museo de la Teoría Racial— en la orilla sur del Spree al antiguo ayudante de Gropius, Hanns Dustmann, el Arquitecto del Reich de las Juventudes Hitlerianas. En palabras de Speer, sería «una especie de museo racial» basado en «las ideas fundamentales de la nueva visión mundial». Esto estaba en sintonía con las ideas del superior de Dustmann, Alfred Rosenberg, que exigía un «nuevo museo revolucionario» que se opusiera a todas las formas de relativismo cultural y que estuviera «basado en la filosofía racial y tomara en consideración la futura misión de Alemania».<sup>31</sup> El diseño resultante de 1941 era único en sus pretenciosas proporciones y su rimbombante fealdad.

El diseño de Peter Behrens para la sede central de la AEG en el eje norte-sur de Germania era como un hipertrofiado castillo de la Roma de Hollywood. Speer favoreció especialmente a Herbert Rimpl, quien, habiéndose especializado en la arquitectura industrial, encontró relativamente sencillo adaptarse al nuevo estilo faraónico. Su Cuartel General para el Oberkommando des Heeres o Alto Mando del Ejército (OKH), en el que destacaba el enorme Salón de los Soldados y que se basaba en un esbozo de Hitler, era una desagradable apropiación nacionalsocialista del templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari. Hitler quería trasladar allí los restos de Erich y

Mathilde Ludendorff. Pero dudaba sobre si sería un lugar de reposo adecuado para los restos de Federico el Grande.<sup>32</sup> La maqueta a escala de Kreis para un Museo de la Guerra Mundial tenía toda la apariencia de un búnker gigante. Parecería que Speer y sus compañeros compartían la atmósfera de *Götterdämmerung* de los años finales de la guerra, permitiendo que se desbocasen sus imaginaciones, diseñando sus Valhallas particulares que deberían haber sabido que nunca se construirían.

El plan básico de Speer era construir a lo largo de dos ejes que corrían de norte a sur y de este a oeste, cruzándose en la Puerta de Brandemburgo. Los trabajos en el eje este-oeste de 50 kilómetros de longitud y que recibió el pretencioso nombre de «Via Triumphalis» habían comenzado en 1935. De acuerdo con «la voluntad del Führer y del Canciller del Reich Adolf Hitler y según las instrucciones del Inspector General General de los Edificios Albert Speer», la Columna de la Victoria de 1873 fue trasladada desde su emplazamiento enfrente del Reichstag, en la Königsplatz (ahora conocida como Platz der Republik) hasta Grosser Stern, que iba a formar la pieza central del eje este-oeste. Este importante cruce se ampliaría desde los 80 hasta los 200 metros para aliviar la congestión de tráfico y proporcionar espacio a los monumentos dedicados a Bismark, Moltke y Roon. Hitler inauguró formalmente la plaza remodelada el 20 de abril de 1939, como parte de las celebraciones de su quincuagésimo cumpleaños. Los diseños de Speer para la iluminación a lo largo de toda la calle, desde Grosser Stern hasta la Puerta de Brandemburgo, y un indestructible bloque de cemento de 12.000 toneladas métricas en Schöneberg, construido para comprobar si el terreno arenoso soportaría el peso de un colosal arco del triunfo, es todo lo que se conserva hoy en día de su obra en Berlín.<sup>33</sup>

En el extremo occidental del eje este-oeste se iba a construir el enorme Instituto Técnico Militar. El plan de Hans Malwitz parecía más un cuartel que una institución de conocimientos avanzados. Hitler puso la piedra fundacional en noviembre de 1937, pero el edificio nunca se terminó. Actualmente yace enterrado bajo 75 millones de metros cúbicos de escombros retirados de las ruinas de Berlín, un lugar conocido como la Montaña del Diablo (*Teufelsberg*). Otros planes para el distrito de Grunewald incluían una Ciudad Universitaria. Según las instrucciones de Speer para el concurso, quedaría realzada por torres, arcos triunfales y plazas que no «serían de uso práctico directo... pero para las futuras generaciones... serían el testimonio de un glorioso pasado».<sup>34</sup> El monstruoso salón de reuniones de la

universidad con la palabra «Langemark» sobre la entrada, en memoria de los estudiantes que perdieron la vida en un ataque suicida en Flandes en noviembre de 1914, era obra de Hanss Dustmann, que anteriormente había trabajado para Gropius. En sus planos, Dustmann renunció a todos los principios de su maestro en favor de uno de los menos afortunados proyectos de Speer para el nuevo Berlín.<sup>35</sup> Habría mirado amenazante hacia el final del bulevar que conducía a lo que hoy en día es la Platz der Republik, alzándose como una lúgubre necrópolis y un santuario a las ganas de morir.

El eje norte-sur iría desde el aeropuerto de Tempelhof y la estación Sur de Ferrocarriles en Tempelhof-Schöneberg, a través del centro de Berlín hasta una estación intermedia en Moabit, en el lugar donde ahora se encuentra la estación principal de Berlín. El eje norte-sur tenía en total 38,5 kilómetros de longitud. Ambos ejes estarían unidos por una autopista circular que rodearía la ciudad y que ya estaba en construcción y que iba a marcar los límites de la nueva ciudad. Todas las estaciones de destino de Berlín serían desmanteladas, para ser sustituida por una red de metro. La sección central del eje norte-sur era el «Bulevar del Esplendor», de 5 kilómetros de longitud y cerrado al tráfico, con una línea de cornisas estandarizada, como el Bulevar Haussmann de París, cuya altura quedaría fijada por la nueva sede central de AEG obra de Peter Behrens.<sup>36</sup> La nueva ciudad estaría acabada para 1959, cuando se celebraría una exposición mundial y se la rebautizaría oficialmente.

El bulevar comenzaba en la Estación Sur de Ferrocarriles. A diferencia de otros edificios a lo largo del eje norte-sur, hacia un amplio uso del acero y el cristal. Era también un edificio colosal, mucho más grande en escala que la Gran Estación Central de Nueva York. El primer diseño, obra de Emil Kleinschmidt, un arquitecto adjunto a las oficinas de los Ferrocarriles del Reich en Mainz, debió parecerle a Speer demasiado modernista, porque fue drásticamente modificado por Herbert Rimpl y el propio Speer. Cuando los visitantes abandonasen la estación, se encontrarían frente a un enorme espacio vacío, de 1.000 metros de longitud y 330 metros de anchura, al final del cual se alzaría un arco triunfal. El Gran Salón aparecería a 5 kilómetros de allí. La zona estaría llena de armas capturadas desperdigadas —testimonio del invencible poder de Alemania. El 20 de agosto de 1941, Speer, siguiendo órdenes de Hitler, le dijo a un atónito almirante Hermann Lory, director del Museo del Ejército, que se colocarían treinta piezas de artillería capturadas al enemigo entre la estación Sur de Ferrocarriles y un arco triunfal en una

disposición similar a las filas de carneros de Karnak. Los tanques capturados se colocarían fuera de otros importantes edificios públicos.<sup>37</sup>

Como se ha mencionado más arriba, Hitler diseñó el monstruoso arco triunfal, concebido para dar la bienvenida e intimidar a los visitantes que salieran de la Estación Sur de Ferrocarriles. Era una masa monstruosamente abrumadora. Con 117 metros de altura y 170 metros de ancho, habría eclipsado a todos los edificios a su alrededor. Sobre él se inscribirían los nombres del 1.800.000 militares que habían muerto en la Gran Guerra, al estilo del Memorial Tyne Cot dedicado a los desaparecidos o la Puerta de Menin en Ypres. Speer afirma que intentó persuadir a Hitler para que aceptase un monumento a los caídos más modesto, pero fue inútil. Resulta ciertamente cuestionable si el terreno, con sus capas de marga, habría soportado tan colosal peso.

Al norte del Arco Triunfal se construiría una Plaza Redonda (Runde Platz) donde hoy en día se encuentra la Nueva Galería Nacional de Mies van der Rohe. Speer fue el responsable del diseño en su conjunto. Se realizaría con una fuente diseñada por Arno Breker, el escultor más respetado de la Alemania nazi. La arquitectura aquí es notablemente más contenida que en la mayoría de otros edificios de Alemania. Las fachadas curvas descansaban sobre columnatas bien proporcionadas, una clara influencia de la arquitectura fascista italiana. El conjunto era una especie de torpe versión teutónica del tipo de arquitectura que se refleja en los cuadros de Giorgio de Chirico.<sup>38</sup> En el lado oriental de la plaza estaban las oficinas centrales de la agencia de seguros Allianz, una empresa que se benefició de manera vergonzosa de su estrecha asociación con el Partido Nazi.<sup>39</sup> Se planeó una Casa del Turismo Alemán en el lado opuesto de la plaza. El armazón del edificio llegó a completarse, pero la construcción se detuvo durante la guerra. Otras construcciones en la Runde Platz incluirían un cine con seis mil localidades, un comedor de oficiales, la Casa de los Artistas Alemanes y la Casa de Turingia de Hermann Giesler. Se asumía que estos edificios sostendrían juntos el coste de todo el proyecto.<sup>40</sup>

El plan de Speer subrayaba el hecho de que los cuarteles generales de las Fuerzas Armadas y las principales compañías de Alemania no se limitarían a compartir una misma dirección, sino que vivirían juntos en armonía. Que la Oficina de Turismo y el cuartel general de la Policía Secreta estuviesen tan próximos sugiere que tenían en común algo más que un código postal. El proyecto de Ernst Petersen para el fabricante de detergentes Henkel estaba

puerta con puerta con el edificio de Herbert Rimpl para la Reichswerke Hermann Göring. IG Farben fue situado enfrente del palacio de Hitler. AEG estaba al otro lado de la calle frente al Ministerio de Propaganda. Este sentido de unión y monumentalidad se reforzaba mediante la reunión de todos estos enormes edificios juntos a lo largo del eje norte-sur. De este modo, estos edificios de representación no quedaban empequeñecidos por amplios espacios abiertos, como ocurría en Washington, Nueva Delhi, Chandigarh o Brasilia.

Más al norte aún estaba la Kemperplatz —conocida entonces como la Skagerrakplatz— donde en la actualidad tiene su sede la Filarmónica de Berlín.<sup>41</sup> La plaza iba a estar dominada por un colosal Salón del Soldado, una grotesca parodia del Neue Wache dórico de Schinkel que Tessenow había convertido en un memorial a los caídos en la Gran Guerra. Speer pidió a Wilhelm Kreis que diseñase este templo al militarismo. No estaba del todo claro qué se suponía que iba a ser, excepto que estaba pensado para formar un escenario adecuado para el vagón restaurante en el que se había firmado el Armisticio en Compiègne en noviembre de 1918 y donde se cambiaron los papeles en junio de 1940. Kreis decidió que debería ser un santuario dedicado a los héroes que todavía estaban por caer en el campo de honor. Como tal, sería una «verdadera catedral alemana». Una enorme cripta debajo de todo el edificio proporcionaría un Valhall<sup>\*\*\*\*\*</sup> para aquellos «que habían sacrificado lo que consideraban más precioso para que pudieran vivir las futuras generaciones».<sup>42</sup> El repugnante mensaje del edificio era que los vivos debían prepararse a morir a fin de preservar y fortalecer la «comunidad racial».<sup>43</sup>

<sup>\*\*\*\*\*</sup> En la mitología nórdica, salón al que iban los guerreros muertos en combate elegidos por Odín. (*N. del T.*)

Junto al Salón del Soldado se construiría el nuevo cuartel general del Alto Mando del Ejército. Cuando le enseñaron los dibujos a Göring, decidió que su nuevo edificio para el Ministerio del Aire en la Wilhelmstrasse no reflejaba su importancia. Por lo tanto, ordenó que se construyera un palacio enfrente del Salón del Soldado. Göring pidió a Speer que diseñase un edificio que subrayase claramente su exaltada condición. Speer, a quien Hitler había permitido continuar con su práctica privada mientras ejercía como GBI, aceptó de buen grado este lucrativo contrato. Como GBI, era el jefe de un consorcio mixto, pero en el cual no asumía riesgos financieros, técnicos ni operativos y no estaba sometido a ningún tipo de control. Era un sistema corrupto, típico de la Alemania nazi, en el que Speer podía ayudarse a sí mismo cuando lo considerase conveniente. Hitler se quejó de que el edificio

propuesto era demasiado grande para Göring. También le molestó profundamente que el Mariscal del Reich Göring hubiera contratado a «su» arquitecto para construirlo. Pero estas observaciones no tuvieron consecuencias. Hitler, ansioso por evitar una confrontación con Göring, se divertía haciendo sarcásticos comentarios a sus espaldas, mofándose de su ridículo hedonismo y su amor por el lujo.<sup>44</sup>

El diseño de Speer para lo que se denominaría Oficina del Mariscal del Reich era un palacio concebido más para el placer que para los negocios. Aquí alcanzó su apogeo más histérico la visión arquitectónica de Speer. Era un coloso de piedra de una ostentación sin precedentes, un palacio de un advenedizo en un barroco abotargado. Una elaborada escalinata dominaba el hall de entrada, pero Speer, prudentemente, previó un ascensor para salvar a Göring de arrastrar su enorme masa por esa imponente escalera. Cuando al arquitecto italiano Luigi Nervi le mostraron una fotografía de una maqueta a escala, exclamó: «¡Increíble! ¡Han debido volverse locos!»<sup>45</sup> El tejado estaría protegido de ataques aéreos por cuatro metros de tierra en la que se plantarían árboles y arbustos que proporcionarían un agradable marco para fiestas en jardines. En los tres acres de parque a la espalda del edificio habría una piscina, pistas de tenis, pabellones, pérgolas, emparrados y fuentes. También incluiría un teatro al aire libre bastante grande, donde los histriónicos amigos de su esposa podrían entretener a los invitados.<sup>46</sup>

Göring encargó todos los edificios de la Luftwaffe a arquitectos privados para asegurarse de que sus edificios fuesen, como mínimo, iguales y, cuando fuera posible, sobrepasaran a los construidos por su Führer. Así, en el palacio que ideó Speer para Göring, alcanzó su cénit la arquitectura nazi. Si se hubiera llegado a construir algún día, Göring hubiera superado a Hitler una vez más, como ya hizo cuando instaló una ventana panorámica en su residencia campestre, Carinhall, que era incluso mayor que la de la residencia de Hitler en la cumbre de la montaña en Berchtesgaden.

A Speer le hubiera gustado eliminar el edificio del Reichstag de Paul Wallot, pero Hitler insistió en que debía ser conservado, posiblemente porque permanecía como un monumento a un enemigo derrotado.<sup>47</sup> Enfrente, hacia el oeste, se construiría un enorme «Palacio del Führer» con una fachada sin ventanas, aproximadamente en el mismo lugar donde actualmente se alza la, en comparación más modesta Cancillería Federal (*Bundeskanzleramt*). Era un diseño con una decoración pomposa, una versión hinchada de pan de jengibre del Palacio Pitti que, con su galería de 500 metros de longitud, y el estudio de

Hitler de 900 metros cuadrados, empequeñecía la nueva cancillería de Speer.<sup>48</sup> Hitler, aterrorizado de que pudiera haber un levantamiento contra él, quería que el palacio se construyera como una fortaleza impenetrable. A fin de proporcionar una seguridad adicional, el OKW estuvo de acuerdo en que el Regimiento Grossdeutschland debería guardar su residencia. A 800 metros de allí se construirían unos nuevos cuarteles. A estos soldados se les instruiría para actuar de inmediato en cuanto se produjera cualquier manifestación de protesta.

El Palacio del Führer iba a ofrecer seguridad y un acomodo adecuado para el gobernante del mundo. Contaría con 15.000 metros cuadrados para recibir a sus visitantes. El comedor tenía asientos para más de mil invitados. Había un teatro con más de 950 localidades, con un palco especial para el Führer. El dormitorio de Hitler iba a tener un marcado contraste con su estudio, pues proporcionaba un espacio modesto para su sencilla cama de esmalte blanco.<sup>49</sup> A fin de mantener el mito de que Hitler llevaba una humilde vida espartana, los planes para este inmenso edificio se mantuvieron en secreto.

Hitler ordenó que se habría de construir un nuevo parlamento junto al antiguo Reichstag. Resultaría adecuado para la representación de una «comunidad racial» germánica de 140 millones de personas. La población de Alemania en 1940, incluyendo Austria, los Sudetes y el territorio de Memel, era de unos 80 millones, de manera que esto nos da una idea de las ambiciones territoriales de Hitler. Por alguna extraña razón, quiso mantener el sistema electoral de Weimar, que concedía un miembro del parlamento por cada 60.000 votantes. Así pues, el espacio debería ser adecuado para las necesidades de 2.333 miembros. Para subrayar la inutilidad del nuevo Reichstag, iba a quedar totalmente empequeñecido por el Gran Salón del Pueblo, con un volumen cincuenta veces superior al del impotente parlamento.

El Gran Salón del Pueblo (*Volkshalle*) era el horror supremo del plan de Speer. Era una variación nacionalsocialista de una visión utópica dominante de un salón de asambleas para la comunidad, como la Catedral de la Libertad de Karl Friedrich Schinkel a comienzos del siglo XIX, la elitista visión nietzscheana de la Corona de la Ciudad de Bruno Taut en 1917 o la visión futurista de comienzos de la década de 1920 de una catedral socialista de Walter Gropius.<sup>50</sup> Los arquitectos de Speer estaban muy influidos por las ideas de Taut y con frecuencia hablaban del Gran Salón como «la Corona» o incluso como «la Corona de la Ciudad». En el verano de 1936, Hitler le había

mostrado a Speer un boceto de un enorme edificio con cúpula que había dibujado en los años veinte. Speer trabajó sobre este diseño y presentó a Hitler unos dibujos detallados y una maqueta a escala por su cuadragésimo octavo cumpleaños, el 20 de abril del año siguiente. Speer escogió, para gran regocijo del celebrante, firmar su trabajo como «basado en ideas del Führer». En su quincuagésimo cumpleaños, Speer regaló a Hitler una maqueta de madera de tres metros de altura mucho más detallada del Gran Salón, así como una maqueta a escala del interior. Se instaló en las oficinas de Speer en la antigua Academia Prusiana de las Artes —para entonces ya purificada de sus degenerados miembros judíos— a la que Hitler hacía frecuentes visitas para contemplar su obra maestra. Recordando que sus ideas habían sido rechazadas en su día como meras fantasías, murmuraba: «¿Quién estaba dispuesto a creerme cuando decía que algún día se construiría?». <sup>51</sup> Nunca lo fue.

El edificio estaba concebido para dar cabida de pie a 180.000 personas. Como contraste, el enorme Salón de Congresos Soviético en Moscú solo daba asiento a unos 15.000 delegados, y el más modesto Gran Salón del Pueblo de Pekín tenía espacio para 10.000 asistentes al Congreso Nacional del partido político más grande del mundo. Habría sido dieciséis veces más grande que San Pedro de Roma. La cúpula iba a tener más de trescientos metros de altura. Estaría cubierta de cobre, de manera que surgiría como una montaña por encima del resplandor que la rodearía. Estaría coronada por una linterna de cristal de 40 metros de altura, con una gigantesca esvástica sobre la que se posaría una enorme águila del estudio de Schmid-Ehman. Después de la caída de Francia, Hitler sintió que sería más apropiado sustituir la esvástica por un globo terráqueo. Después de todo, Alemania iba a ser una «capital mundial». <sup>52</sup> La entrada estaría flanqueada por dos figuras de 15 metros de altura, una que representaba a Atlas sosteniendo el firmamento y la otra a Tellus sosteniendo el mundo. Habría que despejar noventa y cuatro parcelas de terreno, veintisiete de las cuales ya eran propiedad del gobierno. Para dejar espacio a la construcción del Gran Salón. El valor de estas propiedades era de 40.212.800 marcos del Reich, una suma que incluía 11.105.900 marcos del Reich para las propiedades que ya poseía el gobierno. Ya se habían llevado a cabo los preparativos para estas adquisiciones tan pronto como Hitler dio la orden. <sup>53</sup>

El 8 de mayo de 1941, Goebbels escribía en su diario: «El Führer expresa su firme certidumbre de que algún día el Reich dominará toda Europa. Para

que esto ocurra, tendremos que librar muchas batallas, pero sin duda serán éxitos brillantes. Entonces se abrirá el camino a la dominación mundial. Quien posea Europa será capaz de hacerse con el liderazgo sobre todo el mundo». <sup>54</sup> De este modo, Germania no sería únicamente una capital mundial, sino capital del mundo. Cuando Speer mencionó a Hitler que la cúpula sobresaldría por encima de las nubes y ofrecería un reclamo ideal para la aviación enemiga, le respondió que Göring le había garantizado que ni un solo bombardero alcanzaría jamás Alemania. <sup>55</sup> Sin duda habría satisfecho su intención de abrumar, aunque, en la postguerra, un admirador de la arquitectura de Speer lo veía como una representación simbólica del «seno y el vientre de la madre Europa». <sup>56</sup>

Speer, que profesaba un gran entusiasmo por los deportes acuáticos, diseñó, entre la estación Norte de Ferrocarril y el Gran Salón, una enorme piscina que podría utilizarse para nadar y navegar. Estaría rodeada por cabinas para cambiarse de ropa. Esta versión de las playas de París *avant la lettre* estaba concebida para marcar un agudo contraste con la suciedad industrial en el Spree. También habría supuesto una curiosa visión, en fuerte contraste con la arquitectura de alrededor. En el extremo norte había una gigantesca estación de ferrocarril; en el sur, el abrumador Gran Salón, cuyo reflejo lo haría aún más imponente. A lo largo del lado oriental, la Armada iba a tener su cuartel general en un entorno adecuadamente acuático. Al otro lado de la piscina estaría un nuevo Ayuntamiento enorme diseñado por German Bestelmeyer, que era otro de los arquitectos favoritos de Hitler. Junto con Paul Bonatz, Wilhelm Kreis y Paul Schultze-Naumburg, había formado «El Bloque», en firme oposición a modernistas como Walter Gropius, Mies van der Rohe y Erich Mendelsohn. Era también miembro destacado de la furiosamente antisemita Liga de Acción para la Cultura Alemana (KfdK) de Alfred Rosenberg. Entre otros distinguidos miembros estaban Winifred Wagner, el favorito de Hitler; y Othmar Spann. Fue en estos círculos donde Speer escogió a los hombres que deberían hacer realidad sus sueños.

Estos planes hacían una modesta previsión del alojamiento público para las decenas de miles de personas que iban a ser desalojadas. Se estaban diseñando nuevas áreas residenciales al sur y al este de la ciudad. La «Ciudad sur» iba a proporcionar alojamiento para 21.000 personas, la mitad de las cuales se esperaba que serían empleadas en compañías industriales que se preveía abrieran en lo que iba a ser, en esencia, un barrio de clase obrera.

Gran parte del conjunto del plan, que había comenzado bajo la égida de la municipalidad, fue confiado a Hermann Jansen, uno de los profesores de urbanismo de Speer, que en 1929 había ganado un concurso internacional para la reconstrucción de Ankara. Su diseño mostraba una preocupación por proporcionar suficientes espacios verdes e instalaciones deportivas, a la vez que se evitaban las aglomeraciones de tráfico. Como GBI, Speer modificó estos planes abandonando el sistema de parrilla de Jansen que encontraba monótono, dividiendo la zona en sub-districtos, construyendo bloques de pisos a lo largo de la carretera anular para formar una nueva ciudad, y ampliando el eje norte-sur para unir el nuevo distrito en un punto donde se construirían varios edificios oficiales. Se pretendía que un estadio deportivo que sería diseñado por Werner March, así como una plaza de armas, confiriesen a la zona de un apropiado sabor nacionalsocialista. Este plan fue posteriormente modificado, regresando a una estructura de calles más rígida, pero que ofrecía varias viviendas individuales y espacios verdes adicionales. Entre los nuevos edificios monumentales planeados a lo largo de la ampliación del eje norte-sur estaba una Escuela de Aduanas, un Colegio Técnico de Policía, la Academia de Guerra del Ejército, oficinas para el Ministerio del Aire, el Alto Mando de las Waffen-SS, los Archivos del Reich, la Oficina de Seguros del Reich (cuyas oficinas en la Skagerrakplatz iban a ser demolidas para dar paso al nuevo edificio del Alto Mando del Ejército) y el Departamento de Obras Públicas. Todos estos diseños eran vulgares variaciones sobre las normas de la altisonante arquitectura nacionalsocialista. En ellas, lo pretencioso roza el borde del absurdo.<sup>57</sup>

Todo el esquema habría sido una pesadilla de mortal conformidad, reduciendo una ciudad vital a una homogeneidad inerte. Era una expresión arquitectónica de ilimitada ambición que no guardaba relación alguna con las necesidades inmediatas de Berlín ni con sus futuras exigencias. Pero, en un sentido, los planes de Hitler y Speer constituían un matrimonio perfecto de forma y función. Esta habría sido una capital digna del «Reich germánico» con el que soñaba Hitler. Habría sido una representación abrumadora, en cemento reforzado cubierto con granito, de una horrenda distopía.

Germania estaba concebida para ser el telón de fondo de una exhibición permanente del asombroso poder del régimen. Su arquitectura estaba pensada como un instrumento del poder político al servicio del nacionalsocialismo. El eje norte-sur, como la «Avenida de la Victoria del Tercer Reich» se había pensado para superar la Siegesallee o «Avenida de la Victoria» guillermina del

Segundo Reich, conocida popularmente como la «Avenida de las Muñecas», por las treinta y dos estatuas de los gobernantes de Brandemburgo y Prusia que cubrían el recorrido.<sup>58</sup> En este concepto no había espacio para ninguna consideración sobre la extrema escasez de viviendas, estimada para toda la región en unas 600 a 700.000 unidades.

La empresa de Germania habría resultado increíblemente cara, habría necesitado de unos 200.000 trabajadores y habría consumido ingentes cantidades de materias primas. Casi desde el comienzo de su trabajo en Núremberg, Speer había trabajado en estrecha colaboración con las SS. Himmler, un hombre al que Speer describió como «cordial, con una cierta corrección formal», se mostró encantado de proporcionarle los bloques de granito y ladrillos que necesitaba, a condición de que la organización de Speer pagara la cuenta. El 1 de julio de 1938 se firmó un acuerdo a este efecto. Casi inmediatamente, 10.000 reclusos de campos de concentración fueron seleccionados en un programa bautizado con cierto humor con el nombre de «perezoso», mediante el cual Himmler obtuvo un magnífico beneficio de su campaña de «prevención racial» en la que llevaba a cabo redadas de «elementos anti-sociales» y después los arrendaba.<sup>59</sup>

La decisión de abrir campos de concentración en Mauthausen y Flossenbürg, ambos construidos en 1938, se tomó consultando a Speer tras realizar un examen de la calidad y cantidad de piedra disponible en las canteras locales. Los reclusos de los campos de concentración vivían esclavizados en unas condiciones inimaginables en beneficio del GBI. Cuando Himmler decidió ampliar su sistema de campos de concentración en 1940, fue a buscar el consejo de Speer en compañía de Oswald Pohl. Speer les dijo que necesitaba granito gris azulado de Gross-Rosen (Rogoźnica), en Silesia, y el granito rojizo de Natzweiler-Struthof, en Alsacia, este último para su gigantesco Estadio Alemán de Núremberg. A petición de Speer, se construyeron campos de concentración especiales en ambos lugares. En 1941, la Asociación de Terrenos de Mítines del Partido del Reich de Núremberg firmó un contrato con la DEST para que la cantera de Natzweiler-Struthof satisficiera las exigencias de Speer.<sup>60</sup> Speer ordenó a Oswald Pohl que concediera máxima prioridad a Natzweiler-Struthof. Había fácil disponibilidad de acero, y envió a su lugarteniente, el SS-Hauptsturmführer Franz Liebermann, como oficial de enlace con el representante de la DEST en Natzweiler-Struthof. El geólogo y SS-Standartenführer Karl Blumberg aseguró que todo marchaba sobre ruedas.<sup>61</sup> La fábrica de ladrillos en

Oranienburg, construida a petición de Speer en 1938, estaba hecha con piedras extraídas por reclusos del campo de concentración de Sachsenhausen. Los trabajadores eran esclavos de la DEST. Cuando alguien hacía alguna observación sobre las horribles condiciones de Oranienburg, Speer replicaba que «los judíos se acostumbraron a fabricar ladrillos durante su cautiverio en Egipto».<sup>62</sup> En 1941, se creó un «Comando Speer» especial para trabajar en el campo de concentración recientemente construido de Oranienburg II.<sup>63</sup> En el transcurso de la guerra, hubo que aparcar el proyecto Germania, pero Oranienburg continuó formando parte del imperio de Speer, que para entonces ya no era Inspector General de Edificaciones, sino Ministro de Armamentos. Fue utilizado entonces como una filial de la compañía aérea Heinkel. Speer también viajó por toda la Europa ocupada por Alemania en busca de piedra para sus proyectos en Núremberg y Berlín. Así pues, los campos de concentración eran una parte esencial de los planes de Speer para reconstruir Berlín. La arquitectura monumental nacionalsocialista, de la que Speer era un destacado defensor, estaba inextricablemente ligada a la opresión, el terror y los propósitos criminales de las SS de Himmler.

Como era habitual en la Alemania nazi, la alianza entre Speer y Himmler estaba cargada de contradicciones. Los comandantes de los campos de concentración y su personal consideraban que los campos eran, ante todo, instrumentos de opresión política, diseñados para castigar a los enemigos del estado y eliminar a los indeseables. Miraban de arriba a abajo a los burócratas de la DEST, con su obsesión por el rendimiento y la eficacia. La situación se complicó aún más cuando Speer se convirtió en Ministro de Armamentos. La mano de obra esclava de los campos de concentración se utilizó entonces cada vez más en las industrias armamentísticas a medida que el armamento ganaba prioridad por encima de las construcciones monumentales.

Para mayo de 1943 se habían cerrado todas las canteras, con la excepción de Flossenbürg y Mauthausen, donde se escuchaban frecuentes quejas por la pobre calidad de unos trabajadores forzosos que habían sido embrutecidos, estaban medio muertos de hambre y, literalmente, trabajaban hasta morir. Esta era la absurda crueldad de intentar combinar la eficacia con la coacción despiadada.

Los intereses de Speer y Himmler seguían siendo diferentes, pero continuaban siendo convergentes. Speer creía en la auto-determinación de la industria y la estrecha cooperación entre el estado y la empresa privada, mientras que el imperio económico de Himmler era esencialmente un

instrumento de terror. Pero Speer necesitaba trabajadores, algo de lo que Himmler disponía en abundancia.

El abogado de Speer en los juicios de Núremberg, Hans Fläschner, consiguió imponer su visión de que hubo una evidente cesura en la vida de Speer en febrero de 1942. Antes de esa fecha era un arquitecto, después de la misma, un tecnócrata. El *mea culpa* de Speer en el estrado de los testigos solo se refería a sus actividades como Ministro de Armamentos. Pero la dimensión política de sus actividades tanto como arquitecto como en su calidad de ministro resulta evidente. En cada uno de sus ejercicios profesionales estuvo estrechamente implicado con los propósitos asesinos de las SS.

Como se ha señalado más arriba, Berlín ya sufría de una aguda escasez de vivienda. Habría alcanzado proporciones de crisis con las numerosas demoliciones necesarias para la construcción de una capital mundial. Speer había formulado la vaga promesa de construir 650.000 nuevas viviendas para compensar las 150.000 unidades de vivienda demolidas para dejar hueco a su visión de una nueva capital. Sus planes más inmediatos exigían la demolición de un número de viviendas que era igual a la cantidad total de todas las nuevas edificaciones en Berlín durante los diez años anteriores. Lógicamente, las autoridades municipales estaban horrorizadas ante las consecuencias de una destrucción a semejante escala, y estaban profundamente preocupadas de que los desahucios se encontrasen estrictamente dentro de los límites de la ley vigente. Speer despreció altaneramente estas preocupaciones asegurando que una medida que había sido discutida con, y aprobada por, el Führer no debía ser cuestionada. La confirmación cuasi-legal para este enfoque despótico ya se había dado mediante la Ley para la Reconstrucción de Ciudades Alemanas del 4 de octubre de 1937, que fue elaborada por Speer en cooperación con el Ministerio de Trabajo, el ente hasta entonces responsable del urbanismo y la vivienda. Pronto fue adecuadamente conocida como la «Ley de Expropiación». Esta ley concedía a Speer una autoridad absoluta para apoderarse de cualquier propiedad que desease y fijar una compensación de acuerdo con los requerimientos mínimos de la ley.<sup>64</sup>

La nueva organización de Speer era un ejemplo de sociedad pública-privada que era el resultado de una creciente tendencia hacia la privatización en la Alemania nazi. Acabo liberándose de la mayoría de restricciones, controles y equilibrios burocráticos y legales. Desde el punto de vista público, había sido fundada directamente por la Cancillería del Reich, mientras ofrecía a las empresas privadas amplias oportunidades para el

soborno, la corrupción y el tráfico de influencias sin estar sujetas al control de las autoridades municipales.

Berlín ya contaba con una Gemeinnützigen Siedlungs- und Wohnungsbaugesellschaft, o Asociación de Construcción para Asentamientos y Viviendas de Beneficencia (GSW), que tenía la responsabilidad de construir nuevas viviendas. Trabajaba en estrecha colaboración con Speer por medio de dos de sus colaboradores más cercanos situados en su junta directiva. El representante de Speer, Karl Maria Hettlage, tenía la responsabilidad de las finanzas y las adquisiciones de propiedades, sin que las autoridades municipales tuvieran nada que decir al respecto. Era el típico individuo que había sido empleado por la ciudad de Berlín y ahora trabajaba para el GBI.<sup>65</sup> Los colaboradores jóvenes más cercanos a Speer eran Rudolf Wolters, Willi Schelkes y Hans Stephan, todos ellos compañeros de estudios. Pronto serían conocidos como los «Tres Planificadores».<sup>66</sup>

Speer contaba con un total de veintiocho arquitectos que trabajaban para él, pero los «Tres Planificadores» formaban un círculo interno. Wolters fue enviado a una gira por América para estudiar el tráfico rodado. Speer y Schelkes se alojaron en la embajada alemana en Londres para estudiar la arquitectura de la ciudad. Schelkes también viajó a Italia con Speer y Gretel. En 1937, Schelkes y Stephan acompañaron a Speer a la Exposición Internacional de las Artes y las Tecnología aplicadas a la Vida Moderna de París, donde Speer recibió la medalla de oro por el Pabellón Alemán.

Ahora Speer estaba absolutamente al mando. No solo había arrebatado de raíz el poder de las autoridades municipales, sino que los alicientes financieros para trabajar para el GBI eran considerables. Los salarios estaban por encima de los niveles normales, se entregaba una paga extra como regalo de Navidad, y se mantenía el estatus privilegiado del personal como funcionarios. Pero aquello no era suficiente para Speer. Cuando el Ministerio de Finanzas rechazó su solicitud para un aumento salarial que excedía en mucho la escala establecida, Speer apeló directamente a Hitler, quien ordenó al Ministro que hiciera una excepción en este caso. En su calidad de GBI, Speer disponía de un inmenso presupuesto de 60 millones de marcos del Reich, lo que le permitía, por lo tanto, mostrarse considerablemente generoso con arquitectos, fabricantes de maquetas y delineantes. Como GBI, cobraba 1.500 marcos del Reich al mes, que era el salario tope para un Secretario de Estado. Era una cantidad que Speer describía como «insignificante» cuando lo comparaba con sus honorarios como arquitecto.<sup>67</sup> Concedía a su propio

despacho de arquitectura 60.000 marcos del Reich al mes por lo servicios que le prestaba a sí mismo como GBI, de los cuales una parte considerable acababan en su propio bolsillo.<sup>68</sup> Pero no siempre se salía con la suya. Hans Lammers, como jefe de la Cancillería del Reich, rechazó con firmeza su petición de ser incluido en el esquema de pensiones estatales «por el bien de la seguridad de (su) familia».<sup>69</sup>

Una parte importante de la imagen de Speer cuidadosamente construida por sí mismo era su aseveración de que, en contraste con los vulgares advenedizos entre la élite del Tercer Reich, él llevaba una vida extremadamente modesta. En la cárcel de Spandau aseguró haber aprendido el valor de la sencillez espartana y a despreciar los valores materiales. En sus memorias describía los sibaríticos excesos de sus colegas, quienes, incluso en las últimas fases de la guerra, utilizaban sus gigantescas mansiones, pabellones de caza, propiedades rurales y castillos para «funciones oficiales» espurias en las que una multitud de criados servían elegantes comidas regadas con los mejores vinos.<sup>70</sup> Speer trazaba una clara distinción entre su estilo de vida y el de la dirigencia corrupta y degenerada.

Inicialmente, sí había cierto grado de verdad en esta aseveración. La casa en Berlín-Schkachtsee, que construyó en 1935, era una villa encantadora y relativamente modesta de 125 metros cuadrados que costó 70.000 marcos del Reich, 30.000 de los cuales se los prestó su padre.<sup>71</sup> Speer no era todavía miembro de la élite y seguía bajo la represora influencia de Tessenow. Una nota de lujo era una piscina, una rareza en aquella época. La casa fue totalmente destruida por un bombardeo aliado después de que Speer se hubiera mudado. En 1932 había declarado unos ingresos de 1.660 marcos del Reich. Para 1943 habían ascendido a 211.933 marcos del Reich. Una cantidad mínima de esta importante suma procedía de sus ingresos como Ministro de Armamentos. Continuaba ganando un buen dinero con su despacho de arquitectura, cuyos beneficios estaban exentos de impuestos, gracias a una dispensa especial del Ministerio de Finanzas. Para 1940 ya había acumulado una fortuna personal de 1.423.000 marcos del Reich. Aparte de Ribbentrop, que fue socio en la empresa de vino espumoso de su suegro y que también dirigía una exitosa empresa de exportaciones e importaciones, Speer ya era el más rico de los notables nazis.<sup>72</sup> Sus ingresos futuros habrían sido verdaderamente espectaculares. Iba a recibir unos honorarios del 2 por ciento por sus edificios para Alemania. El coste del arco triunfal estaba estimado en 130 millones de marcos del Reich, lo que le hubiera supuesto

una ganancia de 2,6 millones de marcos del Reich. En febrero de 1943 recibió un pago de 650.000 marcos del Reich por sus dibujos preliminares de esta monstruosidad. El Gran Salón iba a costar 2.150.000.000 marcos del Reich, lo que se traduciría en 43 millones de marcos del Reich para Speer. En febrero de 1943 se iban a pagar 1.935.000 marcos del Reich como adelanto por su proyecto. En mayo de 1943 Lammers escribió que Speer había declarado 7 millones de marcos del Reich como honorarios por su trabajo en Berlín. Esto no incluía todo el trabajo hecho en Núremberg, por el que le correspondían unas sumas similares.<sup>73</sup>

Hay que reconocer que la mayoría de esto era puramente teórico, porque Alemania nunca se construyó, pero recibió adelantos importantes por varios proyectos. Para el final del año fiscal de 1942, había recibido un total de 3.893.000 marcos del Reich por el Cuartel General del Alto Mando de las Fuerzas Armadas, el Palacio del Führer y el Arco del Triunfo. En 1943 recibió otros 200.000 marcos del Reich. Al parecer se le pagaron 710.000 marcos del Reich adicionales por el Cuartel General de la Luftwaffe y su diseño para la Adolf-Hitler-Platz. Esto suma una asombrosa cantidad de 4,8 millones de marcos del Reich. Cuando fue hecho prisionero por los aliados en Kramsberg, estos le pidieron que declarase sus ingresos. Aseguró que poseía un total de 1.112.750 marcos del Reich.<sup>74</sup> Los millones que faltaban son un misterio sobre el cual Speer siempre guardó silencio. En sus memorias escribía: «Al final de mi carrera como arquitecto mis bienes habían crecido hasta aproximadamente un millón y medio de marcos del Reich. El Reich me debía otro millón, que nunca me pagó».<sup>75</sup>

Los trabajos de construcción de Alemania prácticamente cesaron con el estallido de la guerra, pero, con la rápida victoria sobre Francia, Speer se mostró ansioso por volver al trabajo. Según sus memorias, Hitler se encontraba en tal estado de euforia después de su visita a París que había firmado un «Decreto del Führer», redactado por Speer y datado con la fecha anterior del 25 de junio, la fecha del armisticio, exigiendo que Berlín fuese reconstruida como «la capital de un poderoso nuevo Reich y como una expresión de la grandeza de nuestra victoria». Las obras estarían terminadas para 1950.<sup>76</sup> Cuando se le advirtió a Speer que no habría fondos suficientes debido a la economía de guerra, le dijo a la Cancillería del Reich que Hitler había dicho que deseaba que la planificación siguiese adelante, de manera que los trabajos de construcción pudieran comenzar en cuanto terminase la guerra. Para que esto fuera posible, exigió un incremento en el presupuesto.

Speer encargó a Karl Maria Hettlage, que por entonces estaba en la junta directiva del Commerzbank, que encontrase los fondos necesarios. Hettlage lo logró con una notable destreza, lo que permitió a Speer aumentar el personal del GBI de 52 personas en 1938 a 1.400 para 1942. El coste de reconstrucción, así como la adquisición de la propiedad, era la responsabilidad de la autoridad pertinente, fuesen los Ferrocarriles del Reich, el Correo del Reich, el NSDAP o un ministerio en concreto. Hettlage consiguió también que estos diversos promotores asumieran una proporción del coste administrativo de la oficina del GBI, aumentando considerablemente de este modo un presupuesto ya de por sí enormemente elevado. Su vínculo continuo con el Commerzbank durante toda la guerra supuso también un enorme beneficio para el banco.<sup>77</sup>

Speer mostró asimismo una mano excesivamente dura con el gobierno municipal, reclamando derechos plenipotenciarios para interferir a todos los niveles basándose en los poderes que le había concedido Hitler como GBI. En junio de 1940, redactó un decreto que reducía el gobierno municipal a una organización que iba a financiar sus operaciones, proporcionar información cuando se le solicitase y le prestase siempre asistencia. El 9 de julio, el alcalde de Berlín, el Dr. Julius Lippert, escribió a Speer quejándose de que estaba intentando humillarlo al no mostrar el más mínimo respeto por los derechos del gobierno municipal. Speer llevó inmediatamente el asunto ante Hitler, quien, en presencia de Bormann, ordenó que Lippert, un hombre al que Hitler ya había descrito anteriormente como «incompetente, un idiota, un fracaso y un cero a la izquierda», debería ser destituido de inmediato.<sup>78</sup> Acto seguido, Bormann dio instrucciones a Lammers para que tomara las medidas necesarias para quitar a Lippert de su cargo. Fue despedido sumariamente el 19 de julio. Lippert, aunque un ferviente nacionalsocialista y uno de los protegidos de Goebbels, nunca había mostrado mucho entusiasmo ante los grandiosos planes de Hitler para reconstruir Berlín, de manera que no contaba con el favor de Hitler. Su carrera posterior fue intrascendente, en parte quizás porque Speer, sin el menor escrúpulo, entregó a Himmler toda su correspondencia con Lippert.<sup>79</sup> Todo este incidente es un ejemplo de la absoluta crueldad de Speer y hace parecer una burla su afirmación de que era sencillamente un arquitecto «apolítico».

El resultado de la prolongada y amarga lucha entre Speer y el alcalde Lippert enfurecía a Goebbels. En una fecha tan temprana como el 1 de enero de 1939 escribía en su diario: «Hanke... me contó un infame ataque en la

prensa planeado por Speer contra Lippert. No voy a mantener en secreto mi opinión. Algo es seguro: es demasiado cobarde para atacar abiertamente, de manera que ataca con insidia por la espalda. Comprendemos esto perfectamente. Estas cosas no me hacen cambiar de opinión». <sup>80</sup> Pero Goebbels no podía hacer nada mientras Speer contase con el apoyo de Hitler.

Desde el comienzo de la guerra, a Speer le preocupó cómo evitar que los canteros fuesen reclutados por las Fuerzas Armadas. Estaba decidido a que continuasen preparando material para el nuevo Berlín, en especial los 180.000 metros cúbicos de piedra que Wilhelm Kreis calculaba que necesitaría para su cuartel general del OKH y el Salón del Soldado. Speer obtuvo la aprobación de Hitler para su petición de que más de 180 canteras del sector privado pudieran continuar la producción en tiempos de guerra, y que sus trabajadores quedasen exentos del servicio militar. Estos esfuerzos se intensificaron con la rápida derrota de Francia, siendo coordinado gran parte del trabajo por Walter Brugmann, de la empresa Arge Núremberg, que era jefe de obras de Speer en Berlín. El 29 de noviembre de 1941, en un breve momento de euforia, pese a que su campaña de la Unión Soviética estaba diluyéndose rápidamente, Hitler le dijo a Speer y Kreis en el transcurso de una cena que no quería que la guerra interfiriese en sus planes para Berlín, y que esperaba que pronto pudieran comenzar las obras del Salón del Soldado. <sup>81</sup> En el transcurso de unos pocos días, el Ejército Rojo frustró todas sus esperanzas. Speer contaba ahora con suministros ilimitados de piedra procedente de canteras de toda Europa, pero era imposible ver cómo podría utilizarse hasta que la guerra culminase en victoria. Para Speer, la obtención de piedra era la única forma que tenía para hacer que continuasen en marcha sus operaciones en Berlín y Núremberg. Contaba con aliados naturales en Himmler, las SS y la DEST. La alianza se reforzó en 1941, cuando el director de la DEST, Karl Mummenthey, fue nombrado miembro de la junta directiva de Arge Núremberg.

Speer se apoderaba de la mano de obra allí donde la encontrase, sin hacer distinción entre trabajadores voluntarios de Italia, prisioneros de guerra franceses o checos reclutados para hacer el servicio militar en el Reich. Su mayor problema era que Göring tenía el monopolio sobre los prisioneros de guerra soviéticos. <sup>82</sup> Speer resolvió esta dificultad del modo habitual, acudiendo directamente a Hitler, quien le dio permiso para utilizar 30.000 prisioneros de guerra soviéticos para trabajar en Berlín. A finales de 1941, Speer tenía 130.000 trabajadores procedentes de toda Europa bajo su mando.

Hizo un trato similar con Heydrich, quien, en su condición de Protector del Reich para Bohemia y Moravia, estaba explotando despiadadamente la mano de obra checa. A cambio de los 15.000 trabajadores checos, Speer prometió a Heydrich ayudarlo en sus planes para reconstruir Praga.<sup>83</sup> El asesinato de Heydrich y las exigencias de la guerra negaron a Speer esa oportunidad.

El empleo de grandes cantidades de prisioneros de guerra presentaba un gran problema de seguridad. Speer, que ya estaba trabajando en estrecha cooperación con las SS en varios proyectos, incluido el desalojo de inquilinos judíos —un procedimiento actualmente conocido como «des-alquiler» (*Entmietung*)— acudió a las Waffen-SS en busca de ayuda. Su amigo Sepp Dietrich, que tenía el mando del Leibstandarte SS Adolf Hitler en Berlín, junto a otras unidades de las Waffen-SS, se mostró dispuesto a hacerle el favor.<sup>84</sup>

Con las gigantescas operaciones constructivas en Berlín detenidas mientras durasen las hostilidades, Speer asumió parte de las tareas de la Organización Todt, un grupo de ingeniería civil y militar organizado según las cadenas de mando militar y que tomaba su nombre de su líder, Fritz Todt. Era una característica de la Alemania nazi que una organización duplicase la tarea de otra y que se solapasen las áreas de competencia. Que en este caso funcionase relativamente bien se debió al hecho de que Speer respetaba a Todt como un hombre de talento excepcional. Era también el más afable de las figuras dirigentes del Tercer Reich —un terreno bastante estrecho. El GBI era responsable de construir refugios antiaéreos, para lo cual se obligó a trabajar a grandes cantidades de judíos. Hizo asimismo uso de trabajadores regulares alemanes de la Organización Todt. En noviembre de 1939, se le confió la responsabilidad de satisfacer las necesidades constructivas de la Luftwaffe. En 1941 construyó una planta industrial para el Plan Cuatrienal de Göring. Gestionó también contratos para el Ejército y la Marina. El 27 de diciembre de 1941, Hitler le encomendó las «obligaciones en el este».<sup>85</sup> A mediados de enero de 1942 creó la Baustab Speer-Ostbau o Personal de Construcción Este Speer, con 30.000 trabajadores. Cooperó estrechamente con la Organización Todt en la construcción de proyectos en Ucrania y el sector meridional del frente oriental. El rival de Speer, el arquitecto Hermann Giesler, dirigía una organización similar que operaba en el sector septentrional de los Grupos de Ejército Centro y Norte. Giesler también prestaba su apoyo a la Organización Todt en Baviera y a lo largo del Danubio.<sup>86</sup>

Este Baustab Speer-Ostbau era, en realidad, un campo de concentración

móvil en el que los reclusos, la mayoría de ellos judíos, eran obligados a trabajar en una autopista que atravesaba Ucrania conocida como Vía Pública IV. Rudolf Wolters, mano derecha de Speer, inspeccionó el proyecto en 1942. Refiriéndose a esa parte del plan de Himmler para la «aniquilación a través del trabajo» en el que murieron miles de personas, le dijo a Speer que algunos trabajaban dos turnos seguidos, aparentemente de manera voluntaria, añadiendo: «ya sabes de qué va todo esto».<sup>87</sup> Esta carretera, conocida como la Carretera SS, era una empresa conjunta entre Speer, Himmler y la Wehrmacht. Las SS proporcionaban campos de concentración móviles para los trabajadores judíos. La Wehrmacht aportó 50.000 prisioneros de guerra. Se obligó a trabajar también a miles de ucranianos detenidos. Aquellos que ya no eran capaces de trabajar eran «seleccionados» y posteriormente asesinados. Esto tuvo como resultado el asesinato de unos 25.000 judíos en ochenta y cuatro ejecuciones masivas.<sup>88</sup> Así pues, desde un principio, los hombres de Speer siguieron obedientemente una de las espantosas recomendaciones de la Conferencia de Wansee. «Bajo una dirección adecuada, los judíos deben ahora, en el curso de la Solución Final, recibir órdenes adecuadas para trabajar en el este. Aquellos judíos que sean capaces de trabajar serán separados por sexos y enviados a grandes partidas de trabajo a esas zonas para construir carreteras, un proceso mediante el cual la mayoría acabará cayendo junto a las cunetas a través de un proceso de disminución natural. Aquellos que sobrevivan serán sin duda los más fuertes. Deberán ser tratados en consecuencia, pues, a través del proceso de selección natural, en el caso de que fueran liberados, formarían el núcleo de una nueva resistencia judía».<sup>89</sup>

En su condición de GBI, Speer hizo un amplio uso de los prisioneros de guerra soviéticos, tanto para trabajos preparatorios de la construcción del nuevo Berlín como para retirar los daños provocados por las bombas. La Oficina Principal II (Organización y Economía) de Hettlage construyó dos campos en Berlín, en Kaulsdorf y Falkensee, en los que se anunció orgullosamente que no se serviría sopa los sábados y los domingos. Las empresas constructoras privadas alquilaban los prisioneros, con el resultado de que, desde octubre de 1941 a marzo de 1942, la oficina de Hettlage obtuvo unos beneficios de 110.000 marcos del Reich.<sup>90</sup>

El 11 de octubre de 1943, Hitler encomendó a Speer, además de sus obligaciones como Ministro de Armamentos, la asombrosa tarea de reconstruir las ciudades alemanas bombardeadas. Así pues, asumió las

responsabilidades que hasta aquel momento habían sido el territorio del Ministro de Trabajo y de las autoridades municipales locales. En estos últimos meses de la guerra, Speer, como GBI, comenzó a vender propiedades y equipos del gobierno a inversores privados. Estos veían excelentes oportunidades para la industria de la construcción en el mundo de la post-guerra. En 1944, Speer y Goebbels convocaron un concurso para la reconstrucción de Berlín. El núcleo central de Speer iba a construirse según lo planeado, pero el resto de la ciudad, con una población estimada de 10 millones, lo que la convertía en la mayor ciudad de Europa, iba a convertirse en una ciudad jardín. Todas las carreteras y vías férreas se soterrarían y se ampliaría el cauce del Spree.<sup>91</sup> Los destellos de realismo se hicieron evidentes cuando, en marzo de 1945, el personal de planificación de Speer se premió prudentemente con tres meses de sueldo por adelantado e hizo sus maletas.<sup>92</sup>

Desde el primer día pareció ciertamente dudoso si, tal como había apuntado el alcalde Lippert, podría llevarse a cabo alguna vez el grandioso plan de entre veinte y treinta años para construir Alemania. Incluso en circunstancias normales, probablemente el coste sería prohibitivo. Con la colosal inversión en armamentos incluso antes de la guerra, era virtualmente imposible. Además, existían problemas legales relativos a que el gobierno asumiera el control de una enorme área del centro de Berlín, dado que seguía en vigor la ley inmobiliaria existente, a pesar de los excepcionales poderes de Speer. Incluso los inquilinos judíos seguían estando protegidos. No fue hasta el 25 de julio de 1938 cuando se permitió a los caseros revocar los alquileres de espacios de oficinas a los médicos judíos.<sup>93</sup> Resultaba enormemente cuestionable si la industria de la construcción tendría la capacidad de asumir tan colosal tarea en el espacio de tiempo marcado. Por encima de todo, estaba la excepcional dificultad de trazar un plan que coordinase todos los aspectos dentro de un esfuerzo coherente. La atención se centraba en ese momento en demoler los edificios existentes y dejar espacio libre para las futuras edificaciones.

A partir de enero de 1938, Speer publicó algunos detalles de sus planes para la «capital mundial» de Hitler en los periódicos, pero tuvo cuidado de mantener en secreto qué zonas pretendía demoler. Celebró una serie de reuniones confidenciales con autoridades locales y funcionarios del partido para coordinar esfuerzos y preparar alojamientos alternativos para los afectados. Se avisaba muy poco tiempo antes de que comenzasen las demoliciones, creando de ese modo serios problemas para encontrar

rápida­mente nuevas viviendas para aquellos que las habían perdido. En 1938, se señalaron 17.000 aparta­mentos para su destrucción, aumentando signifi­camente de este modo la escasez ya existente de 190.000 aparta­mentos. Este fue el resultado de ignorar las necesidades de viviendas de Berlín durante los cinco primeros años del Tercer Reich, período en el cual se dobló la escasez de viviendas. Las dificultades se complicaban aún más por el hecho de que un gran número de viviendas se encontraban en un lamentable estado, muchas de ellas condenadas a ser demolidas. En muchos ejemplos en los que había alojamientos alternativos, los alquileres eran considerablemente más elevados, a menudo fuera de las posibilidades de los afectados. El Ministerio de Economía protestó enérgicamente contra el tiempo ridículamente breve con el que se transmitían los avisos a los inquilinos y propietarios que iban a ser desalojados. A las oficinas e instituciones se les concedían seis semanas, a los particulares, en ocasiones, solo una semana. Speer respondió que estas situaciones siempre implicaban momentos duros, y que era absurdo que el Instituto de Arquitectura del Reich Alemán se declarase incapaz de trasladar su considerable biblioteca y sus archivos en un plazo de seis semanas.<sup>94</sup>

La falta de vivienda alternativa, agudizada por la ralentización de las nuevas construcciones a causa de la escasez de fondos, significó que tuvieron que ser aparcados los planes de demolición. En mayo de 1938, uno de los colaboradores de Speer señaló que se habían planeado 30.000 nuevos alojamientos para sustituir a los 17.000 que iban a ser demolidos y proporcionar otros 13.000 nuevos para aliviar la escasez de vivienda. De hecho, solo se habían construido 8.000 nuevos hogares mediante el esfuerzo combinado de la compañía de construcción de la ciudad, GSW, y de los inversores privados. No había alivio a la vista debido a la escasez de recursos.<sup>95</sup>

El mayor número de viviendas construidas en Berlín fue la media anual de 33.000 durante los años de depresión entre 1929 y 1931. Entre 1932 y 1935 la media cayó hasta las 8.700. La cifra aumentó constantemente a partir de entonces, llegando a las 18.750 en 1937. Dados estos números, resulta verdaderamente sorprendente que en octubre de 1937, durante una discusión entre Speer, el gobierno municipal y el GSW, se acordara que se construirían entre 30 y 40.000 viviendas durante el año siguiente. Tras una feroz lucha entre Speer y las autoridades municipales sobre quién debería construir qué y cuándo, el resultado final fue que únicamente se construyeron 14.935

unidades en 1938.<sup>96</sup>

Speer y su departamento, tras fracasar miserablemente en su intento de elaborar un plan viable y haber realizado unos cálculos imperdonablemente erróneos sobre los recursos disponibles, estaban atrapados en una infructuosa lucha contra la ciudad. Speer obtuvo una «Decisión del Führer» que le permitió ordenar a la Agencia de Implementación del GBI que asegurase que se construirían 30.000 nuevas unidades en Berlín en 1939. Solo las necesidades de hombres y materiales para el Muro Occidental bastaban para hacer que aquello fuese totalmente imposible. Si no se podían construir las nuevas viviendas, no se podría demoler casas y no podría comenzar la construcción. Allí donde era posible la demolición, se producían muchas quejas de los inquilinos que se enfrentaban de la noche a la mañana con el problema de hallar un acomodo alternativo en un mercado saturado. En el caso de la intención del Ministerio del Aire de construir un nuevo cuartel general en Tempelhof, se produjo tal volumen de protestas públicas que Göring se vio obligado a posponer la demolición de las viviendas necesarias para despejar el solar. De manera similar, los planes constructivos de la AEG, Maggi y la empresa armamentística Fritz Werner AG no pudieron seguir adelante debido a la falta de alojamientos alternativos.

Speer estaba furioso porque sus planes constructivos se vieran frustrados por la incapacidad de proporcionar alojamiento adecuado a aquellos obligados a mudarse. Le dijo a las autoridades municipales que deberían poner en conocimiento de los inquilinos que deberían marcharse, como máximo, en febrero de 1940. Otro problema era que la gente que fue capaz de encontrar vivienda alternativa supuso un descenso en el número de unidades disponibles para el Nationalsozialistische Volkswohlfahrt o Bienestar Popular Nacionalsocialista (NSV), que era responsable de proporcionar viviendas a los pobres y personas sin hogar. El Servicio de Seguridad de las SS informó que también había quejas por la falta de espacio para guarderías infantiles debido a las demoliciones generalizadas.<sup>97</sup> Los planes de Speer para Alemania, incluso en sus primeras fases, supusieron una tensión intolerable para el estado del bienestar nacionalsocialista, que era un elemento nuclear de la construcción ideológica de la «comunidad racial».

Fue entonces cuando Speer sufrió sus primeros reveses. Hitler, espoleado por Bormann, nombró a Hermann Giesler para supervisar la reconstrucción de Múnich como «Capital del Movimiento». En marzo de 1939, Roderich Fick, un arquitecto tradicionalista que había diseñado varios edificios en la

región de Obersalzberg, recibió el nombramiento para transformar Linz de un lugar provinciano y atrasado en una «ciudad mundial» en donde Hitler pensaba retirarse y donde sería enterrado en un impresionante mausoleo. Speer reaccionó a este último nombramiento con enfado y dimitiendo de varios de sus cargos, incluida su jefatura en «Belleza de Trabajo», que tanto había significado para él en su día.<sup>98</sup>

Poco se consiguió asignando todas las viviendas nuevas a aquellos cuyas casas habían sido demolidas. La reanudación en agosto de 1938 de las concesiones de hipotecas y préstamos por parte del Ministerio de Economía para los inquilinos cuyos hogares habían sido destruidos y que deseaban convertirse en propietarios no trajo mucho alivio. El GSW solo consiguió construir 4.500 unidades en 1939, en lugar de las 30.000 planeadas. Las razones principales para esto fueron la crónica escasez de materiales de construcción, mano de obra y capital. Speer era muy consciente de ello, pero era incapaz de aceptar que su visión para Alemania fuese imposible de hacerse realidad y que había fracasado en la tarea que le había encomendado Hitler. Emitió órdenes y decretos que eran imposibles de cumplir. Incluso amenazó con demoler edificios sin tener en cuenta si había alojamiento disponible para los inquilinos que fuesen desalojados. Pretendía culpar a la ciudad de Berlín por no haber conseguido satisfacer sus necesidades. Esto era claramente inaceptable, pero Speer no se rindió. No podía permitirse el lujo de admitir que sus planes anunciados a bombo y platillo no podían llevarse a cabo, dejando a sus colaboradores, urbanistas, arquitectos y artistas sin nada que hacer. Y tampoco podía permitir que se hiciera público el fiasco. Entonces, al fin, se encontró una solución parcial. Una sección de la población podría ser desalojada sin recibir ninguna compensación, proporcionando de este modo acomodo a aquellos que habían tenido que dejar espacio para los nuevos edificios de Speer —los judíos de Berlín. En otras ciudades alemanas, las autoridades locales fueron responsables de medidas contra los inquilinos judíos. En Berlín, Speer, como GBI, desempeñó una función clave.<sup>99</sup>

El 10 de septiembre de 1938, el Ministerio de Finanzas desestimó la petición de Speer de una financiación adicional para nuevas unidades de vivienda. Cuatro días más tarde, Speer invitó a representantes de la administración de Berlín a una reunión en la que «el Profesor Speer sugirió que, en lo relativo a apartamentos de mediano y gran tamaño, los grandes que se necesitaban podían estar disponibles mediante el desalojo forzoso de

judíos. Después, en lugar de 2.500 apartamentos grandes, habría que construir aproximadamente 2.700 de pequeño tamaño». Speer insistió en que esta cuestión debería tratarse en la más estricta confianza porque primero tenía que pedirle permiso al Führer y después obtener la necesaria autorización legal.<sup>100</sup>

Así pues, incluso antes del pogromo del 9 de noviembre de 1938, Speer ya reclamaba medidas contra los judíos que iban más allá de cualquiera tomada hasta ese momento en la Alemania nazi. El Ministerio de Justicia se ocupó de la cuestión de los derechos de los arrendatarios judíos aquel mismo día y trabajó en estrecha colaboración con Speer para proporcionarle las sanciones legales necesarias. El plan resultante, conocido como el «Asentamiento Judío», preveía el desalojo de los judíos que vivían en el centro de la ciudad en pisos de cuatro o más habitaciones. Era una operación en la que Speer calculaba ahorrar 40 millones de marcos del Reich. Construyendo únicamente 2.500 apartamentos, se podrían ahorrar otros 5 millones de marcos del Reich. Adalbert Pfeil, el funcionario municipal responsable de la construcción, se mostró enormemente escéptico con el plan. Señaló que probablemente excedería las necesidades de alojamientos espaciosos, mientras que no haría nada por resolver la escasez de los más pequeños. Y tampoco afrontaba el problema de encontrar acomodo para los judíos que habían sido desalojados de sus hogares.

En aquel momento era muy improbable que sus intenciones se mantuvieran en la más estricta confidencialidad, y todavía no había obtenido el visto bueno de Hitler. No obstante, ordenó que siguiera adelante el desalojo de judíos, sin esperar siquiera a una decisión final por parte del Ministerio de Justicia. El 7 de noviembre de 1938 escribió a un funcionario de alto rango del Ministerio de Justicia una carta catalogada como «personal y confidencial» en la que afirmaba francamente: «Aunque, obviamente, la total eliminación de los derechos de arrendatarios a los judíos, en especial en las ciudades, da lugar a ciertas dificultades a causa de la actual imposibilidad de encontrar alojamientos alternativos, sugiero no obstante que en Berlín comencemos a afrontar el problema mediante el desalojo de los pisos grandes». Estos «podrían ofrecer alojamiento a camaradas de raza alemana en la medida en que continúa aumentando la emigración judía».<sup>101</sup> Al día siguiente, Speer ordenó a Gerhard Petrik, del Departamento Municipal de Obras, que comenzase a construir un asentamiento en el barrio nororiental de Buch que fuese suficientemente grande como para dar acomodo a los

inquilinos desalojados de 1.500 viviendas. Debería estar acabado para el octubre siguiente.<sup>102</sup>

Había que resolver varios problemas antes de que pudiera salir adelante el asentamiento judío. No se disponía de detalles que indicasen qué apartamentos eran propiedad de judíos o estaban alquilados por ellos. Los inquilinos, aunque fuesen judíos, seguían contando con protección legal. No estaba claro qué iba a ocurrir con la propiedad que fuese de judíos pero estuviera alquilada a no judíos, o cuando los judíos fuesen arrendatarios de no judíos. Los funcionarios locales del partido en el Distrito del Partido de Berlín, del que Goebbels era gauleiter, se pusieron manos a la obra en septiembre para elaborar un censo de grandes pisos en los que vivieran judíos, pero pronto descubrieron que la tarea excedía los medios de los que disponían. El 27 de septiembre de 1938, Speer convocó una reunión a la que acudieron representantes del urbanismo de la ciudad y funcionarios estadísticos, la Policía, el Partido Nazi y el Frente de Trabajo Alemán (DAF), pero poco se sacó en claro. Disponían de los nombres y direcciones de los judíos que habían sido privados de su derecho al voto, pero de aquella lista no era posible deducir quién alquilaba qué piso o a quién. Tanto la Policía como el partido dijeron que tenían cosas mejores que hacer. El DAF anunció con suficiencia que ya había reunido toda la información que necesitaba Speer y que resultaría relativamente sencillo elaborar la lista de los grandes pisos que necesitaba.<sup>103</sup>

Speer contó con un valioso aliado en su amigo Rudolf Schmeer, un hombre que se había afiliado al Partido Nazi en 1922 y que había sido un activo terrorista de extrema derecha durante la ocupación del Ruhr en 1923. Tras haber desempeñado altos cargos en el Partido Nazi y el DAF, ahora era funcionario de rango superior en el Ministerio de Economía, donde era responsable de la «Cuestión Judía». Era un defensor entusiasta de los planes de Speer para desalojar a los judíos. Göring decía de él que si quería a alguien con quien tratar medidas anti-judías, era el hombre a quien había que consultar: «se llegará a un acuerdo en cinco minutos».<sup>104</sup> El siguiente movimiento de Speer fue persuadir al Ministerio de Justicia para que eliminase todas las trabas legales sobre estos desalojos.

El pogromo del 9 de noviembre de 1938, un horror que ha sido trivializado como la Kristallnacht o «Noche de los Cristales Rotos», supuso ciertos problemas para Speer. Había ahora otros que habían posado sus codiciosos ojos sobre las propiedades judías y las actividades de Speer, lo que había

agravado la ya desesperada situación de vivienda en Berlín, y que ahora probablemente saldrían a la luz pública. Por esa razón, se mostró extremadamente remiso a la hora de hacer mención alguna del pogromo en sus memorias. Ante la insistencia de Joachim Fest, añadió un párrafo muy manido y poco sincero.<sup>105</sup> Un joven arquitecto del equipo de Speer, Hans Simon, demostró una valentía y una fortaleza moral ejemplares. Dimitió después de estos acontecimientos, diciendo: «Yo no trabajo para gente así», y arruinando de ese modo una prometedora carrera.<sup>106</sup> Speer, que se benefició directamente, no tenía estos remordimientos de conciencia. Hizo la absurda distinción entre los «repugnantes revolucionarios burgueses» que eran responsables de esa violencia y brutalidad, y aquellos, como él mismo, que apoyaban a Hitler por razones de «idealismo y devoción».<sup>107</sup> Fue incapaz de decir dónde debía trazarse la línea que los separaba.

La pregunta que se planteó entonces era si resultaba deseable crear un gueto en Berlín. El 12 de noviembre de 1938 se celebró una reunión de alto nivel para discutir esta cuestión. A la misma acudió Göring como jefe del Plan Cuatrienal, Heydrich, de la Oficina Principal del Seguridad del Reich de las SS, y Goebbels como gauleiter de Berlín y Ministro de Propaganda. En el orden del día había una discusión sobre los derechos de propiedad judíos y la «arianización» de la economía alemana.<sup>108</sup> Heydrich formuló fuertes objeciones a la propuesta de Speer de concentrar a los judíos desalojados en asentamientos. Opinaba que estos guetos serían escondites de criminales y caldos de cultivo de enfermedades. Sería mucho mejor que vivieran entre los camaradas de raza alemana, que los vigilarían. La reunión concluyó que los derechos de propiedad de los judíos serían respetados en su conjunto, pues los judíos se sentirían más honrados en la violación de los mismos que en su observancia.

El 21 de noviembre, los tres principales peristas —Speer, Goebbels y Lippert— se reunieron para discutir cómo repartir mejor el botón del pogromo. Al día siguiente, Goebbels ofreció un entusiasta informe del resultado de esta reunión en un discurso pronunciado en el edificio de la antigua Ópera Kroll. Anunció de manera insulsa que no había conflicto de intereses entre construir un nuevo Berlín, la construcción de nuevas viviendas, la renovación del viejo parque de viviendas y el alivio de la escasez de vivienda. Todo esto se afrontaría con «diligencia nacionalsocialista». Para lograr el máximo efecto político, Goebbels, Lippert y el mal afamado representante de Speer, el Dr. Ernst Zörner, que

recientemente había sido destituido como alcalde de Dresde por lo que elegantemente se denominaron «irregularidades», viajaron juntos en un magnífico automóvil descubierto por los barrios obreros de Berlín.<sup>109</sup> Speer, prudentemente, no tomó parte en esta indecorosa farsa, pero, por detrás de la escena, se concentró en apoderarse, en los barrios más deseables, de todos los pisos espaciosos que pudo que estuvieran alquilados por judíos. Su tarea resultó mucho más sencilla cuando Göring, como jefe del Plan Cuatrienal, le concedió derechos prioritarios sobre todas las propiedades de los arrendatarios judíos.<sup>110</sup>

La intensificación de las medidas anti-judías después del 9 de noviembre liberó a Speer del problema de encontrar un alojamiento alternativo para aquellos inquilinos judíos que habían sido desahuciados. El 25 de enero de 1939, Speer aseguró que su oficina sería informada cuando quedase libre una propiedad que había sido alquilada por un judío. Entonces, los propietarios tendrían que obtener el permiso del GBI antes de aceptar a nuevos inquilinos. Si se requerían reparaciones, la mitad del coste sería sufragado por la Asociación Judía de Berlín.<sup>111</sup> Speer estaba desarrollando gradualmente un monopolio virtual sobre la disposición de todas las propiedades de Berlín que habían sido alquiladas o fuesen propiedad de judíos.

Después del pogromo del 9 de noviembre de 1938, abandonó Berlín una media de 3.000 judíos al mes, liberando de este modo unas 1.000 viviendas. Pero incluso esto no supuso demasiado para el alivio de la crisis de vivienda. El porcentaje de viviendas libres aumentó, pero solo de un 0,2 a un 0,3 por ciento. En enero de 1939, el senador de Danzig Paul Batzer, que había sido llevado ante el tribunal del partido por engaño y desposeído de su cargo, fue nombrado jefe del Departamento II/4 dentro de la organización de Speer, donde se le encargó «la adquisición y alquiler de los apartamentos, negocios y plantas industriales judíos». Esta nueva agencia trabajó en estrecha cooperación con las autoridades de la ciudad que se ocupaban de la «arianización» de las propiedades judías y con las agencias encargadas de encontrar acomodo alternativo para aquellos afectados por el programa de demolición. En julio, el GBI revisó los últimos seis meses y llegó a la siguiente conclusión: «Despejar áreas a tiempo depende enteramente de tener disponible acomodo alternativo... Apropiarse de las viviendas en edificios más viejos de donde han sido desahuciados los judíos hace que las cosas sean muchos más sencillas, y es la razón por la cual algunas zonas ya han sido vaciadas».<sup>112</sup>

El problema de trasladar grandes oficinas, talleres y pequeños negocios era todavía más complejo que encontrar nuevas viviendas para los obligados a mudarse. En la mayor parte de los casos, las oficinas se trasladaban a viviendas residenciales en los barrios más elegantes del oeste de Berlín, para construir bloques de oficinas aún mayores en las mismas zonas afectadas. Esto redujo aún más la cantidad de viviendas disponibles para aquellos que eran desalojados a la fuerza. Ministerios, las Fuerzas Armadas, el NSDAP y las oficinas de administración de la industria armamentística se apoderaron de miles de valiosas unidades de vivienda. Todos estos traslados estaban bajo el control del GBI, que demostró un escaso respeto por las normas legales y la práctica establecida. Esto provocó que el Ministerio de Finanzas comenzase a hacer algunas preguntas incómodas. A las Fuerzas Armadas les molestó profundamente que Speer les dijese qué podían y qué no podían hacer. Preguntaron qué era más importante —las necesidades de las Fuerzas Armadas o reconstruir Berlín. Amenazaron con llevar el asunto ante Hitler para que decidiera, pero el estallido de la guerra los enfrentó a preocupaciones más acuciantes.

La oficina de Speer decidía quién obtenía cada cosa. Así, cuando Volkswagen puso sus ojos sobre tres casas en Charlottenburg que estaban en «manos no arias» y en las que más de cincuenta y nueve inquilinos eran también judíos, se le denegó el permiso a trasladarse allí. El Frente de Trabajo Alemán estaba también interesado en esta valiosa propiedad, pero también fue rechazado. Fue concedida finalmente como una filial del Ministerio de Finanzas, con el que Speer necesitaba estar en buenos términos.<sup>113</sup>

Un boom inmobiliario siguió al pogromo del 9 de noviembre de 1938 cuando los judíos fueron expulsados, forzados al exilio, aterrorizados y reunidos en campos de concentración. La principal preocupación de Speer durante estos meses frenéticos fue asegurarse de que había suficiente vivienda residencial disponible para las oficinas gubernamentales, mientras que las grandes empresas engullían a toda prisa algunos de los inmuebles más apetitosos de Berlín a unos precios de ganga. El hombre responsable dentro de la autoridad municipal para poner en práctica los planes de reconstrucción de Berlín, el Dr. Werner Dickmann, escribió a Speer en junio de 1939: «Me parece absolutamente esencial que, cuando consideremos estas cuestiones, debemos asegurarnos de que ciertas áreas residenciales se preserven como tales. Nuestra experiencia, generalmente hablando, es que estas zonas son las

mismas que aquellas de las que usted decidió expulsar a los judíos».<sup>114</sup> A partir de entonces, ciertos distritos fueron declarados residenciales, de manera que hubiese suficiente espacio disponible para arrendatarios no judíos que habían sido desalojados para dejar hueco a la construcción de Alemania. Estos distritos fueron conocidos también como áreas «limpias de judíos» (*Judenrein*). Esto provocó situaciones extrañas. En algunos casos Speer insistió en que no se debería molestar a los inquilinos judíos hasta que sus viviendas fuesen necesarias para aquellos camaradas raciales que iban a ser desplazados.

Una complicación adicional fue que no existían medios legales para obligar a un propietario «ario» a desalojar a un inquilino judío. Por lo tanto, el NSDAP berlinés comenzó a hacer que los caseros estuvieran «preparados para dar la notificación». El jefe de la propaganda local del partido se reunió con algunos de los principales colaboradores de Speer para idear una «campana para la evacuación forzosa de las viviendas judías cuyos propietarios eran arios». Paul Batzer señaló que eso resultaría muy impopular. Puesto que los judíos se encontraban bajo una enorme presión, resultaban unos inquilinos ideales. Se mostraban ansiosos por no causar ningún problema. Eran silenciosos, pagaban el alquiler regularmente y no hacían reclamaciones de ningún tipo a sus caseros sobre reparaciones o redecoración. Los caseros estaban deseosos de conservarlos tanto tiempo como fuera posible.<sup>115</sup> Batzer tenía también que enfrentarse al problema de que los funcionarios locales nazis habían puesto sus ojos sobre aquellas viviendas tan apetecibles, de manera que tenía que pelearse duramente con las autoridades locales del partido para asegurarse de que se adjudicaban a inquilinos desalojados de zonas designadas para la reconstrucción y no a notables del partido.

La ley relativa a las «Condiciones de Alquiler para Judíos» del 30 de abril de 1939 facilitó mucho la tarea de Speer. En lugar de construir nuevas viviendas para judíos que habían sido expulsados de sus hogares, ahora podían ser obligados a vivir en casas propiedad o alquiladas por otros judíos —un método conocido como «empaquetado». Speer burló la ley vigente sobre derechos de los arrendatarios apelando al Partido Nazi para que ejerciera presión sobre aquellos que se mostraban reacios a mudarse. El 17 de mayo de 1939, el personal superior de Speer mantuvo una reunión en la que se decidió que iba a designar las áreas que iban a ser «limpiadas de judíos». Los funcionarios locales del partido (*Ortsgruppenleiter*) iban a «aplicar

presión» para llevar a cabo la necesaria descontaminación. A cambio de este servicio de comunicación, los funcionarios del partido no recibirían ninguna vivienda que excediera las necesidades de los «camaradas raciales» que habían sido obligados a abandonar sus hogares para dejar espacio a la construcción de Alemania.<sup>116</sup>

A fin de tener una clara indicación de los recursos disponibles mediante la «arianización» del mercado de la propiedad, la organización de Speer creó un fichero de todas las viviendas en manos no judías que estaban alquiladas por judíos, su tamaño y la renta que pagaban. El GBI trabajó en estrecha colaboración con las autoridades locales para encontrar acomodo a los judíos que habían sido obligados a dejar sus casas para dejar paso a los «arios» desplazados por el proyecto de reconstrucción.<sup>117</sup> En mayo de 1939 el alcalde Lippert promulgó un decreto «recomendando» a los judíos que vivían en edificios que no eran propiedad de judíos que vaciasen «voluntariamente» sus viviendas para dejar espacio para todos aquellos afectados por los planes constructivos de Speer.<sup>118</sup>

Este decreto era el reconocimiento de que no había base legal ni para expulsar a los judíos ni para obligar a los caseros a desahuciar a los inquilinos con los que estuvieran contentos. La única forma de echar legalmente a los judíos que tenía el GBI era utilizar los poderes que le había conferido la Orden de Reconstrucción de 8 de febrero de 1939. Esta orden permitía expulsar a los arrendatarios judíos cuyos caseros no fuesen judíos, a fin de proporcionar acomodo para aquellos que iban a ser desalojados para la realización de los planes de Speer para Alemania. La Sección II/4 de Batzer ya había trazado mapas de zonas que iban a quedar «limpias de judíos» por estos medios. Pronto quedó claro que estas medidas no proporcionaban suficiente acomodo para satisfacer la demanda. El GBI urgió entonces a las autoridades municipales para que ofreciesen una lista detallada de los arrendatarios judíos en edificios propiedad de judíos, no simplemente en aquellas zonas designadas para ser «desjudaizadas» (*entjüdet*), sino en todo Berlín.<sup>119</sup>

El 31 de agosto de 1939, en la víspera de la invasión de Polonia, Speer ordenó detener todas las construcciones para el nuevo Berlín. La organización de Speer iba a reducir su tamaño y su peso. La atención pasó entonces a las construcciones para los militares, así como a mantener al menos un esqueleto de operación listo para comenzar a reconstruir Berlín en cuanto finalizase la guerra. Su personal de 60.000 trabajadores estaba

disminuyendo rápidamente a medida que los hombres eran obligados a trabajar en la industria armamentística. Los administradores fueron reclutados para servicios armados, pero la planificación siguió adelante. Continuó importándose desde el extranjero una cantidad considerable de piedra lista para la construcción de Alemania. Esto hubo de reducirse gradualmente debido a la necesidad de divisas, la escasez de mano de obra y las dificultades de transporte.<sup>120</sup> No fue hasta el 14 de febrero de 1943 cuando Speer, como parte del esfuerzo total de guerra, anunció el final de toda la planificación para la reconstrucción de Berlín. Todos los implicados en el proyecto fueron entonces libres de unirse a la Wehrmacht, la Organización Todt o trabajar en la industria armamentística.<sup>121</sup>

Como GBI, Speer se benefició de la persecución de las SS, las SA, el Partido Nazi y la Gestapo de Berlín a los judíos, y también de las lamentables condiciones de alojamiento impuestas a la comunidad judía. Se apoderó de los apartamentos de inquilinos judíos, pero no estuvo directamente implicado en ningún plan para expulsar a los judíos de Berlín junto a las líneas de expulsión de judíos austriacos y checoslovacos en octubre o de judíos polacos en diciembre de 1939. Sin embargo, su Oficina de Implementación trazó planes a mediados de 1940 para deportar a los judíos de Berlín tan pronto como terminase la guerra.<sup>122</sup>

Aunque no podía plantearse comenzar la construcción de una nueva capital, aún era posible continuar en tiempos de guerra trasladando gente fuera de las áreas marcadas. Speer y Hettlage decidieron que los judíos que vivían en las zonas designadas para la reconstrucción deberían ser desahuciados y tendrían que apañárselas por sí mismos. El GBI no era más que una de las organizaciones rivales ansiosas por ampliar sus posesiones inmobiliarias. Los Ferrocarriles del Reich necesitaban terrenos para sus estaciones de paso norte y sur. Las autoridades municipales de vivienda estaban desesperadamente escasas de acomodo. El Bienestar Popular Nacionalsocialista necesitaba más viviendas como «alojamientos de catástrofe» para aquellos cuyos hogares habían sido derruidos. También había que encontrar casa para el flujo de trabajadores extranjeros necesarios para las fábricas de armamento. Speer, seguro de saber que contaba con el apoyo de Hitler, pronto demostró su maestría en las luchas internas. Aunque estaba claramente centrado en lograr sus objetivos, sabía cuándo conceder un punto, cuándo permanecer firme y cuándo mantener un perfil bajo. Era implacable en la persecución de sus objetivos y mostraba un absoluto

desprecio tanto por la letra como por el espíritu de la ley. Así, sus nuevos acuerdos de alquiler a mediados de 1940, conocidos como «contratos de Speer», reducían enormemente los derechos de los arrendatarios, dejándolos sin ninguna protección legal.<sup>123</sup> Sabía que en la Alemania nazi no había necesidad de mostrar ninguna deferencia hacia la práctica debida o las exigencias de la ley. Lo único que importaba era si, como último recurso, disponía o no del apoyo de Hitler. La aprobación legal de los «contratos de Speer» no se concedió hasta septiembre de 1940 con la «Orden Estatutaria para Cambiar y Complementar las Relaciones de Alquiler con los Judíos».

A comienzos de abril de 1940, Himmler exigió el derecho a comprar propiedades judías en Berlín para las SS, pero se topó con la absoluta oposición de Speer. Temeroso de que Himmler estuviera intentando minar su posición en Berlín, le dijo al Reichsführer-SS que no disponía de nada que fuese suficientemente grande y dentro de su abanico de precio. La relación de Speer con las autoridades municipales en Berlín era más cordial. Estaban absolutamente de acuerdo en que se debía expulsar a todos los judíos de sus propiedades en el centro de la ciudad y que su derecho de residencia debería ser estrictamente temporal. Para aquel momento, ya no se trataba de hacer salir a los judíos de las áreas designadas para la reconstrucción, sino también de cualquier parte apetecible de la ciudad. Goebbels estaba empeñado en asegurarse de que se expulsase a todos los judíos de Berlín. Por lo tanto, se evitó una confrontación con Himmler, y Speer contó con un stock de apartamentos para entregar a aquellos a los que desease favorecer: el cuerpo diplomático, los colegas de Heydrich o los actores y directores de Goebbels. La mayoría de las viviendas judías fueron a parar a esta gente y no estaban en áreas señaladas para la reconstrucción.<sup>124</sup>

El 28 de junio de 1940 Hitler realizó una visita de cuatro horas a París acompañado por Speer, su rival, el arquitecto Hermann Giesler, y su amigo, el escultor Arno Breker. Tras aterrizar en Le Bourget a las cinco de la mañana, recorrieron en coche las calles vacías para visitar la ópera de Garnier sobre la que Hitler tenía unos conocimientos notablemente detallados. Luego, pasando por la Madeleine, se dirigieron en coche a la Plaza de la Concordia y subieron los Campos Elíseos. Hitler quedó especialmente impresionado por el Arco del Triunfo, que iba a quedar empequeñecido por su monstruo de Berlín. La comitiva fue después al Trocadero y a continuación al Palacio de Chaillot. Hitler pasó algún tiempo alabando la tumba de Napoleón. Entonces le dijo a Giesler que había decidido que él diseñaría su sarcófago. No queda

constancia de la reacción de Speer ante este deliberado revés, pero podemos imaginarla. El grupo continuó su ruta pasando por el Louvre y Notre Dame hasta la Plaza de los Vosgos. Se hizo otra visita al Palacio Garnier, esta vez a la luz del día. El recorrido terminó en Montmatre, donde pasaron por la terraza del Sacré Coeur. Fueron ignorados por los fieles que salían de la basílica.

Ya de regreso, Hitler ordenó a Speer que iniciase el programa de reconstrucción incluso en tiempo de guerra. «¿No estaba encantadora París?» le dijo. «Pero Berlín debe ser todavía más hermosa».<sup>125</sup> Las construcciones también continuaban en Múnich, Linz, Hamburgo y los terrenos para los mítines en Núremberg. Los hombres de Speer imaginaban entonces que la guerra podría haber terminado para septiembre y que podrían ponerse a trabajar poco después. Pronto se demostró que esto no era más que una ilusión. Poco después, las casas vacías para las que se había programado una demolición tuvieron que ser utilizadas para proporcionar alojamiento a aquellas personas sin hogar a causa de los bombardeos. El GBI se encontraba ahora ocupado construyendo refugios y retirando los daños provocados por las bombas. De este modo, Speer pudo reconstruir y ampliar su organización de manera que estuviese lista para trabajar en cuanto terminase la guerra. Se encontró una nueva excusa para desahuciar a los judíos —se necesitaban sus apartamentos para alojar a «camaradas de raza» que se habían quedado sin hogar por los ataques aéreos.

En el verano de 1940 el GBI estimó que todavía había entre cinco y siete mil viviendas con inquilinos judíos. Se decidió que se continuaría con la creación de áreas «limpias de judías» mediante la «desjudaización» de estos apartamentos. Se informó a las autoridades municipales de la vivienda que todas las casas que excediesen las necesarias para alojar a la gente desplazada de los distritos señalados para su demolición podrían añadirse a la reserva de viviendas de la ciudad. El GBI, la ciudad y el NSDAP estaban totalmente de acuerdo en que, una vez terminase la guerra, Berlín debería estar *Judenrein*. En julio de 1940, el GBI insistió en que todas las viviendas alquiladas por judíos deberían estar bajo su control. El secretario de estado de Goebbels, Hans Hinkel, discutió con la Policía el transporte de cinco mil judíos al mes a Polonia.<sup>126</sup> Esta cifra coincidía con los planes de Speer para limpiar de judíos ciertas zonas.

Speer chocó con la decidida oposición a sus planes para reconstruir Berlín por parte de la burocracia tradicional dentro de la Cancillería del Reich, el

Ministerio de Finanzas y el Ministerio de Trabajo. Como resultado, en el verano de 1940 hubo poco movimiento, aparte de aquellas zonas que ya habían sido señaladas para su reconstrucción. Pero, en septiembre, Speer tomó un rumbo nuevo, aduciendo que había que poner viviendas a disposición de las víctimas de los bombardeos, de manera que el programa de realojamiento se presentó ahora como esencial para el esfuerzo de guerra. A finales de mes anunció una «campana para un millar de viviendas judías» que contaba con el apoyo de Hitler. Se expulsaría a los judíos y sus casas se pondrían a disposición de aquellos que se habían quedado sin hogar por los bombardeos. No mostró el más mínimo interés por el destino de los afectados. Su única preocupación era poner en marcha de nuevo su programa de despeje, en particular respecto al solar doble de Lichtensteinalle 3 y 3.<sup>a</sup>, donde planeaba construir su residencia y estudio. No debe sorprender que enviase una nota urgente desde Obersalzberg a Dietrich Clahes, jefe de la Oficina de Realojo, preguntándole cómo marchaba el programa de mil viviendas judías, «especialmente el desalojo de Lichtensteinalle». Clahes ordenó rápidamente que fuesen desalojados los arrendatarios judíos de doce propiedades en Lichtensteinalle.<sup>127</sup>

El proceso de trasladar gente desde el Spreebogen —el punto cerca del Reichstag donde el río traza una curva cerrada— para dejar sitio libre al Gran Salón monumental de Speer comenzó en noviembre de 1940. En enero, Speer envió a Clahes una nota urgente desde Obersalzberg diciendo que: «El Führer está firmemente a favor del plan que le he presentado sugiriendo que un millar de viviendas judías deberían ponerse temporalmente a disposición de aquellos que se han quedado sin hogar por los ataques aéreos».<sup>128</sup> Esto provocó cierta preocupación entre los que vivían en la zona señalada. Hubo que asegurar a Fritz Wintermantel, un director del Deutsche Bank, que tendría a su disposición una vivienda adecuada entre el stock de viviendas judías. El Ministerio de Exteriores le dijo al agregado militar de Finlandia que «se proponían conceder a los inquilinos de aquella casa unos apartamentos judíos tan pronto como estuvieran disponibles».<sup>129</sup>

Speer había conseguido disfrazar sus preparativos para la reconstrucción de Berlín, concediendo prioridad absoluta a la preparación del terreno para su lujosa residencia y estudio en Lichtensteinalle como una medida de guerra concebida para proporcionar alojamiento a las víctimas de la RAF. Como medidas adicionales para «mantener la voluntad de trabajar y resistir del pueblo alemán», se concentró en la eliminación de los daños provocados por

las bombas y la construcción de refugios antiaéreos. Esto le permitió reclutar una fuerza de trabajo que, para enero de 1941, contaba con 120.000 hombres que le permitirían comenzar la construcción de Germania en cuanto terminase la guerra. Como un constructor de imperios de considerable ingenio, Speer había logrado de este modo mantener una enorme organización en unas circunstancias especialmente desfavorables. La reconstrucción de Berlín había quedado en suspenso, pero el GBI seguía comandando una gran fuerza de trabajo que era equiparable, aunque nunca desafió, a la Organización Todt.

Se disponía de grandes cantidades de prisioneros de guerra para limpiar los daños de los bombardeos, con artesanos especialistas alojados en campamentos provisionales. Esta fuerza laboral se vio aumentada con cuatrocientos trabajadores forzados judíos. Hasta la batalla de Berlín, que comenzó en noviembre de 1943, los daños de los bombardeos fueron relativamente pequeños, de modo que las autoridades municipales alistaron a los judíos para la recogida de basura, prometiendo que si los daños de los bombardeos se volvían más importantes, serían devueltos a la organización de Speer. En ese momento, Speer contaba con diez mil trabajadores, la flota de vehículos *Transportstandarte Speer* y un presupuesto anual de mil millones de marcos del Reich. Esto debería haber sido más que suficiente para satisfacer las necesidades reconstructivas de la ciudad una vez terminase la guerra.

El 20 de marzo de 1941, varios representantes del GBI se reunieron con miembros del Reichssicherheitshauptamt u Oficina Principal de Seguridad del Reich (RSHA) y con el secretario de estado de Goebbels para tratar la expulsión de los judíos. Goebbels, que estaba absolutamente obsesionado con la idea de dejar la ciudad *Judenrein*, había mencionado la cuestión de los 60 a 70.000 judíos de Berlín en una comida con Hitler, pero, fiel a su costumbre, el Führer no le dio instrucciones claras. Goebbels llegó a la conclusión de que «una propuesta adecuada de evacuación contaría con la aprobación del Führer». Adolf Eichmann, que estuvo presente en la reunión en representación de la RSHA, dijo que Hitler le había entregado un permiso por escrito para expulsar a 60.000 judíos de Viena, pero que solo había conseguido poner sus manos sobre 45.000. Por lo tanto, formuló la terrible sugerencia de que se añadiesen al menos 15.000 judíos berlineses para maquillar el escaso número. Speer había dado instrucciones a su portavoz para dejar claro que todavía quedaban 20.000 viviendas con inquilinos judíos. Las quería todas para alojar a gente sin hogar a causa de los ataques aéreos,

así como para aquellos que, en algún momento, tuvieran que mudarse para hacer sitio a su programa constructivo. Los representantes de Speer y Goebbels sugirieron que, puesto que había un déficit de entre 160.000 a 180.000 viviendas en Berlín, Eichmann debería trazar un plan para la expulsión de los judíos de la ciudad.<sup>130</sup>

Los preparativos para la deportación de los judíos de Berlín comenzaron en agosto de 1941. EL GBI entregó a la Policía listas de apartamentos. La Gestapo ordenó a la Asociación Cultural Judía que entregase información de su sección de viviendas. La deportación a Polonia, los estados bálticos y Bielorrusia comenzó en octubre. Para el 2 de noviembre, 4.200 judíos berlineses habían sido deportados a Lódz.<sup>131</sup> Pronto, Speer tuvo más 10.000 apartamentos más a su disposición. Un millar de ellos se reservaron como «Inventario de Emergencia» —conocidos posteriormente como «Apartamentos Bloqueados»— como adecuados para inquilinos de áreas marcadas para la reconstrucción o para que Speer dispusiese de ellos como considerase adecuado.<sup>132</sup>

Inicialmente, los judíos que habían sido expulsados de sus casas tuvieron que apañárselas solos, encontrando de algún modo una nueva vivienda en un mercado saturado o alojándose con amigos. Aquellos que no encontraron una alternativa se vieron forzados a entrar en «casas judías». El 28 de enero de 1941, Karl Maria Hettlage, el experto financiero de Speer, presidió una reunión para discutir el desalojo de gente de diferentes zonas de Berlín para conseguir alojamiento a los que habían perdido su casas en los ataques aéreos. Entre los asistentes se encontraban los representantes de la Oficina Principal de Bienes Inmuebles, la Asociación de Propietarios de Bienes Inmuebles de Berlín, el Distrito del Partido local y la Oficina Principal de Seguridad del Reich de Heydrich.<sup>133</sup> La Oficina Principal II del GBI de Hettlage (Organización y Economía), cuya tarea era coordinar el desalojo de judíos, estaba preocupada de que las SS no fuesen capaces de despejar 100 viviendas en dos semanas y otras 250 residencias judías para finales de febrero.<sup>134</sup> Rápidamente se le aseguró que así se haría. Dietrich Clahes, especialista de reasentamiento del GBI, insistió en que los judíos desalojados debían ser realojados en casas propiedad de judíos. Se proporcionarían a las SS listas de estas viviendas. Se harían excepciones en los casos en los que un cónyuge fuese no judío o cuando hubiera niños en la vivienda.

En abril se convocó otra reunión al más alto nivel con representantes del Ministerio de Justicia, de Interior y de Trabajo, el Representante de la Oficina

del Führer y el GBI para ampliar la ley de desahucio.<sup>135</sup> A partir de ese momento, los judíos no solo podían ser desalojados de viviendas propiedad de no judíos. Ahora se incluyeron las de propiedad judía, de manera que Speer tuvo por fin el poder sobre el destino de todos los judíos de Berlín.

Así, para el verano de 1941, se habían eliminado todas las molestas restricciones. Los judíos desahuciados eran sencillamente deportados a los campos de la muerte en el este. La prensa, inspirada por Goebbels, escribió sobre este horror: «En los últimos días, un buen número de judíos ha huido de Alemania, dejando tras de sí sus deudas».<sup>136</sup> Internamente, la expulsión de los judíos se disfrazó como una medida de guerra esencial. Clahes lo dejó bien claro en una carta al Ministro del Interior el 20 de junio de 1941: «El decreto para despejar 1.000 apartamentos judíos a fin de proporcionar finalmente alojamiento a camaradas de raza que se han quedado sin hogar a causa de los ataques aéreos ha sido transmitido oralmente por el Führer y Canciller del Reich al Profesor Speer». Las viviendas de las que habían sido desalojados los judíos fueron entonces renovadas para los nuevos inquilinos procedentes de hogares que iban a ser demolidos. Los gastos corrieron a cargo de los inquilinos desalojados y de los propietarios, con la Asociación Cultural Judía actuando como deudoras solidarias. Los inquilinos «arios» que se vieron obligados a mudarse encontraron apartamentos adecuados entre aquellos incautados a los judíos, pero las viviendas vacías de Lichtensteinalle no se incluirían entre las que estarían a disposición de los camaradas raciales a los que la RAF había dejado sin hogar. Esas eran para uso exclusivo de Speer.<sup>137</sup>

Pronto resultó evidente que toda la palabrería de mantener viviendas vacías, listas para alojar a los que se hubiesen quedado sin hogar, era pura propaganda. En 1941, más de 10.000 personas perdieron sus hogares tras los bombardeos, pero solo hubo 16 viviendas disponibles en los edificios destinados a ser demolidos. Se proporcionaron refugios temporales en colegios e iglesias; la gente se quedaba con familiares o amigos o abandonaba la ciudad. La situación mejoró bastante en 1942 porque hubo muy pocos ataques aéreos en Berlín. Para entonces, había 1.000 viviendas vacías para alojar a los que hubieran perdido la suya. Pero los ataques de enero de 1943 dejaron a 11.000 personas temporalmente sin hogar. De ellas, solo 113 se mudaron a «alojamientos de catástrofe». El ataque del 1 de marzo de 1943 dejó sin casa a 35.000 personas. Quedaron totalmente destruidas 6.000 viviendas.

Esto supuso otro problema para Speer. Si los berlineses bombardeados

iban a trasladarse a las casas destinadas a la demolición, ¿cómo iba a librarse de ellos una vez terminase la guerra? Se encontró una solución a este problema utilizando estos edificios como alojamiento provisional para trabajadores del gobierno, como hoteles y hostales y alojamiento temporal para trabajadores y soldados. Speer se mostró encantado con este arreglo, que le pareció «un gran alivio en el que el desalojo de inquilinos con todas las dificultades prácticas y legales que implica ya no es un problema».<sup>138</sup>

Todo esto formaba parte del decidido esfuerzo de Speer por ganarse el favor de los militares, los burócratas y los industriales. Era incansable proporcionándoles pisos, allí donde fuera posible, en los edificios arrebatados a los judíos. Pronto disfrutó de una excelente reputación en los círculos más influyentes y fue capaz de forjar alianzas que le iban a resultar muy útiles cuando fue nombrado Ministro de Armamentos. Tras reconsiderar su actitud hacia Himmler, proporcionó a las SS cincuenta apartamentos al mes a medida que se expandía rápidamente el imperio de Himmler. Adolf Eichmann recibió un alojamiento especial para su Sección IVB4 (Asuntos Relativos a los Judíos y la Evacuación) que se encontraba en plena expansión en la Oficina Central de Seguridad del Reich perteneciente a las SS. Speer concedió a Goebbels diez viviendas al mes para alojar a artistas que participaban en las películas de sus estudios. Se mantuvo en buenos términos con la organización Bienestar Nacional-socialista (NSV), y se esforzó por satisfacer las necesidades del NSDAP. También se proporcionó espacio de oficinas procedente de los apartamentos confiscados a los judíos a la Oficina Colonial del Reich, una enorme organización burocrática que gobernaba las imaginarias colonias alemanas.<sup>139</sup> Este particular acuerdo se llevó a cabo entre el GBI y el gobierno prusiano con la intermediación de Hans Mohr, un ingenioso broker de bienes inmuebles que obtuvo unos magníficos beneficios gracias al programa de realojamiento del GBI.<sup>140</sup> Había que proporcionar un cuartel general adecuado para la seriedad de su propósito a la nueva Comisión del Reich para el Fortalecimiento de la Raza Alemana dirigida por Himmler. Muchas de estas viviendas procedían de los cinco mil apartamentos de los que habían sido expulsados los judíos. El Tercer Reich se apoderó de las oficinas de la Asociación Judía del Reich.

Pocos pudieron resistirse a estos ricos bocados. Karl Blessing, quien, junto con su ministro, Hjalmar Schacht, había dimitido del Ministerio de Economía en noviembre de 1937, tras haber advertido sobre las graves consecuencias de un programa armamentístico forzado, también puso sus codiciosos ojos sobre

la propiedad judía.<sup>141</sup> El 28 de noviembre de 1941 pidió a Hettlage que no alojase a familias judías en Kaiserdamm 82, sino que pusiera la propiedad a disposición de la Kontinentale Öl AG (Konti Öl), en cuya junta directiva trabajaba. El GBI accedió expulsando a seis judíos. Blessing tuvo una brillante carrera en la República Federal Alemana, llegando a convertirse en presidente del Bundesbank o Banco Federal.<sup>142</sup> Se desconoce el destino de los judíos a los que se obligó a desalojar, pero podemos imaginarlo.

Otras compañías siguieron el ejemplo de Kontinentale Öl. Los altos directivos acudían directamente a Speer en busca de grandes viviendas o villas que pudieran alquilar o comprar. Speer, que insistía en que este tipo de tratos debían llevarse en la más estricta confidencialidad, se vio pronto tan abrumado por las peticiones que, a mediados de 1941, tuvo que advertir que quedaban muy pocas propiedades disponibles. El GBI comenzó a operar como un agente inmobiliario en la sombra. Speer tenía derechos preferentes de compra sobre un gran número de propiedades destinadas a vivienda pública, muchas de las cuales habían sido arrebatadas a los judíos. Gran parte de esta propiedad se vendió a particulares, utilizando dudosos métodos contables para ocultar cualquier indicio de corrupción. Muchas figuras influyentes se beneficiaron de estos atractivos acuerdos y solían expresar su gratitud a Speer, el consumado hombre de los contactos. Hizo varios favores especiales a Gerhard Engel, ayudante de Hitler en el OKW. En una de esas ocasiones, Speer, consciente de su poder, escribió al muy endeudado Engel: «Si tus tres protegidos no pueden cerrar el pico, ordenaré que sus casas sean demolidas y los dejaré otra vez sin un lugar donde vivir».<sup>143</sup>

Hubo algunos que tuvieron remordimientos respecto a mudarse a viviendas cuyos propietarios o inquilinos habían sido desalojados por la fuerza. Rommel pidió a Speer que le proporcionase un alojamiento a su ayudante recién casado, el Barón Melchior von Schlippenbach. Un funcionario municipal le llevó a ver el apartamento. Declinó la oferta cuando se dio cuenta de que el apartamento estaba ocupado por una familia judía destinada al desahucio. Cuando el escandalizado Schlippenbach informó sobre el asunto a Rommel, este le contestó que probablemente su amigo Speer no habría podido saberlo.<sup>144</sup>

La demanda de casas se hizo pronto tan grande que Speer se sintió obligado a parar. A finales de 1941, desestimó numerosas solicitudes, insistiendo en que solo tenía viviendas disponibles para la gente que había perdido sus casas porque habían sido demolidas, y que, por orden de Hitler,

tenía que conservar una gran cantidad de viviendas libres para las víctimas de los ataques aéreos. Consideró necesario advertir a Bormann de que mantuviera sus manos lejos de las propiedades judías en Berlín, recordándole que Hitler había puesto las propiedades judías bajo su jurisdicción y que se pretendía mantenerlas a disposición de aquellos que se hubiesen quedado sin hogar como resultado de los daños provocados por los bombardeos.<sup>145</sup> El 26 de enero de 1942, Speer escribió a Rosenberg, que había solicitado quince apartamentos, diciéndole que no sería posible entregárselos porque la expulsión de los judíos de Berlín se había suspendido «hasta aproximadamente abril debido a problemas técnicos con los ferrocarriles».<sup>146</sup>

Una cosa era cierta: a partir de ese momento, si alguien no estaba en buenas relaciones con el GBI y si no tenía *quid pro quo* que ofrecer, sus posibilidades de conseguir una vivienda en Berlín eran extremadamente escasas. La situación se tornó aún más complicada cuando Speer se convirtió en Ministro de Armamentos en febrero de 1942. Gran parte del espacio de oficinas disponible fue rápidamente engullido por la expansión de su ministerio. Ya no se podía disponer de la mayoría de apartamentos judíos — ni siquiera de los más lujosos. El Dr. Joachim Pfaffenberger, un metalúrgico con estrechos lazos dentro de la industria armamentística y que había estado en el consejo directivo de AEG, fue incapaz de poner sus manos sobre un gran inmueble en Witzlebenplatz 6 que había sido dividido en tres apartamentos judíos. Cuando presentó su solicitud por primera vez, se le indicó que solo habían sido desahuciados dos de los inquilinos judíos, pero que podía volver a presentar la solicitud cuando fuese desalojada la tercera parte. Cuando esto ocurrió, Clahes le dijo que su solicitud había sido denegada porque el GBI necesitaba los inmuebles de mayor tamaño para propósitos especiales. El matrimonio compuesto por Benno y Guste Pakscher, de ochenta y tres y setenta y tres años, inquilinos de este tercer apartamento, se quedó sin casa para dejar su lugar a Paul Hoffmann, que había sido obligado a mudarse de su alojamiento en Lichtensteinalle 3 y 3<sup>a</sup> para dejar espacio a su vez al estudio y la residencia de Speer.<sup>147</sup>

Los métodos de desahucio variaban. Algunos judíos eran arrojados a la calle sin previo aviso. En otros casos, estaba implicada la Asociación Cultural Judía. En uno de estos casos, Speer ordenó a la Asociación que desalojase a los inquilinos judíos de un millar de viviendas propiedad de arios, al parecer para dejar sitio a las víctimas de los bombardeos. Los desalojados subarrendaron apartamentos judíos.<sup>148</sup> Ni una sola de aquellas viviendas se

reservó para el «alivio de catástrofe». Casi todas fueron utilizadas por personas que habían sido desalojadas de inmuebles que Speer pretendía demoler. En general, los desahucios se llevaban a cabo en estrecha colaboración con el GBI, las autoridades municipales de la vivienda, la Oficina de Distrito del NSDAP, las SS, la Policía de Berlín y el Ministerio del Interior.

La lista del GBI de la cifra de judíos desalojados de estas viviendas era mayor que el número que había previsto la Oficina Central de Seguridad del Reich de las SS (RSHA) para transportar a Lódz en septiembre de 1941. La segunda ola de transporte en enero de 1942 a Lublin, Varsovia y Chelmno también tuvo exceso de demanda. El GBI entregó a unos 10.000 a la Gestapo. No hay pruebas de que Speer y sus colegas mostrasen el menor asomo de preocupación o ni siquiera interés por su suerte. Cooperaron plenamente con la Gestapo, entregando información meticulosamente reunida, así como acelerando el proceso de desahucio y deportación, este último denominado cínicamente «emigración». La dudosa base legal sobre la que la Gestapo se apropió de las pertenencias de los judíos berlineses era la ley de incautación de bienes comunistas de 26 de mayo de 1933, la ley de incautación de bienes de los enemigos del Estado de 14 de julio de 1933 y el decreto del Führer sobre la apropiación de bienes de los enemigos del estado de 29 de mayo de 1941. De ese modo, los judíos fueron despojados de todas sus posesiones y asesinados porque fueron definidos como «enemigos del Estado», añadiendo de ese modo la falsedad a la perversidad. Su destino quedó sellado como resultado de las órdenes de desalojo, entregadas sin previo aviso, por el GBI. Así pues, Speer fue un actor clave en el asesinato de miles de judíos berlineses.

Los judíos eran deportados para aliviar una escasez ya muy importante de vivienda en Berlín. El alivio se encontró rápidamente. Se envió a 10.000 a guetos en Europa oriental, 35.000 a campos de la muerte en Polonia y 15.000 de los considerados «privilegiados» al campo de paso de Theresienstadt. Hubo centenares de suicidios. Otros acabaron en campos de trabajos forzados, donde muy a menudo trabajaban hasta la muerte. Cuando comenzaron las deportaciones en 1941, había 64.720 judíos en Berlín «registrados por religión» y 73.842 «registrados por raza».<sup>149</sup> Muy pocos sobrevivieron. La mayoría de los que lo hicieron fueron judíos que vivían en matrimonios mixtos o de «semi-raza». Fueron aislados, humillados y utilizados como fuerza de trabajo. Una orden de la RSHA para que todos los

que vivían en matrimonios mixtos fueran enviados a Theresienstadt no pudo llevarse a efecto debido a las caóticas condiciones de transporte y las protestas populares.<sup>150</sup> En una ironía final, el entusiasmo de Speer como GBI por deportar a los judíos se volvería posteriormente en contra de sus propios intereses como Ministro de Armamentos. Los funcionarios de su ministerio formulaban frecuentes quejas porque los judíos, que estaban realizando un trabajo útil en la industria armamentística, estaban siendo deportados pese a que no existían reemplazos adecuados para ellos.<sup>151</sup>

Aunque no puede haber duda de que Goebbels, hábilmente ayudado por el tramposo jefe de Policía de Berlín, el Conde von Helldorf, fue la fuerza motriz detrás de la persecución a los judíos de Berlín, su deportación fue en parte el resultado de una necesidad de encontrar un acomodo alternativo para los inquilinos desahuciados para dejar espacio libre a los grandiosos planes de Speer para reconstruir Berlín como Germania, o para encontrar un alojamiento adecuado para aquellos a los que él deseaba favorecer. La organización de Speer coordinó la apropiación, explotación y adjudicación de los bienes judíos después del pogromo del 9 de noviembre de 1938. Todos los apartamentos de aquellos judíos que habían sido desalojados a la fuerza quedaron en manos de la organización del GBI, que, de este modo, controló de manera eficaz una sección crítica del mercado inmobiliario.

Para el momento en que Speer fue nombrado Ministro de Armamentos el 8 de febrero de 1942, sus planes para reconstruir Berlín habían provocado una pesadilla. En estrecha colaboración con las SS, explotó de manera despiadada la fuerza de trabajo de los reclusos de los campos de concentración en canteras y fábricas de ladrillos y otros materiales de construcción. Trabaron en condiciones terribles. La tasa de mortalidad era asombrosamente elevada. Dejó sin hogar a miles de familias judías, la mayoría de las cuales fueron entregadas a la Gestapo para ser enviadas a lo que delicadamente se denominaba «el Este». Continuó este lúgubre trabajo mientras fue Ministro de Armamentos hasta octubre de 1942, cuando ya quedaban muy pocos judíos útiles que deportar, aparte de aquellos que trabajaban hasta la extenuación en sus fábricas de armas. También ellos fueron deportados poco después.

A finales de octubre de 1942, Clahes enumeró orgulloso los logros del Inspector General de Edificios respecto a «cuestiones de realojo». Se habían apropiado de 23.765 viviendas judías. Para el 15 de noviembre de 1942, se había «realojado» a 75.000 personas. Muchas de sus viviendas habían sido

entregadas a soldados heridos de gravedad y a hombres que habían sido condecorados con la Cruz de Caballero o con la Cruz de Hierro de Primera Clase.<sup>152</sup> Ya no había apartamentos a disposición de la élite nazi o para los magnates de la industria y la banca porque, como escribió Speer a Rosenberg el 12 de noviembre de 1942: «He logrado los objetivos que me propuse».<sup>153</sup> Por orden de Hitler, Adolf Eichmann se ocupó de los judíos berlineses que quedaban. En la operación del 26 de febrero de 1943, conocida posteriormente como «Acción Fábrica», unos 8.000 judíos que trabajaban en fábricas de armas en Berlín fueron apresados y deportados a campos de exterminio. La mitad consiguió escapar, para gran disgusto y decepción de Goebbels. La entrada de su diario el 2 de marzo de 1943 dice: «Por desgracia, una vez más en los mejores círculos, en particular entre los intelectuales, nuestra política judía no es bien comprendida y algunos incluso ayudan a los judíos. Como resultado, se conocieron nuestros movimientos con antelación y muchos judíos se nos escaparon de entre las manos».<sup>154</sup>

Convertido de pronto en un hombre de poder y considerable riqueza, Speer sentía que la elegante pero relativamente pequeña casa de la Schopenhauerstrasse en Berlín-Schlactensee que había construido en 1935 ya no respondía a su posición. Aunque había adquirido un pabellón de caza en Ostertal, en el Allgäu, Hitler insistía ahora en que su cortesano favorito se mudase a una casa en el Obersalzberg que había pertenecido anteriormente a la familia Bechstein. Se construiría una nueva casa más grande con un estudio al lado. Esta casa se terminó en mayo de 1937, y allí la familia vivió cerca del Berghof de Hitler. Speer, junto con Göring y Bormann, era uno de los miembros de un selecto grupo de obersalzburgueses que vivía dentro de la zona de seguridad de 1.730 acres que rodeaban el retiro de montaña de Hitler.<sup>155</sup> La familia vivía allí, pero Speer rara vez estaba en casa. Se encontraba bien en Berlín o bien en la Berghof, donde formaba parte del círculo más cercano a Hitler. No tenía tiempo para la familia.

Speer dejó entonces su casa de Berlín y alquiló una villa magníficamente «arianizada» propiedad de la estrella del cine Gustav Fröhlich en Schwanenwerder, una lujosa isla en el Havel que era la propiedad más cara en la versión alemana del juego del Monopoly.<sup>156</sup> Había sido el lugar favorito de la alta sociedad judía, y sus propiedades habían sido adquiridas a precio de ganga por gente como Goebbels, el médico de Hitler, Theodor Morell y la líder de las Mujeres del Reich, Gertrud Scholtz-Klink. Speer también se benefició de la «arianización» de las propiedades judías de Berlín. En 1938,

justo antes del pogromo del 9 de noviembre, se unió a este grupo de ilustres propietarios al adquirir una parcela de tierra muy codiciada en Inselstrasse 50. Pertenece a Marie-Anne von Goldschmidt-Rotschild, una notable mujer mejor conocida por su correspondencia con Rainer Maria Rilke entre 1914 y 1918. Necesitaba venderla para poder pagar el impuesto que debían satisfacer aquellos que desearan emigrar. Aunque el precio de 150.000 marcos del Reich era ridículamente bajo para tan magnífica propiedad, era una suma considerable para un joven en el inicio de su carrera y una indicación de la enorme riqueza que ya había acumulado. Speer reservó incluso una parcela para construir una casa para Hitler, pero nada de esto acabó realizándose y quizás por esa razón Speer decidió deshacerse de la propiedad de Goldschmidt-Rotschild. Conservó un cobertizo para embarcaciones en la isla y también se construyó allí un refugio antiaéreo.

Poco después de su nombramiento como Ministro de Armamentos, Speer adquirió una importante propiedad en Altranft, cerca de Bad Freienwalde, en el Oderbruch, cerca del estudio de su amigo Arno Breker; pagó por ella 250.000 marcos del Reich. Para su propiedad, diseñó un grotesco castillo pseudo-medieval que se construiría después de la «Victoria Final» con un coste estimado de dos millones y medio de marcos del Reich.<sup>157</sup> Su hijo Albert se quedó horrorizado cuando vio los dibujos en los archivos en Múnich.<sup>158</sup> En marzo de 1943, Göring regaló a Speer 250 acres de bosque que pertenecían al gobierno prusiano para que rodeasen su propiedad. El Ministerio de Finanzas concedió un permiso especial para liberar esta transacción de los impuestos habituales. Se desconoce su valor, porque Speer se negó a responder a la solicitud del Ministerio de Finanzas para una devolución de impuestos el 1 de enero de 1944.<sup>159</sup>

El 1 de septiembre de 1943 Speer se mudó a una casa enorme en Lichtensteinalle que había sido limpiada de inquilinos, casi todos judíos. La propiedad, que también contaba con un estudio, fue renovada a expensas del gobierno por la asombrosa cifra de 1.673.631 marcos del Reich.<sup>160</sup> No vivió allí mucho tiempo. El 22 de noviembre quedó totalmente destruida durante un ataque aéreo.<sup>161</sup>

En 1943 vendió la parcela de Schwanenweder al Reich alemán por 389.000 marcos del Reich, logrando de este modo una plusvalía considerable. La propiedad volvió a su legítimo propietario en 1952. Fue vendida diez años más tarde a las autoridades del distrito de Steglitz para ser utilizada como parque público. Como parte del proceso de compensación después de la

guerra, se le ordenó a Speer pagar la diferencia entre el precio de adquisición de 150.000 marcos del Reich y el de venta de 389.506 marcos del Reich — 239.506 marcos del Reich— que se pagaría sobre la base de 10 marcos del Reich por 1 marco alemán. Así, Speer debía 23.950,60 marcos alemanes sobre lo que había sido un beneficio imprevisto. Su amigo Rudolf Wolters consiguió de algún modo reducir esto a 10.000 marcos alemanes, que fueron pagados sin rechistar para evitar cualquier publicidad contraria.<sup>162</sup>

En octubre de 1966, se acusó a varios antiguos miembros de la Gestapo en Berlín de haber sido cómplices en el asesinato de judíos berlineses. Aquello fue una señal de alarma para Speer, que había salido de la cárcel poco antes. El miedo a la «caza de brujas» contra los llamados «asesinos de escritorio» ya había impulsado al amanuense de Speer, Rudolf Wolters, a borrar ciertos pasajes comprometidos relativos a sus actividades como GBI de su diario conocido como la «Crónica de Speer». El juicio continuó sin que se hiciese ninguna mención a la organización cuyas instrucciones estaban siguiendo estos oficiales de la Gestapo. Los cargos cayeron bajo un estatuto de limitaciones por crímenes nazis y acabaron con dos oficiales libres de todos los cargos. Otro oficial de la Gestapo fue acusado de complicidad en un asesinato en abril de 1971, pero se estableció que la deportación no era «un acto concreto que animase» a cometer asesinato.<sup>163</sup> Jamás se tomó en consideración que los numerosos suicidios cometidos como resultado de los desahucios de Speer pudieran ser contemplados de la misma manera.

Speer llevó a cabo un torpe intento de disfrazar su función en la expulsión y asesinato de los judíos berlineses en su libro *Der Sklavenstaat* afirmando que cuando iba en su coche por el AVUS —un tramo de autopista que solía utilizarse para carreras de coches— veía cada día grandes cantidades de judíos subiendo a trenes que iban hacia el este desde las estación de Nicolassee.<sup>164</sup> Esta visión le provocaba «una sensación desagradable. Quizás era consciente de lúgubres procedimientos».<sup>165</sup> De hecho, los transportes de judíos entre mediados de octubre de 1941 y abril de 1942 a Łódź, Kowno, Minsk, Riga, Lublin, Chelmno y Varsovia se llevaban a cabo desde la estación de Grunewald. No ocurrió a diario, sino en trece ocasiones diferentes. Es imposible ver la estación de Nicolassee desde el AVUS. Speer admitió que fueron deportados 75.000 judíos de Berlín, pero tuvo la desfachatez de señalar que aquello había comenzado «bajo mi predecesor Todt». No mencionó el hecho de que fue él, como Inspector General de Edificios, quien decidía su destino. Muy al contrario, atribuyó todo esto a la

determinación de Goebbels por dejar Berlín «limpio de judíos» o *Judenrein*.<sup>166</sup>

Absolutamente confiado en que la Wehrmacht pondría pronto a la Unión Soviética de rodillas, Speer se dedicó con entusiasmo a soñar y planificar la remodelación y expansión de ciudades en Rusia y los estados bálticos y la fundación de ciudades alemanas que se construirían en los territorios conquistados en el este. Tres días después de su nombramiento como Ministro de Armamentos, en su calidad de Inspector General de Edificaciones, escribió a Alfred Rosenberg, el Ministro del Reich para los Territorios Orientales Ocupados, esbozándole sus proyectos.<sup>167</sup> El plan, todo él parte del Plan General Este, está tan alejado de la realidad que resulta extremadamente difícil tomárselo en serio. En comparación, la alocada visión de Himmler de colonización alemana en el este parece positivamente modesta.<sup>168</sup>

Las nuevas ciudades, que serían conocidas como las «Fundaciones del Führer», iban a evitar la uniformidad y serían diseñadas teniendo en cuenta futuras ampliaciones. Puesto que las ciudades alemanas son tan diferentes, Speer pensó que lo mejor sería tomar para estas nuevas ciudades modelos de las ya existentes. Así, se podrían construir en el este remedos de Stuttgart, Augsburgo, Núremberg, Hamburgo, Colonia, Bremen, Königsberg, Danzig, Leipzig, Dresde o Viena, creando una serie de ciudades hermanadas y con estrechos vínculos con las originales que reflejasen sus «aspectos más significativos». De acuerdo con los cálculos del propio Speer, esto proporcionaría acomodo a 7.852.000 personas a un coste de 785.000 millones de marcos del Reich. Nadie pensó de dónde debería venir esa gente o cómo podría financiarse. El Plan General Este estimaba unos modestos 14.500 millones de marcos del Reich para sus enormes proyectos constructivos en el este.<sup>169</sup> Hitler aprobó el plan y luego, en septiembre de 1942, dio su aprobación a las «Propuestas para la Fundación de Nuevas Ciudades Alemanas y la Expansión de Ciudades Alemanas en el Este» de Speer.<sup>170</sup>

Hitler y Speer tenían ideas bastante diferentes sobre qué aspecto debería tener una ciudad alemana. El ideal de Hitler era una postal medieval idílica de Dinkelsbühl o Rothenburg ob der Tauber, con sus estrechas callejuelas y sus edificios con entramado de madera. Speer era más bien un modernista, que prefería un trazado geométrico cuidadosamente planificado, calles amplias y una adecuada provisión para vehículos a motor. El primer ejemplo de una nueva ciudad alemana se construyó en Ussedom para los trabajadores de la

estación de investigación de cohetes de Peenemünde. Speer realizó algunos bocetos preliminares y estableció una serie de principios para la nueva ciudad, pero delegó la tarea en el joven arquitecto Heinrich Eggerstedt, ayudado por otro arquitecto, Walter Schlempp, el jefe del Baugruppe o Grupo de Construcción Schlempp que estaba bajo el mando de Speer como GBI.<sup>171</sup>

Otra ciudad modelo fue «Ciudad X para 20.000 habitantes», cuyos detalles se publicaron en la revista *Baukunst* (Arquitectura) en noviembre de 1941.<sup>172</sup> Esta fue diseñada por Speer y Eggerstedt como expresión arquitectónica de la comunidad racial nacionalsocialista. A orillas del lago se alzaba un «Salón del Pueblo», al final del eje central que conducía al foro circular, y desde allí a un asentamiento de viviendas unifamiliares en los límites del bosque. Otros detalles de las futuras ciudades en el este se encuentran en el *Manual de Construcción para la Edificación en el Este*, publicado en 1943 bajo los auspicios de Heinrich Himmler y Albert Speer.<sup>173</sup> Las ciudades del futuro de Europa oriental iban a estar habitadas únicamente por alemanes. No había lugar aquí para el «extranjero racial». En otras palabras, estos tenían que ser desalojados o asesinados.<sup>174</sup> Himmler y Speer vivían en un mundo de fantasía e intenciones asesinas, pero después de Stalingrado apenas quedó una mínima posibilidad de que estos planes pudieran ser llevados a cabo algún día.

Los hombres de Speer también estuvieron implicados en la planificación de la futura Litzmannstadt (Lódz). La ciudad, la tercera más grande de Polonia, se encuentra a unos 135 kilómetros al sudoeste de Varsovia. En septiembre de 1939 apenas un diez por ciento de la población era de origen alemán. La ciudad sufría una horrible sobrepoblación, con una media de 5,8 personas por habitación. Contaba con un sistema de alcantarillado absolutamente inadecuado y unas conducciones de agua rudimentarias. El plan consistía en trasladar primero la industria fuera del centro de la ciudad, y construir entonces una colonia para 25.000 alemanes al oeste de la estación central de ferrocarril. Por último, se reconstruiría el centro, tras «eliminar» a la población polaca.<sup>175</sup> La ciudad tenía una población de 665.000 habitantes, de los cuales 223.000 eran judíos. Cómo serían «eliminados» era una cuestión que decidiría la Rasse- und Siedlungshauptamt u Oficina Central para la Raza y las Colonias de las SS de Himmler. El 10 de diciembre de 1939, Friedrich Uebelhoer, el Gobernador del Distrito, ordenó que los 164.000 judíos que habían tenido la desgracia de permanecer en la ciudad, con la excepción de aquellos a los que se consideraba suficientemente fuertes para trabajar, fuesen hacinados en un gueto. Fue solo una medida provisional.

«El objetivo debe ser cauterizar este pestilente tumor».<sup>176</sup> Así pues, desde un principio, Speer, su equipo de planificadores y sus arquitectos estuvieron estrechamente implicados en la Solución Final.

#### 4. EL ESTADO DEL ARMAMENTO ALEMÁN EN 1942

V aliéndose de la información recogida en su trabajo sobre el Estudio de Bombardeos Estratégicos de los EE.UU., John Kenneth Galbraith publicó un artículo en 1945 que intentaba explicar por qué Alemania había perdido la guerra.<sup>1</sup> Su respuesta era muy sencilla. Alemania había sido muy lenta a la hora de movilizar la industria para una producción de tiempos de guerra. Antes de la guerra, los libros tendían a crear la impresión de que el país estaba armado hasta los dientes. En 1940, Gran Bretaña superó a Alemania en la producción tanto de tanques como de aviones, y volvió a hacerlo en 1941. El consumo civil en Alemania cayó hasta un escaso diez por ciento en 1940 y se repitió en 1941. Con la caída de Francia, la clase dirigente, pensando que la guerra ya estaba ganada, aparte de algunas operaciones de limpieza en Gran Bretaña y la Unión Soviética, recortó la producción de armamento. Confiando en que la Operación Barbarroja habría terminado en cuatro meses, no se hicieron preparativos para una campaña de larga duración. Pese a que la Wehrmacht se enfrentaba a una feroz resistencia en condiciones heladoras, la producción de armamento siguió reduciéndose. Para diciembre de 1941, se producía un 30 por ciento menos de armamento que en julio del año anterior. Con el ejército detenido delante de Moscú y la Operación Barbarroja arruinada, los alemanes, bajo la enérgica dirección de Albert Speer, comenzaron al menos a tomarse en serio el asunto de la producción en tiempos de guerra. La producción aumentó a pesar de los bombardeos aliados, pero incluso entonces el consumo civil continuó proporcionando un nivel de vida confortable, con un escaso 20 por ciento de reducción respecto al nivel anterior a la guerra.

Este relato plausible se vio reforzado en las memorias hábilmente embellecidas de Speer, así como a través del testimonio de varios de sus colaboradores más cercanos.<sup>2</sup> En su versión, Hitler, plenamente consciente del desastroso colapso de la moral en el frente interno en 1918 que tuvo como resultado que el ejército fuese «apuñalado por la espalda», optó por una «economía civil en tiempos de guerra» y una estrategia de *Blitzkrieg* —

campañas limitadas con recursos limitados. Como resultado, Alemania se encontraba inadecuadamente preparada para la invasión de la Unión Soviética y Speer pudo proclamar que, si él hubiera estado a cargo de los armamentos desde el principio de la guerra, hubiera proporcionado a la Wehrmacht las herramientas necesarias para llevar a cabo su trabajo.<sup>3</sup> El jefe estadístico de Speer, Rolf Wagenführ, produjo ingentes cantidades de cifras para reforzar la leyenda de Speer. Parecían confirmar la aseveración del Estudio de Bombardeos Estratégicos de los EE. UU.<sup>4</sup>

A fin de comprobar la afirmación de Speer de haber obrado un «milagro armamentístico», resulta esencial examinar la situación que heredó al ser nombrado Ministro de Armamentos en febrero de 1942. La economía alemana experimentó un rápido progreso tras el nombramiento de Hitler como canciller en enero de 1933. La situación fue, en algunos aspectos, análoga al «milagro económico» (*Wirtschaftswunder*) tras la reforma monetaria en 1948. El *boom* económico dio como resultado el pleno empleo en el plazo de tres años, pero la cuestión pendiente era a qué se debía esta rápida tasa de crecimiento. ¿Se debió a medidas deliberadas para estimular la economía y crear puestos de trabajo, o fue el resultado de un gasto gigantesco en armamento? ¿Fue un caso de «armas antes que mantequilla» o el resultado de una inversión previa con carácter de estímulo de naturaleza keynesiana que se había iniciado antes de que los nazis alcanzaran el poder?<sup>6</sup>

El programa para creación de empleo, iniciado por el Secretario de Estado del Ministerio de Finanzas, Fritz Reinhardt, soló entró en vigor el 1 de junio de 1933. Así, el rápido aumento del empleo en los tres primeros cuartos de 1933 se debió a las inversiones de estímulo de los gobiernos de Papen y Schleicher.<sup>7</sup> Otro estímulo al crecimiento fue que, debido a la depresión, estaban cayendo los precios de las materias primas y los productos semielaborados.<sup>8</sup> Desde el primer momento, el régimen decidió gastar enormes sumas en un gigantesco programa de rearme. Esto contribuyó decisivamente a la reducción del paro, pero también provocó un aumento dramático de la deuda nacional. No está claro cuándo se tomó la decisión de destinar 35.000 millones de marcos del Reich a armamento en un período de ocho años, porque la Wehrmacht documentó el proceso de rearme de manera retrospectiva en 1938. Probablemente fue una reunión del gabinete celebrada el 8 de junio de 1933.<sup>9</sup>

Para 1935, ya no se aplicaban las medidas de estímulo de los gobiernos de Brüning y Schleicher. El pleno empleo se debía entonces en gran medida al

notable aumento de la producción armamentística. Así pues, el «milagro económico» de los nazis se sostenía sobre unos cimientos poco profundos. Amenazó la estabilidad internacional, tuvo como resultado una carencia crónica de divisas, condujo el déficit hasta un nivel alarmante, provocó que la industria se mostrara remisa a la hora de hacer más inversiones y desconectó a Alemania del mercado mundial.<sup>10</sup> No obstante, a menudo se han exagerado los efectos perniciosos sobre los consumidores del militarismo keynesiano a gran escala.<sup>11</sup> El consumo real *per capita* expresado como un índice era de 88 en 1933, ascendió a 100 en 1936 y a 108 en 1939. No retrocedió a los niveles de 1936 hasta 1942.<sup>12</sup> La producción industrial de bienes de consumo siguió la misma tendencia. Tomando 1936 como 100, ascendió hasta 110 en 1939 y regresó a 100 en 1942. Así pues, los nazis fueron capaces de producir «tanta mantequilla como fuera necesario, y tantas armas como fuera posible».<sup>13</sup>

El gasto en rearme se fue rápidamente de las manos. El plan inicial preveía gastar a un ritmo de poco más de 4.300 millones de marcos del Reich al año durante un período de ocho años a fin de construir una fuerza militar suficientemente fuerte como para lanzar una ofensiva creíble. Para 1935, el gasto había alcanzado casi los 6.000 millones de marcos del Reich y se vio obligado a aumentar todavía más en cuanto Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética comenzaron a rearmarse como respuesta. Los militares, seguros del entusiasta apoyo de Hitler, comenzaron a exigir armamento más moderno. El Ministro de la Guerra, Werner Blomberg, se embarcó en un gigantesco derroche, ignorando deliberadamente todas las restricciones presupuestarias.<sup>14</sup>

Tan pronto como se completó con éxito en 1936 lo que los nazis denominaron la «liberación de Renania», con tropas alemanas ocupando la Renania desmilitarizada en claro desafío al Tratado de Versalles, Hitler nombró a Hermann Göring, el rival más poderoso de Schacht, para que se hiciera cargo del cambio de divisas y la importación de materias primas. Hitler esbozó el nuevo enfoque en un memorando que anunciaba un Plan Cuatrienal.<sup>15</sup> En él, argumentaba que los problemas económicos de Alemania solo podrían solucionarse mediante la guerra y la conquista de «espacio vital» (*Lebensraum*) para asegurar el adecuado suministro de alimentos y materias primas. La guerra era esencial en cualquier caso, porque el bolchevismo, detrás del cual se encontraba la judería mundial, tenía que ser destruido, pues, de lo contrario, el judeo-bolchevismo provocaría la «destrucción final, en otras palabras, la aniquilación del pueblo alemán». Por lo tanto, las Fuerzas Armadas y la economía debían estar listas para la guerra en un plazo de

cuatro años. Esto era una clara señal para que los militares abandonasen cualquier reserva y actuasen en consecuencia. El ejército, limitado a cien mil hombres por el Tratado de Versalles, iba a ampliarse hasta llegar a más de cuatro millones en cuatro años, pero seguía siendo un ejército anticuado. Debía moverse a pie, y su material era transportado por cientos de miles de caballos. El gasto en tanques todavía era relativamente pequeño, pero el coste total del proyecto era, no obstante, astronómico.

El Plan Cuatrienal creó más problemas de los que resolvió. El programa de autarquía requería unas colosales inversiones en lo que iban a ser proyectos que probablemente nunca resultarían viables desde el punto de vista económico. Había que enfrentarse a la escasez crónica de divisas si se quería que el programa de rearme alcanzase algún día sus objetivos. Incluso los defensores más extremos de la autarquía y la economía nacionalsocialista tuvieron que admitir que había que aceptar esa amarga realidad. Había que fomentar las exportaciones mediante el método propio de Schacht de generosos subsidios combinados con la adjudicación de más acero para empresas importadores que para la combinación de las armamentísticas y el Plan Cuatrienal.<sup>16</sup> Esta medida resultó eficaz, en gran parte debido al alza del comercio mundial, pero solo porque los militares se vieron obligados a aceptar recortes drásticos. El ejército advirtió que no sería capaz de alcanzar su objetivo de lograr una capacidad de combate completa para el previsible futuro. La Luftwaffe habló de recortar la fabricación de aviones en un 25 por ciento.

Pronto resultó evidente que la escasez de acero significaba que no podrían cumplirse los objetivos de rearme marcados en 1936. Puesto que pasarían años antes de que los Reichswerke Hermann Göring comenzasen una producción a gran escala, la única solución era levantar la restricción sobre la producción de acero, pero esto, a su vez, supondría aumentar las importaciones, sometiendo de este modo a una tensión intolerable a las raquílicas reservas de divisas. Enfrentado a esta situación insoluble, Hitler, que en cierta ocasión dijo que su única opción era jugarse el todo por el todo, decidió en 1938 intensificar las tensiones tanto en el interior como en el exterior.

La anexión de Austria en marzo de 1938, conocida como el Anschluss, fue el primer acto dramático del nuevo rumbo. Poco después, Hitler comenzó a presionar a Checoslovaquia alimentando las tensiones en los Sudetes. Hitler avivó la crisis durante todo el verano hasta que Chamberlain y Daladier

dejaron vendido a su aliado en Múnich en septiembre. El 21 de octubre de 1938, Hitler, tras recibir los Sudetes en Múnich, dio orden para la «destrucción del resto de Checoslovaquia».

El discurso de Hitler ante el Reichstag el 30 de enero de 1939 es mejor conocido por su promesa de que: «si los judíos que controlan las finanzas en Europa y en cualquier otro sitio consiguen arrojar a los pueblos a una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la tierra y de ese modo la victoria de la Judería, sino la aniquilación de la raza judía en Europa». En medio de esta feroz diatriba, dejó bien claro que la única solución para los problemas a los que se enfrentaba la economía alemana, especialmente la dependencia de las importaciones, era la ampliación del *Lebensraum* de Alemania. A este fin, se debía intensificar el Plan Cuatrienal y había que explotar a fondo las reservas de mano de obra.<sup>17</sup> De este modo, se diseñó la guerra como un ataque preventivo contra los financieros judíos, así como para asegurarse de que se resolverían por fin los problemas de Alemania con las importaciones y las divisas, provocados en gran parte por la política armamentística.

El 23 de mayo de 1939, Hitler habló a los jefes de las Fuerzas Armadas sobre su intención de atacar Polonia, advirtiendo que aquello bien podría conducir a una guerra que durase entre diez y quince años. La estrategia fue entonces transformar la economía para satisfacer las necesidades de una guerra prolongada. El ejército advirtió que estaba lejos de sentirse preparado para una nueva guerra mundial, a lo que Hitler replicó que una campaña rápida sobre Polonia proporcionaría los recursos adicionales necesarios para combatir en una guerra a gran escala. El general Thomas y el Alto Mando de las Fuerzas Armadas (OKW) ya habían empleado este argumento de que la derrota de Polonia aliviaría los problemas de escasez de materias primas. Este era también el punto de vista de varios de los principales industriales del país.<sup>18</sup>

El Acuerdo Comercial Germano-Soviético del 19 de agosto de 1939 y el Pacto Molotov-Ribbentrop firmado cuatro días después animaron a Walther Funk a formularle a Hitler la extravagante afirmación de que la economía estaba absolutamente preparada para cualquier eventualidad en los dos años siguientes, plazo en el que el Plan Cuatrienal habría alcanzado sus metas armamentísticas. El general Thomas consideró con razón que la actitud de Funk era absolutamente irresponsable. Sentía que Alemania no estaba suficientemente armada en profundidad y que la economía no estaba ni de

lejos en pie de guerra. Advirtió entonces de que debía evitarse la guerra hasta que el país estuviera preparado para cualquier eventualidad.<sup>19</sup> La Armada y la Luftwaffe se mostraron igualmente pesimistas, pero Keitel en el OKW no era alguien que fuese a interponerse en el camino de Hitler. Hitler era muy consciente del riesgo que esto implicaba. Sabía muy bien que el factor tiempo no estaba del lado de Alemania, anunciando al comienzo de la guerra que Alemania solo podría resistir durante unos pocos años, y añadiendo que Göring estaba de acuerdo con él.<sup>20</sup> Pero empleó este argumento para abandonar toda prudencia, optando por lanzar una serie de ofensivas en rápida sucesión antes de que sus enemigos hicieran valer su enorme ventaja económica. Fue una apuesta desesperada, pero estuvo a punto de dar sus frutos.

A pesar de la distorsión de la economía en tiempos de paz al hacer hincapié en el armamento, los historiadores se muestran reacios a hablar de una «economía de guerra» hasta que Speer asumió el mando. Se han sugerido varias alternativas, como una «economía de paz en tiempos de guerra» o «economía de *Blitzkrieg*». Se ha sostenido que Hitler estaba decidido a aligerar el peso del frente interno mediante rápidas campañas con recursos limitados y que esta estrategia del *Blitzkrieg* eran un medio para escapar de los cuellos de botella provocados por una «economía de guerra en tiempos de paz» y aliviar la presión sobre la población entregándole los frutos de una rápida guerra de depredación.<sup>21</sup> Estas ideas se vieron pronto cuestionadas cuando se argumentó que, puesto que los nazis pensaban en términos de una guerra larga, desde el inicio se esforzaron por conseguir la movilización total de la economía.<sup>22</sup> De hecho, pronto resultó cuestionable si el término *Blitzkrieg* tenía algún significado en absoluto.<sup>23</sup>

En la atmósfera eufórica tras la rápida derrota de Polonia, se reforzaron los argumentos de los ideólogos, mientras que ya no parecía una preocupación tan acuciante la necesidad de controles rigurosos. Se añadió una nueva confusión a partir de la inseguridad de Hitler sobre si un ataque sobre Francia se empantanaría en una campaña de larga duración o tendría como resultado otra rápida victoria. El resultado final fue una proliferación de centros de poder y cuerpos de tomas de decisión. Las antiguas estructuras se desmoronaron en medio de una confusa búsqueda de dirección política, que tuvo como resultado una desorganización y un despilfarro característicos de las tendencias policéntricas crecientes típicas del Tercer Reich.<sup>24</sup>

Hitler exigía insistentemente un rearme total, independientemente del

sector de consumo, las necesidades inmediatas o las proyecciones a largo plazo. Eligió de forma arbitraria el 1 de octubre de 1941 como la fecha en la que la producción de armamento alcanzaría su cima. El general Thomas argumentó que, para que esto fuera posible, era absolutamente imprescindible una economía militarizada que no prestase atención a las exigencias de una economía de post-guerra. Y para ello, había que poner al mando a una persona poderosa. Le ayudaría un comité integrado por figuras prominentes entre los militares y los ministerios civiles. A su juicio, Göring era el hombre ideal para el trabajo. La industria podría entonces colocarse bajo un estricto control militar. Hitler rechazó esta propuesta sin dudar, al darse cuenta de que se trataba de un intento de crear un Ministerio de Armamentos todopoderoso. En lugar de eso, suprimió la oficina de Funk de Jefe Plenipotenciario para la Economía y concedió a Göring autoridad adicional sobre la economía de guerra. De este modo, el Consejo General del Plan Cuatrienal se amplió para incluir representantes del estamento militar y los ministerios más importantes. Fue una medida provisional que no resolvió nada.<sup>25</sup>

Pronto resultó evidente que estos nuevos arreglos no proporcionarían los bienes necesarios. Por lo tanto, Göring buscó ser nombrado Ministro de Armamentos, pero Hitler desestimó la sugerencia, repitiendo su convicción de que la industria debería ser la provincia de los industriales y de aquellos afines a ellos. Puede que los barones del Ruhr bañasen al Mariscal de Campo en fastuosos regalos, pero les molestaba su despótica intromisión y su actitud de pavoneo. El inútil Funk, Ministro de Economía y Presidente del Reichsbank, suponía una amenaza mucho menor. Defendía la empresa privada, mientras que Göring, con su Plan Cuatrienal, era la personificación de una economía planificada combinada con el nebuloso concepto nazi de una «comunidad racial económica».<sup>26</sup> Hitler se oponía a una mayor centralización y burocratización, estuviera en manos del Plan Cuatrienal o del Ministerio de Economía.<sup>27</sup> Para él, todo esto tenía un regusto a bolchevismo. El bienestar del carnicero, el panadero y del fabricante de candelabros era una parte integral del «socialismo alemán», frente a los intereses egoístas de los «plutócratas» del Rin y el Ruhr. Así pues, una economía de guerra nacionalsocialista debería basarse en pequeñas empresas, no en animar a los grandes negocios a obtener enormes beneficios y a arrinconar a sus rivales. Pero las compañías más pequeñas no veían motivo para ponerse a producir armamento —una tarea lenta y costosa con perspectivas inciertas— a menos

que se vieran obligadas a ello. Sabían que una economía de guerra significaba que, o bien se verían forzadas a cerrar, o acabarían siendo absolutamente dependientes de grandes asociaciones industriales. Las pequeñas empresas contaban con un importante apoyo dentro del Partido Nazi.

Ni el Ministerio de Economía ni los militares querían ser responsables de la creación de una economía planificada, exponiéndose de ese modo a la acusación de bolchevismo. No fue hasta el 3 de febrero de 1940 cuando Göring, después de discutir el asunto con Hitler, escribió a Funk sugiriendo que los sectores no esenciales de la economía deberían ser reconducidos hacia la economía de guerra. Se hacía hincapié en convertir la capacidad existente más que en construir nuevas instalaciones.<sup>28</sup> El Ministerio de Economía envió rápidamente instrucciones a sus oficinas regionales ordenando acciones «drásticas» a este respecto; pero se trataba de retórica vacía. Temiendo una feroz resistencia, Funk se mostró reacio a emprender nuevas acciones. Sabía que los hombres de negocios apelarían a los funcionarios locales del partido, y que estos simpatizarían con su situación. El 21 de febrero, ordenó que para el 26 de marzo de 1940 se hubiera completado una revisión a fondo de la producción no esencial. Era una tarea imposible, entre otras muchas cosas porque no se habían establecidos criterios claros sobre en qué consistía ser «no esencial».

Varias empresas se vieron obligadas a cerrar o pasaron por serias dificultades a causa del duro invierno, las inadecuadas instalaciones para los transportes o la escasez de carbón, pero aquello no ayudó a los militares. A menudo, los funcionarios locales del Partido Nazi acudían al rescate, o resistían reduciendo la jornada laboral. Para este momento, había un acuerdo general respecto a que había que hacer algo drástico a fin de mejorar de forma radical la producción de material, pero existía una renuencia generalizada a actuar. Y lo más importante de todo: durante la «Guerra de Broma»<sup>\*\*\*\*\*</sup> no hubo sensación de urgencia, como sí la había habido para los alemanes en 1917, cuando establecieron un mecanismo para cerrar o fusionar empresas ineficaces. Ni siquiera la perspectiva de una campaña lenta y sangrienta en el oeste fue un incentivo suficiente para emprender acciones decisivas.

<sup>\*\*\*\*\*</sup> La Guerra de Broma (tomado del francés *drôle de guerre*) es el período de la Segunda Guerra Mundial que va desde la declaración de guerra de Francia y Gran Bretaña contra Alemania el 3 de septiembre de 1939 y el comienzo de las hostilidades en el frente occidental el 10 de mayo de 1940. En este período, hubo movilización de tropas, pero ninguna operación bélica. (*N. del T.*).

Hubo un hombre que transformó por completo la situación al establecer

una estructura viable que hiciera posible un aumento significativo en la producción de armamento. Fritz Todt, un ingeniero especializado en construcción de carreteras, había sido nombrado Generalinspektor für das deutsche Strassenwesen o Inspector General de las Carreteras Alemanas inmediatamente después del nombramiento de Hitler como Canciller. En 1938 fundó la Organización Todt (OT), constituida con empresas gubernamentales, compañías privadas y el Reichsarbeitsdienst o Servicio de Trabajo Alemán. Este último era una organización auxiliar militar en la que todos los jóvenes debían prestar seis meses de servicio obligatorio. La tarea principal de la OT era construir el Muro Occidental o Línea Sigfrido que iba desde la frontera holandesa en Kleve a la frontera suiza en Weil am Rhein. Todt completó este gigantesco proyecto con excepcional rapidez y eficacia. Partiendo de su experiencia en la construcción de autopistas, creía firmemente en el principio de «autodeterminación industrial» (*Selbsverantwortung der Industrie*), en otras palabras, dejar que la industria privada tomase decisiones independientemente de un plan general. Era un sistema que había demostrado su eficacia bajo Walther Rathenau durante la Primera Guerra Mundial. El libre intercambio de información técnica, la división del trabajo entre diferentes fábricas, la racionalización y estandarización llevaba a doblar la producción utilizando la misma cantidad de plantas industriales y sin ningún aumento en los costes laborales. Se le aseguró a la industria que el sistema iba a limitarse estrictamente a la duración de la guerra.<sup>29</sup> De este modo, Todt ganó muchos amigos y partidarios en el sector privado. Al haberse unido al Partido Nazi en enero de 1922, era uno de los más antiguos «viejos guerreros» y era especialmente próximo a Hitler. Esto le confirió un poder y una influencia considerables dentro del partido.<sup>30</sup> También disfrutaba del respeto de sus compañeros de profesión.

En las primeras fases de la guerra, Todt utilizó su cercanía a Hitler para liberarse del control de los militares, asegurándose así que tendría suministros adecuados de mano de obra y materias primas para sus diferentes proyectos. Se alineó con los empresarios, gestores y técnicos que se mostraban críticos con las oficinas de aprovisionamiento militares, cuyos oficiales carecían a menudo del *know-how* técnico y cuyo entrenamiento militar les incapacitaba para desentrañar la extraña cultura del mundo de los negocios. Todt se quejó repetidamente ante Hitler de las oficinas de aprovisionamiento militares. Hitler, que ya estaba enzarzado en luchas con los militares por diversas

cuestiones, le prestó oídos. Pronto Todt consiguió ganar por la mano a Robert Ley, un alcohólico crónico y criminal antisemita que era el líder del Frente de Trabajo Alemán y Jefe de Organización del NSDAP. Intentó reforzar la influencia del partido sobre la industria, pero no fue rival para Todt en la lucha por el poder y la influencia que vino a continuación.<sup>31</sup> Hitler encomendó a Ley la tarea de formular un programa global de seguridad social que aliviaría gran parte de las dificultades de los «camaradas raciales» provocadas por los sacrificios en tiempos de guerra. Los ambiciosos esquemas de Ley alarmaron al sector empresarial, que consideraba sus ideas sospechosamente socialistas.

En febrero de 1940, Göring nombró a Todt Inspector General para Tareas Especiales en el Plan Cuatrienal o Generalinspektor für Sonderaufgaben im Vierjahresplan, con la misión de encontrar formas de ahorrar en metal.<sup>32</sup> Esto le proporcionó una influencia considerable sobre el programa armamentístico de los militares, pero, para poder consolidar su posición, necesitaba el pleno apoyo de Hitler. La situación era ventajosa. Los militares consideraban a Todt un maleante que estaba acaparando para sus proyectos constructivos unas materias primas que eran necesarias para el armamento, y exigieron que se redujeran a la mitad sus aprovisionamientos. Todt le dijo a Hitler que la sección del Muro Occidental que estaba construyendo cerca de Saarbrücken no podría completarse porque los militares se negaban a cooperar. Hitler, que en aquella época estaba obsesionado con las defensas y la artillería pesada, se indignó. Los alarmantes informes de que la industria armamentística francesa avanzaba a pasos agigantados le habían provocado el miedo de que su próxima ofensiva pudiera quedarse estancada, llegándose a una situación de guerra estática en la que los emplazamientos defensivos de Todt desempeñarían una función crítica. Hitler culpó al complicado aparato burocrático de la Oficina de Armamentos del Ejército por el pobre rendimiento del sector armamentístico. Comenzó entonces a pensar en la posibilidad de nombrar Ministro de Armamentos a un civil y se culpó por haber rechazado aquella idea el otoño anterior.<sup>33</sup> Cuando Keitel supo por Göring que Hitler estaba pensando en esos términos, sugirió que el futuro ministro debería estar dentro del OKW y que el general Thomas era claramente el hombre indicado para esa tarea; pero Hitler ya había tomado una decisión.

Keitel y Thomas se recuperaron rápidamente del impacto inicial ante la sugerencia de que Todt fuese nombrado Ministro de Armamentos.

Imaginaban ingenuamente que Todt se concentraría en los problemas técnicos de la producción, y que ellos podrían continuar absorbiendo gran parte de los recursos de la industria como les pareciese conveniente. Esperaban que Todt fuese enormemente respetuoso con sus necesidades y que cooperase estrechamente con las oficinas militares de abastecimiento. Por eso, se alarmaron enormemente cuando, en una reunión en la cancillería para discutir las funciones de un nuevo ministerio, se estableció que Todt no solo tendría la responsabilidad global sobre la producción de municiones, sino que también sería el responsable del desarrollo de armamentos. Las esperanzas de los militares de que Todt se viera obligado a trabajar hombro con hombro con ellos se difuminaron cuando Hitler ordenó que el nuevo ministro fuese absolutamente independiente.<sup>34</sup> Los militares se horrorizaron, los industriales se mostraron encantados. Todt se mostraba receptivo a las peticiones de los industriales para tener un mayor peso a la hora de decidir cómo se adjudicaban los contratos. Comprendió su lógica preocupación por la economía de escala y estuvo de acuerdo en reconsiderar cómo debían calcularse los beneficios. Prometió acabar con la congelación de precios y ofreció algún alivio fiscal.

Todt fue nombrado oficialmente Reichsminister für Bewaffnung und Munition o Ministro del Reich para el Armamento y la Munición el 17 de mayo de 1940, una semana después de que comenzase la campaña occidental. Era un título impresionante; pero, aunque era responsable de las municiones de los tres ejércitos, solo era responsable de las necesidades de armas del ejército de tierra, y únicamente hasta cierto punto. Era jefe de un ministerio pseudo-militar típico del Tercer Reich. Era, de hecho, más un comisariado que un ministerio en el sentido tradicional. Era una organización de gestión, dirigida por una figura carismática, cuyo poder ejecutivo no se veía limitado por la práctica burocrática o la normativa legal, sino que dependía de su habilidad para hacer cumplir sus decisiones mediante decretos firmados por Hitler y su capacidad para ser más listo que sus rivales dentro de la estructura jerárquica. Igual que el Plan Cuatrienal o que Himmler como Comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Raza Alemana, era un ejemplo del «liderazgo principal» nacionalsocialista en acción.<sup>35</sup> Tras las debidas consultas, la industria presentó a Todt una lista de sus principales preocupaciones: relajación de los controles de precios, mayor libertad en el sistema de concesión de contratos y la canalización de más recursos para las empresas más grandes. De este modo, el Ministerio de Armamentos

estableció desde el primer momento una relación muy estrecha con la industria pesada y se mostró dispuesto a hacer grandes concesiones a sus demandas.<sup>36</sup>

Todt no tenía tiempo para la idea de los militares de que la industria debería cumplir con su deber soldadesco por el Führer y la patria. Estaba de acuerdo con los industriales en que era el beneficio lo que motivaba a emprender aventuras empresariales y que un sentido de obligación patriótica no era una alternativa viable; pero no quiso abolir todas las formas de control de precios. Adoptó un sistema que había resultado eficaz durante la construcción del Muro Occidental. Allí donde fuera posible, los precios fijados a un nivel razonable concedieron a las empresas espacio para racionalizar y aumentar los beneficios, pero los industriales tuvieron que esperar a que Speer tomase posesión del cargo para que el beneficio se convirtiese en la motivación prioritaria.<sup>37</sup>

Los industriales se valieron de su considerable influencia para asegurarse el modo en el que se adjudicaban los contratos. El sistema se había vuelto desesperadamente ineficaz porque el OKW y la Oficina de Armamentos del Ejército solían llevarse a matar. Todt apoyó la propuesta del Grupo Industrial del Reich para que se descentralizase el procedimiento, con grupos de trabajo procedentes de diferentes sectores manufactureros decidiendo cómo asignar de la mejor manera los pedidos de los militares. También respaldó la petición de la industria para tener mayor voz y voto en la investigación y el desarrollo. La Asociación Profesional de la Industria del Hierro y del Metal (Fachgemeinschaft Eisen und Metallindustrie) estableció un Consejo Asesor de Municiones (Munitionsbeirat) en Berlín que coordinaba los esfuerzos de los comités de municiones regionales. El general Karl Beck, como jefe de la Oficina de Armas del Ejército, realizó un esfuerzo desesperado por contrarrestar estas medidas y reafirmar la primacía de los militares. Hitler se mostró receptivo ante las propuestas de Beck, pero cuando Erich «cañón» Müller, jefe del desarrollo de artillería en Friedrich Krupp AG, tuvo noticia de esto, le dijo sin rodeos a Hitler que la industria no quería que los militares interfiriesen en sus asuntos y le habló indignado de ciertos problemas en el hogar de Becker. Se le informó por teléfono a Becker no solo de que Hitler había cambiado de opinión, sino también de que había sido difamado. Aquella fue la gota que colmó el vaso de un hombre que sufría de largos períodos de depresión y al que culpaban por todos los cuellos de botella en la producción de munición. Su suicidio en su hogar berlinés el 8 de abril de

1940 simbolizó la victoria de los industriales sobre los militares, pero, aunque habían ganado una batalla, todavía no habían ganado la guerra.<sup>38</sup> Becker recibió un funeral de estado al que asistió Hitler.

La muerte de Becker no resolvió los problemas de Todt con la Oficina de Armamentos del Ejército. Su sucesor, el general Emil Leeb, estaba decidido a resistir ante los intentos de Todt por asegurar la primacía de la industria. Rogó al general Thomas que hiciera todo lo que pudiera por librarse del Ministerio de Armamentos y asegurarse de que la toma de decisiones y adjudicación estuviera de acuerdo con los deseos de los militares y no de la industria.<sup>39</sup> Por su parte, Thomas comenzó a imaginar que él y Todt no se encontraban tan alejados. Estaban de acuerdo en que el OKW se interponía en una planificación eficaz y que cada uno de los tres ejércitos debería ser tratado de manera independiente. Se decidió que se crearía un comité que coordinase las solicitudes del Ejército de Tierra, la Armada y la Luftwaffe y que posteriormente las discutiera con los representantes de la industria. El general Thomas lo presidiría.<sup>40</sup>

Todt, dándose cuenta de que, de ese modo, Thomas y los militares obtendrían demasiado poder, se apresuró a sugerir un acuerdo alternativo mediante el cual debería formarse un nuevo comité de planificación. Era sorprendentemente similar al que ya se había aprobado. La única diferencia significativa era que Todt, y no Thomas, sería quien lo presidiera. Nada de esto resolvía el problema fundamental de que el comité carecía de poder ejecutivo. Sencillamente podía remitir sus desideratas a Hitler o Göring. Keitel, que se oponía a la buena voluntad de Thomas para poner a expertos militares a disposición del ministro, respondió ferozmente a la iniciativa de Todt. Instó a Thomas a trabajar juntos con Göring, que también consideraba a Todt un rival peligroso. La principal preocupación de Thomas era ahora preservar el poder e influencia de su cargo. Todt, a diferencia de su sucesor Speer, consideraba a Thomas más un aliado potencial que un rival. Thomas, a su vez, empeñado en seguir debilitando la influencia del Ministerio de Economía, veía a Göring como un cómplice útil.

En las primeras fases, el ministerio de Todt consistió simplemente en tres de sus más estrechos colaboradores: Karl-Otto Saur, un ingeniero que era su mano derecha en el OT y hombre de carácter excepcionalmente enérgico; el arquitecto Eduard Schönleben y Günter Schulze-Fielitz, un ingeniero civil. Inevitablemente, el ministerio fue creciendo, pero para finales de 1940 solo consistía en cincuenta personas —algo minúsculo en comparación con la

Oficina de Armamentos del Ejército, con cinco mil, o el personal de Thomas, con quinientos. Si el ministerio quería ser eficaz, tenía que librarse de esta maraña burocrática, las indistintas estructuras de mando y las luchas entre los militares, el Plan Cuatrienal, el partido y los industriales. Luego, debía tener poder ejecutivo. Todt quería asegurarse de que los industriales estuvieran completamente integrados en el proceso de toma de decisiones. Estaba decidido a resistir cualquier intento de militarizar la economía o de establecer una economía de mandos burocratizados. Así pues, estaba condenado a toparse con una considerable oposición por parte de los militares y del partido.

La rápida victoria sobre Francia arrojó todo el sistema a una completa confusión. La planificación se había llevado a cabo sobre la presunción de que sería una campaña lenta que podría acabar desembocando en una guerra de posiciones. Ahora, en su euforia por su rápida victoria, Hitler volvió su atención una vez más a sus proyectos monumentales en Berlín. Se desviaron recursos desde los armamentos a estos monumentos faraónicos; pero esto no significó que hubiera un regreso a la economía de tiempos de paz. La guerra iba a continuar, aunque se imaginaba que Gran Bretaña arrojaría pronto la toalla. Asumiendo que su campaña contra la Unión Soviética tendría como resultado otra rápida victoria, Hitler le dijo a Keitel que sería «un juego de niños».<sup>41</sup> Por lo que se refería al armamento, se hizo hincapié en los tanques y en la infantería motorizada para la campaña en el este, mientras que la Luftwaffe y la Armada se prepararían para las operaciones contra Gran Bretaña.

El ministerio de Todt estaba totalmente a oscuras por lo que se refería a los planes de Hitler para el futuro. Se asumía generalmente que la guerra terminaría pronto. Hitler ordenó durante un breve período de tiempo un cierto grado de desmovilización industrial para poder aumentar la fabricación de bienes de consumo. La directiva fue anulada poco después, pero la industria armamentística se vio muy alterada por aquello. Funk intentó reducir el peso del impuesto de tiempos de guerra tanto sobre el capital como sobre la mano de obra. Robert Ley prometió que su Frente de Trabajo Alemán introduciría amplias reformas para el bienestar de la población trabajadora como un paso hacia la creación de una «comunidad racial» (*Volksgemeinschaft*) genuina — una iniciativa que las altas esferas contemplaron con considerable alarma. La industria, temiendo una confrontación con el partido, consideró que sería adecuado tratar con prudencia a la fuerza de trabajo. De este modo dejó de

resultar vinculante el acuerdo entre los militares y la industria en el sentido de que los trabajadores debían ser sometidos a una severa disciplina y explotados al máximo.<sup>42</sup>

En este período de confusión, las diferentes armas del Ejército compitieron entre ellas con renovado vigor. La Marina exigía la concentración de recursos en la construcción de los submarinos. Göring insistía en que la Luftwaffe debería constituir la prioridad absoluta. El Ejército de Tierra ponía el énfasis en los tanques y en los transportes de tropas. Había un acuerdo general en que, en aquel momento, las armas deberían tener preferencia sobre la munición, un indicio de que se pretendía que la siguiente campaña fuese breve y rápida. Hitler decidió entonces que Gran Bretaña, que se había negado con testarudez a admitir la derrota, sería el siguiente objetivo. Acto seguido, el OKW ordenó que se diera satisfacción a las exigencias de las tres armas. Cada una enumeraría sus prioridades.

Todt quedó apartado, a la espera del resultado de estas luchas internas. Se daba cuenta de que los militares iban a intentar socavar su posición, por lo que reforzó sus vínculos con la industria. Creó un Comité para la Producción de Tanques bajo la capaz presidencia de Walther Rohland, de Aceros Unidos (*Vereinigte Stahlwerke*), quien, como «Panzer» Rohland pronto representaría un papel crucial en el Ministerio de Armamentos, arrancándole al Ejército el control sobre la producción de tanques. Todt aprovechó la oportunidad que se le ofrecía al cambiar el énfasis de las municiones a las armas para reforzar su posición contra el OKW. La intención de Todt era que sus Comités de Armamentos locales (*Rüstungsausschüssen*) cooperasen con los cuerpos locales de la Oficina de Armamentos del Ejército, ignorando de este modo a los Inspectores de Armamentos del OKW (*Rüstungsinspektoren*). «Panzer» Rohland prestó a Todt su enérgico apoyo con su apodíctica declaración de que «la autodeterminación industrial es más eficaz que los cupos. Los cupos significan la muerte de la industria».<sup>43</sup> Por el momento, esas esperanzas no se podían cumplir. La industria armamentística continuaba bajo control militar, pero las divisiones y rivalidades dentro de las tres armas seguían haciéndolos vulnerables a un ataque decidido por la primacía. El problema básico era que el Tratado de Versalles había prohibido a Alemania producir una amplia gama de armas. Por lo tanto, durante la República de Weimar debieron ser fabricadas de manera clandestina. Puesto que esto no podía llevarse a cabo mediante la industria privada, se había desarrollado una pomposa burocracia militar para supervisar la producción de armamento. Todo esto hacía que

resultase más difícil delegar la responsabilidad en el sector privado.<sup>44</sup>

Sin embargo, pese a todos los defectos, rivalidades, incertidumbres y falta de planificación coherente, los logros de las industrias armamentísticas alemanas en los primeros siete meses de 1940 fueron verdaderamente asombrosos. Entre principios de enero y finales de julio se dobló la producción. Nada durante el tiempo que pasó Speer en el cargo igualaría estas cifras. En un esfuerzo concertado de todas las partes implicadas, se había logrado lo que parecía imposible. Las cifras sugieren que quizás los oficiales de las oficinas de aprovisionamiento del ejército que tantas críticas recibieron no lo hicieron tan mal.<sup>45</sup> Especialmente impresionantes fueron las cifras de municiones y de aviones de primera línea, el más destacado de los cuales era el bombardero bimotor Junkers Ju88, concebido para sacar a Gran Bretaña de la guerra.<sup>46</sup> La razón básica de este éxito fue el enorme aumento en la adjudicación de metales a las industrias de armamento una vez comenzó la guerra. Después de todo, se tardaban seis meses en transformar las materias primas en un aeroplano.

En agosto de 1940, el general Fromm, Jefe de Armamentos del Ejército, hizo públicas las órdenes para la futura invasión de la Unión Soviética. El Plan B de Armamentos requería que en el plazo de seis meses se le suministrase un equipamiento mínimo a un ejército de 180 divisiones. Debería estar completamente equipado en tres años.<sup>47</sup> Este es un documento verdaderamente asombroso. Alemania pretendía atacar a unas fuerzas numéricamente superiores, con unos recursos mucho mayores y que contaban con la ventaja de un espacio gigantesco, con un ejército mínimamente equipado y un apoyo logístico inadecuado. No solo iba a lanzar una gran campaña sin que la industria armamentística estuviera trabajando a toda máquina, sino que iba a hacerlo con un sistema que, por común acuerdo, era desesperadamente ineficaz, pese a que los números pareciesen impresionantes. Desde el lado de los militares, los inspectores de armamentos se quejaban de la duplicación de trabajos en una burocracia hinchada. Refiriéndose tanto al Ministerio de Economía como al Plan Cuatrienal, Hans Kerl lamentó que hubiera varios cuerpos civiles y militares «opuestos, yuxtapuestos, interpuestos y sobrepuestos».<sup>48</sup> Consideraba que la burocracia militar era «holgazana, acomodaticia e indolente».<sup>49</sup>

La desesperante confusión y una falta de una dirección clara en el sector armamentístico se agravaban por el hecho de que la Alemania nazi carecía de gobierno central. Hitler trazaba ambiciosas líneas maestras, el OKW parecía

incapaz de proporcionar planes claros y establecer prioridades, los civiles eran incapaces de hacerse valer y los industriales estaban frustrados por los constantes cambios de opinión en las órdenes que recibían. En nombre de la Oficina de Armamentos del Ejército, el general Leeb declaró que todo el sistema era un «revoltijo» (*Planungswirrwarr*) y se quejó de que el personal de planificación de Todt había estado adormecido (*sanft eingeschlafen*). Funk, que carecía de una comprensión real de la economía, pero que tenía una modesta competencia en política monetaria, se concentró en sus obligaciones como presidente del Reichsbank. Dejó la política económica en manos de su Secretario de Estado Friedrich Landfried, un hombre al que Kehrl consideraba un trabajador eficiente, pero lento y sin imaginación.<sup>50</sup>

Las exigencias para el Ejército —incluso para los requerimientos mínimos especificados en el Plan B de Armamentos— eran tales que la Armada fue incapaz de construir el número de submarinos que necesitaba para la campaña en el Atlántico. La producción de aviones se estancó. Las materias primas, gracias a la despiadada explotación de los recursos de la Europa ocupada, apenas eran un problema. La desesperante confusión y la esclerosis burocráticas eran los mayores obstáculos para un programa de armamentos eficaz. Todt reforzó gradualmente su posición, primero prestando todo su apoyo a «Panzer» Rohland y concediendo a su Comité de Tanques mayores responsabilidades. A continuación, creó un análogo Comité Especial X bajo el mando de «Cañón» Müller —otro de los íntimos de Hitler— para ocuparse del armamento. Las iniciativas de Todt provocaron una gran alarma en la Oficina de Armamentos del Ejército y en el OKW. El general Thomas se volvió entonces hacia Göring en busca de apoyo frente a los intentos de Todt de hacerse con el control de su Oficina de Economía de Defensa y Armamentos.

En noviembre de 1940, Hitler ordenó al Ejército que informase sobre sus preparativos para la ofensiva en el este. Los resultados fueron alarmantes: no se habían alcanzado las metas fijadas por el programa de mínimos. Hubo una leve mejora durante los meses siguientes, pero Hitler siguió sin querer oír hablar de los serios problemas de la economía de guerra. En su opinión, si no se disponía de los recursos para construir suficientes plantas de hidrogenación para producir combustible sintético, entonces Alemania debería apropiarse de los pozos de petróleo del Cáucaso. Para que esto fuera posible, había que dar prioridad al Ejército. Esto reforzó la posición de Todt, porque para ese momento él y «Panzer» Rohland se habían hecho con el

control casi absoluto sobre la producción del arma más importante de la próxima campaña. Así pues, Alemania se encontraba en la difícil posición de planificar una campaña con medios inadecuados a fin de superar los defectos dentro del programa armamentístico. Poco debe sorprender que varias figuras prominentes fuesen incómodamente conscientes de esta contradicción, pero que ninguna se atreviera a enfrentarse al dictador.

La industria armamentística seguía funcionando muy por debajo de su capacidad, incluso si se utilizaban las cifras basadas en la producción diaria de un solo turno. Aún así, ya había una importante escasez en el sector de consumo. Las raciones de alimentos se redujeron el 1 de mayo de 1941. Esto provocó una impresión generalizada de que el país había alcanzado un punto muerto económico. La moral civil se hundió rápidamente y pocos dieron crédito a las fanfarronadas de Goebbels asegurando que Alemania estaba suficientemente armada para cubrir todas las eventualidades.<sup>51</sup>

En algunos momentos, parecía que Hitler se había dado cuenta de que la economía se sostenía sobre cimientos poco sólidos. En junio de 1941 le dijo a Goebbels que necesitaba el grano ucraniano para alimentar a la población, y también la mano de obra de la Unión Soviética para construir las armas que iba a necesitar contra los Estados Unidos. Con el Ejército Rojo apiñado cerca de la frontera y con las superiores armas alemanas, se mostraba confiado en que la campaña habría terminado en unos pocos meses. Goebbels creía que sería aún más breve.<sup>52</sup> Hitler le dijo a Todt que era «mejor y más barato» apropiarse de las materias primas mediante conquista que construir la planta que Carl Krauch estaba exigiendo para la producción de combustible sintético y caucho. De ese modo, olvidaba que seis semanas antes había ordenado una concentración de materiales básicos a expensas de la industria armamentística.<sup>53</sup> El gran tahúr imaginaba que podría destruir a la Unión Soviética en una rápida campaña, resolviendo de ese modo todas las dificultades inmediatas de Alemania y preparándose entonces para el siguiente asalto. Permanecía abierta la cuestión de si las Fuerzas Armadas se sentían con ánimos para llevar a cabo el trabajo. Muchos oficiales de alta graduación dudaban que así fuera.

Para finales de junio de 1941, aunque el ejército alemán estaba avanzando rápidamente en el este, el general Thomas se dio cuenta, alarmado, de que Alemania se encontraba en serias dificultades. Se habían cometido errores muy graves. Se había asumido que Gran Bretaña y Francia permanecerían neutrales en 1939. En 1940, se esperaba que Gran Bretaña negociase el fin de

la guerra. Ahora, los británicos, con el aumento de la ayuda estadounidense, esperaban jugando con el tiempo a favor, y se preparaban para desgastar a una Alemania que ya se veía afectada por el bloqueo naval y a la que pronto afectaría una ofensiva de bombardeos a gran escala. Por lo tanto, habían tomado una decisión pensando en términos de una larga guerra de desgaste.<sup>54</sup>

En julio de ese año, un informe del general Thomas y de Udet advertía que, para la primavera siguiente, Gran Bretaña y Estados Unidos dispondrían de una superioridad cada vez mayor sobre el Eje. Friedrich Siebel, el ingeniero a cargo de la fábrica propiedad del Ministerio del Aire en Halle, también redactó un informe sobre la industria aeronáutica norteamericana que Udet presentó a Hitler. En él se demostraba que los americanos estaban fabricando el doble o el triple de aviones que los alemanes y que su tecnología era mucho más avanzada. A Hitler aquello no le impresionó en absoluto. Le dijo a Udet: «Lo que usted ha escrito aquí está muy bien. Puede que estos caballeros tengan razón, pero yo ya tengo la victoria en el bolsillo».<sup>55</sup> Hitler estaba de acuerdo con Udet y Göring en que el poderío aéreo sería fundamental en las futuras campañas, pero la prioridad que se le concedía a la Luftwaffe se veía comprometida por otros proyectos favoritos de Hitler, como el tanque pesado Tiger, que recibió la calificación de «urgente». Las exigencias formuladas a la industria armamentística estaban fuera de toda proporción respecto a su capacidad, mientras que la productividad seguía disminuyendo constantemente debido a la pobre nutrición y las prolongadas jornadas laborales. Aumentar la productividad mediante la innovación tecnológica era casi imposible debido a la escasez de herramientas, ya que las Fuerzas Armadas acaparaban todos los recursos. La racionalización y la centralización se veían entorpecidas por las fuertes objeciones políticas a la idea de cerrar los pequeños negocios. Allí donde se llevaba a cabo esta medida, solía resultar contraproducente.

Hitler continuó insistiendo en que la victoria en la Unión Soviética era inminente y que con ella se superarían todos los obstáculos que sufría la economía. El general Thomas no se mostraba tan confiado. Pensaba que cualquier ganancia que se hiciera gracias a la ocupación de la parte occidental de la Unión Soviética se vería compensada por la exportación de armamento americano.<sup>56</sup> Hitler no se mostró impresionado. Consideraba que las armas norteamericanas eran de pobre calidad. En su opinión, las armas alemanas eran de una calidad tan superior que eliminaban la ventaja numérica del enemigo. Speer se convencería pronto de que aquello era cierto y lo

convertiría en *leitmotiv* de sus declaraciones públicas.

En diciembre de 1941, la Oficina de Armamentos del Ejército publicó sus estimaciones para el ejército durante el año siguiente.<sup>57</sup> Era una lectura alarmante. En el primer cuatrimestre, se fabricaría un 60 por ciento menos de vehículos a motor. Habría una grave escasez de instrumentos ópticos. La producción de munición, con la excepción de la de los tanques y las armas anti-tanque, quedaría agotada. Se produciría un 30 por ciento menos de tanques, a pesar de que se les había concedido una prioridad máxima. Varios proyectos de investigación, como el programa de cohetes en Peenemünde, se reducirían debido a la crónica escasez de metales no ferrosos. Un informe similar de Erich Raeder mostraba que la Armada quedaría paralizada sin un aumento considerable en la cantidad de materias primas que se le adjudicaban. La situación se volvió todavía peor cuando Hitler prometió a los rumanos que equiparía entre diez y quince divisiones a cambio de garantizarse el suministro de petróleo. Esto impulsó a los húngaros a pedir a Hitler el regalo de una división de blindados como recompensa por su apoyo a Alemania en la Unión Soviética. Hitler ignoró las advertencias. Le dijo a Goebbels que había conquistado suficiente territorio en el este, y que lo importante ahora era organizar la esfera de influencia alemana de modo tan eficaz que la victoria no se viera comprometida.<sup>58</sup>

Cuando Hitler se nombró a sí mismo Comandante en Jefe del Ejército en diciembre de 1941, el general Fromm, que recientemente había estado hablando de la urgente necesidad de acabar la guerra, sintió que podía librarse del general Thomas y del OKW y apelar directamente al Führer, de manera que el Ejército de Tierra, igual que la Armada y la Luftwaffe, pudiera actuar de manera independiente en lo que tocaba a armamentos. Aquello no le preocupó a Thomas; se concentraba en apuntalar su posición argumentando que había que solucionar la cuestión de la adjudicación de recursos a cada una de las armas, y que los militares tenían que hacer frente a Todt, cuya influencia era cada vez mayor.<sup>59</sup> Había un acuerdo general en que, con la Operación Barbarroja en ruinas, se debía conceder prioridad absoluta al Ejército de Tierra, para poder crear nuevas divisiones que permitiesen una continuación de la ofensiva durante 1942. Aunque los Estados Unidos ya habían entrado en la guerra, la Armada debería ahorrar. Solo continuaría adelante el programa de submarinos; los otros proyectos se abandonarían. La Luftwaffe también hubo de sacrificarse. Thomas asumía que estas medidas continuarían en vigor hasta bien entrado 1943.<sup>60</sup>

Hitler no estaba de acuerdo. Tras recuperarse de un breve episodio de depresión y melancolía, predijo confiado que la campaña en la Unión Soviética concluiría de manera victoriosa en 1942. Entonces se concentrarían todos los esfuerzos en combatir a británicos y norteamericanos. Aquello significaba que la Armada y la Luftwaffe se verían favorecidos a expensas del Ejército de Tierra. Una vez más, los planificadores tuvieron que hacer frente a la dificultad de cuadrar la necesidad de una agenda a largo plazo con cambios o prioridades a corto plazo. Por el momento, cada arma del Ejército tenía que hacer simplemente lo mejor que pudiera. Para Erhard Milch y la Luftwaffe, esto significaba racionalización para hacer más con menos. Sus expertos estimaban que con esos medios la producción podía aumentar hasta un 50 por ciento. El peligro para Thomas seguía siendo que el insaciable apetito del general Fromm acabara condenando tanto a la Armada como a la Luftwaffe a morir por falta de recursos. De ese modo, el Ministerio de Armamentos y la Oficina de Armamentos del Ejército se reforzarían enormemente a expensas de la Oficina de Economía de Defensa y Armamentos de Thomas.

Hitler había ordenado que el ejército del frente oriental estuviera refrescado y reforzado para el 1 de mayo de 1942, pero el general Fromm se vio obligado a admitir que eso no era posible. Informó a Hitler de que había que elegir entre refrescar el ejército existente —aunque fuese imposible devolverle el vigor que tenía al comienzo de la Operación Barbarroja— o armar unidades absolutamente nuevas, dejando a las formaciones ya existentes seriamente debilitadas.<sup>61</sup> El OKW, igual que Hitler, prefería la segunda alternativa, que era la única forma de que fuera posible emprender nuevas operaciones pese a que, durante cierto tiempo, al menos el ejército del este carecería de todo tipo de material. Fromm advirtió que esto significaría que el ejército reanudaría las operaciones en 1942 sin contar con ninguna reserva; además, resultaría imposible crear ninguna reserva tampoco en 1943. Culpano al OKW por la mala gestión de la adjudicación de las materias primas, se solicitó un gran cambio en la política de armamentos. Thomas había propuesto recortar en un 40 por ciento las adjudicaciones del Ejército de Tierra durante el tercer cuatrimestre de 1942 para satisfacer las peticiones de la Luftwaffe y la Armada. Esto haría imposible que el Ejército de Tierra recibiera suministros de manera adecuada. El general Fromm también culpó a Thomas por resistirse a la petición del ejército de que se alistase a los trabajadores de la industria armamentística y que fueran sustituidos por

prisioneros de guerra. El general Franz Halder, el jefe de personal del ejército, concedió todo su apoyo a Fromm, diciendo que era el momento de «dar algo de vida al conjunto», pero Hitler ignoró el llamamiento de Fromm. Seguía teniendo fe en Keitel, que no era dado a realizar declaraciones tan pesimistas. Afirmó con audacia que Todt se aseguraría de que la producción funcionase de manera eficaz.<sup>62</sup>

Todt instruyó hábilmente a Hitler sobre los grandes problemas a los que se enfrentaba la economía de guerra. La industria alemana se basaba en el carbón y, por lo tanto, había que aumentar considerablemente su producción. En ningún lugar trabajaba la industria a niveles cercanos a la plena capacidad, por lo que había que prestar atención a la asignación racional de la mano de obra y materias primas. Allí donde fuera posible, las fábricas deberían emplear dos o tres turnos. Había que centralizar la industria para aumentar la eficacia y reducir la presión sobre un sistema de transporte sobrecargado de impuestos. La producción en masa debía reemplazar a la tradicional artesanía alemana, que era una pérdida de tiempo y resultaba inútil. El 13 de enero de 1941, Todt le dijo al Consejo General del Grupo Industrial del Reich que el revés de Moscú significaba que había que aumentar enormemente la producción de armamentos. Wilhelm Zangen, el presidente del grupo, respondió citando a Federico el Grande: «Las batallas se ganan con bayonetas; las guerras solo pueden ganarse mediante la economía».<sup>63</sup>

El 7 de febrero de 1942, Todt fue al cuartel general de Hitler en los bosques masurianos cerca de Rastenburg (Kętrzyn), en Prusia Oriental, decidido a obtener su apoyo para la reorganización de la economía de guerra. Hitler aprobó sus planes para fijar precios, la expansión de sus comités y una disminución de la influencia de los militares, en particular de la Oficina de Armamentos del Ejército. Hubo una acalorada discusión sobre las ideas opuestas de Goebbels y Ley, con Hitler de acuerdo con las opiniones del Ministro de Propaganda tan solo unas horas después de la llegada de Todt. La otra cuestión espinosa era si Todt podría ser independiente de Göring, de quien se había distanciado cada vez más. Göring había entregado a Werner Mansfeld, un subsecretario del Ministerio de Trabajo y vicedirector de trabajo del Plan Cuatrienal, poderes plenipotenciarios sobre la adjudicación de la mano de obra. Se trataba de un desafío directo contra Todt, a quien Hitler ya había entregado el control sobre el empleo de los prisioneros de guerra soviéticos, y que quería extender su poder hasta incluir todas las fuentes de mano de obra. El OKW, a su vez, estaba decidido a frustrar el

intento de Todt para hacerse con el poder sobre toda la fuerza de trabajo. Hitler se mostró, como de costumbre, poco deseoso de tomar una decisión en esta cuestión clave y la entrevista acabó con una desagradable y frustrante nota.

Hitler exigió entonces ver a Speer, que se encontraba en el cuartel general para informar sobre su reciente inspección de operaciones constructivas en Ucrania, para discutir la reconstrucción de Berlín. Era la una de la madrugada. Hitler estaba cansado y de mal humor, pero pronto se animó mientras Speer le informaba sobre los progresos en Berlín. La entrevista terminó a las tres. En vista de la hora tan tardía, Speer canceló su vuelo a primera hora de la mañana con Todt.

Después de un breve sueño, Todt embarcó en el avión al amanecer para volar de vuelta a Berlín. Unos pocos segundos después del despegue, viró hacia la izquierda como si intentase un aterrizaje de emergencia. Luego explotó. Todas las personas que iban a bordo murieron. «Panzer» Rohland estaba convencido de que las SS, probablemente alentadas por Hitler, habían asesinado a Todt. No hay pruebas que apoyen esta opinión, pero el mero hecho de que circularan semejantes rumores es un indicio de las tensiones y presiones dentro de la cúpula nazi tras el desastroso fracaso de Barbarroja y con la declaración de guerra de los Estados Unidos.<sup>64</sup>

Speer ofrece varios relatos diferentes sobre la muerte de Todt.<sup>65</sup> En el borrador de 1953 para sus memorias, escribió: «Inmediatamente después del accidente, Hitler ordenó a Milch investigar las causas. Sospechaba que había algo extraño en él». En el borrador de 1967 cambió a: «Siguiendo órdenes de Hitler —puesto que sospechaba que había algo extraño en el accidente— el Ministerio del Aire emprendió una investigación para saber si el accidente de mi predecesor podía haberse debido a un sabotaje... Llegaron a la conclusión de que podía excluirse el sabotaje». A este pasaje le siguen las observaciones finales de la comisión investigadora del Ministerio del Aire. «A juzgar por el examen de los restos, parece sin duda razonable suponer que el avión (que, según la investigación, tenía un mecanismo de autodestrucción) explotó a baja altitud. ¿Pero cómo, por quién y debido a qué se activó el mecanismo? Es una pregunta que permite la libertad de cualquier especulación, que, sin embargo, será pura fantasía».

En el cuarto y último borrador de sus memorias en 1968 esto cambia de nuevo para leerse lo siguiente: «Hitler parecía tratar la muerte de Todt con la calma estoica de un hombre que debe reconocer estos incidentes como parte

de un cuadro general... [Hitler] pensaba que era un acto exitoso del servicio secreto de nuestros enemigos. Pero, entonces, resulta dudoso que me hubiera expresado una mera conjetura». En la versión alemana esto cambió a: «Pensaba que era un exitoso golpe de los servicios secretos». No queda claro si se refiere a los británicos, los americanos, los soviéticos o los propios. La versión inglesa es bastante diferente: «iba a hacer que los servicios secretos investigasen el asunto».

El aparato, un Heinkel 111 transformado para uso de pasajeros, había sido puesto a disposición de Todt por el mariscal de campo Hugo Sperrle, porque su propio aparato estaba siendo reparado. Se dijo que, como todos los aparatos de mensajería, estaba equipado con un mecanismo de autodestrucción que se accionaba mediante una palanca que se encontraba junto al asiento del piloto. Poco después del accidente, el hijo de Todt, piloto de dieciocho años, fue capaz de demostrar que el avión no estaba equipado con aquel mecanismo. Nicolaus von Below, ayudante de Hitler en la Luftwaffe, no menciona ese mecanismo en su relato del accidente. Escribe, sin embargo, que hubo una discusión con Todt porque Hitler había emitido una orden para que sus jefes principales no volasen en aviones bimotores. Todt estaba furioso y le dijo que se metiera en sus propios asuntos.

Es imposible saber la verdadera causa del accidente, igual que nunca sabremos qué le dijo Hitler a Speer aquella noche después de que Todt se fuera a la cama. ¿Le convenció para que no tomara el mismo avión que Todt? ¿Había decidido ya sustituir al pesimista Todt por su fiel vasallo Speer?

## 5. MINISTRO DE ARMAMENTOS

La violenta muerte de Todt en circunstancias algo sospechosas dio lugar a multitud de rumores. Una investigación oficial descartó el sabotaje y sospechaba que el piloto había accionado por error el mecanismo de autodestrucción; pero aquello no fue suficiente para acallar el silencio de los teóricos de la conspiración, que se apresuraron a señalar que Hitler había prohibido cualquier discusión sobre las circunstancias de la muerte de Todt. Era la tercera muerte violenta en el escalón superior de la industria armamentística, tras los suicidios del general Karl Becker en 1940 y de Udet en 1941.<sup>1</sup> Después de la guerra, «Panzer» Rohland declaró que Todt había llegado a la conclusión de que la guerra estaba perdida y animó a Hitler a ponerle fin. No hay pruebas que apoyen este intento de presentar a Todt, y por implicación a su sucesor, como uno de los resistentes.<sup>2</sup> Tanto Todt como Rohland sabían que la situación era precaria y Hans Kehrl estaba completamente de acuerdo, pero lo atribuían en gran medida al caos organizativo dentro de la industria armamentística y a las reticencias de Hitler para emprender acciones decisivas. Aunque hubiera diferencias fundamentales con los funcionarios del partido, Todt era un apasionado nacionalsocialista, de una lealtad perruna hacia su Führer. Hitler tenía plena confianza en él y estaba de acuerdo con su plan para garantizar a su ministerio y a los industriales una autoridad conjunta sobre la industria armamentística, pero el problema era que aquello implicaría cortar las alas de varios de sus principales sátrapas, Göring, Keitel, Goebbels, Funk y Ley entre otros.<sup>3</sup>

La dramática muerte de Todt supuso el impulso para que Hitler superase su resistencia a actuar. Göring voló a la Guarida del Lobo —como era conocido el cuartel general de Hitler cerca de Rastenburg— tan pronto como tuvo noticia de la muerte de Todt, con la esperanza de que Hitler estaría de acuerdo en que el Plan Cuatrienal se hiciera cargo del Ministerio de Armamentos. Para gran disgusto, descubrió que Hitler ya había nombrado al favorito de la corte, Speer, como sucesor de Todt. No fue una elección

sorprendente. Hitler tenía una relación muy estrecha con su arquitecto y podía contar con su inquebrantable lealtad. Speer ya tenía suficiente experiencia para aspirar a ese cargo. Era responsable de todas las construcciones en la industria aeronáutica. Había organizado la reparación de la red de ferrocarril y estaba construyendo carreteras en la Unión Soviética. Había trabajado hombro con hombro con el general Friedrich Fromm, jefe del Ejército de Reserva y oficial responsable de los armamentos. Había construido una planta especial en Dessau para los bombarderos de medio alcance Junker, los Ju 87 Stuka. Era conocido por ser un organizador diligente y un líder convincente. A diferencia de Todt, Speer no sería un incómodo portador de malas noticias ni intentaría dar lecciones a Hitler sobre lo que se debía hacer. Era un joven enérgico al que todavía no habían desgastado las luchas burocráticas intestinas ni los pulsos por las áreas de competencia. A diferencia de otros grandes del régimen nazi, no tenía base de poder. Incluso en la cima de su éxito e influencia, peleó por encima de su categoría cuando se enfrentó a Goebbels, Himmler o Bormann, A Hitler le gustaba el hecho de que, igual que Todt, careciera de experiencia en el campo de los armamentos. Detestaba a los expertos, a quienes veía como sabihondos discutidores que a veces se atrevían incluso a llevarle la contraria. Por encima de todo, consideraba a Speer un vasallo fiel que jamás osaría salirse de la línea marcada.

En su primera alocución como ministro, Speer declaró que «hasta hace muy poco, he vivido en un mundo de ideales». Siempre salía a relucir la misma canción, presentándose como un sencillo arquitecto que, de repente, se veía empujado a la industria armamentística, un artista que, de la noche a la mañana, tenía que transformarse en un tecnócrata. Utilizó esta línea de defensa en Núremberg para ocultar de ese modo los aspectos más sórdidos de su carrera. Mientras que el *Baustab Speer* se ocupaba en construir autopistas y campos de trabajo en la Unión Soviética, el *Transportstandarte Speer* entregaba suministros a las unidades de primera línea de frente de la Luftwaffe. En preparación de la Operación Barbarroja, la unidad se amplió hasta tres regimientos para formar la NSKK Brigada de Transporte Speer que ofrecía apoyo logístico para la ofensiva. Pronto, la organización se amplió hasta los diez regimientos.<sup>4</sup> El 20 de octubre de 1941 se formó en Settin una unidad especial del Regimiento de Transporte Speer para ser enviada al norte de África. Otra unidad se hizo responsable del aprovisionamiento de la Luftwaffe en el norte de África y Creta. En diciembre de 1939 había 54.000

trabajadores en el Cuerpo de Edificaciones. Esta cifra aumentó hasta los 92.000 en septiembre de 1940 y a 98.000 en octubre de 1941.<sup>5</sup> Una de las principales tareas del Cuerpo de Edificaciones Speer era construir campos de prisioneros de guerra en Polonia y la Unión Soviética. Los campos de prisioneros de guerra se construyeron en Kaulsdorf y Falkensee para proporcionar trabajadores a Berlín. Se obtenían grandes beneficios mediante el arrendamiento de prisioneros. Se ahorraba dinero para aumentar los beneficios.<sup>6</sup> No debe sorprender en absoluto, por lo tanto, que Speer estuviera deseoso de dirigir su propio campo de prisioneros de guerra, asegurando a las autoridades militares que, de ese modo, les ahorraría problemas y gastos. Este era el «mundo de ideales» en el que el sencillo arquitecto Albert Speer había vivido antes de ser arrojado de improviso al mundo real como Ministro de Armamentos. El trato brutal dado a los judíos berlineses y la construcción de varios campos de concentración para la mano de obra esclava que requerían sus mastodónticos proyectos constructivos eran una parte significativa de este mundo ideal.

Que Hitler nombrase a Speer tanto Ministro de Armamentos como jefe de la Organización Todt era una clara indicación de que estaba decidido a seguir el rumbo marcado por su predecesor. Por otro lado, como era habitual, no le dio a Speer ninguna instrucción o línea de actuación clara. Dejó que esculpiera su propio imperio, para lo que tenía la ambición, la asertividad y la crueldad necesarias. Speer había tenido una estrecha relación con Todt, a quien admiraba enormemente. Adoptó por completo su idea de autodeterminación industrial, aunque posteriormente aseguraría que había revivido un sistema adoptado en la Primera Guerra Mundial más que heredarlo directamente de su predecesor.<sup>7</sup> Compartía la pasión de Todt por la tecnología y las modernas técnicas de gestión, pero se diferenciaba claramente de él en una cuestión: Todt era un hombre con el que resultaba agradable trabajar. Era consciente de las sensibilidades de los demás, no tenía tiempo para luchas internas de poder y reconocía los méritos de sus compañeros.<sup>8</sup> Speer permanecía distante e inabordable. Evitaba las reuniones sociales con sus colegas, ofreciéndoles en lugar de eso algún ocasional concierto o recital de piano de Bruckner como apropiada «síntesis de arte y guerra».<sup>9</sup>

Speer sabía que el acceso virtualmente ilimitado a Hitler era la clave del poder en el Tercer Reich. Hitler había trabajado estrechamente con Speer durante casi una década. Su cercanía a Hitler le permitió demostrar escasa

preocupación por las reglas establecidas de procedimientos o por las restricciones legales. Se impuso a sí mismo la abrumadora tarea de ganar la guerra proporcionando armamento de alta calidad en cantidad suficiente para superar el poder industrial combinado de los Estados Unidos, la Unión Soviética y la Commonwealth. Imaginaba que eso solo sería posible si se ponía bajo su dirección toda la economía. Goebbels quedó en un primer momento enormemente impresionado por Speer, de quien opinaba que estaba «superando al gran Todt». Hablaba con entusiasmo acerca de su idealismo, sus expertos conocimientos y sus esfuerzos por dinamizar y racionalizar todo el sistema de abastecimiento de armas. Escribió: «trabajamos juntos de forma espléndida —por fin un alma gemela».<sup>10</sup> Pocos compartían el entusiasmo del Ministro de Propaganda.

Göring, que estaba furioso por no haber sido elegido para sustituir a Todt, fue el primero en pasar al ataque. Le dijo a Speer que Todt le había prometido por escrito que no interferiría en los asuntos del Plan Cuatrienal y que le enviaría ese documento para que lo examinara. Speer ignoró esta amenaza y aguardó el resultado de una gran conferencia sobre armamentos que se iba a celebrar el 13 de febrero de 1942.<sup>11</sup> El mariscal de campo Erhard Milch dominó la discusión en aquel encuentro, pero, al concentrarse en las quejas de que la Luftwaffe había sido colocada en una situación de seria desventaja y que había existido una siniestra alianza entre Todt y el comandante del Ejército de Reserva, el general Friedrich Fromm, perdió la oportunidad de crear un frente común de todas las Fuerzas Armadas contra el nuevo Ministro de Armamentos. El vicealmirante Kurt von dem Borne, en nombre de la Armada, respondió con quejas acerca de la Luftwaffe, acusando a Milch de ser un constructor de imperios sin escrúpulos. Esperaba que Speer fuera capaz de bajarle los humos. El general Thomas habló en términos de rearme vertical, que debería ser el feudo de las Fuerzas Armadas, con el rearme horizontal bajo responsabilidad del Grupo Industrial del Reich. El Frente de Trabajo Alemán iba a ofrecer otra dimensión sin especificar. Estaba absolutamente a favor de la racionalización, pero insistía en que Speer no tenía suficiente experiencia ni la comprensión suficiente de la compleja situación para tomar las decisiones necesarias.

En nombre de los industriales habló Albert Vögler, de Aceros Unidos, que anunció que estaba harto y cansado de los cambios repentinos en las órdenes de procedimiento que se transmitían a la industria y que eran la consecuencia de las luchas intestinas entre varias organizaciones en competencia. Concluyó

que «una persona debe decidirlo todo. La industria no está interesada en quién deba ser».<sup>12</sup> Funk remató esta sugerencia proponiendo que Milch era el hombre indicado, tras lo cual Speer jugó su mejor carta. En tono calmado, aseguró que la misión era suya y que Hitler deseaba hablar con el grupo a fin de dejar clara la cuestión. Enseguida apareció Hitler y sometió al grupo a un discurso de una hora.

Después de un preámbulo en el que subrayó la vital importancia de aumentar la producción de la industria armamentística, anunció con elocuencia, pero falta de sinceridad, que Göring y el Plan Cuatrienal eran incapaces de dominar la situación y que todos los presentes deberían comportarse como «caballeros» con Speer. Una vez más, Hitler había fracasado a la hora de emprender una acción decisiva, pero había apartado del camino a los principales rivales de Speer, dejándole «en un espacio vacío, sin obstáculos, para que pudiera hacer más o menos lo que quisiera».<sup>13</sup>

Viendo que Speer disfrutaba de todo el apoyo de Hitler, Funk decidió prudentemente acatar la decisión. En una charla privada con Bormann y Speer, Hitler aconsejó a su nuevo ministro que trabajara hombro con hombro con la industria. Bormann tuvo que tragarse ese sapo, de manera que, durante un tiempo, el Partido Nazi se estuvo callado. La posición de Speer se reforzó aún más cuando se le entregó formalmente la Oficina Central de Tecnología del Partido Nazi, que había estado dirigida por Fritz Todt desde 1934. De manera similar, La Oficina de Tecnología del Frente de Trabajo Alemán también se convirtió en parte del ministerio de Speer.<sup>14</sup> Speer tuvo la precaución de no hacer mucho ruido, comportándose, por el momento, de manera más inteligente que Bormann y Ley. Mientras trataba a ambos con distante cortesía, alimentó hábilmente el conflicto entre ellos. Ley quería ganarse el apoyo de Hitler para su sugerencia de que todas las construcciones residenciales se sometieran a la égida del Frente de Trabajo Alemán. Bormann se oponía, pues temía que esto permitiría a Ley frustrar sus ambiciosos planes constructivos para la residencia de campo de Hitler en Berchtesgaden y desbarataría las ambiciones de los gauleiters de dejar su impronta arquitectónica. Al principio, Hitler estuvo de acuerdo con Bormann, pero Speer apoyó hábilmente a Ley, pese a que la construcción era parte de sus responsabilidades tanto como Inspector General de Edificaciones en la Capital del Reich (GBI) como ahora en su calidad de jefe de la Organización Todt. En una notable demostración de la influencia de Speer sobre Hitler, se firmó una «Orden del Führer» concediendo a Ley la autoridad que había

solicitado.<sup>15</sup> Speer, que no temía en absoluto a Ley, ganó de este modo el primer asalto a Bormann, su rival más peligroso.

Speer estaba decidido a mantener la iniciativa. El 18 de febrero de 1942 presentó las líneas maestras de un plan para la reorganización de la industria armamentística en una reunión a la que acudieron Funk y el general Hermann von Hanneken, del Ministerio de Economía; el coronel Adolf von Schell, plenipotenciario de vehículos a motor dentro del Plan Cuatrienal; y Wilhelm Zangen y Karl Lange, del Grupo Industrial del Reich, junto con varios militares expertos en armamentos. Su intención básica era reafirmar la determinación de Todt de controlar los armamentos desde el final de su fabricación y asegurarse de que el Ministerio de Armamentos era el único responsable de la distribución de las solicitudes de armamentos y de la gestión de la producción. Los militares dieron la aprobación a esta idea de muy mala gana. El general Thomas y el jefe de la Oficina de Armas de la Armada, el almirante Karl Witzell, expresaron sus «serias reservas». El general Friedrich Olbricht, que representaba al Ejército de Reserva, apuntó que, con estos nuevos poderes sobre la adjudicación de la mano de obra, Speer sería capaz de influir en el reclutamiento. Speer y Milch aseguraron que no sería el caso. Se alcanzó un acuerdo general y se aseguró la aprobación por parte de Hitler.<sup>16</sup>

El 24 de febrero de 1942, Speer presidió una reunión de los gauleiters en Munich. Les ordenó que detuvieran todas las operaciones de construcción que no fueran esenciales y que se concentrasen en el esfuerzo de guerra. No se debería pensar en términos de planificación de tiempos de paz. La industria debía concentrarse únicamente en los armamentos, con el sector privado absolutamente subordinado a las necesidades del estado. Con juvenil arrogancia, Speer se quejó de que muchas figuras dirigentes de la industria eran demasiado viejas para realizar un trabajo eficaz. Prometió un programa de rejuvenecimiento para incorporar a un gran número de personas de unos 40 años que aportasen suficiente motivación. Pidió un esfuerzo concentrado a todos los implicados, combinado con una continuación y ampliación del programa de racionalización de Todt. Cualquier que fuese sorprendido proporcionando información falsa a fin de apoderarse de materiales o trabajadores sería condenado a muerte o cumpliría una severa pena de prisión. Exigió sacrificios a todos los presentes y terminó diciendo que se había visto obligado a abandonar su vocación como arquitecto para dedicarse desinteresadamente al esfuerzo de guerra.<sup>17</sup> Consciente del valor

propagandístico de este discurso, Bormann lo imprimió y lo envió a todos los leiders del Reich, gauleiters y otros funcionarios de alto rango. No todos se mostraron contentos con lo que leyeron. No les gustaron las amenazas contra sus extravagantes planes constructivos, sus pabellones de caza, personal doméstico, automóviles de lujo y llamativos estilos de vida. Bormann obtuvo de inmediato una orden de Hitler para que pudiera continuar construyendo en el Obersalzberg. Los gauleiters también ignoraron las medidas económicas.

Speer elaboró entonces un decreto para que fuera firmado por Hitler en el que se amenazaba con la pena de muerte a cualquiera que proporcionara un falso recuento de materias primas, mano de obra o maquinaria a su disposición. Ese mismo día, la prensa anunció que Speer había enviado a dos directivos a un campo de concentración por emplear mano de obra en su propio beneficio a expensas de la industria armamentística.<sup>18</sup>

La reacción fue rápida y predecible. En la Cancillería del Reich, Lammers formuló objeciones basándose en que el decreto no había pasado por los conductos habituales. Göring protestó porque Speer estaba pasándose de la raya al intentar ejercer su autoridad sobre el Plan Cuatrienal. La Wehrmacht intentó protegerse asegurando que ningún miembro de un estamento militar acusado bajo estas disposiciones debería ser juzgado por un tribunal civil en lugar de por el Tribunal Popular. Otto Thierack, como Ministro de Justicia, insistió en que la definición de nuevos crímenes era una prerrogativa de su ministerio. El Ministro del Interior, Wilhelm Frick, señaló que Speer no solo estaba obligado por las leyes y regulaciones vigentes, sino que también debía consultar con otros ministerios cuando afectase directamente a los intereses de éstos. Speer replicó con brusquedad afirmando que actuaba por iniciativa de Hitler. Después de una acalorada discusión, se alcanzó finalmente un acuerdo cuando, el 21 de marzo de 1942, Hitler firmó un decreto, refrendado por Lammers y Keitel, en el que se constituía como crimen la falsificación de información acerca de la mano de obra, materias primas, productos o maquinaria de la industria armamentística. Los castigos iban desde multas hasta la pena de muerte. Los casos se presentarían ante el Tribunal Popular, un cuerpo judicial conocido por su falta de clemencia y su poco respeto por el procedimiento debido. Speer obtuvo una importante victoria al recibir la responsabilidad de presentar los cargos. Un mes más tarde, consiguió que estas sanciones se aplicasen a la industria de la construcción. Funk recibió poderes análogos respecto a las materias primas.<sup>19</sup>

Himmler consideraba que la iniciativa de Speer era excesivamente dura.

Declaró que: «Las formas más severas de castigo se convierten en instrumentos desafilados y, por lo tanto, inútiles si se emplean como amenaza a la menor oportunidad... Ser enviado a un campo de concentración implica la separación de la familia, el aislamiento frente al mundo exterior y un trabajo muy duro... es un castigo muy severo». No había necesidad de semejantes amenazas, porque «en conjunto, el pueblo alemán es extraordinariamente respetable».<sup>20</sup> En sus memorias, Speer aseguraba que estas amenazas eran simplemente comunicados de prensa concebidos para provocar un efecto propagandístico, pero que nunca se llevaron a efecto. Su única motivación era proteger de la Gestapo a aquellos que trabajaban para él, de ahí las objeciones de Himmler. Aseguraba que se demostró la invalidez del decreto durante la ola de detenciones tras el atentado contra la vida Hitler el 20 de julio de 1944.<sup>21</sup> Si ésta era, en efecto, la razón, no resultó eficaz.

Speer se dio cuenta pronto de que, incluso con el apoyo de Hitler, había unos estrictos límites a su poder. Sus intentos iniciales de reclutar mano de obra soviética en la industria armamentística se vieron frustrados por la Oficina Central de Seguridad del Reich y también por los gauleiters. El Dr. Werner Mansfeld, del Ministerio de Trabajo, le informó que su petición «de unos pocos cientos de miles» de trabajadores de la construcción soviéticos había sido denegada porque los gauleiters se negaron a conceder permiso para que se movieran de un Gau a otro.<sup>22</sup> Speer estuvo inmerso en luchas con la mayoría de gauleiters hasta el mismo final. Puesto que los gauleiters eran también Comisionados del Reich para la Defensa, resultaba inevitable el conflicto con el Ministerio de Armamentos. Lucharon por la adjudicación de la mano de obra, por el cierre de las empresas consideradas no esenciales, por la protección de los pequeños negocios y por los proyectos constructivos favoritos dentro de sus respectivos feudos. Se veían a sí mismos como los guardianes de la ortodoxia nacionalsocialista frente a Speer y sus compinches. Mientras contó con el apoyo de Hitler, Speer fue capaz de defenderse frente a los gauleiters y la maquinaria del partido, pero Bormann trabajaba incansablemente para bajarle los humos a su rival.<sup>23</sup>

Como Ministro de Armamentos, Speer intentó crear una posición análoga a la que había tenido como GBI. En Berlín había actuado directamente bajo las órdenes de Hitler. Su oficina era completamente autónoma y fuera de cualquier control. Pero los armamentos eran una cuestión demasiado compleja para que todo eso fuera posible. Miles de decisiones tomadas por Hitler durante sus reuniones con Speer se convirtieron en «Decretos del

Führer», para que, de ese modo, pudiera continuar ignorando los canales convencionales.<sup>24</sup> Pero Bormann, por parte del Partido, y Lammers, en la Cancillería, hicieron lo que pudieron para refrenar a este disidente lleno de confianza, mientras dentro de su propio ministerio se enfrentaba a retos provocados por el ansia de poder de sus subordinados, como el experto en armamento Karl-Otto Saur, y como Franz Xaver Dorsch, de la Organización Todt.

Hitler tomaba todas sus decisiones en las frecuentes reuniones para tratar el tema del armamento. Nunca pedía consejo, muy rara vez solicitaba una opinión y le enfurecía que Speer le presionase antes de una reunión en un intento de influir en el resultado final de la misma. Para Hitler, Speer era sencillamente un ejecutor de su voluntad, lo que, a su vez, otorgaba a Speer un poder excepcional dentro de un estado en el que la voluntad del Führer era la autoridad suprema. Hitler tenía una asombrosa memoria aparejada a un detallado conocimiento de los armamentos, algo que para Speer resultaba imposible igualar. Dentro del Ministerio de Armamentos, solo Saur poseía una visión general coherente de los factores técnicos, algo que utilizó sin el menor escrúpulo para socavar el lugar único de su ministro en el favor de Hitler.<sup>25</sup>

Las reuniones con Hitler sobre armamentos se celebraban a intervalos aproximados de dos semanas. Speer también se reunía a menudo a solas con Hitler, por lo general yendo a su cuartel general y durante largas visitas en Berchtesgaden. El éxito de Speer dependía de su habilidad para alimentar el «optimismo alucinatorio» de Hitler con estadísticas cuidadosamente manipuladas.<sup>26</sup> Cuando la salud de Hitler comenzó a decaer rápidamente, se acortó su tiempo de atención y sufría episodios de ausencia. Comenzó a evitar las reuniones largas y le disgustaban los rostros desconocidos. Con Hitler ya incapaz de recordar todos los detalles, Speer tuvo que apoyarse en la experiencia de Saur y Dorsch, dos individuos que tenían intenciones de sustituirlo.

La preocupación inmediata de Speer era protegerse frente a sus muchos rivales. Funk le había echado el ojo a la energía, amenazando de ese modo la posición de Speer como Inspector General de Agua y Energía.<sup>27</sup> Ley sostenía que se le debería encomendar la tecnología a su Frente del Trabajo Alemán. Tanto el OKW como Göring estaban decididos a ampliar sus poderes. El general Thomas buscaba reafirmar su independencia, mientras el mariscal de campo Milch veía la muerte de Todt como una oportunidad para marcarle un

gol a su rival Thomas y protegerse frente al entrometido Ministerio de Armamentos. Las agencias de armamento de las tres armas estaban decididas a imponer su autonomía. Los funcionarios del partido estaban profundamente preocupados por las consecuencias sociales de una política armamentística que, en su opinión, amenazaba con socavar la «comunidad racial».

Pero, a pesar de tan poderosos rivales, Speer se encontraba en una posición muy fuerte. La industria pesada y sus diversos grupos de interés, apoyados entusiásticamente por Fritz Todt, habían preparado el terreno para la reforma. Speer fue el beneficiario. Tenía el dinamismo y la determinación para aprovechar la oportunidad de hacer una exitosa apuesta por el poder. La industria pesada triunfó sobre las gravosas burocracias civil y militar y trató sin miramientos a las empresas más pequeñas y a sus celosos partidarios dentro del NSDAP.<sup>28</sup> Los industriales necesitaban una planificación centralizada, junto con órdenes tajantes e inequívocas y la adjudicación adecuada de recursos. Habían favorecido a Todt sobre Milch o Thomas, porque era receptivo a las necesidades de la industria y era un defensor a ultranza de la autodeterminación. Así pues, se sintieron muy aliviados cuando descubrieron que Speer seguía cuidadosamente los pasos de su predecesor.<sup>29</sup> La industria pesada tenía a un hombre favorable en la posición clave, pero no era en absoluto una marioneta. También debía mantener su posición contra cualquier oposición que surgiera. Tal como el general Thomas señaló al oficial británico que le interrogó en agosto de 1945, «por lo que se refería a la economía, el denominado estado de liderazgo (*Führerstaat*) estuvo marcado por una ausencia absoluta de liderazgo junto con una confusión y un conflicto inimaginables, porque Hitler no veía la necesidad de una planificación clara y a largo plazo, Göring no comprendía los negocios y los especialistas relevantes carecían de autoridad».<sup>30</sup> Estos problemas no se resolverían nunca; de hecho, se agravaron por una creciente conciencia en ciertos cuarteles de que no se podía ganar la guerra.

Como Ministro de Armamentos, Speer, igual que Todt, era el único responsable de proporcionar armas al ejército. Como Ministro de Municiones, era responsable de las municiones para las tres armas. Sabiamente, acudió a Milch en busca de consejo y guía. Milch, a su vez, sabía que, puesto que no tenía sentido desafiar a Speer, lo mejor era cooperar con él. El éxito de Speer como Ministro de Armamentos se debió en gran medida a su estrecha cooperación con el mariscal de campo. Después de todo, el 40 por ciento del «Milagro de Speer» entre febrero de 1942 y el

verano de 1943 fue logrado por Milch y la Luftwaffe. El 10 por ciento procedía de la Armada y los químicos de Carl Krauch dentro del Plan Cuatrienal. Speer solo merece la mitad del mérito.<sup>31</sup> Este, a su vez, se debió en gran parte al trabajo preliminar de Todt.

La relación de Speer con el general Thomas fue más difícil. Habiendo decidido evitar por el momento una confrontación en toda regla, Speer señalaba que tenía los medios para conseguir que se hicieran las cosas porque contaba con el respaldo de Hitler, mientras que Thomas tenía la experiencia y a los expertos. Y añadía cruelmente que todo lo que tenía Göring era un nombre. Thomas quedó sorprendido y encantado por la oferta de Speer de mantener una relación de igual a igual, pero pronto descubriría que tenía otras cosas en mente.<sup>32</sup>

El ministerio de Todt fue una institución bastante inusual. En lugar de trabajar dentro de una estructura burocrática tradicional, había preferido delegar en un puñado de expertos a los que se les concedía una amplia libertad de acción. Puesto que carecía de experiencia en los trabajos internos de la industria armamentística, Speer dependía del equipo escogido por Todt, que observaba al nuevo ministro con diferentes grados de suspicacia y hostilidad. La decisión de mantener a la mayoría de los colaboradores más cercanos a Todt le iba a causar numerosos problemas en el futuro, pero no tenía elección. Intentó reforzar su posición trasladando al ministerio a un buen número de sus colaboradores de confianza, pero, al ser arquitectos e ingenieros de estructuras, carecían de experiencia especializada.

Karl-Otto Saur, la mano derecha de Todt, continuó como jefe de la Oficina Técnica, que se había creado para supervisar los diferentes comités que se ocupaban de temas específicos como municiones, tanques, armas y equipos eléctricos. Era un ingeniero que había trabajado como director en Thyssen. Se afilió al Partido Nazi en 1931. Había sido representante de Todt en la Organización Todt antes de que le nombrase responsable del desarrollo de armas en el Ministerio de Armamentos, trabajando estrechamente con la Oficina de Armas del Ejército. En aquella época era popularmente conocido como el «el estridente noticiario semanal de Todt» por su escandalosa autopromoción.<sup>33</sup> Era un hombre absolutamente despiadado y carente de escrúpulos, cuyas tácticas de matón le granjearon el mote del «Rottweiler de Speer».<sup>34</sup> Pronto desafiaría a su ministro e intentaría desbancarlo.

El Dr. Walther Schieber también se había unido al NSDAP en 1931 y a las SS en 1933, para convertirse en miembro del círculo de amigos de Himmler

que proporcionaba un vínculo común de mutuo beneficio entre los negocios y el régimen. Combinaba un doctorado en ingeniería química con una excepcional perspicacia para los negocios. Era también un veterano distinguido con altas condecoraciones y un devoto nacionalsocialista. Trabajó para IG Farben antes de convertirse en jefe de la Oficina de Envíos de Armamentos. Su tarea consistía en proporcionar las materias primas, la mano de obra y los componentes para los productos finales de Saur. Era una tarea desagradecida. Saur se llevaba toda la gloria, mientras que se ignoraban los esfuerzos de Schieber. Desde el primer momento, quedó muy impresionado por Speer. Allí había un joven extremadamente inteligente, lleno de energía y con excelente salud. Obviamente, era alguien que exigiría el mayor esfuerzo de todos los que le rodeasen y que sería igualmente despiadado consigo mismo. Viniendo de Schieber, que tenía una reputación de ser un trabajador increíblemente duro, era un testimonio impresionante. En la situación de crisis a la que se enfrentaba el Reich, Speer parecía ser el hombre ideal. Su principal defecto era que, a diferencia de Todt, estaba desprovisto de cualquier signo de calidez humana. Parecía ser frío como un témpano y solo preocupado por la cuestión que tuviera entre manos.<sup>35</sup>

Karl Maria Hettlage era jefe del Departamento de Negocios y Finanzas, y poseía, por tanto, una posición equivalente a la que había tenido Speer como Inspector de Edificaciones de Berlín. Su principal responsabilidad era la obtención de bienes y materias primas de las que hubiera escasez, la mayoría de las cuales procedía de las zonas ocupadas. Aunque era un hombre de excepcional habilidad, mantuvo prudentemente un perfil bajo y, posiblemente por esa razón, ascendió a altos cargos en la Alemania de postguerra.<sup>36</sup>

Speer dejó la Organización Todt en manos del segundo de a bordo de Todt, Franz Xaver Dorsch. Era un ingeniero civil que había trabajado hombro con hombro con Todt desde 1933 en las autopistas y el Muro Occidental. Desde el primer instante, Dorsch se opuso a Speer. En su nombramiento como Ministro de Armamentos, Speer había pedido a sus funcionarios de rango superior que confiaran en él. Dorsch replicó en tono altivo: «Confiábamos en el Dr. Todt sin reservas. La confianza no es automática. Hay que ganársela». Speer nunca le perdonó esa observación.<sup>37</sup> La Organización Todt tenía intereses en toda Europa y estaba dividida en varias secciones: Europa occidental, Europa sudoriental, Rusia meridional, Rusia central, Rusia septentrional, «Vikingo» (Noruega y Dinamarca) y Finlandia.<sup>38</sup>

Speer nombró al alcalde de Núremberg, Willy Liebel, jefe de la Oficina

Central, con Karl Maria Hettlage como su subdirector. Originalmente concebida para tratar con el personal, acabó teniendo cinco secciones:

- Organización y administración;
- Economía y finanzas, directamente bajo Hettlage;
- Derecho y autodeterminación industrial;
- Personal;
- Cultura y propaganda.<sup>39</sup>

Liebel y Speer habían trabajado juntos en estrecha colaboración durante la construcción del terreno para los mítines del partido en Núremberg. Se le confió la tarea de controlar la gestión a menudo obstinadamente personal de Dorsch en la OT. Speer se basaba en los consejos de Liebel hasta tal punto que este acabó abandonando sus obligaciones como alcalde de Núremberg en manos de un subordinado para convertirse en uno de los compañeros más cercanos a Speer.

La estructura administrativa del ministerio de Speer estaba en un constante estado de flujo. Se creaban nuevos comités para afrontar contingencias inmediatas. Las estructuras existentes se modificaban con frecuencia. Así, para octubre de 1943, la Oficina Central continuaba bajo la dirección de Liebel, pero ahora sus subsecciones eran:

Materias primas, bajo Kehrl, con responsabilidad sobre el carbón, los metales, madera, textiles, petróleo y caucho;

Aprovisionamiento de Armamentos, bajo Schieber, que se ocupaba del hierro, acero, vidrio, aparatos eléctricos y repuestos. También supervisaba diecisiete círculos subordinados que se ocupaban de artículos concretos;

Bienes de consumo, bajo Georg Seebauer, que controlaba diez grupos y asociaciones para bienes de consumo;

La Oficina Técnica de Producción de Armamentos, bajo Saur, con comités subordinados para armas, municiones, tanques y barcos;

La Oficina de Construcción, dirigida por Carl Stobbe-Dethleffsen; incluía también la oficina de Speer como Inspector General de Edificaciones en la Capital del Reich;

La Oficina de Energía, bajo Günther Schulze-Fielitz, con responsabilidad total sobre la electricidad, el gas y el agua.<sup>40</sup>

A éstas había que añadir una serie de oficinas independientes que se ocupaban de cuestiones concretas.

Speer siempre se enorgulleció de no estar aferrado a la burocracia, pero, de hecho, presidía una estructura administrativa que se cambiaba y modificaba constantemente. Esto confería al ministerio cierto dinamismo, pero fomentaba la rivalidad inter-departamental, la duplicación de esfuerzos, junto con las murmuraciones y las luchas de poder que suelen aquejar a las estructuras menos flexibles. Tampoco pudo Speer, pese a disfrutar del apoyo incondicional de Hitler, pasar por alto las reivindicaciones rivales de las Fuerzas Armadas, el Partido Nazi, las SS y la administración civil.

El Ministerio de Armamentos tenía su sede en las oficinas de Speer como GBI en la Pariser Platz, cerca de la Puerta de Brandemburgo. Era una organización notablemente pequeña. Incluso en una fecha tan tardía como junio de 1944, solo había 218 personas trabajando allí. Speer prefería trabajar mediante una amplia red de comités, destacamentos especiales y equipos subordinados. Abrazando la creencia de Todt en la autodeterminación de la industria, concedió a los industriales considerable voz en el proceso de toma de decisión. Contó en gran medida con la experiencia de numerosas figuras dirigentes de la industria. Edmund Geilenberg, que procedía del fabricante de armas Rheinmetall-Borsig, fue puesto a cargo de las municiones. Sobre Arthur Tix, del conglomerado del carbón y el acero Aceros Unidos y Bochumer Verein, con su filial Hanomag, especializada en la construcción de tanques y camiones, recayó toda la responsabilidad sobre el armamento. «Panzer» Rohland, de Aceros Unidos, fue puesto al mando de la producción de tanques.

Desde el primer momento, con una firme determinación, Speer se propuso hacerse con el control de los armamentos de las tres armas del ejército. Considerando que los militares estaban especialmente mal dotados para comprender las complejidades de la producción industrial moderna, Speer estaba decidido a controlar las necesidades armamentísticas de la Luftwaffe y la Armada. Con los Estados Unidos ahora en la guerra, la Armada tendría que representar un papel aún mayor. Las perspectivas no eran buenas. Para enero de 1942, las existencias de submarinos de Dönitz se habían reducido a 91 unidades, de las cuales solo 12 eran aptas para operaciones en el Atlántico. El 20 de marzo, Speer consiguió convencer a Hitler de que el sistema de autodeterminación industrial debería aplicarse también a la Armada. Rudolf Blohm, de los astilleros Blohm & Voss, una compañía que gestionaba su propio campo de concentración con reclusos que procedían principalmente de Polonia y la Unión Soviética, se hizo responsable de los buques de guerra.

Gottlieb Paulus, de Mercedes-Benz, fue puesto a cargo de los torpedos y los instrumentos especiales para la Armada.<sup>41</sup> Pronto quedó claro que este arreglo no funcionaría.

La Luftwaffe demostró una actitud mucho más cooperante. Speer obtuvo el consentimiento de Milch para crear tres nuevos comités, con Karl Frydag, de la compañía aeronáutica Heinkel, como responsable de los fuselajes de los aviones; William Werner, de Auto Union/Junkers, responsable de los motores, y Hans Heyne, de la asociación de equipos eléctricos AEG, responsable de los equipos técnicos.<sup>42</sup>

Hubo más comités dentro del Ministerio de Armamentos para suministros generales, a cargo de Wilhelm Zangen, del conglomerado industrial Mannesmann. Zangen era un arribista despiadado, que se benefició enormemente de la propiedad «arianizada» y de la explotación de mano de obra esclava. Las herramientas las controlaba Karl Lange, del Plan Cuatrienal, un hombre que durante muchos años había exigido una mayor libertad para la industria, lejos del excesivo control gubernamental. El material rodante ferroviario era responsabilidad de Gerhard Degenkolb, de la empresa de ingeniería Demag. Los vehículos a motor fueron puestos bajo la responsabilidad del coronel Fritz Holzhäuer, de la Oficina de Pruebas de Armamento. Speer añadió otros dos comités para locomotoras a fin de resolver una crisis inmediata, y para barcos con la intención de lograr un mayor control sobre la Armada. El inmenso imperio químico de Carl Krauch dentro del Plan Cuatrienal se convirtió de hecho en un comité del Ministerio de Armamentos. Todos estos comités se ocupaban de los productos finales y eran, por tanto, responsabilidad de Karl-Otto Saur, quien, de ese modo, pronto se convirtió en un personaje peligrosamente poderoso.<sup>43</sup>

Mientras estos comités eran responsables de los productos finales, los productos suministrados estaban controlados por una serie de «anillos». Albert Vögler había defendido durante mucho tiempo este sistema de anillos, en parte porque pensaba que alejarían la producción de armamento de las agotadoras interferencias del Ministerio de Economía. Inicialmente hubo cuatro: hierro y acero bajo Albert Nöll, de Aceros Unidos; otros metales, a cargo de Otto Fitzner, de la compañía minera de Silesia Georg von Giesches Erben; los componentes mecánicos bajo Hans Kluly, de los Hermann Göring Werke; y los productos eléctricos a cargo de Friedrich Lüschen, de Siemens. En julio de 1942 se añadieron otros anillos para explosivos bajo Otto Sarrazin, de Wasag e IG Farben; y para mineral de hierro a cargo del

industrial de la región del Sarre Hermann Röchling, que pertenecía a los consejos directivos de numerosas empresas de la industria del carbón y el acero.<sup>44</sup> Albert Nöll, tras perder el control sobre el anillo del hierro y el acero en favor de Röchling, fue hecho responsable del procesamiento de hierro. El sistema de comités y subcomités, anillos y sub-anillos, se multiplicó rápidamente. El listín telefónico del Ministerio de Armamentos contenía 249 de estos cuerpos para el final de 1942.<sup>45</sup> Pronto, el personal del ministerio de Speer elaboró un «quién es quién» virtual de la industria alemana. La mayoría del personal de los anillos era gente con formación en ingeniería cuya misión era seleccionar las compañías más eficaces y asegurarse de que la producción se racionalizaba y estandarizaba. También aconsejaban a las compañías menos eficientes sobre cómo aumentar la producción y reducir los costes.<sup>46</sup>

La producción de armamentos quedó de este modo organizada verticalmente en comités y horizontalmente en anillos. Esta estructura funcionó bien porque había personas que a menudo servían tanto en los comités como en los anillos. Así, por ejemplo, alguien responsable de los cigüeñales en el comité de «Panzer» Rohland también vigilaba la producción de cigüeñales para tanques en el anillo de Hans Kluy.<sup>47</sup> En el transcurso de unas pocas semanas, Speer había estirado enérgica y despiadadamente la estructura organizativa que había heredado de Todt. Con el apoyo absoluto de Hitler, se aseguró algunos grandes cambios en el personal, incluidos algunos en otros ministerios. Estos éxitos estimularon su apetito. No se conformaba simplemente con la producción de armamentos, quería también tener voz y voto en el desarrollo de nuevas armas, eclipsando de ese modo a la Oficina de Armamentos del Ejército.<sup>48</sup> El principal argumento en apoyo de este movimiento fue que las armas tenían que ser diseñadas de manera que se pudiesen fabricar en masa mediante mano de obra no especializada. Tenían que ser sencillas, tener componentes relativamente estandarizados y el abanico de productos no debía ser demasiado amplio.

Speer heredó el sistema de comités y anillos de Todt, pero lo amplió hasta que quedó irreconocible. También adoptó la sugerencia de Todt de reformar el sistema de fijación de precios. El 15 de enero de 1942, Hans Fischböck, un abogado austriaco con formación bancaria conocido como «el Göring de Austria», había sido nombrado Comisario del Reich para la Fijación de Precios. Era un reconocido experto en el pillaje a los judíos, el saqueo de la economía holandesa y el apresamiento de mano de obra forzosa.<sup>49</sup> Era una

bestia insensible, pero tenía una disposición más favorable hacia la industria que su predecesor, el «viejo guerrero» y algo ridículo Josef Wagner, que había sido apartado de todos sus cargos en noviembre. Fischböck se encontró con una gran acogida entre los industriales al mostrarse de acuerdo con establecer un sistema estandarizado de fijación de precios. Todas las cuestiones de los beneficios excesivos fueron dejadas en manos del Ministerio de Finanzas. Su actitud también fue bastante acomodaticia. Únicamente los beneficios que fueran un 50 por ciento más elevados que en 1938 estarían sujetos a impuestos. Aquella era una enorme ventaja para las grandes firmas que habían acumulado gigantescos beneficios en las primeras fases del rearme. Además, las empresas tenían generosos medios legales mediante los cuales podían evitar el efecto completo de estos impuestos.<sup>50</sup>

En marzo de 1942, Speer entabló negociaciones con el general Emil Leeb, jefe de la Oficina de Armamentos del Ejército, para que renunciase a la responsabilidad sobre el desarrollo de armamento. A partir de ese momento, se ocuparían los comités y las oficinas técnicas del Ministerio de Armamentos.

En los siguientes meses se creó una serie de Comisiones de Desarrollo para tratar la investigación y desarrollo: en abril, para tanques bajo la dirección del fabricante de automóviles Ferdinand Porsche; en julio, para armas dirigida por Erich Müller, de Krupp; para municiones a cargo de Albert Wolff, de Deutsche-Waffen und Munitionfabriken AG, una empresa mejor conocida por ser la fabricante de la pistola Luger Parabellum; y para explosivos bajo Paul Müller, de Dynamit Nobel e IG Farben. En agosto, Karl Küpfmüller de Siemens & Halske presidió una comisión que trató sobre las señales y sistemas de comunicación.<sup>51</sup> Todos estos hombres prestaban sus servicios sobre una base honorífica, aunque las empresas a las que representaban obtuvieron unos extraordinarios beneficios gracias a sus esfuerzos. En el verano de 1942, Speer anunció que se había completado su sistema de autodeterminación, aunque, en realidad, continuó ampliándose hasta bien entrado 1944, momento para el cual se había convertido en un gigantesco complejo de grupos, comisiones, anillos y comités que apenas resultaba comprensible y era virtualmente imposible de dirigir.

Speer estaba ansioso por demostrar que estos diversos grupos no se fosilizaban y se transformaban en rígidos departamentos burocráticos. Creía que la improvisación, mejor que la planificación, era la forma más eficaz de asegurarse que las plantas perezosas volvían a funcionar y que se cerraban las

empresas ineficientes. Hitler dio su completa aprobación a la determinación de Speer de dejar a los industriales hacer el trabajo. En marzo de 1942 anunció que «los directivos alemanes deben, sin una supervisión constante, considerar los intereses económicos del Reich en tiempos de guerra como los suyos propios», pero advirtió de que «quienquiera que abuse de esta confianza y violé la integridad del directivo será severamente castigado». De este modo, Hitler sostenía una vez más el concepto de «principio de liderazgo» (*Führerprinzip*) y lo aplicaba al mundo de los negocios. La idea no encajaba en absoluto con el Partido Nazi, muchos de cuyos funcionarios se aferraban al pseudo-socialismo de la primera época radical «tormenta e ímpetu». Consideraban que este enfoque era sencillamente un medio mediante el cual los barones del Rin y del Ruhr se llenaban sus bolsillos. ¿Por qué, preguntaban, debería un grupo de magnates dirigir la economía de la nación en guerra? Debería afirmarse una vez más la primacía de la política nacionalsocialista. Los militares estaban igualmente descontentos. Habían sido excluidos en gran medida de la industria de armamentos, quedando su papel reducido al de un suplicante, dependiente de la generosidad de la industria.

Para finales del verano de 1942, estas dos voces críticas habían sido prácticamente silenciadas, al menos por el momento, porque el sistema parecía estar funcionando bien. Se habían eliminado cuellos de botella, la producción fluía suavemente y las cifras de fabricación aumentaban de manera impresionante. El sistema era el de Todt, pero Speer cosechó la mayor parte del éxito. Se habían necesitado el impacto del dramático revés a las afueras de Moscú y la muerte violenta de Fritz Todt para conseguir que Hitler pasase a la acción. Se dio cuenta de que había que hacer algo drástico. Desconfiaba de la burocracia, que estaba convencido que conducía a la inercia, y prefería una discusión bronca donde al final se impusiera el más fuerte y más capaz. Había perdido la confianza en los confusos gurús del nacionalsocialismo, cuyos estrafalarios conceptos económicos le habían impresionado en su día. Compartía la creencia de Speer de que la tecnología contenía la mayoría de las respuestas. En unas pocas semanas, Speer se había convertido en una de las figuras más poderosas del Tercer Reich. Había conseguido absorber la mayoría de las partes eficientes del Plan Cuatrienal de Göring dentro de su ministerio reclutando a sus principales figuras para sus comités y anillos. Se había hecho con el control sobre el Ejército colocando a sus hombres en el Consejo Industrial del Comandante en Jefe del Ejército, y

ya había realizado movimientos para poner bajo su égida a la Armada y la Luftwaffe.

Quedaba pendiente el problema del general Thomas y su Oficina de Economía de Defensa y Armamentos, que controlaba las inspecciones regionales de armamentos y a las autoridades de armamentos locales. Speer tenía a sus hombres en la cima y a nivel local, pero las organizaciones de Thomas estaban situadas en el medio.<sup>52</sup> El 2 de marzo de 1942, Speer admitió astutamente a Thomas que su programa de armamentos era irrealizable sin su cooperación. Thomas, que estaba en malas relaciones con Hitler y Göring debido a sus informes pesimistas, consideró prudente dejar paso a esta joven estrella glamurosa que disfrutaba del favor del Führer. Speer no estaba menos interesado en cooperar con Thomas. El 7 de mayo obtuvo una orden de Hitler mediante la cual aquellas secciones dentro de la oficina de Thomas que se ocupasen de la producción de armamentos deberían quedar bajo su control. Thomas se sintió furioso e impotente. Era un hombre retraído que, sin acceso a Hitler y con un insuficiente respaldo por parte de Keitel, detestaba verse envuelto en las luchas de poder. Atribuía su caída en desgracia al favoritismo mostrado por Hitler hacia los industriales y a la despiadada ambición de Speer, quien, con el hábil apoyo de sus colegas más cercanos, parecía intentar hacerse con el control de toda la economía.<sup>53</sup> Los colaboradores más próximos a Speer, Karl-Otto Saur y Walther Schieber, también estaban decididos a apartar a Thomas del camino. Por el momento, permaneció en ejercicio como jefe de la Oficina de Armamentos, la parte clave de su organización, pero ahora era un cascarón vacío dentro del ministerio de Speer.<sup>54</sup> Desgastado, agotado y con una salud precaria, fue obligado a dejar el cargo en noviembre para ser sustituido por una nulidad descolorida, el general Kurt Waeger. Tras el intento de asesinato de Hitler el 20 de julio de 1944, se descubrieron las antiguas relaciones de Thomas con figuras opositoras como el general Ludwig Beck y Karl Friedrich Goerdeler, así como su valoración pesimista de la posibilidad de Alemania en una guerra de larga duración. Fue detenido el 11 de octubre y pasó el resto de la guerra en diversos campos de concentración.

El general Fromm también compartía el pesimismo de Thomas. A finales de septiembre de 1942, tuvo la audacia de entregar un memorando a Hitler en el que sostenía que Alemania se encaminaba al desastre y que la única opción era un final negociado de la guerra.<sup>55</sup> Speer fue informado del análisis alarmantemente profético de Fromm, pero guardó silencio. En esa misma

época, tanto Speer como Milch sabían que, si Alemania fracasaba en sus objetivos en 1942, las posibilidades de alcanzar un triunfo final serían muy escasas. Fromm fue dejado de lado de manera gradual. Fue ejecutado en marzo de 1945, implicado en el complot del 20 de julio para asesinar a Hitler.

Quedaba en pie una pequeña organización carente de poder —el Directorio de Economía de Guerra (*Wehrwirtschaftsamt*) del OKW. A partir de ese momento, las diferentes armas del ejército iban a enviar sus peticiones a esta organización para que se valorase su valor y viabilidad. Una vez aprobadas, Keitel transmitiría estas peticiones a Hitler. Tras la aceptación por parte de Hitler, eran entregadas a Speer para que las pusiera en marcha. Primero serían examinadas por expertos técnicos, después se buscarían las instalaciones para su producción, se llevarían a cabo las adjudicaciones y se aprovisionaría la materia prima y la mano de obra. El resultado de estos cambios fue que los militares quedaron excluidos de la industria armamentística que se convirtió en una reserva prácticamente exclusiva de los industriales gracias a su influencia en los comités y anillos de Speer.

La autoridad de Thomas se había extendido hasta proyectos en los países ocupados. El general Erich Stud, que había dirigido la Inspección de Armamentos en Francia desde agosto de 1940 bajo el OKW, quedó sometido a la autoridad del ministerio de Speer en febrero de 1943. Speer lo hizo responsable del suministro de armas en Francia en mayo. En los siguientes meses fueron engullidas otras organizaciones similares en Bélgica y Holanda. En septiembre, nombró al general Hans Leyers —un oficial excepcionalmente enérgico, glamurosa figura de la sociedad y mecenas de Herbert von Karajan— como su hombre en Italia.<sup>56</sup> El capitán Walter Forstmann, cuyo submarino U 39 hundió 146 barcos en la Primera Guerra Mundial, por lo que fue condecorado con la *Pour le Mérite*, desempeñó una función similar en Dinamarca. Se nombró un oficial de enlace con el Comisionado del Reich en Noruega, y se creó una «Comisión de Industriales Alemanes» en Checoslovaquia y Hungría. En todos estos países, los hombres de Speer explotaron sin piedad todos los recursos disponibles, con el resultado de la ruina de las economías domésticas.<sup>57</sup> Speer nunca tuvo que rendir cuentas por estas acciones, y no vio razón para mencionarlas en sus memorias.

La Inspección de Armamentos de Speer en la Comisión del Reich Ostland (países bálticos y Bielorrusia) se topó con cuerpos similares del Ministerio de Economía, el Plan Cuatrienal y el Mando Supremo de las Fuerzas Armadas.

Pero su principal rival era Alfred Rosenberg, el Ministro del Reich para los Territorios Ocupados en el Este. Su Oficina Económica del Este, dirigida por Werner Schlotterer, protegía celosamente su territorio.<sup>58</sup> Speer pensaba extender sus poderes como Inspector General de Carreteras y esperaba obtener el apoyo de Hitler contra Rosenberg. Hitler se mostró remiso al principio, pero una vez más Speer acabó saliéndose con la suya. Como expresión de su «confianza infinita», a comienzos de junio de 1942 Hitler concedió a Speer la responsabilidad de la tecnología en los territorios ocupados, aunque no quedó claro qué implicaba aquello. A finales de mes le puso a cargo de todas las operaciones de construcción. En septiembre, esos poderes se ampliaron al Gobierno General de Polonia. A Göring le alegraron estos movimientos, pero se aseguró de que Speer tuviera sus manos lejos del Protectorado de Bohemia y Moravia, donde los Hermann Göring Werke tenían importantes intereses que incluían la fábrica Škoda.<sup>59</sup>

El 17 de septiembre de 1942, Göring ordenó la inmediata creación de Comisiones de Armamentos que se encargarían de dirigir todas las cuestiones relativas a armamentos dentro de las áreas de competencia de los Inspectores de Armamentos y Comisarios de Defensa del Reich. Esto confirió a Speer poderes adicionales, porque la orden de Göring subrayaba que las comisiones iban a eliminar todos los obstáculos para alcanzar la autodeterminación industrial. También recibieron poderes plenipotenciarios sobre la adjudicación de la mano de obra, de modo que fueron capaces de resistirse a las peticiones de los oficiales de reclutamiento del Ejército.<sup>60</sup> La orden ejecutiva de Speer del 10 de octubre creó veintiséis Comisiones de Armamentos. Consistían en un agente de armamentos de distrito, un delegado del ministerio de Speer, el jefe de la oficina agraria local y el consejero económico del distrito. A estos habría que añadir un miembro de la Cámara de Comercio del distrito.

Estas nuevas Comisiones de Armamentos estaban presididas por comisarios escogidos por Walther Schieber dentro de la Oficina de Expedición de Armamentos del Ministerio de Armamentos, y por Wilhelm Zangen, del Grupo Industrial del Reich. Trabajando en estrecha colaboración con los gauleiters, seleccionaron un buen número de representantes de la industria armamentística altamente cualificados. Estos intermediarios podían ignorar a todos los funcionarios civiles y a todos los militares, incluidos aquellos del Ministerio de Economía y del Frente de Trabajo Alemán, incluso los comités y anillos de su propio ministerio. Las Comisiones tenían

preferencia sobre los Inspectores de Armamentos, los Distritos Militares e incluso los gauleiters. Speer estaba deseoso de evitar un conflicto con los gauleiters, que también funcionaban como Comisarios de Defensa del Reich, y buscó cooperar con los oficiales militares locales. Los funcionarios locales del partido, como los funcionarios técnicos de distrito del partido, estaban subordinados a Speer como jefe de la Oficina Central de Tecnología del Partido Nazi. Esta confusa combinación de oficinas del estado y del partido proporcionó a Speer un conducto muy útil hacia Bormann, con quien en los primeros tiempos estuvo en unos términos razonablemente buenos.<sup>61</sup> Aquello no duró mucho. A medida que Speer acumulaba rápidamente poder, el siempre vigilante Bormann lo veía cada vez más como un peligroso rival, mientras que los gauleiters y el Partido Nazi mostraban una oposición frontal tanto a sus políticas como a sus métodos.

Con la resolución que le caracterizaba, Speer aprovechó la oportunidad que le ofreció la crisis de transporte en la primavera de 1942 para ampliar aún más sus dominios. A finales de mayo, Hitler creó un comité presidido por Milch para afrontar el problema del transporte. Una vez hizo su trabajo, se disolvió. Después de haber cooperado en este comité, Speer decidió mantener y reforzar su influencia sobre un sector que era de crítica importancia para la industria armamentística. A tal fin, constituyó una sección especial en la Pariser Platz que se ocuparía del transporte. Speer colaboró estrechamente con Albert Ganzenmüller, un ferviente nacionalsocialista que había tomado parte en el intento de golpe de estado de 1923 cuando todavía era un colegial. Había llamado la atención de Speer por su excelente trabajo solucionando los problemas ferroviarios detrás del frente oriental durante la contraofensiva soviética de diciembre de 1941. En mayo de 1942, Speer se aseguró la aprobación de Hitler para el nombramiento de Ganzenmüller como representante de Julius Dorpmüller, el Director General de los Ferrocarriles del Reich, y como secretario de estado bajo Dorpmüller en su calidad de Ministro de Transportes. Dorpmüller era un anciano caballeroso que carecía de la energía para superar las muchas dificultades a las que se enfrentaban los ferrocarriles.<sup>62</sup> Esta intriga entre bambalinas le produjo una gran sorpresa, porque no tenía razones para estar descontento con su secretario de estado, Wilhelm Kleinmann, un sólido nacionalsocialista y técnico experto con quien había trabajado durante muchos años. Ganzenmüller, además de sus nuevas obligaciones, continuó su labor en el este. Organizó el transporte de judíos a los campos de la muerte durante la *Aktion Reinhardt* en el verano de 1942. A

comienzos de 1943, Himmler apeló a la experiencia de Ganzenmüller para supervisar el transporte de judíos a Auschwitz-Birkenau. También dirigió el traslado de judíos alemanes a Theresienstadt.<sup>63</sup> En sus memorias, Speer pretende que creamos que no sabía nada de este aspecto del trabajo de su protegido.

Apenas debería sorprender que el sistema ferroviario estuviera gravemente sobrecargado. La red se extendía ahora desde Burdeos hasta el mar Negro, desde Flensburg hasta Atenas. Tenía que abastecer a las Fuerzas Armadas, mover cientos de miles de toneladas de carbón y entregar componentes y productos acabados además de desempeñar una función clave como instrumento del exterminio de judíos. La escasez de mano de obra significaba que había mucho equipo aguardando a ser reparado, mientras que la carga y descarga de los trenes de mercancías era penosamente lenta.

Dorpmüller se convirtió en poco tiempo en dependiente de la experiencia de Ganzenmüller, con lo que Speer se hizo con el control absoluto sobre los ferrocarriles. Delegó en Hans Kehrl para que actuase en su nombre.<sup>64</sup> En julio, Speer nombró agentes de transportes que estaban adjuntos a cada uno de los comités y anillos. Su labor consistía en asegurarse de que se concedía prioridad absoluta a las necesidades de la industria armamentística, de acuerdo con su propio catálogo de prioridades. Como resultado de estos esfuerzos, el número de vagones diarios en los ferrocarriles del Reich aumentó de 120.000 a 150.000.<sup>65</sup>

Speer desarrolló un plan maestro para el transporte por carretera en un intento por reducir el consumo de combustible. Funk protestó enérgicamente cuando Speer eliminó el reparto de combustible desde las oficinas locales de su ministerio, pero fue en vano. Aunque Speer no tenía autoridad para hacerlo, entregó toda la responsabilidad sobre el transporte civil al Ministerio de Transporte, sabiendo perfectamente que Dorpmüller daría carta blanca a Ganzenmüller.<sup>66</sup> Los vehículos militares se pusieron bajo la supervisión del general Richard Koll, jefe de la Oficina de Transportes de Servicios Armados.<sup>67</sup>

Speer era suficientemente listo como para evitar una colisión frontal con Göring, que seguía siendo una de las figuras más poderosas del Tercer Reich. Tras sugerir primero a Thomas que se creara un comité central de planificación para todos los aspectos de la economía de guerra y que estuviera bajo las órdenes de Göring, el 3 de marzo de 1942 marchó a la lujosa hacienda campestre del mariscal del Reich en Carinhall, acompañado

por el mariscal de campo Milch, Walter Schieber y Carl Krauch. Speer anunció con el mayor desparpajo que Hitler le había encargado la creación de un comité de planificación central. Göring, cuando se vio ante lo que parecía ser una orden desde lo más alto, sintió que no tenía más opción que estar de acuerdo. A fin de no quedar totalmente excluido, Göring sugirió que su secretario de estado, Paul «Pilli» Körner, fuera miembro del nuevo comité.<sup>68</sup> Speer se opuso inicialmente a la idea, temiendo que sería una voz demasiado poderosa, pero Milch le persuadió de que sería útil tener una línea abierta con Göring y que Körner era poco más que una «planta indefensa».<sup>69</sup> Hitler dio su aprobación a la idea, nombrando a Speer, Milch y Körner funcionarios supra-ministeriales, no representantes de sus respectivas organizaciones. Esta sutil distinción no pasó inadvertida a la Armada, que se dio cuenta de que se había llegado a un acuerdo a sus espaldas. Speer se encontraba en una posición tan poderosa que podía decirle a Hitler que desestimase la petición de la Armada para tener un representante en el nuevo comité.<sup>70</sup>

En el transcurso de unos pocos meses, Speer se había hecho con el control absoluto sobre los armamentos del ejército. Había conseguido infiltrarse y socavar los feudos celosamente vigilados de los gauleiters. Tenía un control efectivo sobre el transporte. Aumentaba cada vez más su poder sobre toda la Europa ocupada. Se había demostrado a sí mismo que era un consumado experto en las luchas internas. Göring había resoplado, pero al final había cedido, Rosenberg había gimoteado, Funk se mostraba resentido, Bormann y el NSDAP juraban venganza, la Wehrmacht gruñía e incluso dentro de su propio ministerio había un descontento considerable. Pero todos se habían visto obligados a ceder ante Speer, que siempre tenía a mano una «Orden del Führer». Su siguiente movimiento fue un intento de arrancar todo el sector de materias primas del poderoso Plan Cuatrienal de Hermann Göring.

Los negocios se dirigían de una forma agitada y nada convencional. Cuando se encontraba en Berlín, Speer mantenía una continua serie de reuniones para tratar la sucesión de órdenes y directivas que recibía de Hitler. Estas reuniones, en las que surgían una serie de importantes cuestiones, se convocaban con muy poca antelación. Así, en el transcurso de un día, Hans Kehrl fue convocado a tres reuniones diferentes en las que se discutieron los siguientes temas: aumento de la producción de carbón, mejoras en la nutrición de los trabajadores extranjeros, acomodación de los prisioneros de guerra que trabajaban en las minas de carbón, planificación económica en Noruega y relaciones con el Grupo Industrial del Reich.<sup>71</sup>

Estas reuniones se dedicaban casi exclusivamente a detalles. Las cuestiones fundamentales no solían discutirse. El enfoque de Speer era informal, despreocupado y optimista. Prefería evitar decisiones incómodas y hechos inoportunos adoptando un tono frívolo e irónico que algunos encontraban particularmente irritante, en especial en momentos de crisis. Cuando otros departamentos se enfrentaban a dificultades concretas, el personal de Speer acostumbraba a decir que el departamento en cuestión debería ser simplemente absorbido por el Ministerio de Armamentos, como si hubiera una fórmula mágica que pudiera resolver todos los problemas. Como resultado de esto, Speer fue lento a la hora de lograr un giro fundamental en la economía para enfocarla hacia la producción de armamentos. Cuando tomó posesión del cargo, se dedicaba a armamentos el 43,5 por ciento de la producción de hierro. Ascendió entre el 48 y el 50 por ciento durante los siguientes cuatrimestres, pero no alcanzó el 60 por ciento hasta después de la crisis de Stalingrado.<sup>72</sup>

En abril de 1942, Speer trazó las líneas básicas de la industria armamentística. La dividió en cuatro secciones: transportes, materias primas, mano de obra y producción de armas. En aquel momento ya tenía la producción de armas, al menos la del Ejército de Tierra, firmemente bajo su control. Tras asegurarse algunos cambios importantes en el personal del Ministerio de Transporte, no preveía serios problemas en ese área. Había conseguido ser más listo que Göring, a quien observaba con un mal disimulado desprecio, considerándolo una vieja gloria ridículamente vanidosa, drogadicta y pomposa, hasta hacerse con el control virtual sobre las materias primas.

El 2 de abril de 1942, Göring concedió su aprobación formal al decreto redactado por Speer que establecía la Planificación Central. Entre las tareas que se le adjudicaban estaba la explotación y concesión de los recursos existentes de materias primas y energía. Tenía un control total sobre todas las formas de transporte, así como sobre la adjudicación de la mano de obra. Sus responsabilidades eran tan complejas que apenas debe sorprender que se emplearan casi dos meses de intensas negociaciones para ponerlo en funcionamiento.<sup>73</sup>

Aunque era un cuerpo bastante amorfo, fue la clave del éxito de Speer. Es un ejemplo fundamental de su habilidad para improvisar, delegar autoridad y lograr la cooperación de gente con auténtico poder, capacidad e influencia. En el corto plazo, valía la pena, pero en la encarnizada atmósfera de la

Alemania Nazi, donde los subordinados ambiciosos estaban deseosos de abrirse camino a toda costa hasta la cumbre, provocaba una enorme tensión. Planificación Central estaba lastrada por una agenda enloquecida y por una infinidad de obligaciones. Era una organización que, a pesar de su impresionante título, era un cuerpo sin forma definitiva, sin oficinas ni una clara estructura organizativa. Con el tiempo se estableció una rutina que aseguraba una operatividad relativamente suave. No fue hasta el tercer cuatrimestre de 1944 cuando la ofensiva de bombardeos aliados causó tal alteración que la planificación eficaz dio paso a una improvisación frenética.<sup>74</sup>

Speer incluyó a varias figuras clave en Planificación Central, además de a «Pilli» Körner y a Milch. Estas incluían a su amigo Herbert Backe. Había asumido el control del Ministerio de Agricultura de manos del ministro nominal, el incompetente ideólogo Walther Darré. También estaba representado el Ministerio de Transportes, que ahora estaba bajo el control efectivo de Albert Ganzenmüller. Hans Kehrl, del Ministerio de Economía, solía asistir a reuniones, igual que el zar del carbón, Paul Pleiger. El esclavista del Tercer Reich, Fritz Sauckel, desempeñaba un importante papel en sus deliberaciones. Las asociaciones del carbón y del hierro se encontraban formalmente bajo el Ministerio de Economía, pero, debido a su función crítica en Planificación Central, en la práctica estaban subordinadas al Ministerio de Armamentos.<sup>75</sup> A través de Planificación Central, Speer y Milch controlaban el 90 por ciento del armamento de Alemania. Milch poseía la experiencia combinada con el genio organizativo, pero Speer tenía acceso ilimitado a Hitler, sin el cual no se podía emprender ninguna acción decisiva.<sup>76</sup>

El 22 de abril de 1942, Speer y Milch, junto con Krauch, Pleiger y Schieber, obtuvieron la aprobación de Göring para un aumento de poderes de lo que, a partir de ese momento, se llamaría Oficina de Planificación Central del Plan Cuatrienal. Aunque, desde un punto de vista formal, era la troika de Speer, Milch y Körner la que dirigía Planificación Central, no había duda de que se trataba de la organización de Speer. En unas pocas semanas, había acumulado unos poderes asombrosos, adelantándose a Göring, apartando a Funk y excluyendo de manera efectiva al OKW y a la Armada del proceso de toma de decisiones, y también ganándose el entusiasta apoyo de los industriales. Tal como Milch había predicho, Körper, el hombre de Göring, no desempeñó ninguna función importante en Planificación Central. Aparte

de formular repetidas súplicas para la concesión de materias primas para la agricultura, guardó un silencio pasivo. Milch se dio cuenta de que lo mejor para sus intereses era seguir el ejemplo de Speer. Göring no asistió a una sola reunión, posiblemente porque Speer le diría en tono condescendiente que no era necesario.<sup>77</sup>

Como jefe de la organización Todt, así como con sus obligaciones en Berlín y Núremberg, Speer era el principal constructor de Alemania. Desde hacía mucho tiempo, Göring había ordenado a Fritz Todt que se concentrara en proyectos que fuesen esenciales para el esfuerzo de guerra, pero, en la práctica, esta orden había sido ignorada en gran medida. Proyectos como plantas para la producción de aceite sintético y nitrógeno fueron arrinconados en la vana creencia de que la victoria en la Unión Soviética resolvería todos los problemas de Alemania. Para febrero de 1942, resultó evidente que semejante complacencia era totalmente inapropiada. A comienzos de marzo, Speer obtuvo la aprobación de Hitler para su esquema de considerar la construcción del sector armamentístico como la principal prioridad. Hitler estuvo incluso de acuerdo en que debería cesar toda construcción civil, incluyendo con santurronería su propiedad en el Obersalzberg.<sup>78</sup> Esta fue una orden que Bormann, con su habilidad para leer los pensamientos más profundos de Hitler, sencillamente ignoró. Medio millón de trabajadores fueron entonces trasladados desde las empresas constructoras para ayudar en segundos y terceros turnos en la industria armamentística. Los arquitectos de Hitler —la mayoría de ellos eran rivales de Speer— se mostraron poco dispuestos a seguir aquellas órdenes, pues sabían cuán preciosos eran sus planes para Hitler y los gauleiters, pero Speer los obligó a ceder cortándoles los suministros de materias primas. También puso fin a la planificación e investigación para la postguerra. A partir de ese momento, todos los esfuerzos se dirigirían hacia la Victoria Final. Cualesquiera que pudieran haber sido los beneficios a corto plazo de este enfoque, la concentración en las necesidades inmediatas y la supresión de la investigación orientada al futuro resultó desastrosa en 1944, cuando el trabajo en armas como los aviones impulsados a reacción y la nueva generación de submarinos no estuvo suficientemente avanzada como para que pudieran representar un papel decisivo en la guerra.

No se podía lograr un aumento considerable en la producción de armas sin un sistema eficaz para la adjudicación de hierro y acero. A instancias de Speer, Walter Funk ordenó a Hans Kehrl, su representante en Planificación

Central, que repensase todo el proceso de gestión y adjudicación de materias primas.<sup>79</sup> Kehrl concluyó que el sistema existente debía ser renovado desde los cimientos. Todas las concesiones existentes se cancelarían y volverían a ser examinadas por Planificación Central. En una reunión celebrada el 15 de mayo, Kehrl consiguió poner de acuerdo a las tres armas de la Wehrmacht — representadas por Fromm, Milch y Dönitz— con su esquema racionalizado de adjudicaciones.<sup>80</sup> Dönitz trabajó en estrecha colaboración con Speer, facilitando de ese modo la forma en la que el Ministerio de Armamentos asumió la responsabilidad de la construcción de barcos y del armamento naval.<sup>81</sup> En 1942, Dönitz era el jefe de los submarinos. En 1943 sucedió a Erich Raeder como Comandante Supremo de la Armada.

Carbón, hierro y acero se encontraban, desde el punto de vista formal, en manos del Ministerio de Economía, pero los barones del carbón, con su Reichsvereinigung Kohle o Asociación del Carbón del Reich, eran virtualmente autónomos. Estaban completamente preparados para colaborar con Planificación Central, una vez se les garantizase que se respetarían sus intereses. El hierro y el acero resultaron ser un problema mucho más complicado. El objetivo de Speer era abrirse camino a través del laberinto de diferentes organizaciones que se ocupaban de la industria del hierro y el acero y, sobre todo, conseguir imponer su voluntad a los testarudos Paul Pleiger y los Hermann Göring Werke. Esa tarea suponía un gran desafío, porque la industria estaba dividida en diferentes sectores y cárteles, a menudo con conflictos de intereses. Los más poderosos eran los grupos regionales que, de hecho, estaban gobernados directamente por las grandes compañías: Oberhütten-Ballestrem en la Alta Silesia, Flick en el centro de Alemania, Hermann Röchling en el sudoeste y Ernst Poensgen, de Aceros Unidos, en el noroeste.<sup>82</sup>

Poensgen, que era uno de los pocos industriales que habían conservado las manos limpias durante los años nazis, se opuso enérgicamente a la propuesta de crear una Reichsvereinigung Eisen o Asociación del Hierro del Reich (RVE) porque amenazaba con socavar su papel de liderazgo en el Ruhr. Speer sugirió que Albert Vögler, el director general de Aceros Unidos, debería dirigir esta nueva organización, pero Hitler prefirió a su amigote Hermann Röchling. Como uno de los principales cruzados contra la conspiración judía mundial, había protestado vigorosamente de que el Sarre estuviera en peligro de convertirse en una —reserva natural judía— cuando se rebajó temporalmente el tono del antisemitismo en la región como

preparación para el plebiscito de enero de 1935. Poensgen, por otro lado, era un nacionalista conservador al que horrorizaban el antisemitismo, el racismo y la intolerancia de los nacionalsocialistas.<sup>83</sup>

El 29 de mayo de 1942, Speer, con total desvergüenza, nombró jefe de RVE a Hermann Röchling. RVE controlaba todos los aspectos de la industria del hierro, desde la materia prima a las ventas. Al mismo tiempo, Walter «Panzer» Rohland sustituyó a Poensgen como jefe del grupo noroeste.<sup>84</sup> Poensgen dimitió de todos sus cargos oficiales, incluido el de presidente del consejo directivo de Aceros Unidos, y se retiró a Kitzbühel. Funk nombró a Alfried Krupp, de Bohlen und Halbach, y a «Panzer» Rohland representantes del RVE de Röchling para añadir un peso adicional a la nueva organización. Rohland, como mano derecha de Alfred Vögler en Aceros Unidos, e íntimo amigo de Speer, controlaba de manera efectiva el anillo de producción de hierro, además de contar con una poderosa voz en RVE. Röchling, junto con Alfried Krupp y «Panzer» Rohland, tenían ahora poderes prácticamente dictatoriales. En RVE eran conocidos como los «Tres Reyes» o los «Tres Reyes Magos».<sup>85</sup>

Para Röchling, en la primavera de 1942, la campaña de Alemania en la Unión Soviética se había convertido en una lucha apocalíptica entre el capitalismo y el comunismo en donde de la industria del acero representaba un papel primordial. No era una mera guerra entre estados; era la prueba del ácido para la empresa privada. Estaba anonadado ante el rendimiento de la economía soviética. La fuerza aérea soviética había perdido 20.000 aparatos, pero los había reemplazado rápidamente. Se fabricaban tanques incluso en una Leningrado asediada y muerta de hambre. Se habían trasladado fábricas enteras hacia el este. En ciertos aspectos, especialmente en tanques, los soviéticos eran superiores tecnológicamente. Röchling temía que si el sistema capitalista fracasaba a la hora de proporcionar productos, podría ser sustituido por un modelo alternativo: o bien una economía de mando siguiendo las líneas soviéticas, o bien una economía basada en la ideología nacionalsocialista más radical. Aunque respaldaba las políticas antisemitas y raciales de los nacionalsocialistas, así como sus intenciones depredadoras en política exterior, estaba horrorizado ante las confusas ideas de los radicales nazis respecto al «socialismo alemán», sus ataques sobre los «plutócratas» y su preocupación por el bienestar de los pequeños negocios. Speer estaba totalmente de acuerdo con esta valoración. Röchling estaba decidido a demostrar que la empresa privada, espoleada por la motivación del beneficio

y permitiéndosele tanto como fuera posible emplear sus propios recursos, era la forma más eficaz de proporcionar a las Fuerzas Armadas los medios para ganar la guerra. El capitalismo tenía que aceptar el abrumador reto comunista. ¡Ay de él si fracasaba!<sup>86</sup>

A Röchling y a la Asociación del Hierro del Reich les llevó algún tiempo organizarse. El *presidium* se reunió por primera vez en agosto de 1942. Estaban presentes todos los grandes industriales de las ramas del hierro y el acero. Junto con Röchling, Krupp y Rohland, estaban Friedrich Flick, Wilhelm Zangen de Mannesmann, Paul Pleiger de los Hermann Göring Werke, y Alfred Pott de Oberhütten-Ballestrem, quien en 1926 había fundado, junto a Alfred Vögler, Ruhrgas AG, la mayor compañía de gas de Alemania. Además, había representantes de Sajonia y Austria —llamada entonces Ostmark— así como del Frente de Trabajo Alemán. La asociación se reforzó posteriormente porque Flick y Krupp también representaron un papel clave en la Asociación del Carbón del Reich (RVK). El consejo directivo incluía a todos estos poderosos industriales. Hans-Günther Sohl de Aceros Unidos y Eugen Langen de la factoría Röchling eran los directores generales.<sup>87</sup> Resulta llamativo que las fábricas Hermann Göring Werke tuvieran una influencia relativamente pequeña en esta nueva organización. De este modo, la RVE era un perfecto ejemplo de la autodeterminación de Speer en acción. El Ministerio de Economía carecía de influencia sobre ella, pese a que, desde un punto de vista formal, estaba bajo su control, y Göring quedó eclipsado. Speer, al menos por el momento, era el hombre imparcial a cargo, y era reconocido como tal con agradecimiento. No había aportación por el trabajo, ni control político, y ni una sola molesta interferencia exterior, siempre y cuando se entregasen los productos.

El problema fundamental en ese momento era cómo conseguir que RVE y RVK trabajasen conjuntamente para que se pudieran satisfacer las necesidades de carbón de la industria del acero. Esta tarea se convirtió en algo todavía más difícil a causa de las exigencias nada realistas de Hitler en cuanto al aumento de la producción. El 28 de octubre de 1942 se celebró una reunión en el Ministerio de Armamentos en un intento de poner en orden el problema de las adjudicaciones de hierro y carbón. Hitler estaba presente. «Panzer» Rohland, que había sido elegido para hablar en nombre de las industrias del hierro y el acero a causa de su franqueza, se quejó amargamente de que el acuerdo alcanzado con Hitler el 13 de agosto para producir 2,65 millones de toneladas métricas de acero al mes estaba por

completo fuera de la realidad. Pleiger, el presidente de la Asociación del Carbón del Reich, enumeró claramente las dificultades a las que se enfrentaba la industria del carbón. La producción de carbón en Bélgica y el norte de Francia había disminuido de manera significativa debido a la escasez de mano de obra, la malnutrición y las inadecuadas instalaciones de transporte. Noruega y Suecia sufrían una desesperante escasez de suministros, y clamaban por recibir un alivio a su situación. En Alemania reinaba un descontento generalizado por la escasez de carbón para uso doméstico. La insaciable exigencia de carbón de Krauch para sus industrias químicas agravaba todavía más la situación.<sup>88</sup> En este punto, Hitler perdió los nervios y advirtió al desventurado Pleiger que, si no se satisfacían las necesidades de la industria del acero, se perdería la guerra. Un aturdido Pleiger solo pudo musitar que haría todo lo que estuviera en su mano. Una vez más, Hitler había demostrado en un momento de depresión y desesperación que, en lo más profundo, sabía que las posibilidades de ganar la guerra eran muy reducidas.<sup>89</sup> Los resultados de la ofensiva de verano eran desalentadores. La situación en Stalingrado comenzaba a provocar preocupación, la Wehrmacht no había alcanzado sus objetivos en el Cáucaso, y el Ejército Panzer de África se encontraba en una situación desesperada en El Alamein.

Rohland calculaba que solo se podría alcanzar una media mensual de producción de acero de 2,4 millones de toneladas métricas, pero para enero esta cifra cayó hasta los 2,2 millones de toneladas métricas. E incluso estas pobres cifras solo podían lograrse si había un suministro suficiente de carbón. Rohland culpó a Pleiger de esta situación, señalando que los suministros de carbón habían disminuido drásticamente. Rohland formuló entonces la absurda afirmación de que él podría producir los 2,65 millones de toneladas métricas mensuales que exigía Hitler, pero lo dijo únicamente con la vana esperanza de que Pleiger pudiera aumentar la producción de carbón, tal como había ordenado Hitler. Speer intentó calmar las cosas ordenando a Rohland, Pleiger y Schieber que se reuniesen y resolviesen sus diferencias; pero Rohland se mantuvo inflexible. Exigió un aumento sustancial en las entregas de carbón, para lo cual solicitó una adjudicación de 68.000 trabajadores adicionales.<sup>90</sup>

En noviembre de 1942, Speer anunció durante una reunión de Planificación General que el fracaso de las industrias del carbón y del acero a la hora de cumplir sus objetivos cuestionaba todo el sistema de la empresa privada. Si el sistema de autodeterminación industrial, junto con la

racionalización sistemática para ahorrar materias primas y mano de obra, fracasaban, entonces Planificación Central debería entregar las riendas a Göring y Hitler.<sup>91</sup>

Speer redujo entonces la cifra prometida a Hitler hasta los 2,5 millones de toneladas métricas de acero al mes, pero Rohland insistió en que 2,4 millones estaba en el límite absoluto de lo posible, después de lo cual Speer formuló una amenaza apenas disimulada. Se estaba poniendo en cuestión todo el sistema de autodeterminación de la industria. Se había puesto a prueba la teoría de que, si se dejaba sola a la industria, haría el trabajo, y los resultados eran deficientes. Cuando a principios de diciembre Speer informó a Hitler para presentarle los planes para el primer cuatrimestre de 1943, tuvo que admitir que la Armada y las municiones verían recortadas sus adjudicaciones de hierro y acero. Las perspectivas para el futuro eran lúgubres. Se estimaba que habría una severa escasez de hierro y acero en el segundo cuatrimestre de 1943, lo que significaba que habría que archivar un buen número de programas importantes. La situación empeoró todavía más cuando las peticiones de prevención de ataques aéreos aumentaron dramáticamente a medida que tomaba impulso la ofensiva aérea aliada. Las cada vez mayores peticiones de las Waffen-SS agravaron el funcionamiento del sistema. Speer intentó poner una nota optimista en este lamentable estado de cosas, pero tuvo que admitir que sus esfuerzos para aumentar significativamente la producción de hierro y acero habían fracasado debido a la escasez de carbón, minerales, mano de obra y capacidad industrial. Sabiendo que la situación era insoluble, se mostró preparado para asignar culpas. Defendió lealmente a Pleiger frente a los ataques injustificados de Rohland. Queda abierta la cuestión de si, incluso si se hubieran alcanzado esas cifras de producción de carbón y hierro, hubiera sido posible aumentar de manera importante la producción de armamentos. Speer sabía que la capacidad industrial se había estirado hasta el límite, de manera que gran parte de este acero nunca hubiera entrado en el proceso de producción.<sup>92</sup>

Gracias a los excepcionales esfuerzos de todos los implicados, incluido un importante recorte en la ya mínima adjudicación de carbón para uso doméstico, los resultados fueron, no obstante, impresionantes. A comienzos de diciembre de 1942, Hitler felicitó a Pleiger por aumentar la producción anual de carbón de 317,9 a 340,4 millones de toneladas métricas.<sup>93</sup> A pesar de las lúgubres predicciones de Speer, la producción de acero alcanzó una cima récord de 2,7 millones de toneladas métricas al mes en el primer cuatrimestre

de 1943.

Speer había logrado unos resultados impresionantes, pero Milch lo había hecho aún mejor empleando un enfoque bastante diferente. A partir de mayo de 1941, el aprovisionamiento estaba dirigido por un Consejo Industrial en el Ministerio del Aire que limitaba severamente la influencia de las grandes empresas.<sup>94</sup> Milch no tenía nada que ver con la autodeterminación industrial, y prefería intervenir directamente para alcanzar sus fines. En 1934, Hugo Junkers había sido obligado a vender el 51 por ciento de su empresa fabricante de aviones junto con todas sus patentes. Heinrich Koppenberg, un estrecho colaborador de Friedrich Flick, fue puesto a cargo de la compañía. Era un matón brutal sin conocimientos de la industria aeronáutica que se marcó objetivos de producción ilusorios. Milch lo destituyó sumariamente aquel mismo año. Cuando BMW se enfrentó a ciertos problemas con sus motores radiales, Milch puso al vicepresidente del Consejo Industrial, William Werner, a cargo de la producción. Era un ingeniero nacido en los Estados Unidos que había trabajado para Junkers y Auto Union y que había estudiado técnicas de fabricación en serie en Detroit.<sup>95</sup> En abril de 1942, Milch aprovechó los serios defectos de diseño del avión de ataque a superficie Messerschmitt Me 210 como excusa para arrebatarse a Willy Messerschmitt el control de la compañía. Las dificultades financieras en Heinkel llevaron a la destitución de Ernst Heinkel en 1943. De este modo, el Ministerio del Aire tenía ahora el control directo sobre las tres grandes compañías fabricantes de aeroplanos.

A pesar del dirigismo burocrático y a una total falta de libertad empresarial, la industria aeronáutica logró unos resultados sorprendentes. La fabricación de aviones se dobló entre 1942 y 1943. Las técnicas de fabricación en serie utilizando un menor número de trabajadores especializados y semi-especializados, así como la adopción de procesos que reducían enormemente el desperdicio de metal hicieron posible aumentar la producción sin grandes aumentos en la mano de obra o las materias primas. La decisión de Milch de concentrarse en la fabricación en serie de modelos ya utilizados y probados estimuló la producción, pero fue a costa del desarrollo de nuevos modelos que ya estaban en la mesa de diseño. Los fiables caballos de carga de la Luftwaffe —como el caza Me 109 y el bombardero He 111— se quedaron obsoletos rápidamente. Optando por la cantidad más que por la calidad, Milch estaba obligando a las tripulaciones a volar en aparatos que estaba reduciendo rápidamente sus posibilidades de

supervivencia.

Desde el principio, Speer se dio cuenta de que resultaría imposible aumentar la producción de cada uno de los incontables productos imaginables que necesitasen los militares. Se le concedió prioridad a las cosas que, desde su punto de vista, decidirían el resultado de la guerra. Entre estas se encontraban las municiones, los tanques, los camiones y las locomotoras. En julio de 1942, además de las categorías S (especial) y SS (extra especial), añadió la categoría DE para proyectos especiales que necesitaban ser desarrollados rápidamente y producidos a una escala relativamente pequeña. Las prioridades eran marcadas por un selecto grupo dentro de los comités y sancionadas por Speer tras consultar a Hitler. El problema era que Hitler cambiaba constantemente de opinión. Un mínimo cambio en las prioridades podía desbaratar programas enteros. Hitler tenía la agotadora costumbre de pedir lo imposible. En 1942, el consumo excepcionalmente elevado de munición en el frente oriental le llevó a exigir un aumento extraordinario en la producción. Puesto que no se disponía en cantidades suficientes de las materias primas básicas, especialmente químicas, Speer hubo de emplear todos sus poderes de persuasión para obligarle a aceptar unas cifras de objetivos menos ambiciosas.<sup>96</sup> La escasez de munición iba a atormentar a la Wehrmacht durante toda la guerra y se iba a convertir en crónica hasta que llegó a su fin.

Speer estaba totalmente de acuerdo con Hitler en que el tanque sería el arma decisiva. Hitler, que insistía en que el peso era más importante que la velocidad, encargó en marzo de 1942 a Ferdinand Porsche y a la empresa Krupp que construyeran un tanque de 100 toneladas métricas, haciéndolo tres veces más pesado que el T-34 soviético. Concediendo prioridad total a este proyecto y exigiendo que el prototipo estuviera listo para comienzos de 1943, detuvo todos los demás desarrollos de vehículos a motor. A partir de ese momento solo se construirían modelos ya existentes.<sup>97</sup> Se redujo notablemente la producción del Panzer II y las armas autopropulsadas se equiparían a partir de ese momento con el poderoso arma anti-tanque Park 40 de 7,5 mm. La producción de los Panzer III aumentó en 1942. Aunque se demostró inoperante contra la coraza soviética, cuando se le equipaba con el cañón L24 de 7,5 cm resultaba relativamente válido como apoyo de infantería. El Panzer IV iba ahora equipado con un cañón de 75 mm de alta velocidad que resultaba eficaz contra la coraza soviética. El monstruoso tanque de Hitler nunca llegó a fabricarse. El tanque más pesado de la

Wehrmacht, el Tiger II, pesaba unas más modestas 69,8 toneladas métricas.<sup>98</sup>

Speer quería concentrarse en la fabricación de cañones de asalto a costa de los tanques, porque sus torretas fijas eran más fáciles de fabricar, pero Hitler insistió en que debía continuar adelante el trabajo del Panzer V Panther. Se tomó un interés muy personal en el Panther, provocando así numerosos dolores de cabeza a Speer. Sus constantes llamadas para hacer cambios en el diseño hicieron casi imposible la realización de un programa eficaz. De repente, en mayo de 1942, insistió en que todos los tanques deberían estar equipados con el cañón KwK 40 de 75 mm, incluso antes de que se hubieran llevado a cabo pruebas adecuadas. Rechazó las objeciones de Speer afirmando que, incluso si el cañón no resultaba adecuado, aún así los tanques se podrían volver a utilizar cuando se rearmasen. En junio, Hitler ordenó que se aumentase hasta 80 mm la coraza frontal. Dos semanas más tarde dio marcha atrás en esta orden, provocando un considerable gasto inútil de material.<sup>99</sup>

Los trabajos continuaron adelante en el Tiger I de 56,9 toneladas métricas en el que tanto Hitler como Speer habían depositado muchas esperanzas. En marzo de 1942, Speer realizó la extravagante afirmación de que Ferdinand Porsche sería capaz de producir 60 Tiger para octubre y Henschel otros 25, antes incluso de decidir qué modelo debería ir a la producción a gran escala. Pronto resultó evidente que el Porsche Tiger era un desastre. Su chasis se utilizó para construir un caza-carros de 65 toneladas, primero conocido como Elefant y más tarde como Ferdinand. De nuevo, Hitler demandaba cambios y modificaciones constantes a la vez que exigía que el Tiger I fuera probado en el frente tan pronto como fuera posible. Se empleó por primera vez en combate en Leningrado en el verano de 1942. Los primeros informes sugerían que el tanque era demasiado pesado, pero Hitler ignoró estas críticas. Ordenó a Speer aumentar su peso hasta las 120 toneladas y armarlo con un cañón muy potente. Las pruebas demostraron que era imposible. El armamento principal iba a aumentarse hasta lo 88 mm y su radio de acción se amplió de 50 a 150 kilómetros. A pesar de todas estas dificultades, 78 Tiger llegaron al frente a finales de 1942, mientras que ni un solo Panther estuvo listo para el combate.<sup>100</sup>

Hitler quería que Daimler-Benz construyera el Panther, pero Speer consiguió convencerlo de que MAN estaba mejor dotada para la tarea. Prometió que para mayo de 1943 se habrían construido 250 unidades. Fue una promesa imprudente. La producción se veía entorpecida por los seis tipos

diferentes de tanques que se estaban construyendo al mismo tiempo y por las persistentes exigencias de Hitler para llevar a cabo modificaciones. Los especialistas en tanques de Speer —Rohland, Porsche, Erich Müller de Krupp y Gerhard Stieles von Heydenkamp de la fábrica Brandenburg de Opel— se veían seriamente afectados por las intromisiones de Hitler y por su insistencia en que, en cualquier caso, el blindaje era más importante que la velocidad. Esto era algo que Speer tuvo que aceptar a regañadientes. «La decisión del Führer», declaró desalentado, «debe observarse hasta el final».<sup>101</sup> A pesar de todas estas disputas, la producción de tanques aumentó, pero Speer fue incapaz de alcanzar la producción en serie de modelos estándar como era su sueño.

La obsesión de Hitler por el blindaje impulsó a Porsche a proponer un monstruo de 188 toneladas métricas, el Panzer VIII «Maus», armado con dos cañones de 128 y 150 mm que requerían una torreta que pesaba 50 toneladas. Dos de estos gigantes entraron en acción en la fase final de la guerra. No hicieron nada por detener el avance del Ejército Rojo. Todavía más grotesca fue la petición de Hitler a dos ingenieros de Krupp para que diseñaran los planos del crucero terrestre 1000 Ratte, un tanque de 1.500 toneladas armado con un cañón de 800 mm y movido por ocho motores diesel navales Daimler-Benz. Como era de esperar, esta monstruosidad nunca vio la luz del día.<sup>102</sup>

Durante el verano y el otoño de 1942, Hitler modificó, cambió varias veces de opinión y alteró el programa de tanques de Speer. En noviembre, Speer estableció un nuevo conjunto de prioridades en el «Programa Panzer Adolf Hitler», que se discutió a fondo a finales de noviembre y finalizó con una conferencia de tres días en el cuartel general de Hitler que terminó el 1 de diciembre.<sup>103</sup> Rohland realizó una presentación comedida, señalando cuidadosamente cada uno de los muchos problemas que habría que superar, siendo el principal de ellos la escasez de material y herramientas y maquinaria. Hitler los desestimó, señalando de manera insulsa que los tanques deberían estar entregados a tiempo a pesar de todos los obstáculos. El 22 de enero de 1943 se hizo público el programa mediante una gigantesca campaña publicitaria. Prometía aumentar por cuatro la producción de tanques en dos años, a pesar de que Speer había advertido a Hitler de que solo conseguiría garantizar un aumento en la fabricación de los Panzer IV y de los cañones de asalto.<sup>104</sup> Tendría que esperar a que el programa Panzer estuviera a pleno rendimiento antes de hacer ninguna promesa. Los tanques recibieron máxima prioridad para la adjudicación de materias primas y transportes, los

trabajadores especializados que trabajaban en tanques no eran reclutados y aquellos que ya estaban sirviendo en las Fuerzas Armadas serían liberados. Speer recibió poderes excepcionales para asegurarse de que se respetaban estas medidas. Todo aquel que no cumpliera con su parte sería llevado ante el Tribunal del Pueblo.<sup>105</sup> Los trabajadores de las fábricas de tanques debían cumplir una semana laboral de 72 horas, con las compañías adoptando una rutina de dos turnos diarios. Se informó de que algunos trabajadores se presentaban voluntarios para trabajar turnos de 24 horas. Se ofrecieron algunos modestos incentivos. Los trabajadores recibían raciones extra, pastillas de vitaminas, una remuneración extra para ropa y fiestas en un complejo turístico «Fuerza a través de la Alegría» en el Tirol.<sup>106</sup>

En los círculos industriales, el Programa Panzer Adolf Hitler fue rebautizado como «Aktion Saur», pues Speer había entregado las riendas a su representante. Fue una decisión que iba a lamentar de por vida. Hitler, animado por Saur, continuó exigiendo lo imposible. Alemania no tenía suficientes tanques para atrapar al Ejército Rojo en el saliente de Kursk en julio de 1943. Según el mariscal de campo Manstein, Hitler le prometió una gran cantidad de Tigers, Panzers, Ferdinands y cañones de asalto para la «Operación Ciudadela». Todo fue en vano.<sup>107</sup> Los soviéticos tenían el doble de tanques. El Panzer III ya estaba obsoleto. Los Panzers tenían serios problemas en las orugas, que se rompían y se incendiaban con facilidad. Los Tiger, con su blindaje pesado, demostraron que resultaba difícil acabar con ellos, pero aquello no era suficiente para que representasen un papel decisivo. El pesado Ferdinand era virtualmente inmune al fuego anti-tanque. Armado con un cañón de 88 mm, era devastador en un enfrentamiento tanque contra tanque, pero, puesto que carecía de ametralladores, era vulnerable ante un ataque de infantería. Los soviéticos fueron rápidos a la hora de contrarrestar al Tiger equipando el actualizado T-34/85 con un cañón de 85 mm que podía atravesar el blindaje del Tiger a una distancia de 500 metros.

Sin embargo, a pesar de todo el énfasis puesto en los tanques, solo el 7 por ciento de la producción armamentística se dedicó a su fabricación. El Programa Panzer Adolf Hitler no tuvo un efecto significativo sobre el aumento de la cantidad total de armamento, cuya parte del león correspondía a Milch y a sus aviones. Aunque se le concedió prioridad absoluta a los tanques, interrumpiendo a menudo otros programas de armamento, Milch fue capaz de fabricar 2.200 aviones en un solo mes, eclipsando de ese modo a los enormemente publicitados 1.270 vehículos del Programa Panzer en el mismo

período, la mayoría de los cuales eran modelos obsoletos.<sup>108</sup>

Durante su primer año en el cargo, Speer había logrado muchas cosas. Construyendo sobre los sólidos cimientos establecidos por Todt, sin un aumento sustancial de las materias primas y a pesar de la tremenda escasez de mano de obra especializada, había conseguido aumentar de forma significativa la producción mediante la concentración, estandarización y racionalización, así como aumentar el transporte disponible para la industria armamentística. Hitler le había concedido autoridad para cerrar todas las ramas de la industria que no estuvieran directa o indirectamente conectadas con la industria armamentística, y lo apoyó en casi todas las situaciones. El éxito de Speer le confirió una inmensa autoridad sobre el estamento militar y la industria, pero aún había algunas grietas en el sistema. Los gauleiters y el partido no estaban precisamente entusiasmados, y sus subordinados más ambiciosos estaban comenzando a amenazar su posición.

A todos los implicados les costó cierto tiempo darse cuenta de que las exigencias de Speer de «racionalización», que parecían ser evidentes, eran, de hecho, poco más que una expresión de su determinación para extender su poder e influencia sobre cualquier aspecto de la industria armamentística. Lógicamente, esto supuso consideraciones económicas y militares que dieran paso a la racionalidad instrumental. La producción de armamento estaba ahora marcada por la inflexibilidad y por una concentración en megaproyectos de un valor cuestionable. De ese modo, «racionalización» era poco más que el «principio de liderazgo» nacionalsocialista pero bajo otro disfraz. Se exigía un liderazgo despreocupado y una obediencia ciega. Pese a toda la palabrería sobre la libre determinación de la industria, se ahogaba la iniciativa, se desanimaba la innovación y resultaba complicado llegar a compromisos.<sup>109</sup> A pesar de que, igual que Todt, nunca tuvo nada que pudiera describirse como un sistema, Speer fue ampliamente considerado como un trabajador milagroso que fue capaz de proporcionar a Alemania los medios para superar a sus enemigos. Todo dependía ahora de la capacidad del ejército para asegurar la esfera de influencia de la Alemania nazi, de manera que las materias primas y la mano de obra estuvieran disponibles en cantidades suficientes, y de que la Luftwaffe garantizase que los tejados de la fortaleza de Alemania se mantuvieran intactos.

## 6. MANO DE OBRA: LIBRE, FORZADA Y ESCLAVA

La idea de nombrar un «dictador de la mano de obra» —la expresión procedía de Todt— ya se había discutido después del revés en Moscú en diciembre de 1941 en una serie de reuniones entre el Ministerio de Armamentos, el OKW, el Plan Cuatrienal, el Ministerio de Trabajo y la industria bajo el manto del Grupo Industrial del Reich, la Asociación del Carbón del Reich y Carl Krauch como Plenipotenciario para la Química. En enero de 1942, Göring concedió al Dr. Werner Mansfeld, un eficaz experto del Ministerio de Trabajo —un hombre que se especializó en la explotación despiadada de los prisioneros de guerra soviéticos— «poder ilimitado y excepcional para controlar la asignación de toda la mano de obra disponible una vez que se hayan satisfecho todas las exigencias de reclutamiento de las fuerzas armadas».<sup>1</sup> Sustituía de este modo a Friedrich Syrup, el hombre responsable de la mano de obra dentro del Plan Cuatrienal, que había sufrido una crisis nerviosa.<sup>2</sup>

Todt puso todo tipo de objeciones al nombramiento de un burócrata del Ministerio de Trabajo, enviado temporalmente al Plan Cuatrienal, para ocuparse de la adjudicación de la mano de obra. Tenía la sensación de que ese asunto debería ser responsabilidad exclusiva de su ministerio. Pero Mansfeld demostró pronto que era un fiasco. Jamás se definieron claramente sus poderes, y Speer tenía la sensación de que carecía del impulso necesario. Los gauleiters, que tenían el control sobre la mano de obra en sus distritos, opusieron una feroz resistencia a cualquier forma de centralización. Por último, Hitler se mostraba inseguro ante la idea de nombrar un dictador de la mano de obra, un cargo que estaba condenado a pisar varios callos sensibles y que probablemente tendría una influencia nociva sobre la política social.

Speer y la camarilla de poderosos industriales que lo rodeaban estaban decididos a racionalizar y centralizar la asignación de la mano de obra. Seis millones de trabajadores habían sido llamados a filas y solo eran parcialmente sustituidos trasladando mano de obra de otros negocios y talleres artesanos, o poniendo a trabajar a los prisioneros de guerra. Speer se daba cuenta de que

la fuerza laboral era un gran problema que debía ser abordado de inmediato. Hay algunas indicaciones de que esperaba obtener cierto control personal sobre la asignación de la mano de obra, pero dudaba de que fuera capaz de superar las feroces objeciones de los gauleiters. Por lo tanto, sugirió que su viejo amigo Karl Hanke, el despiadado gauleiter de la Baja Silesia, sería el hombre ideal para ese trabajo. Tanto Hitler como Göring pensaron que se trataba de una elección aceptable, pero Hanke era una figura controvertida. En 1938, Goebbels, Ministro de Propaganda, se había enamorado de una joven estrella checa, Lída Baarová, una dura prueba que llevó a su esposa Magda a buscar consuelo en los brazos de Hanke, que en ese momento era Secretario de Estado en el ministerio de Goebbels. Bormann se aprovechó de este episodio para persuadir a Hitler de que designar en su lugar a una persona que fuese más fácil de controlar.<sup>3</sup> Sugirió que su amigo Fritz Sauckel, el gauleiter de Turingia, era el más adecuado para la tarea. Speer se mostró de acuerdo con la elección de Bormann, porque era preferible a Robert Ley, que estaba intentando desesperadamente conseguir el puesto. Speer argumentó que sería una mala idea encomendar la tarea de dirigir la mano de obra a una organización que, en teoría, representaba los intereses de los trabajadores.<sup>4</sup> Hitler estuvo de acuerdo en que sería políticamente imprudente dar el trabajo a Ley —un predicador itinerante del «socialismo alemán»— cuyo Frente Alemán del Trabajo fue diseñado como piedra angular del estado de bienestar nazi. Aquello sería difícil de conciliar con la tarea de asignar el trabajo forzado a la industria de armamentos o de obligar a las mujeres alemanas a convertirse en trabajadoras de una fábrica. Tenía que preservarse el mito de la «comunidad racial».

Como estaba previsto, el 21 de marzo 1942 Hitler nombró a Fritz Sauckel Generalbevollmächtigter für den Arbeitseinsatz o Plenipotenciario para el Empleo de Trabajo. Parecía ser una opción ideal. Como gauleiter, se encontraba en una posición ventajosa para hacer frente a otros de su calaña. Como demagogo irreductible con impecables credenciales de acoso a los judíos y una devoción canina por su Führer, desde el punto de vista político era irreprochable. También tenía algún conocimiento de la industria de armamentos, tras haber fundado en 1936 la empresa armamentística Fundación Wilhelm Gustloff en Suhl. Se basaba en una compañía fundada por Löb y Moisés Simson que había sido «arianizada». A través de esta compañía, estableció estrechos vínculos con Carl Goetz, el presidente del Dresdner Bank, y con Walther Schieber, del Ministerio de Armamentos.<sup>5</sup>

Como pronto resultó evidente durante los juicios de Núremberg, Speer y Sauckel eran personalidades totalmente diferentes respecto a sus antecedentes sociales, su educación, su comportamiento y su temperamento. En consecuencia, existía una fricción potencial entre ambos. Sauckel dejó muy claro que estaba dispuesto a cumplir con los requerimientos de mano de obra de Speer, pero se negó a aceptarlos como órdenes.<sup>6</sup> De este modo, Bormann estuvo encantado de haber frustrado, al menos parcialmente, el plan de Speer para tener un control directo sobre la asignación de la mano de obra.

En un primer momento, Hitler pensó en colocar a Sauckel a las órdenes directas de Speer. Hans Lammers, su infatigable jefe vigilante en la Cancillería, se opuso enérgicamente a esta sugerencia, aparentemente por razones administrativas, pero casi con toda seguridad porque sentía que Speer estaba acumulando rápidamente demasiado poder. Este fue el primer revés de Speer en su campaña para hacerse con el control de toda la economía. Tuvo que conformarse con la «cooperación colegiada» de Sauckel.<sup>7</sup>

Hitler se mostró inicialmente de acuerdo con la sugerencia de Göring para que Sauckel fuera su subordinado en el Plan Cuatrienal. Speer estaba escandalizado. En presencia de Hitler, le dijo en tono brusco a Sauckel que tenía que trabajar para él. Speer señaló que también era Plenipotenciario para Armamentos dentro del Plan Cuatrienal y que, como tal, Sauckel era su subordinado.<sup>8</sup> En la práctica, esta sutileza fue pasada por alto, ofreciendo así una bendición inesperada, porque eso le permitió a Speer declarar en Núremberg que en su relación con Sauckel siempre mantuvo una distancia aséptica. La argumentación de Speer, en el sentido de que Sauckel no solo actuó independientemente de él, sino que también era su adversario, le ayudó a salvar el cuello. Varios historiadores se han tragado este cuento, convirtiendo a Sauckel en el único responsable de toda la inhumanidad espantosa asociada a la contratación y el empleo de mano de obra forzada.<sup>9</sup>

Una cosa sí era cierta. No se podría aumentar la producción sin un aumento significativo en la mano de obra, que se había agotado drásticamente debido a los requisitos de reclutamiento de las Fuerzas Armadas después del fracaso de la Operación Barbarroja. Hitler y el Partido Nazi se mostraban reacios a explotar plenamente un mercado laboral nacional ya duramente presionado por temor a las repercusiones políticas. El poder carismático de Hitler se basaba en la fe que el pueblo depositaba en él. Exigir sacrificios excesivos, principalmente a las mujeres, en esta etapa de la guerra supondría empañar su imagen. Un porcentaje notablemente alto de mujeres

alemanas ya estaban trabajando. El 52 por ciento de las mujeres alemanas entre los 15 y los 60 años desempeñaban un trabajo remunerado en 1939. En Gran Bretaña, la cifra era del 45 por ciento, y en los Estados Unidos solo del 36 por ciento. Las mujeres alemanas trabajaban principalmente en unidades agrícolas de pequeña escala, en el servicio doméstico, en el comercio minorista y como oficinistas.<sup>10</sup> Ni siquiera en las etapas finales de la guerra fueron llamadas las mujeres alemanas a incorporarse a las fábricas de armamento. La ideología nacionalsocialista de los «subhumanos» proporcionó una respuesta sencilla. Los enormes recursos de mano de obra del este podrían ser explotados sin piedad para llenar los vacíos del mercado nacional.

El 3 de mayo 1942, Keitel entregó a Speer, Göring y Sauckel un memorando en el que declaraba que tenía la intención de reclutar a 115.000 trabajadores clasificados como «indispensables» («gestellt unabkömmlich», abreviado como «uk-gestellt»). Speer intentó asegurarse de que, siempre que fuera posible, los trabajadores cualificados de la industria armamentística estarían protegidos de las manos depredadoras del OKW. Para junio, después de que los militares hubieran sufrido inesperadamente fuertes pérdidas y a punto de lanzar la ofensiva de verano, la necesidad de mano de obra era acuciante. Speer se apresuró a visitar a Hitler y consiguió que se redujesen las cifras, pero tuvo que prometer que los criterios de «indispensabilidad» se harían más estrictos. Esto dejó un número relativamente pequeño de trabajadores absolutamente indispensables a quienes Hitler garantizaba que no tendrían que prestar el servicio militar.<sup>11</sup> Hitler estaba dispuesto a hacer esta concesión porque se encontraba en un estado de ánimo optimista, pues aseguraba que las bajas en el Grupo de Ejércitos Sur eran relativamente ligeras.

Sauckel proporcionó un buen número de trabajadores para reemplazar a los reclutados por las Fuerzas Armadas, pero en su mayoría se encontraban en tan mal estado de salud que a Speer no le valían para resolver sus problemas. Speer coincidía con Sauckel en que los trabajadores de la industria necesitaban estar razonablemente bien alimentados para poder funcionar con eficacia. Casi tan pronto como fue nombrado Ministro de Armamentos, le dijo a Hitler que los trabajadores soviéticos debían ser alimentados si quería que resultasen de alguna utilidad. En cierto modo sorprendentemente, Hitler estuvo totalmente de acuerdo. Herbert Backe, del Ministerio de Alimentación y Agricultura, recibió la orden de proporcionar la comida. Este fue un

encargo curioso para un hombre que estaba planeando fríamente matar de hambre a treinta millones de ciudadanos soviéticos.<sup>12</sup> En un arranque de justa indignación, Hitler, dejando temporalmente a un lado sus teorías racistas, dijo que era indignante que los civiles soviéticos fueran tratados como prisioneros de guerra. Los trabajadores del este iban a recibir las mismas raciones que otros trabajadores extranjeros, se incrementaron sus salarios y se les dio mayor libertad de movimiento. En un notable cambio de sentido ideológico, se anunció que «la mano de obra procedente de Rusia es el botín más valioso que la economía alemana ha obtenido en la campaña de Rusia».<sup>13</sup> Este nuevo enfoque no duró mucho tiempo. Cuando se redujeron las raciones para los alemanes comunes, hubo quejas generalizadas porque los *Ostarbeiter* estaban mejor alimentados que el «camarada racial» promedio. El 17 de abril de 1942, menos de un mes después de que Hitler hubiera aumentado las raciones para los trabajadores soviéticos, se redujeron de nuevo.

El grupo Krupp se quejó rápidamente. Se informó de que el 30 por ciento de sus prisioneros de guerra soviéticos eran incapaces de trabajar debido a la desnutrición. Doce ya habían muerto. Los trabajadores soviéticos civiles, que cuando llegaron parecían gozar de una excelente salud, también mostraban signos de malnutrición grave. Los talleres ELFI de Hildesheim informaron que los ucranianos que estaban perfectamente dispuestos a trabajar de desplomaban en el suelo a causa del hambre.<sup>14</sup> Defendiéndose contra cualquier posible acusación de «sentimentalismo», insistieron para que estos trabajadores recibieran raciones adecuadas de manera que pudieran trabajar con la máxima eficiencia. El Grupo Industrial del Reich presentó un informe que indicaba que, aunque las raciones mínimas dadas a los trabajadores soviéticos podrían ser políticamente deseables, desde un punto de vista práctico eran indefendibles. El OKW estuvo de acuerdo, con el argumento de que las categorías de «trabajo», «trabajo pesado» y «trabajo más pesado», que se utilizaban para determinar el número de calorías necesarias por día, no debían tomar en consideración la «procedencia racial».<sup>15</sup> Speer se mostró igualmente carente de sentimentalismo. No estaba de acuerdo con Himmler, no por razones morales, sino prácticas. Matar de hambre a los trabajadores no era una forma eficaz de administrar un negocio. Por la misma razón, Speer estaba decidido a frustrar los esfuerzos de Himmler para construir una industria armamentística dentro de los campos de concentración. Esto no era más que una amenaza a las ganancias de los industriales, que Speer consideraba la fuerza motivadora detrás de una economía eficiente; esta era

muy ineficiente.

En efecto, Himmler y las SS tenían un enfoque muy diferente. Consideraban que el trabajo industrial era un método alternativo para la eliminación de las razas inferiores. El «exterminio por el trabajo» era una alternativa práctica a la cámara de gas. El 31 de enero de 1942, Himmler le dijo a Oswald Pohl, el jefe de su Oficina Central de Economía y Organización, que, en lo sucesivo, el 80 por ciento de los armamentos de las SS los fabricarían las propias SS. Se haría un amplio uso de los reclusos de los campos de concentración. Los campos ya no iban a considerarse instituciones principalmente «políticas», sino fuentes de mano de obra.<sup>16</sup> Pohl pretendía producir armamentos dentro del sistema de campos de concentración, evitando así cualquier contacto con los industriales. Desde el principio, Speer se mostró decidido a afrontar este reto. Su objetivo era explotar la mano de obra amontonada por Himmler en sus campos de concentración en la industria armamentística, tal como había hecho para sus proyectos en Núremberg y Berlín. Para ello, siguió el ejemplo de Erhard Milch, que había utilizado a los trabajadores de los campos de concentración en la industria de la aviación seis meses antes de que Speer firmara un acuerdo con Oswald Pohl.<sup>17</sup> Cada semana, los funcionarios de las oficinas de Speer y Sauckel acudirían a Pohl con peticiones detalladas de mano de obra de los campos de concentración. Pohl enviaría estas listas al Inspector General de los Campos de Concentración, el SS-Gruppenführer Richard Gluecks en Oranienburg, para la acción inmediata. Pohl se reunía con frecuencia con Speer para discutir cuestiones de alojamiento, alimentación y atención médica para los trabajadores procedentes de los campos de concentración. Pohl tuvo que admitir que rara vez se cumplían sus necesidades mínimas.<sup>18</sup>

En julio, Himmler le dijo a Walther Schieber, jefe de la Oficina de Adjudicación de Armamentos, que tenía la intención de construir una fábrica en Kattowitz (Katowice) que fabricaría morteros pesados, ametralladoras y carrocerías para camiones. Speer sospechaba profundamente de esta iniciativa. Estaba decidido a resistirse al intento de Himmler de construir fábricas de armas en los campos de concentración. Aquello no solo amenazaba el dominio de Speer sobre la producción de armamento, sino que reduciría la cantidad de mano de obra esclava a su disposición. Ordenó a Schieber, que ostentaba un alto cargo dentro de las SS, que llevara a cabo las negociaciones con Himmler y Pohl.<sup>19</sup>

Karl-Otto Saur también se oponía radicalmente a la idea de construir una fábrica de armamento en Auschwitz. Pohl aconsejó a Himmler no insistir en este punto. Estuvo de acuerdo con la sugerencia de Saur de que la mano de obra de los campos de concentración debería estar disponible para la industria armamentística y que se deberían construir campos de concentración especiales cerca de ciertas fábricas de armamento. Speer pidió que 50.000 prisioneros judíos estuvieran disponibles para trabajar en las fábricas existentes. Se pondría a su disposición «alojamiento adecuado». Speer también se aseguró el acuerdo de Pohl para que los campos de concentración produjeran materiales de construcción, tales como marcos de ventanas y puertas estandarizados, que se utilizarán para reparar las casas dañadas por los bombardeos. Se formarían brigadas de construcción, cada una de un millar de hombres, en Sachsenhausen, Neuengamme y Buchenwald. Armados con picos y palas, iban a actuar bajo las órdenes de Speer retirando escombros tras los bombardeos. Después de la Victoria Final, se convertirían en Brigadas de Paz con la tarea de construir una nueva Alemania. Speer y las SS colaboraron estrechamente limpiando los daños provocados por las bombas y reparando las casas afectadas. La organización de Himmler se ganaba así el reconocimiento de un público agradecido, y de paso le ayudaba además a ignorar sus actividades menos atractivas.<sup>20</sup>

Aunque Speer quería que Himmler le proporcionase mano de obra esclava, seguía viendo al Reichsführer-SS como un rival potencial. Vetó la solicitud de Pohl para que las SS construyesen una fundición en la factoría Volkswagen en Fallersleben, después de lo cual Pohl decidió evitar cualquier confrontación directa con Speer, aunque siguió discretamente adelante con sus planes. Comenzó fabricando carabinas en Buchenwald, pistolas en Neuengamme y cañones antiaéreos de 37 mm en Auschwitz. En Ravensbrück, se empleó a las mujeres para fabricar radios para las SS. Ninguno de estos proyectos valió la pena.<sup>21</sup>

Pohl tuvo que admitir que las pocas fábricas administradas por las SS eran desesperadamente ineficaces y que Himmler había admitido que no producían nada excepto «a cuentagotas». Tanto Speer como Himmler estaban frustrados. Los campos de concentración eran incapaces de proporcionar una mano de obra adecuada y las SS carecían tanto de la experiencia como de las suficientes habilidades de gestión para dirigir con eficacia una fábrica de armamento.<sup>22</sup> En sendas reuniones con Hitler el 20 y el 22 de septiembre de 1942, Speer consiguió convencerlo de que no era práctico trasladar las

fábricas dentro de los campos de concentración, ni hacer que las SS dirigieran fábricas fuera de ellos. La alternativa que le propuso fue que hubiera un segundo turno en ciertas fábricas clave compuesto por internos de los campos de concentración. Hitler estuvo de acuerdo con esta sugerencia, y añadió que entre el 3 y el 5 por ciento de las armas producidas de ese modo irían a parar a las SS.<sup>23</sup>

Speer sugirió a Hitler que se debería permitir a la industria privada contratar directamente a los reclusos de los campos de concentración en lugar de hacerlo a través del Ministerio de Armamentos y de Sauckel. Hitler aprobó este plan, de manera que, de ahí en adelante, los industriales harían saber sus necesidades a la Oficina de Economía y Armamentos de las SS de Oswald Pohl.<sup>24</sup> Compañías como Heinkel, Messerschmitt, Volkswagen e IG Farben se apresuraron a solicitar trabajadores de los campos de concentración de Himmler.<sup>25</sup> Pronto, la mayoría de las compañías punteras de Alemania, desde Krupp hasta los Hermann Göring Werke, Daimler Benz y BMW, y las empresas constructoras Hochtief y Philipp Holzmann, emplearon a trabajadores procedentes de los campos. Los conseguían muy baratos. Inicialmente, costaban 1 marco del Reich al día, pero enseguida ascendió a 6 para los trabajadores especializados y 4 para los no especializados y las mujeres. Para septiembre de 1942 había empleados 110.000 de estos trabajadores. La cifra aumentó constantemente hasta alcanzar los 700.000 a comienzos de 1945.<sup>26</sup> Entre los reclutadores más enérgicos de estos trabajadores estaba el subdirector de Speer en la Organización Todt, Franz Xaver Dorsch, así como sus íntimos amigos Paul Pleiger y Ferdinand Porsche.

Como jefe de la Organización Todt, Speer estaba también directamente implicado en los campos de concentración. En septiembre de 1942 presidió una reunión con Pohl y el SS-Oberführer Hans Kammler, el hombre responsable de la construcción de los campos, las cámaras de gas y los crematorios. Saur y Schieber, de su ministerio, estaban presentes.<sup>27</sup> Speer aceptó la solicitud de Kammler de ampliar Auschwitz y otros campos, asignándole para este fin de 13,7 millones de marcos del Reich. Esto permitiría construir 300 barracones más que proporcionarían alojamiento a 132.000 personas en Auschwitz. Incluido en los requisitos para el «Campo de Prisioneros de Guerra de Auschwitz (Aplicación de Tratamientos Especiales)» se encontraba el material para construir crematorios, morgues e «instalaciones de desinfección». De ahí en adelante, el programa de

construcción de Auschwitz se conoció entre las SS como el «Programa Especial del profesor Speer».<sup>28</sup> El 19 de abril 1943, Oswald Pohl le dijo a Himmler que Speer había sido plenamente informado sobre los detalles de estas lúgubres estructuras.

Speer envió a dos de sus hombres, Friedrich Desch y Armin Sander, a Auschwitz el 21 de mayo de 1943 para examinar el trabajo que se había estado haciendo para ampliar el campo y construir nuevos crematorios.<sup>29</sup> El equipo de inspección de Speer, junto con dos representantes de su equipo de construcción de la OT en Silesia, se reunió con Kammler y el comandante del campo, el SS-Obersturmbannführer Rudolf Höss, para discutir sus peticiones de acero y el empleo de presos como mano de obra forzada. En el curso de estas discusiones Höss señaló que el objetivo principal del campamento era «la solución de la cuestión judía». Desch y Sander entregaron a Speer un informe «en profundidad» de esta reunión, tras lo cual Speer le dijo a Himmler que accedía a todas las peticiones de Höss.<sup>30</sup> El 30 de mayo, Speer estuvo de acuerdo en entregar a Himmler los materiales que había solicitado para ampliar los campos de concentración, incluido Auschwitz, pero, con falsa sinceridad, lamentó no haber podido ser capaz de proporcionar una asignación adicional a las Waffen-SS. En una nota manuscrita debajo de su firma añadía: «Estoy encantado de que la visita a otros campos de concentración causase una impresión muy positiva».<sup>31</sup>

Así pues, Speer estuvo estrechamente implicado en la concesión de materiales de construcción para la ampliación de los campos de concentración. En una carta escrita a Himmler en abril de 1943, decía que había entregado 7 millones de marcos del Reich y mil toneladas métricas de acero para ampliar los campos durante 1943. Al año siguiente habría disponible algo menos. Las mayores sumas fueron destinadas a Auschwitz. Speer reprendió a las SS por ser derrochadoras con los materiales de construcción de los campos de concentración, y sugirió que podrían utilizar métodos de construcción más baratos. También se mostró claramente disgustado con el número de trabajadores esclavos que estaba recibiendo tras el acuerdo al que había llegado con Himmler en septiembre. Enfrentado a una situación de crisis después de la debacle de Stalingrado, Speer estaba decidido a actuar.<sup>32</sup>

Oswald Pohl fingió indignarse por los comentarios de Speer. Rechazó la acusación de despilfarro, insistiendo en que ya tenían suficientes problemas con las malas condiciones sanitarias, las enfermedades y las tasas de

mortalidad altas como para que fuese posible proporcionar un alojamiento aún más primitivo a los internos. A Pohl le disgustó especialmente la queja de Speer de que las construcciones en Mauthausen eran demasiado sólidas: «Es completamente absurdo comenzar a usar métodos primitivos de construcción en los campos de concentración. El Ministro del Reich Speer no parece darse cuenta de que, en este momento, tenemos 160.000 prisioneros. Volver a los métodos de construcción primitivos provocaría probablemente una tasa de mortalidad inimaginable hasta ahora en los campos». Pohl señaló que todos los edificios proyectados en los campos de concentración tenían que ser aprobados por el ministerio de Speer, y los formularios impresos tenía que proporcionarlos el propio Speer como Inspector General de Edificios. Después de todo, Mauthausen había sido construido en un momento en el que no había gran escasez de material de construcción.<sup>33</sup>

Otras pruebas adicionales que demuestran que Speer estaba bien informado de los detalles de la Solución Final se encuentran en una carta que escribió a Himmler el 1 de febrero de 1943.<sup>34</sup> Himmler pretendía «evacuar» a 40.000 judíos del gueto de Bialystok para hacer sitio a 40.000 agricultores rusos blancos desalojados de una región que estaba atestada de partisanos. Pensaba que, para poder proporcionarles un alojamiento adecuado, necesitaría materiales de construcción para 20.000 unidades habitacionales. Speer escribió a Himmler lamentando no poder ayudarle. Le explicó que necesitaba todo los materiales de construcción disponibles para las viviendas de los trabajadores de las industrias armamentísticas y para los «camaradas raciales» que habían perdido sus hogares durante los bombardeos. Cuando, después de la guerra, se le mostró el documento, declaró que, aunque había sido enviado con su firma, jamás lo había visto.<sup>35</sup>

Aunque a menudo Speer y Pohl se llevaban a matar, Pohl estuvo de acuerdo en seleccionar judíos sanos de Europa oriental para que «pudieran interrumpir su viaje y trabajaran en la industria de armamentos». En otras palabras, se les liberaría temporalmente de la cámara de gas.<sup>36</sup> Puesto que Hitler y Himmler estaban decididos a dejar Alemania «libre de judíos» o *Judenfrei*, y Sauckel siempre proporcionaba una cantidad suficiente de mano de obra extranjera, no se obtuvo gran cosa de este esquema. Esos judíos aptos para el trabajo fueron enviados entonces a Auschwitz-Monowitz.

Tiempo después Speer iba a asegurar que había hecho todo lo que había estado en su mano por salvar a los judíos de los campos de concentración empleándolos en la industria armamentística, aunque tuvo que admitir que la

tasa de mortalidad entre los trabajadores era extraordinariamente elevada. Se podría argumentar que la diferencia entre ser un esclavo cargado de horas de trabajo y mal alimentado que vivía en unas condiciones terribles y ser un recluso de un campo de concentración era, a menudo, únicamente una distinción de grado. Los esfuerzos humanitarios de Speer por convencer a Hitler de que permitiese mantener a los trabajadores judíos especializados se vieron frustrados en una fecha tan temprana como el 28 de mayo de 1942, cuando Hitler le aseguró a Goebbels que ordenaría a Speer «tan pronto como fuera posible, que se asegurase de que todos los judíos empleados en la industria armamentística alemana fuesen sustituidos por trabajadores extranjeros».<sup>37</sup> Sauckel aseguró a Hitler que eso podría hacerse fácilmente. La escasez de transportes salvó a unos cuantos trabajadores judíos de la industria de armamento de ser deportados inmediatamente, pero Speer hizo muy poco para proteger a aquellos trabajadores judíos que permanecieron bajo su égida. La Wehrmacht y Hans Frank en el Gobierno General tenían unos registros mucho mejores, aunque sus motivos resultasen sospechosos.<sup>38</sup> Goebbels encontraba «irrisorios» los esfuerzos de Speer por salvar trabajadores judíos. En su diario, confesaba que «ahora creemos que no podemos hacerlo sin los trabajadores especializados judíos, cuando no hace tanto tiempo asegurábamos repetidamente que los judíos no trabajan y que ni siquiera conocen el significado de esa palabra».<sup>39</sup> Speer parecía no darse cuenta de que ahí radicaba otra absurda contradicción del antisemitismo nacionalsocialista.

Para el otoño de 1942, con el Ejército Rojo combatiendo desesperadamente entre las ruinas de Stalingrado, a Speer le resultaba cada vez más difícil resistir la presión de las Fuerzas Armadas para reclutar trabajadores para sus fábricas de armamentos. Utilizó esta amenaza para disciplinar a su fuerza laboral. En octubre de 1942 escribía: «El problema del absentismo ha alcanzado un punto en el que debemos hacer algo de verdad. Ley ha descubierto que siempre que hay un médico, el número de personas enfermas se reduce entre una cuarta y una quinta parte. Las SS y la Policía deberían ponerse duras. Los absentistas conocidos deberían ser enviados a campos de concentración. No hay otra solución».<sup>40</sup> Speer añadía que se debía prestar especial atención a los trabajadores soviéticos. Eran conocidos por su especial habilidad a la hora de simular enfermedades.

El 22 de noviembre de 1942 —el día en el que el Ejército Rojo embolsó al 6º Ejército de Paulus en Stalingrado— Hitler nombró al general Walter von

Unruh jefe de una comisión especial que peinaría los escalafones inferiores de las Fuerzas Armadas, el funcionariado civil y la industria para encontrar hombres que destinar al servicio activo. Unruh era el vástago de una antigua familia aristocrática, un celoso nacionalsocialista y un declarado antisemita. Speer se mostró decidido a mantener a este hombre, que pronto se ganaría el sobrenombre del «Héroe Ladrón» a una distancia prudencial. Se las arregló para obtener la aprobación de Hitler a su propuesta de que ninguno de los trabajadores designados como esenciales fueran llamados a filas antes de que finalizase el año. En diciembre, Hitler ordenó la liberación de 50.000 trabajadores de las industrias de bienes de consumo en tres plazos. Estos trabajadores iban a ser reemplazados por miembros de mayor edad de las Fuerzas Armadas. A esto le siguió el reclutamiento de 100.000 trabajadores de la industria armamentística clasificados hasta aquel momento como indispensables.<sup>41</sup> Speer logró asegurarse de que ciertos programas, tales como los tanques «Panzer» de Rohland y las operaciones especiales dentro de la Organización Todt, permanecieran inalterados. Speer interpretó este acuerdo en el sentido más amplio posible. Así, cuando las autoridades del partido en Brandemburgo comenzaron a investigar si había algún exceso de lastre en la Organización de Comercio e Industria, el Grupo Industrial del Reich se opuso inmediatamente. Se confirmó su apelación.<sup>42</sup> La «autodeterminación industrial» quedaba de ese modo exenta de escrutinio, al menos por el momento.

Se produjeron a continuación varios choques entre la comisión de Unruh y el ministerio de Speer que eran típicos de la lucha por áreas de competencia en el estado policrático nazi.<sup>43</sup> Una comisión formada por tres hombres, Keitel, Lammers y Bormann, que Göring bautizó con mucha guasa como los «Tres Reyes» se demostró singularmente ineficaz para resolver los problemas de mano de obra de la Wehrmacht. Los tres se mostraban totalmente sumisos ante los estados de ánimo irritables y las acciones prepotentes de Hitler, por lo que eran incapaces de actuar de manera independiente. Speer hizo lo que pudo para sabotear sus esfuerzos. Goebbels, que estaba molesto por el fracaso de los Tres Reyes para ejercer un liderazgo efectivo del país, ofreció todo su apoyo a Speer. A finales del verano de 1943, la comisión de Unruh fue finalmente disuelta. Su fracaso demostró que en el «estado del Führer» era extremadamente difícil lograr una medida de gobierno racional.

A medida que la batalla de Stalingrado se encaminaba hacia su catastrófica conclusión, Keitel formulaba nuevas peticiones a Speer. Este respondió

pidiendo ayuda a Sauckel para que le proporcionase al menos un millón de trabajadores extranjeros, que serían reclutados de forma voluntaria. Lógicamente, Sauckel contestó que no podía cumplir con esta cifra, y añadió con irritación que Speer era incapaz de absorber la masa de trabajadores extranjeros que ya le había proporcionado. Incluso aplicando una definición muy generosa del término «voluntario», solo había 200.000 trabajadores extranjeros que habían venido más o menos por propia voluntad. De ellos, un número considerable procedía de Francia, atraídos por las falsas promesas de Speer a los trabajadores cualificados.<sup>44</sup>

Puesto que las autoridades francesas, belgas y holandeses eran, comprensiblemente, bastante reacias a ayudar a los alemanes a superar su escasez de mano de obra, Sauckel se sintió obligado a adoptar el enfoque de Erlking: «Si no estáis dispuestos, entonces emplearé la fuerza». Con el fin de satisfacer el insaciable apetito de mano de obra de Speer —libre, forzada o esclava— Sauckel llevó a cabo redadas en pueblos enteros de Francia, Bélgica y Holanda, y envió a sus habitantes a trabajar en las fábricas de Speer. Speer se mostró encantado cuando Hitler dio permiso a Sauckel para utilizar cualquier medio de coacción que considerase necesario para satisfacer sus necesidades. Sauckel estuvo de acuerdo de todo corazón con Hans Frank, el Gobernador General de la Polonia ocupada —conocido popularmente como Frank-Reich— quien afirmaba que los polacos vencidos eran «esclavos del Reich alemán». Dos millones de polacos fueron detenidos en el otoño de 1942 y enviados a Alemania, logro por el cual Sauckel recibió calurosas felicitaciones del Führer.<sup>45</sup>

Las exigencias de Speer eran tan excesivas que incluso el Ministro del Reich para los Territorios Ocupados del Este, Alfred Rosenberg, consideró que las cifras solicitadas y los métodos empleados eran desproporcionados. El líder ideológico del Partido Nazi era un obsesivo antisemita, pero mantenía la heterodoxa visión de que los eslavos, aunque inferiores, eran arios, y debían ser tratados como tales. Ni Sauckel ni Speer compartían ese tipo de reparos. No hicieron caso de sus protestas. En agosto de 1942, 700.000 trabajadores fueron enviados a Alemania desde el feudo de Rosenberg. Para el final del año, el número había aumentado a entre dos y tres millones.

A principios de 1943, Keitel anunció que necesitaba 700.000 reclutas, de los cuales 200.000 serían trabajadores cualificados en la industria de armamento. Sauckel sabía que los reemplazos adecuados solo estaban disponibles en Francia, y tendría que utilizar la fuerza para conseguirlos. El 4

de enero de 1943, Speer telefoneó a Sauckel desde el cuartel general de Hitler para decirle que «a la hora de alistar a trabajadores cualificados y no cualificados en Francia, ya no es necesario tener en consideración a los franceses. Se pueden emplear medidas implacables para el reclutamiento».<sup>46</sup> Sauckel no tenía ningún reparo en utilizar la fuerza como método principal de contratación. En marzo, durante una reunión de gauleiters en Posen, declaró: «La inaudita gravedad de la guerra me obliga, en nombre del Führer, a movilizar a muchos millones de extranjeros para trabajar para la economía de guerra alemana».<sup>47</sup>

Los militares no estaban en absoluto satisfechos con las actividades de Speer y Sauckel, porque también ellos tenían una urgente necesidad de mano de obra. Los funcionarios del Ministerio de Economía, el Plan Cuatrienal y el Gobierno General de Hans Frank, todos los cuales estaban tratando de desarrollar la industria local, secundaron sus objeciones. Sin embargo, hubo excepciones. Cuando Sauckel visitó el sector sur del frente del este, el mariscal de campo Fedor von Bock le prometió su «apoyo incondicional». Le aseguró que ya había ordenado a sus subordinados que respaldaran sus esfuerzos, pero agregó que, en algunos sectores, existía la preocupación de que estas medidas animaran a los partisanos y fueran útiles a los esfuerzos de la propaganda soviética.<sup>48</sup> Sauckel, apoyado por Hitler y urgido por Speer, ignoró esas reservas. En abril de 1943, cuando el reclutamiento en Francia se había reducido a un mero goteo, ordenó a las autoridades francesas que proporcionaran 500.000 trabajadores para ser transportados a Alemania. En el este, convocó a un millón de hombres y mujeres a trabajar la tierra en Alemania, alterando de ese modo gravemente la ideología nazi de «sangre y suelo». Ahora sería sangre eslava la que cultivaba el suelo alemán.

En abril de 1943, Sauckel había añadido 3.638.056 hombres y mujeres a los 2,1 millones de trabajadores extranjeros que ya están trabajando en Alemania. El 60 por ciento de ellos eran ciudadanos soviéticos. 1.568.801 estaban empleados en la industria armamentística de Speer. Sauckel había tenido la esperanza de mejorar estas cifras ampliando su esfera de actuación sobre los prisioneros de guerra soviéticos, pero Keitel se resistió enérgicamente. Aquellos desgraciados necesitarían raciones adicionales para estar suficientemente aptos para trabajar en la industria de armamentos; así pues, se consideró más económico dejar morir de hambre a aquellos «consumidores inútiles».<sup>49</sup>

El 13 de enero de 1943, con los alemanes a punto de rendirse en

Stalingrado, Hitler promulgó un decreto, debido en gran medida a la influencia de Speer, que exigía un esfuerzo total para alcanzar una «paz victoriosa». Durante algún tiempo, había estado intentando influir junto con Lammers para obligar a que más mujeres trabajasen en la industria armamentística y que las Fuerzas Armadas peinaran sus escalafones inferiores en busca de hombres que enviar al servicio activo. Sauckel continuaba insistiendo en que no había necesidad de medidas tan drásticas, pero acabó aceptando de mala gana que unas cuantas dependientas de tiendas fueran alistadas para trabajar en fábricas de armamentos.<sup>50</sup> El decreto de Hitler no llegaba tan lejos como hubiera querido Speer. Exigía que se alistara al máximo número posible de hombres. Los archivos de aquellos registrados como «indispensables» volverían a peinarse cuidadosamente. De manera similar, todos los cuerpos administrativos regionales y locales tenían que ser reducidos drásticamente. Los hombres entre dieciséis y sesenta y cinco años y las mujeres entre diecisiete y cincuenta debían registrarse. Speer vio aquello como una oportunidad de oro para poner toda la economía bajo su control. Planificación Central empezó a trabajar enérgicamente para aumentar la producción, pero pronto se encontró en dificultades. Se redujo la edad máxima para las trabajadoras a los cuarenta y cinco años. Había demasiadas lagunas en el sistema de presentarse para el servicio. Hitler seguía negándose a obligar a las mujeres alemanas a trabajar en la industria de armamento. Cuando Speer lo presionó el 13 de marzo, respondió: «sacrificar mis principios más valorados es pagar un precio demasiado alto». Obviamente, Hitler había asumido completamente el informe de Bormann sobre las graves consecuencias demográficas de obligar a las mujeres a trabajar en las fábricas de armamento. Bormann sostenía que causaría una caída en la tasa de natalidad, lo que provocaría unas «condiciones racialmente indeseables».<sup>51</sup> El 29 de enero 1943, el periódico del partido, el *Völkischer Beobachter*, había tratado de calmar los nervios de la gente con el anuncio de que el servicio de trabajo solo debería ser obligatorio en circunstancias excepcionales. La aspiración de Speer de encontrar un millón de trabajadores alemanes adicionales para la industria armamentística era demasiado ambiciosa. Como él mismo admitió, conduciría a una «proletarización» de las clases altas alemanas mientras durase la guerra. Su determinación de cerrar las empresas no esenciales estaba condenada a encontrarse con la decidida resistencia por parte del Ministerio de Economía, los gauleiters y el Partido Nazi.

El 29 de enero de 1943, pronunció un discurso ante las principales figuras

de la industria armamentística en la que exigió un esfuerzo extremo, añadiendo que esto significaba que las reservas de mano de obra alemana tendrían que ser explotadas sin piedad. Los industriales tenían que convertirse en los «forjadores de la victoria». Toda la «comunidad racial» tenía que dedicar todos sus esfuerzos a la búsqueda de la victoria. Debía detenerse toda la producción industrial que no se dedicara al armamento. Todos los trabajadores tenían que ajustar sus estilos de vida para cumplir con las obligaciones de tiempos de guerra.<sup>52</sup> Esto era claramente un desafío al partido, que hizo todo lo que pudo para resistirse a cualquier movimiento encaminado hacia una economía de guerra total.

La apelación de Speer obtuvo una respuesta tibia. No se percibía que existiera un grado de urgencia tal como para obligar a los hombres y las mujeres de Alemania a trabajar en la industria debido al simple hecho de que se consideraba que la mano de obra extranjera era más productiva y considerablemente más barata. El sistema también se veía aquejado por lo que Speer llamaba «particularismo del *gau*». La autoridad de Sauckel sobre la mano de obra se detenía en los límites del distrito del partido. La aplicación de medidas relativas a la obligación de trabajar se dejaba en manos de las autoridades locales del partido, de manera que no había un programa para todo el país ni un control central. Los funcionarios locales del partido cuidaban de las necesidades inmediatas de las empresas dentro de sus propios distritos, y no se preocupaban por las necesidades generales.

Sauckel le dijo a Hitler que las reservas de mano de obra alemana estaban totalmente agotadas. Speer se negó a aceptar esto, pero Hitler estaba ansioso por no molestar indebidamente a su población. Ya estaba descorazonada por la noticia que llegaban desde el norte de África y el frente del este. El resultado fue una serie de débiles compromisos. El 25 de abril 1943, Hitler le dijo a Speer que pensaba que detener la producción de cosméticos y tintes para el cabello era preferible a una prohibición total sobre el uso de cosméticos, y que prohibir la reparación de los dispositivos utilizados para las permanentes era mejor que la prohibición de las permanentes. Estas observaciones eran una respuesta al intento del Ministerio de Economía de detener la producción de los productos químicos y dispositivos empleados para las permanentes, lo que había provocado un coro de «consternación malhumorada» entre la población femenina.<sup>53</sup>

Sauckel aseguró a Speer que resolvería el problema de la mano de obra. Le prometió entre un millón y un millón y medio de trabajadores extranjeros,

pero, con las autoridades locales alemanas en el este queriendo acaparar toda la mano de obra disponible, combinado con la creciente resistencia de los partisanos, dijo que esta mano de obra adicional procedería de Europa occidental. Speer señaló que en Francia ya había un gran número de trabajadores en fábricas controladas por Alemania y que no debía tocarlos. Dado que a Hitler le impresionaban las estadísticas, Sauckel quería reunir cuerpos, mientras que a Speer le preocupaba que las compañías que trabajaban en el extranjero para los intereses alemanes no se vieran afectadas.<sup>54</sup>

Hitler estaba cada vez más insatisfecho con Sauckel y las autoridades militares por la adjudicación de la mano de obra procedente de Francia. Speer advirtió que todo el enfoque era erróneo. Tenía la sensación de que, a partir de ese momento, los bienes de consumo deberían ser fabricados en Francia, liberando de ese modo a la mano de obra especializada alemana para trabajar en la industria armamentística. También consiguió apartar a Sauckel haciéndose cargo él mismo de la mano de obra necesaria para construir la Muralla Atlántica, las defensas costeras diseñadas para prevenir una invasión aliada. Provocado por Hitler y consciente de que se habían secado todas las fuentes de mano de obra voluntaria, Sauckel les dijo a sus hombres que debían «sacudirse todo insípido sentimentalismo humano» para atrapar mano de obra extranjera.<sup>55</sup>

Laval regresó al poder en la Francia de Vichy en abril de 1942, casi al mismo tiempo que Sauckel llegaba en busca de trabajadores franceses que le hizo ganarse el título del «esclavista de Europa». Para entonces, unos 100.000 franceses se habían presentado voluntarios para trabajar en Alemania. Laval, aunque de mala gana, aceptó la idea de reclutar trabajadores a la fuerza, pero exigió la liberación de un prisionero de guerra francés por cada tres trabajadores enviados a Alemania. Además, le aseguró a Ribbentrop que deseaba una victoria alemana y consideraba ese acuerdo como parte de un esfuerzo por ayudar a la lucha alemana contra el bolchevismo.<sup>56</sup> Laval consiguió postergarlo todo hasta el 4 de septiembre, cuando el gobierno de Vichy aprobó la ley necesaria pese a la oposición de cuatro ministros. Todos los varones entre los dieciocho y los cincuenta años y todas las mujeres solteras entre los veintiuno y los treinta y cinco iban a ser reclutadas a la fuerza «para llevar a cabo cualquier trabajo que el gobierno estime necesario». A finales de año, y debido a la insistencia de Sauckel, 250.000 trabajadores habían sido enviados a Alemania bajo escolta policial.<sup>57</sup>

Resultaron ser una especie de arma de doble filo. Los trabajadores franceses mostraban una creciente tendencia a no regresar a Alemania, cuando terminaban sus vacaciones. Sauckel sugirió entonces que no se concedieran más permisos.<sup>58</sup> Speer continuó insistiendo en que la respuesta a este problema era establecer fábricas protegidas en Francia que trabajarían para los alemanes. Esto también solucionaría el problema adicional de que los trabajadores franceses no se presentasen a trabajar por temor a ser enviados a Alemania.<sup>59</sup>

En septiembre de 1943, el Ministro de Trabajo de Laval, Jean Bichelonne, un joven brillante y tecnócrata amoral, que también era un entusiasta colaboracionista, llegó a Berlín para reunirse con Speer. Los dos hombres eran notablemente similares en su formación y su temperamento, y acordaron colaborar estrechamente.<sup>60</sup> Bichelonne, que era conocido por su arrogancia y condescendencia, dijo de Speer: «Conocí a un hombre en Berlín que lleva sobre sus hombros una cabeza que es dos veces mayor que la mía».<sup>61</sup> Se mostró de acuerdo con la solicitud de Speer para que las fábricas francesas trabajaran para la industria alemana, pero pidió que Sauckel no estuviera involucrado en el reclutamiento de mano de obra en Francia y que debería mantener sus manos lejos de estas empresas protegidas. Speer consiguió que, aunque de mala gana, Sauckel diera su consentimiento a esta disposición.

La iniciativa de este nuevo enfoque no vino de Speer, como él afirmó en Núremberg, sino del Comisario del Reich para los Países Bajos, Arthur Seyss-Inquart, y los comandantes militares en Francia y Bélgica, todos los cuales se oponían a la perjudicial táctica de matones de Sauckel. Hicieron un acercamiento al Ministro de Economía con una solicitud para abordar este asunto, pero Funk tenía un carácter demasiado débil para hacer frente a un personaje de la calaña de Sauckel. Por lo tanto, recurrieron a Speer.<sup>62</sup> Speer aprovechó esta oportunidad para revisar todos los contratos en Europa occidental, ya fueran militares o civiles. La Wehrmacht y las empresas privadas ya no actuarían de forma independiente, sino que deberían someterse a las decisiones de los comités y los anillos de Speer.<sup>63</sup>

El sistema de «empresas protegidas» se extendió a Bélgica, Holanda e Italia, lo que limitó seriamente las perturbadoras acciones de Sauckel. El plan de Speer para conceder a Bichelonne un control total sobre las industrias del hierro y del acero en Francia no llegó a buen puerto, debido a la oposición del Ministerio de Asuntos Exteriores, que insistió en que se trataba de una cuestión de política exterior. El sistema era, por lo tanto, incompleto, pero al

menos ahora Sauckel estaba bajo control.

No pasó mucho tiempo antes de que Sauckel comenzase a darse cuenta de que Speer había sido más listo que él. A mediados de diciembre 1943, Hitler fue informado de las diferencias fundamentales entre Speer, que quería que los franceses trabajaran para Alemania en Francia; y Sauckel, que estaba ansioso por presentar al Führer impresionantes listas de trabajadores extranjeros obligados a trabajar en Alemania.<sup>64</sup> Hitler, como de costumbre, quiso combinar ambos enfoques. Sauckel quedó en una difícil posición. Se le exigió que diera a Speer la mano de obra que necesitaba, pero las decisiones políticas las tomaban la sección exterior del RSHA, mientras que Planificación Central establecía las directrices para la asignación de mano de obra en consulta con la Sección V del Ministerio de Trabajo, cuya Sección IV decidía los salarios. La situación se complicó aún más por la intervención de Ribbentrop y el Ministerio de Asuntos Exteriores. Sauckel era gauleiter de Turingia y uno de los «viejos guerreros» del Partido Nazi, pero carecía de autoridad para la toma de decisiones. Solo podía trabajar con eficacia en la esfera de los gauleiters y funcionarios locales del partido. Pero aún tenía acceso directo a Hitler.<sup>65</sup>

El 21 de diciembre de 1943, Planificación Central examinó la cuestión de las deportaciones de Sauckel, que suponían una carga imposible para la red de transporte. Se señaló que sus actividades en Europa occidental habían llevado directamente a un incremento de las acciones de sabotaje y a una actividad de resistencia por parte de los trabajadores amenazados con ser «Sauckelizados». Con un millón de trabajadores en fábricas protegidas, Sauckel había sido vencido. Era evidente que se necesitaba una decisión de Hitler para poner fin a esta rivalidad. El 4 de enero de 1944, Hitler convocó una reunión a la que asistieron Speer, Sauckel, Keitel, Milch, Himmler, Backe y Lammers.<sup>66</sup> Les planteó dos preguntas fundamentales: ¿Cuántos trabajadores adicionales se necesitaban para mantener el nivel actual de producción, y cuántos eran necesarios para un aumento significativo de la misma?

La respuesta de Sauckel fue que se necesitaban de 2,5 a 3 millones de trabajadores adicionales para mantener la producción actual. Speer dijo que, para que aumentase la producción, sería necesario un aumento adicional de 1,3 millones de trabajadores, pero advirtió de que todo dependía de los suministros adicionales suficientes de mineral de hierro. Speer consiguió el acuerdo de Hitler para que aquellos que ya trabajan para las empresas

alemanas quedaran protegidos frente a los agentes de Sauckel. Hitler exigió entonces 250.000 trabajadores para la protección antiaérea y hasta 2.500 más para eliminar el daño de los bombardeos en Viena. Sauckel anunció que proporcionaría cuatro millones de trabajadores adicionales, 500.000 procedentes de dentro de Alemania, sin tocar las fábricas protegidas de Speer. Con auténtico espíritu nacionalsocialista, se comprometió a emprender esta tarea hercúlea «con fanática fuerza de voluntad», pero pronto le asaltaron dudas sobre si podría cumplir el objetivo. Himmler prometió que las SS le ayudarían. Todo esto era absolutamente irreal. No había necesidad de semejante cantidad, no había puestos de trabajo para ellos, no había comida para alimentarlos y no había viviendas disponibles. Speer quedó profundamente deprimido por el resultado de esta reunión. Había logrado salvar sus empresas protegidas, pero Sauckel había ganado este asalto, a pesar de que era una victoria pírrica. Para proteger las empresas de la rapacidad de Sauckel, Speer ordenó que se deberían declarar protegidas al mayor número posible de compañías. Pronto hubo 14.000 de estas empresas solo en Francia.<sup>67</sup> Sauckel estaba furioso, y llamaba a las empresas protegidas *le Maquis légal*, pero era poco lo que podía hacer.

Las actitudes de Speer y Sauckel respecto al empleo de mano de obra extranjera eran irreconciliables. Sauckel sostenía que no se podía aumentar la producción de armamento en Alemania sin reclutar trabajadores de Europa occidental, y sin ellos tampoco era posible liberar a trabajadores alemanes para que prestasen servicio en la Wehrmacht. Además, si los trabajadores franceses permanecían en Francia, no estarían sometidos a la misma disciplina que tendrían en Alemania. En consecuencia, la productividad se resentiría. Creía que la explotación despiadada de la mano de obra extranjera era esencial si la Alemania nacionalsocialista quería alcanzar la «Victoria Final». Speer defendía que, antes que el primitivo enfoque de Sauckel, era preferible un cierto grado de cooperación dentro de un plan que abarcase toda Europa.

La idea de Speer tenía, no obstante, unas firmes raíces nacionalsocialistas. Europa occidental iba a sobrevivir como una región industrializada bajo liderazgo y control alemán, mientras que la Europa oriental, sudoriental y, después de 1943, también meridional, iba a ser explotada despiadadamente en busca de materias primas y mano de obra. La división dentro de este concepto de una «economía expansiva» (*Grossraumwirtschaft*) se basaba únicamente en líneas raciales. Por lo que se refería a Europa oriental, Speer y

Sauckel comenzaban a estar en perfecta sintonía. Speer también se benefició del trabajo de entre 600.000 y 650.000 franceses enviados a Alemania bajo servicio laboral obligatorio entre junio de 1942 y julio de 1944, así como de unos 250.000 prisioneros de guerra franceses. Fue el gobierno francés, y no Sauckel, quien hizo el trabajo sucio.

Speer no creía que se debiera dispensar un trato especial a los trabajadores alemanes. Todos los trabajadores de la industria de armamentos, fuesen extranjeros o alemanes, serían llevados al límite absoluto. Un informe de la Cámara de Comercio del Reich en 1943 decía que los trabajadores habían sido explotados «hasta los límites de la capacidad humana», debido a la introducción del trabajo a destajo y las primas. En junio, Speer anunció con orgullo a Hitler y a un grupo de líderes industriales que «la producción de la mano de obra había sido explotada al máximo». La Cámara de Comercio de Kattowitz (Katowice) anunció a finales de 1943 que la producción media por trabajador había aumentado un 100 por cien desde 1941. Un análisis global de la industria de armamentos indicaba que la productividad había aumentado en un 57 por ciento entre 1941/1942 y 1942/1943. A finales de 1943 se había incrementado en un 89 por ciento, y a mediados de 1944 en un 134 por ciento.<sup>68</sup> Aunque gran parte del aumento de la productividad se debía a la racionalización y centralización, tal como subrayó Speer en su discurso en el Palacio de los Deportes el 5 junio de 1943, el aumento de la explotación de la mano de obra seguía desempeñando un papel importante. Durante este discurso ante 10.000 trabajadores de fábricas de municiones, volvió a insistir en un tema familiar: «En la guerra actual, en la que está tan íntimamente involucrada la tecnología, la cantidad no solo puede ser igualada mediante la calidad; puede llegar a superarla».<sup>69</sup> Esta era una propaganda vacía. Speer, obligado por la necesidad, optó por la producción masiva de armas de mala calidad, mientras desperdiciaba enormes cantidades de capital construyendo proyectos de prestigio como cohetes, modelos exóticos de aviones a reacción y submarinos con tecnología de última generación.

En julio de 1943, Speer tomó parte en las discusiones con Himmler en las que se decidió que todos los varones en las zonas de la Unión Soviética en el que no había actividad de la resistencia debían ser considerados como prisioneros de guerra y obligados a trabajar en las minas. Himmler añadió que todas las mujeres sanas también debían ser consideradas como prisioneras de guerra y enviadas a trabajar a Alemania. Se observó que las redadas de trabajadores deberían prevalecer sobre «las medidas tomadas por

la Policía de Seguridad» —en otras palabras, las ejecuciones en masa. Hitler decretó entonces que estos métodos se extendieran a todos los territorios recientemente ocupados en el este.<sup>70</sup>

Speer no estaba en absoluto solo en su lucha para frustrar los esfuerzos de Sauckel. Himmler estaba decidido a asegurarse que mantenía sus manos lejos de su imperio de las SS. La Wehrmacht insistió en que no había exceso de personal en los escalafones de retaguardia. El Partido Nazi se consideraba a sí mismo intocable. Sauckel se quejó amargamente cuando Hitler insistió en que «las mujeres alemanas de piernas largas y delgadas» no eran adecuadas para el trabajo en las fábricas, a diferencia de las «chatas, primitivas y saludables» rusas. En una serie de reuniones, Sauckel trató de poner sus manos sobre las fábricas protegidas de Speer, pero se encontró con la decidida oposición de Speer, Milch, Kehrl y los militares. La invasión aliada en junio puso fin a sus ambiciones de actuar «à la Staline» en Francia, con poderes absolutos para obligar a cualquier hombre o mujer sanos a trabajar para Alemania.

## 7. LA CONSOLIDACIÓN DEL PODER

Desde el primer momento, Speer se mostró decidido a hacerse con el control sobre los armamentos en las tres armas del Ejército. Había consolidado rápidamente su autoridad sobre el Ejército de Tierra. Milch y la Luftwaffe estaban dispuestos a cooperar. Solo la Armada se mantenía intransigente en su determinación para dirigir sus propios asuntos. El astillero Blohm Rudolf, a quién Speer había encomendado en marzo de 1942 la tarea de introducir la autodeterminación industrial en la construcción de buques de guerra, no había podido hacer frente a la clase dirigente de la Armada. En julio, Speer lo reemplazó por Otto Merker, un joven y brillante ingeniero especializado en vehículos de orugas, que era director general de Klöckner-Humboldt-Deutz y miembro del NSDAP desde 1927. Para Speer, era el ejemplo perfecto de los técnicos innovadores, contundentes e imaginativos que había incorporado a su equipo. Consideraba una ventaja positiva que no tuviera conocimiento alguno de la industria de la construcción naval. Que su nombramiento fuese una bofetada deliberada en la cara para un reaccionario anticuado como Blohm suponía un atractivo añadido.<sup>1</sup> La responsabilidad sobre la marina mercante le fue confiada al populista gauleiter de Hamburgo, Karl Kaufmann, un hombre cuya visión nebulosa del «socialismo en acción» le había granjeado un cierto grado de popularidad. Era uno de los pocos gauleiters que trabajaban en estrecha colaboración con Speer. Sin formación académica, profesión ni oficio, debía su primer empleo remunerado al NSDAP. Era asombrosamente corrupto, incluso para los estándares nazis, implacable en la persecución de los judíos y otros indeseables, sufría episodios de depresión severa, y después de los grandes bombardeos sobre Hamburgo su única preocupación fue salvar su pellejo después de la derrota de la Alemania nazi, que a partir de entonces consideró inevitable. En este sentido, tuvo bastante éxito.<sup>2</sup>

El problema principal de la Armada era que el desarrollo de los nuevos modelos de submarino —tipos XXI y el bastante más pequeño XXIII— era un proceso dolorosamente lento. El almirante Werner Fuchs, jefe de la

Oficina de Construcción de Barcos de Guerra de la Armada, contemplaba todo el proyecto con evidente escepticismo. Pensaba que, si se le concedía prioridad total, sería posible tener dos submarinos XXI listos para los ensayos preliminares a finales de 1944. Si tenían éxito, podrían entrar en producción en 1945 y estar listos para entrar en acción en 1946. Dönitz, que se negaba a aceptar esta sombría evaluación, acudió a Merker, quien argumentó que no había necesidad de realizar pruebas exhaustivas y sugirió que se construyeran los submarinos en secciones, casi de la misma manera que los buques norteamericanos de la clase Liberty de Henry J. Kaiser. Solo el montaje final se llevaría a cabo en los astilleros, donde los barcos eran vulnerables a los bombarderos aliados. El personal técnico de la Armada era muy escéptico ante la idea de construir los submarinos en secciones, dada la enorme presión que tenían que resistir una vez sumergidos y su vulnerabilidad frente a las cargas de profundidad. Dönitz acudió entonces a los principales expertos civiles de la Armada en la construcción de submarinos para pedirles su opinión. Dönitz estaba de acuerdo con Merker en que la construcción de los submarinos en secciones para evitar los bombarderos aliados era una opción viable. La ingeniosa propuesta de Merker pronto demostró ser un desastre.<sup>3</sup>

Para Speer, el programa de submarinos de Merker prometía ser una repetición del triunfo del Programa Panzer Adolf Hitler. Estaba programado que la primera de estas armas maravillosas estuviera lista para el quincuagésimo quinto cumpleaños de Hitler el 20 abril de 1944. Se le prometió a la Armada la entrega de treinta submarinos tipo Mark XXI a finales del verano de 1944, seguido de un flujo constante de treinta nuevos submarinos al mes. Pero esta previsión resultó ser tremendamente optimista. Muy pronto resultó evidente que construir submarinos en secciones resultaba sumamente difícil. Se exigía a empresas sin experiencia previa en la construcción naval que construyesen las ocho secciones separadas. El resultado fue un largo trabajo de post-producción para solucionar una serie de deficiencias graves. A fin de proteger las instalaciones de montaje final contra los ataques aéreos, diez mil prisioneros de los campos de concentración se vieron obligados a construir un refugio muy costoso fabricado en hormigón, «Valentín», cerca de Bremen. Después de dos años de construcción, resultó gravemente dañado en marzo de 1945 por el Escuadrón 617 de la RAF «Dambuster». Permaneció sin terminar hasta el final de la guerra.

Dönitz y Speer aseguraron muy confiados a Hitler que los nuevos

submarinos eran más rápidos, podrían sumergirse a mayor profundidad y podrían permanecer más tiempo bajo el agua que los submarinos convencionales. Estarían listos para la acción en noviembre de 1944. Aquello era demasiado tarde para Hitler. Quería tener estos innovadoras submarinos en acción tan pronto como fuera posible. Mientras que los submarinos anteriores pasaban la mayor parte del tiempo en superficie, los Mark XXI, equipados con un tubo respirador revolucionario, podría operar bajo el agua durante varios días seguidos. Su diseño elegante y sus potentes motores eléctricos les permitían moverse bajo el agua a velocidades de hasta 16,5 nudos, por lo que resultaban difíciles de perseguir y destruir. De hecho, fueron los primeros auténticos submarinos.<sup>4</sup>

El almirante Raeder, Comandante en Jefe de la Armada (*Oberbehlshaber der Kriegsmarine*), se encontraba en una difícil posición. A diferencia de Speer o Milch, no tenía un fácil acceso a Hitler. Speer había excluido deliberadamente a la Armada de Planificación Central, que controlaba la asignación de acero, el componente clave del programa de construcción naval. Cuando Dönitz asumió el mando de la Armada en enero de 1943, se mostró decidido a cambiar esta situación. Consiguió un aumento de la cantidad de acero asignado a la Armada, pero esta ventaja se compensó con las fuertes pérdidas en combate, así como por bombardeos aliados contra los astilleros. Entonces sintió que la única esperanza era entregar el programa de construcción naval al joven y ambicioso Ministro de Armamentos.

Esta fue una sugerencia muy impopular. Los técnicos navales sabían, por lo que ya había ocurrido con la Oficina de Armamento del Ejército, que serían apartados.<sup>5</sup> También dudaban de que este cambio trajera algún alivio. Speer advirtió que no habría ningún aumento en la asignación de acero, a menos que Hitler accediera a una reducción significativa en la fabricación de bienes de consumo.<sup>6</sup> Esto era cuestionable, dado que el Partido Nazi se oponía a cualquier medida de este tipo por miedo a perder lo que quedaba de su cada vez menor popularidad.

A pesar de estas advertencias, el 3 de julio de 1943, la comisión de la construcción naval de Merker informó que era factible un aumento del 30 por ciento en la construcción naval. Sobre la base de esta evaluación tan optimista, Speer accedió a hacerse cargo de la responsabilidad de la construcción naval. El 22 de julio de 1943 firmó un acuerdo con Dönitz que estipulaba que los futuros planes de construcción naval presentados por el Alto Mando Naval deberían ser examinados por expertos del Ministerio de

Speer. Una vez se firmó el trato, Speer anunció: «¡Ahora comenzamos una nueva vida!»<sup>7</sup> Al asumir la responsabilidad de los armamentos navales, parecía que era, en las ambiguas palabras de Dönitz, «el dictador económico de Europa» y el más poderoso de todos los paladines de Hitler. Pero resultaba difícil ver cómo podría cumplir su promesa.

Se creó una Comisión de la Construcción Naval, presidida por el contralmirante Erich Topp, un héroe de submarinos que había sido condecorado con la Cruz de Caballero con hojas de roble y espadas por el hundimiento de treinta y cinco buques mercantes. Su tarea consistía en garantizar la aplicación de los ambiciosos planes de Dönitz para la construcción de los submarinos y las lanchas torpederas que había presentado a Hitler en abril de 1943.<sup>8</sup> Este plan enfrentó a Speer y Röchling con la imposible tarea de aumentar la producción de acero en 30.000 toneladas al mes, en un momento en el que la producción de acero estaba disminuyendo constantemente. Un mes más tarde, Dönitz anunció que los treinta submarinos mensuales que había ordenado no serían suficientes. Ahora exigía un mínimo de cuarenta. Hitler estuvo de acuerdo, tras haber consultado a Speer.

El primer submarino Mark XXI fue debidamente botado en Schichau el día anterior al cumpleaños de Hitler. Fue un dudoso regalo de cumpleaños. Era un prototipo montado a toda prisa con más filtraciones que un colador. Tuvo que ser remolcado de vuelta al muelle una vez que la admirada multitud de dignatarios se hubo dispersado. A partir de entonces, el progreso fue muy lento. A pesar de todas las dificultades, Speer, tras haberse recuperado de una larga enfermedad, lanzó una campaña propagandística masiva y totalmente irresponsable. En mayo de 1944, se dirigió a una gran audiencia de trabajadores portuarios de Hamburgo, y les anunció que se estaba construyendo un arma que era una clave para «Victoria Final». En agosto repitió este alarde vacío en la reunión anual de gauleiters en Posen.<sup>9</sup>

Speer estaba atrapado en una situación imposible. El programa de submarinos que incluía los modelos más antiguos, el XXI y el XXIII, así como el entusiasmo recién descubierto de Dönitz por los submarinos de un solo tripulante, consumía una gran cantidad de materias primas, mano de obra especializada y materiales de construcción. Peor aún era el hecho incontrovertible de que se trataba de un arma que no tenía sentido desde un punto de vista estratégico. La guerra naval se había perdido sin remisión. La totalidad de los ochenta Mark XXI que fueron construidos en 1944 eran tan

defectuosos que no resultaban aptos para la acción. Hacia el final de la guerra, cuatro de las magníficos XXI estuvieron al fin listos para ir de patrulla, pero solo dos de ellos se aventuraron a salir a mar abierto. Aún no se sabe con certeza si el modelo U-2511 llegó a ser divisado por el enemigo. En cualquier caso, nunca efectuó un solo disparo. Seis de los XXIII llegaron a estar en servicio activo y lograron hundir cinco barcos. Los otros cincuenta y cinco submarinos de este tipo que se construyeron tenían unas deficiencias tan graves que no pudieron ser desplegados antes del fin de la guerra. Speer podría haber utilizado el acero que se desperdició en el programa de submarinos para construir los cinco mil tanques que tan desesperadamente se necesitaban a medida que el enemigo avanzaba en todos los frentes. Hitler, por supuesto, quería tanto los submarinos como los tanques. Fue imposible convencerlo de que tenía que elegir.<sup>10</sup>

Al final, se demostró que el escepticismo de los conservadores constructores navales como Rudolf Walther Blohm, ingenieros navales como Friedrich Schurer y oficiales navales experimentados como el Almirante Werner Fuchs estaba completamente justificado. Speer y Merker, con su arrogante creencia de que la raíz del problema en la industria de la construcción naval era de actitud y *Weltanschauung*, se negaron a asumir la culpa de este fiasco. Siguieron insistiendo, en contra de la abrumadora evidencia contraria, en que su enfoque era correcto y que la actitud crítica de los hermanos Blohm equivalía a un sabotaje. Walther Blohm, a su vez, acusó a Merker de incompetencia. La lucha entre los dos bandos llegó a tal punto que se celebró un consejo de guerra contra Walther Blohm bajo la falsa acusación de no tomar las adecuadas precauciones antiaéreas y fue condenado a seis meses de prisión.<sup>11</sup>

La familia Blohm, con sus poderosos contactos en Hamburgo y Berlín, consiguió que se revocase la sentencia. Frank Stapelfeld, el jefe de los astilleros Deschimag propiedad de la familia Krupp en Bremen, tuvo menos suerte. En una crítica pública del enfoque de Merker, insistió en que las cifras que se había marcado como objetivo eran imposibles de alcanzar. Estas críticas contra el Ministerio de Armamentos fueron rápidamente silenciadas. Stapelfeldt fue detenido por la Gestapo el 3 de octubre de 1944 y encarcelado hasta el final de la guerra. Krupp se vio obligado a reemplazarlo por alguien aceptablemente sumiso a Speer.<sup>12</sup> Estos desagradables episodios muestran que hubo algunas limitaciones en el sistema de autodeterminación industrial de Speer. No mostró ningún reparo a la hora de emplear la fuerza bruta para

silenciar a sus críticos.

En menos de dieciocho meses en el cargo, Speer había reorganizado su ministerio, había acumulado un poder considerable y había alcanzado resultados impresionantes. El hecho de haber sido capaz de hacerlo con relativa facilidad sirvió para estimular su ambición. También provocó una feroz reacción por parte de aquellos que estaban decididos a ajustarle las cuentas. Bormann, Keitel y Lammers formaron una alianza contra él. Bormann sentía un profundo resentimiento por la intimidad de Speer con Hitler, su falta de fervor ideológico y su íntima relación con las grandes empresas —los «plutócratas» que representaban un papel central en la demonología nacionalsocialista. A Keitel le molestaba su control sobre los armamentos. Sus demandas de mano de obra también comprometían las cifras de reclutamiento que se marcaban como objetivo los militares. Keitel presentó a Hitler una impresionante lista de objeciones técnicas a las políticas de Speer. El descontento con el enfoque de mano dura de Speer era generalizado en la Armada. Lammers se quejaba de irregularidades administrativas y legales. Speer alardeaba de establecer procedimientos administrativos y de obtener decretos de Hitler sin la debida consulta.

Con tan poderosa oposición, Speer ya no podía contar con el apoyo incondicional de Hitler, del cual dependía su poder.<sup>13</sup> Por lo tanto, necesitaba un poderoso aliado, y creyó encontrarlo en Joseph Goebbels. El Ministro de Propaganda también estaba frustrado. A medida que la campaña en el este se metía en dificultades, su propaganda comenzaba a sonar hueca. Sus discursos radiofónicos eran ahora despreciados popularmente como «los cuentos del patizambo». Se había demostrado que era incapaz de acumular tanto poder como el recién llegado Speer. Su control sobre la propaganda estaba lejos de ser completo. Alfred Rosenberg, que era responsable de la educación ideológica en el Partido Nazi, continuaba siendo un poderoso rival. Max Amann, como jefe de prensa del Reich, y Otto Dietrich, como jefe de prensa del Partido, limitaban su control sobre la prensa. Frick, como Ministro del Interior, apoyaba a los gauleiters y a las autoridades gubernamentales locales contra las intromisiones de Goebbels. Robert Ley era el único responsable de la amplia oferta cultural del Frente Alemán del Trabajo. Philipp Bouhler, el jefe de la cancillería privada de Hitler, era responsable de la censura de la literatura del partido. Y lo más importante de todo, también él se enfrentaba a la decidida oposición de Keitel, Lammers y Bormann. Con enemigos comunes, Goebbels y Speer parecían ser los aliados ideales.

El 4 de febrero de 1943, dos días después de la rendición del Sexto Ejército en Stalingrado, Goebbels invitó a Speer y a su esposa a cenar para sondear el terreno. Describiendo a Speer como «un genio de la organización» y mostrándose de acuerdo con la evaluación de Hitler de que suponía «un intercambio muy ventajoso por Todt», consiguió llegar a un acuerdo con Speer para que le ayudara a quitar el puesto al «trío del mal» de Keitel, Lammers y Bormann. Tenían la esperanza de contar con Göring, Funk y Ley para esta misión. La idea de Goebbels era crear un Consejo de Ministros para asesorar a Hitler, administrar los asuntos internos del país y reestructurar la política de defensa.<sup>14</sup> Goebbels invitó a Speer, Funk y Ley a tomar té y coñac en su enorme palacio de Berlín. Les dijo a sus invitados que el problema no era tanto que Alemania se enfrentase a una «crisis de liderazgo». El verdadero problema era que se enfrentaban a una «crisis de líder».<sup>15</sup> Speer estuvo totalmente de acuerdo, pero se podía hacer muy poco.<sup>16</sup> Nadie sugirió que Hitler debiera ser derribado. ¿De verdad supondría alguna diferencia la eliminación del triunvirato de Keitel, Lammers y Bormann, que controlaba el acceso a Hitler? ¿Podría Göring despertar de su letargo sibarita para actuar como un contrapeso eficaz al Führer resucitando el Consejo de Ministros para la Defensa del Reich? Esto era poco probable. Göring y Goebbels se llevaban muy mal, en parte debido a que el Ministro de Propaganda quería cerrar el Horcher, el restaurante favorito del mariscal del Reich —y también de Speer— en Berlín.

Nada se obtuvo de un esquema que era poco más que ilusiones. No debe sorprender en absoluto. Los Diádocos eran un grupo poco impresionante. Bormann, respaldado por Himmler, dirigió un vigoroso contraataque. Con el fracaso de la Luftwaffe para hacer frente a la ofensiva de bombardeos de los Aliados, Göring no estaba en posición de desafiar el *statu quo*. Speer se sentía fuera de lugar y Goebbels, que tenía mejores ideas de cómo mejorar su posición, fingía estar enfermo.<sup>17</sup>

Las diferencias entre los dos bandos no salieron a la luz en una reunión en Posen, el 5 y 6 de febrero de 1943, a la que asistieron Speer, Bormann, Goebbels, Funk, Ley, Sauckel, el Secretario de Estado Backe del Ministerio de Agricultura, el Ministro de Transportes Julius Dorfmüller y el especialista del OKW en mano de obra especializada, el general Walter von Unruh. También acudió un gran número de altos funcionarios militares y del partido. Todos ellos exigieron un compromiso total con el esfuerzo de guerra, evitando cuidadosamente, al mismo tiempo, formular cualquier propuesta

concreta.<sup>18</sup> No se trataron las cuestiones especialmente sensibles, como el empleo de las mujeres en la industria y el cierre de las plantas no esenciales. Nadie deseaba hablar abiertamente ante un auditorio como aquel. Todo debía hacerse entre bambalinas mientras se competía por el favor de Hitler. El discurso de Goebbels sobre la necesidad de un esfuerzo de guerra total fue suficientemente vago como para obtener la aprobación general. El discurso de Sauckel sobre la situación de la mano de obra no solo fue increíblemente aburrido, sino que, en contraste con la aportación de Goebbels, tuvo un aire excepcionalmente engraido. Sauckel afirmó que él podría encontrar toda la mano de obra que se necesitaba en el extranjero e insistió en que no había necesidad de reclutar a las mujeres alemanas.

Después de la reunión, los dignatarios se dirigieron al cuartel general de Hitler, donde el 7 de febrero recibieron una arenga de dos horas sobre la situación actual. Hitler culpó de la derrota en Stalingrado a los rumanos, húngaros e italianos. Los bolcheviques habían movilizado a la gente de una manera mucho más eficaz que los alemanes, pero la principal razón para el éxito del enemigo era que tenían la «fuerza motriz de la Judería» tras ellos. De esto se dedujo que «debemos exterminar a la Judería no solo en el territorio del Reich alemán, sino en toda Europa». Goebbels quedó fascinado por aquellas palabras. Hitler había aprobado sus incipientes planes para la Guerra Total y había recibido la autoridad para deshacerse de los pocos judíos que aún quedaban en Berlín.<sup>19</sup> Speer, prudentemente, no hizo mención de esta reunión en sus memorias ni en ningún otro lugar.

Goebbels vio el discurso de Hitler como una excelente oportunidad para recuperar parte de su gloria empañada en una campaña propagandística sin cuartel en favor de un esfuerzo de guerra máximo. Speer se mostró encantado de que el Ministro de Propaganda se colocase así bajo los focos. De este modo, sería el principal culpable de las duras consecuencias de un programa de esta naturaleza.<sup>20</sup> Pero Goebbels se había impuesto una tarea de enormes proporciones. Estaba resultando cada vez más difícil despertar entusiasmo por una guerra que iba mal después de El Alamein, el desembarco de la operación Torch y Stalingrado. El 18 de febrero de 1943, Goebbels pronunció su discurso cuidadosamente orquestado ante una gran multitud en el Palacio de los Deportes de Berlín en el que se formuló la pregunta retórica: «¿Queréis la guerra total?» Una multitud entusiasta, seleccionada entre los fieles del partido, recibió con entusiasmo la sugerencia de que otros deberían trabajar durante catorce horas al día y que las mujeres deberían participar plenamente

en el esfuerzo de guerra para que los hombres pudieran ir al frente a plantar cara a la amenaza de una «invasión de las estepas» y los «comandos de liquidación judíos» que la acompañaban. Goebbels concluyó esta entusiasta arenga con una cita del poeta romántico Theodor Körner, que murió luchando en los *Freikorps* durante las guerras napoleónicas, exigiendo: «¡Pueblo, levántate y desencadena la tormenta!». <sup>21</sup>

Speer estuvo sentado en la primera fila durante toda la larga diatriba de Goebbels. El hombre que tiempo después declaró que no sabía nada sobre el destino de los judíos europeos escuchó una soflama que se hacía eco de las recientes palabras de Hitler en Rastenburg:

Los judíos son una enfermedad infecciosa. No se nos debe impedir hacer lo necesario tan solo porque los países extranjeros protesten hipócritamente contra nuestras políticas anti-judías y derramen lágrimas de cocodrilo por las medidas que hemos tomado contra los judíos. Alemania no tiene intención de permitir esta amenaza, sino de enfrentarse a ella de manera oportuna y, cuando sea necesario, tomará las medidas más radicales.

Aquí el discurso se vio interrumpido por un coro de aprobación que duró varios minutos.

El clamor de la Judería internacional por todo el mundo no nos impedirá liderar la satánica lucha contra esta peste universal de una manera valiente y sincera. Puede y debe terminar en victoria.

Se escucharon gritos de «¡Alemanes a las armas, alemanas al trabajo!».

El dramático discurso de Goebbels suponía una admisión por parte de la clase dirigente del partido de que no todo iba bien, pero no se extrajeron consecuencias inmediatas. En gran parte, esto se debió a la vigorosa reacción de Bormann y los gauleiters ante este ataque. Sin duda, Göring no estaba a favor de la austeridad, sobre todo cuando se pretendía cerrar su restaurante favorito. Ribbentrop tenía razones más que justificadas para sospechar que Goebbels pretendía ocupar su lugar como Ministro de Exteriores. Lammers lo consideró un ataque directo contra su posición. Sus oponentes pronto fueron capaces de ganarse a Hitler para su causa.

Después de su discurso, Goebbels invitó a varias figuras prominentes a su casa. Entre estas estaban Speer, Milch, Ley, Wilhelm Stuckart, del Ministerio del Interior, Paul Körner, mano derecha de Göring, y el Ministro de Justicia, Otto Thierack. Ante este grupo un tanto desconcertado, Goebbels dijo que él había conseguido dar un golpe de Estado silencioso. Aunque Hitler describió el discurso como «una obra maestra psicológica y propagandística de primera categoría», pronto resultó evidente que se trataba de una gran exageración. <sup>22</sup> Una vez más, el Ministro de Propaganda se vio obligado a darse cuenta de

que su poder era muy limitado. Su discurso provocó cierta impresión, pero de ninguna manera fue siempre positiva. El golpe de Estado en silencio de Goebbels dio lugar a poco más que un intento infructuoso de obtener el control sobre la asignación de mano de obra. Tres millones y medio de hombres y mujeres fueron debidamente registrados en virtud de su esquema, pero solo el 20 por ciento de ellos se incorporó en realidad a la fuerza de trabajo: 400.000 mujeres y 300.000 hombres.<sup>23</sup> Así pues, la burguesía alemana se salvó de descender a las filas del proletariado, tal como Goebbels había amenazado.

Goebbels decidió pronunciar otro importante discurso en el Palacio de Deportes el 5 de junio de 1943.<sup>24</sup> Fue precedido por un discurso de Speer. Era la primera vez que se dirigía a una multitud tan numerosa. Era un papel para el que estaba mal preparado. Se jactó de sus logros durante su primer año en el cargo, e intentó crear la impresión de que, gracias a sus esfuerzos, Alemania disponía de tal arsenal que no se podía perder la guerra. Repitió la extravagante afirmación de que cualquier aparente escasez en el número de armas alemanas quedaba anulado por su superior calidad. Los hombres en el frente sabían que aquello era falso. El ministerio de Speer anteponía cada vez más la cantidad frente a la calidad, principalmente para impulsar las cifras de producción. A continuación, Speer jugó su mejor carta al mencionar las «armas de la venganza» que pronto cambiarían el rumbo de la guerra. Le dijo a la multitud que su éxito se debía a su política de dar rienda suelta a la industria, y desgranó una lista de prominentes industriales que se contaban entre sus colaboradores más cercanos.<sup>25</sup> Aunque era un mal orador, que carecía por completo del poder, la pasión y la mordaz ironía de Goebbels, estas promesas se difundieron ampliamente y en un principio se consideraron alentadoras.

Su audiencia en el Palacio de los Deportes se sintió sin duda un tanto aburrida ante esta actuación sobria y de perfil bajo, pero el efecto inmediato del discurso fue considerable. Las estadísticas que presentó parecían impresionantes. Pero no pasó inadvertido el hecho de que la línea de base elegida fuese la de un momento en el que las cifras de producción habían sido especialmente bajas. También señaló como excusa que no podía ofrecer cifras totales por razones de seguridad.<sup>26</sup> Speer también evitó prudentemente hacer mención alguna de las pérdidas extremadamente graves desde que había asumido el cargo en febrero de 1942. Eso habría puesto la recitación de sus éxitos bajo algún tipo de perspectiva. Un malabarismo estadístico de este

tipo no pasó desapercibido para el público en general. El Servicio de Seguridad informó de que había un escepticismo generalizado sobre sus estadísticas y una incómoda sensación de que Alemania nunca podría igualar el poderío industrial del enemigo. Todo dependía del valor y la habilidad de sus soldados y la fuerza del frente interno.<sup>27</sup>

El discurso de Goebbels estaba lleno de alabanzas hacia la «población que sufre desde hace tanto tiempo», en Alemania occidental, que era la más afectada por la ofensiva de bombardeos aliados. Su visión era de «una nueva época del socialismo alemán». Junto con Speer, estaba decidido a librar una «guerra total» que, a su vez, requería el compromiso de todo corazón de toda la «comunidad racial». Speer fue una vez más testigo de una criminal arenga antisemita. Goebbels prometió que los judíos serían «eliminados radicalmente» para que «Lucifer caiga una vez más»:

La exclusión total de los judíos de Europa no es una cuestión moral. Es una cuestión de seguridad del Estado... Igual que el escarabajo de la patata destruye el campo de la patata —de hecho, se ve impelido a hacerlo por su propia naturaleza—, del mismo modo el judío destruye estados y pueblos. Solo hay un antídoto. La amenaza debe ser completamente aniquilada.<sup>28</sup>

Una vez más, en sus memorias Speer hace solo una breve referencia a su discurso y no hace mención alguna sobre la contribución de Goebbels.

Al discurso demasiado confiado y autocomplaciente de Speer le salió el tiro por la culata. Bormann y los Gauleiters aprovecharon sus impresionantes estadísticas para interpretar que no había necesidad de que la gente hiciera más sacrificios. ¿Por qué recortar la mantequilla cuando se estaban produciendo tantas armas? De este modo, el partido se podría ahorrar críticas posteriores. Por el contrario, los soldados del frente, que eran plenamente conscientes de la escasez de armas y municiones, tenían una visión muy escéptica de los hechos y cifras de Speer.<sup>29</sup>

Las empresas más pequeñas estaban profundamente alarmadas por los esfuerzos de Speer para concentrar y centralizar la producción.<sup>30</sup> Había que disolver los cárteles y otros arreglos convenientes similares para poder lograr la racionalización y la centralización. De los 2.500 cárteles existentes, 2.000 fueron eliminados rápidamente. Speer dejó gran parte de la tarea de reorganizar la producción industrial a Hans Kehrl y al Grupo Industrial del Reich. Los negocios pequeños, o bien se habían pasado a la producción de armamentos, lo que a menudo significaba ser engullidos por una de las empresas más grandes, o bien se vieron obligados a cerrar. En junio de 1943, Hitler firmó un decreto redactado por Speer que cerraba la mayoría de las

pequeñas fábricas de armamento. Lammers estaba furioso porque Speer, acudiendo directamente a Hitler, había ignorado una vez más el procedimiento habitual.

El relativo optimismo de Speer se debía a que el frente oriental se había estabilizado después de la debacle de Stalingrado. Siempre que Manstein pudiera aferrarse a la región minera de hierro de Kryvyi Rih, los depósitos de manganeso de Bol'shoy Tokmak y el carbón del Donbass, aún era posible prever un aumento significativo en la producción de acero en 1943. Sin embargo, a pesar de los impresionantes resultados del Programa Panzer, los tanques alemanes en la batalla de Kursk en julio de 1943 fueron superados en una proporción de dos a uno.<sup>31</sup> Pronto se perdieron Bol'shoy Tokmak y el Donbass. Kryvyi Rih estuvo bajo un fuerte ataque en noviembre, pero el contraataque alemán tuvo éxito. Una renovada ofensiva del 3.º Frente Ucraniano contra el Grupo de Ejército A de Kleist se completó con éxito en febrero de 1944, interrumpiendo de este modo los vitales suministros de manganeso.

Para el verano de 1943, parecía que la posición de Speer estaba debilitándose. Ya no gozaba de la confianza incondicional de Hitler. Su ofensiva de propaganda había fracasado. El Ejército Rojo había ganado la iniciativa estratégica y las fuentes esenciales de materias primas estaban bajo amenaza. Keitel, Lammers y Bormann se mostraban decididos a frustrarlo en todo lo que intentase, pero no se desanimó. Tras hacerse con el control sobre los armamentos navales, se sintió con fuerzas para acercarse a Hitler y pedir que se ampliaran sus poderes para incluir todos los aspectos de la producción civil. Pensaba que la ofensiva aliada de bombardeos había comenzado a tener un efecto alarmante y necesitaba, por lo tanto, poderes adicionales para afrontar la crisis. Pidió que Hans Kehrl, que era la figura clave en el Ministerio de Economía de Walther Funk, se convirtiese en su subordinado. Kehrl se enfureció ante esta sugerencia. Desaprobó violentamente el enfoque de gestión de Speer, que calificó despectivamente como «improvisación organizada». Tenía la sensación de que Speer carecía de cualquier concepto estratégico para un amplio esfuerzo de guerra. Sus objeciones tuvieron muy poco recorrido. Speer lo convenció de que sus poderes se incrementarían considerablemente como jefe de una oficina de planificación dentro de Planificación Central, y le aseguró que le dejaría las manos libres. Acto seguido, Kehrl pidió permiso para dimitir de su cargo en el Ministerio de Economía. Se le advirtió que la dimisión equivaldría a la desertión y que

sería tratado en consecuencia.<sup>32</sup> A partir de entonces, Kehrl trabajó para Speer en la Oficina de Planificación, pero se mantuvo dentro del Ministerio de Economía. Pasó mucho tiempo antes de que las relaciones entre Speer y Kehrl —el Ministerio de Armamentos y el Ministerio de Economía— se aclarasen, al menos, parcialmente. Pero este tipo de conflictos de interés eran endémicos en el Tercer Reich.<sup>33</sup> Para todo lo que se tratase de un «estado de liderazgo», las luchas por los ámbitos de competencia rara vez se resolvían mediante tomas de decisiones en firme al más alto nivel.

En la tarde del 27 de julio de 1943, Speer convocó a una reunión en su apartamento en la Rauchstrasse de Berlín. A la misma acudió Karl-Otto Saur, el director de envíos Walther Schieber, el sucesor del general Thomas en la Oficina de Armamentos Kurt Waeger, el jefe de la Oficina Central Willy Liebel y Hans Kehrl. Speer acababa de regresar de cuartel general de Hitler con el anuncio de que iba a haber una batalla por el armamento (*Rüstungsschlacht*). El Ministerio de Armamentos tendría que reorganizarse para afrontar el reto. Kehrl pidió a Speer que comentara la situación política, que parecía sombría tras la caída de Mussolini y el desastre en Kursk. Speer respondió en tono airado que sus colegas no esperarían de él que revelase lo que le había dicho Hitler en el transcurso de una conversación confidencial. Kehrl se indignó. Como jefe de una nueva organización importante, a la vez que seguía desempeñando un papel clave en el Ministerio de Economía, sentía que tenía derecho a ser informado acerca de la situación política general. Conteniéndose con alguna dificultad, decidió enfrentarse a Speer en privado en lugar de hacerlo frente a sus colaboradores más cercanos.

Kehrl volvió a casa de mal humor. Recibió una llamada inquieta del gauleiter Kaufmann de Hamburgo, que le proporcionó detalles horribles sobre la Operación Gomorra que todavía estaba en su apogeo. La incursión aliada había provocado una tormenta de fuego que había dejado 42.000 muertos y 37.000 heridos. Un millón de personas se habían visto obligadas a abandonar la ciudad. Después de aquello, Kehrl le dijo a su esposa que la guerra estaba perdida.<sup>34</sup> Pronto recuperó la compostura cuando se le aseguró que la ofensiva de bombardeos aún no había tenido un gran impacto sobre la producción de armamento. Pero Kehrl estaba convencido de que la única solución a la situación de Alemania era deshacerse de Ribbentrop y negociar una paz separada con la Unión Soviética.<sup>35</sup> Speer desestimó la opinión de Kehrl de que no había alternativa a la paz por separado como un ejemplo de «derrotismo» que simplemente le haría terminar en la cárcel. Señaló que, con

los ataques masivos contra las plantas de hidrogenación que habían perturbado gravemente el suministro de combustible, y el desembarco aliado en Sicilia, era muy poco probable que los soviéticos considerasen una paz por separado.

La «dictadura económica» de Speer se fortaleció aún más cuando un Hans Kehrl bastante apaciguado y su amigo cercano Walther Schieber redactaron un informe que sugería que el ministerio de Speer absorbiera la importantísima Sección II de Kehrl del Ministerio de Economía. El secretario de Estado en el Ministerio de Economía, Friedrich Landfried, se opuso fuertemente a esta sugerencia, pero Funk pensó que la centralización de la producción tenía mucho sentido. Puesto que él solo estaba interesado en su cargo como presidente del Reichsbank, se ofreció incluso a entregar todo su ministerio a Speer.<sup>36</sup> El 9 de agosto de 1943, Funk y Speer presentaron esta propuesta extraordinaria a Lammers para su aprobación. Bormann opuso una feroz resistencia a una medida que proporcionaría a Speer una autoridad añadida. Speer se enfureció por tener que esperar a una decisión. El 18 de agosto escribía a Bormann: «La exigencia de una expansión lo más rápida posible de los armamentos viene dictada por el enemigo».

El asunto se resolvió finalmente el 2 de septiembre con el Decreto del Führer para la Concentración de la Economía en Tiempos de Guerra. Aquello marcó el mayor cambio en la organización de la economía alemana desde el Plan Cuatrienal de 1936, y tuvo su reflejo en el cambio de nombre del ministerio de Speer, que dejó de llamarse Ministerio del Reich para Armas y Municiones para denominarse Ministerio del Reich de Armamentos y Producción de Guerra. Speer tenía ahora poderes casi dictatoriales sobre la economía en el país y en los territorios ocupados. Solo la agricultura se mantuvo fuera de su alcance, pero tenía estrechos vínculos con el ministro *de facto*, Herbert Backe. Sus poderes se extendían desde la Unión Soviética, Polonia y el Protectorado de Bohemia y Moravia hasta Luxemburgo, Alsacia Lorena, Carintia, Carniola y Baja Estiria. Únicamente la producción de aviones permaneció fuera de su alcance, aunque Milch se mostró cooperativo y dependió de Speer para los suministros y reparaciones cuando los bombarderos aliados hicieron estragos en sus fábricas de aviones.

Funk conservó la autoridad sobre las «políticas económicas fundamentales», pero resultaba difícil ver exactamente qué implicaba esto. Todavía era responsable de la provisión de bienes de consumo y de la decisión sobre cómo debían repartirse. Estaba a cargo de todas las entidades

de crédito, la mayoría de las cuales carecían de fondos. Speer no estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de estos asuntos, a sabiendas de que solo conduciría a más luchas con los gauleiters sobre los bienes de consumo. Puesto que era él quien decidía la asignación de materias primas para la economía civil, tenía una influencia decisiva, mientras los consumidores culpaban a Funk. Speer admitió que no sabía absolutamente nada sobre finanzas. Por lo tanto, prefirió mantener a Funk en el cargo en la concha de su ministerio.<sup>37</sup>

Kehrl estaba decidido a desempeñar un papel clave en el ministerio de Speer. Para aliviar a Walther Schieber de su excesiva carga de trabajo, nombró a Willy Schlieker, un hombre enérgico e ingenioso hecho a sí mismo, responsable de la adquisición de carbón, hierro y productos químicos. Speer le pidió Sauckel que le proporcionara 500.000 trabajadores más que deberían ser extraídos del sector de bienes de consumo. Göring estaba especialmente disgustado con esta evolución de los acontecimientos, y su descontento era alimentado por Bormann y Lammers, que aprovechaban cualquier oportunidad para frustrar las aspiraciones de Speer. Pero Göring había llegado ya a tal estado de letargo que no estaba dispuesto a emprender ninguna acción.<sup>38</sup>

Aunque Speer estaba ahora en una posición que no tenía paralelos en ninguno de los países beligerantes, las perspectivas estaban muy lejos de ser halagüeñas.<sup>39</sup> Su ministerio había sido ampliado y había cambiado de nombre. Se le había dado la seguridad de que se reduciría drásticamente la producción no esencial, pero esto significaba que se encontraría inevitablemente con la oposición decidida de los gauleiters y el Partido Nazi. La mano de obra y las materias primas escaseaban tanto que ni siquiera se podrían satisfacer las exigencias mínimas de las tres armas del Ejército. Tendría que superar los angustiosos problemas a los que se enfrentaba la economía alemana si quería estar seguro del apoyo de Hitler. También tenía que protegerse de los ataques de sus poderosos rivales, tanto dentro de su ministerio como entre los miembros hambrientos de poder dentro del círculo íntimo de Hitler. Al parecer, en la cumbre de su poder, poco a poco se hizo evidente que Speer había asumido demasiadas responsabilidades para lo que podía manejar un solo hombre.

El 29 de octubre de 1943 firmó un decreto redactado por Hans Kehrl sobre la reorganización del ministerio a fin de incluir el sector civil. Se presentó como la Carta Magna de la economía de guerra, y era el producto de los

debates celebrados en el Reichsbank entre Funk, Speer, Kehrl, y Schieber que continuaron hasta altas horas de la noche. Su nombre más familiar fue el de «Decreto Tenia» a causa de su excepcional longitud.<sup>40</sup> Se crearon tres nuevos departamentos: para las materias primas, la planificación y los bienes de consumo. Hans Kehrl fue puesto a cargo de los dos primeros departamentos. Había luchado con fiereza para alcanzar esta posición. En un primer momento, Speer había querido separar materias primas de planificación, pero Kehrl había objetado que aquello habría conducido a un caos organizativo, y se negó en redondo a trabajar a las órdenes de Speer a menos que se combinaran estos dos departamentos. Speer se enfureció, y le dijo a Kehrl que los hombres de su ministerio eran soldados que debían obedecer órdenes. Kehrl se mantuvo firme. Speer, consciente de la excepcional capacidad y experiencia de Kehrl, acabó dando marcha atrás.<sup>41</sup> Speer se aseguró de que Göring diese su aprobación a Kehrl como jefe de la nueva Oficina de Planificación, para que, de esta manera, se le concedieran plenos poderes dentro del Plan Cuatrienal. El Departamento de Bienes de Consumo cambiaría poco después su nombre como Departamento de Explotación, puesto que su tarea principal consistía en desviar trabajadores hacia el sector armamentístico.

El «Decreto Tenia» resultó un incómodo compromiso que no agradaba a nadie. Kehrl tenía la sensación de que había «demasiados cocineros» para que funcionase con eficacia. Speer lo consideraba excesivamente burocrático, pero Kehrl señaló sabiamente que ninguna estructura organizativa de semejante naturaleza podría nunca ser perfecta. A su juicio, contenía suficientes controles y equilibrios como para evitar confusiones estructurales y conflictos graves por los ámbitos de competencia. Por lo tanto, constituía un verdadero paso adelante.<sup>42</sup>

Como parte de esta importante reestructuración del ministerio, Kehrl creó una Oficina Central de Estadísticas (*Hauptabteilung Statistik*) al mando del Dr. Rolf Wagenfuhr, un reconocido experto en el campo. La información estadística que reunió Wagenfuhr fue vital para la Oficina de Planificación, pero los datos fueron muy engañosos. Wagenfuhr tomó las cifras de febrero de 1942, el mes en que Speer asumió el cargo, como línea de base para sus cálculos. Tomando febrero de 1942 como 100, la producción de armas se elevó a 180 a finales de año, a 222 a finales de 1943 y a 322 en julio de 1944. Luego, en gran parte debido a la ofensiva de bombardeos, se redujo a 273 en septiembre y a 227 en enero de 1945.<sup>43</sup> Fue sobre la base de estas cifras como

se construyó el «milagro de Speer». No se tuvo en cuenta el hecho de que febrero de 1942 era un punto bajo en la producción de armamento, en gran parte porque las armas que estaban en la producción o en la etapa de planificación aún no eran productos terminados. Por otra parte, estas cifras globales no tomaban en consideración armas concretas. Así, el aumento temprano se debió en gran parte a una concentración en las municiones y los tanques.<sup>44</sup> Que las cifras globales no siguieran descendiendo después del verano de 1944 se debió a la producción de aviones, que todavía estaba en gran medida a cargo de Milch. Los logros de Speer fueron considerables, pero solo se convirtieron en milagrosos gracias al malabarismo estadístico. Se evitó cuidadosamente cualquier comparación con las cifras de producción aliadas. Durante la guerra, los Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña produjeron en total de 599.444 aviones militares; Alemania 119.307.<sup>45</sup> Con cifras como éstas, Speer tendría de hecho que producir un milagro para cumplir su sueño de una «paz victoriosa».

Ninguna de estas nuevas medidas resolvió la cuestión fundamental de cómo hacer frente a las industrias de consumo. La autorregulación funcionaba bien para los armamentos, pero resultaba ineficaz en el sector de consumo. Muchas empresas que se registraron como implicadas en la producción de guerra solo dedicaban una fracción de su capacidad productiva al esfuerzo de guerra. Las pequeñas empresas en las zonas pobres solían estar protegidas por el gauleiter local, a fin de proporcionar un empleo adecuado y un suministro suficiente de bienes de consumo para atender a las necesidades inmediatas de una población en apuros. Speer consideraba que la única solución era imponer un riguroso control estatal sobre la producción de bienes de consumo, pero se encontró con la feroz resistencia de los gauleiters, el Partido Nazi y algunas figuras poderosas de las SS como Otto Ohlendorf, que denunció ese enfoque como «bolchevique». Los principales oponentes de Speer en esta cuestión fueron Bormann, Sauckel y Kaltenbrunner, todos los cuales se opusieron violentamente a imponer restricciones estrictas sobre los consumidores.<sup>46</sup>

Speer planteó estas cuestiones en una reunión de alto nivel de Reichsleiters y gauleiters celebrada en Posen el 6 de octubre de 1943.<sup>47</sup> También asistieron varios de los principales industriales y expertos en armamentos. Himmler iba a pronunciar el discurso de apertura de la tarde. El acto comenzó con las presentaciones de «Panzer» Rohland sobre armamento para el Ejército, de Karl Frydag sobre la Luftwaffe, Otto Merker sobre la construcción naval y

Willy Schlieker sobre hierro y acero. Todos hicieron hincapié en que debía haber un suministro suficiente de mano de obra cualificada y que tenía que estar exenta del servicio militar. Todas las empresas no esenciales debían cerrarse, y sus trabajadores transferidos a la industria de armamento. Rohland advirtió a los gauleiters de que, en adelante, se ignorarían sus «necesidades especiales». Los actos de la mañana terminaron con el discurso de Speer, que se enfrentó a la oposición al anunciar su intención de hacerse cargo de cierto número de fábricas que elaboraban productos para el sector civil, liberando de ese modo suficientes trabajadores para formar veinte divisiones nuevas. Aquello fue música para los oídos de Goebbels.<sup>48</sup> Speer no empleó paños calientes a la hora de describir el lamentable estado de la industria armamentística. En su discurso del Palacio de los Deportes había prometido un aumento del 15 al 20 por ciento de armamentos al mes, pero la Batalla del Ruhr de la RAF había hecho que aquello resultase imposible. Afirmó que la calidad de las armas alemanas era todavía muy alta, pero la cantidad seguía siendo insuficiente. Esto se podía arreglar, pero solo si todos remaban juntos. Era imprescindible una guerra total contra «gandules y enfermos fingidos».<sup>49</sup> Advirtió a los gauleiters de que no debían interponerse en su camino, y les recordó que ahora contaba con el respaldo de Himmler y las SS, quienes se asegurarían de que ya no se fabricasen todos los bienes de consumo, como aparatos de radio, refrigeradores y almohadillas eléctricas —objetos que constituían excelentes sobornos. Si un gauleiter dejaba de cumplir las órdenes del *Sicherheitsdienst* o Servicio de Seguridad para el cierre de empresas específicas en un plazo de dos semanas, se enfrentaría a la «plena autoridad del Reich».

Su discurso terminó con una definición en tres puntos sobre su idea de «Guerra Total»:

Reducción de los estándares de vida en los hogares al nivel de los del frente;

Máximo esfuerzo por parte de todos los trabajadores;

Frugalidad extrema respecto a los bienes de consumo.

Speer se mostraba absolutamente confiado de que con el apoyo de Himmler y la sumisión de los gauleiters se ganaría la guerra. También hizo mención de un arma secreta —probablemente el cohete V2— que todavía no era una realidad.<sup>50</sup>

Speer aseguró tiempo después que, después de la comida, abandonó la

reunión para ir en compañía de «Panzer» Rohland al cuartel general de Hitler con el fin de adelantarse a las predecibles quejas de los gauleiters.<sup>51</sup> La mayor parte de la sesión de tarde la ocupó un discurso de tres horas de Heinrich Himmler en el que ofreció un relato notablemente inocente sobre la situación general de Alemania y que incluía una sección sobre el asesinato en masa de los judíos europeos. Esta sección terminaba con estas palabras:

Y con esto quiero terminar hablando de la cuestión de los judíos. Ahora estáis informados, y mantendréis esta información solo para vosotros mismos. Más tarde, tal vez, podremos considerar si el pueblo alemán debe ser informado acerca de esto. Pero creo que es mejor que nosotros, juntos, llevemos, por el bien de nuestro pueblo, la carga de la responsabilidad de un logro, no solo de una idea...y que luego nos llevemos el secreto con nosotros a la tumba.

Durante este discurso, Himmler se dirigió a Speer en persona, un hecho embarazoso que más tarde Speer intentó ignorar. El discurso de Himmler fue un respaldo total al enfoque de «guerra total» de Speer respecto a los armamentos. Aseguró a los gauleiters que iba a ser tan implacable en la búsqueda de la eficiencia industrial como lo era en su determinación de exterminar a los judíos. Pero también advirtió que el asesinato de judíos tenía prioridad sobre la producción de guerra:

Deben ustedes entender que los factores económicos nos enfrentan a dificultades considerables, particularmente con respecto a la limpieza de los guetos. En Varsovia hemos librado batallas en las calles durante cuatro semanas... Puesto que el gueto produce abrigos y textiles, se nos impidió hacernos con él cuando hubiera sido más fácil. Nos dijeron que estábamos interfiriendo con la producción esencial. «¡Alto!» exclamaron, «esto es producción de guerra!».

En este punto, Himmler se dirigió directamente a Speer:

Por supuesto, esto no tiene nada que ver con el camarada de partido Speer. No fue algo que usted hiciera. En las próximas semanas, el camarada de partido Speer y yo vamos a poner fin precisamente a este tipo de «producción de guerra» con estilo propio. Vamos a adoptar un enfoque duro que sea adecuado para este quinto año de la guerra.<sup>52</sup>

Todo el propósito de la reunión de Posen era celebrar un acuerdo entre el Servicio de Seguridad, la Policía de Seguridad y el Ministerio de Armamento, conocido como el Pacto de Hierro, que se había alcanzado el día anterior. Se diseñó para impresionar a los gauleiters que ahora estaban subordinados al «Eje Speer-Himmler».<sup>53</sup> La estrecha asociación de Speer con Himmler era algo que, comprensiblemente, Speer estuvo dispuesto a ocultar después de la guerra.

Los gauleiters se dieron prisa en responder. Se quejaron a Hitler y Bormann de que estas medidas drásticas tendrían un efecto desastroso en la moral civil. Himmler, tanto en su calidad de Ministro del Interior como en la

de garante de la estabilidad interna, comenzó a tener dudas. Bormann y los gauleiters —en particular, Fritz Sauckel en Turingia, Josef Bürckel en el Reichsgau Westmark y Karl Kaufmann en Hamburgo— estaban decididos a frustrar los planes de Speer. Consiguieron convencer a Hitler para que se distanciase de su favorito, de modo que, en el punto más alto de su meteórica carrera, su poder e influencia empezaron a decaer.<sup>54</sup> Hitler, en un desaire deliberado, pidió entonces a Saur, en lugar de a Speer, que presentara las cifras mensuales de producción.<sup>55</sup> Speer logró recuperar parte del terreno perdido mezclando varios dibujos de arquitectura entre los documentos que mostró a Hitler. Estos desviaron su atención, actuando, como dijo Speer, como amuletos contra la maligna influencia de los gauleiters.<sup>56</sup> Pero ya habían provocado un daño irreparable en su relación con Hitler.

Así pues, las exigencias políticas estaban en conflicto con las necesidades de una economía de guerra. Las ambiciones de poder político de Speer chocaban contra los intereses creados del Partido Nazi. Hitler, como de costumbre, oscilaba entre estas dos posiciones. Esto no era el resultado de una oposición fundamental entre el enfoque racional de Speer y los industriales por un lado y la estrechez de miras ideológicas de Bormann y sus compinches gauleiters por el otro. Era un reflejo de la desesperada situación a la que la Alemania nazi se había llevado a sí misma. Había una contradicción fundamental entre la necesidad de maximizar la producción de armamentos y la necesidad de mantener un alto nivel de moral civil. Era una contradicción que resultaba imposible de superar. Goebbels podría poner en marcha una amplia gama de emociones y jugar con los temores más profundamente arraigados, tenía el mando sobre una inagotable fuente de sustantivos abstractos, pero sus exhortaciones empezaban a carecer de poder de convicción.

Las perspectivas eran tan siniestras que, en octubre de 1943, Speer planteó por primera vez la cuestión con Hans Kehrl sobre quién era probable que consiguiera suceder a Hitler. Himmler fue descartado como un maestro de escuela cascarrabias y un mezquino vacilante, que no era en absoluto del gusto de Hitler. El patizambo Goebbels estaba fuera de la cuestión, debido a su apariencia exterior, sus promesas violentamente extravagantes y su impopularidad en el seno del partido. Rommel era una posibilidad, pero era poco probable que Hitler seleccionase una personalidad militar como su sucesor. Lo mismo se aplicaba a Dönitz. Speer le preguntó sin rodeos a Kehrl si Hitler podría considerarlo como su sucesor. Kehrl respondió

afirmativamente. Tanto Hitler como Speer eran temperamentos artísticos, eran compatibles emocionalmente, no había nadie más cercano a él que Speer, y Hitler estaba muy impresionado con las excepcionales capacidades y cualidades de liderazgo de Speer. Speer asintió con una complaciente aceptación.<sup>57</sup>

Otro gran problema era que la ofensiva de bombardeos estaba comenzando por fin a tener un impacto significativo sobre la producción de guerra. En marzo de 1943, el Mariscal del Aire Arthur Harris lanzó una campaña contra el Ruhr, el corazón industrial de Alemania. Los ataques iniciales resultaron relativamente ineficaces, con el radar H2S incapaz de penetrar la niebla que reinaba sobre el océano. En la noche del 2 al 3 de marzo, la fábrica Krupp en Essen fue alcanzada en el primero de una serie de ataques lanzados durante la primavera y el verano que provocaron daños estimados en 485 millones de marcos. «Bombardero» Harris elaboró entonces una lista de objetivos armamentísticos en orden de importancia: la construcción de submarinos, la industria aeronáutica, la producción de petróleo y los transportes.<sup>58</sup>

La Octava Fuerza Aérea del Ejército del Aire de los Estados Unidos (USAAF) adoptó un enfoque muy diferente. Atacar de día, inicialmente con bombarderos sin escolta, buscando blancos específicos. Su objetivo era ante todo destruir la Luftwaffe, y luego concentrarse en la industria armamentística. El primer éxito importante para los estadounidenses fue el ataque diurno contra Schweinfurt el 17 de agosto de 1943, que provocó una reducción del 35 por ciento en la producción de rodamientos, lo que hizo que Speer pidiera una vez más a Hitler una mejor protección de la industria de los armamentos frente a los bombarderos aliados. Esto dio lugar a que los alemanes estuvieran preparados para el segundo ataque sobre Schweinfurt el 14 de octubre. La USAAF sufrió su peor derrota en la guerra aquel «jueves negro». De los 291 B-17 «Fortalezas volantes», se perdieron 77 y 121 resultaron dañadas. Los tripulantes muertos en la acción ascendieron a 590, mientras que 65 fueron hechos prisioneros. Los aliados habían perdido temporalmente la superioridad aérea sobre Alemania.<sup>59</sup>

Había una zona particularmente vulnerable en el Ruhr: las presas de Möhne, Eder y Sorpe. El inspector de armamento de la zona, el general Kurt Erdmann, había advertido insistentemente que había que proteger las presas,<sup>60</sup> que suministraban agua potable a cinco millones de personas y el 70 por ciento del agua utilizada en las fábricas del Ruhr. También se usaban para controlar los cauces de los ríos Eder, Fulda y Weser, así como para regular el

flujo de agua para centrales hidroeléctricas. El 17 de mayo de 1943, el Comando de Bombardeos «Dambusters» a las órdenes del comandante de ala Guy Gibson lanzó la «Operación Chastise» contra los tres embalses. Las presas del Möhne y Eder se rompieron, pero la presa de Sorpe solo sufrió daños menores.<sup>61</sup>

El ataque fue técnicamente brillante, pero los resultados para el Mando de Bombardeos fueron muy decepcionantes. Speer acudió apresuradamente a las presas, pero le aseguraron que la presa de Sorpe proporcionaba agua potable, así que no había peligro para la salud. Ordenó a la Organización Todt que se pusiera a trabajar inmediatamente para reparar los diques. El 23 de septiembre habían sido reparados y se les había dotado de una protección antiaérea notablemente mejorada. Se había provocado un daño considerable en carreteras y puentes, durante meses las plantas generadoras y las obras hidráulicas funcionaron un 35 por ciento por debajo de su capacidad, y el tratamiento de aguas residuales quedó seriamente afectado, pero el efecto principal fue psicológico.

Tiempo después Speer aseguraría que la ofensiva de bombardeos aliados le provocó pocos problemas y que la producción de armamento continuó aumentando a pesar de ella. Ambas afirmaciones son falsas. En una época tan temprana como junio de 1943, Speer, sin duda alarmado por la incursión de los Dambusters, señaló que los bombardeos aliados eran expertos en la selección de objetivos vulnerables. Argumentando que Alemania debería pagar con la misma moneda, creó un comité que incluía a Rohland, Pleiger y Saur para que seleccionara fábricas de armamento en Inglaterra para los ataques de la Luftwaffe.<sup>62</sup> Los hombres de Göring no estaban en condiciones de hacer mucho uso de aquella valiosa información.

La batalla del Ruhr entre el 5 de marzo y el 31 de julio de 1943 fue un punto de inflexión decisivo en la guerra, un hecho que a menudo se pasa por alto debido a una subestimación de su efecto tanto por el Informe de Bombardeos Estratégicos de los Estados Unidos como por la Unidad de Informes de Bombardeos británica. Los jactanciosos informes de Speer sobre la velocidad con la que se reparó el daño, y el mínimo efecto en la producción de armamentos que provocó, sirven además para menospreciar su efecto. Unos serios escrúpulos morales sobre la guerra aérea hicieron que resultase incómodo aceptar que la ofensiva de bombardeos de los Aliados debilitó drásticamente la fuerza de combate de Alemania.<sup>63</sup>

En aquel momento, Speer no se hacía semejantes ilusiones. Declaró el

Ruhr como zona de guerra. En julio se celebró una reunión de emergencia en lo que la crónica de Wolters describe sarcásticamente como la «pequeña villa» de Krupp a las afueras de Essen, que le había ofrecido a Speer como alojamiento temporal. Como resultado de esta conferencia se formó un estado mayor de Speer en el Ruhr.<sup>64</sup> Tenía su sede en el inmenso Charlottenhof de Friedrich Flick en Kettwig, conocido popularmente como «Schloss Flick». Se puso al mando al General Kurt Erdmann. El estado mayor incluía a «Panzer» Rohland, Albert Vogler, un director de construcción de la Organización Todt y representantes de la Corporación Flick, el Sindicato del Carbón de Renania-Westfalia y el Frente Alemán del Trabajo. Speer concedió a este grupo poderes excepcionales para anular las organizaciones existentes y el derecho a decidir qué acción era la apropiada cuando una fábrica se viera dañada en un bombardeo aéreo.<sup>65</sup> Esta nueva organización era típica del enfoque *ad hoc* de Speer y de su creencia en la autodeterminación de la industria. Se hizo cada vez más poderosa en las últimas etapas de la guerra, a menudo haciendo caso omiso de las directivas de los «burócratas» de la Pariser Platz, así como de los funcionarios locales del Partido Nazi. Esto aseguró que prevalecieran las cabezas frías durante las caóticas etapas finales de la guerra.

Para el verano de 1943, los efectos de la ofensiva de bombardeos ya eran considerables. El efecto de los ataques en la cuenca del Ruhr en 1943 fue sustancial en ciertas zonas: una caída del 25 por ciento de la producción de carbón y un 24 por ciento en la producción de hierro.<sup>66</sup> Los daños causados a la red de transporte provocaron complicaciones incalculables. Los efectos sobre la población civil resultaron calamitosos. Las constantes alarmas antiaéreas impedían conciliar el sueño a la mano de obra. En la cuenca del Ruhr eran frecuentes hasta tres alarmas en una sola noche, por lo que era casi imposible dormir por la noche. La destrucción generalizada en áreas residenciales tuvo un efecto aplastante sobre la moral. Los bombardeos sobre Hamburgo a finales de julio y comienzos de agosto parecían ser un anticipo de lo que estaba por venir.<sup>67</sup> La destrucción generalizada dio lugar a una mayor demanda de los escasos materiales de construcción y de artículos de uso diario, como utensilios de cocina, cubiertos, vajillas y ropa. Las tareas de retirar los escombros de los bombardeos y de proporcionar refugio temporal pronto resultaron demasiado para ser dirigidas por las autoridades locales. La Organización Todt se vio obligada a desviar mano de obra para esta tarea, poniendo en peligro de este modo la construcción de nuevas fábricas de armamentos, la protección de las instalaciones existentes y la construcción de

las defensas, como el Muro Atlántico.<sup>68</sup>

Había una sensación generalizada de que, si los Aliados continuaban con ataques como «Gomorra» sobre Hamburgo, acabarían imponiéndose. Esto, combinado con la victoria del Ejército Rojo en Kursk, hacía obvio para algunos que la suerte estaba echada. El Mariscal de Campo Milch entró en pánico. En una reunión de impactados gauleiters, ministros y altos funcionarios públicos, dijo que la guerra estaba definitivamente perdida. El infatigable Hans Kehrl sufrió una crisis mental.<sup>69</sup> Speer estaba muy alarmado. El 29 de julio, durante una reunión de Planificación Central, anunció que: «Si los ataques aéreos continúan en esta escala, dentro de doce semanas que ya no tendremos que preocuparnos por las cuestiones que ahora nos ocupan. Entonces tendrá lugar una sencilla cuesta abajo bastante rápida... entonces podremos convocar la sesión final de Planificación Central». Speer llegó a la conclusión de que la única solución era concentrarse en la construcción de aviones de combate. Fue directamente a Hitler y le dijo que, si había ataques en otras seis ciudades alemanas en la misma escala que en Hamburgo, se detendría la industria armamentística. A Hitler no pareció preocuparle demasiado. Simplemente, comentó: «Usted se hará de nuevo con el control».<sup>70</sup>

La batalla de Berlín, que comenzó en noviembre de 1943, marcó la siguiente fase en la guerra aérea. Hubiera producido mucho mejores resultados seguir concentrándose en la cuenca del Ruhr, el centro de las industrias del carbón y del acero de Alemania. Gracias a la concentración sobre Berlín, Speer y el estado mayor del Ruhr fueron capaces de evitar la catástrofe que se habían temido. Berlín era una misión difícil para la RAF, pues estaba en el límite extremo del alcance de los Lancaster. Los resultados fueron decepcionantes. Los bombardeos tuvieron como resultado la destrucción del ministerio de Speer, lo que, dada su aversión a la burocracia y el papeleo, no le provocó demasiada angustia. El 23 de noviembre de 1943 publicó un informe en el que decía que: «Creo que gracias a este (ataque), el problema del tratamiento burocrático de los problemas que tendrían un mejor trato de una manera libre de restricciones administrativas, se resuelve automáticamente». Y repitió esta sensación en un discurso en Essen:

Durante una de las primeras grandes incursiones aéreas sobre Berlín, tuvimos la suerte de que se quemó una gran parte de los archivos actuales, por lo que durante un tiempo nos deshicimos de un lastre innecesario; pero no podemos esperar que en el futuro este tipo de acontecimientos vayan a traer esta frescura tan necesaria a nuestro trabajo.<sup>71</sup>

Estos comentarios frívolos enfurecieron al altamente organizado y meticuloso Hans Kehrl. Speer podría considerar irrelevante el papeleo, pero debía recordar que él siempre era minuciosamente informado por su trabajador y concienzudo personal. Sabiendo que la rama ejecutiva del ministerio se basaba en trabajos preparatorios administrativos detallados, Kehrl llegó a la conclusión de que Speer no tenía ni idea de cómo funcionaba su oficina. Para Kehrl, aquel comentario era tan imprudente como el de Goebbels sobre el bombardeo de Berlín: «Es más fácil caminar sin equipaje».<sup>72</sup>

Hans Kehrl admiraba la energía, la determinación y la capacidad de encontrar soluciones imaginativas a problemas aparentemente insolubles de Speer, pero también sabía que no bastaba con hacer planes y dar órdenes. Sin una estructura administrativa eficaz, ninguna de estas ideas, aunque ingeniosas, podrían ponerse en práctica. Ese fue un fracaso estructural fundamental en el Tercer Reich. La exaltación de la dirección bajo el «principio de liderazgo» llevó a una subestimación de la importancia de los subordinados. Speer fue un excelente ejemplo del líder nacionalsocialista a este respecto.<sup>73</sup> En una ocasión, le dijo Kehrl que sentía que la desconfianza era una cualidad positiva. Kehrl mostró su desacuerdo con vehemencia, con el argumento de que la lealtad recíproca era esencial para el buen funcionamiento del ministerio, y aprovechó aquella oportunidad para reprender a Speer que a menudo enfrentase a sus subordinados los unos contra los otros. Speer respondió complacido con el viejo adagio «*divide et impera* —divide y vencerás», pero Kehrl señaló que esta estratagema la utilizaban los romanos contra sus enemigos y rivales, no con sus compañeros y amigos.<sup>74</sup>

Se improvisó a toda prisa un programa de choque para fabricar cañones antiaéreos que contrarrestaran la ofensiva de bombardeos. Esto dio lugar a una reducción significativa del número de cañones antitanque enviados al frente oriental.<sup>75</sup> Speer respaldó las exigencias de la Luftwaffe para un aumento significativo de los combatientes, reduciendo con ello los recursos disponibles para el Ejército de Tierra y la Armada. En otoño, la Luftwaffe comenzó a planificar una importante ofensiva de bombardeos contra las industrias soviéticas. Se solicitó entonces una reducción del 30 por ciento en la producción de cazas de combate en favor de los bombardeos, debilitando aún más las defensas aéreas de Alemania. Así, la ofensiva de bombardeos aliados enfrentó a Speer y Milch con un conjunto de opciones insolubles.

¿Cómo podrían enfrentarse a la amenaza del aire sin comprometer la resistencia de las fuerzas de tierra?

## 8. EL DESAFÍO AL PODER

Fritz Sauckel, que dirigía sus propias fábricas de armamento en sus tierras solariegas de Turingia, y en las que hacía un amplio uso de la mano de obra procedente del campo de concentración de Buchenwald, actuó como portavoz de sus compañeros gauleiters cuando, el 4 de diciembre de 1943, pronunció un discurso en Weimar en el que realizó un ataque frontal al sistema de autodeterminación industrial de Speer. Sauckel declaró que el sistema soviético de «fuerza como norma» era, obviamente, una alternativa mucho más eficaz. Al día siguiente, durante una conferencia de prensa, pisó el callo de Speer al hacer un llamamiento para un esfuerzo máximo en la industria de armamentos. Speer se quejó amargamente a Hitler que «después de todo, soy yo quien debe decidir el momento y la forma para apelar a un esfuerzo total».<sup>1</sup>

El ataque de Sauckel dolió, pero Speer se enfrentaba a una oposición aún más fuerte dentro de su propia organización. Había tomado el mando de la Organización Todt debido a su nombramiento como sucesor de Todt, pero la había dejado en manos de su segundo, Franz Xaver Dorsch. Este era un ingeniero civil y un ferviente nacionalsocialista que estaba decidido a seguir su propio camino. Desde el principio, Speer se llevó a matar con Dorsch y los «inflexibles burócratas» de la Organización Todt.<sup>2</sup> Decidido a hacer que Dorsch fuera consciente de que él era su subordinado, se lanzó al ataque acusándolo de megalomanía, complacencia e inercia burocrática. Empezó trasladando a algunos de los colaboradores clave de Dorsch a la sección de armamento de su ministerio, pero estaba demasiado ocupado con el armamento y las municiones como para prestar mucha atención a la OT. Dorsch, furioso por lo que él consideraba un exagerado auto-bombo de Speer, se negó a conformarse y se dispuso a crearse un feudo independiente. Speer invitó a Dorsch a una reunión conciliatoria cuando Speer visitó a las tropas de la OT en Laponia durante la Navidad de 1943, pero Dorsch se negó a acudir.<sup>3</sup>

Este viaje le proporcionó una agradable escapada, pero, a su regreso a Alemania, Speer fue sometido a una reprimenda de Hitler cuando sugirió que

sería mejor reclutar mano de obra local en lugar de depender de los esfuerzos de Sauckel para conseguir cuatro millones de trabajadores extranjeros.<sup>4</sup> Impertérrito, regresó a su rutina habitual. El 5 de enero de 1944 presidió una conferencia ministerial que abordó una serie de problemas acuciantes: la necesidad de más armas anticarro, el suministro de energía y gas en las ciudades dañadas por los bombardeos, la concesión de contratos a empresas francesas, la recolocación de trabajadores procedentes de fábricas consideradas no esenciales, el empleo de las SS en Estonia, la reorganización de las brigadas de bomberos, la simplificación de los procedimientos de pagos, problemas en el seno del servicio postal, relaciones comerciales con Suecia, reparación de locomotoras, proyectos constructivos en Noruega, la agenda para una gran conferencia sobre armamentos, la exportación de armas, el control sobre el transporte en Italia y el empleo de cuevas como fábricas a prueba de bombas.<sup>5</sup> Esta abrumadora lista de asuntos da cierta idea de la amplia gama de actividades cubiertas por el ministerio de Speer.

El 10 de enero, Speer presidió en Berlín una conferencia de funcionarios locales del Ministerio de Propaganda en la que expuso sus planes para la reconstrucción después de la guerra de las ciudades de Alemania dañadas por los bombardeos. Comenzó con el absurdo alarde de que los «bombardeos del terror» no habían tenido ningún efecto sobre la producción de armamento. De hecho, la producción había aumentado constantemente. No se hizo mención de las urgentes peticiones de más cañones antiaéreos y combatientes ni de la necesidad de trasladar las fábricas a emplazamientos subterráneos que ya se había manifestado tan solo unos días antes. En un tono también extremadamente optimista, Speer anunció que: «En el transcurso de este año, una serie de innovaciones tecnológicas darán nuevas sorpresas al enemigo». Su insistencia en que, inflamada por el verdadero espíritu nacionalsocialista y disfrutando de la confianza de la clase obrera, Alemania podría superar todas las dificultades, sonó un poco rara cuando a continuación advirtió que había que evitar la complacencia. El país tenía que prepararse para la gigantesca tarea de reconstrucción después de la «Victoria Final». Había que evitar a toda costa los muchos errores que se habían cometido después de derrotar a Francia en 1871.<sup>6</sup>

Poco después de pronunciar este abstruso discurso, Speer cayó gravemente enfermo. Se había lesionado la rodilla durante su visita a Laponia y sufría de «agotamiento».<sup>7</sup> Fue ingresado en la clínica del SS-Gruppenführer Profesor Dr. Karl Gebhardt en Hohenlychen, un establecimiento de moda al norte de

Berlín, muy favorecido por la élite nazi. Gebhardt, un cirujano ortopédico especializado en lesiones de rodilla, era el médico personal de Himmler. Entre sus muchos pacientes distinguidos estaba el rey de los belgas y un buen número de personalidades del mundo del deporte. Para muchos, era el genio malvado del Reichsführer-SS. Walter Schellenberg, jefe del servicio secreto de Himmler, lo describió como «detestable». El jefe de la sección interna del Servicio de Seguridad, el SS-Gruppenführer Otto Ohlendorf, lo describía despectivamente como un intrigante corrupto, egoísta y con buen ojo para aprovechar las oportunidades.<sup>8</sup>

Hohenlychen era un establecimiento poco fiable en el que, misteriosamente, un número considerable de pacientes prominentes no conseguían sobrevivir. El tratamiento de Gebhardt de lo que parecería haber incluido una depresión aguda estuvo a punto de matar a Speer. Oficialmente, se le diagnosticó una «infección reumatoide purulenta de la articulación de la rodilla izquierda combinada con daños en los ligamentos».<sup>9</sup> El 8 de febrero —tras pasar tres semanas sin abandonar su cama mientras recibía una riada diaria de visitantes que solían mantenerlo ocupado hasta medianoche— sufrió una embolia pulmonar casi mortal. Salvó la vida por la intervención del Profesor Friedrich Koch, del Hospital Hufeland de Berlín, que fue a Hohenlychen a petición de un amigo de Speer, el SS-Gruppenführer Profesor Dr. Karl Brandt; en septiembre de 1943, Hitler, encantado con el trabajo que había hecho asesinando a más de 70.000 pacientes con discapacidades físicas y mentales en «Acción T4», había hecho a Brandt responsable de la «investigación médica» que se realizaba en los campos de concentración.<sup>10</sup> Cuando Gebhardt declaró que el corazón de Speer estaba tan débil que no podía trabajar, Brandt dijo que aquello era una estupidez. Al corazón de Speer no le pasaba nada en absoluto.<sup>11</sup> Durante toda la enfermedad de Speer hubo una duda considerable en cuanto a la naturaleza exacta de su dolencia. Esto sirvió para avivar la sospecha de que, detrás de todo aquello, había algo tortuoso. Speer, con comprensibles sospechas de sus rivales dentro del ministerio, decidió no designar a un suplente mientras se encontraba indispuesto. Continuó trabajando duro, pese a las enérgicas protestas de Gebhardt.<sup>12</sup>

Los bombarderos estadounidenses eran su principal preocupación. La «Semana Grande», del 20 al 25 febrero de 1944, supuso un golpe devastador para las fábricas de aviones de la Luftwaffe. Las Fortalezas Volantes y los Libertadores iban ahora acompañados de los P-51 Mustang equipados con

tanques de combustible desechables que les permitían ofrecer protección a los bombarderos. Milch convocó una reunión de emergencia en la cabecera de la cama en Hohenlychen en la que se acordó por unanimidad que, allí donde fuera posible, la industria de la aviación tenía que trasladarse a lugares seguros. Milch hizo un amplio recorrido por las fábricas de aviones dañadas en lo que recibió el nombre clave de «Operación Hamburgo». Los resultados fueron alarmantes. Tuvo que confesar que el programa de construcción de aviones de la Luftwaffe estaba en quiebra. Se habían prometido dos mil aviones al mes, y ahora parecía que estarían de suerte si podían construir seiscientos.

El 1 de marzo Saur fue a Hohenlychen. Informó que el daño de los bombardeos era tan amplio que sería imposible cumplir los objetivos de cifras para los aviones de combate. Para hacer frente a esta crisis, Speer ordenó la formación de un Estado Mayor de Cazas con Milch como su adjunto y Saur como jefe de grupo.<sup>13</sup> Speer dejó claro que esto significaría que su ministerio se haría cargo del programa de armamentos de la Luftwaffe. Con la ofensiva de bombardeos aliados estrangulando los suministros de la Luftwaffe, Milch sintió que no tenía más alternativa que aceptarlo.<sup>14</sup> Ese mismo día, Hitler firmó un decreto, redactado por Speer, mediante el cual creaba formalmente el Estado Mayor de Cazas. Las oficinas del Estado Mayor de Cazas estaban en el Ministerio del Aire, con Speer y Milch ejerciendo una misma autoridad, pero con Speer enfermo, el verdadero poder ejecutivo del Estado Mayor de Cazas estaba en manos de Karl-Otto Saur. Además, Saur contaba con la hábil ayuda de otro ambicioso rival, el SS-Obergruppenführer y general de las Waffen-SS Hans Kammler.

El papel de Himmler durante la enfermedad de Speer resulta complicado de analizar. Estaba resentido por la asombrosa acumulación de poder de Speer que ahora eclipsaba totalmente a la Oficina de Economía y Armamentos de las SS de Oswald Pohl. Había chocado con Speer sobre una serie de cuestiones, pero Speer no constituía ninguna amenaza para las SS. Puede ser que quisiera mantener a Speer al margen el mayor tiempo posible, pero es difícil imaginar que considerase seriamente la eliminación permanente de un hombre que todavía era un jugador clave en el círculo íntimo de Hitler. Profesor Koch, por el contrario, estaba absolutamente convencido de que Himmler hizo todo lo posible para obstaculizar la recuperación de Speer.<sup>15</sup> Tiempo después, Speer declaró que se había librado por muy poco de ser asesinado en Hohenlychen.<sup>16</sup>

Nada de esto concuerda con una carta que Gebhardt escribió a Himmler el 21 de febrero de 1944 en la que decía que, puesto que Speer tenía la intención de abandonar Hohenlychen en una o dos semanas, había solicitado al gauleiter de Tirol del Sur que le buscara una propiedad de entre dieciséis a veinte habitaciones a una altitud de 1.500 a 1.800 metros. Speer había solicitado que Gebhardt y su familia lo acompañaran. Gebhardt quería saber cómo podía ponerse en contacto con el jefe de personal de Himmler, el SS-Gruppenführer Karl Wolff, a fin de que tomase las medidas de seguridad necesarias. Himmler envió rápidamente un télex a «Wölffchen» ordenándole que se asegurase de que la residencia temporal de Speer fuera absolutamente segura y estuviera protegida frente a los ataques aéreos.<sup>17</sup>

Que Speer tenía una relación excelente con Gebhardt también se demuestra por una carta dándole las gracias por «todo lo que hizo por mi familia (y) por su comprensión y camaradería». Seis semanas más tarde, Speer le escribió una cálida nota felicitándole por un alto honor que le había concedido Hitler. Por si esto fuera poco, más adelante recomendó las habilidades médicas de Gebhardt a su amigo, el ministro francés de Trabajo, Transportes y Comunicaciones, Jean Bichelonne, quien, por desgracia, siguió su consejo y murió en Hohenlychen.<sup>18</sup>

La única explicación posible para esta discrepancia puede ser que, cuando Speer se dispuso a reconstruir su pasado, tuvo que distanciarse lo más posible tanto de Gebhardt como de Himmler. A pesar de algunos desacuerdos, Speer mantuvo una excelente relación de trabajo con el «querido camarada de partido Himmler». Mientras convalecía en Hohenlychen, le dijo que necesitaba prisioneros de los campos de concentración para ayudar a construir el Muro Atlántico. Le contó que tenía un campo ya preparado, con un número adecuado de guardias para vigilar a 6.500 prisioneros. Pronto podría acomodar a 1.000 más. Además, le pidió 10.000 prisioneros de Auschwitz para trabajar en la industria química en la Alta Silesia. Los campos y los guardias estaban listos para su uso inmediato. Himmler se mostró muy complaciente.<sup>19</sup>

Decidido a aferrarse a las riendas del poder, Speer recibía un flujo constante de visitantes en la cabecera de su cama, incluyendo reuniones frecuentes con Milch. Tenía buenas razones para estar preocupado. Göring se aprovechó de su indisposición para hacer un intento de recuperar algunos de sus poderes perdidos, pero Hitler le paró los pies rápidamente. Dorsch representó un desafío mucho mayor. Como uno de los «viejos guerreros» que

habían participado en el intento de golpe de Estado de Hitler en 1923 y amigo de Himmler desde su juventud, tenía fácil acceso a la cúpula nazi. Poco después de ser ingresado en la clínica, Speer recibió noticias alarmantes de su jefe de personal, Erwin Bohr, de que, instigada por Dorsch, la oficina del distrito del partido en Berlín había ordenado que se enviase a la sede de la Organización Todt una caja fuerte que contenía las evaluaciones políticas de todos los que trabajaban en el Ministerio de Armamentos. Speer, sabiendo perfectamente que aquello era parte del plan de Dorsch para socavar su posición, ordenó que la caja de seguridad permaneciera en la oficina de Bohr. Los funcionarios del partido sellaron entonces la puerta de la caja fuerte. Por órdenes de Speer se retiró la parte posterior de la caja fuerte, se extrajeron una serie de documentos sensibles con informes poco favorecedor sobre algunos de los principales colaboradores de Speer y se volvió a colocar la parte posterior de la caja. Willy Liebel, como jefe de la Oficina Central del ministerio, ordenó a Dorsch que le ofreciera una explicación por escrito sobre por qué había formulado una petición para que abandonaran el ministerio los documentos confidenciales. Speer pidió a Bormann que averiguara quién había iniciado aquella acción.<sup>20</sup>

Dorsch recibió entonces la orden de trasladarse a la sede de Hitler, donde se le pidió que enumerase sus quejas. Respondió débilmente que no tenía ninguna, pero Bormann le presionó con la esperanza de minar la confianza de Hitler en Speer. Nada salió en claro de aquella reunión con Hitler, más allá de proporcionar una prueba más de las divisiones entre Speer y Dorsch. Speer estableció una serie de condiciones para Dorsch, advirtiéndole de que, si no se sometía, sería despedido.

Desde su cama en Hohenlychen, Speer promulgó un decreto amenazando con enviar a un campo de concentración a cualquier persona del ministerio que difundiera rumores y desafección. También decidió decirle a Hitler que tenía la intención de despedir a Dorsch, pero quería esperar hasta estar lo suficientemente bien como para ir al cuartel general de Hitler y defender el caso en persona. El 26 de enero de 1944 escribió a Goebbels diciéndole que Dorsch había permitido que la política le nublara el juicio y, por lo tanto, tenía que ser eliminado. Dorsch ofreció a Speer una vacía expresión de su lealtad, pero siguió intrigando a sus espaldas. Le dijo al general Kurt Zeitzler, Jefe del Estado Mayor del Ejército, que pronto asumiría la responsabilidad de todos los proyectos de construcción porque la enfermedad de Speer era incurable.<sup>21</sup> Difundió con asiduidad este rumor en el cuartel general de Hitler,

proporcionando con ello un considerable estímulo a los rivales de Speer.

Speer llevaba mucho tiempo enfrascado en una batalla con Dorsch a cuenta del ascenso de uno de los colaboradores de Speer, el Dr. Carl Birkenholz, que era un experto en Derecho Laboral.<sup>22</sup> Como resultado de su informe sobre las condiciones de trabajo, los hombres iban a trabajar setenta y dos horas y las mujeres sesenta y seis horas a la semana. A cambio, iban a recibir raciones especiales, bienes de consumo, tabaco, alcohol y asistencia médica. Se les proporcionaría ropa adicional, especialmente a las personas que trabajaran al aire libre. El sistema era monstruosamente injusto por el hecho de que estos privilegios solo se otorgaban a los que trabajaran duro —en otras palabras, aquellos que eran físicamente capaces de trabajar tantas horas. Se imponían feroces castigos a los «gandules». El resultado final fue que los sanos se beneficiaron de los incentivos; los débiles se quedaron por el camino.<sup>23</sup>

Dorsch, que se oponía a semejante generosidad, se opuso al ascenso de Birkenholz con el argumento de que había recibido varias referencias negativas. La oficina de Bormann le había hecho saber que no se le consideraba un nacionalsocialista suficientemente ardiente como para ser ascendido al rango de Secretario Permanente. Se le consideraba «falto de camaradería», «arrogante» y de «carácter débil». Speer se enfureció. Contestó afirmando que los papeles de Birkenholz habían sido destruidos en un «ataque terrorista» de la RAF en Berlín, por lo que no podía presentar pruebas concretas para apoyar su caso. Atribuyó este ataque solapado contra un colega de confianza a Frau Stürtz, la entrometida esposa del gauleiter de Brandenburgo, que trabajaba a tiempo parcial en el departamento de Birkenholz. A mediados de enero, Dietrich Clahes el superior inmediato de Birkenholz, volvió a intentar asegurar el ascenso de Birkenholz, pero Bormann se negó de nuevo, citando su falta de comportamiento realmente nacionalsocialista.<sup>24</sup>

Speer no cedió. Ahora estaba convencido de que Dorsch y Konrad Haasemann, el jefe del departamento de personal, intrigaban contra él. Karl-Otto Saur salió en defensa de Birkenholz, insistiendo en que las acusaciones contra él eran falsas. Había realizado un excelente trabajo a las órdenes de Fritz Todt y había superado muchas dificultades para mejorar las raciones de los trabajadores de las fábricas de municiones. Dorsch respondió que consideraba que Birkenholz era «poco creativo» y aseguró que tenía todo el derecho a hablar de sus reservas acerca de él a Haasemann. Speer escribió de nuevo a Bormann a principios de marzo quejándose amargamente de que

Dorsch y Haasemann estuvieran participando en «siniestras políticas entre bastidores» a su costa y repitió que estaban utilizando criterios políticos para influir en su juicio. Advirtió a Bormann de que tenía la intención de que ambos hombres rindieran cuentas ante él. Speer ordenó que Haasemann fuera detenido por la Brigada de Transporte Speer y pidió una investigación completa del caso. Haasemann, tras admitir que se había visto atrapado en un conflicto de lealtades entre Dorsch y Speer, expresó su pesar por haber elegido el bando equivocado. Y así, tras haberse librado por poco de ser enviado a un campo de concentración, Haasemann fue despedido del ministerio de Speer y destinado a construir carreteras en Sajonia. Saur siguió intentando convencer a Bormann, pero no fue hasta principios de mayo cuando cedió finalmente y Birkenholz fue ascendido. Speer fue implacable. Haasemann fue arrojado al desierto. En noviembre llegó arrastrándose a Speer, suplicando que le diese un trabajo decente, pero Speer hizo oídos sordos a sus súplicas, por lo que la carrera de Haasemann quedó arruinada.<sup>25</sup>

Al no haber podido utilizar el asunto de Haasemann para desalojar a Dorsch, Speer revivió los planes para reestructurar la Organización Todt. Escribió a Hitler sugiriéndole que Willi Henne, uno de los ayudantes más cercanos de Todt, debía ser puesto a cargo de la construcción en el Reich. De ese modo, Dorsch solo sería responsable de la construcción en los países ocupados. Walter Brugmann, que había sido su mano derecha en Berlín y ahora estaba al mando de la Organización Todt en el sur de la Unión Soviética, recibiría toda la responsabilidad sobre la Organización Todt. Hitler, enfadado, rechazó de plano esta propuesta. Le dijo a su secretaria principal, Johanna Wolf que: «Speer debe darse cuenta de que incluso para él se aplica la razón de Estado». Cinco semanas más tarde, Brugmann murió en un accidente de avión que, en un principio, parecía similar al que había matado al predecesor de Speer.<sup>26</sup> Pero esta vez no se trató de un sabotaje. El accidente ocurrió cuando volaba a través de un paso de montaña a baja altura entre una niebla espesa. El avión golpeó una copa de un árbol y explotó en el impacto.<sup>27</sup> Brugmann era un hombre íntegro al que todos respetaban. Sus honras fúnebres se celebraron en un cementerio para héroes en Ucrania.<sup>28</sup>

Speer respondió a estos ataques con una serie de «propuestas para el Führer» dictadas durante su convalecencia. En la primera señalaba que su única preocupación era hacer todo lo posible para hacer crecer todos los sectores de la industria de armamentos durante 1944. Para que esto fuera posible, los gauleiters y el NSDAP tenían que estar totalmente

comprometidos a seguir su «competencia especializada» en todas las cuestiones relacionadas con la industria de armamento. Sauckel tenía que seguir las instrucciones, no establecer las prioridades de la industria armamentística. Esa era una responsabilidad que le atañía únicamente a Speer. Le pidió a Hitler que les dijera a los gauleiters y a Sauckel, en su calidad de Generalbevollmächtigter für den Arbeitseinsatz o Plenipotenciario para el Empleo de Trabajo, que cooperaran con su ministerio. A este fin, solicitó que se celebrara una reunión en la que él pudiera dirigirse a los gauleiters.<sup>29</sup>

En un segundo memorando, pedía a Hitler que atajara los rumores que procedían de los escalafones superiores del Ejército en el sentido de que la industria de armamentos no estaba consiguiendo producir las armas, municiones y tanques necesarios para la victoria. Hitler debería aprobar el «Informe del éxito» de Speer. La tercera presentación tuvo poca sustancia, pero la cuarta contenía un duro ataque contra los consejeros económicos de los distritos del partido, sobre los que afirmaba que no tenían ni idea de los problemas a los que se enfrentaba la industria de armamento. Eran entrometidos y totalmente superfluos. Había también una queja irritada por los comentarios de Sauckel sobre la superioridad de la industria soviética y su exigencia de un esfuerzo extremo. Por último, se quejó de que Otto Dietrich, el jefe de prensa del Reich, estaba permitiendo que se publicasen artículos sobre armamentos que no habían sido examinados por su ministerio. Speer insistió en que solo él debía decidir qué artículos debían permitirse y cuándo deberían aparecer.<sup>30</sup>

El tono caprichoso de estas propuestas es una clara prueba de que Speer estaba profundamente preocupado. Ahora todo dependía de la reacción de Hitler. Speer afirmó tiempo después que acabó saliendo ganador, pero es difícil ver cómo podría haber llegado a esa conclusión.<sup>31</sup> No le salvó un contraataque enérgico, sino los problemas críticos que aquejaron a Alemania en los próximos meses, combinados con la renuencia de Hitler para resolver conflictos entre sus subordinados.

Speer abandonó finalmente Hohenlychen el 17 de marzo de 1944. La noche antes de irse, su amigo Wilhelm Kempff ofreció un recital para el personal del hospital. Al día siguiente, viajando con la médico Frau Hofmann y la fisioterapeuta Fräulein Dültgen, se detuvo en la residencia oficial de invitados de Hitler en Klessheim, cerca de Salzburgo. Hitler estaba residiendo en el castillo, donde se reunió con el almirante Horthy, que fue puesto

rápidamente bajo lo que equivalía a un arresto domiciliario. Se le ordenó deponer al gobierno de Miklós Kállay, que había estado intentando negociar una paz por separado con los Aliados. A partir de entonces iba a recibir órdenes de un Plenipotenciario del Reich, el SS-Brigadeführer Edmund Veessenmayer, un hombre que se había especializado en la deportación de judíos serbios. Al SS-Gruppenführer Otto Winckelmann se le encargó llevar a cabo «las tareas de las SS y de la Policía en relación con Hungría y obligaciones policiales especiales en relación con la cuestión judía».<sup>32</sup> En esto último iba a recibir la ayuda de Ernst Kaltenbrunner y Adolf Eichmann. Dos días más tarde, las tropas alemanas entraron en Hungría. Mientras tenían lugar estos dramáticos acontecimientos en el castillo, Speer se alojaba temporalmente en un pabellón barroco en el parque que había sido diseñado por el gran arquitecto austriaco Fischer von Erlach. Speer no menciona en sus memorias estos dramáticos acontecimientos que llevaron a la deportación de 437.402 judíos de Hungría, el 90 por ciento de los cuales fueron asesinados.

Hitler rindió una visita personal a Speer en su pabellón. No se habían visto en diez semanas. Speer afirma que por primera vez en su vida le impresionó la fealdad de Hitler: su tez cetrina, su fea nariz y sus constantes movimientos nerviosos.<sup>33</sup> Speer contaría tiempo después a Gitta Sereny que comenzó a tener dudas sobre Hitler cuando, durante una cena de gala en el hotel Vierjahreszeiten de Múnich, le vio entregar a Eva Braun un sobre lleno de billetes de banco sin decir una palabra. Ella se ruborizó. Speer también se sorprendió cuando Hitler comentó en el Berghof que los hombres inteligentes siempre deberían elegir mujeres primitivas y estúpidas.<sup>34</sup> Es típico de Speer que no se ofendiera por la brutalidad, la arbitrariedad y la falta de escrúpulos morales de Hitler, sino por la forma de su nariz o cosas tales como su actitud poco galante con las mujeres, su falta de decoro y su mal gusto.

Hitler visitó de nuevo a Speer para felicitarle por su cumpleaños el 19 de marzo. Le regaló un enorme ramo de flores. El asistente de la Luftwaffe de Hitler, Nicolaus von Below, y su médico, el Dr. Morell, también lo felicitaron personalmente.<sup>35</sup> Hitler le vio una vez más para despedirse de él, dando con ello a su vasallo una clara prueba de su apoyo y reconocimiento. Después de cinco días de intrigas en la corte, se sintió aliviado al trasladarse a Burg Goyen, cerca de Merano, un magnífico castillo fundado en el siglo XII y ampliado en el siglo XVI. El recibimiento resultó poco auspicioso. A pesar de los elaborados preparativos, se estropeó el suministro de agua. Los niños de Speer estaban encantados. Por fin podían irse a la cama sin bañarse. Speer se

recuperó gradualmente, llevando un ritmo de vida relajado y tomando el sol en la terraza, mientras su esposa disfrutaba de la compañía de la joven viuda de Heydrich, Lina. Poco después, a medida que recuperaba sus fuerzas, comenzó a llegar un flujo constante de visitantes.

Mientras estaba en Merano, Speer escribió una airada carta a Hitler quejándose de que se le había ignorado cuando se discutieron los importantes nuevos contratos de construcción. Protestó malhumorado porque había dejado que los arquitectos que trabajaban bajo sus órdenes siguieran adelante con el trabajo, pero que con frecuencia habían traicionado su confianza y habían intrigado contra él. Respondió a la acusación de Hitler de que se había descuidado la construcción dentro de las fronteras del Reich a cambio de producir un montón de estadísticas. Señaló que había nombrado un Comité Central de Creación bajo las órdenes del enérgico joven Carl Stobbe-Dethleffsen que había hecho un trabajo espléndido, a pesar de la incapacidad de Sauckel para proporcionarle un suministro suficiente de trabajadores extranjeros. El argumento de conclusión de Speer fue que, en aquella etapa crítica de la guerra, la industria y la construcción tenían que ir de la mano.<sup>36</sup>

Las intrigas de Dorsch durante la enfermedad de Speer tuvieron un efecto considerable. Hitler realizó una serie de comentarios despectivos sobre Speer en presencia de Milch, Saur y Dorsch durante las celebraciones de su quincuagésimo quinto cumpleaños en el Obersalzberg el 20 de abril de 1944. En una conversación privada con Hitler, Milch señaló que, si perdía la confianza en Speer, toda la industria de armamentos se hundiría en el caos. Hitler preguntó entonces a Milch qué debería decirle a Speer. Milch le dio la respuesta un tanto extraña de que debería decirle a Speer que le tenía cariño. Hitler estuvo de acuerdo y le dijo a Milch que le transmitiera un mensaje a este efecto.<sup>37</sup> La respuesta de Speer fue breve y directa: «¡El Führer puede lamerme el culo!». Milch, aunque dado con frecuencia a los arrebatos coléricos y las expresiones vulgares, se horrorizó. Le dijo a Speer que era demasiado insignificante para hablar del Führer en esos términos.<sup>38</sup>

Hans Kehrl pensaba que Speer se había recuperado bien, pero que se había visto afectado por el asunto de Dorsch. Tenía momentos de distracción, parecía carecer de su antigua vitalidad y mostraba poco interés por las cifras de producción.<sup>39</sup> «Panzer» Rohland estaba muy alarmado por el cambio de actitud de Hitler hacia Speer y se horrorizó al oír rumores de que había amenazado con dimitir. Le dijo que tenía que mantenerse en el cargo tanto por el bien del país como de la industria. Si se iba, la industria caería

entonces en manos de diversos chalados radicales dentro del Partido Nazi. El caos resultante sería inimaginable. Y añadió en tono cáustico que, puesto que era evidente que la guerra estaba perdida, era urgente considerar cómo mantener la economía en marcha y la gente alimentada una vez se detuvieran los combates.<sup>40</sup>

Mientras Speer se recuperaba en Merano, Dorsch acudió directamente a Hitler y Göring para obtener su aprobación para la construcción de «búnkeres para cazas de combate», que incluían hangares de hormigón armado y fábricas a prueba de bombas para la producción de aviones. Formuló la extravagante promesa de que tendría terminadas estas estructuras para noviembre.<sup>41</sup> Obviamente, Dorsch albergaba la esperanza de que este insulto deliberado fortalecería la rumoreada resolución de Speer de dimitir, y entonces él podría convertirse en su sucesor. La propuesta también le resultó atractiva a Himmler, que disponía de una amplia oferta de mano de obra esclava lista para ser explotada hasta la muerte. Con el apoyo de Göring, consiguió convencer a Hitler para que concediera a Dorsch prioridad absoluta para su ambicioso proyecto constructivo.<sup>42</sup> Bormann también se mostró encantado de ver socavada significativamente la posición de Speer.

Todo aquello resultó demasiado para Speer. Siempre se había opuesto enérgicamente a la idea de construir fábricas gigantescas a prueba de bombas argumentando que aquello significaría dejar en lista de espera todos los demás proyectos de construcción, incluido el Muro del Atlántico. Su reacción inmediata fue enviar a un colaborador cercano a Hitler con una carta de dimisión, en un intento de obligar a Hitler a decidir entre él y Dorsch, pero el Führer se negó a aceptarla. Hitler dio una cálida bienvenida a Speer cuando fue a la Obersalzberg el 23 de abril. Convencido de que los esquemas de Dorsch estaban condenados al fracaso, pidió ser relevado de toda responsabilidad en la industria de la construcción. Hitler se negó de nuevo. Speer sugirió entonces que Dorsch se hiciera responsable absoluto de todos los asuntos de construcción. Hitler rechazó esta sugerencia y confirmó a Speer en todos sus poderes, aunque no canceló las órdenes que había dado a Dorsch.<sup>43</sup> Speer decidió poner a Dorsch en un aprieto nombrándolo jefe de la Oficina de Construcción en el lugar de Stobbe Carl-Dethleffsen. También lo nombró su representante como Plenipotenciario General para la Construcción dentro del Plan Cuatrienal. Asimismo, lo nombró oficialmente su adjunto en la Organización Todt.<sup>44</sup> Speer esperaba que, con todo esto, Dorsch tuviera suficiente cuerda para ahorcarse.

Dorsch continuó con la planificación de estos búnkeres gigantes, aunque no en una escala tan enorme como había imaginado en un primer momento. Se construirían formando un colosal montón de tierra que se cubriría con hormigón armado. Entonces se retiraría la tierra. El búnker se ampliaría cavando hacia abajo para proporcionar espacio para varios pisos. El método era terriblemente caro, exigía una numerosa mano de obra y utilizaba enormes cantidades de hormigón. Speer prefería el método menos costoso de vaciar cuevas, pero esto resultaba todavía más mortal para los trabajadores involucrados.

Unos 3.000 trabajadores del campo de concentración local murieron construyendo el búnker Weingut I (Viñedo I) en Mühlendorf am Inn. El Viñedo II, el Diana II y la Nuez (Walnuss) II se construirían en un pinar cerca de Landsberg. Viñedo II habría implicado mover 1 millón de metros cúbicos de tierra y verter más de 3 millones de metros cúbicos de hormigón. En febrero de 1945, Speer realizó una visita oficial a Weingut I y el campo de concentración adyacente donde miles de prisioneros de Auschwitz y Dachau estaban alojados en condiciones deplorables y eran tratados con la mayor brutalidad.<sup>45</sup> Ninguno de estos proyectos se había terminado al final de la guerra.

Speer no volvió a trabajar en lo que quedaba de su oficina en la Pariser Platz hasta principios de mayo de 1944. Celebró su regreso entregando a trescientos de sus asociados medallas y botellas de coñac. Todos los niños que permanecían en Berlín recibieron paquetes de dulces.<sup>46</sup> El 10 de mayo celebró su primera reunión como ministro después de una ausencia de cinco meses. Se contó con la presencia de Goebbels, Kehrl, Fromm, Milch, Schieber y Saur, junto con otros funcionarios importantes. Con mordaz ironía, alabó a sus colegas por la lealtad que le habían mostrado durante su larga ausencia, y admitió a regañadientes que las cifras de producción habían alcanzado su punto máximo durante su ausencia, señalando que, a pesar de que había estado enfermo, aún sostenía las riendas. Dio generosamente las gracias a Saur y Liebel por sus valiosos esfuerzos durante este paréntesis, pero advirtió que estaba de nuevo al mando y decidido a tomar todas las decisiones importantes. No tenía ninguna intención de permitir que Fromm, Dönitz, Himmler o Göring fueran por su cuenta tal como habían intentado hacer mientras estaba fuera.<sup>47</sup>

Speer aprovechó la ceremonia de despedida de Stobbe-Dethleffsen como una oportunidad para formular algunas observaciones acerca de la reciente

crisis en su ministerio. Durante una gran reunión de sus colaboradores más cercanos, aseguró que Hitler le había dicho que hubiera deseado tener tanto a un Todt como a un Speer, uno como Ministro de Obras Públicas, el otro como Ministro de Armamentos. Durante la enfermedad de Speer, Hitler había sentido de nuevo que estas dos funciones debían estar separadas, y Speer se había tirado un farol ofreciéndose a entregar la responsabilidad de la construcción a otro «sin molestarse ni sentirse perjudicado». Hitler se había negado, diciendo que no había otra persona a la que pudiera confiar la tarea.<sup>48</sup> Dorsch tenía ahora el control efectivo de la Organización Todt, pero todavía estaba subordinado a Speer. Esta reorganización formal no tuvo la oportunidad de ser puesta a prueba. Los ataques de la USAAF contra las plantas de hidrogenación plantearon a la industria de la construcción un nuevo conjunto de desafíos para los cuales se necesitaba una organización totalmente nueva.<sup>49</sup>

Speer había logrado reparar gran parte de los daños y recuperar el control. Como un signo externo de su revitalizada condición, Bormann sugirió incluso que deberían tutearse. Se encontraba de nuevo en el círculo íntimo de Hitler en el Berghof, donde era sometido a diatribas sobre los males del tabaquismo, la miel artificial y las iglesias, todo ello aderezado con lo que pasaban como chistes en aquella compañía. La amenaza de Dorsch había sido neutralizada, pero las tensiones entre los dos hombres permanecieron sin que apenas pudieran ocultarse en su cortés correspondencia de cara al exterior. Dorsch, respaldado por Göring y Bormann, había elegido atacar a Speer abiertamente y había salido de la lucha con unos poderes enormemente aumentados. Su otro gran rival, Karl-Otto Saur, prefirió las intrigas por la espalda. Como hombre a cargo de la producción final, fue capaz de calmar a Hitler en la tarde del primer día de cada mes mediante la recitación de las cifras de producción. Era un hombre muy del gusto de Hitler. Era inteligente, astuto y sin escrúpulos y totalmente carente de principios. Durante la enfermedad de Speer, pasó tanto tiempo como le fue posible en el cuartel general de Hitler, donde cantó sus propias alabanzas hasta resultar ensordecedor. Despertó toda clase de esperanzas sin fundamento al asegurar que pronto se hallarían las soluciones para las numerosas dificultades de Alemania. Milch advirtió varias veces a Speer de que Saur estaba intentando hacerle daño, pero Speer continuó aceptando como sinceras las exageradas declaraciones de lealtad de Saur.

Speer había quedado gravemente debilitado durante su enfermedad y su

relación con Hitler nunca volvió a ser tan cercana. Dorsch tenía ahora un control prácticamente total sobre la construcción. Saur se había hecho cargo de los armamentos. El SS-Obergruppenführer Hans Kammler, a quien Göring había puesto el 4 de marzo de 1944 a cargo de las fábricas subterráneas, estaba socavando su posición de manera constante.<sup>50</sup> Sin embargo, las cifras de producción eran muy alentadoras, aunque no podían saber que aquella era la última buena noticia que recibiría jamás el ministerio de Speer.<sup>51</sup> El 13 de mayo le pidió a Hitler que concediera a Saur la Cruz de Caballero con espadas y oro en reconocimiento por su «trabajo leal e incansable durante mi enfermedad».<sup>52</sup> Esto debió provocarle a Saur cierta diversión irónica. Sabía que el diablo estaba en los detalles y que eran precisamente estos detalles — en forma de cifras de producción, tonelaje, fibras de calibres y rangos— los que fascinaban a Hitler, mientras que Speer se limitaba a concentrarse en las cuestiones fundamentales. Dorsch y Saur tenían unos poderosos aliados en Bormann y los gauleiters, con sus asesores económicos de distrito, la mayoría de los cuales detestaba las componendas personales de Speer con la industria. Durante dos años Speer había contado con el apoyo completo de Hitler y, por lo tanto, había sido invulnerable. Ahora Dorsch había conseguido un decreto del Führer para construir sus búnkeres, mientras que Saur se había ganado la confianza de Hitler.

Los gauleiters intensificaron sus ataques contra los lugartenientes de Speer en el sector de la construcción, acusándolos de no estar «de todo corazón detrás del estado y el movimiento» y de carecer de una suficiente «comprensión político-económica». Se sugirió incluso que podría haber algunos elementos de la oposición acechando en la Pariser Platz.<sup>53</sup>

La fricción entre Speer y los gauleiters aumentó a medida que la ofensiva de bombardeos aliados comenzó a tener efectos desastrosos. Aunque la producción de armamentos alcanzó su punto máximo en julio de 1944, los bombardeos aliados también se intensificaron. El 60 por ciento de las bombas que se lanzaron sobre Alemania a lo largo de toda la guerra cayeron después de esa fecha. Los gauleiters desempeñaron un papel activo en la limpieza de los daños provocados por las bombas, la construcción de viviendas temporales y la mejora de la protección antiaérea. Speer dio la bienvenida a esta ayuda en esta tarea cada vez más desalentadora, pero surgieron graves problemas cuando los gauleiters comenzaron a desviar materias primas necesarias para la producción de armamento para velar por el bienestar de la población civil. A Speer solo le preocupaba mantener y aumentar la

producción armamentística. Los gauleiters, como políticos, tenían, incluso en una dictadura, que tener en cuenta a la opinión pública con el interés de mantener al menos la ficción de una «comunidad racial».

En junio, Speer fue a Berchtesgaden para estar cerca de Hitler. Permaneció allí durante varias semanas y no visitó Berlín, para gran disgusto de muchos de sus colaboradores más cercanos, quienes lo acusaron de estar curiosamente inactivo en un momento crítico.<sup>54</sup> Los aliados desembarcaron en Normandía. La producción de acero en bruto fue de 500.000 toneladas métricas menos que el mes anterior. Las reservas estaban disminuyendo rápidamente. La fabricación de locomotoras y material ferroviario se vio seriamente afectada. La construcción casi se había detenido debido a las necesidades de Dorsch para sus enormes bunkers. Las reparaciones en las plantas de hidrogenación que estaban siendo devastadas por la USAF ejercían una presión adicional sobre la industria de la construcción. Las materias primas eran cada vez más escasas. Los suizos estaban resultando ser unos socios comerciales difíciles. Con los Aliados en Francia, se interrumpieron las exportaciones de carbón de España y Normandía.<sup>55</sup> Pronto no hubo más manganeso de Nikopol, cromo de Turquía, tungsteno de España y Portugal, petróleo de Rumania, minerales procedentes de los Balcanes, bauxita desde el sur de Francia, níquel de Finlandia o mineral de minette de Lorena.<sup>56</sup>

Speer dedicó todas sus energías a reafirmar su posición en la corte que se había visto seriamente comprometida por meses de ausencia. Su primer movimiento fue su solicitud de permiso para dirigir una reunión de gauleiters y altos funcionarios del partido a fin de dar cuenta de los éxitos que había conseguido su ministerio. Estaba decidido a volver al primer plano y reafirmar su poder después de meses de ausencia. Esto iba ser difícil. Bormann y sus partidarios no tenían ningún deseo de presenciar una repetición de la reunión de Posen en octubre. Un buen número de gauleiters se había quejado a Hitler porque habían encontrado altamente ofensivas algunas observaciones de Speer en Posen. Sauckel estaba decidido a poner sus manos sobre los trabajadores de las fábricas protegidas de Speer en Francia.<sup>57</sup> Hitler también exigió revisar el texto de un discurso que Speer iba a pronunciar en la villa de Friedrich Flick, para asegurarse de que no contenía nada que pudiera ofender a los gauleiters.<sup>58</sup>

La reunión se celebró en Essen el 9 de junio de 1944. El estado de ánimo era asombrosamente optimista, dado que solo tres días antes los Aliados habían desembarcado en Normandía. Saur inició los actos examinando el

potencial relativo de Alemania y sus enemigos con respecto a la producción de hierro y acero. Ofreció una cifra bastante optimista de una proporción de 1 a 2,5 —una gran mejora respecto a la Primera Guerra Mundial, cuando fue de 1 a 3,5. Señaló el éxito del programa de submarinos como un ejemplo de lo que podría lograrse mediante la racionalización, aunque olvidó añadir que había serios problemas de producción y que ninguno de los nuevos modelos estaba en funcionamiento. Tampoco mencionó que los modelos más antiguos estaban irremediablemente obsoletos, ni que la mayoría de ellos yacían en el fondo del Atlántico.

Kehrl abordó a continuación la cuestión del control de la economía europea. Había sufrido una desilusión con el sistema cada vez más caótico de los anillos, comités, grupos de negocios y personales especiales, y llegó a la conclusión de que, puesto que se había demostrado que era inviable una economía libre, y una economía dirigida bolchevique estaba fuera de cuestión, la producción industrial tendría que ser cuidadosamente planificada y controlada, ahora y después de la guerra. Los objetivos los fijarían «personalidades» seleccionadas por el gobierno y se pondrían en práctica mediante la libre determinación de los empresarios. Es muy dudoso que la «autodeterminación» en estos términos significase gran cosa, como ya habían demostrado los ejemplos de Messerschmitt y Heinkel.

Friedrich Scheid era el hombre responsable de la «autodeterminación industrial» en el ministerio de Speer. Su presentación fue una respuesta directa al enfoque de Kehrl. Describió en términos pragmáticos cómo a algunas empresas les resultaba difícil funcionar en un sistema que prescindía de la libre empresa y la licitación pública, que exigía el intercambio abierto de experiencias y resultados de investigaciones, la racionalización, la abolición de la protección de patentes y el cierre de las fábricas no esenciales. Había una necesidad de mejora, pero los cambios drásticos en esta etapa de la guerra conducirían al desastre.

El discurso de apertura de Speer, que había sido preparado cuidadosamente tras consultar a Saur, Kehrl y Rohland y aprobado por Hitler, estaba lleno de conmovedoras expresiones de confianza en la victoria.<sup>59</sup> Enumeraba éxitos sorprendentes de su ministerio, y subrayaba el papel clave que había desempeñado para hacer que eso fuera posible. Se regocijó por haber conseguido un «milagro armamentístico», y anunció con suficiencia que «el aumento constante hasta mayo de este año, y el hecho de que los bombardeos de terror no nos hayan provocado ninguna pérdida es, en mi opinión, el logro

más sorprendente y maravilloso de nuestra producción armamentística y bélica». En lo que era una inequívoca advertencia dirigida a los gauleiters, dijo que defendería el principio de autodeterminación industrial contra cualquier ataque, porque era «el requisito incondicional de la dirección del Reich». Los gauleiters allí presentes —Friedrich Karl Florian de Düsseldorf, Albert Hoffmann de Westfalia del Sur y Alfred Meyer de Westfalia del Norte— no se sintieron amenazados. Todos ellos tenían relaciones personales con los industriales.

En una rueda de prensa tras el discurso, Speer admitió que, durante su enfermedad, se habían producido algunos ataques contra esta idea central y que a algunos industriales no les gustaba verse obligados a pasarse a la producción de armamento. Admitió que había una tendencia hacia la burocratización que amenazaba con ahogar la iniciativa. Hubo momentos breves en los que sonó un tono más cauteloso. Dejando por un momento a un lado sus eufóricas promesas de «armas milagrosas», dijo que las Fuerzas Armadas tendrían que «plantar cara» con las armas en la mano.

Cuando se le preguntó si el sistema de la libre determinación industrial permanecería en su lugar después de la guerra, fue incapaz de dar una respuesta clara. Sin embargo, sí reconoció que la forma de organización de aquel momento venía dictada por las exigencias de la guerra. En el verano de 1944, un número cada vez mayor de industriales estaban empezando a pensar en la planificación de la posguerra. Su portavoz en el Ministerio de Armamentos era «Panzer» Rohland, que hacía tiempo que había abandonado toda esperanza de una «Victoria Final».<sup>60</sup>

Terminó la sesión expresando su absoluta confianza en que los Aliados serían rechazados hasta el mar, después de lo cual sería necesario encontrar diversos medios para «fastidiar» al enemigo para desgastarlo. Uno de estos medios era el nuevo modelo de submarino, pero advirtió que no iba a estar listo para el servicio hasta, al menos, un año más tarde. Su objetivo principal era hacer hincapié en la importancia de comprender que Alemania estaba pensando en el largo plazo. «No puedo aceptar la idea de que la guerra se acabará pasado mañana. Podría durar otros cinco años».<sup>61</sup>

Fue una actuación verdaderamente sorprendente. Tras recuperarse de su depresión, parecía haber entrado en una fase maníaca. Los Aliados habían establecido una cabeza de puente en Normandía. Solo unas semanas antes, los «bombardeos del terror» le habían provocado un impacto muy desagradable al propinar un duro golpe a la industria de los combustibles.

Poco después de este discurso, Speer admitió que los bombarderos aliados se habían convertido en excepcionalmente hábiles en la selección de los sectores críticos de la industria y en atacar por la fuerza. En su desesperación, declaró que había que levantar la moral haciendo promesas absurdas sobre «armas milagrosas».<sup>62</sup>

En marzo de 1944 se había trazado un «Plan Victoria» para los armamentos. Formulaba la extravagante predicción de que la producción podría incrementarse en un 58,5 por ciento para finales de año. Speer imaginaba que sería capaz de repetir su actuación del primer año en el cargo. Pero la situación en 1942 había sido muy diferente. Había existido un margen considerable para una mayor racionalización y concentración. La mano de obra estaba fácilmente disponible, ya fuese forzada o reclutada libremente. Había una vasta área abierta a la explotación despiadada. Los bombardeos aliados todavía no habían comenzado a pasar factura y, lo más importante de todo, una serie de proyectos que había puesto en marcha Fritz Todt habían comenzado a entrar en fase de producción. La posterior caída de la tasa de crecimiento indicaba que pronto se alcanzaría el límite. Speer, como Hitler, estaba empezando a creer que la fuerza de voluntad podía superar todos los obstáculos y que las altas cifras marcadas como objetivo, aunque fuesen totalmente irreales, actuarían como un incentivo para el esfuerzo máximo.

Speer no era, en modo alguno, el único que pensaba que en 1944 sería posible lograr un aumento significativo en la producción de armamentos. El infatigablemente ambicioso Karl-Otto Saur estaba firmemente convencido de que había reservas disponibles suficientes para producir un asombroso número de aviones de combate Me 262 para el final del año. Incluso el normalmente cauteloso y realista Hans Kehrl había logrado convencerse de que, con el máximo esfuerzo, sería posible alcanzar la «Victoria Final».<sup>63</sup>

Speer consideraba que el evento de Essen había sido todo un éxito. Por lo tanto, planeó repetir la actuación, que esta vez tendría lugar en Linz, el 24 de junio de 1944.<sup>64</sup> Unas 350 figuras principales en el sector del armamento fueron llevados en trenes especiales hasta los cuarteles Audorf, cerca de Linz. La mayor parte del personal directivo de Speer asistió a la reunión. Fritz Sauckel, con quien Speer había enterrado recientemente el hacha de guerra, también estuvo presente. El Ministerio de Agricultura estuvo representado por el segundo de Backe, Hans-Joachim Riecke, un hombre directamente responsable de dejar morir de hambre a millones de ciudadanos soviéticos. La reunión fue organizada por el gauleiter local, August Eigruber, en cuya

jurisdicción estaba el campo de concentración de Mauthausen y que estaba también en la junta directiva de Steyr-Daimler-Puch AG.<sup>65</sup> Albert Vogler, eminencia gris de Speer, rondaba en un segundo plano.

El discurso de Speer duró tres horas y estuvo marcado por un tono de euforia irracional.<sup>66</sup> Confundió a su audiencia con una sobrecarga de estadísticas, habló en términos vagos de las reservas de «eficacia» y «mano de obra potencial», advirtió contra la «resignación» y terminó con una nota un tanto sombría, asegurando a los presentes que «cumplimos con nuestro deber... para que nuestros camaradas alemanes pueden ser preservados».<sup>67</sup>

El tercer día de reunión, el 26 de junio, se invitó a un selecto grupo a reunirse con Hitler en el Platterhof, una casa de invitados cerca de su residencia en la cima de la montaña en Obersalzberg, que se había convertido en un hospital y en centro de rehabilitación militar. En contraste con los grandes nazis en sus magníficas limusinas, Hitler apareció en la escena en un Volkswagen.<sup>68</sup> Aquel iba a ser el último discurso de Hitler ante un público considerable. Fue cuidadosamente redactado por Speer, pero se puntualizó con varios arrebatos retóricos en el estilo más característico de Hitler.<sup>69</sup> Hacía hincapié en que había que reforzar el sistema de la libre determinación industrial. A pesar de que estos eran «tiempos difíciles de crisis», no había «motivo para la resignación». Entonces Hitler, en una astuta anticipación del Plan Morgenthau, advirtió que, si se perdía la guerra, el resultado sería la «destrucción de la industria alemana».<sup>70</sup> Hitler, que había oído, obviamente, que los industriales ya estaban pensando seriamente en la planificación de la posguerra, decidió poner fin a semejante derrotismo. «Caballeros», anunció con desdén, «si se pierde la guerra, ustedes no tendrán que preocuparse por el cambio a una economía de paz. Cada uno de ustedes tendrá que tomar su propia decisión sobre cómo llegar desde el aquí y el ahora hasta ese momento en el futuro. O bien lo hacen por sí mismos, o serán ahorcados. La elección es si quieren un tiro en la nuca, morir de hambre o ir a trabajar a Siberia. Estas son las únicas cosas que una persona tendrá que tener en cuenta».

Luego volvió su atención hacia la organización industrial de la posguerra después de la «Victoria final». La industria se había quejado de que las palabras de Speer sobre los peligros de la burocratización eran retórica vacía diseñada para disimular la interferencia y la intromisión de sus funcionarios. Hitler prometió que no habría ninguna cuestión sobre la «nacionalización de la industria» después de una victoria alemana, o del socialismo de estado favorecido por muchos radicales en el partido. Por el contrario, habría «un

increíble auge» en todas las áreas que beneficiaría en gran medida a la industria. Como broche de oro, prometió que algunas «innovaciones revolucionarias inminentes», como los bombarderos de propulsión a chorro, eran «una garantía de Victoria Final». <sup>71</sup>

Hubo algo terriblemente irreal en aquel discurso. A Hans Kehrl, Hitler le pareció «un hombre en un estado de agotamiento agudo, dado a veces a períodos de ausencia mental». Apenas podía caminar. Sus brazos colgaban torpemente. Su discurso era dubitativo, con frecuencia con frases inacabadas. Claramente, aquel hombre ya no estaba en condiciones de gobernar. <sup>72</sup> Cuatro días antes, el 22 de junio de 1944 —el aniversario de la invasión alemana en 1941— el Ejército Rojo había puesto en marcha la «Operación Bagration», una ofensiva gigantesca en Bielorrusia que destruyó el Grupo de Ejércitos Centro de Model en lo que fue la derrota más desastrosa de Alemania en toda la guerra. En el oeste, los Aliados habían establecido un punto de apoyo seguro en Normandía. Roma había sido capturada el 4 de junio. En tales circunstancias, el discurso solo sirvió para aumentar los sentimientos de consternación que aquejaban a muchos de los industriales presentes. Pocos pudieron sentirse alentados por la profética declaración de Hitler de que, «posiblemente, después de esta guerra, la economía alemana será testigo del mayor auge jamás vivido». Tampoco hubo demasiado alivio a esta atmósfera fantasmal e irreal en los conciertos nocturnos de la colegiata de la iglesia y que estuvieron dedicados, una vez más, a la Cuarta Sinfonía de Bruckner y a un recital bastante sombrío de Wilhelm Kempff y Georg Kulenkampff.

Tras haber quedado seriamente minada su posición durante su enfermedad, Speer buscó el apoyo de las masas dirigiéndose a los trabajadores en una serie de discursos demagógicos. Les bombardeó con cifras de producción diseñadas para aumentar su moral y halagar su orgullo. A un grupo de trabajadores de los astilleros de Hamburgo les dijo: «Sinceramente, podemos decir que hemos sido testigos de un verdadero milagro. Ninguno de nosotros pensaba que esto fuera posible. Cuando comenzaron los ataques aéreos, sobre todo después de los fuertes bombardeos aquí en Hamburgo, nos dijimos: si esto continúa así durante unos meses, nos vamos a pique. Pero aunque los ataques siguieron, al menos por lo que se refiere a los armamentos, las cosas no fueron tan mal. Esto debería ser motivo de optimismo». <sup>73</sup> Speer, el autor del milagro, estaba empezando a creerse su propia propaganda. En un discurso en el castillo de Wartburg el 16 de julio, había hecho la extravagante afirmación de que la producción de cazas de Alemania era igual a la de los

Estados Unidos e Inglaterra juntos. De hecho, los Estados Unidos producían tres veces más aviones de primera línea en 1944 que Alemania y casi el doble de cazas.<sup>74</sup>

El 18 de julio, el general Fromm, Comandante del Ejército de Reserva, envió al general Werner Kennes —su director de armamentos, su oficial de enlace con el OKH y su representante en el grupo de reparaciones de daños de los bombardeos de Edmund Geilenberg en el ministerio de Speer— para que invitase a Speer a una reunión almuerzo en su cuartel general en la Bendlerstrasse el 20 de julio.<sup>75</sup> No había nada inusual en esta reunión. Los dos hombres eran colegas cercanos y tenían una relación amistosa. Pero, puesto que tenía previsto pronunciar un discurso en el Ministerio de Propaganda aquella mañana, Speer se vio obligado a declinar la invitación.

Así, cuando la bomba de Stauffenberg fue detonada en Rastenburg, Speer estaba pronunciando otro de sus discursos altamente emocionales a una selección de ministros, sus altos funcionarios y un grupo de periodistas en la sala de banquetes del Ministerio de Propaganda. Después de haber mostrado algunas diapositivas del cohete V1, anunció algunos aumentos asombrosos en las cifras marcadas como objetivo para el «Programa Victoria».<sup>76</sup>

Gran parte de esto era simplemente malabarismos de cifras. A pesar de que la industria de armamentos había sufrido graves pérdidas a principios de 1944 como resultado de la ofensiva de bombardeos, se podían esperar algunos grandes aumentos en la producción de ciertas áreas. Pero no era probable que ninguno de estos aumentos compensara las pérdidas cada vez mayores, de manera que la reserva de armas de las Fuerzas Armadas disminuía de manera constante. Incluso las más alentadoras estadísticas de producción tenían cada vez menos sentido. Quizás se fabricaran armas, pero había una gran escasez de transporte para llevarlas hasta el frente. Los aviones carecían del combustible necesario para volar y los nuevos pilotos no podían ser formados de manera adecuada. Los aumentos en la producción de aviones quedaban compensados por unas pérdidas aún más importantes. La Luftwaffe se encogía rápidamente.<sup>77</sup>

Speer sostenía que, después de haber pronunciado esta charla motivadora en el Ministerio de Propaganda, fue invitado por Goebbels a tomar una copa. Fue entonces cuando el jefe de prensa del Reich, Otto Dietrich, informó a Goebbels de que había explotado una bomba en el cuartel general de Hitler. Speer regresó entonces a su ministerio, donde almorzó bastante tarde con el coronel Gerhard Engel, antiguo ayudante del Ejército de Hitler que ahora

estaba en el servicio activo. Discutieron el probable efecto que tendría en las tropas el nombramiento de un «dictador adjunto» encargado de garantizar un esfuerzo de guerra total. Al darse cuenta de que los soldados habían rodeado el edificio, llamó al general Fromm para averiguar qué significaba aquello. Cuando se le dijo que Fromm no estaba disponible, exigió hablar con el general Friedrich Olbricht, que ocupaba cargos importantes tanto en el OKH como en el OKW. Olbricht se des hizo en disculpas cuando un indignado Speer le dijo que era prácticamente un prisionero en su propio ministerio. Olbricht dijo que se trataba de un lamentable error.<sup>78</sup>

Poco después de que Speer hablase con Olbricht, Goebbels le telefoneó pidiéndole que acudiera de inmediato a su residencia. Entonces se le ofrecieron detalles sobre el intento de golpe. Goebbels le dijo que Hitler le había encargado restablecer la autoridad legítima en Berlín. Le pidió a Speer que le echara una mano. Goebbels ordenó a un oficial con experiencia limitada, el mayor Otto Ernst Remer, que aplastara la insurgencia. Remer, que estaba al mando del Regimiento de Infantería *Grossdeutschland* que era responsable de la seguridad en Berlín, respondió que él había oído que Hitler estaba muerto y que estaba actuando bajo la autoridad del general Paul von Hase, el comandante de la ciudad de Berlín. Goebbels le consiguió de inmediato una llamada a través de Rastenburg para que Hitler pudiera hablar directamente con Remer y convencerlo de lo contrario.

Más tarde, aquella misma noche, Goebbels y Speer oyeron a través del general Ernst Bolbringer, jefe del Departamento de Tanques en el OKH, que Fromm había arrestado al general Ludwig Beck, a Olbricht y a Stauffenberg y estaba a punto de celebrar un juicio militar sumario en la Bendlerstrasse. Speer se dirigió a la sede de Fromm, junto con Bolbringer y Remer. El grupo fue detenido por una patrulla de las SS, pero fueron puestos en libertad cuando el SS-Obergruppenführer Ernst Kaltenbrunner, jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, identificó a Speer. Cuando Speer dijo que iban a la Bendlerstrasse para detener el juicio militar, Kaltenbrunner respondió con brusquedad que eso era un asunto del Ejército y que ya se había resuelto la cuestión.

Speer no estuvo implicado de ninguna manera en el complot del 20 de julio. Lejos de argumentar que, puesto que la guerra no se podía ganar, había que negociar un compromiso de paz, pasó las semanas previas a que Stauffenberg colocase la bomba pidiendo un esfuerzo coordinado por Himmler, Lammers, Keitel, Sauckel y Goebbels, en colaboración con el

Ministerio de Armamentos, para lograr el Programa de la Victoria. Esa no era la actitud de un hombre que había perdido la fe en Hitler y en el estado nacionalsocialista, ni de alguien que creyera que la guerra estaba perdida.<sup>79</sup> Su discurso en la mañana del 20 de julio había proclamado en voz alta todo lo contrario.

En los papeles incautados en la Bendlerstrasse se menciona el nombre de Speer como posible ministro en el caso de que hubiera triunfado la conspiración, pero se observó que solo debía ser abordado una vez hubiera muerto Hitler. Speer se oponía totalmente al intento de golpe de Estado. Estaba convencido de que todavía era posible la victoria y que solo podría lograrse bajo Hitler. En el borrador de Spandau de sus memorias es muy franco sobre su papel en el aplastamiento del golpe. Más tarde, cuando los implicados en el 20 de julio fueron considerados héroes nacionales, Speer se mostró ansioso por presentarse a sí mismo como si hubiera sido favorable a los conspiradores, y atribuyó la frialdad posterior de Hitler hacia él al hecho de que había sido elegido por los conspiradores como un candidato adecuado a ministro. Ambos elementos eran claves en la imagen que Speer se construyó ingeniosamente de sí mismo. En sus memorias, Speer afirma que Kaltenbrunner lo visitó a la mañana siguiente, mientras estaba tumbado en la cama. Con una mirada de «amenaza jovial» le anunció que los conspiradores lo habían escogido como futuro Ministro de Armamentos. Alguien había añadido «si fuera posible» y un signo de interrogación. Aquí Speer intenta elevar el tono dramático alegando que aquella fue la primera vez que escuchó que había sido considerado para un alto cargo en el caso improbable de que hubiera triunfado la «Operación Valquiria».<sup>80</sup> En realidad, la lista de posibles ministros se dio a conocer al final de la tarde del 20 de julio. Speer y Goebbels soltaron una carcajada cuando vieron que estaban incluidos.<sup>81</sup>

La «crónica» del ministerio de Speer muestra que estuvo en el centro de los acontecimientos del 20 de julio, pero su día fue un poco menos agitado de lo que posteriormente aseguró. Después de haber pronunciado su discurso en el Ministerio de Propaganda, regresó a su oficina. Por la tarde recibió la visita de Karl Claudius, enviado especial del Ministerio de Asuntos Exteriores de Rumania, para discutir la crisis del petróleo provocada por la falta de transporte, y las extracciones mineras en el Danubio.<sup>82</sup> Se decidió que era imprescindible construir un oleoducto para superar estas dificultades. Durante esta discusión, irrumpió en la habitación un ayudante con la noticia de que se había producido un atentado contra la vida de Hitler, pero que había resultado

ileso. Speer ya había sido informado por el cuartel general en Rastenburg, pero no se le había dado ningún detalle. Goebbels llamó por teléfono mientras él seguía hablando con Claudius. Speer salió inmediatamente hacia la casa de Goebbels, donde permaneció hasta altas horas de la noche, momento para el cual Goebbels había establecido un control total sobre la capital. Aparecieron tropas en la Puerta de Brandemburgo y rodearon todos los edificios gubernamentales, incluido el Ministerio de Armamentos en la Pariser Platz, pero después de que Speer hubiera abandonado su oficina.<sup>83</sup>

Todos los principales ministros fueron llamados a Rastenburg el día después del intento de asesinato, pero solo a Speer se le exigió que lo acompañaran sus dos principales colaboradores, Dorsch y Saur. Hitler les prestó mucha más atención a ellos y estuvo particularmente frío con Speer. Se hizo el silencio cuando Speer entró en una habitación. Hitler se mostró algo más amistoso al día siguiente cuando Speer fue invitado a su casa de té junto a Bormann, Himmler, Keitel y Goebbels. Fue en aquel entorno informal cuando Hitler decidió nombrar a Goebbels Plenipotenciario del Reich para la Guerra Total.<sup>84</sup> Tiempo después, Speer declaró que, a partir de aquel día, rara vez fue a las reuniones con Hitler, porque estaba decidido a mantener su independencia y no ser intimidado por el Führer o desempeñar un papel secundario junto a Saur.<sup>85</sup> La verdadera razón era que Saur y Dorsch habían logrado ganarle la mano durante su larga enfermedad.

Mientras estaba en el cuartel general de Hitler, Speer redactó un memorando que revela claramente la descabellada atmósfera que reinaba allí. Escribía:

En su decreto sobre concentración de los armamentos y producción de guerra, de fecha 19 de julio de 1944, el Führer emitió una serie de órdenes para un esfuerzo concertado que se centrara en el desarrollo de esas armas y dispositivos que, debido a sus nuevas y revolucionarias cualidades, nos proporcionará una ventaja significativa sobre las innovaciones de nuestros enemigos. Al mismo tiempo, debemos poner fin a la excesiva cantidad de modificaciones hechas a los modelos cuyo desarrollo puede darse por finalizado.

Speer ordenó que debía cesar toda la investigación y el desarrollo de nuevas armas, a no ser que fueran sancionados oficialmente por la Oficina Técnica de Saur.<sup>86</sup>

El 22 de julio, Speer le dijo a Hans Lammers que, tras haber consultado con sus principales asesores Hermann Röchling, Paul Pleiger, Carl Krauch y Albert Vogler, había decidido que era esencial un esfuerzo supremo para aumentar la producción de armamentos. Se necesitaban poderes excepcionales para que los dirigentes pudieran actuar a su antojo, sin verse

atados por la burocracia o bloqueadas por la inercia burocrática.<sup>87</sup> Speer vio el intento de golpe fallido como una excelente oportunidad para hacer finalmente las cosas a su manera. Ahora podría deshacerse de los conductores de autobús, ahorrar combustible al detener el uso de semáforos y reducir drásticamente el número de trabajadores en el servicio doméstico.<sup>88</sup> El nombramiento de Himmler como comandante del Ejército de Reserva el 21 de julio y de Goebbels como Plenipotenciario del Reich para la Guerra Total el 25 de julio compartían en gran medida ese mismo espíritu. Speer había apoyado estos dos nombramientos, aunque es discutible si lo hizo por prudencia o por auténtica convicción. A su regreso a Berlín el 24 de julio, habló a su personal en la Pariser Platz.<sup>89</sup> En un discurso lleno de retórica vacía, afirmó que el atentado contra la vida de Hitler había marcado un «momento decisivo en la lucha del destino» y un «cambio decisivo que conducirá a la victoria». Terminó su soflama con un entusiasta «¡Heil Hitler!».<sup>90</sup>

Speer había llevado consigo a Rastenburg dos memorandos. El primero se refería a la mano de obra. Señalaba que, mientras solo 6,22 millones de trabajadores estaban empleados en la industria y la minería, había 7,63 millones en la administración, el comercio y la banca. En las Fuerzas Armadas, la situación era aún peor. De los 10,5 millones de personas uniformadas, únicamente 2,3 millones se encontraban en la punta de lanza. Se necesitaba una personalidad fuerte para solucionar esto. A su juicio, Keitel era demasiado débil y sugirió que Himmler debía hacerse responsable del personal de las Fuerzas Armadas. El 2 de agosto de 1944, Hitler actuó de acuerdo a esta sugerencia al hacer Himmler responsable de investigar las Fuerzas Armadas, las SS, la Policía y la Organización Todt y averiguar si había algún exceso de personal.

En el segundo memorando se quejaba de que sus compañeros estaban siendo acusados en los círculos del partido de ser reaccionarios que solo estaban interesados en la economía y mantenían al partido a una distancia aséptica. Bormann y Goebbels denunciaban su sistema de «autodeterminación industrial» como una «cuenca de captación de jefes reaccionarios» y «enemigos del partido». Speer insistía en que su tarea era «apolítica» y que sus esfuerzos no debían ser juzgados en términos de partidos políticos. Sostenía que todas las organizaciones del partido que se ocupaban de las cuestiones relativas a los armamentos tenían que estar subordinadas al Ministerio de Armamentos y que Hitler debería prestar un

claro apoyo a los industriales y defenderlos frente a los fanáticos del partido. Pedía que su actuación fuese juzgada según criterios puramente objetivos, e insistía en que su sistema de autodeterminación industrial había funcionado de maravilla y que se vería seriamente comprometido si se entrometía el NSDAP.<sup>91</sup> Hitler, visiblemente afectado tras el atentado contra su vida el día anterior, tomó los memorandos sin decir una palabra, pulsó una campana, y se los entregó a un ayudante al que se le dijo que se los pasara a Bormann. Speer supo de inmediato que había perdido este asalto. Hitler, como de costumbre, no estaba dispuesto a participar en una lucha entre sus ministros. Se limitó a pasar el material al rival más formidable de Speer.<sup>92</sup>

Las cosas no iban como Speer había esperado. Himmler puso los armamentos del Ejército de Tierra en manos del SS-Obergruppenführer Hans Jüttner, jefe de la Oficina Central de Mando de las SS y adjunto a Himmler en su nueva calidad de Jefe de Armamento del Ejército y comandante del Ejército de Reserva.<sup>93</sup> Como apasionado opositor de la idea de la libre determinación de la industria —igual que Himmler, Ohlendorf y Berger— estaba decidido a liberarse del control de Speer. Speer consiguió que Saur persuadiera a Hitler para relevar del cargo a Jüttner y reemplazarlo por el más dócil general Walter Buhle, un hombre que había sido herido en la explosión de la bomba del 20 de julio.<sup>94</sup> El 15 de febrero de 1945, Buhle fue puesto al mando de una nueva Oficina de Armas de las Fuerzas Armadas que fusionaba las oficinas de armas de los tres cuerpos de las Fuerzas Armadas. Era responsable de las armas, las municiones, el transporte motorizado, los tanques y los equipamientos eléctricos.<sup>95</sup> Esta medida simplificaba enormemente el desarrollo de nuevas armas, pero a Speer le salió el tiro por la culata. Reforzó considerablemente la influencia de Saur sobre Hitler y Himmler quedó —en palabras de Speer— «en unos términos poco amistosos».<sup>96</sup>

Speer había esperado que se mantuviera su alianza con Goebbels, pero, después del atentado contra la vida de Hitler y la posterior represión intensificada, había pocas posibilidades de que aquello fuera a ocurrir. Accedió temerariamente a liberar a un tercio de su mano de obra para satisfacer la exigencia del Ministro de Propaganda de más hombres para las Fuerzas Armadas —una solicitud que recibió el entusiasta respaldo tanto de Bormann como de Keitel. Y, como muestra de lealtad, se negó a encontrar un trabajo para un miembro del personal superior de Goebbels, a quien el Ministro de Propaganda había despedido por derrotismo después de una

visita al cuartel general de Rommel en Francia.<sup>97</sup> Pero esto no hizo nada para fortalecer su posición, porque no podía cumplir con las exageradas exigencias de Goebbels respecto a la mano de obra para los militares. La relación entre las Fuerzas Armadas y el Ministerio de Armamentos también había cambiado radicalmente. El reclutamiento de personal para las Fuerzas Armadas procedente de la mano de obra industrial ya no era el feudo de Keitel y el OKW, sino que estaba gestionado por Goebbels en su calidad de Plenipotenciario del Reich para la Guerra Total. Goebbels utilizaba a los duros rivales de Speer entre los gauleiters como sus representantes locales. Esto dejó al Ministerio de Armamentos teniendo que tratar, en las cáusticas palabras de un funcionario, con «un socio mucho más fuerte».<sup>98</sup> Bormann, que estaba decidido a afirmar la primacía de la política nacionalsocialista por encima de los tecnócratas, vio esto como una buena oportunidad para atentar contra los dominios de Speer. Ante la insistencia de Goebbels, el 16 de agosto Hitler concedió a los gauleiters poderes adicionales para solicitar información y promulgar directivas.<sup>99</sup> El brujo Speer imaginaba que Goebbels era un aliado al que podía manejar a su voluntad. Entonces descubrió en Goebbels era un aprendiz más problemático.

Speer era muy consciente de que sus rivales podrían utilizar todas las oportunidades que ofrecía el intento de golpe para sembrar la duda y la sospecha. Bormann sintió que la confianza de los conspiradores en Speer era una prueba más de que este era, en el mejor de los casos, un nacionalsocialista bastante tibio. Varios de los principales industriales del entorno de Speer comenzaron a ser investigados en la caza de brujas que vino a continuación. Entre ellos estaban Albert Vogler, Hermann Bücher de AEG, Alfred Meyer de MAN, Paul Reusch y Curt-Berthold Haniel de la Gutehoffnungshütte, Hans Reuter de Demag, y Hugo Stinnes junior. Que Speer hiciera todo lo que pudo para proteger a esas personas solo sirvió para alimentar las sospechas de sus rivales. Él habló en favor del general Fromm y de su colega Eberhard Barth, que había sido detenido como familiar de un conspirador.<sup>100</sup> Defendió también al conde Ulrich-von Schwerin von Wilhelm Schwanefeld, al general Speidel —Jefe del Estado Mayor del general von Kluge— y al editor Peter Suhrkamp. Sus esfuerzos fueron en gran medida infructuosos, pero se las arregló para conseguir la liberación de Barth. Schwerin fue ejecutado en septiembre. El 8 de diciembre de 1944, el general Kennes fue detenido junto con Fromm y enviado al campo de concentración de Ravensbrück. Fue liberado al final de mes. Fromm fue ejecutado en marzo

de 1945. Speidel tuvo la suerte de no ser arrastrado ante un tribunal popular, pero permaneció en prisión hasta que logró escapar en abril de 1945. Suhrkamp continuó en Sachsenhausen hasta que el líder de las Juventudes Hitlerianas y gauleiter de Viena, Baldur von Schirach, aseguró su liberación en febrero de 1945.

El intento de Speer de defender a Fromm constituyó un acto de considerable valor. Otto Thierack, el Ministro de Justicia del Reich, acudió a Hitler en busca de consejo acerca de cómo tratar el caso. Hitler hizo una clara advertencia a Speer para que no se le ocurriera aparecer como testigo en favor de Fromm.<sup>101</sup> Si Speer hubiera sido capaz de sentir un verdadero compañerismo, Fromm habría sido sin duda uno de sus amigos. Habían trabajado juntos y Fromm siempre habían sido un partidario leal. Speer también sentía una sincera admiración por muchas de las excelentes cualidades de Stauffenberg, pero se opuso completamente al intento de matar al dictador.

El fracaso de la conspiración del 20 de julio proporcionó al régimen una nueva oportunidad. La vida del líder carismático se había salvado como por obra de la Providencia. Los planes para limitar su poder o llevar a cabo un cambio de régimen estaban condenados.<sup>102</sup> Speer tenía ahora que luchar contra los poderes adicionales concedidos a Himmler como comandante en jefe del Ejército de Reserva. Su antiguo aliado Goebbels pronto se convirtió en un duro rival. Uni6 fuerzas con Bormann y el Partido en un esfuerzo concertado para apartar a Speer.<sup>103</sup> Ya no gozaba del apoyo autom6tico de Hitler. Sus esfuerzos para fortalecer su posici6n despu6s de su convalecencia estaban arruinados. Nunca iba a recuperar la posici6n 6nica que haba disfrutado antes de su enfermedad. La crisis provoc6 que su pierna da6ada se hinchase hasta el doble de su tama6o normal —un signo externo y visible de trastornos internos. El Dr. Brandt le dio p6ldoras antiinflamatorias, pero, creyendo que el trastorno era en gran medida psicossom6tico, tambi6n le prescribi6 un preparado homeop6tico de valeriana.

Aunque Speer no estuvo de ninguna manera involucrado en el complot contra Hitler, su nombre haba aparecido como un hombre con el que los conspiradores senta6n que poda6an negociar. Los gauleiters no estaban de humor para dejarse impresionar por una larga lista de cifras de producci6n ni por las declaraciones de gratitud por el espl6ndido trabajo realizado por el NSDAP que haba hecho posible todo esto. Speer haba perdido toda su credibilidad ante sus ojos, por lo que no se crea6an ni sus datos ni su

agradecimiento. Lo que no sabían era que las cifras de producción que les había proporcionado Speer eran hasta un 50 por ciento superiores a las de los memorandos internos de su ministerio. Lo que Speer denominó pretenciosamente «Manifestación de Fidelidad de la Industria Alemana» no era más que otra pieza de propaganda para satisfacer su ego basándose en los malabarismos estadísticos.<sup>104</sup> Speer se jactó de que no debía considerar julio como un mes récord. Las cifras de producción seguirían aumentando. Afirmaba que pronto estaría disponible una serie de armas «de importancia excepcional» que el enemigo sería incapaz de igualar. Gracias a ellas, la «Victoria Final» era una certeza. Y terminó con la promesa de «producir más armas y nuevas armas y, al mismo tiempo, proporcionar más soldados». Nadie parecía darse cuenta de que aquello era algo imposible, o que era otro ejemplo evidente del desesperado dilema al que se enfrentaban los nazis.

Hubo algunas quejas acerca de las evidentes discrepancias en las cifras de Speer, pero se culpó de todo aquello a sus compañeros de trabajo. Hitler continuaba creyendo implícitamente en los datos que le proporcionaba. Se salió con la suya porque el «milagro armamentístico» era una poderosa arma de propaganda que ayudaba a elevar la moral. Los militares eran muy conscientes de que Speer estaba manipulando las cifras, pero mientras Hitler siguiera creyendo en Speer, se mostraban reacios a desenmascarar al milagrero. Speer siguió adelante sin tener en cuenta el creciente escepticismo. Exhortó a sus compañeros de trabajo para que hicieran hincapié en lo positivo, fueran optimistas y recordaran que sería muy lamentable que los «camaradas raciales» subestimaran los logros de la industria armamentística. Independientemente de si las cifras eran correctas o falsas, tal como señaló Hitler en su discurso en el Platterhof, «correcto es lo que es útil».<sup>105</sup>

No obtuvo una mejor recepción cuando presentó las cifras de producción en una reunión de destacadas figuras del Ministerio de Propaganda a finales de agosto. Para ese momento, su ministerio comenzaba a desmoronarse, desgarrado por rivalidades internas y un descontento creciente. Los esfuerzos de Speer para superar esta crisis solo sirvieron para empeorar las cosas. El 19 de septiembre de 1944 habló ante una reunión de los jefes de las comisiones de armamentos en donde dijo: «El entusiasmo con el que los gauleiters se muestran dispuestos a apoyar incondicionalmente nuestros esfuerzos es excepcional. Las medidas que quieren poner en práctica solo son posibles si trabajamos junto con el Partido».<sup>106</sup> Incapaz de derrotar a los gauleiters, les ofreció una rama de olivo. A partir de aquel momento, cuando

un gauleiter concreto comenzaba a interferir con la industria de armamento, trataba directamente con él sin buscar antes el apoyo de Hitler.

Probablemente nadie podría mantener unida una organización tan vasta una vez que se hubieran reunido las fuerzas centrífugas. A mediados de 1944, la organización de Speer se había vuelto tan compleja que era prácticamente imposible tener una visión general. Había veintiún comités principales con cientos de subcomités y grupos de trabajo. Luego estaban los anillos y las comisiones en los cuarenta y dos distritos de la Defensa del Reich que no coincidían con los organismos de inspección de armamento en los distritos del Ejército. La reorganización de la industria para la producción de armamento añadió aún más confusión. Una fábrica de chocolate que se transformara para hacer granadas de mano se mantenía dentro del grupo de negocio de confitería. Las Asociaciones del Reich de Speer para diversas ramas de la industria provocaban aún más confusión. Esto se superó solo en parte por el hecho de que sus principales figuras eran también elementos destacados en otros comités y organizaciones. Speer proclamaba con orgullo que su sistema no era burocrático, pero, a menudo, esto era otra forma de decir que era poco sistemático y no pocas veces caótico. En un sistema de este tipo, Karl-Otto Saur, con su excepcional conocimiento de los detalles más nimios, se encontraba en una posición mucho más fuerte que Speer, que carecía del conocimiento detallado necesario para mantener el control total.

Speer se transformó entonces en un predicador itinerante en favor de la autodeterminación industrial. Recorrió todo el país pronunciando una serie de discursos prácticamente idénticos en los que proclamaba que había descubierto la respuesta mágica a los problemas económicos de Alemania. Pero tuvo que admitir que existía una resistencia considerable a su enfoque. La industria de la construcción, animada por Dorsch, se negó a cooperar plenamente. El sector de la construcción naval resultó igualmente intransigente. Speer se negó a aceptar que aquello fuera un reflejo de ciertas dificultades dentro del propio sistema. Lo atribuyó únicamente a la incapacidad de las industrias de la construcción y la construcción naval para adaptarse a fin de responder a los desafíos de la guerra total. La industria aeronáutica era mucho más flexible, pero Speer tenía la sensación de que todavía se mantenía demasiado sujeta por las riendas de la Luftwaffe. Solo en los armamentos para el Ejército de Tierra, donde había luchado y ganado una larga batalla, alcanzó su sistema su máximo potencial. Incluso cuando hubo problemas graves, aseguró que era capaz de obligar a todos los implicados a

sentarse y hablar del problema, de manera que no se hicieran públicas sus diferencias fundamentales.<sup>107</sup> Speer no quería oír hablar de cualquier crítica a la libre determinación industrial, que él presentaba como «el instrumento más importante en la lucha del pueblo alemán por su existencia».<sup>108</sup> Por lo tanto, siguió apoyando a los «Tres Reyes» —Röchling, Rohland y Krupp— en la Asociación Industrial del Reich contra Paul Pleiger y los Hermann Göring Werke de propiedad estatal.<sup>109</sup> Pero poco a poco se hizo evidente que el rápido crecimiento del sistema de libre determinación industrial desde la primavera de 1942 había dado lugar a una mayor confusión organizativa y a la superposición de áreas de competencia. Acabó dándose cuenta de los errores del pasado, pero carecía de la comprensión técnica y el discernimiento administrativo para poner orden en este desordenado sistema.

Era generoso en sus elogios a los trabajadores de la industria de armamentos y les prometió repetidamente una vivienda adecuada y la mejora de los servicios sociales una vez que hubiera terminado la guerra, pero eran palabras vacías. Es dudoso que estas garantías trajeran algún alivio a la oprimida clase obrera industrial de Alemania desgastada por las noches sin dormir debido a las alarmas de ataques aéreos, las inhumanas jornadas de trabajo y la mala nutrición. En 1944, el número de alemanes que trabajan en la industria había disminuido drásticamente. La mayoría de ellos tenían ya más de cincuenta años. Se empleó a un número cada vez mayor de mujeres sin hijos y mayores como trabajadoras no cualificadas. Los siete millones de trabajadores extranjeros, incluidos los prisioneros de guerra, formaban una especie de sub-proletariado.<sup>110</sup>

A pesar de esta afluencia de trabajadores extranjeros, el número real de trabajadores de la industria había disminuido drásticamente, pero gracias a la racionalización y la reducción del número de diferentes tipos de armas, aumentó la producción. Pero la causa principal de este aumento fue la intensificación de la explotación de la mano de obra. Los prisioneros de los campos de concentración y los trabajadores forzados fueron tratados inhumanamente, con decenas de miles de personas que trabajaron hasta morir. Los trabajadores regulares fueron obligados a trabajar hasta un máximo de setenta y dos horas a la semana. En semejantes condiciones, no es de extrañar que el número de trabajadores que alegasen una enfermedad aumentase de manera alarmante. Las principales causas de enfermedad eran los resfriados causados por la ropa y calefacción inadecuadas, problemas relacionados con una mala alimentación con una falta crónica de frutas y

hortalizas frescas, y el agotamiento por exceso de trabajo.

Los trabajadores alemanes se mantuvieron notablemente dóciles ante semejante depravación. La Gestapo empuñaba un palo pesado, amenazando a los remisos con internarlos en un campo de concentración. Los trabajadores temían que si no cumplían con la parte que se les encomendaba, dejarían de ser considerados «indispensables» y serían enviados al frente. Pero había zanahorias sustanciales en la forma de bienes saqueados en los países ocupados y los servicios sociales que se les prestaba a los «camaradas raciales». La mayoría de los trabajadores alemanes apoyaron el régimen y pensaban que la mayoría de sus compañeros de trabajo esclavizados confirmaban la propaganda sobre la inferioridad de los eslavos «sub-humanos» y la perfidia de los bolcheviques y los judíos. Para los trabajadores alemanes, resultaba muy tentador comportarse en la planta de trabajo como si fueran, de hecho, miembros de una raza dominante.

A Speer le eran indiferentes los millones de personas que había esclavizado en sus fábricas. Se limitaba a darles unas palmaditas en la espalda y hacer algunas promesas vacías sobre la buena vida que esperaba a los trabajadores alemanes después de la guerra. En aquel momento, solo le preocupaba defender su sistema de auto-determinación industrial contra los ataques de Bormann y Goebbels. Como de costumbre, Hitler se negó a tomar partido en esta lucha, prefiriendo dejar que sus esbirros se pelearan entre sí. Bormann se aprovechó de la retirada de Hitler a un virtual aislamiento en el otoño de 1944 para tomar el control de la política interna, pero su poder se debilitó cuando Alemania comenzó a desmoronarse en los últimos meses de la guerra.<sup>111</sup>

## 9. ARMAS MILAGROSAS

La Luftwaffe estaba atrapada en un largo debate sobre si debía concentrarse en los bombarderos o en los cazas. Alemania, a diferencia de Estados Unidos y Gran Bretaña, no podía permitirse ambos. Después de los bombardeos sobre Hamburgo en el verano de 1943, la Luftwaffe argumentó que la única solución frente a la amenaza de los bombarderos era concentrarse en la construcción de cazas a fin de librar una guerra aérea defensiva. Cuando Göring se lo planteó a Hitler, este le amonestó con brusquedad. La Luftwaffe le había fallado, una guerra defensiva estaba fuera de toda discusión y se debía continuar con la planificación de una gran ofensiva de bombardeos contra Inglaterra. Göring, para entonces un hombre roto, obedeció dócilmente. El resultado fue la Operación Capricornio (*Steinbock*) entre enero y mayo de 1944. Los británicos la apodaron despectivamente como «Baby Blitz». Fue un fracaso lamentable. Las tripulaciones estaban mal entrenadas y quedaron indefensas contra la más numerosa y superior tecnológicamente Defensa Aérea de la Gran Bretaña. La operación debilitó seriamente a la Luftwaffe, dejándola, tal como había predicho el mariscal de campo Hugo Sperrle, sin valor contra la flota de invasión aliada.<sup>1</sup>

Milch, independientemente de *Steinbock*, trató desesperadamente de convencer a Saur de que la única esperanza de supervivencia era un programa de choque para fabricar aviones de combate a propulsión. Opinaba que, sin esta arma, en un plazo entre cuatro y ocho meses, los bombarderos aliados harían imposible que Alemania produjera ni submarinos ni tanques.<sup>2</sup> Después de un acalorado intercambio de pareceres, Saur aceptó considerar la idea, pero quería continuar la construcción de los antiguos Me 109 y FW 190, además del caza de propulsión a chorro Me 262. Solo lo haría si se ponía la Luftwaffe bajo el mando del Ministerio de Armamentos y, de este modo, quedando a cargo de Saur. Esto era algo que Milch aún no estaba dispuesto a aceptar. A Saur solo le interesaban las cifras de producción. No le preocupaba qué tipo de aviones se construían, ni si se disponía de suficiente combustible o pistas de aterrizaje para los aviones. No tenía paciencia con la auto-

determinación industrial de Speer. El «Rottweiler de Speer» creía en la despiadada explotación de la mano de obra, la reglamentación, los castigos severos y las arengas constantes. El ingeniero alemán, no el industrial, era el hombre del momento. Debía dedicar toda su energía a aumentar la producción, proporcionando de ese modo a Saur las cifras con las que impresionar a Hitler. El problema se resolvió en la cabecera de la cama de Speer en Hohenlychen con la creación de un Estado Mayor de Cazas.

Speer no asistió a una reunión del Estado Mayor de Cazas hasta el 26 de mayo de 1944, de manera que Milch consiguió conservar gran parte de su poder e influencia sobre la producción aeronáutica. El Estado Mayor de Cazas era un cuerpo flexible y en gran parte improvisado que actuaba como una especie de ministerio en miniatura.<sup>3</sup> Respaldo por la autoridad tanto del Ministerio de Armamentos como del Ministerio del Aire, podía invalidar otros programas dentro del sector armamentístico. Esto hizo que, con frecuencia, se produjeran graves trastornos. El reto al que se enfrentaba era desalentador. En marzo, fue destruida la mitad de los cazas de la Luftwaffe. En abril se perdió un tercio del resto.

El 4 de junio de 1944, Speer pidió a Hitler que pusiera formalmente la industria aeronáutica bajo su ministerio, aboliendo así la posición de Milch como Secretario de Estado y jefe de la producción de aviones. Speer ya tenía el control nominal sobre el Estado Mayor de Cazas y el programa de bombarderos, por lo que no tenía demasiado sentido dejar el resto de asuntos de la Luftwaffe bajo una organización separada. Speer pidió a Hitler que convenciera a Göring de que este paso era necesario, y le sugirió que lo expresara como una sugerencia a fin de evitar cualquier reacción desagradable. Se quejó de que Göring había afirmado que el Ministerio de Armamentos había ignorado deliberadamente las necesidades de la Luftwaffe. Señaló que el Estado Mayor de Cazas bajo su égida ya había duplicado la producción de aviones, a pesar de los ataques aéreos y sin hacer recortes en las asignaciones del Ejército. Este argumento era, en cierto modo, falso. El Estado Mayor de Cazas había logrado aumentar el número de cazas construidos, pero a expensas de los bombarderos y utilizando instalaciones y trabajadores que hasta aquel momento habían estado fabricando armas para el Ejército.<sup>4</sup> Hitler, que hacía tiempo que había perdido la fe en Göring, se mostró de acuerdo de todo corazón con la propuesta de Speer. El 19 de junio Göring informó debidamente a Milch de que se había suprimido su puesto. Al día siguiente, cedió la responsabilidad de la producción de aviones a Speer,

después lo cual Milch dimitió de todos sus cargos.<sup>5</sup>

Speer había sido más listo que Göring, cuyo poder e influencia se habían perdido para siempre. Todo lo que podía hacer ahora era gruñir, intrigar y retirarse a un mundo de fantasía. Speer nombró a Milch su adjunto, pero éste, sabiamente, prefirió pasar a segundo plano y no trató de desafiar al todopoderoso ministro. Sobre el papel, Speer estaba ahora en la cúspide de su poder, con un control formal sobre los armamentos en los tres cuerpos de la Wehrmacht, pero en realidad su autoridad había sido seriamente socavada por las rivalidades y las intrigas, tanto dentro como fuera de su ministerio. Las perspectivas de futuro eran sombrías. Solo se podían lograr resultados impresionantes concediendo prioridad absoluta a los cazas sobre todas las demás armas. Se trajeron técnicos e ingenieros de otros sectores de la industria de armamento para ofrecer sus conocimientos. Los miembros del Estado Mayor de Cazas disfrutaban de libre acceso a todas las fábricas y tenían poder para hacer cambios en el personal.<sup>6</sup> Se lograron grandes ahorros mediante la reducción del número de diferentes tipos de aviones fabricados, de cuarenta y cinco a once. A fin de aumentar las cifras de producción, se concentraron en los modelos antiguos: los cazas Me 109 y FW 190 y el bombardero Ju 88. Se ignoró la petición urgente de Milch de que se concediera prioridad absoluta al revolucionario Me 262. La Luftwaffe iba a pagar un alto precio por ignorar este consejo.

La obsesión de Hitler por las armas de la «venganza» y los descabellados planes para una ofensiva de bombardeos eran los mayores obstáculos a los que se enfrentaba el Estado Mayor de Cazas. Hitler y la mayoría de los generales de la Luftwaffe consideraban deshonroso y autodestructivo luchar en una campaña defensiva. Para la industria de armamentos, el hecho de que el techo que cubría la «Fortaleza Alemania» tuviera goteras y estuviera en grave peligro de hundirse hacía que fuera absolutamente imprescindible mejorar radicalmente la defensa aérea. Con los bombarderos norteamericanos volando ahora a menudo fuera del alcance de la mayoría de los cañones antiaéreos, los cazas eran la única solución viable. Saur ignoró sin dudar todos estos argumentos, pasó por alto el mando de la Luftwaffe, se liberó de la tutela de Speer y siempre que le fue posible se aseguró de que las nuevas prioridades establecidas por Hitler no afectaran seriamente a sus cifras de producción. Insistió en que la situación era tan grave que no había tiempo para la planificación a largo plazo ni para la investigación y desarrollo. Corriendo de acá para allá en un tren especial que improvisó a toda prisa,

tomaba decisiones rápidas e instaba a todos los involucrados a esforzarse al máximo. Hitler, inmensamente impresionado por tanta energía y decisión, empezó a perder la confianza en Speer, que desde su enfermedad carecía notablemente del control, la seguridad en sí mismo y la capacidad de resolución de Saur. Cegado por su notable éxito, Saur pronto afirmó que sería capaz de producir cuatro mil aviones al mes.<sup>7</sup> El optimismo había dado paso a la fantasía.

Los logros del Estado Mayor de Cazas fueron a expensas de un enorme coste humano. Las semanas de 72 horas sin vacaciones y los turnos de domingo más frecuentes de lo habitual causaron un gran malestar entre los trabajadores. A veces parecía como si los trabajadores alemanes ordinarios fueran a ser «despellejados» casi de la misma manera que los desgraciados esclavos de los campos de concentración. Los campos de concentración desempeñaron un papel clave en el sistema de Speer, tanto para el suministro de mano de obra como en el castigo de los recalcitrantes. En un memorando de diciembre de 1943 escribió: «Se ha llevado a cabo un experimento exitoso para disciplinar y castigar a los prisioneros de guerra que trabajan mal por medio de un doble estándar para las comidas. La gran mayoría de los presos ha intentado obtener el beneficio de una mejor alimentación trabajando más duro».<sup>8</sup> Privar de alimento y enviar a los holgazanes a los campos de concentración no detuvo los esfuerzos de los trabajadores extranjeros y prisioneros de guerra para sabotear el esfuerzo de guerra alemán, trabajando lentamente, fingiendo enfermedades, averías o fugas. Esto alcanzó proporciones epidémicas en 1944, cuando, según las cifras de Speer, se efectuaron 500.000 detenciones durante el año por tales delitos.<sup>9</sup>

A pesar de toda la palabrería sobre autodeterminación industrial, el Estado Mayor de Cazas ejerció una dictadura feroz sobre la industria aeronáutica. Milch y Saur viajaban por todas partes en un tren especial con el nombre clave Hubertus, entregando a administradores de empresa y contratistas a la justicia sumaria cuando no eran capaces de cumplir sus objetivos o mostraban demasiada preocupación por el bienestar de sus trabajadores. Como resultado de sus esfuerzos, en marzo se construyeron 1.670 nuevos cazas —un aumento significativo con respecto al promedio de 1.100 durante los siete meses anteriores.<sup>10</sup> En septiembre se fabricaron 3.538.<sup>11</sup> Los aliados se concentraban en aquel momento en el bombardeo de las plantas de combustibles, lo que hizo que las fábricas no sufrieran daños; pero el nuevo avión no tenía combustible con el que volar. Se estima que en el año 1944 se construyeron

12.807 Me 109 y 7.488 FW 190, pero solo 564 Me 262.<sup>12</sup> Una vez más, la calidad cedió ante la cantidad, dando preferencia a modelos obsoletos frente a las aeronaves de vanguardia.

El logro tecnológico más sobresaliente del ministerio de Speer fue el programa de cohetes en ciernes; pero era un proyecto para el futuro que no hizo nada para ayudar al esfuerzo de guerra alemán. Resultó una merma importante en los recursos, la mano de obra y los conocimientos técnicos. El trabajo de alto secreto con cohetes había comenzado ya en 1932 con Walter Dornberger, de la Oficina de Armas del Ejército, y el ingeniero de veintinueve años Wernher von Braun. En 1936, se trasladaron desde Kummersdorf, en las afueras de Berlín, a Peenemünde, en la costa del Báltico. Hitler mostró al principio muy poco interés por este proyecto que consumía grandes cantidades de dinero, y sus generales se mostraban comprensiblemente escépticos en cuanto a su eficacia militar. Al comienzo de la guerra, Hitler interrumpió las entregas de acero a Peenemünde, y no fue hasta que Speer se hizo cargo del Ministerio de Armamentos, cuando recibió el visto bueno al proyecto de Dornberger. El 16 de marzo de 1942, Speer le ordenó calcular una estimación para la construcción de 3.000 «Agregatt 4s» (A4S), los precursores del cohete V2.<sup>13</sup>

Speer, con su fascinación por la tecnología, apoyó con entusiasmo el programa de cohetes, pero había también un lado más práctico para fomentar la investigación y el desarrollo de este avanzado sistema de armas. La Luftwaffe nunca fue capaz de construir satisfactoriamente un bombardero de larga distancia. El Heinkel He 177 sufría todo tipo de fallos técnicos, en parte como resultado de intentar hacer que un gran bombardero cumpliera una doble función como bombardero en picado. Los ingeniosos motores dobles utilizados en combinación —de modo que la máquina era de cuatro motores, pero con solo dos hélices— se recalentaban con frecuencia y el avión se incendiaba. Las tripulaciones eran comprensiblemente reacias a volar en lo que llamaban el «Ataúd llameante» (*Brennender Sarg*), la «Llamarada del Reich» (*Reichsfackel*) o el «Mechero del Reich» (*Reichsfeuerzeug*). La desconfianza en el avión se incrementó en gran medida por su puesta en servicio antes de haber sido probado de forma adecuada.<sup>14</sup> Incluso aunque la Luftwaffe hubiera sido capaz de fabricar un bombardero de largo alcance eficaz, habría sido imposible construir una gran flota de bombarderos a la escala del Comando de Bombarderos de la RAF o la Octava Fuerza Aérea de la USAF. Los cohetes proporcionaban una alternativa relativamente

económica.

Los primeros experimentos con esta arma no fueron prometedores. Dos días después de que Speer diera luz verde, explotó una cámara de combustión durante la ignición. La Luftwaffe, que estaba desarrollando su propio cohete, exigió una minuciosa investigación de su rival, el A4 del Ejército, en un intento de anular el proyecto. Dornberger también albergaba serias dudas sobre el A4 porque no se disponía de la enorme cantidad de combustible que requería. Las posteriores pruebas en Peenemünde no fueron más alentadoras, de modo que incluso Speer comenzó a tener serias dudas en cuanto a la viabilidad del arma. Pero, al enterarse del éxito de algunas pruebas, Speer sugirió a Hitler que debían entrar en fase de producción dos tipos de cohetes con rangos de entre 160 y 700 kilómetros. Hitler insistió en que cualquier cosa menor de 5.000 de semejantes cohetes serían ineficaz. Se pospuso la decisión final.<sup>15</sup>

La fe de Speer en la superioridad tecnológica de Alemania y su creencia de que esa era la clave para ganar la guerra se mantuvieron firmes, pero se puso duramente a prueba. Hubo más reveses en Peenemünde, pero para finales del año parecían haber sido superados. Speer fue a Hitler a sugerirle que el A4 debería entrar en proceso de fabricación. Hitler finalmente estuvo de acuerdo, pero aún no estaba totalmente convencido de que los cohetes fueran la respuesta. Dornberger recibió poderes dictatoriales para convertir la estación experimental de Peenemünde en una gigantesca fábrica, con una planta subsidiaria en los talleres Zeppelin de Friedrichshafen, en el lago Constanza. Speer buscó lugares adecuados para construir rampas de disparo a prueba de bombas. Como era de esperar, eligió Cap Gris Nez, el punto más cercano a Inglaterra.<sup>16</sup>

Milch y la Luftwaffe todavía contemplaban con recelo el A4 del Ejército. Las materias primas que tan desesperadamente necesitaban para construir aviones estaban siendo desviadas para la construcción de un arma cuyo valor se consideraba cuestionable. En junio de 1942, Milch insistió en que el más pequeño cohete «Hueso de cereza» —más tarde conocido como el V1— era una alternativa más económica y transportaba un tercio más de explosivos.<sup>17</sup> Este fue el comienzo de una fuerte competencia entre el A4 del Ejército y el «Hueso de Cereza» de la Luftwaffe, entonces conocido oficialmente como el Fieseler Fi 103.<sup>18</sup> La factoría Volkswagen recibió la orden de fabricar 3.500 Fi 103. Otras firmas iban a producir otros 1.500. El Dr. Detmar Stahlknecht, jefe de producción de Speer en Peenemünde, firmemente respaldado por

Karl-Otto Saur, prometió que podría igualar los Fi 103 de la Luftwaffe mediante la construcción de 5.150 A4 para diciembre de 1944.<sup>19</sup>

En marzo de 1943, Speer puso todo el programa de cohetes A4 bajo la dirección del Dr. Waldemar Petersen, director general del gigante de la ingeniería eléctrica AEG. Tras haber ofrecido un entusiasta informe a Speer después de una visita a Peenemünde, fue enviado al Obersalzberg para informar a Hitler. Speer, con la sensación de que las cifras de producción de Stahlknecht eran demasiado bajas, lo reemplazó por el ingeniero e industrial Gerhard Degenkolb, un director de la empresa de fabricación de equipo pesado Demag, que había demostrado ser muy eficaz organizando un programa de choque para la fabricación de locomotoras. Como jefe de un Comité Especial A4 encargado de organizar su producción en masa, hizo la promesa totalmente irreal de construir casi el doble de A4.<sup>20</sup>

Wernher von Braun se impacientaba cada vez más con la competencia entre el A4 del Ejército en Peenemünde Este y el Fi-103 de la Luftwaffe en Peenemünde Oeste. En abril de 1943 exigió una tregua. Se mostró, por supuesto, dispuesto a apoyar a Degenkolb, pero no pudo conseguir mucho apoyo de Speer, que era incapaz de dar la máxima prioridad al programa A4 debido a la escasez crónica de mano de obra. En mayo, Sauckel fue invitado a Peenemünde para presenciar un lanzamiento de un cohete y luego se le ordenó reunir suficiente mano de obra para satisfacer los ambiciosos objetivos fijados tanto por Dornberger como por Degenkolb. Entonces, el 20 de junio, la RAF golpeó la fábrica Zeppelin de Friedrichshafen. El objetivo de la Operación Belicosa —la primera de las «incursiones lanzadera» de la RAF— había sido bombardear una fábrica de acero, pero, sin darse cuenta, interrumpió durante meses la producción de piezas para el A4 en Friedrichshafen.<sup>21</sup>

Sauckel se puso a trabajar para atrapar trabajadores extranjeros destinados a Peenemünde. Himmler prestó su enérgica asistencia mediante el envío de miles de prisioneros de los campos de concentración de Buchenwald, Dachau y Sachsenhausen, muchos de los cuales trabajarían hasta morir. Después de haber recibido una serie de quejas sobre el trato dado a estos prisioneros, Speer pidió a Kehrl que lo investigara. Kehrl no se molestó en visitar la fábrica hasta finales de 1944 y solo vio la parte donde se ensamblaban los cohetes. Quedó convenientemente impresionado.<sup>22</sup> El bienestar de los trabajadores siempre estaba en una posición muy baja en la lista de prioridades de Speer. Los prisioneros de los campos de concentración apenas

contaban. Wernher von Braun seleccionó unos cuantos científicos de Buchenwald. Fueron tratados un poco mejor.

Aunque A4 estaba plagado de una serie de problemas técnicos, Speer obtuvo la aprobación de Hitler para conceder al programa la calificación de máxima prioridad. Esto llevó a Goebbels a anunciar en su discurso en el Palacio de Deportes de Berlín el 5 de junio de 1943 que había llegado la hora de la venganza. El anuncio era prematuro. Era evidente que el A4 no podría entrar en proceso de fabricación en serie hasta que se hubieran resuelto todos sus problemas. Speer aún no se había convencido de que fuera un arma viable. Milch intentó eludir a Speer apelando directamente a Göring, y logró obtener el permiso de Hitler para construir una serie de rampas de lanzamiento para el Fi 103, ahora cada vez más conocido como V1; pero una serie de fallos adicionales en Peenemünde Oeste debilitó su jugada. Mientras tanto, el A4 superaba con éxito una serie de pruebas. A finales de junio, Speer envió a Carl Krauch a hacer una evaluación del A4, el avión Me 163 propulsado por cohetes y el misil tierra-aire «Catarata».<sup>23</sup> Horrorizado por la carga que el A4 y el Catarata supondrían para la industria química, apoyó el proyecto Me 163.<sup>24</sup> Con el argumento de que, en esta etapa de la guerra, las armas defensivas eran más importantes que las armas ofensivas de la «venganza», defendió que el Catarata era preferible al A4 tanto a nivel económico como táctico.

Después de la guerra, Speer tuvo que admitir que su decisión de dejar de trabajar en el Catarata y seguir adelante con las armas de la «venganza» fue su peor error. Un misil tierra-aire eficaz, combinado con un número suficiente de aviones de combate Me 262 —el Me 163 Komet no era eficaz en combate— podría haber proporcionado una protección adecuada contra los bombarderos aliados. Las armas V eran las armas del futuro, pero consumían una gran cantidad de recursos escasos y demostraron ser militarmente inútiles. Otro problema fue que se retrasó el desarrollo del Me 262 por las largas discusiones sobre si se debía utilizar como un bombardero de alta velocidad o como un caza. También está abierto a un serio debate si se hubiera podido perfeccionar o no el Catarata y puesto en fabricación en serie a tiempo para marcar una diferencia.<sup>25</sup>

Speer, dejando de lado todas las preocupaciones de Krauch, fue con Dornberger y von Braun al cuartel general de Hitler el 7 de julio de 1943. Hitler se emocionó cuando le mostraron una película en color de un lanzamiento del A4. Incitado por Speer, se dejó llevar hasta creer que aquella

era el arma de la «venganza» ideal, que cumplía perfectamente sus necesidades de un avance tecnológico que decidiría la guerra. En agradecimiento, le concedió a von Braun el título de Profesor, firmando personalmente los documentos.<sup>26</sup> El 25 de julio, Hitler concedió a Speer poderes plenipotenciarios sobre el programa del A4 en el «Decreto A4», tras lo cual Speer nombró al Dr. Albin Sawitzki de la fábrica Henschel —el ingeniero que supervisó la construcción del tanque Tiger— para que organizara la fabricación en serie en un esquema análogo al Programa Panzer Adolf Hitler. Se dedicó a esta tarea con tal brutalidad que el 13 de abril de 1945 fue severamente golpeado por los presos que trabajan en Peenemünde. Murió el 1 de mayo.<sup>27</sup> Aunque el A4 era el arma del Ejército, Speer le dijo a Milch que la Luftwaffe tendría que prestar su apoyo a lo que iba a convertirse en el mayor programa armamentístico de Alemania durante toda la guerra. Esto implicaba necesariamente reducir la fabricación de aviones. La industria aeronáutica ya andaba desesperadamente escasa de mano de obra especializada. Ahora, la situación amenazaba con empeorar. Wernher von Braun ya le había robado un buen número de ingenieros a la industria aeronáutica. Aunque Speer no había podido cumplir su promesa de encontrar mano de obra cualificada, Milch decidió fabricar en serie el V1. El 1 de agosto de 1943, Speer se reunió con Milch y un grupo de altos oficiales de la Luftwaffe. Le recibieron con un aluvión de quejas, que él desestimó blandamente con la observación de que la Luftwaffe era lo suficientemente fuerte como para hacer frente a las usurpaciones del Ejército y su programa A4.

Speer no se dio cuenta de que era Saur quien estaba atacando a la industria aeronáutica y poniendo el máximo esfuerzo en la construcción del A4. Sin embargo, comenzó a preocuparse de que el programa de construcción de aviones se viera cada vez más comprometido. Concedió a los aviones una prioridad superior al A4, pero los cuerpos intermedios de la industria de armamentos ignoraron esta decisión. Milch estaba furioso. El 13 de agosto de 1943, dijo en una reunión de personal: «Me parece que todo lo que tiene que ver con el A4 es una completa locura. Deberíamos encerrar a esta gente en un manicomio o golpearles en la cabeza. Intentemos primero la segunda opción».<sup>28</sup> Pero, por el momento, tanto Milch como Speer tenían preocupaciones más apremiantes. El 17 de agosto, la USAF propinó un golpe devastador a Schweinfurt, destruyendo las fábricas de rodamientos que eran fundamentales para toda la industria armamentística. Ese mismo día, la RAF

lanzó la Operación Hydra, una incursión contra Peenemünde, que interrumpió el trabajo allí durante un período de entre seis y ocho semanas. No se pudo lanzar otro cohete hasta el 6 de octubre de 1943. La incursión no afectó a la estación de investigación de la Luftwaffe en Peenemünde Oeste.

Ante el temor de otra incursión, se comenzó a trabajar de inmediato para proteger la producción del A4 bajo tierra. Himmler, ansioso por aumentar su influencia sobre la industria armamentística, ofreció generosamente miles de prisioneros de los campos de concentración para hacer el trabajo. En agosto de 1943, el Reichsführer-SS designó a su hombre de confianza Hans Kammler para supervisar esta operación. Speer dio la bienvenida a la mano de obra que le ofrecía, pero temía con razón que conllevara demasiadas condiciones. El 26 de agosto, el equipo de cohetes de Speer se reunió con Kammler y su delegación de las SS para elaborar un plan común. Speer quedó inmediatamente impresionado por la energía y creatividad de Kammler.<sup>29</sup> Eran de una procedencia notablemente similar. Ambos eran profesionales de prósperas familias de clase media. Eran casi la misma edad. Ambos se encontraban en unos puestos para los que no habían sido entrenados. Su relación se tensó algo cuando Speer escuchó rumores de que Himmler estaba preparando a Kammler como su sustituto.<sup>30</sup>

Se acordó que los principales trabajos deberían realizarse bajo tierra en la fábrica de la empresa Mittlewerk en el macizo del Harz, donde Degenkolb ya había establecido su Comisión Especial A4. Se había excavado una estación de investigación subterránea en las montañas sobre el lago Traun, en la Alta Austria y se construyó un campo de concentración especial —una planta filial de Mauthausen— en el vecino municipio de Ebensee para proporcionar la mano de obra necesaria. Se construyó una rampa de lanzamiento en el área de entrenamiento de tropas de las SS en Hohenlager, cerca de Blizna en Subcarpacia. Speer había esperado que Kammler, como ingeniero civil, se concentraría en los aspectos constructivos del proyecto, pero pronto se hizo evidente que tenía más ambiciones. El 1 de septiembre de 1943, Himmler lo nombró su representante especial en el Programa A4. Teóricamente, estaba a las órdenes de Oswald Pohl, pero pronto comenzó a actuar de forma totalmente independiente.

Aunque von Braun se mostró rebosante de confianza cuando el 9 de septiembre anunció que había finalizado la etapa de desarrollo del A4, todavía había una gran cantidad de problemas por resolver. Una serie de pruebas acabaron en fracasos, con el cohete cayendo a pedazos cuando

efectuaba su reentrada en la atmósfera terrestre. Todavía no se había resuelto el problema técnico de cómo fabricar en serie el arma. El 10 de septiembre, Hitler desestimó todas estas objeciones, anunciando que Inglaterra sería bombardeada con la nueva arma a finales de enero. La producción comenzó principalmente en el Mittlewerk en el Harz, pero también en las factorías de Zeppelin en el lago Constanza y en Wiener Neustadt. Todos estos emplazamientos ofrecían amplias oportunidades de trabajo para los internos de los campos de concentración locales. El número de cohetes producidos seguía siendo decepcionantemente bajo.

Mittelwerk iba a ampliarse rápidamente bajo la enérgica gestión de Georg Rickhey, que había sido cedido por la empresa de ingeniería Demag.<sup>31</sup> El 1 de septiembre de 1943, Karl Maria Hettlage, el experto financiero de Speer trasladado desde el Commerzbank, creó el Mittelwerk GmbH. Hans Kammler, Walter Dornberger, Gerhard Degenkolb y Hettlage formaban el consejo de administración. El 1 de octubre, la nueva compañía anunció confiada que produciría 1.800 cohetes A4 al mes en su enorme fábrica subterránea. El campo de concentración de Mittelbau-Dora, construido en agosto como una filial de Buchenwald, proporcionó una amplia oferta de mano de obra.<sup>32</sup> De los 60.000 que tuvieron la desgracia de acabar en este campo, 20.000 personas murieron trabajando y viviendo en condiciones inhumanas.

Speer afirmó tiempo después que las SS, no su ministerio, eran las encargadas de dirigir las fábricas subterráneas. En realidad, las SS solo dirigían 22 de las 170 fábricas subterráneas. Todas las demás estaban controladas por la Organización Todt, de la que Speer era la máxima autoridad. Todas fabricaban armas para el Ministerio de Armamentos.<sup>33</sup> En 1944, medio millón de internos de los campos de concentración trabajaban para Speer: 230.000 en la industria de armamentos, 140.000 en las fábricas subterráneas y 130.000 para la Organización Todt. Más tarde, Speer aseguraría que trabajar para él ofreció a los presos «una oportunidad de sobrevivir».<sup>34</sup> Esta es una desvergonzada perversión de la verdad. Las fábricas subterráneas como Dora eran trampas mortales. Los trabajadores que estaban demasiado débiles para seguir trabajando eran devueltos a sus campos de concentración originales, donde tenían una mínima posibilidad de supervivencia. No hay un solo caso en el que Speer mostrara el más mínimo interés por su destino. Así lo admitía en sus memorias, donde escribió: «la contemplación de las personas que sufrían afectaba a mis sentimientos, pero

no a mi actos». <sup>35</sup>

Las condiciones en Dora exceden cualquier descripción. El aire era frío, húmedo y olía a excrementos. A pesar de que los trabajadores estaban cubiertos de polvo, no se les proporcionaban instalaciones para lavarse. No había letrinas, simplemente unas existencias insuficientes de cubos. La única ropa de cama era una fina capa de paja sobre un suelo de fría piedra con agua que goteaba constantemente desde el techo. Muchos de los internos iban descalzos. Las condiciones apenas mejoraron cuando fueron trasladados de los túneles a los cuarteles. La disciplina era brutal, con frecuentes ejecuciones. Los montones de muertos eran trasladados a Buchenwald para su cremación, pero pronto hubo tantos cadáveres que los crematorios no pudieron dar abasto, y tuvieron que ser quemados a cielo abierto. <sup>36</sup>

Speer y su equipo visitaron Dora el 10 de diciembre de 1943. Speer quedó muy impresionado con lo que vio, y escribió a Kammler el 17 de diciembre para felicitarle por haber construido una fábrica subterránea en solo dos meses. Fue una hazaña sin igual en Europa y al nivel de cualquiera existente en América. Los miembros más sensibles de su personal quedaron impresionados de manera claramente negativa. Algunos pidieron un permiso para recuperarse de la impresión de aquella visita al infierno. <sup>37</sup> Speer escribió a Himmler el 22 de diciembre diciéndole que estaba tan impresionado con el trabajo de Kammler en Mittelbau-Dora que le había confiado la supervisión de otros proyectos de construcción. <sup>38</sup> En un momento de descuido de sus memorias, Speer menciona las terribles condiciones en Dora, describiendo a los internos como «*dahin-siechend*» —«consumiéndose». <sup>39</sup>

El Dr. Poschmann, el hombre responsable de los servicios médicos en el Ministerio de Armamentos, no compartía el entusiasmo de Speer por los logros de Kammler. El 13 de enero de 1944 escribió un detallado informe en el que dibujaba un sombrío panorama de la situación, y describía la escena como «el infierno de Dante». <sup>40</sup> Los esclavos trabajaban un mínimo de 72 horas a la semana. Se les proporcionaba tan solo 1.100 calorías diarias. La humedad y la intensa presión del aire convertían en endémicas las enfermedades pulmonares y del corazón. Un promedio de 160 hombres morían cada día de acuerdo con el principio rector de Himmler de «exterminio por medio del trabajo». Cuando una delegación de trabajadores se quejó ante Kammler por estas terribles condiciones, este ordenó la ejecución sumaria de 80 prisioneros. <sup>41</sup>

Carl-Stobbe Dethleffson, el hombre responsable de la construcción en el

Ministerio de Armamentos, fue enviado a Mittelbau con su adjunto Eduard Schönleben y el ingeniero de estructuras Karl Berlitz para discutir la situación con Kammler.<sup>42</sup> No hay constancia de ninguna acción para mejorar las condiciones en el lugar como resultado de esta visita. Speer afirmó más tarde que construyó viviendas para 10.000 presos, con lo que mejoró en gran medida las condiciones de vida.<sup>43</sup> No mencionó el hecho evidente de que lo hizo no por razones humanitarias o en respuesta al informe de Poschmann, sino porque los túneles en los que estos trogloditas se habían visto obligados a vivir y trabajar se estaban utilizando ahora como fábricas. De hecho, las condiciones empeoraron. Cuando las tropas estadounidenses llegaron al lugar, fueron testigos de una escena espantosa. Miles de personas habían sido masacradas, y sus cadáveres apilados. Los supervivientes eran demacrados semi-esqueletos con pijama a rayas. El metraje de la película rodada en el campo ofrece una de las imágenes más terribles de la verdadera cara del régimen asesino que Speer nunca fue capaz de mirar a los ojos.

En marzo de 1944, parecía que la V1 de la Luftwaffe era el arma favorecida. Hitler se agarró a este clavo ardiendo, abrumó a Milch con elogios por este dispositivo y ordenó que Mittlewerk se hiciera cargo de parte de la producción. La reacción de Himmler ante este movimiento fue ordenar la detención de los ingenieros del A4 Wernher y Magnus von Braun, Klaus Riedel y Helmut Gottrup. Se les acusaba —probablemente con razón— de dudar que se pudiera ganar la guerra. En consecuencia, se enfrentaban a la pena de muerte por derrotismo. Dornberger apeló inmediatamente a Speer, señalando que todo el proyecto se encontraba ahora en peligro. Speer consiguió asegurar su liberación.<sup>44</sup>

Himmler no iba a olvidar nunca que Speer había frustrado su intento inicial de absorber el A4 dentro de su imperio SS. Speer y Saur habían discutido el programa de cohetes con él poco después de haber sido nombrado Ministro del Interior el 24 de agosto de 1943. Himmler había escrito entonces a Speer asegurando que se había acordado que él se haría cargo del A4. Speer ya tenía la garantía de Hitler de que, aunque Himmler le proporcionara toda la ayuda que necesitaba —en otras palabras, mano de obra esclava de los campos de concentración—, Speer no iba a entregar la responsabilidad del A4 al Reichsführer-SS.<sup>45</sup> Himmler contraatacó ofreciendo a Kammler su pleno apoyo a medida que extendía poco a poco su influencia sobre el programa A4 y, a continuación, sobre la industria aeronáutica.

Speer comenzó entonces a tener la sensación de que August Coenders, del

gigante del hierro y el acero Röchling-Buderus, había encontrado la respuesta en el V3, conocido también como la Bomba de Alta Presión, «Lizzy ocupada», «Milpiés» o el «Cañón Inglaterra». Este enorme cañón de 130 metros de largo fue diseñado para golpear Londres desde emplazamientos en el Paso de Calais, y era capaz de disparar 600 proyectiles por hora. Hitler dio su aprobación para destinar 5.000 trabajadores esclavos que trabajaban como mineros en el Ruhr para construir un gigantesco búnker en Mimoyecques, a pocos kilómetros al suroeste de Calais. Speer ordenó a Aceros Unidos, Gutehoffnungshütte y Krupp que echaran una mano. Saur, prudentemente, mantuvo su escepticismo e instó a Hitler a limitar el número de estas armas monstruosas a tres, señalando que los cañones tendrían que ser reemplazados con frecuencia. El Profesor Werner Osenberg, jefe de planificación de la Oficina de Investigación del Reich, también echó un jarro de agua fría sobre el proyecto. Le pidió a Bormann que le dijera a Hitler que en las pruebas había aparecido una serie de problemas graves. Pronto se demostró que tenía razón. Hubo que desechar 20.000 proyectiles debido a problemas de construcción. El arma resultó completamente inútil. Las instalaciones de Mimoyecques fueron atacadas en noviembre de 1943 por la USAF en la Operación Crossbow y puestas fuera de combate el 6 de julio de 1944 por la RAF con las bombas terremoto «Tallboy» de Barnes Wallis antes de que pudieran disparar una sola vez contra Londres.<sup>46</sup>

No fue hasta después de los desembarcos del Día D, el 13 de junio de 1944, que se disparó el primero de los cohetes V1 contra Londres. Los resultados fueron decepcionantes. Se dispararon diez V1. Uno aterrizó en Grove Road, Mile End, matando a ocho personas. Los demás cayeron muy lejos del objetivo en Gravesend, Sevenoaks, Swanscombe y Cuckfield. Cinco se estrellaron cerca del lugar de lanzamiento. Hubo un total de 7.488 lanzamientos exitosos de «bombas volantes». De estas, 2419 alcanzaron Londres y los condados. Otras 2448 cayeron en Bélgica. Para octubre, todas las rampas de lanzamiento al alcance de Inglaterra habían sido invadidas. Las V1 no hicieron ningún daño a la industria de armamentos de Gran Bretaña. Aunque resultaron muy desagradables para los que estaban en el extremo receptor, no minó de manera significativa la moral civil. Su mayor efecto fue el de crear falsas esperanzas entre los alemanes de que otra «arma milagro» podría revertir la marea.<sup>47</sup>

Con su nombramiento como Comandante del Ejército de Reserva el 21 de julio de 1944, Himmler tuvo finalmente el mando sobre el programa V2. De

inmediato dio poderes plenipotenciarios a Kammler, a pesar de que se encontraba nominalmente bajo el mando del SS-Obergruppenführer Hans Jüttner, el segundo de Himmler como Jefe del Ejército de Reserva y de los armamentos del Ejército, que también estaba subordinado a Speer como Ministro de Armamentos.

La extravagante propaganda de Goebbels había aumentado las esperanzas hasta el punto de que se veía la V2 como una panacea universal que resolvería todos los problemas. El 30 de julio, Goebbels anunció en el semanario *Das Reich* —lo más cercano que existía en la Alemania nazi a un periódico de calidad— que Alemania pronto «superaría la ventaja del enemigo» mediante el despliegue de «terribles armas», de modo que el Führer llevaría la guerra a un victorioso final.<sup>48</sup> Para ese momento, muchos soldados habían llegado a creer que la situación militar era tan absolutamente desesperanzadora que «Adolf» habría puesto fin a la guerra si no se hubiera sacado alguna nueva arma de su sensacional manga.<sup>49</sup> En agosto, Speer, en una frase típicamente enrevesada, le dijo el comandante de un campo de entrenamiento del Ejército que «en breve» la industria armamentística sería capaz de detener la «voluntad destructiva» del enemigo.<sup>50</sup> Al mismo tiempo, aseguró a Hitler en repetidas ocasiones que la crisis de aquel momento estaría superada en tres o cuatro meses.

Había una débil esperanza de que pudiera ser así. En agosto de 1944 Dornberger había resuelto los problemas de re-entrada del V2, pero después fracasaron dos intentos de lanzar el cohete sobre Londres. El 8 de septiembre, se lanzó un V2 desde La Haya con destino a Londres. Aterrizó en Chiswick. Otro fue lanzado sobre París y aterrizó cerca de la Porte d'Italie. Dornberger estaba decepcionado con el resultado, y describió el V2 como «un arma insatisfactoria». Hitler no se desanimó. Ordenó a Saur que fuera a su cuartel general. Saur se apresuró a hacer la insensata promesa de construir novecientos V2 al mes. Speer se horrorizó. Sabía que solo se podía alcanzar esa cifra reduciendo drásticamente la fabricación de las armas esenciales. Además, se estaba agudizando la escasez de materias primas. Mediante la reducción de la producción de la V1 a 3.419 unidades, fue posible construir 629 V2 en septiembre, 628 en octubre y 662 en noviembre. Himmler se dejó llevar por este éxito. Por iniciativa suya, convenció a Speer para obtener la aprobación de Hitler de entregar una serie de Cruces de Caballero a figuras prominentes de los programas V1 y V2.

Speer comenzó a caer en la cuenta de que sus promesas no se podrían

cumplir y que su jactancia podría muy bien resultar contraproducente. Por lo tanto, comenzó a dar marcha atrás frenéticamente. En una serie de discursos de inacostumbrada modestia a finales de 1944, advirtió que no podía ofrecer ningún milagro. Cuando visitó el frente occidental en septiembre, se quedó horrorizado al ver cuántas personas, tanto soldados como civiles, todavía tenían una fe ciega en las «armas milagrosas», lo que había generado un optimismo excesivo. «Es esencial», escribió, «que a cada soldado y a cada compañero racial se le diga la verdad acerca de las dificultades actuales con una sinceridad brutal».<sup>51</sup> El 2 de noviembre escribió a Goebbels pidiéndole que desistiera de todo discurso acerca de «armas milagrosas».<sup>52</sup> El problema era que muchas personas tenían fe en Speer como un obrador de milagros, una imagen que hasta entonces él mismo se había forjado asiduamente, y ahora se mostraban reacios a creerse semejante modestia. Pero a veces se deslizaba de nuevo hacia su antiguo modo jactancioso. El 1 de diciembre le dijo a un grupo de ministros que pronto estaría listo para el servicio un misil tierra-aire. A pesar de que esto estaba lejos de la verdad, se lo repitió a los oficiales que estaban visitando el campo de pruebas de Rechlin.<sup>53</sup> Kammler se animó entonces a hacer un intento para añadir el V1 a su cartera, pero Speer consiguió convencer a Hitler de que, puesto que las cosas estaban funcionando sin problemas, no se requería un cambio. Kammler no se rindió. El 31 de enero de 1945, Hitler ordenó que los V1 y V2 quedaran bajo el mando de Kammler, aunque para aquel momento la escasez de explosivos se había vuelto tan aguda que el programa de cohetes ya estaba viéndose obligado a tocar a su fin.<sup>54</sup>

El resultado neto de los ataques con cohetes V1 y V2 fue decepcionante para los alemanes. A pesar de la ansiedad inicial, alimentada por ciertos rumores y su carácter desconocido, la gente se acostumbró rápidamente y la «bomba volante» V1, aunque cargada con mil kilogramos de explosivos, fue tratada con un cierto desprecio divertido. Viajando más allá de la velocidad del sonido y también cargado con mil kilogramos de explosivos, la V2 aterrizaba sin previo aviso. Esto era claramente desconcertante, dando lugar a una mezcla de aprensión y resignación. Ninguna de las dos armas provocó un auténtico pánico en masa. La moral se mantuvo notablemente elevada.<sup>55</sup> La V2 fue también un arma única en el hecho de que su fabricación causó más muertes que su despliegue.

El apoyo de Speer a la V2 fue uno de sus principales errores. El programa fue horriblemente caro y se puso el arma en la cadena de producción mucho

antes de que se hubiera desarrollado y probado adecuadamente. En esto, repitió los errores que había cometido con los submarinos XXI y XXIII. La propaganda de Goebbels alimentó unas esperanzas totalmente irreales. Ya en el otoño de 1943, Speer sabía que no habría suficiente cantidad de explosivo disponible para que estas armas fueran eficaces. La mano de obra, las materias primas y los conocimientos que podrían haber sido mucho mejor utilizados en otros lugares se consumieron en un proyecto que más tarde iba a tener un impacto revolucionario, pero que no trajo ningún alivio a Alemania. De hecho, bien podría argumentarse que tuvo un efecto negativo en el esfuerzo de guerra del país. Speer, cegado por su fe en la tecnología, se agarró a un clavo ardiendo.

Un arma milagrosa por la que Speer mostró poco entusiasmo fue la bomba atómica.<sup>56</sup> El 4 de junio de 1942, invitó a Werner Heisenberg y a un grupo de físicos a su ministerio y les preguntó si sería posible construir un dispositivo de este tipo. Heisenberg respondió que teóricamente era posible construir una bomba atómica en un plazo de dos años, pero que el gasto sería inimaginable. Resultaba evidente que Alemania carecía de fuentes de energía suficientes, de trabajadores, de materias primas y de medios financieros para construir una bomba atómica. Por lo tanto, Heisenberg sugirió que una inversión más práctica sería construir una pila atómica, que al menos sería útil después de la guerra. El éxito de Speer dependía de tranquilizar a Hitler con cifras de producción impresionantes. La idea de invertir grandes sumas de dinero en un proyecto a largo plazo, cuyo resultado era incierto, por lo tanto, era una perspectiva muy poco atractiva. Aceptó el argumento de Heisenberg y concedió máxima prioridad a la construcción de un reactor atómico en los terrenos del Kaiser-Wilhelm-Institut en Berlin.<sup>57</sup>

Los científicos querían concentrarse en la investigación fundamental. No querían estar bajo la bota de los militares al igual que sus colegas de Peenemünde. Werner Heisenberg, después de haber sido denunciado por las SS como un «judío blanco», prefirió mantener un perfil bajo. Sus puntos de vista se desviaban radicalmente de los defensores de la «Física alemana» dominante, que lo acusaban a él y a sus colegas por su respeto por el trabajo de los físicos judíos. Sus solicitudes de financiación eran muy modestas. Cuando el Ejército se ofreció a liberar a cientos de científicos para ayudar a construir una bomba atómica alemana, contestó modestamente que no tenía ni idea de cómo dirigir una organización de tal escala.

Göring, en su calidad de jefe del Consejo de Investigación del Reich, había

nombrado a Abraham Esau para que presidiera un grupo de investigación atómica conocida como la Sociedad de Uranio. Esau no tenía ninguna fe en la bomba atómica como arma para ganar la guerra y sus ideas sobre cómo construir un reactor atómico diferían radicalmente de las de Heisenberg. Speer, que estaba decidido a apartar a Göring, frustró los esfuerzos de Esau. El día de Año Nuevo de 1944, finalmente logró que fuera reemplazado por Walther Gerlach, un hombre notable que creía en la primacía de la investigación fundamental y cuya principal preocupación era el uso pacífico de la energía atómica después de la guerra. Otro científico, Paul Harteck, ofreció una tercera solución al problema mediante la propuesta de utilizar el uranio enriquecido con menos agua pesada en el reactor. Speer se sintió incapaz de decidir sobre la cuestión. Se construyó un búnker para el reactor, pero el trabajo pronto se estancó. Había otras exigencias de los científicos para cosas tales como isótopos para uso médico o material luminoso para el instrumental de los aviones. El programa de energía atómica cojeaba, obstaculizado por los desacuerdos fundamentales en cuanto a cuál era el enfoque más prometedor y por las incursiones de la resistencia en las plantas de agua pesada en Noruega. En el verano de 1943, los bombardeos obligaron a los científicos a abandonar sus laboratorios en las ciudades universitarias. En diciembre de 1944, Heisenberg y sus colegas fueron reclutados por el *Volkssturm* —una clara prueba de la baja prioridad asignada al programa atómico. Gerlach tuvo que valerse de toda su autoridad como Plenipotenciario del Mariscal del Reich para la Física Atómica para convencer a Bormann del valor de su trabajo y asegurarse su liberación del servicio militar.

## 10. EL FINAL A LA VISTA

El plan de los Aliados para la conclusión de la ofensiva de bombardeos combinados en marzo de 1944 había convertido las plantas de hidrogenación y las refinerías de petróleo en sus objetivos prioritarios. Esto iba a plantearle a Speer su principal problema en 1944. Hans Kehrl declararía tiempo después que nunca había dejado de preguntarse por qué los Aliados habían esperado hasta mayo de 1944 para montar un ataque de ese tipo. Junto con el caucho sintético (*Buna*) y el nitrógeno, eran las partes más vulnerables de la economía de guerra. Llegó a la conclusión de que los Aliados habían ido ralentizando deliberadamente el avance soviético hasta que ellos desembarcaron en Francia. Si hubieran lanzado estos ataques el año anterior, probablemente la guerra habría terminado, con el Ejército Rojo ocupando toda Alemania.<sup>1</sup> Una respuesta más sencilla a esta ingeniosa teoría de la conspiración era que la USAF necesitó algo de tiempo para resolver el problema de cómo atacar estas plantas con la máxima eficacia. Una vez que lo hicieron, los resultados, aunque muy costosos, fueron devastadores.

El 12 de mayo de 1944, Speer llamó a Kehrl a medianoche para preguntarle si él sabía algo sobre los bombardeos aéreos contra las plantas de hidrogenación en Leuna y Brüx (Most). Kehrl respondió que había sido plenamente informado. Cuando Speer le pidió su evaluación de la situación, respondió que, si continuaban estas incursiones, pronto se perdería la guerra.<sup>2</sup> Speer estuvo totalmente de acuerdo, y dijo que tenían que ir a ver a Hitler tan pronto como fuera posible. Cuatro días más tarde, los dos hombres fueron a Leuna, donde se reunieron con el Dr. Heinrich Bütetisch de IG Farben, el jefe de la factoría Leuna de IG Farben y de su planta filial en Auschwitz-Monowitz.<sup>3</sup> Carl Krauch, de IG Farben, el hombre a cargo de los productos químicos en el Plan Cuatrienal, también estuvo presente. Se sintieron aliviados al descubrir que, a pesar de los considerables daños, no pasaría mucho tiempo antes de que la planta estuviera otra vez operativa.<sup>4</sup> Aunque algo aliviado, la visita convenció a Speer de que había que dar prioridad absoluta a la defensa de las plantas de hidrogenación.

Esto iba a resultar un problema insoluble. La mayoría de los cañones antiaéreos ya no eran eficaces contra las aeronaves que volaban a altitudes más elevadas. La Luftwaffe estaba demasiado dispersa. Muy comprometida en el frente oriental, desplegada contra las fuerzas aliadas en Francia e Italia, protegiendo objetivos en los Balcanes y Noruega y dando apoyo a la Marina, esto significaba que nunca había suficientes aviones para proteger los activos más vulnerables de Alemania. La Luftwaffe no tenía suficientes cazas para ser eficaz contra las flotas de bombarderos que ahora tenían cazas de escolta. Para que los cazas fueran eficaces, tenían que atacar en masa. Eso significaba que habría que retirar aeronaves de otros frentes.

Speer se preparó frenéticamente para su reunión con Hitler. Los expertos —Krauch, Bütetisch, Pleiger y el experto en petróleo del Ministerio de Economía, Ernst Rudolf Fischer— iban a ofrecer informes detallados sobre los daños causados y sugerir maneras de proteger estos activos esenciales. El 19 de mayo de 1944 Speer voló al Obersalzberg para las conversaciones preliminares con Hitler. La reunión se celebró el 22 y 23 de mayo. Estuvieron presentes unas treinta personas, incluyendo Göring, Keitel y Milch. Göring insistió en que la respuesta estaba en transformar las fábricas en «fortalezas antiaéreas», pero solo pudo fanfarronear cuando se le señaló que los cañones antiaéreos no era muy eficaces contra los bombarderos que volaban a semejantes altitudes. Hitler señaló que las plantas de hidrogenación debían ser protegidas por la niebla artificial, y le ordenó a Göring que mejorara las defensas aéreas de estas plantas vulnerables. Para reconstruir las infraestructuras dañadas, había que asignar trabajadores tomados principalmente del sector de la construcción que era dominio de Carl Krauch. Speer sugirió que se tomasen quinientos electricistas y dos mil mecánicos de las Fuerzas Armadas para formar una brigada especial de reparación. Había que proteger mejor el transporte desde Ploetsi. Se debían tomar medidas drásticas para asegurar el ahorro de combustible. Hitler, al que le preocupaba que esta última medida fuera impopular en los círculos del partido, se mostró muy reacio a aceptar, y ordenó específicamente que no se recortasen las asignaciones nacionales del combustible.<sup>5</sup> Speer dio un giro a la discusión para examinar la posibilidad de atacar las centrales eléctricas de Moscú y enviar vuelos de reconocimiento más allá de los Urales en busca de objetivos adecuados. Irremediabilmente, la reunión se perdió en divagaciones. A falta de una agenda clara, se perdió el tiempo en recriminaciones mutuas. Fue un sorprendente ejemplo de la incapacidad de los líderes para enfrentarse a la

situación cada vez más desesperada en la que se encontraba el país.<sup>6</sup>

Una nueva incursión en Leuna el 28 de mayo dejó la planta fuera de producción durante diez días. Solo funcionaría a un 75 por ciento de su capacidad a principios de julio. Fue atacada nuevamente el 7 de julio. Estuvo de nuevo al 53 por ciento de su capacidad el 19 de julio. El bombardeo del día siguiente redujo la capacidad al 35 por ciento. Nuevos ataques en julio, agosto y septiembre dejaron Leuna fuera de combate hasta el 14 de octubre, alcanzando el 28 por ciento de la capacidad para el 20 de noviembre. Nuevos ataques redujeron la producción hasta el 15 por ciento, nivel en el que se tambaleó hasta las etapas finales de la guerra. Para octubre, los ataques contra las plantas de hidrogenación se habían convertido en una pesadilla.<sup>7</sup> Tiempo después Speer confesaría que, en mayo de 1944, la guerra estaba perdida «desde un punto de vista técnico, ya que, sin combustible, los nuevos tanques y aviones a reacción no me valían de nada». También afirmaría que todos los líderes militares que conocía opinaban que, si la guerra no estaba ganada para octubre o noviembre, estaría perdida.<sup>8</sup> Estas dudas nunca se expresaron con claridad. Los informes pesimistas se expresaban en condicional. Los dirigentes de Alemania seguían a su Führer con una credulidad oceánica, alimentándolo de vez en cuando con un optimismo sin fundamento y una fe ciega. En este sentido, Speer fue uno de los culpables, a pesar de sus reclamaciones posteriores de que fue uno de los primeros en darse cuenta de que hacía tiempo que el fruto estaba maduro.

El 30 de mayo Speer había obtenido la firma de Hitler a un «Decreto del Führer» para un «Comisario General de Acción Inmediata bajo el Ministro del Reich de Armamentos y Producción de Guerra».<sup>9</sup> Iba a recibir plenos poderes, incluido el derecho a apropiarse de los trabajadores de las industrias de armamento, a fin de asegurar la rápida reparación de las plantas de hidrogenación dañadas. Todos los trabajadores en este grupo de trabajo iban a ser tratados «sin piedad». Hasta el 30 de junio Speer no consiguió la aprobación oficial de Hitler del nombramiento de Edmund Geilenberg para este nuevo cargo. Al principio, Hitler argumentó que los esfuerzos de Geilenberg provocarían que se construyera un menor número de tanques. Cambió de opinión cuando Speer y Saur, sobre la base de unas cifras muy dudosas, le aseguraron que eso no ocurriría.<sup>10</sup> Podrían haber añadido que los tanques sin combustible eran de poca utilidad. Geilenberg era amigo cercano de Paul Pleiger y el hombre a cargo de las municiones en el ministerio de Speer. Trabajó en estrecha colaboración con el Estado Mayor Especial de

Gerhard Ritter bajo Carl Krauch en su calidad de plenipotenciario para los productos químicos en el Plan Cuatrienal y con el Estado Mayor de Reconstrucción adjunto a la factoría Leuna.<sup>11</sup> Como hombre práctico y lúcido de enorme energía, era ideal para aquel trabajo.

El Estado Mayor de Geilenberg se expandió exponencialmente. A finales del mes de julio de 1944 tenía 150.000 trabajadores bajo su mando. De ellos, 70.000 eran hombres ya empleados en las plantas de hidrogenación, muchos de los cuales eran prisioneros de guerra, internos de los campos de concentración o víctimas de las redadas de Sauckel. Otros 75.000 llegaron como resultado de lo que Carl Krauch denominó eufemísticamente «medidas especiales». Para noviembre, el número había aumentado hasta 350.000, todos ellos tratados con la adecuada «inmisericordia».<sup>12</sup> Se incluyeron entonces hombres de las Fuerzas Armadas, del servicio de aduanas, guardianes de ataques aéreos, los servicios de emergencia y el Servicio de Trabajo del Reich. Alrededor de 100.000 hombres venían de los campos de concentración, y trabajaban en condiciones deplorables, sin ropa de invierno, miserablemente alojados y alimentados de manera inadecuada.<sup>13</sup> Había cada vez más quejas entre los industriales asegurando que Geilenberg los estaba dejando sin trabajadores y sin materias primas. Comenzaron a murmurar en tono traicionero que se estaba demostrando lo acertado de aquellos que habían hecho pronósticos pesimistas.<sup>14</sup>

Geilenberg pronto tuvo las manos llenas. La producción diaria promedio de combustible de la aviación se redujo de 5.839 toneladas en marzo de 1944 a 1.733 toneladas en junio. En julio, Speer ordenó a Geilenberg que explotara el petróleo de esquisto bituminoso en los Alpes de Suabia, en un intento de compensar esta pérdida. El resultado fue la Operación Desierto que suponía la construcción de diez plantas. Los trabajadores debían ser traídos exclusivamente de los campos de concentración, inicialmente desde el campamento de Natzweiler-Struthof, en Alsacia. Geilenberg trabajó en estrecha cooperación con las SS, que construyeron siete pequeños campos de concentración para dar cabida a 10.000 trabajadores. Entre ellos había judíos de los restos del gueto de Varsovia, Lituania y Estonia, así como gitanos y «saboteadores» de los países ocupados. Las SS cobraban entre cuatro y seis marcos del Reich al día como «alquiler» por cada trabajador. Las condiciones en los campos eran tan atroces que se convirtieron en campos de exterminio. Esto estaba en plena sintonía con la política de Himmler de hacer trabajar a los presos deliberadamente hasta la muerte. Un comandante del campo emitió

una factura por 127,05 marcos del Reich para cubrir los gastos de la ejecución e incineración de veinte prisioneros intratables. A los presos se les proporcionaba un traje a rayas y una gorra. Eso era todo lo que tenían tanto en verano como en invierno. Como no podían lavarse la ropa, estaban plagados de piojos y eran propensos al tifus. El SS-Scharführer Josef Seuss, comandante del campo de concentración de Schöenberg, que había aprendido su oficio en Dachau, era conocido cariñosamente como «Zack- Zack». Se mostraba especialmente orgulloso de sus «Comandos Descalzos» que eran obligados a trabajar en las canteras sin protección alguna contra las cortantes rocas.<sup>15</sup> A algunos prisioneros privilegiados se les proporcionaron zuecos de madera.

Una gran cantidad de diferentes organizaciones estuvo involucrada en la planificación e investigación de la Operación Desierto. Entre ellas, IG Farben Leuna, la Asociación de Investigación de la Pizarra Bituminosa Alemana, la Asociación de Investigación del Jurásico Temprano, la Unión del Carbón y del Petróleo, la empresa de las SS de Esquisto Bituminoso Alemán, los Hermann Göring Werke y la Organización Todt. Los resultados fueron muy decepcionantes. Solo cuatro de las plantas comenzaron la producción antes del final de la guerra. Produjeron un pobre goteo de combustible. La pizarra se rompía originalmente con martillos o picos y se colocaba a mano en cubos que luego se llevaban a la planta. Más tarde se construyeron un primitivo ferrocarril de vía estrecha o teleféricos. Dado que el contenido de betún de la pizarra era solo de alrededor del 5 por ciento, la producción era muy modesta y el petróleo era de tan mala calidad que solo podía utilizarse en motores especiales. Todas estas plantas juntas producían apenas 1.500 toneladas métricas de petróleo mineral, para lo cual los prisioneros tenían que excavar 52.500 toneladas métricas de esquisto.<sup>16</sup>

El 20 de junio, Speer comunicó a Hitler y Keitel que los efectos de los ataques eran catastróficos. Diez días más tarde envió un informe detallado al cuartel general de Hitler sobre las consecuencias de los ataques contra las plantas de combustible.<sup>17</sup> Los ataques del 22 de junio habían provocado una caída del 90 por ciento en la producción de combustible de aviación. Las rápidas reparaciones de los equipos de Geilenberg habían rectificado la situación, pero seguía habiendo una escasez crónica. Solo se disponía de 156.000 toneladas métricas de combustible de aviación cuando las necesidades mínimas eran de 180.000 toneladas métricas. La producción media diaria fue de 5.000 toneladas métricas en mayo. Para junio se había

reducido a 1.218 toneladas métricas. Las cifras de julio iban a ser con seguridad aún menores. Esto significaría que para septiembre ya no sería posible cumplir con las exigencias mínimas de combustible de las Fuerzas Armadas. «Esto», escribió, «acarrearía trágicas consecuencias».

Speer elaboró entonces una lista de las medidas que ya había tomado. Las reparaciones se habían realizado lo más rápidamente posible. Geilenberg y Dorsch habían trabajado en estrecha colaboración para garantizar que las partes vitales de estas plantas estuvieran protegidas. Los camiones militares se habían cambiado para que utilizaran madera como combustible después de que no tuvieran éxito los intentos de utilizar carbón para vehículos de motor.<sup>18</sup> La Oficina de Planificación había efectuado estrictos recortes en la asignación de combustible. El empleo de máquinas de humo como protección había demostrado ser relativamente eficaz. Speer terminó con una serie de peticiones urgentes para acciones futuras. La Luftwaffe tendría que reducir la cantidad de combustible utilizado para vuelos de prueba y entrenamiento. Las Fuerzas Armadas tendrían que encontrar maneras de reducir sus necesidades de combustible. La Luftwaffe tenía que darse cuenta de que el desastre sería inevitable si no se mejoraba significativamente la protección de las plantas por parte de los cazas. Los vuelos de reconocimiento enemigos sobre las plantas de hidrogenación tenían que ser interceptados, y había que colocar más armas antiaéreas alrededor de estas plantas, incluso si eso significaba dejar que los pueblos y ciudades fuesen más vulnerables.

A principios de julio de 1944 Speer ordenó un programa de choque para los cañones antiaéreos pesados Flak 40 de 12,8 cm. Era un arma formidable. Disparaba un proyectil de 27,9 kilogramos con un límite máximo efectivo de 35.000 pies (10.000 metros), que demostró ser muy eficaz contra los bombarderos aliados que volaban en formación, pero no había suficiente cantidad de estas costosas armas para ofrecer demasiado alivio. Al final del mes, Speer envió otro informe detallado a Hitler sobre los efectos de los bombardeos aliados sobre la producción de combustible.<sup>19</sup> Las cifras eran alarmantes. La cantidad de combustible de aviación producido había caído de 150.000 toneladas métricas en mayo a 29.500 toneladas métricas en julio. La producción de gasolina había descendido de 125.000 toneladas métricas en abril a 56.000 toneladas métricas en julio. El combustible diesel se había visto menos afectado. Una producción de 88.000 toneladas métricas en mayo cayó hasta las 62.000 toneladas métricas en julio. No obstante, las predicciones de Speer para el futuro se mantuvieron sorprendentemente

optimistas. Tenía la esperanza de producir un promedio de 150.000 a 160.000 toneladas métricas de combustible de aviación en los siguientes meses y 142.000 toneladas métricas de gasolina. Estas cifras se basaban en la vana esperanza de que cesaran las incursiones aliadas. Si continuaban provocando tantos daños como hasta ese momento, para septiembre u octubre la Luftwaffe ya no sería capaz de cumplir sus misiones. Probablemente recibiría una asignación de unas escasas 10.000 a 20.000 toneladas métricas de combustible de aviación, porque el despliegue de otros muchos cañones antiaéreos había causado muy poca impresión en los bombarderos, mientras que había disminuido la cantidad de cazas para proteger las plantas de hidrogenación. Speer continuó instando a que se retirasen los cazas del frente para proteger los suministros de combustible en el país, pero aquello no era una opción viable.

Speer estaba levantando un frente valiente, pero, en la retaguardia, la atmósfera era cercana al pánico. El 9 de julio se celebró una reunión de emergencia, a la que asistieron Krauch, Fischer, Geilenberg y Kehrl, para discutir qué medidas inmediatas se debían tomar para detener el desmoronamiento total de la industria petrolera. No se encontró ninguna solución. El grupo de trabajo de Geilenberg solo podía hacer lo que estuviera en sus manos y esperar lo mejor.<sup>20</sup>

La situación empeoraba progresivamente. La declaración de Speer el 2 de agosto de que, a pesar de que la situación militar era desesperada, él seguía siendo optimista, apenas era alentadora. El 5 de agosto pronunció otro discurso en el que trazó las líneas maestras de sus generosos planes de vivienda para después de la guerra, esta vez a los trabajadores que construían submarinos en los Schichau-Werke de Elbing (Elbląg). Con el Ejército Rojo a punto de cerrar el cerco sobre el Grupo de Ejércitos Norte en la ofensiva del Báltico, es dudoso que se concediese demasiada credibilidad a su discurso.<sup>21</sup>

La situación se agravó aún más cuando, a mediados de agosto, Hitler dio órdenes para la «Acción 88», que exigía una concentración de cañones antiaéreos a expensas de los cazas.<sup>22</sup> Hans Kehrl consideró, de manera comprensible, que se trataba de una política tremendamente equivocada. Argumentando que los antiaéreos no eran una alternativa viable a los cazas, publicó un memorando atacando «Acción 88» como un plan peligrosamente mal aconsejado. Speer estaba indignado. Con este memorando, su subordinado estaba diciendo que el Führer no sabía de lo que estaba hablando. Aquello era una herejía escandalosa. Ordenó a Kehrl que llamase

por teléfono a todos los que habían recibido su memorando para devolverlo. Kehrl insistió en que Saur tuviera una copia, porque él había aconsejado a Hitler que adoptara aquella desastrosa propuesta simplemente porque le ofrecía una excelente oportunidad para aumentar sus cifras de producción. Speer dijo que hablaría con Saur personalmente. Milch le confió a Kehrl que estaba totalmente de acuerdo con su memorando. Kehrl pidió al ayudante de Keitel que se asegurase de que el memorando se mantuviera lejos de Hitler. De aquel episodio, Kehrl llegó a la conclusión de que Hitler ya no era capaz de tomar decisiones racionales y que el ministerio de Speer carecía de líder y estaba desmoronándose.<sup>23</sup> La versión de Speer de esta historia es muy diferente. Afirma que tanto él como Saur estuvieron de acuerdo en que el énfasis de Hitler en los cañones antiaéreos en lugar de los cazas era un grave error y que por primera vez ignoraron deliberadamente las órdenes del Führer. Speer afirma que instruyó al Estado Mayor de Armamento para que la producción de cazas fuese su prioridad absoluta.<sup>24</sup> Este es apenas creíble. Speer no podía arriesgarse todavía a tolerar ninguna crítica contra su omnisciente Führer.

A partir del 30 de agosto de 1944 ya no se dispuso de petróleo rumano. La región industrial de Silesia, con sus plantas de hidrogenación, estaba ahora dentro del alcance de la USAF. La producción de combustible para la aviación siguió cayendo alarmantemente. Tal como había predicho Speer en sus momentos más lúcidos, se había reducido a 17.000 toneladas métricas en agosto y 10.000 toneladas métricas en September.<sup>25</sup> El 30 de agosto Speer entregó a Keitel un memorando, que le pidió que fuera entregado a Hitler, en la que informaba que las factorías Leuna, Brüx (Most), y Pölitz (Police) habían quedado fuera de servicio durante varias semanas. Su producción combinada de petróleo para combustible había caído de 37.000 toneladas métricas en abril a 2.500 toneladas métricas en agosto. Había una escasez tan crítica de todas las formas de combustible que las Fuerzas Armadas tendrían que abandonar cualquier pensamiento de operaciones ofensivas, porque no se disponía de combustible para transportar suministros. Una vez más Speer solicitó que los cazas regresaran del frente para defender el espacio aéreo alemán, después de que sus solicitudes anteriores hubieran caído en saco roto. Hubo que comenzar de inmediato un programa especial para construir al menos 1.200 aviones de combate. El futuro de la Luftwaffe dependía del éxito de aquel esfuerzo. La carta terminaba con las palabras: «Si las fuerzas aéreas aliadas siguen obteniendo buenos resultados, pronto estaremos sin el

material esencial para la continuación de una guerra moderna». Y firmaba: «Siempre suyo, Speer».<sup>26</sup>

El 19 de septiembre Speer nombró otro equipo para hacer frente a la crisis del petróleo. Krauch iba a proporcionar los conocimientos técnicos, Kehrl las habilidades de planificación, Geilenberg el empuje y la energía. La eficacia del comité se vio varias veces comprometida por las serias discrepancias entre Geilenberg y Krauch sobre si sería posible trasladar las plantas a emplazamientos subterráneos. Speer parecía reacio a intervenir en lo que era, en gran medida, una cuestión técnica sobre la que él era incapaz de juzgar.<sup>27</sup>

Alemania se encontraba ahora en una situación desesperada. En junio y julio de 1944, la producción de casi todo tipo de armas alcanzó su punto máximo, pero ¿de qué valían los tanques y los aviones sin combustible? La respuesta de la Wehrmacht fue que si los trabajadores estaban produciendo armas que no podrían ser utilizadas, serían de mayor utilidad para el esfuerzo de guerra poniéndose un uniforme y marchando al frente. La cuestión de cómo se les armaría y equiparía quedó sin respuesta. Para que continuara la lucha, el frente interno tenía que ofrecer una protección adecuada contra los bombarderos aliados. Speer, Milch y el jefe del Comando de Cazas de la Luftwaffe, el general Galland, trataron desesperadamente de reunir una flota adecuada de cazas para hacer el trabajo, pero fue en vano. Lo único que lograron adquirir fue un puñado de modelos de cazas antiguos y unos pocos Me 262 de propulsión a chorro con un poco de valioso combustible para mantenerlos en el aire.

Después de la alarmante actuación de Hitler en el Platterhof el 26 de junio de 1944, estaba claro que ya no era capaz de gobernar. El Tercer Reich estaba ahora sin un liderazgo eficaz. Himmler, tras haber fracasado estrepitosamente en conseguir información previa al intento de atentado de aficionados contra la vida de Hitler el 20 de julio de 1944, se vio colmado con nuevas responsabilidades que estaban mucho más allá de sus limitadas capacidades. Göring se había retirado a su país de los sueños de potentado oriental. En sus momentos de mayor lucidez, Speer sabía que la guerra no se podía ganar, pero todavía se negaba a sacar ninguna conclusión de esta molesta aprehensión. Para él, no parecía haber ninguna alternativa a avanzar penosamente y esperar lo mejor. Con Alemania cada vez más despojada de sus vitales fuentes de materias primas a medida que avanzaba el enemigo, y con los Aliados adueñados por completo del espacio aéreo alemán, ya no era posible establecer planes a largo plazo. La desesperación de la situación se

refleja en las declaraciones de Speer a su personal superior el 2 de agosto. Repitió la manida frase de que era esencial mantener el optimismo a pesar de la difícil situación militar, y que todo el mundo debía evitar a toda costa la resignación. Repitió estos mandatos una semana más tarde, cuando les dijo a los miembros del Comité Central de Armas que debían crear una «ola de optimismo». Saur fue aún más lejos al declarar que «incluso cuando pensemos que hemos hecho algo realmente excelente y encomiable, sigue siendo nuestro arduo deber no solo hacer todo lo que exige el Führer de nosotros, sino hacer aún más, mejor y más rápido con el fin de garantizar la victoria final al pueblo alemán». Hans Kehrl comentó que cumplir simplemente con el deber, aunque fuese una onerosa carga, no era suficiente. Esta euforia neurótica y semejante optimismo ingenuo resultaron claramente inadecuados cuando se reveló que las estimaciones para la producción de acero en el último trimestre de 1944 eran tan miserablemente bajas que se decidió mantenerlas en secreto.<sup>28</sup>

Aún así, seguía habiendo destellos de esperanza. Se construyó un número récord de cazas en septiembre. Los bombardeos no habían dañado seriamente las refinerías de petróleo, la mayoría de las cuales eran relativamente pequeñas. A medida que se retiraba la Wehrmacht, las líneas de comunicación se acortaban, por lo que disminuía la demanda de combustible. Esto llevó a Speer a escribir el 16 de septiembre una carta absurdamente optimista a Bormann cargada de afirmaciones extravagantes. Posiblemente aquello se pensó para calmar a los gauleiters. Se estaban volviendo cada vez más críticos respecto a Geilenberg, que tenía la prioridad sobre la mano de obra y las materias primas, poniendo así en peligro todos sus proyectos favoritos. Incluso el infatigable Geilenberg estaba empezando a perder el ánimo. Los vuelos de reconocimiento aliados observaban cuidadosamente su trabajo de reparación en las plantas de hidrogenación. Tan pronto como se terminaba, se lanzaba un nuevo ataque. La destrucción de las plantas de hidrogenación era un problema insoluble para Speer.<sup>29</sup> Sin cobertura aérea y con un número insuficiente de cañones antiaéreos, lo único que podía hacer era esperar que hubiera mal tiempo y una protección suficiente de nubes. De cara al exterior, Speer continuó sin tomarse demasiado en serio la situación, y afirmaba que el problema del combustible «no era desesperado». Geilenberg había conseguido que las plantas de hidrogenación trabajasen de nuevo a un 75 por ciento de su capacidad. Las reservas seguían siendo adecuadas. Sin embargo, advirtió que, si continuaban los bombardeos, la situación bien

podría convertirse en crítica.<sup>30</sup> No había ninguna razón para esperar que la situación mejorase.

El 5 de octubre de 1944 Speer envió otro memorando a Hitler. Era la misma historia de siempre. Los ataques aliados eran tan continuos que los equipos de Geilenberg solo podían hacer reparaciones apresuradas actuando día a día. Una vez más hizo un llamamiento para una mayor protección de cazas, mientras formulaba un sombrío pronóstico sobre las futuras cifras de producción para llevar la argumentación a su terreno. Geilenberg tenía una enorme fuerza de trabajo a su mando y Himmler le prestaba asistencia capaz con su gran oferta de mano de obra esclava, pero se enfrentaba a una tarea digna de Sísifo. Para finales de noviembre, únicamente Leuna y Pölitz estaban operativas.<sup>31</sup> Unas reparaciones apresuradas consiguieron que algunas de las otras plantas estuvieran brevemente de nuevo en producción, pero una serie de bombardeos masivos entre el 13 y el 17 de enero de 1945 dejaron nueve plantas de hidrogenación, incluyendo Leuna, fuera de funcionamiento de forma permanente. Dos días más tarde, Speer entregó a Nicolaus von Below —ayudante de la Luftwaffe de Hitler y oficial de enlace de Speer con Hitler— su informe final sobre la plantas de hidrogenación.<sup>32</sup> Ya no era posible cumplir con las necesidades mínimas de la Luftwaffe de combustible de aviación, y las reservas se habían agotado. La gasolina procedía exclusivamente del crudo de Hungría al que pronto se les negaría el acceso. Los bombardeos aliados se habían vuelto mucho más precisos, las bombas más pesadas y más destructivas. Nada de aquello pareció impresionar al OKW, que siguió exigiendo gasolina, aceite y grasa en cantidades que estaban muy por encima de cualquier cosa que Speer pudiera ofrecer.<sup>33</sup>

Speer pasaba muy poco tiempo en el ministerio. Viajaba de aquí para allá por toda Alemania haciendo frente a los problemas inmediatos y visitaba el frente cada vez con mayor frecuencia. Como resultado, los principales comités se hicieron cada vez más independiente. Esto fue particularmente cierto para Hans Kehrl y Planificación Central. No había tiempo para que se diera la aprobación ministerial a las cuestiones técnicas inmensamente complicadas a las que se enfrentaba este órgano. Speer comenzó a ver a Kehrl como otra rival empeñado en socavar su autoridad. En los últimos meses de la guerra, las dificultades con el transporte y las comunicaciones eran tales que las decisiones rápidas tenían que tomarse a nivel local, por lo que la planificación tuvo que dar paso a la improvisación. Los ambiciosos adjuntos de Speer —Saur, Dorsch, Schieber y Kehrl— se vieron obligados a tomar

decisiones sin la debida consulta. El Ministerio de Armamentos ya no tenía una estructura administrativa claramente definida. De forma paulatina, el ministerio se veía ahora atormentado por la rivalidad entre Kehrl, Saur y Schieber, con Saur ganando claramente una posición ventajosa. Goebbels estaba enormemente impresionado por Saur. Dijo de él: «El Führer considera que Saur es una personalidad más fuerte (que Speer). Saur es un hombre duro y recto, que, cuando se le asigna una tarea, la lleva a cabo, si es necesario utilizando la fuerza. En cierto sentido, es lo contrario de Speer».<sup>34</sup>

La última reunión de todos los jefes de división y figuras dirigentes del ministerio de Speer se celebró el 15 de noviembre de 1944. Se encontraron de pie en una gran sala, casi vacía, en la Pariser Platz 4, un edificio que había quedado prácticamente en ruinas después de varios bombardeos. Para Kehrl, aquel escenario resultaba apropiado para la situación en la que se encontraba el ministerio. Speer, tras haber puesto un brillo optimista poco convincente sobre las cifras de octubre, pidió a sus subordinados que miraran hacia el futuro con optimismo. Algunas de las principales personalidades fueron condecoradas con la Cruz de Caballero con espadas por servicio de guerra, lo que confirió a todo el evento un sentido de lo irreal. Todos los presentes sabían que solo un milagro podría salvar a Alemania de una aplastante derrota, y ellos eran hombres prácticos, que no tenían fe en los milagros. Lo único que podían hacer era continuar y hacer lo mejor que pudieran hasta el amargo final.<sup>35</sup>

La escasez de combustible era acuciante. No quedaba sombra de protección sobre la fortaleza de Alemania. El ejército estaba inmóvil, la ofensiva de las Ardenas se había quedado exhausta y sin reservas de transporte, hombres y material. Pero Speer mantuvo funcionando las cosas en contra de todas las probabilidades. Geilenberg trabajaba frenéticamente para remendar las plantas de hidrogenación. Las fábricas continuaron trabajando lo mejor que pudieron, hasta que los Aliados y las tropas soviéticas entraron por sus puertas.

Dado que Alemania era totalmente incapaz de hacer frente a los bombarderos aliados, hubo que dividir las fábricas en unidades más pequeñas y desperdigarlas por todo el país, situarlas bajo tierra o enterrarlas bajo gigantescos búnkeres de hormigón armado. Saur y Milch habían sugerido por primera vez que las minas, cuevas y túneles pudieran convertirse en fábricas a prueba de bombas en enero de 1944, mientras Speer estaba en el hospital. Hitler se enteró de la idea y se dejó llevar de tal modo que empezó a

considerar la visión utópica de enterrar todas las instalaciones industriales de Alemania, en las que los trabajadores trabajarían penosamente como los Nibelungos de Alberich. Estaba claro para todos los implicados que aquello era pura fantasía, pero al menos algunas industrias clave podrían protegerse de esa manera. Speer obtuvo la aprobación de Hitler para colocar los rodamientos de bolas por encima de los aviones de combate en la lista de prioridades. Se creó un departamento especial a las órdenes de Walther Schieber para supervisar la construcción de fábricas subterráneas; pero Dorsch se apresuró a pedir permiso para informar a Hitler cada mes de cuánto espacio subterráneo se disponía. En enero de 1945 Speer anunció que estaban en marcha cuatro millones de metros cuadrados de fábricas subterráneas.<sup>36</sup> Esto era claramente falso. Tiempo después aseguraría que el programa inicial a principios de 1944 fue de 3 millones de metros cuadrados, pero que, para febrero de 1945, solo estaban listos para su uso 1,2 millones de metros cuadrados.<sup>37</sup>

Resultó relativamente simple fabricar rodamientos y cazas bajo el suelo, sobre todo porque no se tenía la más mínima consideración a las condiciones de trabajo y las medidas de seguridad. El resultado inevitable fue una alta tasa de mortalidad de los prisioneros de los campos de concentración esclavizados a los que se les entregaba una dieta muy pobre y no veían la luz del sol durante muchos días. Fue mucho más difícil trasladar bajo tierra las refinerías de petróleo. El terrible calor causaba un aumento de la presión, lo que provocaba frecuentes explosiones.<sup>38</sup> A finales de julio, Krauch anunció que su departamento construiría veinte pequeñas refinerías subterráneas que serían capaces de producir 750.000 toneladas métricas de combustible al año. Un examen más detallado de esta propuesta reveló que la calidad del combustible sería tan miserablemente baja que carecería virtualmente de valor. Entonces Krauch propuso la construcción de una gran planta subterránea, con el nombre en clave «Tejón», que sería capaz de producir de 1 a 1,5 millones de toneladas métricas al año. Este plan tampoco llegó a nada. No se disponía de maquinaria y no se pudieron encontrar técnicos cualificados. Un proyecto para producir combustible de calidad superior para aviones nunca llegó a salir de la mesa de dibujo. Para el momento en que la guerra llegaba a su fin, apenas se había fabricado combustible bajo tierra.<sup>39</sup>

Así pues, Speer se vio obligado a aceptar la idea de construir fábricas subterráneas, algo a lo que se había opuesto vehementemente mientras estaba convaleciente en Meran. Aquello supuso un triunfo para Dorsch, que se había

abierto camino hasta el círculo más íntimo de Hitler y se había ganado el apoyo de Bormann contra Speer al defender la propuesta de las construcciones subterráneas. Durante su ausencia, Dorsch se había hecho responsable de todas las necesidades constructivas de la Luftwaffe. Para Speer supuso un relativo alivio cuando se hizo evidente que a Dorsch aquello le había venido muy grande. A Hitler le produjo una extrema amargura enterarse de que las dos grandes fábricas bajo techos de hormigón armado, que, imprudentemente, Dorsch había prometido que se terminarían en noviembre de 1944, no estarían listas hasta la primavera siguiente. Dorsch intentó apaciguar la ira de Hitler intentando desesperadamente que el trabajo estuviera terminado a tiempo, pero no fue posible debido a la falta de mano de obra cualificada, y porque Bormann estaba desviando parte de su mano de obra para construir reductos en un frenético intento de contener el rápido avance de los ejércitos enemigos. A finales de 1944, había setecientas pequeñas fábricas trabajando debajo de tierra.<sup>40</sup> Estaba lejos de cumplir la visión de Hitler de poner toda la industria de Alemania fuera de peligro y sin duda no era suficiente para tener un impacto significativo en la producción de armamento.

En medio de este caos cada vez mayor, en el otoño de 1944 comenzó un absurdo debate entre los líderes sobre si deberían aumentarse los beneficios y las pensiones. Los que estaban a favor sostenían que esto tendría «un efecto psicológico en los camaradas raciales alemanas que estaban trabajando muy duro». Actuaría como un anticipo de una Alemania nacionalsocialista de posguerra que ofrecería «una generosa reforma de la seguridad social que sería en interés de la población en general». El Ministro de Hacienda, el Ministro de Economía y el Jefe de la Cancillería insistieron en que esto era totalmente irreal. Incluso Sauckel estuvo de acuerdo con ellos. El «tecnócrata apolítico» Albert Speer, junto con los ideólogos Himmler, Bormann y Bracke, votó a favor de esta alocada propuesta.<sup>41</sup> No se pensó en absoluto cómo se iba a financiar este programa.

En el otoño de 1944, los bombarderos aliados se concentraban en la destrucción de la red de transportes de Alemania, lo que concedió un cierto respiro a las plantas de hidrogenación. Se envió a la cuenca del Ruhr a trabajadores de la Organización Todt para reconstruir las estaciones, playas de maniobras ferroviarias y puentes. También había un gran número de trabajadores de la Organización Todt que después de la invasión habían sido retirados de Francia, donde habían estado construyendo el Muro del

Atlántico. Por lo tanto, Geilenberg tenía un ejército de trabajadores a sus órdenes, pero aún tenía que lidiar con la decidida oposición de los gauleiters, que consideraban inútil estar constantemente reparando las estaciones de ferrocarril, cuando, a su juicio, se podía utilizar mejor la fuerza laboral en construir obstáculos anti-tanques. Bormann contaba con el apoyo del OKW, que insistía en que el Muro Occidental estaba resistiendo el avance aliado, salvando de este modo al ejército alemán de la destrucción.<sup>42</sup>

Speer no necesitaba que le recordasen que el Ruhr era absolutamente esencial para la industria armamentística. Entre el 10 y 14 de septiembre de 1944 llevó a cabo una amplia gira por el oeste de Alemania,<sup>43</sup> a partir de la cual llegó a la conclusión de que la producción debía continuar inmediatamente detrás del frente. Fue una decisión dictada por la necesidad. Alejar la industria del Ruhr era absolutamente imposible. Hizo dos viajes adicionales a la región a finales de septiembre, y el 1 de octubre discutió la situación con el mariscal de campo Model, comandante del Grupo de Ejércitos B. Speer hizo hincapié en la vital importancia de continuar en la zona situada al oeste del Rin.

El 18 de octubre de 1944 Speer habló ante una asamblea de funcionarios del partido en un intento de que los gauleiters entraran en razón. Señaló que poner los ferrocarriles de nuevo en funcionamiento lo más rápido posible era absolutamente esencial tanto para la industria de armamentos como para el suministro de las Fuerzas Armadas. Insistió —fuera verdad o no— que el Führer había ordenado que la reparación de las vías férreas y fluviales deberían tener prioridad sobre la construcción de trampas para tanques y otras defensas.<sup>44</sup> Incluso Bormann vio que aquello era un argumento razonable. En noviembre les dijo a los gauleiters que Speer había estado de acuerdo en que se debía conceder prioridad absoluta a la reparación de carreteras y vías férreas que estaban viéndose gravemente afectadas por los bombardeos aliados.<sup>45</sup> Sin embargo, a pesar de los excepcionales esfuerzos, la situación se deterioraba de manera constante. El sistema de transportes se veía cada vez más lastrado a medida que un número cada vez mayor de refugiados huían del Ejército Rojo. Dada la importancia que le había concedido a esta faceta, se actuaba muy lentamente. No fue hasta el 8 de noviembre cuando le habló a un grupo de sus principales colaboradores sobre sus preocupaciones. Tres días más tarde, después de convocar una reunión especial de Planificación Central, le entregó a Hitler un informe detallado sobre la situación en el Ruhr.<sup>46</sup>

El transporte era el principal problema, y era algo que no se podía resolver desde Berlín. Se necesitaba un hombre sobre el terreno. Por lo tanto, Speer nombró al Dr. Maximilian Lamertz, Presidente del Directorio del Reich Ferrocarriles en Essen, plenipotenciario para el transporte en Renania-Westfalia. Para ayudarlo, se enviarían a la región 4.000 tractores semi-diesel de dos tiempos Lanz Bulldog. Iban a ser confiscados a los agricultores que no los necesitaban durante los meses de invierno. Podían consumir combustible de baja calidad, incluso desechos de aceite, y eran capaces de transportar cargas de hasta 15 toneladas métricas. A pesar de las reservas expresadas anteriormente sobre el uso de carbón como combustible alternativo, se enviaron 8.300 quemadores de antracita para transformar los camiones de petróleo en gasificación. Bormann había estado de acuerdo en que se debían enviar a la cuenca del Ruhr 50.000 trabajadores extranjeros, previamente utilizados para construir las defensas, para reparar la red de transporte. Se destinaron otros 30.000 trabajadores para reparar los daños provocados por las bombas en las fábricas de armamentos esenciales. En respuesta a las prioridades de objetivos de los Aliados, hubo que trasladar los cañones antiaéreos de las fábricas para proteger la red de transporte.

Alemania se enfrentaba ahora a la peor crisis de carbón desde el comienzo de la guerra. Las reservas disminuyeron de los 1,84 millones de toneladas métricas —suficientes para 19 días— el 10 de septiembre de 1944 a los 1,03 millones de toneladas métricas —suficientes para 10,9 días— el 5 de noviembre. Los ferrocarriles se enfrentaban a un déficit diario de 40.000 toneladas métricas. Las locomotoras necesitaban un carbón de alta calidad y consumían hasta un 80 por ciento de este tipo de combustible. A consecuencia de la escasez de carbón, ya no estaban en condiciones de funcionar varias centrales eléctricas, como las de Hanau y Oldenburg. Varias fábricas de armamentos en Hamburgo, Lübeck, Marburg y Brunswick se habían visto obligadas a cerrar por falta de combustible. Una importante fábrica de azúcar de Hannover y una fábrica de margarina en Hamburgo también habían quedado fuera de funcionamiento. La falta de electricidad estaba causando grandes problemas en hospitales, industrias lácteas y panaderías. La focalización de objetivos aliados en el canal Dortmund-Ems había reducido drásticamente la cantidad de carbón que llegaba a las fundiciones en Salzgitter, Peine y Osnabrück. Se estima que la producción de municiones disminuyó entre un 25 y un 30 por ciento a finales de noviembre. A principios de enero de 1945, Speer, con una sorprendente sangre fría,

advirtió que, aunque por el momento la situación en el oeste era «satisfactoria», era de esperar en un futuro cercano una grave escasez de municiones.<sup>47</sup> El llamamiento de Speer a mantener el optimismo sonaba hueco. Lo que implicaba su informe era que el futuro era sombrío. Únicamente si el mal tiempo obstaculizaba a los bombardeos, habría una posibilidad de mejorar. El Ruhr, el corazón industrial de Alemania, se encontraba ahora aislado del resto del país. Speer concluyó con una nota familiar: «Bajo ninguna circunstancia debemos decaer en nuestros esfuerzos. Debemos hacer todo lo posible para ganar la lucha decisiva por el Ruhr de la que depende el destino de nuestro pueblo».

Las heladas y la nieve causaron un caos aún mayor a finales de enero. El 23 de enero de 1945, Speer ordenó a Lamertz que se concentrase en proporcionar a la población alimentos y ropa en lugar de dar la máxima prioridad a la industria armamentística. La comida estaba convirtiéndose en una gran preocupación. La cantidad de nitrógeno producido se había reducido en un 50 por ciento en comparación con el año anterior. En 1938-1939, se disponía de 21,5 kilogramos por hectárea. Esto se redujo a 11,5 kilogramos para 1943-1944. En diciembre de 1944 eran unos escasos 5 kilogramos.<sup>48</sup> Alemania se enfrentaba a la perspectiva de una escasez crónica de alimentos, mientras que la industria de armamentos se caía a pedazos, sin posibilidad de esperanza de recuperación.

En este momento, Hitler entregó a Speer un regalo envenenado. El 18 de febrero de 1945 fue nombrado jefe de un equipo de transporte especial.<sup>49</sup> Dos días más tarde se le confió la responsabilidad total para el transporte, eclipsando de este modo al Ministerio de Transportes. Era una tarea imposible. Él ya había admitido que, a menos que se incrementase el volumen de transporte —una eventualidad sumamente improbable— ya no sería posible explotar la capacidad industrial de Alemania o alimentar a la población. Speer apenas había tenido tiempo para hacer frente a sus nuevas responsabilidades cuando, el 22 de febrero, cinco mil aviones aliados con base en Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda e Italia lanzaron la Operación Clarion. Dirigida contra vías férreas, carreteras, puertos y puentes, 650.000 kilómetros cuadrados fueron atacados desde Emden al lago de Constanza, desde Berlín hasta Mulhouse.<sup>50</sup> Hitler, seguro en su búnker de Berlín que ya no abandonaría, no tenía ni la menor idea de los daños causados ni de la imposible tarea que le había encomendado a Speer. Lo único que podía hacer era subemplear a dos millones de trabajadores de armamentos para retirar

escombros. El 18 de marzo le encargó esta responsabilidad a Eckhard Bürger de la Organización Todt, con el impresionante título de Comisario General para la Reparación de los Ferrocarriles del Reich. Era una tarea desesperada. La aviación aliada había destruido por fin el imperio de Speer, y dejaba a las fuerzas de tierra la tarea de rematarlo.

Para Speer, todo lo que realmente importaba eran los armamentos, la alimentación y el transporte: estos fueron para él los «tres pilares» de las que dependía el frente. No esperó a las órdenes de Goebbels de peinar su ministerio para ver cómo se podrían hacer recortes. Ordenó una reducción del 30 por ciento del personal de la oficina a todos los niveles, tanto en el ministerio como en las empresas individuales. Los trabajadores sobrantes deberían ser entrenados como personal cualificado o para servir en las Fuerzas Armadas. La semana de trabajo sería de al menos sesenta horas. Se cancelarían todos los días festivos. Los niños en edad escolar, los estudiantes y los artistas se vieron obligados a trabajar en las fábricas de armamentos. Solo cuando volvió su atención a la hinchada burocracia del Partido, en donde los magníficamente uniformados «faisanes dorados» o «antiguos combatientes» evitaban el desagradable servicio militar y el trabajo industrial, se encontró con alguna resistencia seria. Fritz Schmelter, el hombre responsable del personal en el ministerio, informó que había 1,8 millones de hombres aptos para el servicio militar, pero añadió el alarmante dato de que casi todos tendrían que ser retirados de trabajos esenciales para la guerra. Los cálculos de Goebbels eran muy diferentes. Imaginaba que se podrían reclutar otros 7,1 millones de hombres. Speer se horrorizó ante lo que resultaba ser una amenaza para toda la industria armamentística.<sup>51</sup> Al parecer, tampoco se había planteado cómo se iba a equipar adecuadamente a esos hombres. Fritz Sauckel no participó en estas discusiones. Como gauleiter de Turingia, se concentraba ahora en gobernar su distrito de partido desde su villa en Weimar.<sup>52</sup>

Estos dos conjuntos de cifras eran el resultado de unas diferencias fundamentales entre Goebbels, Bormann y la mayoría de los gauleiters por un lado, y Speer, el Ministerio de Armamentos y los industriales, por el otro. El primer grupo creía que la mano de obra ganaba las guerras, el segundo que la clave era la tecnología. Speer no había podido ver que a Goebbels, al igual que todas las principales figuras del Tercer Reich, lo único que le interesaba era el poder. Puesto que la estrella de Speer estaba menguando, Goebbels ya no lo consideraba un valioso aliado. El Cerbero de Hitler, Martin Bormann,

era un socio mucho más útil. Durante el mes de agosto de 1944 se había intensificado el conflicto entre Speer y Goebbels, mientras que los gauleiters se enfrentaban a las órdenes contradictorias de Speer, Goebbels y Bormann. En las zonas cercanas al frente, los gauleiters y los oficiales de las SA en la Operación Mole asaltaron fábricas de armamentos y ordenaron a los trabajadores que construyeran defensas. Speer protestó señalando que no tenía sentido construir defensas si los hombres no tenían armas, pero este argumento no convenció. En unas pocas semanas, Goebbels había sacado 200.000 trabajadores de la industria armamentística sin encontrar los reemplazos que había prometido.<sup>53</sup> En esta situación, Speer quedó prácticamente indefenso. El único argumento que le quedaba era que los militares tenían demasiados hombres en puestos poco trabajosos lejos del peligro. Eran ellos, y no los trabajadores cualificados de la industria de armamentos, quienes debían empuñar un arma y ser enviados al frente. Speer había señalado con frecuencia el despilfarro endémico de las Fuerzas Armadas, pero sus observaciones surtieron muy poco efecto.<sup>54</sup>

El prestigio de Goebbels había mejorado en gran medida tras haber actuado con rapidez y de forma decisiva en Berlín el 20 de julio de 1944. Ahora gozaba del apoyo, aunque no incondicional, de sus antiguos rivales Bormann y Keitel, y disfrutaba del poderoso respaldo de Paul Wegener, el gauleiter de Weser-Ems, que también era Comisario de Defensa del Reich en el norte de Alemania. Sin embargo, su posición estaba lejos de ser segura. Su secretario de Estado, Werner Naumann, constituía un poder siniestro detrás del trono. Era un fanático empeñado en sustituir a Goebbels, a quien consideraba un derrotista. Con este fin, intrigó con Himmler y Bormann. También estaba duramente enfrentado a Speer, al tiempo que socavaba a Goebbels en el frente doméstico, escribiendo bobos poemas de amor a su impresionable esposa Magda.<sup>55</sup> Goebbels y los gauleiters querían el máximo número posible de hombres en las Fuerzas Armadas. Speer seguía insistiendo en que, sin armas, no tenían ningún valor. En octubre y noviembre de 1944 hizo repetidas apelaciones a Hitler, advirtiéndole de que, si continuaban aquellos ataques contra su mano de obra, era probable que se desmoronase la industria de armamentos. En su desesperación, Speer sugirió que los gauleiters se hicieran responsables de los armamentos dentro de sus distritos administrativos y que deberían asumir toda la responsabilidad por cualquier defecto.<sup>56</sup> Hitler se enfrentaba a decidir entre las exigencias de Speer para la industria de armamentos y las demandas de Goebbels de más soldados. Como

era de esperar, se mostró reacio a tomar ninguna decisión. Al final, acabó anunciando que no era una cuestión de soldados o armas. Exigió ambos.

Los esfuerzos de Speer para recortar la administración habían comenzado con la creación del Estado Mayor de Armamentos el 1 de agosto de 1944, diseñado para absorber el Estado Mayor de Cazas, que le había permitido alcanzar su objetivo de crear un Ministerio de Armamentos unificado con responsabilidad sobre las tres armas. La nueva organización se diseñó para fortalecer aún más el sistema de la libre determinación industrial, basándose en la improvisación en lugar de en la toma burocrática de decisiones. Los doce miembros del Estado Mayor de Cazas se incluyeron en la nueva organización, al igual que el equipo de construcción naval de Otto Merker, los expertos en tanques de «Panzer» Rohland, junto con especialistas en armas, municiones, transportes y las armas V. Los trece miembros nuevos incluían a los industriales de empresas como AEG, Messerschmitt, Flick y Auto-Unión-Junkers. Se incluyeron representantes de las tres ramas de la Wehrmacht. Formalmente, Speer era el presidente, pero delegó la mayor parte del trabajo en Karl-Otto Saur.<sup>57</sup> Speer dejó bien claro que el papel del Estado Mayor de Armamentos no era simplemente abastecer a la Wehrmacht de las armas con las que ganar la guerra, sino también actuar como propagandista, difundiendo una sensación de optimismo y calma. Esto pronto iba a significar que no solo era aceptable, sino también un deber patriótico, maquillar las cuentas. Se designó un Comisionado para el Reconocimiento de Logros a fin de proporcionar incentivos para una mayor productividad.

Las reuniones se celebraban diariamente para discutir temas específicos: los lunes; aviones, tanques y vehículos de orugas, los martes; la marina de guerra; las armas V y los trenes en miércoles alternos; armas los jueves y municiones los viernes. Speer pronunció un discurso en la reunión inaugural al que más tarde se le dio una amplia difusión. El secretario de actas elaboró un breve resumen que constituye una curiosa lectura, teniendo en cuenta los acontecimientos del 20 de julio. Escribió que el Estado Mayor de Armamentos se había creado para superar «los muchos defectos que son inherentes a un sistema autoritario». La nueva organización iba a ser «un grupo de fanáticos, un bloque activo de combatientes de la resistencia que, junto con otros grupos de resistentes bajo la dirección de hombres enérgicos como el Ministro del Reich el SS Himmler y el Ministro del Reich el Dr. Goebbels, superará todos los peligros, para que el destino de Alemania cambie a mejor». Saur felicitó irónicamente al secretario para su tacto

político. Speer simplemente se rio de él.<sup>58</sup>

Speer siempre se enorgulleció de no haber permitido nunca que su ministerio se enredara en la burocracia y el papeleo. Sin embargo, el Estado Mayor de Armamentos es un ejemplo de lo contrario. Su Comité de Armas se dividía en sesenta sub-comités, uno para cada calibre de arma. Estos subcomités se dividieron después en diez grupos, cuyos jefes se reunían individualmente con Saur todos los jueves. Cada tres meses se celebraba una reunión general con Speer en la que se servía un almuerzo.<sup>59</sup>

Así, en su valientemente titulado «Programa de la Victoria» que dio a conocer antes de una reunión de los gauleiters el 3 de agosto de 1944 en Posen, Speer anunció que Saur se había comprometido a producir 4.800 aviones a reacción Me 262 para diciembre.<sup>60</sup> Esta cifra era absurdamente optimista, y disfrazaba el hecho de que Speer no era tan entusiasta sobre el avión como afirmó más tarde. A lo largo de toda la guerra solo se construyeron 1.294. De éstos, 564 se fabricaron en 1944, y los 730 restantes en 1945. La producción mensual más elevada se alcanzó en marzo de 1945 con 286 unidades.<sup>61</sup> Hizo afirmaciones igualmente extravagantes respecto a otras armas clave. Hitler le dio todo su apoyo durante otra reunión con los gauleiters al día siguiente. Alabó al Ministerio de Armamentos por sus logros sobresalientes y expresó su plena confianza en el ministro. Pero nada de esto podría disfrazar el hecho de que la industria armamentística sufría un fuerte declive. En 1945 se derrumbó rápidamente.

Otro de los esquemas de Speer implicaba la fabricación de un «caza del pueblo». El Heinkel He 162 era un diseño moderno y elegante con un turborreactor BMW montado encima del fuselaje. Puesto que los metales eran escasos, tenía un fuselaje de madera. Esto resultó ser un problema importante. A su velocidad máxima de 750 kph, el pegamento se convertía en altamente corrosivo, de manera que la máquina amenazaba con desmembrarse. El piloto de pruebas jefe, el capitán Peter Gotthard, consiguió sobrevivir cuando el tren de aterrizaje delantero comenzó a despegarse, pero más tarde murió cuando se le cayó un alerón. El avión fue inicialmente concebido para que lo pilotasen miembros de las Juventudes Hitlerianas después de un breve curso de formación, pero resultó ser excepcionalmente difícil de pilotar. Los controles eran ligeros y era fundamentalmente inestable, por lo que solo un piloto muy experimentado era capaz de dominarlo.

El as de los cazas, el general Adolf Galland, oficial a cargo del programa

de cazas, se opuso violentamente al He 162. Sostenía que los bombarderos aliados solo podían ser detenidos por aviones técnicamente superiores. Quería concentrarse en desarrollar y perfeccionar el modelo de combate superior A-1a del Messerschmitt Me 262. Speer, con su obsesión por las cifras de producción, y con el apoyo de Göring, ignoró a Galland, que se convirtió en el adecuado chivo expiatorio por su fracaso a la hora de rechazar a los bombarderos enemigos.<sup>62</sup> Fue relevado de su mando en enero de 1945, puesto bajo arresto domiciliario y devuelto al servicio activo en marzo para dirigir el «Circo Galland» —el 44 Grupo de Cazas de élite formado por pilotos cuidadosamente seleccionados para pilotar los Me 262.<sup>63</sup> Las reservas de Galland sobre el He 162 se confirmaron en la práctica. No entró en combate hasta mediados de abril de 1945. Varios se perdieron debido a un fallo del motor o a la debilidad estructural. Dado que la capacidad de combustible del avión se agotaba en media hora, varios pilotos murieron haciendo aterrizajes de emergencia.

La historia del He 162 es un típico ejemplo del enfoque de Speer respecto al armamento. Aunque de boquilla siempre defendía la idea de que era preferible la calidad a la cantidad, tanto él como Saur estaban obsesionados con las cifras de producción y aumentos de porcentajes con los que impresionar a Hitler. El avión había entrado en proceso de producción antes de que se hubieran resuelto sus problemas iniciales. Pero, en cualquier caso, para abril de 1945, ni siquiera el más perfecto avión de combate habría bastado para salvar a la Alemania nazi.

A finales del verano de 1944 Speer sabía muy bien que la situación era desesperada, pero seguía decidido a ocultar esta desagradable realidad. Le gustaba señalar que cuando asumió el cargo en 1942 la situación parecía desesperada. El contraataque del Ejército Rojo en Moscú había arruinado la Operación Barbarroja. Un buen número de respetables militares había tenido la sensación de que no se podía ganar la guerra. Sin embargo, gracias a sus esfuerzos, las cosas habían mejorado mucho y se había incrementado sustancialmente la producción de armas y municiones. Esa forma de hablar evitaba el auténtico problema. Tal como Himmler se quejó ante Saur, las unidades estaban siendo enviadas al frente solo a medio equipar. A menudo los soldados tenían las armas, pero carecían de municiones. Speer se sintió obligado a hacer el siguiente llamamiento a sus asociados: «Por tanto, os ruego que no permitáis que se hagan públicas las cifras que conocéis. Debéis mostrar por vuestra conducta externa que podemos tener toda la confianza en

nuestros armamentos y en la producción de guerra». <sup>64</sup> Esto era poco más que un mandamiento judicial para hacer in brindis al sol.

Karl-Otto Saur se mostraba enormemente enérgico, viajando por todo el país inspeccionando las empresas de armamento, instándolas a realizar el máximo esfuerzo y castigando con dureza a las que se quedaban atrás. Era un hombre de acción, pero ciertamente no un líder inspirado. Fue en gran parte debido a Saur y al Estado Mayor de Armamentos que se consiguió mantener más o menos la producción de submarinos, aviones, tanques y armas hasta el final de 1944. Dada la situación cada vez peor, fue un logro asombroso, pero sujeto a una sustancial cualificación. Gran parte de este material estaba obsoleto. El nuevo modelo de submarinos aún no estaba en condiciones de navegar. Los mini-submarinos eran armas sin valor, aunque los defectuosos informes de la inteligencia británica hicieron que parecieran una alarmante amenaza para la Royal Navy. <sup>65</sup>

Saur era una figura muy controvertida. Muchos consideraban insufribles sus maneras dictatoriales, su lenguaje crudo y su falta de consideración hacia los demás. Otros lo admiraban por ser un hombre resolutivo. Speer, cuya reputación de posguerra se basó en gran medida en los logros de Saur, afirmó que había denunciado a varios oficiales de la Oficina de Armamentos del Ejército durante la caza de brujas después del atentado del 20 de julio. Dado su ascendiente sobre Hitler, Speer afirmó haber logrado salvar a figuras como el general Sebastián Fichtner y el general Erich Schneider. <sup>66</sup> Una vez más, la memoria de Speer es débil. Lejos de salvar al general Fichtner, Speer había puesto a la Gestapo sobre su pista por sus «simpatías pro-soviéticas». Se salvó, después de haber sido torturado, no gracias a Speer, sino gracias a su amigo Guderian. No hay ninguna documentación que confirme que el general Schneider, de la Oficina de Armas del Ejército, fuese detenido en alguna ocasión. El 28 de diciembre de 1944 fue puesto al mando de la 14ª División de Infantería en Prusia Oriental.

En una fecha tan temprana como marzo de 1944, el adjunto de Speer, Walther Schieber, fue objeto de un ataque masivo por parte de los gauleiters Albert Hoffmann de Westfalia del Sur; Karl Hanke, de la Baja Silesia, y Fritz Sauckel, de Turingia, junto con Fritz Kranefuss, representante especial de Himmler en los países ocupados, cargo bajo el cual representó un papel clave en el asesinato en masa de los judíos europeos. Martin Bormann se unió a esta campaña contra uno de los colaboradores clave de Speer. Lo acusaron de haber encontrado puestos lucrativos en la industria para sus dos hermanos

«criminales» y de ser un traidor débil. Mantuvieron la presión sobre él durante meses, hasta que, finalmente, en su calidad de SS-Brigadeführer, fue investigado por una comisión especial formada por Himmler y Kaltenbrunner. A pesar de que se le declaró inocente de todos los cargos, Speer se sintió incapaz de salvarlo. La presión de los gauleiters sobre Bormann era tan grande que Schieber tendría que marcharse. Ante la repetida insistencia de Speer, Himmler le dijo a Hitler que «ninguno de los cargos presentados contra el Dr. Schieber han demostrado ser correctos o demostrables». Speer pidió a Hitler que le diera una donación especial como indemnización por despido y que le concediera el honor civil más alto: la Cruz de Caballero con espadas. El 9 de noviembre de 1944 Schieber dejó de ser jefe de distribución en el ministerio, pero Speer lo mantuvo como enviado especial, trabajando sobre todo en Italia.<sup>67</sup> Puesto que era un rico industrial, accedió a trabajar *pro bono*.

Speer aprovechó el asunto de Schieber como una oportunidad para reorganizar una vez más su ministerio, en parte para ocultar el hecho de que él había dado cobardemente alas a la presión por parte del Partido, pero aparentemente porque quería hacer más eficiente el administración, que se había convertido en demasiado pesado en la parte superior. Aprovechó la salida de Schieber como una oportunidad para suprimir la Oficina de Compras. A continuación, fusionó la Oficina de Armamentos del general Kurt Waeger y la Oficina Central de Willy Liebel, creando una nueva organización a las órdenes de Theo Hupfauer, el comandante de la escuela de élite de las SS Ordensburg Sonthofen. Como jefe de una Oficina Central renovada ahora era, junto a Saur, una de las figuras más poderosas del ministerio de Speer. Al igual que la mayoría de sus colegas, pensaba que Speer era demasiado altivo para resultar «entrañable o digno de ser amado», pero se vio arrastrado por su energía y optimismo que creaba un ambiente alegre en medio de señales innegables de una derrota inevitable.<sup>68</sup> Himmler consideraba a Hupfauer su hombre dentro del ministerio de Speer, mientras que Speer utilizaba las conexiones de Hupfauer con Bormann en su propio beneficio. Hitler también lo tenía en alta estima, y lo nombró Ministro de Trabajo en su testamento político. En Sonthofen, había escuchado tres discursos de Himmler en mayo y junio de 1944 en los que habló de manera abierta y extensa sobre el asesinato en masa de judíos.<sup>69</sup> Tal vez seguía órdenes de Himmler y se reservó aquella información para sí mismo.

Tras abandonar el Ministerio de Armamentos, el general Waeger retomó

sus obligaciones en el OKH. Willy Liebel —alcalde favorito de Hitler— tras haberse derrumbado debido al exceso de trabajo, regresó a lo poco que quedaba de Núremberg, donde murió en abril de 1945 —posiblemente asesinado.<sup>70</sup> Las intrigas de Bormann contra el médico de Hitler, el Dr. Karl Brandt, dieron lugar a su caída en desgracia. De esta manera, Speer perdió a un poderoso aliado en la corte.<sup>71</sup> Pero también hubo momentos mejores. En noviembre, el problemático Franz Xaver Dorsch cayó gravemente enfermo. Speer lo reemplazó temporalmente por uno de sus colaboradores más sumisos.

En febrero de 1945 Saur trasladó la Oficina de Planificación y el Servicio de Información a la encantadora ciudad balneario de Blankenburg, en el macizo del Harz. La oficina estadística se trasladó a la cercana Wernigerode.<sup>72</sup> De este modo, Saur pudo actuar de forma independiente y se concentró en ganarse el favor de Hitler con la promesa de que las armas V acabarían por llevarle a la victoria. A medida que avanzaban los Aliados, el imperio armamentístico de Speer se disolvía en una serie de bolsas aisladas en las que los industriales locales y funcionarios ministeriales se manejaban lo mejor que podían a través de la confusión, a menudo sin contacto no con Berlín ni con Blankenburg.

Durante varios meses, los esfuerzos de Speer se habían concentrado en evitar que Bormann, Goebbels y Keitel asaltaran las fábricas de armamento para compensar las bajas cada vez mayores de las Fuerzas Armadas. Lo mejor que pudo hacer fue asegurarse de que ciertos proyectos estuvieran protegidos de las depredadoras garras de Goebbels y Bormann. Dönitz consiguió que los trabajadores de sus astilleros quedaran exentos el 1 de noviembre de 1944. Dos días más tarde quedó blindada la fabricación de cañones antiaéreos y municiones.<sup>73</sup> A continuación fueron declarados indispensables los 130.000 trabajadores del Programa de Cazas.<sup>74</sup> Esta resistencia solamente consiguió estimular el apetito de Goebbels. En noviembre, Speer insistió en que no podía prescindir de más de 10.000 trabajadores. Goebbels pedía 100.000. Hitler, como de costumbre, se negó rotundamente a decidir. Himmler exigió entonces que Speer entregase a todos los «mestizos judíos», a lo cual Speer protestó asegurando que no podía prescindir de estos trabajadores altamente cualificados.

El 6 de diciembre de 1944 Speer entregó a Hitler un resumen del número de trabajadores que había perdido debido a las Acciones Especiales de Reclutamiento.<sup>75</sup> Del total de 1.044.000 trabajadores clasificados como

esenciales desde febrero de 1942, solo el 36 por ciento estaban todavía en su puesto de trabajo. Speer rogó a Hitler que preservase al menos la industria minera, los trabajadores de reparación de las vías férreas, las plantas de hidrogenación y los trabajadores que preparaban las instalaciones subterráneas. Sin embargo, ante el constante acoso, accedió a liberar otros 90.000 trabajadores de la industria armamentística para marzo de 1945.

La posición de Speer se hizo aún más precaria con la formación del *Deutsche Volkssturm* el 18 de octubre de 1944, el aniversario de la Batalla de las Naciones en 1813. Se trataba del proyecto favorito de Bormann, en el que todos los hombres entre los dieciséis y los sesenta años y capaces de portar armas iban a ser enviados a la acción con una formación mínima y un equipamiento rudimentario.<sup>76</sup> Su lema «Victoria o Perdición» simplemente se hacía eco de lo desesperado de la situación. Hitler era muy escéptico sobre la propuesta de Bormann, e insistía lógicamente en que el *Volkssturm* solo sería eficaz si estaba adecuadamente equipado y entrenado. Hizo responsable de proporcionar las armas al SS-Obergruppenführer Gottlob Berger, jefe de personal en las Waffen-SS y jefe de la Oficina Central de las SS. Trabajaría en estrecha colaboración con Speer.<sup>77</sup> No debe sorprender que Berger fuese incapaz de encontrar suficientes armas. En su mayoría eran de procedencia francesa, checa y italiana, así que había una grave escasez de munición adecuada. Speer no tenía prácticamente nada que perder.

El *Volkssturm* fue un absoluto desastre. Fue militarmente inútil y privó a las fábricas de Speer de unos valiosos trabajadores, gerentes e ingenieros. La Organización Todt también fue despojada de trabajadores esenciales. Goebbels y Bormann albergaban la fantástica idea de que la defensa «fanática» de la patria podría causar tantas bajas enemigas que la opinión pública obligaría al enemigo a solicitar una paz de compromiso. Speer tenía que tratar ahora con un número cada vez mayor de hombres que vivían en un manicomio.

La posición de Speer estaba siendo socavada de manera constante. Kammler había sido puesto a cargo del programa V2 y tenía el ojo puesto en la industria aeronáutica. Varios gauleiters, animados por Bormann, Goebbels y Himmler, comenzaron a seguir el ejemplo de Sauckel e interferían en la producción de armamento. Poco a poco, un grupo compuesto por Goebbels, Bormann, Ley, Kaltenbrunner y Sauckel comenzó a pensar en términos de una dramática *Götterdämmerung* suicida en masa, mientras que un aislado Speer se volvía hacia figuras tan ineficaces como Dorpmüller, Schwerin von

Krosigk y Backe hasta que Bormann puso fin a sus «derrotistas noches en el club».<sup>78</sup>

Contrariamente a sus pretensiones posteriores para presentarse como alguien que hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que la guerra estaba irremediablemente perdida, también Speer fue víctima de ilusiones similares. El 3 de diciembre de 1944 habló ante un grupo selecto de militares en el campo de pruebas de Rechlin. Les dijo que, a pesar de todas las dificultades causadas por la pérdida de las fuentes de materias primas tanto en el este como en el oeste, la producción de armamentos para las tres armas del Ejército era «satisfactoria». La producción era tal que se podrían reemplazar treinta divisiones completas cada mes. Tras formular esta afirmación tan dudosa, basándose en cifras que ninguno de los presentes podía comprobar, continuó haciendo la declaración no menos cuestionable de que en breve los Aliados se enfrentarían a graves problemas logísticos que concederían a Alemania una cierta ventaja. El argumento decisivo era el apolillado adagio de que sería posible compensar la superioridad de sus oponentes en cantidad por medio de la calidad de las armas futuras.<sup>79</sup>

Este optimismo infundado e irresponsable se reflejó en su discurso de Año Nuevo de 1945 ante el personal del Ministerio de Armamentos. Recalcó los asombrosos logros de la industria de armamentos, a pesar de los bombardeos. Una vez más, hizo hincapié en la superioridad de las armas alemanas, «que el enemigo está empezando a sentir cada vez con mayor intensidad», y terminó con el entusiasta llamamiento: «La tarea que se nos ha fijado es la victoria. Todos nuestros esfuerzos son por Alemania».<sup>80</sup>

La posición de Speer se debilitó aún más cuando el avance soviético privó a Alemania de sus recursos restantes en el este y la ofensiva de bombardeos aliados causó estragos en los ferrocarriles y dejó las centrales de energía fuera de servicio. La producción industrial se hundió hasta el punto de que ahora había un exceso de mano de obra. Se reanudaron los ataques contra las plantas de hidrogenación, lo que provocó una escasez crónica de combustible para aviones.<sup>81</sup> Para marzo de 1945, todo lo que realmente le preocupaba era asegurarse de que hubiera un número suficiente de trabajadores en tareas agrícolas para salvar al país de la hambruna. Speer se dio cuenta poco a poco de que la idea que había albergado en una fecha tan tardía como julio de 1944 de que sería posible tener más armas, y también más soldados, era totalmente irreal, pero ahora era demasiado tarde para que importara.

Hans Kehrl había sido durante mucho tiempo dolorosamente consciente de

una debilidad fundamental en el sistema de Speer. Speer parece haber sido totalmente ajeno a las consecuencias financieras de su deriva armamentística. Desde el principio se había opuesto fuertemente al control de precios y a imponer impuestos elevados sobre las ganancias. Como resultado, la inflación se tornó incontrolable, amenazando con desencadenar un colapso del marco del Reich, análogo al que tuvo lugar después de la Primera Guerra Mundial. Gran parte de la presión inflacionista inicial había sido exportada a los países ocupados mediante la manipulación de los tipos de cambio, pero había un límite estricto de lo que podía hacerse por tales medios.<sup>82</sup> En julio de 1944 Kehrl redactó un alarmante informe titulado «Poder de compra, precios y finanzas de guerra» que argumentaba que la economía alemana estaba cayendo rápidamente en la anarquía.<sup>83</sup> Se había sustituido un sistema capitalista en el que las empresas respondían libremente a las necesidades del gobierno por una economía dirigida que se impulsaba por la fuerza o el idealismo, pero que, a diferencia de la economía planificada soviética, no lograba mantener un sistema monetario estable sin el cual era imposible una contabilidad exacta.

Ya en el verano de 1943, el programa de armamentos de Speer impuso tales exigencias sobre la economía que ésta comenzó a desmoronarse. Los alemanes corrientes recurrían cada vez más al mercado negro, a pesar de las feroces regulaciones de tiempos de guerra y los frecuentes procesamientos. Para el verano siguiente, Alemania sufría dificultades financieras crónicas. La situación se agravó por la interrupción de la producción debido a las graves dificultades de transporte. Las entregas se retrasaban, lo que resultaba en una demora en los pagos, creando entonces una necesidad de créditos puente que, a su vez, imponían una tensión severa en el sistema bancario. El estado proporcionó a los bancos Bonos de Seguridad del Reich que garantizaban el 30 por ciento de los préstamos concedidos por los bancos para cubrir los pedidos de armamento —*Reichsausfallbürgschaften*— pero, claramente, aquello no bastaba. Los recursos fluían ahora hacia la economía alternativa. Con la escasez de bienes de consumo, ya no era posible utilizar unos mayores salarios como incentivo, porque no había nada que comprar. Ahorrar no tenía sentido, ya que era obvio que cuando terminase la guerra esos ahorros desaparecerían por la hiperinflación. La represión y la violencia eran las únicas fuerzas motivadoras eficaces. El remedio sugerido por Kehrl fue aumentar los impuestos en un esfuerzo desesperado por contener la inflación, pero esto solo podría tener un efecto limitado. La cuestión fundamental ahora

era qué sería lo primero en derrumbarse: la Wehrmacht o la economía.<sup>84</sup>

Ya en junio de 1944 habían comenzado las discusiones para poner algunas secciones del Ministerio de Economía bajo el ministerio de Speer.<sup>85</sup> Después, a principios de noviembre de 1944, el SS-Gruppenführer Otto Ohlendorf sugirió a Speer que deberían fusionarse el Ministerio de Armamentos, el Ministerio de Economía y el Ministerio de Alimentación. Ohlendorf era uno de los primeros miembros del partido, un economista de talento que había sido destinado a la Oficina Central de Seguridad del Reich, donde, en su calidad de jefe del Servicio de Seguridad Interna, preparaba informes de alto secreto sobre la opinión pública y la moral alemanas. En 1941 Himmler lo nombró comandante de la *Einsatzgruppe* D en la Unión Soviética, un grupo de asesinos responsables de la muerte de unas 90.000 personas, principalmente judíos. A finales de 1943, por iniciativa de Bormann y Himmler, fue nombrado Secretario de Estado en el Ministerio de Economía con la responsabilidad de la planificación de la posguerra. Allí trabajó en estrecha colaboración con Ludwig Ehrhardt, el arquitecto del «milagro económico» de Alemania Occidental, y con el viceministro, el irreprochable nazi Franz Hayler. Ohlendorf era un defensor de una economía específicamente nacionalsocialista basada en «consideraciones sociales, es decir, raciales» que animaba a las pequeñas empresas y al «espíritu empresarial activo y audaz», mientras se mostraba contrario a las grandes empresas, los cárteles y los monopolios. Era muy crítico con el enfoque de Speer, que, a su juicio, era rígidamente burocrático y «totalmente bolchevique», con su aversión por la pequeña empresa y el desprecio por el sector del consumo.<sup>86</sup> Ohlendorf denunció el sistema de libre determinación de la industria, ya que complacía a las grandes empresas. Este régimen de «hienas y monopolistas» debilitaba seriamente al Estado.<sup>87</sup> Propuso que debería convertirse en Secretario de Estado en un nuevo super-ministerio bajo las órdenes de Funk. Mientras Speer estaba en Hohenlychen, había discutido ese «matrimonio económico en tiempos de guerra» con Funk, que opinaba que las relaciones entre su ministerio y el Ministerio de Armamentos eran, en conjunto armónicas, aunque había un cierto grado de proteccionismo interdepartamental. Hayler, Kehrl y Ohlendorf se unieron a Funk y Speer en un desayuno de convivencia con cerveza y salchichas de ternera en la clínica.<sup>88</sup> Pero Speer pronto tuvo una buena razón para sospechar que la ambición básica de Ohlendorf era hacerse con el control, por lo que se dejó en suspenso el plan.<sup>89</sup>

Como miembros de las SS, Ohlendorf y Hayler trabajaban en estrecha colaboración con Himmler en su calidad de Ministro del Interior para reafirmar la autoridad del Ministerio de Economía de Funk en oposición al ministerio de Speer. Pero Franz Hayler, un viejo guerrero que había participado en el Putsch de Múnich en 1923, se llevaba muy bien con Speer, de quien admiraba su incontenible optimismo. A finales de octubre de 1944, el grupo de Ohlendorf logró apartar a los inspectores armamentos de Speer, sustituyéndolos por funcionarios del Ministerio de Economía.<sup>90</sup> Pero esto fue, en gran medida, cosmética. Speer tenía el control efectivo de gran parte del Ministerio de Economía a través de Hans Kehrl.

Bormann y los gauleiters también intensificaron sus ataques contra Speer y su ministerio. Consiguieron que uno de sus colaboradores clave, Gerhard Degenkolb, fuera suspendido de sus funciones mientras se le investigaba por realizar una inspección de una fábrica de locomotoras una mañana mientras estaba borracho.<sup>91</sup> Bormann acusó directamente al representante de Speer en Milán, el general Hans Leyers, de ser excesivamente laxo en el saqueo de los recursos de Italia. Cuando Speer quiso conceder un honor especial al presidente de la junta directiva de Daimler-Benz, la oficina del gau local y Bormann se opusieron por considerar que Wilhelm Haspel no era un miembro del Partido, no mostraba ningún interés por el «Movimiento» y estaba casado con una «judía mestiza Grado 1». Speer tuvo que apelar directamente a Hitler y Göring antes de poder conceder a Haspel el título de Líder de la Industria Armamentística.<sup>92</sup>

Las comunicaciones comenzaban a descomponerse. La destrucción de las redes de carreteras y ferrocarriles por los bombardeos aliados significaba que los servicios postales funcionaban solo de manera intermitente, provocando una pesadilla administrativa. Ya no era posible el control central de las industrias de armamentos.<sup>93</sup> Se estableció la Red Telefónica Speer dentro del Ministerio de Correos por mediación de Heinrich Zerbel, el representante del Ministerio de Correos en el grupo de trabajo de Geilenberg. Era también responsable de las comunicaciones en la Comisión de Armamentos. Se formó un cuerpo especial de corredores de despacho, pero resultó ser totalmente inadecuado. A mediados de noviembre, la situación era tan grave que dentro del Ruhr las comunicaciones eran cada vez más esporádicas. Para ese momento, el sistema ferroviario se había descompuesto por completo debido a los intensos bombardeos, la escasez de carbón y la imposibilidad de sustituir el material rodante.<sup>94</sup> Por lo tanto, Speer decidió revitalizar el Estado

Mayor del Ruhr y darle autoridad para actuar de forma independiente. El 6 de diciembre, Hitler aceptó la sugerencia de Speer para que Albert Vogler encabezara esa organización. De ese modo, se convirtió en dictador de armamentos en Renania y el Ruhr.<sup>95</sup>

A finales del mes de febrero 1945, la red de transporte se había quebrado de manera irrevocable. Speer dividió entonces Alemania en ocho distritos independientes, cada uno bajo un funcionario con poderes plenipotenciarios. El propio Speer era responsable de Berlín y Brandeburgo. Su control sobre los otros distritos se evaporó rápidamente. Con la excepción de Speer, todos los plenipotenciarios eran industriales importantes. La autodeterminación de la industria había alcanzado su forma final.<sup>96</sup>

## 11. DERROTA

Speer inspeccionó el frente occidental desde el 26 de septiembre al 1 de octubre de 1944.<sup>1</sup> Viajó junto a su adjunto, Manfred von Poser, además de Willy Liebel y su asistente, el SS-Standartenführer Karl Cliever. Milch y Roland se unieron al grupo más tarde. Conducía tan rápido su descapotable de BMW que von Poser y Cliever perdieron contacto con él. Finalmente, se reunieron en el encantador hotel Simonis de Kobern, en el Mosela. Al día siguiente, se trasladaron al Hotel Porta Nigra en Trier para una reunión con la brigada local de la Organización Todt. Durante una visita al frente, Speer se ganó numerosos elogios por su manejo de un Jeep Willys capturado al enemigo. Los gauleiters locales —Florian y, por medio de sus representantes, Hoffmann y Schlessmann— se mostraron sorprendentemente dispuestos a cooperar. Se organizó una reunión con el mariscal de campo Walter Model en un antiguo centro de rehabilitación para alcohólicos en Krefeld. «En un tono irritado» exigió más tanques y armas. El grupo se trasladó entonces a Arnhem para ver el campo de batalla. Speer tuvo una rabieta y tuvo que ser calmado por von Poser cuando se le advirtió de que se alejara cuando estuviera bajo fuego de artillería. Concluyó el viaje con una visita a su amigo, el escultor Arno Breker.

Speer regresó a la cuenca del Ruhr el 15 de noviembre, y pasó allí una semana en intensas consultas con Model. El 26 de noviembre le entregó a Hitler una lista de solicitudes para acción inmediata. Era necesario reforzar las defensas antiaéreas, había que enviar al Ruhr todos los Me 163 disponibles, un caza propulsado por un cohete que demostró ser virtualmente inútil,<sup>2</sup> y había que construir largas pistas de aterrizaje para el caza a reacción Me 262. Se necesitaban de 100.000 a 150.000 trabajadores adicionales para despejar los escombros de los bombardeos, y la necesidad de acero en el Ruhr era tal que había que otorgar una prioridad más baja a la construcción de submarinos. Hitler accedió a todas estas sugerencias.<sup>3</sup>

Speer se concentró entonces en el suministro del Grupo de Ejército B de Model en un intento desesperado por aferrarse a la cuenca del Ruhr. El 1 de

diciembre pronunció otro de sus discursos de ánimo a los jefes de las Comisiones de Armamentos.<sup>4</sup> Debieron quedarse un tanto desconcertados cuando les dijo que no había necesidad de preocuparse demasiado por el futuro. Volvió a la cuenca del Ruhr el 15 de diciembre para discutir los detalles finales del suministro a Model. Llegó a la conclusión de que, efectivamente, sería posible defender el Ruhr. La autoconfianza maníaca de Model encajaba perfectamente con Speer. Estuvieron de acuerdo en que un esfuerzo total podría satisfacer la mayoría de sus necesidades. Bormann logró convencerse de que Speer y Model podían tener éxito. Ordenó a los gauleiters del Ruhr que detuvieran la construcción de defensas por detrás del frente y pusieran a los hombres a trabajar en la reparación de carreteras y comunicaciones que estaban sufriendo fuertes ataques desde el aire después de que el clima hubiera mejorado en gran medida. En marzo, Speer tenía dos millones de trabajadores, la mayoría de ellos extranjeros, que trabajan en reparaciones en las vías férreas.<sup>5</sup> Speer le dijo a Himmler que la operación para el Grupo de Ejércitos B de Model era la «batalla decisiva para Alemania» que permitiría que el Ruhr siguiera produciendo armamento. Y añadió que, si era necesario, obtendría decretos de Hitler en apoyo a los esfuerzos de Model.<sup>6</sup>

No era únicamente la cuenca del Ruhr la que se encontraba bajo grave amenaza. Speer también estaba profundamente preocupado por la situación en el este. Hizo hincapié en las catastróficas consecuencias para el Ejército si se retiraba a la Línea de los Nibelungos a lo largo del Oder, desde Bratislava a Stettin (Szczecin), que había sido establecida por el OKH el 28 de noviembre 1944 como parte del plan defensivo de Guderian para el frente del este. Esto significaría que se perdería el 60 por ciento del suministro de carbón de Alemania. Dado que la industria alemana ya había tenido que conformarse con el 50 por ciento de sus necesidades, los resultados serían catastróficos. Además, un tercio de la producción de acero de Alemania se producía al este de la Línea de los Nibelungos.<sup>7</sup> La producción de armamento caería aproximadamente en dos tercios, y entonces las tropas serían incapaces de seguir luchando. El 16 de enero Speer alertó a Hitler de la importancia de la Magistrale —la línea ferroviaria desde Oppeln (Opole) hasta Litzmannstadt (Łódź) y Gotenhafen (Gdynia) —a lo largo de la cual se transportaba la mayor parte del carbón de la Alta Silesia. Cinco días más tarde, volvió a advertir a Hitler de que el Grupo de Ejércitos A del general Schörner tendría que defender la línea. El principio básico de Schörner era

que sus tropas deberían temer más lo que estaba detrás de ellas que lo que había delante. Model habría estado de acuerdo de buena gana. Por esa razón, ambos se encontraban entre los generales favoritos de Hitler. Speer prometió que haría todo lo posible para dar suministros a Schörner, pero su petición de aproximadamente la mitad de la producción total de armamentos de Alemania para sus harapientos ejércitos era imposible de cumplir. Speer sugirió, como alternativa, una ofensiva de bombardeos contra las líneas de comunicación soviéticas, señalando con acritud que sabía por amarga experiencia el daño que eso podría causar. Hitler rechazó la sugerencia con un risa sarcástica. La Luftwaffe no tenía aviones para semejante misión.<sup>8</sup>

Con la situación desenredándose en todos los frentes, resultaba demasiado fácil ofrecer respuestas sencillas. Hitler ordenó a Speer que se concentrase en las armas con «nuevas cualidades revolucionarias» que fueran tecnológicamente superiores a cualquier cosa que el enemigo pudiera fabricar, pero, al mismo tiempo, apoyaba los esfuerzos de Bormann para trasladar a cientos de miles de trabajadores a las Fuerzas Armadas. El resultado final fue el peor posible. Se necesitaba demasiado tiempo para desarrollar las nuevas armas antes de que pudieran ser fabricadas en serie. Las masas de soldados mal entrenados y deficientemente equipados proporcionaron poco más que carne de cañón.

Cuanto peor era la situación, mayor énfasis se hacía en las «armas milagrosas» que pronto entrarían en funcionamiento y devolverían la pelota al enemigo. Speer hizo todo lo que pudo por aumentar las expectativas, nombrando incluso una sección especial de propaganda dentro de su ministerio para pregonar las maravillas futuras. Las «armas milagrosas» eran tanto una herramienta de propaganda para levantar la moral y fortalecer la fe de la gente en su Führer como auténticas armas de guerra. Speer respondió a las órdenes de Hitler deteniendo los trabajos en todos los proyectos que probablemente no fueran a tener un efecto «revolucionario», haciendo de este modo que la situación empeorase aún más.

Los informes del Servicio de Seguridad y del Ministerio de Propaganda indican que en el verano de 1944 la presión sobre Speer fue en aumento. El público no parecía estar impresionado por su recitación de las cifras de producción. Se habían dado cuenta rápidamente de que aquello no se correspondía con una mejoría en la situación general. Muchos imaginaban que Hitler era un hombre razonable, que no habría continuado la guerra después de los desembarcos del Día D si no hubiera algo en camino que

pronto pudiera cambiar la suerte de Alemania. Otros, como las tripulaciones de submarinos, sabían que la superioridad de la tecnología de los Aliados era tal, que la guerra estaba irremediabilmente perdida. Incluso con los trabajadores trabajando como esclavos en condiciones imposibles durante 72 horas a la semana, Alemania no podía igualar de ninguna manera la producción de armas convencionales de sus oponentes. La inmensa mayoría de los alemanes sabía que sin «armas milagrosas» no se podía ganar la guerra, pero estaban empezando a temerse que no llegarían a tiempo. Puede que el V2 fuese una maravilla técnica, pero no hizo nada para detener el avance de los ejércitos enemigos. El Me 262 era una máquina magnífica, pero había demasiadas pocas unidades como para tener un efecto decisivo.

En enero de 1945, la Comisión de Armamentos decidió parar la producción del caza Messerschmitt Bf 109 que para aquel momento ya era una trampa mortal irremediabilmente obsoleta.<sup>9</sup> La producción de bombarderos se había interrumpido casi por completo en el verano de 1944. Un número cada vez mayor de aviones no podían ser utilizadas debido a la crónica escasez de combustible de aviación. Fueron desguazados y el metal utilizado para otras armas. La consecuencia final fue que algunas fábricas no pudieron continuar la producción. Poco dispuesto a perder ingenieros y mano de obra especializada, Speer animó a las empresas a desarrollar nuevos modelos. El resultado fue un frenesí de planificación de modelos avanzados de aviones que nunca iban a entrar en servicio. Mercedes-Benz ideó los monstruosos Proyectos A a F: una gran aeronave de transporte con bombarderos a propulsión y misiles lanzados con una honda desde debajo de sus vientres, unas armas grotescas que nunca abandonarían la mesa de dibujo. Los diseñadores de otras empresas se divertían con los proyectos futuristas similares que sabían que nunca estarían en condiciones de volar.<sup>10</sup> Que la calidad era más importante que la cantidad se convirtió en un agotador pesimismo de Hitler y Speer.<sup>11</sup> No encajaba con ninguno de los dos. Las armas de calidad que todavía estaban en fase de diseño no tenían ningún valor y las cifras de producción de armas probadas fueron cayendo rápidamente. En enero de 1945, la producción de tanques era solo el 64 por ciento de la cifra prevista, la de aviones el 62 por ciento, de barcos el 44 por ciento y municiones el 64 por ciento.<sup>12</sup>

El 23 de enero, Speer puso en marcha el «Programa de Emergencia» que comenzaría en marzo para construir lo que en un tono claramente optimista denominaba «armas decisivas». Qué significaba esto no estaba nada claro. En

una reunión con un grupo de generales en el cuartel Kramnitz de Potsdam el 13 de enero, había renegado de la propaganda sobre «armas milagrosas», aunque aseguró a su audiencia que pronto se vencería la superioridad de material del adversario. No hizo mención de cómo se podría lograr aquello. Quedó deliberadamente clara la distinción entre armas «milagrosas» y «decisivas». El nuevo programa fue promocionado como una medida provisional hasta que se asegurasen los recursos de la cuenca del Ruhr y Silesia.<sup>13</sup> Aquello era, sin duda, algo menos vanidoso que el anterior «Programa de la Victoria», pero era igual de poco realista e inevitablemente acabó paralizado.<sup>14</sup>

Estaba empezando a ser obvio que, a pesar de sus muchos logros sobresalientes, Speer había fracasado. Comenzó entonces a buscar otros culpables. En su informe del 27 de enero sobre la situación general, sostenía que el error fundamental era que Alemania no había estado completamente armada hasta 1940 o incluso 1941, dando a entender con ello que no había nada que pudiera haber hecho para compensar aquella deficiencia.<sup>15</sup> Los males presentes de Alemania se atribuían de este modo a una mala planificación y a las deficiencias de Fritz Todt. Esta fue la versión de los hechos que iba a relatar a sus captores y repetir en sus memorias. Muchos la encontraron convincente.

Sin embargo, Speer continuó alimentando falsas esperanzas. A fines de febrero, le dijo a su personal en la Oficina de Armamentos que la planificación cuidadosa conduciría a un aumento sorprendente en la producción de armamento que «asombraría al mundo y lograría un cambio decisivo en el campo de batalla».<sup>16</sup> Con el 2º Ejército cercado en la bolsa de Prusia oriental y el 4º Ejército atrapado en Königsberg, los refugiados huyendo de Breslau, el Muro Occidental de Fritz Todt atravesado y los estadounidenses a punto de cruzar el Rin en Remagen, resultaba difícil imaginar que alguien se tomara en serio aquella afirmación. El 7 de marzo, Pleiger le dijo a Speer que los suministros de carbón estaban prácticamente a cero. El Ejército Rojo había invadido la Alta Silesia y había rodeado la Baja Silesia. Esto tuvo como resultado el colapso total de armamentos y de la producción de guerra.<sup>17</sup> El Ruhr estaba privado de carbón porque la red de transporte había sido destruida. La Asociación de Carbón del Reich estaba en quiebra. El poderoso Sindicato del Carbón de Renania-Westfalia celebró su última reunión el 28 de marzo, pagó y despidió a su personal declarando su esperanza en que todo acabara cuanto antes.<sup>18</sup>

En un informe para Hitler, Speer señalaba que, si se perdía Renania-Westfalia, la economía estaría en ruinas y sería imposible continuar la guerra. El Ruhr estaba aislado, con todos los enlaces de transporte cortados. La producción de armamento en el Ruhr solo podía enviarse al Grupo de Ejércitos B de Model. Speer trató de poner un brillo optimista al formular la absurda declaración de que la situación era más o menos análoga a la crisis en la primavera de 1943, cuando se rompieron los diques. Entonces se había demostrado que era posible dominar la situación, a pesar de las enormes dificultades. Ahora era imperativo hacer lo mismo en circunstancias mucho más difíciles. Terminó con este entusiasta llamamiento: «No hay que desanimarse, por más difícil que sea la situación e inalcanzable que pueda parecer su solución. ¡Debemos hacer todo lo posible para ganar la batalla por el Ruhr de la que depende el destino de nuestro Reich! *Heil mein Führer!* Firmado: Speer». Se enviaron copias de esta efusión a Göring, Himmler, Keitel, Bormann y Dönitz.<sup>19</sup>

A partir de la primavera de 1944, se dedicó una creciente cantidad de tiempo y esfuerzo al problema de cerrar, eliminar o desactivar fábricas ante el avance de los ejércitos enemigos. En mayo, Speer ordenó que los comisarios del Reich —como Erich Koch en el este, Seyss-Inquart en Holanda y Josef Terboven en Noruega— debían hacerse responsables de la transferencia de fábricas o de su transformación para la producción de armamentos.<sup>20</sup> Estos hombres resultaron ser desiguales ante aquella tarea, de manera que Speer, que era mucho mejor en la identificación de los problemas que en la solución de los mismos, entregó todo el asunto al genio organizativo del Ministerio de Armamentos, Karl Maria Hettlage. Este elaboró un informe ingenioso y detallado sobre las formas de acelerar el proceso de traslado y conversión de las fábricas; pero poner estas ideas en práctica resultó ser una pesadilla. La búsqueda de un alojamiento adecuado para los trabajadores cuando fueran transferidos resultó ser prácticamente imposible. La escasez de transporte disponible presentaba una dificultad insuperable. Himmler prometió una vez más dar a Speer toda la ayuda que necesitara, pero los supervivientes muertos de hambre de los campos de concentración eran de poca utilidad. Por encima de todo, estaba la continua resistencia de la mayoría de gauleiters ante cualquier intento de recortar en bienes de consumo o de llevarse las fábricas lejos de sus satrapías. Speer se quejaba constantemente de que las cosas se movían con demasiada lentitud, e instó a todos a hacer todo lo que pudieran, pero poco cambió, aparte de una frustración, resignación y desesperación

crecientes.

Después del avance de Patton en Avranches a finales de julio de 1944, Hitler había ordenado que se devastasen todas las áreas que no fueran susceptibles de ser recuperadas. Se emitieron órdenes similares a medida que el Ejército se retiraba en el este. Speer reaccionó ante estas órdenes elaborando un «Manual de desactivación», cuya esencia era que había que trasladar el equipo básico de las fábricas para que no pudieran serle de utilidad al enemigo. Si se podían reconquistar las fábricas, podrían ser rápidamente puestas de nuevo en funcionamiento.<sup>21</sup> En un primer momento, a Hitler le pareció convincente este argumento. Sugería que todavía no se había perdido todo. La tierra quemada nunca fue una opción viable. Los alemanes carecían del tiempo, la mano de obra y los explosivos para llevar a cabo demoliciones a esa escala. Aquella política habría encontrado una fuerte resistencia entre una población que sabía que la derrota era inminente. Además, los continuos bombardeos, las tormentas de artillería y la guerra urbana probablemente serían mucho más devastadores de lo que jamás pudiera haber sido cualquier política neroniana.

A medida que los frentes se iban acercando a las fronteras de Alemania, Speer nombraba funcionarios especiales para supervisar la desactivación de las instalaciones industriales. En una reunión en el cuartel general de Hitler entre el 18 y 20 de agosto de 1944 consiguió que Hitler que estuviera de acuerdo en la desactivación en lugar de la destrucción. Se evitó de ese modo la terrible devastación causada por la política de tierra quemada del ejército alemán cuando se retiró a la Línea Hindenburg en 1917.<sup>22</sup>

Había un fuerte componente ilusorio en la línea de argumentación de Speer. El 5 de septiembre le dijo al gauleiter Gustav Simon —un hombre conocido popularmente como la «seta venenosa de Hermeskeil», que gobernaba sobre la administración civil en Luxemburgo— que había que salvar de la destrucción los depósitos de mineral de hierro de la zona. Speer escribió: «Debemos contar con obtener de nuevo este mineral, porque sin él es imposible la continuación de la guerra a largo plazo».<sup>23</sup>

Los gauleiters opusieron una fuerte resistencia a la política de desactivación de Speer y pronto se saldrían con la suya. A mediados de septiembre, se concedió a los gauleiters en el este el derecho de decidir si había que destruir una planta industrial o unas minas. Otto Dietrich, el jefe de prensa del Reich, anunció audazmente en grandes titulares en el *Völkischer Beobachter*, el periódico del partido, una política de tierra quemada. Speer

reaccionó presentando a los gauleiters occidentales planes detallados para la desactivación de Renania-Westfalia. Ordenó a su experto para la eliminación de las instalaciones industriales, el general Max Schindler, que elaborara un plan detallado con el mariscal de campo von Rundstedt, el comandante supremo en el oeste. El asunto era muy urgente porque los activistas del Partido Nazi se pusieron a dismantelar las instalaciones industriales con tanto entusiasmo que pronto la red de transporte se vio sobrecargada de forma crónica.<sup>24</sup>

En un intento desesperado por evitar el caos, Speer hizo un llamamiento a Bormann para que instruyera a aquellos gauleiters que estaban cerca del frente occidental para que siguieran sus directrices. Speer le dijo que Hitler había dicho que pronto sería capaz de recuperar el terreno perdido en el oeste. Por lo tanto, había que dejar las plantas industriales en unas condiciones que permitieran ponerlas de nuevo en funcionamiento en poco tiempo. También insistió en que se debía mantener la industria funcionando hasta el último momento. Hizo hincapié en la importancia de mantener activas las plantas de generación eléctrica el mayor tiempo posible, pues, de lo contrario, se detendría el suministro de agua potable, se inundarían las minas y no se dispondría de grúas de gran potencia para eliminar la maquinaria esencial. Hitler apoyó la iniciativa de Speer, después de lo cual Speer delegó la responsabilidad de la desactivación en su Secretario de Estado y representante, Günther Schulze-Fielitz.

El ministerio de Speer ya había adquirido una experiencia considerable en la desactivación, la destrucción y el dismantelamiento de plantas industriales. A partir de finales de 1943, se habían enviado de regreso desde Italia cantidades asombrosas de equipos industriales, productos semielaborados y materias primas. El 40 por ciento de los 1.007.000 prisioneros de guerra militares italianos capturados por los alemanes fueron deportados como esclavos a la industria armamentística de Speer. Muchos murieron durante el transporte. Sometidos a un exceso de trabajo, insuficientemente alimentados, mal vestidos y embrutecidos, decenas de miles murieron en los campos.<sup>25</sup> En Holanda, el Comisario del Reich Seyss-Inquart y el enviado especial de Speer Richard Fiebig se dedicaron a saquear el país con tal vigor que enviaron de nuevo a Alemania mucho más de lo que se podía gestionar, de manera que Speer les ordenó que pusieran fin al saqueo.<sup>26</sup> En el este, se hizo responsable de la «mudanza» al general Schindler, que había servido allí como inspector de armamentos en Cracovia. Se puso a trabajar con tal energía que dejó el

área bajo su mando prácticamente limpia.

El fracaso de estas acciones de «mudanza» fue testimonio del colapso gradual del ministerio de Speer. Se establecieron prioridades, pero fueron en gran medida ignoradas. La rapacidad ciega hizo caso omiso de la cuidadosa consideración de las necesidades reales. Alemania se llenó de un material al que no se le podía dar un uso constructivo. El Ministerio de Armamentos, los militares y los gauleiters, cada uno emprendió su propio camino. Hitler se concentró en la planificación de la ofensiva de las Ardenas, cuya preparación hizo aún más difícil la tarea de Speer. Conservar lo que se pudiera salvar quedaba ahora en manos de las autoridades y agencias locales en un esfuerzo desesperado y poco coordinado por retrasar lo inevitable.

Comenzó entonces una lucha sobre la demolición de los principales activos dentro de Alemania. Speer envió a dos altos funcionarios de la Organización Todt para que retirasen los explosivos que Hitler había ordenado colocar debajo de los puentes sobre el Rin. Fueron almacenados en un lugar cercano para ser utilizados de inmediato cuando fuera necesario. El mariscal de campo Rundstedt aprobó estas órdenes. En enero, se destinaron dos regimientos de la Organización Todt, a las órdenes del comandante supremo del oeste, para proteger los puentes del Rin y asegurarse de que los comandantes locales excesivamente celosos no los destruyeran.<sup>27</sup>

Hasta aquel momento, los militares habían apoyado los esfuerzos de Speer por detener las acciones precipitadas, pero el 6 de diciembre Keitel le informó que Hitler estaba de acuerdo con su opinión de que había que destruir las minas del Sarre. Speer reaccionó a esta bomba ordenando a Heinrich Kelchner, su Plenipotenciario de Armamentos en Saarbrücken, que se asegurase de que no se destruía ninguna de las minas, citando a tal efecto la orden previa de Hitler.<sup>28</sup> A continuación, dio instrucciones de que no se dañaran los campos petrolíferos húngaros. A petición suya, el Grupo de Ejércitos A dejó intactas las plantas de hidrogenación en Blechhammer (Blachownia) y Heydebreck (Kędzierzyn) en el sur de Polonia.

Speer llegó al cuartel general de Hitler en Langenhain-Ziegenberg, en el norte de Hesse, a las dos en punto de la mañana del 1 de enero de 1945. Hitler estaba de muy buen humor y lleno de un optimismo contagioso que pronto se adueñó de un grupo de oficiales, altos funcionarios del partido y secretarías, todos ellos bien regados con champán. Anunció que el nuevo año traería una serie de victorias. El grupo comenzó gradualmente a compartir este despreocupado optimismo. Quizás, después de todo, el nuevo año traería

una nueva esperanza, y la ofensiva de las Ardenas conduciría a una conclusión victoriosa, a pesar del fracaso de la toma de Bastoña.<sup>29</sup>

En contraste, la atmósfera en la conferencia del 3 de enero fue sobria y extremadamente tensa. Speer recibió una desagradable sorpresa cuando Goebbels anunció que estaba reclamando una leva en masa que implicaría que Speer perdería varios cientos de miles de trabajadores para formar una fuerza militar que sería tan inútil como el *Volkssturm*. Speer, horrorizado, dijo que una medida de semejante naturaleza provocaría el colapso de la industria armamentística. Goebbels se volvió hacia Hitler, diciendo «¡Herr Speer, usted tiene la responsabilidad histórica de haber perdido la guerra porque nos faltaban unos pocos cientos de miles de soldados!» Tal como comentó con amargura Speer, Hitler y Goebbels optaron de ese modo por la victoria. Hitler hizo oídos sordos a Speer y dirigió todas sus preguntas a Saur. Delante de Speer, Hitler dijo que «tenemos suerte de tener en Saur a un genio del armamento. Él superará todas las dificultades».<sup>30</sup> Goebbels comentó cruelmente a Speer que le resultaba extraño que hubiera permitido a Saur dejarlo a un lado. Speer estaba tan indignado que, en adelante, rara vez asistió a las conferencias de armamento con Hitler. Saur ocupó su lugar. Speer llegó a la amarga conclusión de que también él había sido víctima de la costumbre de Hitler de dirigirse directamente a los subordinados de sus interlocutores, lo que socavaba su autoridad.<sup>31</sup> Por esta razón, los altos funcionarios se mostraban reacios a ir acompañados de sus asesores a las reuniones con Hitler. De aquel momento en adelante, siempre que le fue posible, Speer habló con Hitler individualmente. Para entonces Saur ya era tan poderoso que había conseguido que Hitler aceptara el reemplazo del general Emil Leeb por el general Walter Buhle como jefe de la Oficina de Armamentos del Ejército el 1 de febrero de 1945 sin ninguna reacción por parte de Himmler.<sup>32</sup> El 31 de marzo de 1945 Hitler anunció: «Saur es superior a Speer en energía y en el arte de la improvisación».<sup>33</sup> Speer se enfrentaba ahora al frente unido de Keitel, Bormann y Goebbels, que convencieron a Hitler de que había que alistar a cuarenta mil hombres que trabajaban en la industria armamentística y que habían nacido en 1906 o más tarde. Se debían seleccionar otros cuarenta mil hombres de los nacidos entre 1901 y 1905. Speer objetó vigorosamente, pero fue ignorado.<sup>34</sup>

Tiempo después, Speer afirmó que esta confrontación con Goebbels tuvo un profundo efecto en él. Al darse cuenta de que su relación con Hitler había desaparecido, intentó distanciarse de esta figura carismática, patrón, mentor y

compañero. Comenzó a crearse una nueva imagen como un hombre que, en medio de la locura de un régimen que se dirigía a una destrucción cierta, aceptó la responsabilidad del bienestar del pueblo alemán. Él, el joven tecnócrata apolítico, estaba librando ahora una solitaria batalla contra aquellos que estaban decididos a hundir con ellos a toda una nación y destruir sus futuros medios de subsistencia. Las siguientes semanas y meses demuestran que esto estaba lejos de ser verdad.

La situación de Alemania se acercaba rápidamente a la catástrofe. El 14 de enero, Speer le dijo a Hitler que solo se podría cubrir el 31 por ciento de las necesidades del ejército para municiones antitanques y de tanques. Solo se disponía del 47 por ciento de la artillería ligera y el 37 por ciento de los lanzacohetes. Había también una escasez tan aguda de municiones que la catástrofe era casi inevitable.<sup>35</sup> La supremacía de la Unión Soviética a lo largo de los 2.400 kilómetros del frente oriental era abrumadora. Tenían once veces más infantería, siete veces más tanques, veinte veces más cañones y su superioridad en el aire era de veintidós a uno.

Esta nota fue escrita dos días después de que el Ejército Rojo lanzara la ofensiva Vistula-Oder. El Primer Frente Ucraniano del mariscal Konev irrumpió en la Alta Silesia. Comenzaron las marchas de la muerte desde los campos de concentración. Auschwitz fue liberado el 27 de enero de 1945. A finales de mes, el Ejército Rojo había cruzado la Línea de los Nibelungos y se encontraba a 70 kilómetros de Berlín.<sup>36</sup> Poco después de haber pronunciado discursos absurdamente optimistas a los trabajadores de las fábricas de municiones y a altos mandos del ejército, Speer le dijo a Goebbels que, con la pérdida de la región industrial de la Alta Silesia, la producción de armamentos caería un 30 por ciento y se perdería la guerra. Había que encontrar una solución diplomática.<sup>37</sup> Repitió este terrible mensaje a Hitler el 30 de enero de 1945, aniversario de la «toma del poder», subrayando las devastadoras consecuencias de la pérdida de la Alta Silesia. La pérdida del carbón de alta calidad de la región significaba que la producción de acero sería en lo sucesivo una pequeña fracción de las cifras de enero de 1945. La economía alemana ya no sería capaz de satisfacer las necesidades mínimas de los militares. En enero de 1944, se produjeron en Alemania y el Gobierno General 23,4 millones de toneladas métricas de carbón. Se importaron 5,8 millones de toneladas métricas de los países ocupados. Con la pérdida de Lorena, el Sarre y la Alta Silesia, los suministros de carbón se redujeron hasta los 12,1 millones de toneladas métricas, una caída de casi el 60 por ciento.<sup>38</sup>

Pero aquello solo era el comienzo del problema. Debido a una falta crónica de transporte, solo sería posible utilizar entre 5,5 y 6 millones de toneladas métricas para la producción de armamentos. Incluso estas cifras eran probablemente demasiado optimistas. El número de vagones en el Ruhr bajó de 22.000 diarios a 5.000 ó 6.000 diarios y estaba disminuyendo rápidamente. La cantidad de carbón disponible para la producción de electricidad y gas era menos de la mitad que la del año anterior. La producción de acero era solo un 10 por ciento de la de la primavera anterior. Surgieron otras complicaciones porque, a menudo, donde había electricidad, no había gas y donde había carbón, no había transporte. La producción de armamentos consistía ahora en poco más que el montaje de piezas prefabricadas. Ya no era posible reemplazar las pérdidas y armar unidades nuevas. Había una alarmante escasez de municiones. La sombría conclusión era que la economía alemana se hundiría en pocos meses. Speer escribió: «La valentía de nuestros soldados ya no puede compensar la superioridad material de nuestros oponentes». Firmó esta carta sin el habitual «¡Heil Hitler!»<sup>39</sup> El memorando de Speer, ampliamente difundido a finales de enero, sobre las perspectivas para el primer trimestre de 1945 era, básicamente, una repetición de esta deprimente letanía.<sup>40</sup>

La cuestión urgente era entonces qué hacer con las fábricas cercanas al frente que se veían amenazadas con ser rebasadas por el avance soviético. El 19 de enero, Speer dio instrucciones a las Comisiones de Armamento de Königsberg, Danzig, Posen, Viena, Oppeln y Breslau asegurándoles que no había necesidad de devolver la maquinaria, ya que en la patria había suficiente. En una muestra de bravuconería, pero con un perspicaz ojo para la reconstrucción de la posguerra, ordenó que las fábricas no fueran destruidas, sino simplemente incapacitadas, de manera que pudieran volver a trabajar tan pronto como fueran reconquistadas.<sup>41</sup> Resulta difícil creer que Speer, que sabía exactamente lo crítica que se había tornado la situación, imaginase que se podría lanzar con éxito un contraataque contra el Ejército Rojo. La ofensiva de las Ardenas, la última ofensiva de Alemania, había fracasado.

Keitel y el OKW acordaron que las fábricas que producían armamentos deberían continuar trabajando hasta que cayeran bajo el fuego enemigo. Solo se destruirían los puentes sobre el Oder y el Vístula por órdenes de los comandantes del Ejército. Los gauleiters serían responsables de desalojar a los civiles fuera de las zonas 30 kilómetros por detrás del frente. Esto último resultó imposible debido a la falta de transporte y a la rapidez del avance

soviético.<sup>42</sup> Los suministros de energía se mantendrían en funcionamiento el mayor tiempo posible. Las minas no debían ser inundadas, y bajo ninguna circunstancia se destruirían las fábricas. Dada la falta de medios de transporte, no se planteaban trasladar fábricas enteras desde el frente.<sup>43</sup>

A finales de enero, Speer dedicó la mayor parte de sus esfuerzos a satisfacer las necesidades inmediatas de la población y salvar lo que pudiera salvarse. Hitler estaba dispuesto a escuchar la evaluación general de Speer sobre la situación de los armamentos, pero solo él extraería las consecuencias. Hitler prefería escuchar a Saur y su brillo optimista sobre las cifras de producción. Speer dejó los armamentos en manos de Saur, Hans Kehrl y los funcionarios de armamentos del Ruhr, mientras él corría por toda Alemania reuniéndose con sus altos funcionarios y líderes de la industria en un intento de persuadirlos para que Saur entrase en razón. Aquel era un enfoque extraño, muy diferente al que había adoptado contra Dorsch. Era la prueba de que Speer sabía que estaba pisando un hielo muy fino. Saur era un adversario peligroso. En una ocasión, Speer lo describió como «resbaladizo como una anguila».<sup>44</sup> Saur evitaba poner nada en papel y protegía cuidadosamente a Hitler frente a verdades incómodas. Sin embargo, Speer seguía en estrecho contacto con Hitler, y le advertía con frecuencia de la gravedad de la situación. Su advertencia recibió una respuesta irritada.<sup>45</sup>

El 5 de febrero de 1945, Hitler ordenó a Speer y Saur que acudieran a su bunker de Berlín. Speer se sintió aliviado cuando Hitler le obsequió con una bienvenida calurosa. Saur alimentó su optimismo con algunas estadísticas cuidadosamente maquilladas, mientras Speer permanecía en silencio. Hitler concluyó la reunión diciéndole a Speer que su único deber era proporcionarle hechos y cifras. Tenía estrictamente prohibido interpretarlos de ninguna manera. La frialdad de Hitler mientras siseaba esta orden resultó positivamente aterradora.<sup>46</sup> Speer salió de aquel incómodo encuentro con una confirmación de la orden de Hitler de que la industria cercana al frente debía ser inhabilitada, pero no destruida. Se aseguró de que esta orden fuera ampliamente difundida, a lo que añadió la ambigua afirmación de que solo podría ganarse la guerra si la Wehrmacht recuperaba la Alta Silesia y el Ruhr. ¿Era aquello una admisión de que todo estaba perdido, o un llamamiento para un último esfuerzo desesperado por salvar a la Alemania nazi? La falta de transporte seguía siendo el principal problema. No había ningún alivio a la vista. Se necesitaban ochocientos mil trabajadores únicamente para la reparación y mantenimiento de las carreteras y ferrocarriles. Por lo tanto,

sería una absoluta locura demoler los puentes sobre el Rin o interrumpir la navegación interior.<sup>47</sup>

En las conferencias sobre armamentos del 14 y el 26 de febrero, Hitler exigió un programa de choque para producir tanques Tigre, cañones de asalto y varios tipos de aviones a reacción. Debía prestarse especial atención a la fabricación del Arado Ar 234, el primer bombardero a reacción operativo del mundo. Habría que construir unas pistas de aterrizaje especiales para aquella maravilla técnica, porque aterrizaba sobre patines en lugar de sobre ruedas.<sup>48</sup> Speer permaneció en silencio mientras Saur alimentaba estas fantasías, pero logró que Hitler lo pusiera a cargo de los ferrocarriles durante la ausencia de Dorpmüller, que estaba de baja por enfermedad. Este fue un paso importante en el alejamiento de Speer de los armamentos y la «guerra total» a fin de prepararse para la reconstrucción de posguerra.

En línea con este nuevo enfoque, el 14 de febrero había escrito al Ministro de Finanzas para expresarle su preocupación por la estabilización del marco del Reich. Lutz Graf Schwerin von Krosigk era un noble aristócrata premiado con la beca Rhodes, que había sido nombrado Ministro de Finanzas por von Papen en 1932 y permaneció en el cargo durante todo el Tercer Reich. Debía esta longevidad a su singular ineficacia, ausencia de ambición política y voluntad de delegar en aquellos más capaces que él. Speer sugirió la medida radical de confiscar todas las ganancias de capital realizadas desde 1933 e incluso ofreció su propia fortuna personal para contribuir a un fondo para la reconstrucción de posguerra.<sup>49</sup>

La contra-sugerencia de Schwerin von Krosigk estuvo igualmente alejada de la realidad. Había llegado al convencimiento de que el objetivo principal de la ofensiva de bombardeos aliados era arrasar Alemania hasta los cimientos, para que la Unión Soviética no tuviera acceso al poder industrial del país. A partir de esta dudosa premisa, llegó a la conclusión de que era esencial hacer todo lo humanamente posible para preservar la industria alemana a fin de resultar un socio atractivo para las potencias occidentales en el mundo de posguerra.<sup>50</sup> Es imposible decir hasta qué punto Speer se vio influido por esta idea. Expresarlo abiertamente habría sido arriesgarse a ser arrestado por derrotismo o simplemente haberse convertido en blanco de numerosas bromas.

Speer, en su nuevo cargo de Ministro de Transportes *de facto*, redactó un decreto para la firma de Hitler en el que se ordenaban las prioridades para el transporte de la siguiente manera: 1. Operaciones de la Wehrmacht. 2.

Carbón. 3. Alimentos. 4. Los programas de emergencia del Ministerio de Armamentos. 5. Refugiados.<sup>51</sup> El resultado final fue que entonces no hubo transporte disponible para cientos de miles de refugiados. Hitler repitió su decisión de que las fábricas cercanas al frente debían ser deshabilitadas, pero no destruidas.<sup>52</sup> Speer se concentró entonces en reparar la red ferroviaria. El 18 de marzo de 1945, nombró a Eckhard Bürger, de la División de Transporte de la Organización Todt, Comisario para la Reparación de los Ferrocarriles del Reich. Se le concedió máxima prioridad, incluso sobre los equipos de reparación de Geilenberg para las plantas de hidrogenación. Speer apeló directamente a Himmler para que proporcionase a Bürger tanta mano de obra de los campos de concentración como necesitara.<sup>53</sup>

El 27 de febrero se reunió con un pequeño grupo de sus principales colaboradores en el castillo de Landsberg, la sede de su Estado Mayor del Ruhr. Los temas principales de la reunión fueron «la preservación de nuestra base industrial» y «alimentar al pueblo». Dos semanas más tarde habló ante una audiencia más amplia en Bernau bei Berlin a la que aseguró que haría todo lo posible para salvar el tejido industrial de la destrucción, fuese por parte de un amigo o un enemigo.<sup>54</sup> Estas dos reuniones forman el trasfondo del extenso informe de Speer del 15 de marzo titulado «Implicaciones de la Situación Económica desde marzo hasta abril de 1945».<sup>55</sup>

En este informe, Speer llegaba a la conclusión de que, con la amplia pérdida de territorios en el este y el oeste, con el Ruhr bajo fuego de artillería, con la red de transporte arruinada y con la actividad de los bombarderos enemigos día y noche, la economía probablemente se desintegraría en un plazo de entre cuatro y ocho semanas. El deber de las clases dirigentes era ahora hacer lo que pudieran para ayudar al pueblo. Por lo tanto, era esencial que no se destruyeran las plantas industriales, las minas, las plantas generadoras de electricidad y las instalaciones. Hasta aquel momento, se había eliminado la maquinaria esencial para que las plantas industriales que cayesen en manos enemigas quedaran fuera de servicio durante un par de meses, de modo que, cuando se recuperasen, podrían ponerse de nuevo en funcionamiento rápidamente. Debía seguir aplicándose este principio. La industria era tan importante para la supervivencia de la gente como la agricultura. De la misma manera que sería impensable envenenar la tierra para hostigar al enemigo, también la industria tenía que ser salvada de la destrucción. Obviamente, los grandes puentes tenían que ser destruidos, pero sería ridículo volar todos y cada uno de los puentes. Eso provocaría más

daños que años de bombardeo, imposibilitaría la alimentación de la gente y haría casi inviable la restauración de la red de transporte después de la guerra. De repente, volviendo a una espantosa retórica nacionalsocialista, Speer argumentó que la inevitable escasez y los sufrimientos del pueblo alemán conducirían a un proceso de «selección rigurosa» que culminaría con la preservación de un «núcleo sano». El informe terminaba con estas entusiastas palabras: «Tenemos el deber de dar al pueblo todas las oportunidades posibles para poder reconstruir en el futuro lejano».

Había una serie de textos adjuntos a este documento, incluyendo la sombría evaluación de Paul Pleiger sobre la situación del carbón y los borradores de dos decretos para que los firmase Hitler. El primero pretendía prohibir la destrucción de caminos, ferrocarriles y puentes, así como el hundimiento de buques mercantes. El propósito del segundo era detener la destrucción de las plantas industriales y dejar todas las decisiones sobre la desactivación de la industria en manos del ministerio de Speer.

Speer escribió otro largo memorando, fechado el 18 de marzo de 1945, en el que bosquejaba una estrategia defensiva a lo largo del Rin y el Oder. Argumentando que ya no se podía conservar el territorio al este del Oder y al oeste del Rin, sugería que una defensa decidida de estos dos ríos durante unas semanas «podría ganarse el respeto de nuestros oponentes y, tal vez, tener una influencia favorable en el resultado de la guerra».<sup>56</sup> En ningún momento pedía el fin de los combates. Haberlo hecho habría sido singularmente temerario. A finales de enero, Guderian le había dicho a Ribbentrop que había que llevar la guerra hasta el final. Ribbentrop respondió que no se sentía con ánimos de transmitir esa información a Hitler, y entonces Guderian le preguntó qué haría si los rusos llegaban a Berlín en un mes. Al parecer, Hitler tuvo conocimiento de este intercambio de impresiones. Durante las discusiones en las que se hizo absolutamente evidente la situación militar de Alemania, anunció que equivaldría a una alta traición que el Ministro de Relaciones Exteriores fuese informado de la verdadera situación. Advirtió a Speer en el mismo sentido.

Speer sabía por los crudos hechos económicos que no se podía ganar la guerra. Para él, un resultado favorable de la guerra habría sido algo más que la rendición incondicional que Roosevelt había proclamado en la Conferencia de Casablanca en enero de 1943, lo que dio a Hitler el apoyo propagandístico para su determinación de luchar hasta el amargo final. El error fatal de Speer fue su incapacidad para entender que nada, excepto una bala en la cabeza,

haría que Hitler cambiara de opinión. Stalin y Churchill, que inicialmente se habían opuesto firmemente a la Declaración de Casablanca, ahora estaban obstinadamente decididos a hacer cumplir esa política, en parte por temor a que uno u otro pudiera llegar a un acuerdo por separado con los alemanes. Speer pidió entonces una defensa desesperada en el Oder y el Rin, apoyada por la carne de cañón del destartado *Volkssturm*, el Ejército de Reserva y las tropas retiradas de Italia y Noruega. Sugirió que el Partido Nazi debería entregar el control del *Volkssturm* al Alto Mando del Ejército y al aliado de Speer, Guderian. Himmler debería hacer lo mismo con el Ejército de Reserva. El informe dejaba claro que, si se quebraba la línea de «frente actual», la guerra no podría continuar. Parece probable que Speer compartiera la vana esperanza de que se derrumbara la complicada asociación entre los Aliados occidentales y la Unión Soviética. Se mantenían unidos por la determinación de aplastar a la Alemania nazi, pero, ahora que el país estaba de rodillas, y su tarea prácticamente terminada, estaban condenadas a que surgieran las tensiones. Aquella era la única esperanza de Alemania. El análisis fue correcto, pero solo después de terminar la guerra.<sup>57</sup>

Speer logró persuadir a Guderian de que la idea de destruir todos los puentes conduciría al caos total. Keitel, siempre mansamente subordinado a Hitler, se negó a apoyar a Speer sin el permiso expreso del Führer. Como era de esperar, Hitler se negó a cambiar de opinión.<sup>58</sup> Guderian intentó otra táctica. Le sugirió a Jodl que pudiera emitirse una orden del ejército para dejar de destruir puentes. Pero Jodl también se negó a actuar sin el permiso de Hitler. La captura intacta del puente Ludendorff en Remagen el 7 de marzo provocó tal impresión que las posibilidades de Speer de salvar los puentes quedaron muy debilitadas.

A su regreso de una visita a Alemania occidental el 14 de marzo de 1945, Speer le dijo a Goebbels que «desde el punto de vista económico, la guerra está perdida». Goebbels estuvo de acuerdo con Speer en que, en esas circunstancias, resultaba totalmente inútil una política de tierra quemada. En su opinión, no era suya, sino de los enemigos, la tarea de destruir la economía y el suministro de alimentos de Alemania.<sup>59</sup> Alentado por el apoyo de Goebbels, Speer preparó otro memorando para Hitler.

Speer tuvo cuidado en evitar el más mínimo indicio de provocación. Ofreció elegir entre reducir lentamente el programa de armamentos y concentrarse en satisfacer las necesidades mínimas de la población civil, o bien continuar produciendo una cantidad considerable de material —lo que

equivalía a un ejército Panzer y a veinte escuadrones de cazas a reacción— para fines de marzo.<sup>60</sup> Aquello difícilmente era una «declaración de bancarrota», tal como la describió Speer en sus memorias.<sup>61</sup> También era mucho más tranquilizador que el informe que había entregado a Goebbels.

Speer había adoptado una audaz posición contra los fanáticos del Partido y contra aquellos infectados por la atmósfera de *Götterdämmerung* en el bunker de Hitler. No había descartado la posibilidad de que se pudieran recuperar al menos algunas fábricas, aunque es difícil creer que alguna vez pensase que fuese remotamente posible. También había condimentado la pieza con algunas bobadas darwinistas sociales, pero el tono general era un claro desafío a la línea del Partido. Pensando en las observaciones de Speer, Goebbels tuvo que admitir que su discurso sobre la preservación de las bases para que pudiera continuar existiendo el pueblo alemán tenía perfecto sentido, pero luego logró persuadirse de que Speer estaba bajo la influencia inmediata de lo que había visto en el Ruhr. Carecía de una verdadera cosmovisión nacionalsocialista. Estaba demasiado preocupado por la economía y la tecnología como para tener el punto de vista objetivo y propio de un estadista que le permitiría soportar los altibajos de la guerra. Se dijo a sí mismo que era precisamente en esos momentos difíciles cuando uno tenía que controlar los nervios.

El 8 de marzo de 1945, Goebbels pronunció en Görlitz otro entusiasta discurso ante una hechizada audiencia a la que prometió grandes ofensivas en el frente oriental que se cobrarían una despiadada venganza contra los soviéticos por los niños hambrientos y las mujeres violadas que dejaban a su paso. Tres días después, Speer visitó el frente oriental en el castillo de Freienwalde, junto al Oder, que en su día había sido la casa de Walther Rathenau.<sup>63</sup> Viajó con uno de sus generales favoritos, el Dr. Rudolf Hübner, dentista en la vida civil y obstinado nacionalsocialista, que estaba a cargo del adoctrinamiento ideológico en el OKW. A su regreso a Berlín, Hübner le dijo a Hitler que no había suficiente munición para eliminar la cabeza de puente soviética sobre el Oder. Hitler, que daba la impresión de ser un hombre muy enfermo, respondió que necesitaba toda la munición disponible para el general Schörner, que estaba preparando una ofensiva contra el flanco izquierdo del Ejército Rojo. Prometió que pronto dispondrían de armas milagrosas que permitirían a la Wehrmacht empujar al Ejército Rojo fuera de Alemania en las cuatro semanas siguientes. Los oficiales que fueron testigos de aquella reunión estaban tan consternados por la impotencia de la actuación

de Hitler que casi sentían pena por él. Hübner fue ese mismo día con su desgraciadamente famoso «Consejo de Guerra Sumarísimo Volante Oeste» (Fliegendes Standgericht West) al cuartel general de Model, donde ordenó la ejecución de cuatro oficiales a los que acusó de no defender el puente Ludendorff en Remagen.

Speer nos cuenta que Hitler ni siquiera se molestó en leer los documentos que le presentó a primera hora del 19 de marzo. Pero ya se los había dado a Nicolaus von Below, ayudante de Hitler y amigo de Speer, que bien pudo haber informado a Hitler del contenido. Despidió al Ministro de Armamentos con estas palabras: «Si la guerra está perdida, la gente también se perderá. No es necesario prestar atención ni siquiera a los medios más primitivos de mantener vivo al pueblo alemán. Al contrario, sería mejor destruirlo. La gente ha demostrado que era más débil. El futuro pertenece a los pueblos orientales más fuertes. Después de esta guerra solo quedarán los inferiores. Los superiores ya están muertos».<sup>64</sup> Era una sorprendente declaración de la quiebra de la ideología nacionalsocialista y daba testimonio de su absoluta inhumanidad. Cuando estaba a punto de marcharse, Hitler le entregó el retrato que le había pedido como regalo por su cuadragésimo cumpleaños el 19 de marzo. Tenía una dedicatoria apenas legible como muestra de su aprecio.

Hitler ya se había decidido. Ese mismo día emitió su «Orden Nerón», en la que exigía la destrucción total de todas las instalaciones a medida que se retiraba el ejército, «debilitando así la fuerza de combate de nuestros enemigos». Sostenía que era una ilusión absurda imaginar que el enemigo dejaría intactas las plantas industriales inutilizadas si se viera obligado a retirarse. Las comunicaciones y las fuentes de alimentación debían ser destruidas. Hizo a los militares, los gauleiters y los comisarios de defensa del Reich responsables de la ejecución de esta orden, que se transmitiría a todas las unidades de las Fuerzas Armadas.<sup>65</sup> Un par de días después, Bormann completó esto ordenando que se evacuasen todas las áreas amenazadas por el enemigo. Se daba cuenta de que sería una tarea difícil —podría haber dicho que era imposible— pero tenía que llevarse a cabo.<sup>66</sup> La proclamación de una política de tierra quemada equivalía a desautorizar a Speer y a la industria armamentística, pero Speer todavía tenía algún triunfo en la mano. Contaba con el pleno apoyo de los industriales, los banqueros y la élite empresarial, además del de todos aquellos dentro de la administración militar y civil que se negaban a aceptar la absurda idea de que no existía alternativa al suicidio

nacional. También contaba con el apoyo de la gran mayoría del pueblo alemán, que no quería más que el fin de toda aquella miseria y sufrimiento. También tenía la ventaja de que se había venido abajo la red de comunicaciones. Las órdenes del búnker de Hitler rara vez llegaban hasta primera línea. Incluso los gauleiters más entusiastas carecían de los explosivos y la mano de obra para cumplir la Orden Nerón. Hitler estaba sin ojos en Gaza<sup>\*\*\*\*\*</sup>, su fuerza había desaparecido hacía tiempo, y jamás la recuperaría.

<sup>\*\*\*\*\*</sup> La expresión «sin ojos en Gaza» está tomada del poema *Sansón agonista*, de John Milton, sobre la derrota del héroe bíblico Sansón, que fue capturado por los filisteos, quienes le arrancaron los ojos y lo llevaron a Gaza, donde fue esclavizado. (*N. del T.*).

Speer, que no había sido informado de la Orden Nerón, fue a visitar al mariscal de campo Kesselring en su cuartel general en Bad Nauheim. Kesselring solo había pasado una semana en su nuevo mando, tras haber sustituido a von Rundstedt como Comandante Supremo Occidental el 11 de marzo. Aunque se encontraba en una situación desesperada, sin armas ni municiones, con los Aliados colándose por todas partes en el Rin, se mostró sordo ante el llamamiento de Speer a la razón y la moderación. Conocido como «Albert el sonriente» —consecuencia de un tic nervioso, no por su disposición jovial— Kesselring había desatado un reinado de terror en Italia y ahora no estaba de humor para mostrar ninguna compasión. Su personal, sin embargo, era más equilibrado y mostró más simpatía por el enfoque de Speer. Speer y Hermann Röchling fueron a visitar a Heinrich Kelchner, el Plenipotenciario para los Armamentos en el suroeste, cuya sede se había trasladado desde Saarbrücken a Heidelberg. La siguiente parada fue el cuartel general del Grupo de Ejércitos G en el Palatinado bajo el general de las Waffen-SS Paul «Papa» Hausser. Aunque tiempo atrás había sido uno de los generales favoritos de Hitler, empezaba a cuestionar la estrategia del Führer.

Al día siguiente, el 20 de marzo, Speer consiguió ganar para su causa al gauleiter Willi Stöhr, del distrito de Saarpfalz. Luego fue a visitar al mariscal de campo Model. Fue allí donde Speer fue informado por primera vez acerca de la Orden Nerón. Se quedó destrozado. Era justo lo contrario del informe que acababa de entregarle a Hitler.<sup>67</sup> Luego regresó a Berlín. Se le ordenó a Hans Maltzacher, el Plenipotenciario para los Armamentos del sudeste, que informara al ministerio para recibir sus instrucciones. Aquella tarde Speer fue a la cancillería, donde intentó entregar al general Guderian una copia de su informe para Hitler, pero Keitel intervino para detenerlo. Hitler apartó a Speer con unas pocas palabras cortantes.

Sin dejar intimidarse, Speer, acompañado por los principales representantes de la industria del carbón, consultó con Guderian al día siguiente. Guderian llegó con su jefe de personal de confianza, el general Wolfgang Thomale, además del general Herbert Gundelach, jefe de personal de la división pionera del OKH, y el general Ivo-Thilo von Trotha, jefe de operaciones del OKH. Dönitz también estuvo presente. La reunión no fue concluyente, aunque hubo una simpatía general por la oposición de Speer a la Orden Nerón.

El 24 de marzo de 1945, Speer celebró una conferencia en el ministerio para su personal superior. Goebbels, con quien Speer había tenido una feroz discusión sobre la Orden Nerón, también estaba presente.<sup>68</sup> Aquella noche, a instancias de Rohland, Speer fue al Ruhr, donde las negociaciones entre las autoridades de armamentos y los gauleiters habían llegado a un punto muerto. La Operación Plunder, la ofensiva aliada sobre el Rin y el Weser, había comenzado el día anterior. En una reunión de la Estado Mayor del Ruhr solo se decidió guardar las formas y llevar a cabo la Orden Nerón de Hitler, pero concentrándose en la desactivación en lugar de en la destrucción. A los mineros de confianza se les entregarían pistolas automáticas para que pudieran defenderse de cualquier escuadrón de demolición de los gauleiters. Más tarde ese mismo día, Speer se reunió con los gauleiters del distrito de Ruhr: Friedrich Florian de Düsseldorf, Albert Hoffmann de Dortmund, Fritz Schlessmann de Essen y Alfred Meyer de Münster. Todos, excepto Florian, estuvieron de acuerdo en que era imposible cumplir las órdenes de Hitler, que la producción debía continuar todo el tiempo posible y que se debía desactivar, pero no destruir, las centrales eléctricas y las plantas industriales más importantes. Aquella tarde, Speer y Albert Vögler se reunieron con Model, quien coincidió en que la Orden Nerón no podía llevarse a cabo porque requeriría al menos cuatro mil toneladas de explosivos. El mariscal de campo acordó permanecer en contacto cercano con «Panzer» Rohland y su personal.

Speer regresó entonces a Heidelberg, donde discutió con Kelchner los planes sobre cuál era la mejor forma de detener al fanático Robert Wagner, Comisario de Defensa del Reich, gauleiter de Baden y jefe de la administración civil en Alsacia, para que no cumpliera la Orden Nerón. Tras no conseguir convencer a Wagner, Speer volvió a reunirse con el general Hausser, quien prometió que haría lo posible para contener al gauleiter, pero Hitler lo apartó de su mando a principios de abril después de un serio

desacuerdo entre ambos. Wagner hizo lo que pudo para hacer cumplir las órdenes de Hitler con veintidós batallones de chusma del *Volkssturm*, pero, cuando los estadounidenses llegaron a Karlsruhe el 4 de abril y capturaron a su esposa y a su hija de doce años, Wagner puso los pies en polvorosa.<sup>69</sup>

El 25 de marzo, el mariscal de campo Kesselring ordenó la destrucción de todas las instalaciones de suministros, comunicaciones, líneas telefónicas y transmisores de radio, pero estuvo de acuerdo en que había que respetar las plantas industriales. Al día siguiente, la Armada ordenó la destrucción de todos los puertos amenazados por el enemigo. Kesselring repitió su orden el 29 de marzo, haciendo responsable tanto al ministerio de Speer como al Ministerio de Transportes de la vigilancia para que se llevara a cabo. El Ministerio de Transportes envió obedientemente esta orden a todas las autoridades pertinentes. Jodl anunció entonces que los Aliados estaban en la zona de Frankfurt, Marburg y Siegen. No se debía mostrar ninguna consideración en absoluto por las necesidades de la población civil. La orden del día era una «voluntad fanática de luchar».<sup>70</sup> Estas órdenes fueron ignoradas o resultaron imposibles de cumplir.

Speer tuvo más éxito con el gauleiter de Main-Franconia, Otto Hellmuth. El 27 de marzo de 1945 le ofreció un abundante desayuno en Würzburg, que once días antes había sufrido un bombardeo que había causado cinco mil muertos y había dejado a noventa mil personas sin hogar. Le dijo a Speer que tenía la intención de destruir las fábricas de rodamientos de Schweinfurt. Y añadió que Goebbels y Bormann le habían dicho que pronto estarían operativas las armas milagrosas. Speer le anunció bruscamente que esas armas no existían, y logró persuadirle de que Hitler no sería capaz de conducir a sus tropas a la victoria sin rodamientos de bolas.<sup>71</sup> Una semana después, Hellmuth huyó de la ciudad en ruinas.

Speer regresó a Berlín aquel día, donde, para su horror, se enteró de que Guderian había sido destituido y reemplazado por el general Hans Krebs, un nacionalsocialista impecable. También descubrió que el SS-Obergruppenführer Hans Kammler, que se había abierto camino hasta el círculo íntimo de Hitler, había recibido la plena responsabilidad de la producción y el desarrollo de los aviones.<sup>72</sup> Speer no pudo sorprenderse cuando se enteró de que Hitler había sido plenamente informado de sus actividades durante los últimos días. Según Goebbels, estaba muy «indignado», consideraba que Speer era un derrotista que estaba siendo manipulado por los industriales, por lo que ya estaba pensando en

reemplazarlo por Saur. Por otra parte, Goebbels tuvo que admitir que Hitler había sufrido una «severa pérdida de autoridad» provocada por la reticencia generalizada a hacer cumplir la Orden Nerón y la oposición a la evacuación de la población civil a medida que avanzaban los ejércitos aliados.<sup>73</sup>

En su informe del 15 de marzo, Speer había utilizado el argumento de que sería mejor dejar la destrucción de Alemania para el enemigo en lugar de que fuese auto-infligida. De esta manera, la Gran Alianza asumiría la «responsabilidad histórica» de la muerte y la destrucción. Speer repitió este dudoso argumento en una carta manuscrita a Hitler el 29 de marzo, en la que sostenía que el enemigo debía «cargar la culpa histórica sobre sí mismo».<sup>74</sup> Indico que estaba pensando en dimitir, pero apresuradamente agregó que esto equivaldría a desertar en la cara del enemigo. Confesó que se sentía dividido entre una comprensión de que no se podía ganar la guerra y la esperanza de que las cosas pudieran cambiar a mejor. Y sumergiéndose en un tono sublime, escribía:

Hasta el 18 de marzo creí que la situación mejoraría. Soy un artista, pero he hecho grandes cosas por Alemania. Sin mí, la guerra se habría perdido en 1942/43. Creo en el futuro de Alemania, en un destino que es justo e inexorable, por lo tanto creo en Dios. Ante las grandes victorias, nos reblandecemos en 1940 y fracasamos por no armarnos suficientemente. El clima ha estado contra nosotros: heladas por Moscú, niebla en Stalingrado y cielos azules en el invierno de 1944. Todavía creía que podíamos asegurarnos nuestro destino.

Aseguraba que se había sentido abrumado cuando Hitler le dijo que, si se perdía la guerra, Alemania merecía ser destruida. Luego cambiaba abruptamente de tono, afirmando a lo loco que las nuevas armas y los nuevos aviones darían buen resultado y que el heroico sacrificio resultaría decisivo. Estaba dispuesto a hacer su parte del trabajo tomando un planeador en una misión suicida para bombardear una planta de energía soviética, «ayudando así, gracias a mi propio esfuerzo, a cambiar el destino y a dar ejemplo». Después de haberse dedicado a este frenesí sacrificial, sostenía que era imposible creer en el éxito final mientras se destruía todo lo que estaba a la vista. Era un error destruir todo lo que las generaciones anteriores habían logrado. En un llamamiento desesperado escribía: «Solo puedo creer en el futuro si usted, mi Führer, acepta la preservación de nuestra fuerza racial». La Orden Nerón tuvo un efecto destructor sobre la moral, porque supuso una confesión que todo estaba perdido. «Solo un destino mejor puede cambiar nuestro futuro. Solo una actitud positiva y una fe inquebrantable en el futuro eterno de nuestra raza pueden ayudarnos. Dios proteja a Alemania. Albert Speer».

Escrito mientras el general Patton marchaba sobre Frankfurt, quizás sea comprensible que todo lo que pudiera ofrecer fuesen actitudes vacías y apelaciones a nociones vagas como el «destino», los ideales nacionalsocialistas, el auto-sacrificio y la fe en alguna divinidad en minúsculas. Con una desvergonzada indiferencia por los hechos, una vez más culpó de la desesperada situación de aquel momento al fracaso de su predecesor a la hora de poner en marcha el programa de armamentos, mientras que atribuía los reveses militares de Alemania a la desgracia meteorológica. No hay prueba alguna de que Speer entregara esta carta a Hitler, y él nunca dijo que lo hiciera. Hitler se echó atrás con la Orden Nerón al aceptar la propuesta de Speer de dejar temporalmente fuera de servicio las plantas industriales. Firmó un decreto en este sentido, redactado por Speer, durante su reunión nocturna entre los días 28 y 29 de marzo de 1945.<sup>75</sup>

La escena en el bunker de Hitler fue sobrecogedora. Con el fracaso de la ofensiva en Hungría diseñada para salvar los pozos de petróleo y con los estadounidenses acercándose a Würzburg, había una sombría sensación de caída inminente. Hitler todavía consideraba que la reputación de Speer como taumaturgo era tal que no podía darse el lujo de despedirlo. Por lo tanto, decidió que debía ser apartado con una baja por enfermedad. Según el relato de Speer sobre este notable incidente, se negó a abandonar en una etapa tan crítica, tras lo cual Hitler le pidió que admitiera que la guerra no estaba perdida. Siguió una larga discusión, que terminó con Hitler concediendo a Speer veinticuatro horas para decidirse.<sup>76</sup> Resulta difícil de creer que Hitler actuara con tanta indulgencia con un hombre a quien había acusado de ser un traidor. Pero éstos eran tiempos en los cuales una creencia a menudo se veía seriamente desafiada.

Speer describió a Hitler como «casi asustado» cuando regresó al bunker la noche siguiente. Tras jurar su lealtad absoluta, Speer afirma que logró persuadirlo para que cambiara la Orden Nerón por un mandato para desactivar las plantas industriales que probablemente serían abandonadas. Hitler estaba atrapado por su propio argumento defectuoso. Si la guerra no estaba perdida, había que continuar la lucha. De ello se desprendía que se necesitaba toda la capacidad industrial disponible. Por lo tanto, la industria tenía que continuar el mayor tiempo posible y no se debía destruir recursos. Hitler renunció a regañadientes a la Orden Nerón haciendo a Speer responsable de llevar a cabo un programa de desactivación. Speer había estado tan seguro de que podía convencer a Hitler de cambiar de opinión que

ya había emitido las órdenes a los gauleiters a este efecto. El hecho era que había tanta oposición a la Orden Nerón que había muy pocas posibilidades de que se llevara a cabo en su totalidad. Los industriales y los trabajadores no tenían ningún deseo de destruir los medios de su subsistencia futura. Los generales Heinrici, Thomale, Hausser y Model estaban absolutamente de acuerdo con Speer. Había sido relativamente fácil persuadir a la mayoría de los gauleiters, con la excepción de fanáticos como Friedrich Karl Florian de Düsseldorf, de que la Orden Nerón era inútil. Keitel y Jodl en el OKW estaban casi solos en su servil obediencia a los caprichos de Hitler. El hecho de que la Orden Nerón demostrase ser un fiasco sirvió como testimonio del hecho de que Hitler ya no era el poderoso Führer y estaba perdiendo rápidamente el control. Speer se dio cuenta rápidamente de esto. Como escribiría más tarde, Hitler gobernaba en el búnker, pero sobre el terreno se aplicaba un sistema diferente.<sup>77</sup>

El nuevo decreto, refrendado por Speer —su firma en miniatura para no empequeñecer el minúsculo «AH» estilizado— ordenaba que las fábricas cercanas al frente siguieran trabajando mientras fuese posible, incluso si hubiera una posibilidad de que una fábrica pudiera ser capturada intacta por el enemigo. Además, era Speer, y no los militares o los gauleiters, quien debía decidir si había que destruir una fábrica.<sup>78</sup> De este modo, quedó formalmente derogada la Orden Nerón.

Durante los días siguientes, Speer subrayó el cambio de opinión de Hitler. El 30 de marzo envió un mensaje ampliamente difundido en el que afirmaba que Hitler había insistido en que una política de tierra quemada quizás fuese apropiada para un país gigantesco como Rusia, pero que, en un espacio relativamente pequeño, como Alemania, era totalmente inútil. En una orden posterior, Speer repitió que únicamente él tenía la autoridad para decidir qué fábricas debían ser destruidas. Puesto que iban a seguir trabajando «hasta el último momento, incluso en las circunstancias más difíciles», era poco probable que Speer emitiera alguna vez una orden de destrucción.<sup>79</sup> El 31 de marzo, Speer asistió a una reunión del OKW en la que presentó triunfante la orden de Hitler según la cual las fábricas cercanas al frente debían ser inhabilitadas pero no destruidas. También les dijo a los generales que el puente sobre el Alte Oder en Oderberg debía permanecer intacto.<sup>80</sup>

Los más celosos entre los gauleiters eligieron ignorar el cambio de opinión de Hitler. Speer tuvo que recordarle al gauleiter Siegfried Uiberreither de Estiria —el responsable de un criminal programa de germanización en

Eslovenia— que la Orden Nerón había sido rescindida. Se vio obligado a repetir que las presas, las esclusas y los embalses no debían ser destruidos hasta que él emitiera órdenes a tal efecto. En otra nota señaló que la orden del «último momento» también se aplicaba a las obras constructivas. Repitió una vez más que los ferrocarriles, las carreteras y las vías navegables interiores debían quedar intactas, a la espera de su decisión. El 5 de abril de 1945 señaló que el mariscal de campo Walther Model necesitaba desesperadamente los ferrocarriles, carreteras, transporte marítimo y las comunicaciones en sus tropas de retaguardia. Emitió una serie de órdenes que protegían fábricas concretas frente al celo destructivo de los fanáticos gauleiters y funcionarios del partido. Entre estas se encontraban las fábricas de rodamientos alrededor de Schweinfurt, Daimler-Benz y Bosch en Stuttgart, y las de la fábrica Zeiss en Jena. Speer se indignó cuando se enteró de que la fábrica Henschel en Kassel que producían tanques Tiger habían quedado fuera de servicio prematuramente. Lo mismo ocurrió con la producción de obuses ligeros en Markstädt (Jelcz-Laskowice). Insistió una y otra vez en que era su ministerio, y no los militares, quien tenía que decidir cuándo actuar.<sup>81</sup>

Hubo, no obstante, cierta confusión, porque, en ciertas circunstancias, el nebuloso concepto de «necesidad militar» concedía a los comandantes la autoridad para actuar sobre el terreno sin esperar órdenes superiores. Speer reeditó un decreto anterior de Hitler, que él refrendó, en el que indicaba que los puentes operacionalmente significativos solo podrían ser demolidos por orden del OKW, pero se deberían mantener otros puentes todo el tiempo que fuera posible, al igual que las carreteras y los ferrocarriles. Las comunicaciones solo debían ser interrumpidas, no destruídas. El punto clave era que la producción continuara el mayor tiempo posible.<sup>82</sup> Model llegó a un acuerdo con Speer para que los «objetivos militares» fueran un dominio de los militares, mientras que Speer tendría plena responsabilidad sobre los «objetivos económicos». También se acordó que la alimentación de los trabajadores extranjeros fuese responsabilidad del Bienestar Nacional Socialista, del Frente de Trabajo Alemán y de las Oficinas Agrícolas de cada distrito. Los prisioneros de guerra serían alimentados por los militares.<sup>83</sup> Era un sistema que garantizaba que lo poco valioso sería puesto a disposición de aquellos pobres desgraciados.

La situación en Alemania se dirigía rápidamente hacia el caos. Las comunicaciones se habían roto, las órdenes no llegaban a su destino y,

cuando lo hacían, a menudo no había medios para cumplirlas. Speer corría de acá para allá en su BMW descapotable promulgando directivas que contenían poco más que vacías apelaciones a la providencia, el destino y la responsabilidad. Resulta difícil imaginar cómo se esperaba que respondiera la gente a un mensaje de este tipo, publicado a mediados de abril: «Todo aquel que falle en su deber hacia la existencia del pueblo, quedará marcado, incluso en un futuro lejano, por una desgracia histórica que se cobrará una amarga venganza... El destino de este nuestro pueblo alemán es crucial. El Destino lo protegerá para siempre».<sup>84</sup> En medio de toda esta agitación, Speer se ganó por lo menos el más sincero agradecimiento de los barones del Ruhr, como Albert Vögler y «Panzer» Rohland, por salvar la industria de los instintos destructivos de los fanáticos nazis y de los soldados suicidas.<sup>85</sup>

Tiempo después Speer iba a ofrecer un relato gráfico de su lucha desesperada con Hitler para contrarrestar la Orden Nerón. Fue una de las principales razones por las que no recibió una sentencia de muerte en Núremberg. ¿No merecía un grado de clemencia por arriesgar su vida para salvar a su país de la destrucción total frente a un dictador enloquecido? Nada de esto se refleja en la evidencia de los archivos. Hitler emitió la Orden Nerón, pero solo se cumplió en unos cuantos casos aislados. Fue cancelada unos días más tarde, con Hitler regresando a su posición anterior. La Orden Nerón suponía admitir que todo estaba perdido, y eso era algo que Hitler todavía se negaba a admitir. La lógica del enfoque de Speer era que Alemania debería continuar luchando, animada por la creencia de que era posible recuperar al menos algo de lo que se había perdido. Todavía se negaba abiertamente a admitir la obvia verdad de que el fin estaba muy cerca.

La autoridad de Speer había quedado gravemente socavada, pero, mientras Hitler se resistiera a despedirlo, se sentía relativamente seguro. Los militares se prepararon para derrocar al príncipe heredero de Hitler y elaboraron planes para una nueva organización de armamentos en el marco del OKW, pero no quedaba tiempo para que se pusieran en práctica estos cambios fundamentales.<sup>86</sup> Después de la guerra, Speer afirmó que era el salvador de Alemania y Europa. ¿Acaso no había salvado a Alemania de la Orden Nerón de Hitler, al mismo tiempo que había continuado la lucha tanto como fuera posible para salvar a Europa occidental de las hordas bolcheviques?<sup>87</sup>

Resulta extremadamente difícil reconstruir qué ocurrió exactamente en estas últimas semanas caóticas del Tercer Reich. Speer tuvo mucho éxito en Núremberg al presentarse como el firme oponente de Hitler que, con sus

incansables esfuerzos, evitó al país las consecuencias del genio destructivo del Führer. Recibió un apoyo egoísta a través del testimonio de sus asesores más cercanos, como su ayudante Manfred von Poser y «Panzer» Rohland, reforzado por su propia narración cuidadosamente preparada.<sup>88</sup> Sin embargo, hay que admitir en su favor que puso una cantidad significativa de esfuerzo y corrió riesgos considerables al hacer lo que estaba en su mano por contrarrestar la orgía destructora de Hitler.

En aquel momento, Speer estaba actuando más o menos en un limbo, con la intención de asegurarse una posición fuerte en el mundo de la posguerra. El 4 de abril de 1945 se preparó para su nueva vida en ropa civil comprando un sombrero en la sombrerería de Elizabeth Kraft en la Fasanenstrasse 26, una calle donde una vez se había levantado la sinagoga liberal.<sup>89</sup> Speer permanecía notablemente tranquilo en medio de toda la agitación y esperaba tener una exitosa carrera en el mundo de la posguerra. Organizó un concierto de gran éxito en Berlín con la primera sinfonía de Brahms y el Concierto para Piano de Schumann con Wilhelm Kempff como solista. A continuación, celebró una velada musical en una villa en el Wannsee. Speer eligió a Kempff, al joven virtuoso del violín Gerhard Taschner y a su esposa pianista Gerda Netta Taschner para actuar ante una audiencia cuidadosamente seleccionada. El almirante Dönitz, que también era un gran melómano, fue el invitado de honor. Kempff comenzó con algo de Handel, y luego, a petición de Speer, tocó la Sonata de Kreutzer con Taschner. Acto seguido, Taschner interpretó la Sonata para Violín de Cesar Frank. Después, Kempff tocó piezas de Schumann, Chopin y Liszt. Mientras se servía champagne durante el descanso, Taschner y Kempff entretuvieron a los invitados de Speer con una muestra de piezas virtuosas.<sup>90</sup> Esta fastuosa *soirée* no encaja bien con las expresiones de indignación de Speer en sus memorias acerca del relajado estilo de vida que disfrutaba la élite nazi en un momento en el que los alemanes comunes y corrientes estaban sufriendo grandes privaciones.<sup>91</sup>

La principal preocupación de Speer y del Estado Mayor del Ruhr a finales de marzo y principios de abril de 1945 era detener la demolición innecesaria de puentes durante la batalla de la bolsa del Ruhr en la que estaban atrapados los 430.000 soldados alemanes del Grupo de Ejércitos B. El 8 de abril, Vögler y Rohland persuadieron a Model para que no destruyera los puentes que transportaban líneas de agua, electricidad y gas. El 11 de abril, los estadounidenses llegaron a la Villa Hügel en Essen, donde los esperaba Alfried Krupp. El 12 de abril, el general von Lüttwitz le dijo al Estado Mayor

del Ruhr que la situación en la bolsa del Ruhr era desesperada, pero al día siguiente Hitler ordenó al Grupo de Ejércitos B que luchara hasta el último hombre. Se intentó convencer sin éxito al general Wagener, Jefe de Estado Mayor de Model, de que la situación era desesperada y que debería rendirse para evitar víctimas innecesarias. El 15 de abril, el general Fritz Bayerlein, que había servido como Jefe de Estado Mayor de Rommel en el norte de África y ahora comandaba el LIII Cuerpo de Ejército, desafió las órdenes de Hitler y se rindió en Menden. Fue el primer general alemán en deponer las armas. Los americanos capturaron al general von Lüttwitz al día siguiente. El mariscal de campo Model, que había dado su solemne juramento a Hitler de que no se rendiría, se voló los sesos en un bosque cerca de Duisburgo el 21 de abril. Dejó una nota que decía: «El estrés de la experiencia de la guerra ha revelado que una parte considerable del pueblo alemán, incluso entre las tropas, está envenenada por una forma de pensar judía, democrática y materialista». En estas circunstancias, la afirmación del mariscal de campo alardeando de que «es indudable la victoria de la idea nacionalsocialista» acarrea poca convicción.<sup>92</sup>

El 15 de abril, Speer se entrevistó con el general Henrici, comandante del Grupo de Ejércitos del Vístula, el general Kinzel, su Jefe de Estado Mayor, y el general Reymann, comandante del Área de Defensa de Berlín, en un intento de persuadir a Hitler de no defender Berlín hasta el final y detener la destrucción de servicios esenciales para la ciudad. Henrici estuvo de acuerdo en que una política de tierra quemada era una equivocación. A Reymann no le convencieron los argumentos de Speer, pero prometió consultar a Henrici antes de emprender cualquier demolición. Esto no salvó su pellejo, porque Hitler acusó a Reymann de derrotismo y fue despedido el 22 de abril. Henrici fue relevado de su mando una semana más tarde.

El 9 de abril Speer redactó un borrador de un discurso radiofónico que fue editado, posiblemente por Hitler.<sup>93</sup> Una vez más, cantaba un himno de alabanza a los esfuerzos sobresalientes de la industria de armamentos que, según afirmaba, todavía estaban en el nivel de 1943. Destacaba como un logro relevante la primitiva arma antitanque, el *Panzerfaust*. Pero advertía que «es erróneo creer que pronto aparecerán armas milagrosas». A continuación, realizaba la dudosa afirmación de que los bombardeos no habían afectado a la producción, pero no mencionaba que la red de transporte había quedado tan dañada que las armas fabricadas no podían ser llevadas al frente. En un pasaje particularmente rico, afirmaba que, cuando los

extranjeros y los prisioneros de guerra que habían trabajado en la industria armamentística regresaran a casa después de la guerra, estarían llenos de alabanzas por la «camaradería social que se les había mostrado». Speer aseguraba que todos los «camaradas raciales» estaban convencidos de que superarían todos los obstáculos y desafíos, logrando así una «victoria final». Afortunadamente, nunca llegó a transmitirse esta ilusoria pieza.

Tres días después, el 12 de abril, a instancias de Speer, la Orquesta Filarmónica de Berlín dirigida por Wilhelm Furtwängler ofreció un concierto final en la Filarmónica de Berlín. La audiencia disfrutó del Concierto para Violín de Beethoven, la Sinfonía «Romántica» de Bruckner, la Cuarta —la favorita de Speer— y, una elección muy apropiada, el final de *Götterdämmerung*. Speer le había dicho a la orquesta, así como a varios amigos y colegas, que cuando apareciese la Cuarta de Bruckner en el programa, el final estaría cerca. Entonces sería prudente esconderse. Se ha dicho que se subrayó el significado de Wagner cuando los miembros uniformados de las Juventudes Hitlerianas que sostenían cestas llenas de tabletas de cianuro se las ofrecieron a la audiencia a la salida. Speer confesó haberse horrorizado ante este macabro espectáculo, que atribuyó a algún funcionario desconocido del Partido.<sup>94</sup> Hitler estaba en un estado de ánimo más boyante ese día. Acababa de oír hablar de la muerte de Roosevelt, lo que contempló como un presagio de victoria. Sin duda, aquello equivalía a la providencial muerte de la emperatriz Isabel de Rusia que había salvado a Federico el Grande de la derrota en enero de 1762. Goebbels era menos optimista.

El 14 de abril, Speer escribió a su viejo amigo y mecenas, el gauleiter de Baja Silesia, Karl Hanke, que había estado dirigiendo una defensa fanática de Breslau desde mediados de febrero que iba a dejar 29.000 víctimas civiles y militares. Le dijo que Alemania no se hundiría debido a gente como Hanke, que era uno de los mayores héroes de Alemania. Había dado un ejemplo de valor inestimable. Speer le deseó una «muerte maravillosa y distinguida» a la cabeza de sus tropas.<sup>95</sup> Hanke huyó de la ciudad en un Fieseler *Storch*, pero fue capturado por las tropas checas. Fue herido y luego golpeado hasta morir mientras trataba de escapar de una columna de prisioneros de guerra alemanes. Así pues, su fallecimiento no fue ni maravilloso ni distinguido. Murió sin saber que, en su testamento, Hitler lo había nombrado para reemplazar a Himmler como jefe de las SS en reconocimiento a su lealtad incondicional.

No están claros los motivos de Speer para escribir esta curiosa carta. Hanke había pasado algún tiempo distanciándose de su antiguo amigo, sobre el que pensaba que estaba acumulando demasiado poder e influencia. Speer se había sentido muy herido cuando Hanke designó a Hermann Giesler como el arquitecto encargado de planificar la reconstrucción de Breslau. Giesler estuvo de acuerdo con Hanke en que Speer se estaba saliendo de la línea al aspirar a ser el sucesor de Hitler. Cuando Speer se quejó, Hanke respondió que había tenido la sensación de que estaba demasiado ocupado como para ser molestado con un encargo tan oneroso.<sup>96</sup> Esta tontería era particularmente irritante porque, para entonces, Giesler, fuertemente apoyado por Bormann, había sustituido a Speer como el arquitecto favorito de Hitler. Hanke estaba claramente alineado con Himmler, Kammler y Ohlendorf contra Speer. La nota era, en el mejor de los casos, un intento de última hora para reconstruir puentes, pero, mucho más probablemente, una expresión cínica de la esperanza de que Hanke encontrase una muerte gloriosa y heroica, librando de este modo a Speer de un poderoso rival.

El 20 de abril de 1945, Speer asistió a la celebración del sexagésimo quinto cumpleaños de Hitler en el bunker de Berlín. El celebrante fue obsequiado con una exhibición de nuevas armas en el patio de la Cancillería del Reich.<sup>97</sup> No ha quedado constancia sobre si esto le animó de algún modo. Ansioso por hacer planes financieros para el incierto futuro, Speer obtuvo mientras tanto de la sección financiera de su departamento de construcción de Berlín (GBI) una subvención de 30.000 marcos del Reich en concepto de «dinero de viaje».<sup>98</sup> Al día siguiente, se dirigió en automóvil a Hamburgo, en cuya emisora de radio grabó un discurso que se transmitiría tan pronto como cayera Berlín. El gauleiter Kaufmann estaba totalmente de acuerdo con Speer en que Hamburgo debía ser entregada en lugar de adoptar una absurda posición de defensa a ultranza. La petición a Hitler en este sentido se encontró con un rechazo glacial. Kaufmann ignoró sus órdenes y rindió la ciudad el 3 de mayo.

Con Berlín rodeada, el almirante Dönitz fue nombrado comandante de la «Fortaleza Norte», con la responsabilidad de la seguridad del gobierno. Contrariamente a su imagen de posguerra construida por él mismo, era un celoso nazi que estaba completamente dedicado a Hitler y se mostraba decidido a luchar hasta el amargo final. Todo el mundo le conocía como «Hitlerjunge Quex», por el joven y destemplado héroe de una película de propaganda y por su servil compromiso con el Führer.<sup>99</sup> El 21 de abril de

1945, Dönitz trasladó su gabinete a Eutin, en Schleswig-Holstein. El conde Lutz Schwerin von Krosigk presidía las reuniones diarias del gabinete. Speer fue el único ministro que visitó regularmente a Dönitz. Himmler se quedó en Lübeck y Ribbentrop en Plön, a unos 10 kilómetros de distancia. Goebbels y Bormann permanecieron en el búnker. Rust y Rosenberg pronto se trasladaron a Schleswig-Holstein, cerca de Flensburg.

El principal problema al que enfrentaba el «Gabinete Norte» era qué hacer con Himmler. La mayoría quería distanciarse de un hombre que estaba tan claramente identificado con los aspectos menos digeribles del régimen. Speer, el Ministro de Trabajo Franz Seldte, Herbert Backe, quien recientemente había sido nombrado Ministro sin Cartera, y el Ministro de Transportes Julius Dorpmüller defendieron que Lutz von Schwerin von Krosigk reemplazara a Ribbentrop como Ministro de Relaciones Exteriores y que se le debía considerar seriamente como anodino sucesor de Adolf Hitler como Canciller.<sup>100</sup>

Tras abandonar Hamburgo, Speer visitó al mariscal de campo Ernst Busch en el cuartel general del Grupo de Ejércitos del Noroeste. Se enfrentaba a la desesperada tarea de detener el avance de Montgomery con unas tropas desmoralizadas y un puñado de oficiales fanáticos que no le mostraban respeto. Speer, que ahora estaba desempleado a todos los efectos porque ya no funcionaba la industria armamentística, regresó a Berlín el 23 de abril de 1945 en un monomotor Fieseler *Storch*. En apariencia, era una visita para despedirse de Hitler, pero claramente había otra intención. Ya se había despedido en la sombría fiesta de cumpleaños tres días antes. Speer asegura que ya había llegado a la conclusión de que Hitler era un «criminal» y que no sentía nada más que el más profundo desprecio por todos aquellos de su círculo íntimo que permanecieron junto a él en el búnker. ¿Por qué, entonces, emprendió un viaje tan peligroso? Ni su biógrafo Fest ni su editor Siedler fueron capaces de obtener una respuesta satisfactoria de Speer a esta pregunta.<sup>101</sup> Una posible explicación es que quería persuadir a Hitler de que lo nombrase su sucesor. Sin duda, albergaba esa ambición. Se veía a sí mismo como un candidato adecuado.

Yo era para él [Hitler] un artista de talento, que en un corto espacio de tiempo había alcanzado una poderosa posición dentro de la jerarquía política y, después de todo, había mostrado una capacidad excepcional en el campo militar por mis esfuerzos en el campo de los armamentos. Únicamente en el campo de los asuntos exteriores, el otro campo de especialización de Hitler, yo no había demostrado ninguna habilidad particular. A sus ojos, yo era probablemente un genio artístico que era políticamente ingenioso y, por lo tanto, era indirectamente una confirmación de

su propia carrera.<sup>102</sup>

Sus colaboradores más cercanos, como Hettlage, Brugmann y Kehrl, solían burlarse de sus ambiciones políticas, señalando que Göring, Bormann y Goebbels —por no mencionar a Himmler— eran combatientes mucho más experimentados y eficaces. La posición de Speer dependía enteramente de su estrecha relación con Hitler. Si muriera, se quedaría sin poder.<sup>103</sup>

Speer siempre se vio a sí mismo como el número dos en el Tercer Reich, a pesar de que Giesler le había arrebatado claramente su lugar como arquitecto favorito de Hitler, Saur estaba a cargo de los armamentos, Kammler se había apoderado de la producción de los V2 y los aviones y Dorsch tenía el control efectivo de la Organización Todt. Sin ninguna prueba que apoyase su visión, imaginaba que era una figura popular que, con su probada habilidad como administrador, era la persona ideal para dirigir un gobierno de transición después de la muerte de Hitler.<sup>104</sup>

Para su sorpresa, recibió una amable acogida por parte de su viejo enemigo Bormann, quien trató de convencerlo de que Hitler se trasladara a Berchtesgaden para establecer un reducto alpino. Haciendo caso omiso de esta petición, fue directamente a ver a Hitler. Lo encontró agotado y sin vida, tras verse superado por varios paroxismos de rabia el día anterior, cuando le habían dicho que el Ejército Rojo había roto el frente del Oder y que el general Steiner no había podido lanzar un contraataque. Preguntó a Speer su opinión sobre Dönitz, quien, como comandante de las fuerzas en el norte, había ofrecido enviar tropas a Berlín para defender el búnker. Speer no tuvo más remedio que dar una respuesta positiva, aunque debió sentirse decepcionado por esta indicación de que Hitler pensaba en el Gran Almirante como posible sucesor.<sup>105</sup> Sorprendentemente, Hitler aceptó la extraordinaria sugerencia de Speer de que los directores checos de la fábrica Škoda en Praga, que tenían excelentes relaciones con los norteamericanos y con quien Speer trabajaba estrechamente, deberían apelar a los aliados occidentales para salvar a Checoslovaquia del comunismo soviético. Hans Frank, antiguo «rey de Polonia» que había huido a Baviera, había tenido la idea de establecer un gobierno nacionalista anticomunista en Praga y de trasladar a todas las tropas, los funcionarios y los nacionales de vuelta a Alemania.<sup>106</sup> No fue sino uno de los muchos casos de mentes que se desquiciaron cuando se vino abajo el Tercer Reich.

Hitler no pudo resistir la tentación de propinar un golpe de despedida a su huésped. Comentó que recientemente había discutido los planes para

reconstruir Linz con «el viejo Giesler» y que había dado a Eva Braun autoridad sobre el distrito de negocios, los paseos y parques de la ciudad. Eva Braun, subrayó, tenía ideas muy novedosas sobre el tema.<sup>107</sup> A continuación, se despidió de Speer sin un apretón de manos. No se hizo mención de un sucesor. Speer fue entonces a despedirse de sus amigas Magda Goebbels y Eva Braun. Pasó las horas entre la medianoche y las tres de la mañana con Eva Braun, quien, a diferencia de todos los demás en el búnker, parecía conservar su equilibrio normal. Bebieron champán y mordisquearon tortas en su pequeño dormitorio. Speer siempre había hecho todo lo posible por mantenerse en estrecha relación con Eva Braun, en parte porque le ofrecía un valioso acceso a Hitler, pero también porque disfrutaba realmente de su compañía.<sup>108</sup> Luego fue a dar su último adiós a Hitler. Hitler murmuró: «Así que se marcha. *Auf Wiedersehen*». Terminaban así doce años de estrecha colaboración y lo más cercano a una amistad que Hitler llegó a tener jamás.<sup>109</sup>

Puesto que no tenían deseo alguno de tomar parte en la orgía de auto-inmolación que se estaba preparando, Speer y von Poser salieron de Berlín poco antes del amanecer y volaron a Rechlin, en Mecklenburg. Himmler estaba cerca, en la clínica de Hohenlychen, donde Speer había sido tratado en 1944. Que eligiera este lugar es una prueba más de su cercanía a Himmler y al profesor Gebhardt, algo que pronto resultaría embarazoso.<sup>110</sup> Himmler, que estaba intentando negociar con los Aliados a través de contactos en Suecia, le dijo a Speer que esperaba formar un nuevo gobierno con Göring como Ministro Presidente. Himmler le ofreció a Speer un puesto en el nuevo gobierno, que iniciaría de inmediato las negociaciones con los Aliados. Speer, consciente de que los Aliados no estaban particularmente bien dispuestos hacia el Reichsführer-SS, declinó la oferta. Himmler anunció que los Aliados necesitarían su experiencia en la aplicación de la ley para la Europa de la posguerra. Media hora con Eisenhower bastaría para convencerlo.<sup>111</sup> Tras dejar a Himmler meditando sobre su futuro, Speer fue a toda prisa a Hamburgo, donde hizo una nueva grabación del discurso que había entregado al gauleiter Kaufmann. Le pidió que esperara un día o dos antes de transmitirlo. El 30 de abril de 1945, estaba con Dönitz en Eutin cuando se enteró de que Hitler se había suicidado. Se sintió amargamente decepcionado, no solo porque Dönitz fuese nombrado sucesor de Hitler como presidente, sino también porque ni siquiera hubiera sido incluido en el gobierno. Como insulto final, Hitler había designado a su antiguo rival Saur en su lugar. Mientras deshacía su maleta, descubrió el retrato de Hitler en su

funda de cuero. La temblorosa escritura de la inscripción hablaba de la «eterna amistad» de Hitler. Speer encontró esto tan conmovedor que estalló en un torrente de lágrimas.

La decepción y el dolor pronto dieron paso al alivio. El hecho de que Hitler lo hubiera rechazado podría servir para reforzar su argumento de que él se había resistido durante los últimos meses del Tercer Reich. Esta sería la base de su defensa en Núremberg y su posterior transformación en el exageradamente arrepentido «buen nazi». Ahora, veía el camino libre para transformarse en un ministro apolítico de la reconstrucción industrial.

El 2 de mayo, el gobierno de Dönitz se trasladó desde Eutin a Flensburg, junto a la frontera danesa, pero Speer fue con Himmler a Bad Bramstedt. Fue un movimiento curioso, porque Dönitz ya había dejado claro que no quería tener nada que ver con Himmler. Una posible explicación es que Keitel le había asegurado a Himmler su apoyo y Speer necesitaba encontrar una forma de convencer al OKW para que detuviera la innecesaria destrucción de puentes y comunicaciones. Tal vez estaba simplemente esperando los acontecimientos. Cuando Himmler se enteró del suicidio del Führer, se descorchó champán y se pronunciaron brindis con la fórmula «¡el Rey ha muerto, viva el Rey!» Himmler anunció una vez más que, como un experimentado defensor de la ley y el orden, los Aliados agradecerían sus servicios en la lucha contra el bolchevismo.<sup>112</sup> Ambos hombres se unieron a Dönitz en Flensburg, pero Dönitz rechazó la oferta de Himmler de ponerse a su servicio.

El discurso que Speer había grabado en Hamburgo fue transmitido el 3 de mayo. En la versión original grabada, Speer se prodigaba en elogios hacia la «dureza, resistencia y fe» del pueblo alemán. Advertía que la fe no debía convertirse en desesperación, y que el agotamiento y la indiferencia no debían ocupar el lugar de la dureza y la resistencia. Hacía un llamamiento a los Aliados para que detuvieran la campaña de bombardeos a fin de salvar al pueblo alemán del hambre y la enfermedad, pero, por encima de todo, el pueblo alemán debía ser salvado del Ejército Rojo. Las máximas prioridades eran ahora reparar el sistema ferroviario y asegurar que la producción agrícola funcionara a la máxima velocidad. Había que desactivar las cargas explosivas colocadas en los puentes, y se debía acabar con cualquier destrucción adicional de la propiedad. Todos los prisioneros de guerra permanecerían en sus campos. En los campos de concentración, los presos políticos y los judíos se separarían de los «elementos antisociales y

criminales», que debían ser enviados a instituciones penitenciarias. El *Werwolf*<sup>\*\*\*\*\*</sup> de Himmler, diseñado para operar detrás de las líneas enemigas, debía ser disuelto. Terminaba haciendo un llamamiento al pueblo para ser «interiormente más modesto y autocrítico». <sup>131</sup> Así pues, ya había pensado en la mejor manera de prepararse contra las acusaciones que los vencedores podían presentar contra él. La versión reelaborada de este discurso para su difusión era muy diferente. No había mención alguna del *Werwolf*, de los campos de concentración, de la desactivación de explosivos o de parar toda nueva destrucción. El principal énfasis se puso entonces en la amenaza planteada por el Ejército Rojo. <sup>114</sup>

<sup>\*\*\*\*\*</sup> *Werwolf* (hombre lobo, ogro) era una fuerza irregular que tenía como misión defenderse de los Aliados mediante tácticas de guerrillas. La idea original fue de Bormann y fue rápidamente adoptada por Himmler. (*N. del T.*).

El 5 de mayo de 1945, Speer fue nombrado Ministro de Economía y Producción del recién formado gobierno, pero aquello era un nombramiento vacío. El gobierno de Dönitz no tenía autoridad real. Keitel y el OKW tomaban todas las decisiones importantes, y la rendición incondicional era un asunto que debía ser resuelto solo por los militares. Los Aliados y los soviéticos no tenían ninguna intención de negociar con civiles y, sin duda, no con Speer. Por lo tanto, no es de extrañar que dijera que consideraba que su nombramiento era puramente temporal. Había muy poco que pudiera hacer. Seis hombres en el ministerio dirigían la economía junto a ocho ayudantes, todos bajo el mando de Otto Ohlendorf, que también seguía siendo jefe de la sección interna de la Oficina Principal de Seguridad del Reich.

Había dos corrientes dentro del gobierno de Dönitz. Entre los nacionalistas conservadores, la mayoría de los cuales tenían cierta afinidad con el nacionalsocialismo, se encontraban Schwerin von Krosigk, Franz Seldte y Julius Dorpmüller. Luego estaban los nacionalsocialistas: Speer, Herbert Backe, Ohlendorf y el Ministro del Interior Wilhelm Stuckart. La diferencia entre las dos partes se puede ver claramente en los borradores de telegramas escritos en respuesta al nombramiento de Dönitz como su sucesor por parte de Hitler. El primero, redactado por el capitán von Davidson, jefe de los servicios de inteligencia de la Armada, decía: «¡Mi Führer! He recibido sus órdenes. Justificaré su confianza haciendo todo lo posible para que el pueblo alemán sea tratado de la mejor manera posible, tal como usted desearía». El segundo, escrito por Speer, tiene un tono muy diferente: «¡Mi Führer! Mi lealtad a usted es eterna e incondicional. Por lo tanto, haré todo lo posible para ayudarle en Berlín. Cuando el destino exija que yo sea su sucesor para

dirigir el Reich alemán, pues así lo ha determinado usted, pondré fin a esta guerra, tal como lo demanda esta lucha heroica incomparable del pueblo alemán». Dönitz aceptó la tortuosa versión de Speer.<sup>115</sup>

Ambas partes sabían que se había perdido la guerra, que había que hacer cambios fundamentales y que no podía mantenerse el *statu quo*. El barco se hundía rápidamente, pero Speer aún no estaba preparado para nadar lejos de él. En el borrador de un discurso que pronunciaría Dönitz el 1 de mayo, escribió que las cualidades personales de Hitler y su entendimiento visionario de la grave amenaza que planteaba para la civilización occidental el comunismo soviético acabarían por ser apreciados. La lucha tenía que continuar tanto tiempo como fuera posible en el este, mientras que en el oeste debería limitarse a una operación de contención. La destrucción de bienes e infraestructuras debería ser mínima. El discurso terminaba con los llamamientos habituales a la camaradería, la disciplina y la esperanza en un futuro mejor. Y concluía con una nota optimista: «Alemania permanecerá para siempre. ¡Dios proteja a Alemania!»<sup>116</sup> Speer seguía siendo por completo un esclavo de Hitler, y su pensamiento continuaba ligado a los clichés nacionalsocialistas. La versión difundida por Dönitz estaba en la misma línea. Se refería a la «muerte heroica» de Hitler, que «había llorado profundamente impresionado» y advertía sobre la «tormentosa marea bolchevique». En marcada diferencia con el esfuerzo más matizado de Speer, culpaba a los Aliados occidentales por continuar una guerra que estaba llevando a «la propagación del bolchevismo por toda Europa».

Speer era lo suficientemente inteligente como para saber que la guerra tenía que terminar lo antes posible. En este sentido, contaba con todo el apoyo de Schwerin von Krosigk. La alternativa era una continuación de la ofensiva de bombardeos, la destrucción de plantas industriales, puentes, carreteras e instalaciones portuarias junto con la muerte de un número incalculable de refugiados. La modalidad de la rendición era asunto de los militares, pero su urgencia era un imperativo político. En el debate sobre si debían continuar los combates en Dinamarca y Noruega, la Wehrmacht y el Comisario del Reich en Noruega Terboven argumentaron a favor, con el comandante de las tropas alemanas en Dinamarca, el general Georg Lindemann, prometiendo «una última batalla decente». Speer y Schwerin von Krosigk pidieron el cese inmediato de las hostilidades.<sup>117</sup>

Después de la rendición de las tropas alemanas en el noroeste de Alemania el 4 de mayo, dos hombres que mantenían una estrecha relación con Speer —

Herbert Backe como Ministro de Agricultura y Julius Dorpmüller como jefe del Reichsbahn— fueron llevados al barrio parisino de Le Chesnay para discutir la reconstrucción de posguerra.<sup>118</sup> Aquello supuso un duro golpe para Speer, quien había oído a través de informes del servicio secreto desde Suiza que los Aliados lo consideraban a él y al mariscal de campo von Brauchitsch como los únicos hombres con los que podían negociar. Es extraño que Speer pudiera haber creído este rumor. Brauchitsch se había jubilado y retirado a un pabellón de caza en Bohemia el 19 de diciembre de 1941. La creencia de Speer en que sus servicios podrían ser necesarios para las potencias vencedoras era tan delirante como la de Himmler.

El 6 de mayo, Dönitz despojó a Himmler de todos sus numerosos cargos. Alfred Rosenberg y el gauleiter y Primer Ministro de Schleswig-Holstein, Hinrich Lohse, ambos protagonistas clave en el asesinato de los judíos europeos, también fueron depuestos. Al día siguiente, Schwerin von Krosigk, que era en la práctica el jefe del gobierno de Dönitz, anunció la rendición incondicional de Alemania a los Aliados. Un minuto después de la medianoche del día siguiente —8 de mayo de 1945— terminó oficialmente la guerra. El gobierno de Dönitz siguió existiendo formalmente, aunque carecía por completo de poder. Se le confiaron a Speer los asuntos del Ministro de Alimentación, Agricultura y Bosques, pero no tenía nada que hacer.<sup>119</sup> El 15 de mayo, le dijo a Schwerin von Krosigk que consideraba que no era una persona idónea para llevar a cabo las negociaciones con los vencedores debido a su pasado político, pasando por alto el hecho de que los Aliados no tenían la menor intención de negociar con él. También sentía que no era apto para las tareas que tenía por delante. Y asestando un golpe indirecto a Ribbentrop, dijo: «Soy un arquitecto. Es tan poco ingrata la tarea de dar a un artista la responsabilidad de la redención de la deuda como entregar el Ministerio de Asuntos Exteriores a un vendedor de vino espumoso».<sup>120</sup> Aquí Speer parecía haber olvidado que no había planteado esta misma objeción a Hitler cuando él mismo se deshizo de Funk en el otoño de 1943. Luego, continuó diciendo que: «La antigua dirección del pueblo alemán tiene la responsabilidad conjunta [*Gesamtschuld*] del futuro del pueblo alemán. Todos los que tomaron parte en este gobierno deben asumir su parte de la carga para que la culpa que, de otro modo, recaería sobre los hombros del pueblo alemán, sea arrostrada por individuos concretos». Se trataba de una declaración deliberadamente ambigua. La palabra alemana *Schuld* también puede significar culpabilidad, deuda, responsabilidad o culpa.

¿Era consciente de que la propiciación era aún más difícil que la recuperación económica, o estaba ya pensando en la mejor forma de preparar su defensa?

Speer hizo repetidas ofertas de dimitir hasta que fue arrestado el 23 de mayo, junto con Jodl y Dönitz, por una unidad del ejército británico. Fue sometido a un interrogatorio preliminar por tres hombres que habrían de representar papeles fundamentales en la América de la posguerra: George Ball, John Kenneth Galbraith y Paul Nitze, todos ellos pertenecientes al Estudio de Bombardeos Estratégicos de los EE.UU. Tuvo lugar en la sede de Speer en el castillo de Glücksburg, la magnífica residencia de los duques de Schleswig-Holstein, donde previamente había sido alojado por invitación del duque. Speer ofreció lo que parecía ser información precisa y práctica sobre los efectos de los bombardeos aliados. Galbraith lo encontró bastante diferente a los otros nazis. «Era evidente por su conducta que tenía la intención de poner la mayor distancia entre él y los primitivos, tal como él los veía».<sup>121</sup> Nitze se sorprendió por el orgullo que demostró por sus logros como Ministro de Armamentos y por su disposición a ayudar a los Aliados a llevar la guerra del Pacífico a una conclusión rápida.

Pronto fue trasladado a «Camp Ashcan», el lujoso Hotel Palace de Mondorf-les-Bains, Luxemburgo, donde los principales criminales de guerra se encontraban bajo custodia temporal. Un par de semanas más tarde fue conducido en una cómoda limusina al Hotel Trianon Palace de Versalles. Curiosamente, se trataba del hotel favorito de Speer en París. Se había alojado allí cuando asistió a la Exposición Mundial en 1937. Ahora servía como cuartel general de Eisenhower. Luego fue llevado al elegante castillo de Le Chesnay. Allí, entre varios expertos, ingenieros y científicos prominentes, se encontró con algunos de sus colaboradores más cercanos. Como no tenía ni idea de la parte técnica de su antiguo ministerio, le dijo a los oficiales de los interrogatorios que debían plantear todas aquellas preguntas a su adjunto y rival Karl-Otto Saur. El comandante del campo, un encantador mayor británico del cuerpo de paracaidistas, se ofreció amablemente a dar alguna vuelta en coche para aliviar el aburrimiento. Fueron primero a Saint Germain, luego pasaron por Le Coq Hardi en Bougival, donde Speer había cenado con Cortot, Vlaminck y otros artistas famosos en 1937. Luego se dirigieron a París, donde dieron un paseo por el Sena, antes de regresar a Le Chesnay a través de Saint Cloud. Las frecuentes cartas de Speer a su esposa y familia muestran que estaba de buen ánimo, no afectado en absoluto por los remordimientos de conciencia y convencido de que saldría ileso del proceso

de interrogatorios. Se consolaba con la lectura de *Wallenstein*, la obra en tres actos de Schiller, y en el hecho de que el protagonista saliese bastante bien parado. «Así que tengo una buena oportunidad de ser tratado decentemente en los dramas posteriores». <sup>123</sup>

Cuando Eisenhower trasladó su cuartel general a Frankfurt, Speer y los otros internos fueron trasladados en la parte trasera de un camión, sentados en bancos de madera, a Langenhain-Ziegenberg, en el norte de Hesse, donde los Aliados habían instalado «Camp Dustbin» en el castillo de Kramsberg que Speer y Todt habían convertido en el lujoso «Nido del Águila» o *Adlerhorst*, sede del cuartel general de Hitler en septiembre de 1939 durante la preparación de la invasión de Francia. Posteriormente se le asignó a Göring durante la batalla de Inglaterra y sirvió como cuartel general de Hitler durante la ofensiva de las Ardenas. Speer permaneció allí hasta que fue trasladado a Núremberg el 10 de agosto de 1945 a la espera de su juicio. <sup>124</sup>

## 12. NÚREMBERG

Los reclusos de Camp Dustbin eran en su mayoría ingenieros, industriales, banqueros y funcionarios. Entre estos se encontraban Hjalmar Schacht, la mayoría de grandes directivos de IG Farben, Ferdinand Porsche y Wernher von Braun. Entre los prisioneros estaban también varios colaboradores muy cercanos a Speer: Karl-Otto Saur, Karl Maria Hettlage, Walther Dornberger y Theodor Hupfauer.

Estos hombres se sentían profundamente resentidos porque los mantenían bajo custodia, lo que consideraban un incumplimiento del derecho internacional y un ejemplo más de la insufrible costumbre de los Aliados de alabar su superioridad moral.<sup>1</sup> Se imaginaban que, como mucho, serían llamados en calidad de testigos en los juicios de los nacionalsocialistas más prominentes celebrados en Camp Ashcan, el lujoso Hotel Palace de Mondorfles-Bains, en Luxemburgo. Speer no tenía la sensación de haber hecho nada malo. Su auto-justificación se reforzó cuando le pareció que los Aliados lo consideraban de una categoría muy diferente a Göring, Sauckel, Streicher o Ribbentrop. Los internos de Camp Dustbin eran libres para pasear por los terrenos alrededor del castillo. Las puertas de hierro forjado siempre estaban abiertas. Se les alimentaba adecuadamente con raciones del ejército de los Estados Unidos. Pasaban el tiempo charlando, escuchando poesías de Schacht y con un cabaret semanal organizado por los reclusos que hacía más llevadera su suerte.

Speer cooperó plenamente con las autoridades estadounidenses. Mantuvo largas conversaciones con un agradable oficial de interrogatorios, el capitán Oleg Hoeffding, durante las cuales ofreció una detallada descripción de la política y los políticos del Tercer Reich.<sup>2</sup> Sus valoraciones sobre Hitler y las principales figuras del Tercer Reich fueron más directas, detalladas y reveladoras que en la versión hábilmente corregida y pulida de sus memorias. Lo mismo puede decirse respecto a las descripciones de los mirmidones<sup>\*\*\*\*\*</sup> de Hitler: Bormann, Göring, Goebbels y Himmler. Su relato de las deficiencias de la estructura de mando militar y el desastroso papel

desempeñado por Keitel es particularmente revelador. Todavía no había comenzado la elaborada reconstrucción de su pasado. Admitió que, como Ministro de Armamentos, estaba «directamente involucrado en muchas decisiones políticas».<sup>3</sup> Habló bien de la gran mayoría de sus colaboradores, pero tuvo duras palabras para sus rivales Dorsch y Saur.<sup>4</sup> Apenas se tocó la cuestión del antisemitismo, aunque Speer hizo una breve mención del pogromo del 9 de noviembre de 1938, tristemente conocido como «La noche de los cristales rotos»; pero confesó que no recordaba la fecha.<sup>5</sup>

\*\*\*\*\* En *La Ilíada*, los mirmidones eran los soldados de Aquiles, famosos entre otras cosas por su fidelidad. (N. del T.).

Mientras se encontraba en Camp Dustbin, redactó un memorando que tituló «El Desarrollo Futuro del Problema Alemán en Europa».<sup>6</sup> Constituye una lectura muy curiosa. Mostraba una admiración sin reservas por Hitler, el hombre cuyos impulsos maníacos destructivos aparentemente había intentado frenar: «Adolf Hitler estaba enraizado en el pueblo [*Volk*]. Su irreprochable estilo de vida y su incesante diligencia son bien conocidos. Es una figura que no puede ser ignorada». El nacionalsocialismo era una ideología que estaba básicamente bien fundada. El problema era que los subordinados de Hitler eran criaturas de segunda categoría que enviaron a otros a una muerte segura mientras se mantenían fuera de peligro.

El plan de Speer para una futura Alemania se basaba en una forma modificada de nacionalsocialismo. La «comunidad racial» se transformaría en una «comunidad de camaradería» administrada centralmente. Por el momento, no habría elecciones y serían los tecnócratas, en lugar de los políticos profesionales, quienes estuvieran al mando. Esta nueva Alemania se parecía mucho a un gigantesco Ministerio de Armamentos. Speer, que se describía a sí mismo como «una persona con una amplia gama de intereses, una visión clara y una excelente capacidad organizativa», estaba destinado, obviamente, a desempeñar un papel clave. El país debía estar firmemente aliado con las potencias occidentales. Su compañero de prisión Hans Kehrl afirma que en un primer momento Speer imaginó que los Aliados harían uso de los distinguidos expertos internos en Camp Dustbin para ayudar a reconstruir Alemania. Se le pidió que elaborara una lista de personas con un expediente limpio que fueran adecuadas para esa tarea.<sup>7</sup> Speer confiaba en que tendría una espléndida carrera en una futura Alemania que conservara todo lo bueno que había en el nazismo. Por lo tanto, se quedó profundamente consternado cuando, a las seis de la mañana, se despertó con la abrumadora noticia de que él y Hjalmar Schacht figuraban en la lista de los principales

criminales que iban ser juzgados en Núremberg.

Ese mismo día, el comandante británico del campo se llevó a Speer para dar un paseo no vigilado en coche por la deliciosa campiña de la cordillera del Taunus, y entretuvo a Speer con historias de caza de osos en Cachemira mientras paseaban por el bosque. El sargento Williams le dio raciones adicionales para que pudiera acumular fuerzas de cara al próximo juicio. Los americanos le aseguraron que sería absuelto y que su calvario terminaría pronto.<sup>9</sup> Con estos ánimos, recuperó rápidamente la compostura y preparó hábilmente su estrategia de defensa. Todavía creía que los Aliados recurrirían a sus servicios para ayudar a reconstruir Alemania. Intentó reunir a un personal entre aquellos de su ministerio que habían mantenido sus chalecos relativamente limpios, pero los más listos sabían que el juego había terminado.<sup>10</sup> Después de decidir que un abogado de los Aliados occidentales le proporcionaría la mejor defensa, preguntó a George Ball, que lo había interrogado en el momento de su arresto. Este le señaló que era poco probable que pudiera encontrar a un cliente tan destacado. Ball, sin embargo, rechazó la oferta.<sup>11</sup>

Speer se mantuvo al margen durante toda su estancia en Dustbin. Se negó a participar en el curso de gimnasia que se había organizado para los reclusos, y nunca asistía a las veladas musicales o las conferencias. Cuando Theo Hupfauer, antiguo oficial de enlace entre el Frente de Trabajo Alemán y el Ministerio de Armamentos, le preguntó por qué era tan frío y distante, respondió en un momento de depresión que se estaba preparando para una pena de veinte años de prisión.<sup>12</sup> Hupfauer pensó que era una tontería. Le dijo a Speer que lo matarían o lo absolverían. Más tarde, se maravilló ante la previsión de Speer.

La actitud de Speer era parte de una táctica cuidadosamente pensada, y en parte consecuencia natural de su personalidad. Estaba decidido a mostrar a sus acusadores que era una persona muy diferente a la mayoría de los otros acusados de grandes crímenes. Estaba rodeado de enemigos, incluso dentro de su propio ministerio. Describió a Dorsch como un personaje «despiadado» y «despreciable». Saur era «demasiado ambicioso», pero tenía una memoria excelente para los hechos y las cifras.<sup>13</sup> Bormann y el Partido Nazi siempre se habían llevado a matar con él. Al mismo tiempo, era por naturaleza desapegado y distante, torpe en sociedad, altivo y arrogante, sin auténticos amigos y ansioso por evitar la compañía de los demás. Mientras estuvo en Kramsberg, la única persona con la que tuvo un verdadero contacto fue su fiel

secretaria, Annemarie Kempf. Cuanto más pensaba sobre su propio pasado, más se daba cuenta de cuán profundamente estaba involucrado y lo imposible que resultaba distanciarse de un régimen en el que había desempeñado un papel de suma importancia. Se convenció de que no era culpable, pero no podía negar que estaba profundamente implicado. En una de sus primeras entrevistas, en Dustbin, dijo acerca de sus muchas críticas a Hitler: «No me gustaría ser contado entre los que lo demonizan para exonerarse».<sup>14</sup> Esto se correspondía con algunas profundas contradicciones dentro de su personalidad. Richard W. Sonnenfeldt, el traductor jefe de la fiscalía estadounidense, dijo de Speer que hacía una clara distinción entre responsabilidad y culpabilidad. Speer afirmó que no era un antisemita, pero nunca dijo que fuese un error matar a alguien porque fuese judío. Mientras reflexionaba sobre las contradicciones de su pasado, comenzó a hablar de sí mismo como un extraño en lo que Sonnenfeldt describió como «una experiencia extracorpórea».<sup>15</sup>

Parecía frío y desapegado, con los pies firmemente en el suelo, y una actitud tranquilamente racional. Pero podría verse arrastrado por la visión utópica de «Germania», abandonarse al celo misionero del nacionalsocialismo o a la búsqueda de la perfección tecnológica. Estaba dividido entre el pesimismo cultural de Spengler y una creencia optimista de que una forma refinada y técnicamente eficiente del nacionalsocialismo podría ofrecer una solución a los problemas apremiantes de la Alemania de la posguerra. Nunca fue capaz de superar las contradicciones existentes entre la reacción y la modernidad que se encontraban en el corazón del nacionalsocialismo y que todavía atormentan a gran parte del pensamiento contemporáneo.

Las condiciones en Núremberg contrastaban enormemente con el ambiente relajado y la relativa comodidad de Kramsberg. Ahora era claramente un prisionero, encerrado en una celda con un colchón de paja, unas cuantas mantas sucias, sin libros, periódicos o un espejo, y sometido a una dura rutina carcelaria. Una vez más, comenzó a molestarle la pierna, señal inequívoca de que estaba viviendo bajo un gran estrés.<sup>16</sup> Vino entonces el enorme impacto de saber que iba a ser acusado, junto con los otros veintiún prisioneros, de cuatro cargos: participación en una conspiración criminal, crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad. Había imaginado que cada uno de los acusados recibiría una hoja de acusación separada. Metido en el mismo saco con los demás como perpetrador de crímenes monstruosos, se

dio cuenta de que ahora tenía que luchar por su vida. Un destacado abogado berlinés, el Dr. Hans Flächsner, le ayudó con gran habilidad en esta desalentadora tarea.<sup>17</sup>

Speer se dio cuenta rápidamente de que tendría que aceptar la plena responsabilidad de sus acciones. Flächsner se horrorizó cuando le dijo que también tenía la intención de aceptar la «responsabilidad general» por los crímenes del régimen nazi. La confesión que Flächsner tuvo la sensación de que, con seguridad, iba a costarle la vida fue, de hecho, un movimiento brillante que le salvó de la soga del verdugo. La línea de defensa preferida de Flächsner era presentar a Speer como un arquitecto apolítico y tecnócrata — un enfoque que Speer se mostró ansioso por adoptar cuando se dedicó a la reconstrucción de su pasado.<sup>18</sup>

Speer estaba decidido a distanciarse de Göring y de los nazis no arrepentidos a su alrededor admitiendo que había servido a un régimen malvado. Pero, ¿qué quería decir exactamente «responsabilidad general»? Cuando el fiscal de los Estados Unidos Robert H. Jackson le hizo esta pregunta, Speer respondió que, en su opinión, había en la política dos formas de responsabilidad. Uno es plenamente responsable de todo lo que ocurre dentro de su área específica de competencia, pero la noción de responsabilidad general se limita a cuestiones fundamentales. Nadie podía ser responsabilizado por acciones específicas perpetradas por otros ministerios o autoridades.<sup>19</sup> Así definido, el concepto de responsabilidad general estaba vacío de contenido. Según esta definición, le correspondía a la fiscalía demostrar que se habían cometido crímenes dentro del propio ámbito de Speer, y que él había sido consciente de los mismos.

La defensa de Speer en Núremberg fue magistral. En su calidad de una de las principales figuras del Tercer Reich, reconoció la responsabilidad general, pero, al mismo tiempo, se distanció de Hitler y del régimen. Se presentó a sí mismo como un ministro diligente que se aferró a las tareas inmediatas que tenía ante sí, dejando la política para otros. Declaró no haber tenido conocimiento alguno de los terribles maltratos recibidos por los cientos de miles de desgraciados que trabajaban para él. Se presentó como un simpatizante de la resistencia contra Hitler, afirmó haber ignorado por completo el destino de los judíos europeos y permaneció tranquilo y sosegado durante todo el juicio, convenciendo a todos los que presenciaron su actuación de que se mantenía aparte de sus colegas más desagradables.

Gran parte de su testimonio fue diseñado para ganarse la simpatía de las

tres potencias occidentales. Explicó en detalle las muchas deficiencias de un régimen autoritario que estaba obligado por su propia naturaleza a desembocar en excesos criminales. Debido a su determinación de silenciar todas las voces críticas, era inevitablemente poco imaginativo e ineficaz. En su declaración final, Speer reforzó esta jugada con los temores y ansiedades de los Aliados respecto al rumbo futuro de la Unión Soviética. Esta declaración contenía un llamamiento urgente para la defensa de la cultura occidental frente a la amenaza de la guerra atómica.

A lo largo de toda su vida, Speer fue un actor consumado: como sumiso asistente de Tessenow, como epígono de Troost, como el servil y obediente arquitecto personal de Hitler, como un excelente Ministro de Armamentos, como virtuoso intérprete en los juicios de Núremberg, como prisionero que hacía examen de conciencia y, finalmente, como el arrepentido de mayor éxito que proporcionaba una coartada para una nación entera. Esto solo fue posible porque cerró los ojos a todas aquellas cosas incómodas que podrían haber obstaculizado el logro de sus metas. No había lugar aquí para escrutinios morales, auto-cuestionamientos dolorosos o un análisis serio de las consecuencias de sus acciones. Su confesión limitada de responsabilidad ayudaba a ocultar una culpa mucho mayor a la que no tenía ni el valor ni la diligencia moral de enfrentarse.

La actuación de Speer en Núremberg se hizo aún más dramática debido a su confrontación con Hermann Göring. El excesivamente obeso, letárgico y drogadicto Reichsmarschall había sufrido una transformación sorprendente desde que había sido hecho prisionero con cuarenta y siete maletas, una gran cantidad de piedras preciosas y la mayor parte de la oferta mundial de dihidrocodeína. Había superado años de drogadicción, había adelgazado notablemente y su mente había recuperado gran parte de su antigua agudeza. Sabía que estaba condenado, pero estaba decidido a caer luchando. Le dijo al mayor Douglas M. Kelley, de 32 años, jefe de psiquiatría en el Teatro de Operaciones Europeo del Ejército de los Estados Unidos, que tenía intención de representar tal actuación durante su juicio que en cincuenta años habría estatuas en su honor por toda Alemania.<sup>20</sup>

La intención de Göring era que todos los acusados se unieran en defensa de sus acciones para que las generaciones futuras se inspiraran en su visión del nacionalsocialismo. La táctica de Speer era la inversa. Sabía que su única esperanza de salvar el pellejo era condenar el régimen al que tan bien había servido, aceptando un grado de responsabilidad por sus pecados de omisión y

comisión. Su transgresión era no haber hecho ninguna pregunta incómoda y haber mirado hacia otro lado. Sus ojos estaban tan pegados a su mesa que nunca miraba por la ventana. El contrito Speer, temeroso de que esto no fuera suficiente —sin duda, no para los soviéticos—, trató de fortalecer su posición haciendo un trato con los Aliados occidentales.<sup>21</sup>

Por sugerencia de un oficial de inteligencia estadounidense, el comandante John J. Monigan, el 17 de noviembre de 1945 Speer escribió una declaración que pidió le fuera enviada al coronel Lawrence, de la Oficina Británica de Guerra Económica o a otra autoridad adecuada.<sup>22</sup> Acabó sobre el escritorio del fiscal jefe estadounidense, Robert H. Jackson. En la declaración, expresaba su preocupación de que ciertos «conocimientos técnicos militares» no debían ser revelados a un «tercero», es decir, a la Unión Soviética. Advertía que la Agencia Técnica de Información de Campo (FIAT) americana había obtenido una gran cantidad de información sobre la ciencia y la industria alemanas. Había instado a todos aquellos que habían sido entrevistados en Dustbin, o por el Subcomité Combinado de Objetivos de Inteligencia británico en Wimbledon, a cooperar plenamente. También había estado absolutamente abierto con los oficiales de la Encuesta Estratégica de Bombardeos de los Estados Unidos cuando había sido interrogado en Flensburg entre el 10 y el 23 de marzo de 1945. Había señalado muchos de los errores cometidos por la campaña de bombardeos estratégicos aliados y había ofrecido consejos sobre cómo deberían proceder los americanos contra Japón. Insistía en que lo había hecho por convicción personal y sin pensar en ninguna ventaja que pudiera proporcionarle. Y terminaba con la advertencia apenas velada de que consideraría «deplorable» verse obligado a revelar esta información de nuevo en el tribunal.

La advertencia de Speer de que tenía información que podría ser útil a los soviéticos en caso de que fuera revelada en el tribunal fue notablemente exitosa. Por consejo de su asistente, Thomas J. Dodd, Jackson condujo personalmente el interrogatorio. Dodd había entrevistado a Speer en varias ocasiones y lo consideraba sincero, discreto y culto. Pero también se sorprendió por la excesiva vanagloria del hombre y su intensa aversión por Göring, que estaba obviamente dispuesto a apropiarse del espectáculo. Dodd persuadió a Jackson de que Speer se sentiría tan insultado si fuera interrogado por el segundo de Jackson que probablemente se negaría a cooperar.<sup>23</sup> Jackson era conocido por ser un fiscal un tanto ineficaz. Aún así, provocaron una sorpresa general sus suaves modales al interrogar a Speer. Lo saludó con

sonrisas, lo trató con respeto y evitó cualquier tanteo incómodo. Hubo rumores de que Speer y Jackson habían llegado a un acuerdo.<sup>24</sup> Si hubo un trato, no se cumplió. Cuando los jueces debatieron las sentencias, el fiscal general estadounidense, Francis Biddle, propuso inicialmente la pena de muerte antes de que los jueces franceses y británicos lo convencieran de cambiar de opinión.

Era obvio que ni los equipos norteamericanos ni los británicos harían nada que pudiera provocar que los soviéticos se enteraran de la información que deseaban mantener en secreto. Pero en el mensaje de Speer a Jackson había una amenaza implícita de que podría tener algo guardado en la manga. Tiempo después, Speer hizo la absurda afirmación de que había escrito a Jackson porque se le había dicho a los acusados que, si intentaban sabotear los procedimientos, simplemente serían entregados a los soviéticos, que los someterían a un tratamiento sumario.<sup>25</sup> Su principal motivo fue calmar su vanidad. Deseaba ser visto como un hombre de gran importancia, que estaba más cerca de Hitler que cualquier otro, pero que se encontraba en una categoría muy diferente de los nazis no arrepentidos que rodeaban a Göring. Para los americanos no había, tal como sostuvo Adrian S. Fisher, ninguna duda en absoluto de que Speer era culpable. La única dificultad era decidir si era un caso para una pena más suave que la de muerte.<sup>26</sup>

El tribunal admitió que, bajo los términos del decreto de 21 de marzo de 1942, Sauckel era directamente responsable ante Göring y el Plan Cuatrienal. Pero Speer había ordenado a Sauckel que le proporcionara la mano de obra que necesitaba en la industria de armamentos.<sup>27</sup> Speer sabía perfectamente que los trabajadores que Sauckel le proporcionaba eran en su mayoría extranjeros que habían sido obligados a trabajar. Las pruebas presentadas en el tribunal mostraron que Speer había participado en varias reuniones que exigieron una ampliación del programa de trabajo forzoso. Entre el 10 y el 12 de agosto de 1942, Speer y Sauckel se habían reunido con Hitler para discutir el empleo de la fuerza para conseguir la mano de obra que necesitaba en la industria de armamentos. Speer también estuvo presente en una reunión en el cuartel general de Hitler en la que se acordó que deberían apresarse al menos cuatro millones de trabajadores en los países ocupados para satisfacer las necesidades de Speer. Sauckel había admitido que aquello no sería posible sin la ayuda de Himmler y las SS. El 1 de marzo de 1944, a través de un intermediario, Speer se había quejado a Sauckel de que no había alcanzado las cifras marcadas como objetivo.

El tribunal consideró que su plan para establecer fábricas en los países ocupados, permitiendo así a la industria alemana concentrarse en los armamentos, era «menos inhumano», porque permitía a los trabajadores evitar la deportación, pero aquella era solo una mínima parte del imperio industrial de Speer. Él fue el mayor beneficiario de la mano de obra forzosa en el Tercer Reich, no solo como Ministro de Armamentos, sino también como jefe de la Organización Todt. Además de la mano de obra forzosa que le proporcionaba Sauckel, Speer también hizo amplio uso de la mano de obra de los campos de concentración. Formuló la asombrosa afirmación de que estaba atento de no presionar demasiado a Himmler haciéndole exigencias excesivas. Speer también había hecho uso de los prisioneros de guerra en la industria armamentística, aunque insistió en que solo los había empleado en ramos de la industria sancionados por la Convención de Ginebra. Fue muy afortunado de que al tribunal no se le llamó la atención sobre el hecho de que Mittelbau-Dora, la famosa fábrica subterránea donde se construyeron los cohetes V2 y donde miles de personas murieron debido a las terribles condiciones, formó parte del imperio armamentístico de Speer. Tampoco se mencionó su complicidad con la política de Himmler de hacer trabajar deliberadamente a los presos hasta la muerte.

Se admitió que Speer no estaba directamente involucrado en los malos tratos que implicaba el programa de trabajo forzoso, pero que era muy consciente de ellos. Sabía que se exigía la fuerza para satisfacer sus necesidades. En una reunión de Planificación Central, el 30 de octubre de 1942, afirmó que muchos de los trabajadores forzados que decían estar enfermos eran simplemente holgazanes y que cualquiera que no cumpliera con su parte del trabajo debería ser enviado a un campo de concentración. El tribunal aceptó como circunstancias atenuantes que Speer había demostrado valentía al insistir en que la guerra estaba perdida y había intentado detener la destrucción sin sentido tanto en Alemania como en las zonas ocupadas, pero pasó por alto el hecho de que también había hecho todo lo posible para prolongar la guerra.

La afirmación de Speer de no haber sido consciente de los horribles crímenes del Tercer Reich y su acto de contrición no encajaban bien con su arrogante vanidad. Estaba decidido a presentarse como una de las figuras más importantes en lo que admitió ser un régimen criminal, pero, al mismo tiempo, afirmaba haber ignorado las espantosas cosas que habían ocurrido, incluso dentro de su propia área de competencia. Casi tan pronto como subió

al estrado de los testigos en la tarde del 19 de junio de 1946, su arrogancia le indujo a decir: «Si Hitler hubiera tenido amigos, entonces ciertamente yo habría sido uno de sus amigos íntimos».<sup>28</sup>

En respuesta a la pregunta de Flächsner de si había participado en la planificación y preparación de una guerra de agresión, respondió que ninguno de sus edificios era de uso militar y que, por lo tanto, todos los trabajadores, materiales y dinero empleados en ellos se les habían negado a las Fuerzas Armadas. Afirmó que los edificios de Hitler eran un obstáculo para el programa de rearme. El interrogatorio de Flächsner fue diseñado para demostrar que Speer era un pragmático que encontraba a las personas mejor cualificadas, la mayoría procedentes de la industria, para trabajar en el Ministerio de Armamentos. Siempre que le fue posible, había intentado mantener su ministerio libre de las interferencias del Partido Nazi. Desde el principio, Flächsner se mostró decidido a presentar a su cliente como un tecnócrata apolítico y como un gestor que estaba totalmente absorto en la dirección de una gran empresa que para 1944 tenía catorce millones de empleados solo en Alemania y un presupuesto mensual de entre tres y cuatro mil millones de marcos del Reich. Un personal compuesto por seis mil personas, muchas de ellas voluntarias, administraba toda la empresa. Speer se esforzó por demostrar que su ministerio no estaba dirigido por funcionarios profesionales, sino que era un arreglo *ad hoc* contemplado con profunda sospecha desde el Partido Nazi. Bormann y Goebbels sentían que Speer era «ajeno al Partido» y «hostil al Partido».<sup>29</sup> Speer negó que jamás hubiera recibido un pago a tanto alzado por parte de Hitler como habían hecho muchos otros, pero guardó un discreto silencio sobre las enormes sumas de dinero que había ganado como arquitecto de Hitler y gracias a una serie de oscuros acuerdos de propiedad, incluyendo un sustancial regalo de tierras por parte de Göring. Tampoco mencionó las suntuosas sumas de dinero entregadas a sus principales colaboradores, ni los beneficios obtenidos por las industrias que representaban.

Sobre la cuestión clave del maltrato a los trabajadores de la industria armamentística, afirmó rotundamente que aquello no era ni su responsabilidad ni la de su ministerio. Él solo se ocupaba de las cuestiones técnicas. El bienestar de los trabajadores era responsabilidad del Ministerio de Alimentación, del Ministerio de Trabajo y del Frente de Trabajo Alemán. La disciplina era competencia del Ministerio de Justicia y de la Policía. Los internos de los campos de concentración eran responsabilidad de las SS. El

principal problema para todos los interesados fue que las incursiones aéreas impidieron cumplir con las normas mínimas establecidas por los diversos organismos gubernamentales. Sauckel, por ejemplo, estableció normas estrictas para las condiciones de trabajo y de vida, pero rara vez pudieron cumplirse. Flächsner presentó una serie de documentos que demostraban que Speer se había preocupado por el bienestar de los trabajadores soviéticos. En los documentos se estipulaba que todos serían adecuadamente alimentados. No se mantendría a los trabajadores civiles detrás de alambradas de púas como si fueran prisioneros de guerra, y los prisioneros de guerra recibirían asignaciones de tabaco y similares como recompensas por logros especiales.<sup>30</sup>

Las jornadas de trabajo ocupaban en promedio entre sesenta y sesenta y cuatro horas semanales, pero a menudo se veían interrumpidas por las incursiones aéreas. Los trabajadores de los campos de concentración eran tratados de la misma manera que todos los demás trabajadores. Speer insistió en que los reclusos en campamentos especiales construidos cerca de las fábricas recibían un tratamiento especial y que, cuando él visitó varias obras, le dieron la impresión de estar sanos y bien alimentados. Cuando se le preguntó acerca de las condiciones de trabajo en las fábricas subterráneas, Speer respondió que éstas eran fábricas de vanguardia en las cuales las condiciones eran irreprochables. Estaban libres de polvo, el aire era fresco y la iluminación excelente. Trabajar bajo tierra era exactamente lo mismo que trabajar en el turno de noche en una fábrica normal. Añadió que, contrariamente a la impresión que hasta entonces se había creado en el tribunal, la mayoría de los trabajadores de aquellas fábricas eran alemanes interesados en trabajar en las armas más modernas. Prefirió no mencionar que las fábricas subterráneas habían sido construidas por mano de obra esclava y que la mayoría de esos trabajadores alemanes eran reclusos de campos de concentración. No hizo referencia a la terriblemente alta tasa de fallecimientos en estas trampas mortales.<sup>31</sup> Speer tuvo la suerte de que la fiscalía no siguiera con preguntas sobre el Campo Dora, pues habrían demostrado que las declaraciones de Speer eran descaradamente falsas.

Cuando se le preguntó por qué había visitado el campo de concentración de Mauthausen, respondió que había oído que allí se producían los adoquines para uso civil. Quería poner fin a esto y advertir a las SS para que no desperdiciaran recursos en la producción civil. Le había impresionado mucho el campo. Los edificios estaban sólidamente construidos en piedra. Las condiciones de vida de los internos eran ejemplares. El campamento estaba

impecablemente limpio. Sin embargo, admitió que el comandante había sido advertido antes de su llegada y que, en realidad, no vio a ningún preso trabajando.<sup>32</sup> Speer negó que jamás hubiera usado la brutalidad o el terror para obligar a la gente a trabajar más duro. Insistió en que habría sido imposible lograr que catorce millones de trabajadores se desempeñaran bien usando tales medios. En este punto, el juicio se aplazó por aquel día.<sup>33</sup>

A la mañana siguiente, el 20 de junio, Flächsner interrogó a Speer sobre su relación con Sauckel.<sup>34</sup> Dijo que estaba agradecido por cada trabajador que pudo conseguir. A pesar de ciertas diferencias con él sobre la producción y la asignación de trabajadores alemanes, habían trabajado bien juntos. Antes de que Speer se hiciera cargo de la producción de aviones en agosto de 1944, Sauckel había proporcionado entre el 30 y el 40 por ciento de los trabajadores de las industrias de armamentos. Procedían tanto de Alemania como del extranjero. Speer hizo la extravagante afirmación de que la producción de armas se había multiplicado por siete, la producción de tanques por cinco y medio y las municiones en un 600 por ciento, todo eso con una mano de obra que solo era un 30 por ciento mayor. Gracias a métodos de producción mejorados, había sido posible lograrlo sin formular absurdas exigencias de mano de obra.

Flächsner interrogó a su cliente acerca de una declaración jurada de un estadístico de Estados Unidos que indicaba que, de acuerdo con los documentos del Ministerio de Armamentos, durante la guerra se habían utilizado 400.000 prisioneros de guerra en la industria armamentística.<sup>35</sup> Speer admitió que esto era cierto, pero insistió en que ninguno de ellos estuvo implicado en la fabricación de armas, tal como se especifica en la Convención de Ginebra. En cualquier caso, los prisioneros soviéticos e italianos no estaban protegidos por la convención. Además de los 400.000 mencionados en la declaración jurada, había entre 200.000 y 300.000 internos italianos empleados en las industrias de armamento.

Speer repitió que no era responsable del suministro de mano de obra. Esa era la responsabilidad de Sauckel. Su ministerio sufrió constantemente de una escasez de mano de obra como resultado de la asignación defectuosa de los recursos disponibles. Así, en la primavera de 1943, 200.000 mujeres ucranianas fueron trasladadas a Alemania para trabajar como empleadas domésticas.<sup>36</sup> Habrían estado mucho mejor empleadas en las fábricas de armamentos. Del mismo modo, Speer había sido incapaz de poner las manos sobre las reservas de mano de obra alemana, especialmente las mujeres, que

habría estado fácilmente disponible de haber tenido la autoridad para ponerlas a trabajar. Aseguró que, aparte de los mineros, no habría tenido necesidad de trabajadores extranjeros si se hubieran movilizado los recursos nacionales como se había hecho en Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética.

Prefería utilizar trabajadores de Europa occidental en la industria armamentística, pero, después de las derrotas en Stalingrado y el norte de África, combinadas con el número cada vez mayor de incursiones aéreas en las regiones industriales, se hizo difícil conseguir trabajadores de esta región. Por lo tanto, decidió crear «empresas bloqueadas» en los países ocupados en las que los trabajadores podían evitar la deportación trabajando en las fábricas locales. Como resultado, cada vez era menor el número de trabajadores que llegaban a Alemania desde Francia.

Speer pudo solventar parcialmente el problema de la escasez de mano de obra alemana en la industria de armamento asumiendo el control del Ministerio de Economía. Esto le permitió transformar el sector de bienes de consumo en Alemania hacia la producción de armamento, mientras se empleaban las empresas protegidas en el extranjero para los bienes de consumo. Había esperado, por lo tanto, reclutar a otro millón de trabajadores alemanes para la producción de armamento, además de conseguir espacio adicional en las fábricas, personal administrativo, energía, transporte y materias primas; pero era demasiado tarde para que aquello fuera eficaz.

El presidente del tribunal se mostraba muy impaciente con la línea de interrogatorio de Flächsner. Interrumpió los procedimientos para preguntarle qué estaba intentando demostrar exactamente. Por lo que se refería al tribunal, no importaba si los trabajadores habían venido del oeste o del este. No importaba si los esquemas de Speer eran eficaces o ineficaces. No importaba si se obligaba a la gente a ir a trabajar en Alemania o se veía forzada a trabajar en su patria. No importaba si estaban fabricando armas o bienes de consumo. Era solo una cuestión de legalidad. En este punto, el presidente pidió un receso.

Cuando se reanudó la sesión, las preguntas versaron sobre las negociaciones de Speer en septiembre de 1943 con el ministro francés del Trabajo, Jean Bichelonne, que dio lugar al sistema de «empresas bloqueadas». Como resultado, el número de trabajadores franceses que se trasladaron a Alemania se redujo de los 500.000 inicialmente propuestos a 33.000 en la primera mitad de 1944.<sup>37</sup> El interrogatorio de Flächsner estaba diseñado para establecer una clara distinción entre Sauckel y Speer, pero el

presidente intervino diciendo que ya se había aclarado este punto en varias ocasiones.

Sin inmutarse por esta intervención, Flächsner distinguió entonces claramente entre Sauckel y los gauleiters por una parte, que querían seguir explotando la mano de obra extranjera, y Speer por la otra, que creía que había suficientes reservas de mano de obra en Alemania, especialmente entre las mujeres, para cubrir las necesidades inmediatas. Speer estaba especialmente preocupado por el creciente número de incidentes de sabotaje. Las diferencias entre Sauckel y Speer salieron a la luz en una reunión con Hitler el 4 de enero de 1944. Hitler ordenó a Sauckel que reuniera 3,5 millones de trabajadores en los países ocupados y el OKW recibió instrucciones para que las Fuerzas Armadas le prestasen toda la ayuda posible.

Flächsner se propuso entonces mostrar cómo se había resistido Speer a los intentos de Sauckel y Hitler de reanudar el envío de trabajadores extranjeros a Alemania, especialmente cuando, como preparación para la invasión, la industria francesa había quedado dañada por los intensos bombardeos aliados, que habían dejado sin trabajo a un millón de trabajadores. Sauckel logró obtener la aprobación de Hitler a esta medida durante una serie de reuniones entre el 19 y el 22 de junio de 1944. El OKW emitió órdenes para que los trabajadores fueran apresados y enviados a Alemania, pero las autoridades militares en Francia tenían otras prioridades después de la invasión. En julio de 1944 solo se seleccionó a tres mil trabajadores franceses.<sup>38</sup>

El interrogatorio se desvió entonces hacia la cuestión de las fábricas de armamento dentro de los campos de concentración. Poco después de su nombramiento como Ministro de Armamentos, le ofrecieron a Speer la posibilidad de utilizar los campos de concentración de Himmler para la producción de guerra. Speer sabía muy bien que, con este movimiento, Himmler esperaba hacerse con el control de una parte de la industria armamentística. Por lo tanto, decidió resistirse. Durante su larga enfermedad en 1944, Himmler comenzó a retirar a los reclusos de los campos de concentración de las fábricas de armamento y enviarlos de regreso a los campos principales. Lo hizo a razón de entre treinta y cuarenta mil por mes, y valiéndose de falsas acusaciones de actividades delictivas. Una vez que Speer volvió al trabajo, se mostró decidido a poner fin a lo que describió como un «secuestro».<sup>39</sup>

Durante la sesión vespertina del 20 de junio, Speer señaló cómo él y Hermann Röchling, que era el responsable de la producción de hierro en Europa occidental, se habían resistido al intento de Hitler de utilizar métodos violentos para disciplinar a la mano de obra en Francia y abandonar las «sandeces humanitarias» cuando tratase con saboteadores. Speer había instado a Sauckel para que se asegurase de que al menos se pagase a los trabajadores franceses y que se pusiera a su disposición un cierto número de bienes de consumo.

Cuando Flächsner le preguntó qué había hecho con sus documentos, Speer declaró que los había entregado en su totalidad a las autoridades aliadas cuando todavía estaba en libertad en Flensburg. Esta declaración era una demostración de economía de la verdad. Puede que hubiera entregado la mayoría de los documentos que tenía a mano, pero ciertamente no se separó de todos sus documentos. De haberlo hecho, sus posibilidades de escapar de la pena de muerte habrían sido muy escasas. En respuesta a una pregunta directa, afirmó que no había nada en ellos sobre la ideología nazi o el antisemitismo. Afortunadamente para él, ninguno de los documentos relativos a la expulsión de los judíos de Berlín había caído en manos de la fiscalía. Y apenas se mencionaban los detalles de sus tratos con Himmler y las SS.

Cuando se le preguntó acerca de la trama del 20 de julio de 1944, Speer respondió que no había tenido nada que ver con ella. Supuso que los conspiradores habían sugerido su nombre como posible ministro porque tenía muy buena relación con los generales Fromm y Zeitzler.<sup>40</sup> Speer ofreció una respuesta llamativa a la pregunta de Flächsner sobre si sentía que su responsabilidad se limitaba a su propia área de competencia. «Esta guerra fue una catástrofe inimaginable para el pueblo alemán y causó una catástrofe mundial. Por lo tanto, era obviamente mi deber admitir mi responsabilidad ante el pueblo alemán. Esta obligación era tanto mayor cuanto que el Jefe del Gobierno evitaba su responsabilidad hacia el pueblo alemán y el mundo. Como miembro importante de la dirección del Reich desde 1942, acepto, pues, la responsabilidad conjunta».<sup>41</sup>

Flächsner centró entonces su atención en el papel desempeñado por Speer para frustrar la «Orden Nerón» de Hitler. Speer afirmó que Bormann, Goebbels y Ley apoyaron esta política, pero que las Fuerzas Armadas y los diversos ministros se opusieron firmemente. Su táctica con Hitler fue señalar que, puesto que se negaba a admitir que la guerra se había perdido, se

necesitarían las instalaciones industriales para continuar la guerra. Su política consistió en poner las fábricas cercanas al frente temporalmente fuera de funcionamiento quitando y ocultando los pedazos de equipos esenciales que podrían ser substituidos fácilmente.

Fue en este punto cuando Flächsner presentó el plan de Speer para asesinar a Hitler. Muy comprensiblemente, había tenido serias reservas incluso sobre mencionar este hecho. Temía que forzase la credibilidad de su testimonio más allá de los límites razonables. Después de todo, solamente fue un plan o una intención sobre la cual únicamente existían algunos testimonios sospechosos.<sup>42</sup> En su autobiografía, Speer asegura que había mencionado su intención de matar a Hitler para demostrar lo peligrosas que eran sus «intenciones destructivas».<sup>43</sup> Speer le dijo al tribunal que no quería entrar en detalles, y se sintió algo más que alarmado cuando los jueces le dijeron que les gustaría saber más.

La cuestión del inverosímil intento de Speer de asesinar a Hitler se había planteado por primera vez en la sesión de la tarde del 3 de enero de 1946. Flächsner estaba ausente de Núremberg durante las vacaciones de Navidad. Ocupaba su lugar el abogado defensor de von Papen, el doctor Egon Kubuschok, que había defendido valientemente a varias personas durante la guerra, incluidos los combatientes de la resistencia checa que tuvieron la desgracia de comparecer ante el «Tribunal Popular» de Roland Feisler. Durante el interrogatorio de Otto Ohlendorf, Kubuschok preguntó si había tenido conocimiento de que Speer había intentado detener la destrucción de la propiedad que había ordenado Hitler. Dijo que, efectivamente, lo había sabido. Le preguntaron entonces si sabía que Speer había planeado matar a Hitler a mediados de febrero de 1945. Respondió con un enfático

«no». En respuesta a posteriores preguntas, dijo que sabía que Speer estaba en la lista de posibles ministros de los conspiradores del 20 de julio. A la pregunta de si Speer podría ser considerado como un especialista más que un político, respondió que era imposible seguir siendo apolítico cuando uno estaba tan estrechamente involucrado en el proceso de toma de decisiones, pero añadió que Speer no era conocido por ser particularmente activo desde el punto de vista político.<sup>44</sup>

El testimonio de Ohlendorf tuvo un efecto electrizante. Göring se mostró indignado. Durante una pausa en el proceso, acusó a Speer de sabotear el frente unido de los acusados.<sup>45</sup> Speer había logrado así distanciarse de Göring y de los nazis no arrepentidos incluso antes de subir al estrado. Luego,

aquella misma tarde, Göring le dijo a G. M. Gilbert, el psiquiatra norteamericano que se había convertido en su confidente, que Speer era un desgraciado miserable que simplemente estaba tratando de salvar su asqueroso cuello, para «poder mear por delante y cagar por detrás durante un poco más de tiempo».<sup>46</sup> Durante la pausa de mediodía del día siguiente, Göring le pidió a Baldur von Schirach, el ex jefe de las Juventudes del NSDAP y gauleiter de Viena, que convenciera a Speer para que uniera sus fuerzas con él. Speer rechazó de plano esta propuesta, y acusó a Göring de ser un cobarde, adicto a la morfina y ladrón de obras de arte, que ahora estaba intentando robar todo el protagonismo.<sup>47</sup> Speer repitió este insulto delante del tribunal dos días más tarde. Inicialmente se había comprometido a no decir nada que incriminara o insultara a ninguno de los otros acusados, pero entonces le contó al tribunal que Hitler había dicho del Reichsmarschall que era un fraude corrupto y drogadicto.<sup>48</sup> Aquello supuso un golpe devastador al intento de Göring de pasar a la posteridad de un modo glorioso. La saga de Göring había llegado a su fin. Era improbable que en 1996 se construyeran monumentos en su memoria. A Papen, Schirach y Schacht les encantó que Speer le hubiera asestado el golpe de gracia.

Animado por el efecto electrizante de la afirmación de que había pensado en matar a Hitler, Speer se dispuso a volver a plantear el asunto durante su contrainterrogatorio el 20 de junio.<sup>49</sup> Flächsner le preguntó por qué a mediados de febrero de 1945 le había pedido a Dieter Stahl, el jefe del departamento de municiones, que le proporcionase gas venenoso con el fin de matar a Hitler, Bormann y Goebbels. Speer respondió que se trataba de un acto de desesperación, porque no podía pensar en otra alternativa. Incluso antes de que Hitler promulgara la Orden Nerón, Speer sabía que quería arrastrar al pueblo alemán en su hundimiento. Speer afirmó que había comprendido que la derrota era inevitable y que no había más alternativa que la rendición incondicional.

Speer se mostró muy reacio a responder a la pregunta de Flächsner de si había tenido la intención de llevar personalmente a cabo el intento de asesinato. Por una parte, era una de las pocas personas que todavía tenían acceso a Hitler; por otra, existían ciertos problemas técnicos que había que superar. En sus memorias, Speer afirma que se negó a dar un informe detallado de este presunto intento de asesinato porque no quería alardear.<sup>50</sup> En realidad, en este punto la memoria le falla en el momento adecuado. Después de un receso de diez minutos, ofreció un informe detallado de su plan, aunque

primero protestó asegurando que lo hacía de mala gana, porque «esas cosas siempre son desagradables»».

Le contó al tribunal que Hitler solía reunirse con Ley, Goebbels y Bormann en su búnker de la cancillería. En aquella época, estos hombres eran sus colaboradores más cercanos. Después de la trama de asesinato del 20 de julio, era imposible entrar en el búnker sin ser objeto de un registro exhaustivo. Habría sido imposible conseguir pasar armas o explosivos más allá de los guardias. Por lo tanto, la mejor solución era introducir gas venenoso a través del sistema de ventilación. Le pidió a Stahl que le proporcionara un gas que penetraría por el filtro de gas. Stahl le dijo que había consultado al coronel Soika, un experto en gas venenoso, quien señaló que habría que utilizar explosivos. Eso no era posible, porque la toma de aire estaba hecha de metal ligero y una explosión se habría difuminado de tal modo que habría resultado ineficaz. Una investigación posterior con un ingeniero reveló que el filtro de gas no siempre estaba operativo, de modo que se podría utilizar un gas normal. Speer fue con el ingeniero a examinar la toma de aire, y solo descubrió que, por orden de Hitler, se había construido una chimenea de cuatro metros de altura, de modo que el plan se quedó en nada.<sup>51</sup>

La historia de Speer de su intento planeado de asesinato resulta imposible de creer. En primer lugar, no se construiría un búnker con una entrada de aire a través de una fina chimenea de metal o ladrillo en el techo. Esto sería altamente vulnerable frente un impacto directo, y una explosión provocada por cualquier accidente probablemente habría provocado una onda de presión que habría matado a todo el mundo en el interior. Había dos torres para el sistema de ventilación: una para la toma, la otra para el escape. También había una segunda toma de aire de emergencia. Estaban hechas de hormigón armado macizo con tejados cónicos. La historia de Speer de que conspiró con Johannes Hentschel, el mecánico principal en la cancillería, era igualmente absurda. El filtro solo se utilizaba durante los bombardeos aéreos.<sup>52</sup> Pero incluso si el búnker hubiera sido construido de ese modo, seguía siendo un plan absurdo. Tal como señaló Markus Misch —que actuaba como telefonista y guardia en el búnker—, el búnker estaba custodiado por un gran número de hombres del Servicio de Seguridad, de la Gestapo y de las SS. Era poco probable que hubieran permanecido inactivos mientras Speer subía una escalera para introducir gas en el sistema de ventilación.<sup>53</sup>

La verdad detrás de la trama del gas se descubrió finalmente en los

archivos de la empresa que instaló el sistema de ventilación y aire acondicionado. Durante una reunión a la que asistieron varios generales, así como Göring y Goebbels, hubo un fuerte olor a quemado. Hubo escenas cercanas al pánico ante la posibilidad de un sabotaje. Se desconectó inmediatamente el sistema de ventilación. Después de una larga investigación, se descubrió la causa: el conductor de Göring había aparcado el coche junto a la torre de ventilación con el motor en marcha y el escape tres metros por debajo de la toma. El coche tenía un motor de leña, de ahí el olor. Después de haber limpiado los sistemas de ventilación principal y auxiliar, se pudo reanudar la reunión, pero, a partir de entonces, no se permitió que ningún vehículo estacionara cerca de la torre de ventilación.<sup>54</sup> El relato de Speer sobre su intento de asesinato de Hitler fue simplemente una imaginativa reelaboración a partir de este incidente.

A la mañana siguiente, Jackson sugirió a Speer que había estado involucrado en varias conspiraciones para eliminar a los que él consideraba responsables de la destrucción del país. Speer contestó modestamente que no hacía falta tener un gran valor para actuar de esta manera, porque había solo unas pocas docenas de personas que eran lo suficientemente estúpidas como para continuar la lucha.<sup>55</sup> Esta observación convirtió en absurdo su testimonio del día anterior. Lo que había sido una acción que solo alguien en el círculo íntimo podría considerar, ahora, al parecer, era discutido abiertamente por unos ochenta millones de alemanes. Speer declaró: «En aquel momento, resultaba extremadamente fácil iniciar una conspiración. Uno podía abordar prácticamente a cualquier hombre por la calle y decirle cuál era la situación, y entonces él le diría: “¡Eso es una locura!”. Si esa persona tuviera algún valor, se pondría a su disposición». Jackson dijo: «¿No es un hecho que en el círculo más cercano a Hitler no había casi nadie que se levantara y le dijera que la guerra se había perdido, excepto usted?». Su apuesta había dado sus frutos. Fue una suerte para Speer no haber presentado su plan alternativo de atentado contra la vida de Hitler que había mencionado al Dr. Gilbert. Suponía secuestrar a diez figuras destacadas —entre ellas Hitler, Himmler, Goebbels, Bormann, Keitel y Göring— poniéndolas en un avión y haciéndolas volar a Inglaterra. Desafortunadamente, sus compañeros de conspiración, a quienes no mencionó por su nombre, se echaron atrás en el último momento.<sup>56</sup>

Speer se dio cuenta rápidamente de que el tema central era el trato dispensado a los trabajadores forzados y los prisioneros de guerra. Por lo

tanto, era vital marcar la mayor distancia posible entre él y Sauckel. En esta tarea contó con la ayuda de la actitud de Sauckel durante el juicio. Era un nazi beligerante y sin remordimientos, cuyo lema era «debemos librarnos de la escoria del humanitarismo tímido». Speer les dijo a los americanos que Sauckel era el hombre que más merecía ser juzgado como criminal de guerra. Sauckel devolvió el cumplido, diciéndole a sus captores que Speer era el hombre al que debían colgar.<sup>57</sup>

Speer sabía que, puesto que su ministerio se había beneficiado enormemente de las actividades de Sauckel, no podía intentar cargar todo el peso de la culpa sobre sus hombros. Ambos tenían, al menos, un interés teórico en los trabajadores que fueran suficientemente aptos para realizar una jornada diaria decente. En el transcurso del juicio, Speer se dio cuenta de que, puesto que había trabajado estrechamente con Sauckel, no sería prudente pintarlo con una luz demasiado pobre. En un intento de atribuir las horribles condiciones en las que se vieron obligados a vivir los trabajadores a la inmoral e inhumana campaña de bombardeos aliados, Speer afirmó que Sauckel había hecho todo lo que pudo para asegurarse de que los trabajadores fueran bien tratados y debidamente alimentados.<sup>58</sup>

Himmler había adoptado un enfoque muy diferente. Para él, el trabajo era una forma alternativa y más económica de deshacerse de elementos indeseables. Si los prisioneros iban a morir de todos modos, bien podría ser trabajando hasta morir. Por desgracia para Speer, no fue posible establecer una clara distinción entre el tratamiento humano de la mano de obra forzosa favorecida tanto por él como por Sauckel y la brutalidad asesina de Himmler. Speer había trabajado estrechamente con Himmler, incluso antes de ser nombrado Ministro de Armamentos, y había hecho un amplio uso de los internos de los campos de concentración en Núremberg y Berlín, haciendo hecho la vista gorda a su destino.

La línea de defensa de Flächsner consistía en presentar a Speer como un hombre que se había convertido en Ministro de Armamentos contra su voluntad. Había aceptado la tarea a regañadientes, pues hubiera preferido sin duda permanecer en lo que él llamaba el «mundo ideal» de la arquitectura. El abogado de Speer citó un discurso que pronunció dos semanas después de su nombramiento en el que hacía una declaración en este sentido. Omitió prudentemente la siguiente frase en la que Speer expresaba su determinación de «llevar a cabo de manera temeraria la misión de la guerra».<sup>59</sup> Según esta versión, el reticente arquitecto decidió mantenerse al margen de la política.

Utilizó como prueba un extracto del informe que envió a Hitler el 20 de septiembre de 1944 en el que había sostenido que actuaba puramente como tecnócrata y experto: «Las obligaciones que tengo que desempeñar son apolíticas. He disfrutado de mi trabajo en la medida en que mis esfuerzos se juzgaban según criterios profesionales».<sup>60</sup> Flächsner volvió a este tema en su resumen, argumentando que muchos de los implicados en el atentado del 20 de julio contra Hitler habían considerado que Speer habría sido una persona adecuada con la que contar como ministro en un nuevo gobierno. Esto, sostenía, era la prueba de que Speer era un hombre al que, tanto en su patria como en el extranjero, consideraban un experto apolítico y decente.

Durante la sesión matinal del 21 de junio, Jackson interrogó a Speer sobre el Partido Nazi y la política del gobierno respecto a los judíos.<sup>61</sup> Contestó que sabía que el partido era antisemita y que los judíos fueron evacuados de Alemania, pero negó que estuviera implicado en modo alguno. Más bien al contrario, dijo que, cuando fue nombrado Ministro de Armamentos, se había opuesto a la retirada de judíos de las fábricas de armamentos y logró rescindir la orden. En septiembre u octubre de 1942, Hitler ordenó que todos los judíos fueran retirados de las fábricas de armamentos, pero Speer logró posponer aquello hasta marzo de 1943, «momento en el que cedió la resistencia». El caso de Speer se debilitó seriamente cuando, como prueba contra él, se leyó un informe de Sauckel fechado el 26 de marzo de 1943. Se titulaba «Deportación de judíos» y se dirigía a las Oficinas Provinciales de Trabajo. Se demostraba que los judíos eran deportados y recluidos en campos de trabajo por órdenes de Himmler, con Speer y Sauckel de pleno acuerdo.<sup>62</sup>

Durante su interrogatorio del 18 de octubre de 1945, Speer había admitido que no se había opuesto a que unos cien mil judíos húngaros fueran evacuados para trabajar en fábricas subterráneas de aviones. Admitió que aquellos y otros trabajadores fueron traídos a Alemania contra su voluntad, y utilizó el argumento espurio de que, puesto que el derecho internacional había sido violado en esta cuestión antes de su nombramiento como ministro, no era en modo alguno responsable. Jackson no continuó esta línea de interrogatorio. Speer tuvo la suerte de que el asesinato en masa de los judíos europeos no fuera un tema central en Núremberg y que la fiscalía no había investigado sus actividades para la reconstrucción de Berlín ni en sus operaciones en la Unión Soviética antes de ser nombrado Ministro de Armamentos.

Jackson dedicó mucho más tiempo a la cuestión del trato salvaje que

recibieron los prisioneros de guerra soviéticos, particularmente en las factorías de Krupp en Essen. Disponía de una impresionante colección de pruebas. Primero aparecieron las fotografías de unos armarios de hierro, de 1,52 metros de altura, 40 centímetros de ancho y 50 centímetros de profundidad, al parecer contruidos especialmente por Krupp para castigar a los prisioneros de guerra soviéticos y trabajadores forzados más recalcitrantes. Había una abertura en la parte superior, cubierta por una parrilla, a través de la cual se vertía agua helada en invierno para aumentar el castigo. No se les permitía salir ni siquiera cuando sentían una llamada de la naturaleza.

Otro conjunto de fotografías mostraba una habitación de 2,5 metros de ancho, 5 metros de largo y 2 metros de altura en la que dieciséis prisioneros tenían que dormir en literas. Jackson le dijo al tribunal que tenía más de cien declaraciones juradas de reclusos del campo de trabajo de Krupp que describían al detalle el espantoso trato que se les daba. Leyó una de estas declaraciones, la del Dr. Apolinary Gotowicki, oficial médico del ejército polaco que había sido capturado en enero de 1941. Describía las terribles condiciones en las que se veían obligados a vivir los prisioneros de guerra soviéticos y los trabajadores forzados. Dormían apiñados en un suelo de hormigón sobre colchones de paja llenos de pulgas y piojos. Muchos de los hombres habían sido maltratados brutalmente y estaban cubiertos de graves contusiones provocadas por fuertes golpes con barras de hierro, mangueras de goma o palos. Cada vez que Gotowicki se quejaba a la dirección de Krupp, le decían que todo aquello era asunto de las SS y la Gestapo, y le advirtieron que, si no mantenía la boca cerrada, también él acabaría en un campo de concentración. No recibió suministros médicos, ni de la Wehrmacht ni de Krupp, de modo que en 1942 la tasa de mortalidad era de cuatro muertes al día. Las mujeres eran tratadas tan mal como los hombres. Se les alimentaba con una sopa acuosa cuyo olor era tan infame como su sabor. Vestían con harapos, se calzaban con trozos de tela o zuecos de madera y eran golpeados con frecuencia.<sup>63</sup>

Speer respondió sin alterarse que ese hacinamiento se debía al bombardeo de los Aliados, que había causado una grave escasez de alojamiento, y añadió que sería un error generalizar a partir de este único ejemplo. Tuvo que repetir esta respuesta porque Jackson no consiguió comprender la traducción. Speer utilizó aquello como una oportunidad para añadir que no creía que la historia del Dr. Gotowicki fuera verdad. Además, le parecía absurdo que Jackson

asumiera que él sabía lo que estaba pasando en el campamento de Krupp, porque lo dirigían las SS.

Cuando Jackson señaló que Speer debía haber tenido interés en contar con trabajadores sanos, este respondió que se perdieron muy pocas horas debido a enfermedades y que la mayoría de los que se declararon enfermos lo hicieron en respuesta a la propaganda aliada que los animaba a sabotear la producción de armamentos. En tales casos, pensaba que era adecuado un castigo. En cualquier caso, castigar no era su problema. Era competencia de Sauckel y de las SS. Cuando se le presionó sobre la cuestión de los armarios metálicos, Speer le dijo a Jackson que eran armarios absolutamente normales. No habían sido hechos especialmente para torturar. Todos estos armarios tenían orificios de ventilación en la parte superior e inferior. En resumen, la historia era una invención. «Quiero decir, después del hundimiento de 1945, se recolectaron muchas declaraciones juradas que no eran del todo ciertas... Después de una derrota es muy posible que la gente haga esas cosas».<sup>64</sup>

Speer tuvo la audacia de afirmar que todas estas declaraciones sobre el brutal maltrato a los trabajadores extranjeros y los prisioneros de guerra eran invenciones. «Yo diría que el pueblo alemán no hace esas cosas. Si se produjo algún caso concreto, los implicados fueron castigados. No es posible arrastrar al pueblo alemán al barro de esa manera. Los jefes de las empresas eran gente decente. Se interesaban por sus trabajadores. Si el jefe de la fábrica de Krupp hubiera escuchado semejantes cosas, seguramente habría reaccionado de inmediato».<sup>65</sup>

Puesto que ni los británicos ni los franceses deseaban interrogar a Speer, fue entonces el turno del abogado soviético, el general M. Y. Raginsky, para interrogar al acusado. Sostuvo que Speer debía haber sabido de las intenciones agresivas de Hitler, particularmente contra la Unión Soviética, porque había leído *Mein Kampf*. Speer contestó fríamente que: «Me sentí particularmente aliviado en 1939 cuando se firmó el Pacto de No Agresión con Rusia. Después de todo, sus diplomáticos también debían haber leído *Mein Kampf*. Y, sin embargo, firmaron el Pacto de No Agresión. Ciertamente eran más inteligentes que yo. En términos políticos, quiero decir».<sup>66</sup> Speer venció al torpe Raginsky en todos los envites. Además, recibió la ayuda de Lord Lawrence, el Presidente del Tribunal, que se vio obligado a intervenir con la ácida observación: «¿Cuál es el objeto final del interrogatorio? Usted dice que está llevándonos a otro lugar. ¿A dónde exactamente?».<sup>67</sup> Raginsky se metió una y otra vez en callejones sin salida, desperdició el tiempo del

tribunal repitiendo preguntas que ya habían sido contestadas exhaustivamente y le dio a Speer innumerables oportunidades de demostrar su superior inteligencia. El presidente se sintió obligado a intervenir frecuentemente en un intento de mantener al desafortunado general en el buen camino, pero con poco provecho. Debió haber muchos entre los presentes que se divirtieron con la humillación de aquel ruso de mirada severa, que pronto abandonó la desigual lucha. El interrogatorio de Speer terminó con algunas breves preguntas por parte de Flächsner y del abogado defensor de Sauckel, Robert Servatius, por parte de la defensa, y de Biddle por parte de la acusación.<sup>68</sup>

El juicio a Speer llegó a su fin el 23 de julio. La sesión comenzó con el resumen de Flächsner.<sup>69</sup> Hizo hincapié en la afirmación de Speer de que, como arquitecto, no había tenido nada que ver con crímenes contra la paz; al contrario, sus actividades en este sentido obstaculizaron los preparativos de guerra, porque requirieron grandes cantidades de materias primas y equipos que, de otro modo, podrían haber sido utilizados, directa o indirectamente, para armamentos. Puesto que se trataba de proyectos a largo plazo, Speer había asumido, obviamente, que Hitler planeaba un largo período de paz.

Flächsner se movió en un terreno más resbaladizo al referirse a los cargos bajo el Artículo 52 de la Convención de La Haya sobre la Guerra Terrestre, que establece que «no se exigirán servicios de los municipios o habitantes, a excepción de las necesidades del ejército de ocupación. Deberán ser proporcionales a los recursos del país, y de tal naturaleza que no comprometan a los habitantes en la obligación de participar en operaciones militares contra su propio país».<sup>70</sup> Esto se matizó en el sentido de que la Unión Soviética no era firmante de la Convención, de modo que las condiciones establecidas en el Artículo 52 no se aplicaban a los ciudadanos soviéticos.

Por lo tanto, la cuestión era si la deportación de trabajadores de los territorios ocupados constituía una violación de la Convención de La Haya. En este punto, Flächsner argumentó que debía tomarse en consideración el Artículo 46, que establecía que «se debe respetar el honor y los derechos de la familia, las vidas de las personas y la propiedad privada, así como las convicciones y las prácticas religiosas. No se puede confiscar la propiedad privada». Por otra parte, la cuestión era determinar si estas deportaciones se realizaron conforme a los acuerdos alcanzados con el gobierno del país ocupado.

La fiscalía sostuvo que todos esos acuerdos carecían de valor jurídico

porque se habían firmado bajo coacción. Flächsner insistió en que, en cualquier tratado, una de las partes suele tener la ventaja, especialmente en el caso de los tratados de paz, pero que eso no afecta a su legalidad. En el caso de Francia, Vichy era el régimen legítimo, y sus tratados tenían plena vigencia legal. Francia se benefició de estos acuerdos en el sentido de que se reavivó la economía, se alivió el desempleo generalizado y se liberó a los prisioneros de guerra.

En el caso de Holanda y Bélgica, no había gobiernos con los que negociar un tratado. Las reglas que se aplicaron aquí ya habían sido discutidas durante el juicio de Richard Seyss-Inquart, el Comisario del Reich en los Países Bajos. En el caso de Europa oriental, la cuestión era si el Artículo 46 era de aplicación universal en virtud del derecho internacional, incluso si un país no era signatario de la Convención. Flächsner argumentó que el derecho internacional reconoce que, en un estado de emergencia, podrían tolerarse ciertas prácticas ilegales, y afirmó que la exigencia aliada de rendición incondicional creaba esa emergencia. Sabiendo muy bien que esta política databa de la Conferencia de Casablanca de enero de 1943, Flächsner señaló que existía un estado de emergencia antes de esa fecha, porque la guerra ya se había convertido en una guerra total. La guerra, tal como la definía la Convención de La Haya, era entre las fuerzas combatientes de los países beligerantes. Ahora la guerra tenía también como propósito la interrupción total de la economía del enemigo y los objetivos civiles. Así pues, la política laboral de Alemania era una respuesta justificada a la ofensiva aérea aliada.

En este punto, el presidente intervino para preguntar si se había llegado a un acuerdo después de la guerra de 1914-1918 que sugiriese que las reglas de La Haya sobre la Guerra Terrestre ya no eran aplicables.<sup>71</sup> Flächsner respondió que no había habido cambios ni modificaciones en absoluto, y continuó su alegato argumentando que las incursiones aéreas y el bloqueo habían provocado un estado de emergencia y que su defendido Speer tenía motivos para creer en la existencia de tal emergencia. En septiembre de 1942, sabía que los obreros soviéticos estaban siendo forzados contra su voluntad a trabajar en Alemania. Speer apoyó esto, porque no había otra manera en la que él pudiera haber satisfecho sus necesidades de mano de obra. La emergencia anuló todas las preocupaciones legales.

Flächsner sostuvo que Speer evaluaba sus necesidades y dependía de Sauckel para satisfacerlas. Tal como habían declarado los testigos Walther Schieber, que estaba a cargo de los envíos en el Ministerio de Armamentos;

Hans Kehrl, que era jefe de la Oficina de Armamentos en el ministerio, y Fritz Schmelter, del Estado Mayor de Cazas, Speer hizo todo lo posible para obtener mano de obra alemana. La mano de obra extranjera fue un último recurso. Según el testimonio de Karl-Otto Saur, el número de trabajadores en la industria de armamento bajo Speer había aumentado de 4 millones a 4,9 millones, pero la producción había superado ampliamente ese aumento. Con ello, Speer había reducido al mínimo el empleo de trabajadores extranjeros. Se había enfrentado a la fuerte oposición de Sauckel por las industrias protegidas en Europa occidental para evitar así las deportaciones y aumentar el número de alemanes empleados en la industria armamentística. El trabajo forzoso en Francia fue la consecuencia de un decreto del gobierno francés.

Cuando Speer se hizo cargo del ministerio de Todt, la transferencia de mano de obra extranjera a Alemania ya estaba en pleno apogeo. Flächsner argumentó que Speer había asumido que todas las cuestiones legales habían sido debidamente consideradas. Sauckel le había asegurado con frecuencia que actuaba dentro de los estrictos límites de la ley. El cometido de Speer era equivalente al de un director técnico de fábrica. Por lo tanto, no formaba parte de sus deberes examinar si el contrato de trabajo de cada trabajador en concreto se ajustaba a la ley. Esa era la responsabilidad de Sauckel, cuya función era análoga a la de un director de personal.<sup>72</sup>

Flächsner rechazó el argumento de la acusación de que, puesto que Speer era miembro de la junta directiva de Planificación Central, debió haber desempeñado un papel destacado en la adquisición de mano de obra extranjera. Demostró convincentemente que Planificación Central no representó ningún papel activo a este respecto. El único responsable era Sauckel. Además, defendió que, puesto que la Convención de La Haya sobre la Guerra Terrestre abarcaba un «concepto diferente de la guerra» que la forma actual de «guerra económica», sus disposiciones no eran aplicables.<sup>73</sup> Aunque todos estaban de acuerdo en que la deportación y el empleo de mano de obra forzosa de extranjeros era ilegal, había que recordar que Speer no era responsable de aquello y que hizo lo que pudo para mejorar sus condiciones de vida. En cuanto a los «abusos de carácter general, de los que podría ser considerada responsable la empresa de Krupp», fueron causados exclusivamente por los bombardeos aliados.

El punto principal en el alegato de Flächsner era que la asignación de la mano de obra estaba en manos de Sauckel. El ministerio de Speer se limitaba a asignar la mano de obra disponible según este procedimiento, así como a

transferir mano de obra de una planta de armamento a otra. Speer no era responsable de los medios empleados para conseguir la mano de obra extranjera, ni de su transporte a Alemania. Solo era responsable de la utilización de parte de la mano de obra que le proporcionaba Sauckel.<sup>74</sup>

Flächsner dirigió entonces su atención a la acusación de que Speer había violado dos artículos de la Convención de Ginebra de 1929. El Artículo 31 declaraba que estaba prohibido emplear prisioneros de guerra para la fabricación o el transporte de armas o municiones de cualquier clase, o para el transporte de material destinado a las unidades combatientes. El Artículo 32 prohibía el empleo de prisioneros de guerra en trabajos insalubres o peligrosos. No se deberían endurecer las condiciones de trabajo mediante el empleo de medidas disciplinarias.

Su defensa se basaba aquí en el argumento de que el término «industria de armamentos» utilizado por Speer no era coincidente con la fabricación de armas y municiones. Abarcaba una amplia gama de materias primas y plantas industriales, tales como fundiciones, forjas y laminados, industrias ópticas y eléctricas, rodamientos y ruedas dentadas, etc. Solamente entre el 20 y el 30 por ciento de esa producción se utilizó en la fabricación de armamento, tal como se definía en la Convención de Ginebra. Los estadounidenses habían presentado una declaración jurada de un estadístico que pretendía mostrar el número de prisioneros de guerra empleados en la industria armamentística, pero Flächsner indicó que no mostraba en qué ramas de la industria armamentística habían sido obligados a trabajar aquellos prisioneros de guerra.

La fiscalía francesa había insistido en que el empleo en la industria armamentística de prisioneros de guerra que habían sido liberados del cautiverio constituía una violación del Artículo 31. Flächsner sostuvo que esas personas eran agentes libres, incluso cuando habían aceptado trabajar como condición para su liberación. Habían sido libres de continuar como prisioneros de guerra y, por lo tanto, protegidos por la Convención de Ginebra. La asignación de prisioneros de guerra no era responsabilidad de Speer, sino de Sauckel junto con las autoridades militares. Flächsner indicó que el empleo de reclusos en los campos de concentración no era ilegal en sí mismo, porque siempre había sido práctica habitual en Alemania hacer que los condenados trabajaran, ya fuera en la cárcel o en el exterior.<sup>75</sup> La cuestión de si todos los reclusos del campo de concentración podían definirse como convictos no llamó la atención del tribunal.

Citando una carta escrita por Walther Schieber a Speer el 7 de mayo de 1944, Flächsner señaló que el Ministerio de Armamentos fomentaba el empleo de reclusos de los campos de concentración porque les ofrecía mejores condiciones en los campos especiales cercanos a su lugar de trabajo. La carta decía que solo había 36.000 presos que trabajaban en la industria armamentística y que el número estaba disminuyendo.<sup>76</sup> Flächsner indicó que estas cifras refutaban la afirmación de la fiscalía de que se enviaba deliberadamente a personas a los campos de concentración para mantener un suministro constante de mano de obra. Cuando su abogado defensor le preguntó por qué había construido campos de concentración especiales cerca de las principales fábricas, Speer tuvo la audacia de responder: «Estos campos de trabajo se construyeron para tener en las fábricas trabajadores que estuvieran frescos y disfrutaran de su trabajo».<sup>77</sup>

Flächsner señaló que los judíos húngaros habían sido enviados a construir fábricas de aviones a prueba de bombas durante la enfermedad prolongada de Speer y que él se había opuesto totalmente a esta idea. El trabajo había sido realizado por Xaver Dorsch de la Organización Todt, quien, aunque estaba subordinado a Speer, en este caso actuó bajo órdenes directas de Hitler. Nunca se preguntó si las objeciones de Speer fueron por el empleo de mano de obra judía húngara o por el esquema de Dorsch de construir gigantescos bunkers.<sup>78</sup>

Sobre la cuestión de enviar a los vagos a los campos de concentración, Flächsner declaró que los Aliados habían montado una enorme campaña de propaganda, lanzando folletos que animaban a los trabajadores a declararse enfermos en cada posible ocasión. Aseguró que el castigo para los que fingieron enfermedad era el resultado de un decreto publicado por Sauckel. En los casos particularmente graves, los culpables podían ser enviados a un «campo de entrenamiento de trabajadores» durante cincuenta y seis días o permanentemente a un campo de concentración. El decreto se aplicaba por igual a los trabajadores nativos y extranjeros. Solo un pequeño número de trabajadores sufrió aquel castigo. Speer también insistió en que los prisioneros de guerra escapados que habían estado trabajando en la industria de armamentos debían ser devueltos a su lugar de trabajo en lugar de ser enviados a un campo de concentración cuando fueran capturados.<sup>79</sup>

Flächsner concluyó su alegato con un extenso relato de la evaluación de Speer de que no se podía ganar la guerra y sus esfuerzos para frustrar la Orden Nerón de Hitler. Ya en junio de 1944, Speer había advertido a Hitler

de que, si continuaba disminuyendo la producción, perderían la guerra. En enero de 1945, según el testimonio del general Guderian, por aquel entonces Jefe del Estado Mayor del Ejército, Hitler definió cualquier conversación sobre la posibilidad de perder la guerra como alta traición y la posibilidad de ser castigada como tal. No obstante, Speer continuó diciéndole tanto a Guderian como a Hitler que las perspectivas de Alemania eran sombrías.<sup>80</sup>

Theo Hupfauer, jefe de la Oficina Central del Frente de Trabajo Alemán, la secretaria de Speer Annemarie Kempf, su ayudante Manfred von Poser y Carl Rudolf Stahl, que había asumido las responsabilidades de las municiones en el ministerio de Speer en junio de 1944, todos ellos testificaron que Speer les había dicho a los gauleiters y a los comandantes del Ejército que la guerra estaba perdida y que debían detener la destrucción sin sentido de la propiedad.<sup>81</sup> A pesar de que, el 29 de marzo de 1945, Hitler había advertido a Speer de las consecuencias de sus acciones, éste fue a Seyss-Inquart dos días más tarde para explicarle que la situación era desesperada. Seyss-Inquart inició negociaciones con representantes de los ejércitos aliados y soviéticos y con el gobierno holandés a fin de proporcionar alimento a la hambrienta población holandesa y comenzar las negociaciones para la capitulación total de las fuerzas alemanas en Holanda. Los resultados no fueron demasiado impresionantes. Decenas de miles de holandeses murieron de hambre, y 4,5 millones sufrieron una hambruna aguda durante los últimos meses de la guerra.<sup>82</sup>

Flächsner sostuvo que el hecho de que no hubiera pruebas de que las industrias en Polonia, los Balcanes, Checoslovaquia, Francia, Bélgica y Holanda fueron destruidas durante la retirada alemana se debió a los esfuerzos de Speer. El general Guderian había declarado que en febrero de 1945 Hitler había vinculado su destino con el del pueblo alemán. Estaba decidido a continuar la lucha hasta el trágico final, aunque sabía que estaba perdido. Por lo tanto, ordenó la destrucción cualquier cosa que tuviera un valor real. Hitler y Bormann emitieron órdenes claras en este sentido. Pero, tal como había declarado «Panzer» Rohland, Speer se mostró decidido a asegurar que se proporcionaran los más esenciales artículos de primera necesidad, a fin de hacer posible un cambio rápido hacia una economía de paz.

A principios de noviembre de 1944, Speer había ordenado que se detuviera la fabricación de gas venenoso. A finales de enero, Speer se preocupó por la situación alimentaria. Para garantizar que el pueblo alemán pudiera ser

alimentado adecuadamente, convirtió en prioridad la fabricación de maquinaria agrícola, y asegurarse así que en primavera se cultivaría la tierra. Flächsner añadió que era un gran mérito de Speer que Bormann y Goebbels se refirieran a él como ajeno y hostil al Partido y que los conspiradores del 20 de julio lo consideraran un candidato adecuado para una posición ministerial en el caso de que su complot hubiera tenido éxito. Terminó su alegato con un llamamiento optimista: «Speer tuvo que traicionar a Hitler para seguir siendo leal a su pueblo. Uno no puede más que respetar la tragedia que yace en este destino».<sup>83</sup>

El 27 de julio de 1946, el día número 189 de los juicios, Sir Hartley Shawcross describió el caso británico contra Speer.<sup>84</sup> Presentado con pasión contenida, constituyó un brillante resumen del caso de la acusación que demostraba un completo dominio del material. Desechó de inmediato el argumento de Speer de que, puesto que todas las violaciones del derecho internacional habían tenido lugar antes de asumir el cargo en febrero de 1942, no era en absoluto responsable. Speer había declarado que, durante sus primeros meses en el cargo, había «utilizado toda mi energía para garantizar que se trajera a Alemania al mayor número posible de trabajadores». Además, había reconocido la recepción de un millón de obreros soviéticos en agosto de 1942, y el 4 de enero de 1944 reclamó 1.300.000 trabajadores más durante el año. Sir Hartley consideraba que la retención de los trabajadores franceses en Francia era «una mera cuestión de mitigación». La actitud de Speer ante el tribunal podría parecer moderada, pero sus políticas habían causado una miseria y un sufrimiento espantosos a millones de soviéticos y otras familias. Insistió en que la gradual toma de conciencia de Speer sobre los verdaderos intereses del pueblo alemán en las etapas finales de la guerra no podía en absoluto absolverlo de haber participado en estas terribles actividades. Su argumento de que cualquier incidente de malos tratos hacia los trabajadores fue excepcional, por lo que no podía aceptar ninguna responsabilidad personal, no se sostenía. Las pruebas demostraban que esas condiciones fueron muy comunes.

Speer explotó «hasta el agotamiento y la muerte» la mano de obra que le proporcionaron Sauckel, Kaltenbrunner, los gauleiters y los generales.<sup>85</sup> La afirmación de Flächsner de que el gobierno francés había dado libremente su consentimiento para enviar mano de obra forzosa a Alemania simplemente no se basaba en los hechos. Como jefe de Organización Todt, Speer explotó a más de un millón de hombres. Después de la incursión de los Dambuster

contra las presas de Möhne y Edersee en mayo de 1943, más de cincuenta mil franceses fueron deportados para reparar los daños. Speer era en última instancia responsable de los malos tratos a los trabajadores en las fábricas alemanas, especialmente en las plantas de Krupp. Obtuvo la autorización del OKW para seleccionar mano de obra cualificada de los campos de concentración y empleó a treinta y dos mil presos en la industria de armamentos. Además, cuatrocientos mil prisioneros de guerra fueron obligados a trabajar bajo sus órdenes. Cien mil judíos húngaros fueron llevados a trabajar a sus fábricas subterráneas de armamento. Sir Hartley afirmó además que Speer compartía la responsabilidad de «la deportación de judíos a campos de trabajo especiales, donde fueron exterminados», pero no consiguió presentar ninguna prueba que demostrara que ese fue el caso.<sup>86</sup> También afirmó que las cámaras de gas móviles fueron utilizadas en varias fábricas, entre ellas Daimler, todas ellas subordinadas a Speer como Ministro de Armamentos.<sup>87</sup>

En la mañana del 30 de julio de 1946, el general Rudenko presentó el caso de la fiscalía soviética. Speer había sido nombrado Ministro de Armamentos por Hitler, era amigo íntimo de Hitler, pero afirmaba que no sabía nada de sus planes. Había sido miembro del Partido Nazi durante catorce años, pero supuestamente permanecía al margen de la política. Nunca había leído *Mein Kampf*. Había mentido al asegurar que nunca perteneció a las SA o las SS. Había ocupado varios cargos importantes dentro del Partido Nazi. Estaba a cargo de todas las cuestiones técnicas, presidió la Oficina Central de Ingeniería, dirigió el Sindicato Nacionalsocialista Alemán de Técnicos, fue subdirector de personal de Rudolf Hess y jefe de una importante organización dentro del Frente de Trabajo Alemán. Colaboró con Hitler, Hess, Ley y Göring. Era Ministro del Reich, pero también un líder político fascista. Como ministro, explotó sin piedad a la población de los países ocupados y convirtió a los prisioneros de guerra en esclavos.<sup>88</sup>

Rudenko sostuvo que «cuando los aviadores fascistas bombardearon ciudades y aldeas pacíficas, asesinando a mujeres, ancianos y niños, cuando la artillería alemana bombardeó Leningrado, cuando los piratas hitlerianos hundieron barcos hospitales, cuando las ciudades inglesas fueron bombardeadas por las armas V —todo vino como resultado de las actividades de Speer». Speer también había admitido que había estado fabricando gas venenoso.

El fiscal soviético también afirmó que Speer se había negado a nombrar a

nadie cercano a Hitler a quien hubiera criticado por la sencilla razón de que nunca lo había hecho. El hecho de que se diera cuenta de que Alemania había perdido la guerra apenas contaba a su favor. ¿Quién, en su sano juicio, podía pensar lo contrario?<sup>89</sup>

Adrian S. Fisher, asesor jurídico del Fiscal General de los Estados Unidos, Francis Biddle, había preparado dos memorias sumarias para el tribunal durante el verano de 1946, en las que detallaba el caso contra Speer. Argumentaba que, a pesar de todas sus aparentes reservas, había utilizado al menos a treinta mil presos de campos de concentración como trabajadores. Aunque había recomendado que fueran tratados razonablemente bien, por la sencilla razón de que los trabajadores enfermos y desnutridos carecían de valor, sin duda sabía que vivían en condiciones inaceptablemente duras. Fisher sostenía que el sistema de industrias bloqueadas era una violación de las reglas de La Haya, a pesar de que podían haber servido para salvar a algunos trabajadores extranjeros de la deportación. Fisher se negaba a aceptar el argumento de que, puesto que la Unión Soviética no había firmado la Convención de Ginebra, los alemanes estaban técnicamente en su derecho de poner a trabajar a los prisioneros de guerra soviéticos en las industrias de armamento. Un argumento contrario era que, aunque los soviéticos no eran signatarios de la Convención, los alemanes seguían estando obligados por el derecho internacional a respetar las «leyes consuetudinarias y los usos de la guerra». La fiscalía había cometido un grave error al utilizar estadísticas desnudas de los prisioneros de guerra que trabajaban para el ministerio de Speer, de modo que no se mencionaba específicamente el gran número de prisioneros que no eran ciudadanos soviéticos y que estaban protegidos por la Convención. Esto dejó la impresión de que solo los prisioneros de guerra soviéticos habían sido explotados de ese modo.

En opinión de Fisher, el problema fundamental no era saber si Speer era culpable o inocente —era demostrablemente culpable—, sino si había alguna prueba atenuante. Speer claramente no era un monstruo, a diferencia de algunos de los otros acusados. Sin duda, él se había opuesto a las políticas de tierra quemada de Hitler, a menudo con considerable riesgo personal, pero Fisher no se tomó demasiado en serio la afirmación de Speer de haber planeado matar a Hitler. La cuestión principal era que Speer se encontraba claramente en una posición excepcionalmente poderosa. Tenía la formación, la inteligencia y los antecedentes sociales que debían haberle permitido comprender las implicaciones morales de lo que estaba haciendo. Por último,

su visión crítica de Hitler en las etapas finales de la guerra, ¿compensaba los muchos años de plena complicidad?<sup>90</sup>

El 29 de agosto, Thomas J. Dodd, Fiscal Auxiliar de los Estados Unidos, resumió el caso contra los principales criminales de guerra. De Speer dijo: «El (los) gauleiter(s), que funcionaban como Comisarios de Defensa del Reich, a las órdenes de Speer y Sauckel, y en las más repugnantes condiciones de transporte, enviaban a los esclavos desde los depósitos de recepción hasta las fábricas de armamentos, donde se les trataba como indignidades sub-humanas y trabajaban hasta morir. Se les negaba cualquier atención médica e incluso los suministros médicos más básicos. Privados incluso de las ventajas sociales de un corral, sobrevivían en lugares que apenas alcanzarían la calificación de establos. Con una estupidez desconocida en el cuidado de los animales domésticos comunes, se distribuyeron a los gauleiter(s) y kreisleiter(s) y a su personal unas directivas que preveían el aborto de las trabajadoras. Sus guardias pertenecían al Servicio de Seguridad y a la Gestapo, y los bloques de celdas del campo de concentración aguardaban a cualquiera que mostrara irritación por la crueldad recibida. Animados por Speer, los gauleiter(s) usaron prisioneros de guerra como mano de obra esclava, y los sicarios de Rosenberg en los territorios orientales, espoleados por las exigencias de Sauckel, recolectaban nuevos siervos para la esclavitud».<sup>91</sup>

Después de esta notable exhibición de retórica, el general Rudenko presentó el breve resumen de la fiscalía soviética. Aunque todas las pruebas indicaban lo contrario, afirmó que, cuando, en marzo de 1945, Speer recibió poderes plenipotenciarios de Hitler para la destrucción de objetivos industriales, puentes, ferrocarriles y otros medios de comunicación, había ordenado a los gauleiters que cumplieran esas órdenes.<sup>92</sup> Además, Speer era culpable de haber utilizado a gente de los países ocupados y prisioneros de guerra como trabajadores forzados.<sup>93</sup>

Speer pronunció su declaración final durante la tarde del 31 de agosto de 1946. Se distanció de su admisión de la responsabilidad general revolcándose en la autocompasión, lamentando el tremendo sufrimiento que Hitler y su sistema habían traído sobre el desafortunado pueblo alemán, y aseguró que era la aplicación de la tecnología la que hacía única la dictadura de Hitler. Según esta versión, la radio había privado a los alemanes de la capacidad de pensar por sí mismos. El teléfono, la radio y el teletipo posibilitaban la rápida transmisión de órdenes e información, reforzando con ello la autoridad. La

tecnología transformó a los asistentes y asesores en receptores pasivos de órdenes. Speer, el profeta del castigo, advirtió a la corte que el mundo moderno era propenso a ser aterrorizado por la tecnología, a menos que se defendieran firmemente las libertades individuales.<sup>94</sup>

Muy consciente de la creciente ruptura entre la Unión Soviética y los Aliados occidentales, dibujó un dramático escenario digno de H. G. Wells de una futura guerra con misiles balísticos intercontinentales, torpedos que buscaban sus objetivos, horribles armas químicas y la bomba atómica. Profetizó en tono sombrío que «nada puede impedir que la ingeniería y la ciencia no confinadas completen el trabajo de destruir a los seres humanos que ha comenzado de manera tan espantosa en esta guerra». En un llamamiento directo a las potencias occidentales, insistió en que «cuanto más esté dominado el mundo por la tecnología, mayor será la necesidad de la libertad individual y la confianza en sí mismo como contrapeso».<sup>95</sup> Este fue un tema sobre el que insistiría una y otra vez tras su liberación. Dio sus frutos en un rimbombante ejercicio de pseudo-filosofía con el portentoso título de *Tecnología y Poder*.<sup>96</sup>

Todavía quedaba un destello de esperanza. Durante siglos, el pueblo alemán había contribuido enormemente a la civilización humana y con frecuencia lo había hecho cuando era tan impotente y débil como ahora. Los alemanes pueden crear obras nuevas y duraderas de particular importancia. La grandeza de una nación no solo se decide mediante la guerra, sino también por sus logros culturales. Concluyó esta asombrosa actuación diciendo que «una nación que cree en su futuro nunca perecerá. Que Dios proteja a Alemania y la cultura de Occidente».<sup>97</sup> Alemania, que había caído en las garras de la tecnología y había sido víctima de ella, iba a liderar el resurgimiento cultural del Occidente, ofreciendo así una alternativa viable a la dictadura tecnológica de la Unión Soviética.

El tribunal suspendió las sesiones hasta el 1 de septiembre de 1946 para discutir las sentencias. Hubo un tenso debate de cuáles de los cuatro cargos —conspirar para cometer crímenes contra la paz, planificar, iniciar y emprender una guerra de agresión, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad— debería ser declarado culpable Speer. Los jueces soviéticos, el general Nikitchenko y el teniente general Volchov, exigieron que se le condenara por los cuatro. Los franceses, el profesor Donnedieu de Vabres y Robert Falco, y los británicos, el coronel Sir Geoffrey Lawrence y sir Norman Birkett, creían que solo era responsable de los cargos tres y cuatro.

Los estadounidenses, Francis Biddle y John J. Parker, se reservaron su opinión sobre los puntos uno y dos. En la segunda sesión, el 10 de septiembre, los soviéticos repitieron su exigencia de condena por los cuatro cargos. Sir Geoffrey Lawrence lo consideró entonces culpable de los cargos dos, tres y cuatro, mientras que todos los demás jueces consideraban que solo se debían considerar el tres y el cuatro. Lawrence habló entonces en favor de Speer, empleando el argumento, bastante curioso, de que él simplemente había tomado el control de un sistema que ya existía. Esto pasaba por alto el hecho obvio de que alguien que se une a una organización delictiva que ya existe no está por ello absuelto de culpabilidad. Parker también sentía que Speer debía ser moderadamente tratado sobre la base de que él era una persona fundamentalmente decente y respetable.

Las diferencias sobre la sentencia adecuada también fueron considerables. Tanto los jueces franceses como Lawrence y Parker solicitaron una pena de prisión limitada. Lawrence sugirió quince años. Donnedieu de Vabres estuvo de acuerdo. Biddle pidió la sentencia de muerte, y fue apoyado con entusiasmo por Nikitchenko. Norman Birkett, aunque como juez suplente sin una votación final, provocó un estancamiento al recomendar una sentencia de diez años. Con los jueces franceses y británicos recomendando una sentencia de prisión y los jueces estadounidenses y soviéticos pidiendo la sentencia de muerte, se aplazó la reunión.

Al día siguiente, los soviéticos fueron derrotados en la votación. Speer sería condenado solo por los cargos tres y cuatro. Lawrence y Donnedieu de Vabres se comprometieron a aceptar una pena de prisión más larga. Biddle, tras reconsiderar su postura, ya no pidió la sentencia de muerte. En la mañana del 11 de septiembre se acordó por votación de tres a uno que Speer fuera condenado a veinte años de prisión. Los jueces británico y francés, al persuadir a Biddle para que dejara de lado su demanda de sentencia de muerte, habían salvado la vida de Speer.<sup>98</sup>

El testimonio de Speer sufrió una importante merma el 30 de septiembre, durante la lectura del general de división I. T. Nikitchenko del juicio sobre el saqueo de la propiedad pública y privada. Se refirió a una reunión de Planificación Central el 1 de marzo de 1944 en la que el representante de Speer, Hans Kehrl, había informado de que un gran número de franceses habían ido voluntariamente a trabajar a Alemania. En este punto fue interrumpido por Sauckel, quien dijo que algunos fueron reclutados a la fuerza. Kehrl afirmó que la fuerza solo se utilizaba cuando el reclutamiento

voluntario ya no producía resultados satisfactorios, a lo que Sauckel respondió que, de los cinco millones de trabajadores que habían llegado a Alemania, menos de doscientos mil eran voluntarios. Kehrl respondió: «Olvidemos por el momento si se empleó alguna leve presión. Formalmente, al menos, eran voluntarios».<sup>99</sup>

Nikitchenko citó entonces una reunión anterior de Planificación Central el 16 de febrero de 1943 en la que estuvieron presentes Speer y Sauckel. Se informó de que se utilizaban treinta mil prisioneros de guerra soviéticos para fabricar baterías antiaéreas y que se pretendía utilizar veinte mil más. El acta registró que se consideraba muy divertido que los rusos fueran forzados a trabajar con estas armas.<sup>100</sup> Con ello, Speer había cometido una grave violación de la Convención de Ginebra. Su actitud hacia los trabajadores extranjeros también se puso gravemente en cuestión más tarde aquel mismo día. Se citó la circular de Speer del 10 de noviembre de 1944, en la que transmitía una orden de Himmler para que los jefes de los grupos locales, por instrucciones de los jefes del distrito, instruyeran a todos los miembros del partido a fin de que mantuvieran a los trabajadores extranjeros bajo estricta observación.<sup>101</sup>

La tarde del 1 de octubre de 1946, Francis Biddle leyó el acta de acusación de Albert Speer.<sup>102</sup> Había sido acusado de los cuatro cargos. El tribunal estuvo de acuerdo en que no estaba involucrado en iniciar, planificar ni preparar guerras de agresión, ni de conspirar para ese fin. Tampoco era culpable de llevar a cabo una guerra agresiva como se le acusaba en el cargo número dos. Las pruebas presentadas contra Speer bajo los puntos tres y cuatro estaban relacionadas íntegramente con su participación en el programa de trabajo esclavo. No tenía responsabilidad administrativa directa por esta medida, de la que Sauckel era plenamente responsable. Sin embargo, había instruido a Sauckel para que proporcionara los trabajadores necesarios a las industrias que estaban bajo su control. Sauckel obtuvo la mano de obra requerida, asignándola de acuerdo con las instrucciones dadas por Speer. Tal como había señalado Adrian S. Fisher, si Speer daba las cuotas de mano de obra a Sauckel, que a continuación apresaba a los trabajadores, ¿era más culpable Sauckel que Speer?<sup>103</sup> Sauckel era de la clase obrera, un antiguo estibador y marinero. Era tosco e ignorante, carecía de estilo y tenía una áspera personalidad. Marcaba un llamativo contraste con el agraciado, suave, cortés, culto y sólidamente burgués Speer. La impresión que ambos hombres dieron en el tribunal explica en gran medida la diferencia en sus condenas.

Biddle dejó de lado la cuestión de si los prisioneros de guerra habían participado o no en la industria armamentística, contraviniendo así la Convención de Ginebra. Estuvo de acuerdo en que Speer no había estado directamente involucrado en el cruel trato dispensado a la mano de obra esclava, pero afirmó que era consciente de ello. Sabía que se empleaba la violencia para satisfacer sus exigencias de mano de obra. En una reunión de la junta de Planificación Central, el 30 de octubre de 1943, había declarado que muchos trabajadores esclavos que decían estar enfermos estaban fingiendo y que las SS y la Policía deberían tomar «medidas drásticas» y enviar a los culpables a los campos de concentración.

En su descargo había que admitir que el sistema de industrias bloqueadas salvó a algunos trabajadores de la deportación. Al final de la guerra, fue uno de los pocos hombres que tuvieron el valor de decirle a Hitler que la guerra se había perdido y que había tomado medidas para evitar la destrucción sin sentido de instalaciones esenciales, tanto en los territorios ocupados como en Alemania. Al hacerlo, se había expuesto a un riesgo considerable. Biddle concluyó afirmando que el tribunal consideraba a Speer no culpable de los cargos uno y dos, pero culpable de los cargos tres y cuatro.

Tras leerse las acusaciones de todos los acusados, el tribunal procedió inmediatamente a pronunciar las sentencias. Speer, en el puesto decimoséptimo, aguardaba ansiosamente su destino. Göring, Ribbentrop, Keitel, Kaltenbrunner, Rosenberg, Frank, Frick, Streicher, Sauckel, Jodl y Seyss-Inquart fueron condenados a muerte por ahorcamiento. Hess, Funk y Raeder fueron condenados a cadena perpetua. Baldur von Schirach fue condenado a veinte años y Dönitz a diez años de prisión. Flächsner le había asegurado a Speer que podía esperar entre cuatro y cinco años de prisión. A medida que se leían las sentencias, aquello se le antojaba absurdamente optimista. Una sentencia de muerte le parecía una posibilidad aterradora. Por fin llegó su turno. De conformidad con el Artículo 27 del Acta, Sir Geoffrey Lawrence pronunció la sentencia de Speer sobre la acusación. «El acusado Albert Speer, sobre los cargos de la acusación por los cuales ha sido usted hallado culpable, el Tribunal lo condena a veinte años de prisión». A continuación, Neurath fue sentenciado a quince años de prisión y el ausente Bormann a muerte por ahorcamiento. Fritzsche, von Papen y Schacht fueron absueltos.

Speer afirmó tiempo después que no vio ningún sentido en apelar su sentencia. En sus memorias declaró con santurronería que aquello fue porque

«cualquier castigo habría sido leve, dada la desgracia que trajimos al mundo».<sup>104</sup> Sabía muy bien que a los acusados se les negaba el derecho de apelación.

Speer ofreció en Núremberg una actuación notable que impresionó a la mayoría de los presentes. Le ayudó a salvar el cuello, pero la verdadera razón fue que no se mencionó el trato que había dispensado a los judíos en Berlín y que se pasó por alto su estrecha cooperación con Himmler, las SS y los campos de concentración. Hubo algunos que no estaban convencidos. El mayor Airey Neave, un oficial británico al que, por sugerencia de Lord Juez Lawrence, se le encomendó la tarea de leer las acusaciones iniciales a los dirigentes nazis, también en nombre de las organizaciones y grupos a los que pertenecían, fue uno de los pocos participantes en los juicios que consiguieron ver más allá de la fachada cuidadosamente construida de Speer. Admiraba la habilidad con la que presentó su caso, su valentía bajo estrés y su evidente inteligencia; pero lo que al principio creyó que era cortesía derivó hasta verlo como «hipocresía suave». Para él, Speer era «más seductor y peligroso que Hitler». Hubo unos pocos momentos en los que bajó la guardia. Cuando la fiscalía habló del transporte de trabajadores a Auschwitz y Mauthausen, perdió momentáneamente su aspecto pagado de sí mismo, revelándose como «cortés, talentoso y peligroso». Al final, «su suavidad me provocaba repulsión».<sup>105</sup>

La valoración que hizo Neave sobre Speer es notablemente similar a la de Sebastián Haffner, quien escribió en el *Observer* del 9 de abril de 1944:

En mucho menor grado que cualquier otro líder alemán, se parece a algo típicamente alemán o típicamente nacionalsocialista. De hecho, simboliza un tipo que, entre todos los beligerantes, se ha vuelto cada vez más importante: el técnico puro, el hombre sin clase y brillante sin antecedentes, que no conoce otra meta que abrirse camino en el mundo, puramente sobre la base de sus capacidades técnicas y organizativas... Esta es su época. Podemos deshacernos de los Hitler y de los Himmlers, pero no de los Speers. Cualquiera que sea el destino de cada hombre, estarán con nosotros durante mucho tiempo.<sup>106</sup>

Curiosamente, Speer se tomó el comentario de Haffner como un cumplido. Lo había leído en el momento de su publicación y le había pasado una traducción del artículo a Hitler. Milch le advirtió de que no lo hiciera, diciéndole que era probable que Bormann lo usara contra él. Hitler lo leyó, no hizo ningún comentario y se lo devolvió. Speer sintió que podía usar el argumento de Haffner como base para su defensa. Para Haffner, Speer era un caso de alguien que «ejemplificaba perfectamente la revolución de los directivos». No era ni un estafador ni un bocazas, como la mayoría de los

nazis, sino que parecía ser cortés y sincero. Simbolizaba el tipo de individuo que ascendió a la cima durante la guerra. Era «el técnico puro, la persona brillante que no pertenecía a una clase determinada ni estaba vinculado por ninguna tradición, que no conocía otro objetivo que abrirse camino en el mundo». Su «ausencia de preocupaciones psicológicas o morales» le permitió servir «a la espantosa maquinaria... de nuestro tiempo».<sup>107</sup> Todo esto sirve para subrayar el comentario de Albert, el hijo de Speer, de que a la mayoría de la gente empezó gustándole su padre, pero luego cambió de opinión acerca de él.<sup>108</sup> Speer cultivaba asiduamente esta imagen de sí mismo como tecnócrata apolítico, pero había momentos en los que admitía que esto era falso. Al describir sus intrigas contra Bormann y Lammers, escribió: «En un sistema autoritario, uno se involucra necesariamente en el campo de batalla político si desea permanecer entre los líderes».<sup>109</sup> Pasaría el resto de su vida reforzando esta imagen de sí mismo como el artista apolítico atrapado por la tecnología. En este esfuerzo, tuvo un éxito notable.

## 13. SPANDAU

Tras pasar los nueve primeros meses de su condena en su celda de Núremberg, Speer cumplió el resto de su pena de veinte años en la cárcel de Spandau. Era una cárcel militar construida en Berlín poco después de la Guerra Franco-Prusiana. Después de la Primera Guerra Mundial, se utilizó como cárcel civil. Entre los prisioneros estuvieron los destacados periodistas izquierdistas Carl von Ossietzky y Egon Erwin Kisch. Luego fue una cárcel de la Gestapo donde, entre otros, varios miembros de la Orquesta Roja Comunista aguardaron su ejecución en celdas similares a la ocupada por Speer.<sup>1</sup> Después de la liberación de Speer y Baldur von Schirach en 1966, Rudolf Hess permaneció como el único prisionero de aquel enorme edificio y, cuando murió en 1987, fue derribado, para que no se convierta en un lugar de peregrinaje para aquellos que veían a Hess como un mártir de la causa y víctima sacrificial de la injusticia de los Aliados y los soviéticos. Ahora ocupa el lugar un centro comercial.

Al principio, los compañeros de Speer fueron Dönitz; Konstantin von Neurath, predecesor de Ribbentrop como Ministro de Asuntos Exteriores, y posteriormente Protector del Reich de Bohemia y Moravia; Baldur von Schirach, líder de las Juventudes Hitlerianas y gauleiter de Viena; Walther Funk, Ministro de Economía; Erich Raeder, comandante en jefe de la Armada; y Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler hasta 1941. Speer aseguraba que Dönitz y Raeder lo detestaban debido a su confesión de «responsabilidad general» durante el juicio. En el caso de Dönitz, se trataba de un cambio de actitud. En Núremberg le había dicho al psiquiatra Leon Goldensohn que Speer era su único amigo entre los prisioneros, y hablaba en términos muy amables de las veladas musicales que pasaron juntos junto con sus esposas.<sup>2</sup> Baldur von Schirach, que había apoyado a Speer en Núremberg, se puso entonces de parte de los almirantes. Neurath y Funk asintieron con aprobación cuando Schirach atacó a Speer. Hess seguía aparte en su delirante mundo privado.<sup>3</sup> Había veces en las que se llevaba razonablemente bien con Schirach, pero tenían enfrentamientos frecuentes. Neurath era cortés mientras

mantenía las distancias. Así, solía quedarse con Hess, que vivía en su propio mundo trastornado, lanzando ocasionalmente salvadas de ingenio malicioso. Cuatrocientos soldados y cincuenta carceleros vigilaban a este extraño grupo de antiguos grandes. Tenían a su disposición cuatro médicos. Los comandantes de las cuatro potencias prestaban turnos mensuales de servicio.

La reacción inicial de Speer a su sentencia fue un resentimiento autocompasivo. Empezó a imaginarse que había sido escrupulosamente sincero y abierto en su confesión de culpabilidad y que había sido injustamente castigado por su veracidad. En lugar de agradecer a su buena estrella el hecho de que no se había presentado ninguna prueba que le hubiera costado inevitablemente la vida, envidiaba las absoluciones de Schacht y Papen, que atribuyó a sus «mentiras, engaños y testimonios deshonestos».<sup>4</sup>

Speer, que ahora era conocido sencillamente como Prisionero Número Cinco, tenía una celda de 3 metros de largo y 2,7 de ancho. Medía 4 metros desde el suelo hasta el techo, lo que aliviaba un poco la sensación de estrechez. Había una ventana a la que podía llegar subiéndose a una pequeña silla de madera. El celofán gris había reemplazado los cristales de las ventanas por temor a que los prisioneros usaran una astilla de vidrio para cortarse las muñecas. A través de esta ventana podía ver vagamente la parte superior de una acacia y, por la noche, algunas estrellas. Había una pequeña estantería de 43 por 54 centímetros donde podía colocar unos cuantos bultos, debajo de los cuales había unos cuantos ganchos de los que podía colgar algunas prendas de ropa. Una tabla que medía 48 por 81 centímetros estaba en malas condiciones. En lugar de un tablón con un colchón de paja, ahora tenía una cama de hierro de 1,9 metros de largo, pero solo 79 centímetros de ancho, con un colchón de algodón de San Antonio, Texas. A diferencia de su celda en Núremberg, tenía sábanas y una almohada. Irónicamente, sus cinco mantas llevaban estampadas las iniciales GBI: Inspector General de Edificios. Eran las mismas que se proporcionaban a los trabajadores extranjeros y a los internos de los campos de concentración que se vieron obligados a trabajar para el proyecto Germania. Había un inodoro en un hueco en la esquina y un lavabo de hojalata. El yeso estaba descascarillado, la pintura descolorida, pero la celda estaba limpia. Había un penetrante olor a desinfectante en el inodoro, en la ropa que se devolvía tras la colada y en el agua con la que lavaba el suelo todos los días. Speer se consolaba con la idea de que sus 8,1 metros cuadrados proporcionaban un espacio algo más práctico que los 650 metros cuadrados del estudio que había planeado para Hitler.<sup>5</sup>

A los prisioneros se les permitía tener muy poco contacto con sus familias. Cada cuatro semanas podían escribir una carta con un número estrictamente limitado de palabras. A los miembros de la familia se les permitía visitarlos durante quince minutos cada ocho semanas. Se podía acumular tiempo no empleado en visitas previas. De este modo, Margarete Speer visitó por primera vez a su marido en 1949. Pasaron una incómoda hora juntos, vigilados de cerca por seis guardias. Su hijo Albert y su hija Hilde presentaron sus respetos en 1953 a un patriarca al que apenas conocían. En una ocasión, Speer le confesó a Eugene Bird, un guardia estadounidense que se convertiría en el alcaide de la prisión, que la parte más difícil de su encarcelamiento eran las visitas de sus hijos. Una vez que había hecho las preguntas estándar «¿cómo es vuestra madre?» y «¿qué tal en el colegio?», se encontraba con que no tenía nada más que decir.<sup>6</sup> Las visitas de su esposa resultaban igualmente incómodas y frustrantes.

Depresivo por naturaleza, Speer encontraba particularmente difícil de soportar la vida en la prisión. Rápidamente se dio cuenta de que necesitaba elaborar un plan de supervivencia, cuyos detalles cuidadosamente editados publicaría nueve años después de su liberación en su best-seller *Spandau: Los Diarios Secretos*.<sup>7</sup> Estaba decidido a mantenerse física y mentalmente en forma para poder concentrar así toda su energía en la recreación de su imagen como un tecnócrata de talento excepcional, cuya decencia lo distinguía de todas las otras figuras principales del Tercer Reich. Aunque había muchos obstáculos que superar y tropezaba con frecuencia, al final alcanzó un notable éxito en este esfuerzo por remodelar su imagen.

Para mantenerse en forma, se convirtió en un jardinero apasionado. La cárcel tenía un gran jardín amurallado que había estado desatendido durante años. Se adjudicó a cada prisionero una parcela individual para cultivar como quisieran. Funk se especializó en tomates, Dönitz optó por la judías, mientras que Speer cultivó una buena variedad de flores. Poco a poco, los demás presos perdieron el interés o se pusieron demasiado enfermos como para mantener activas sus parcelas. A sugerencia del director británico de la prisión, Speer, que era el prisionero más joven y en mejor forma física, convirtió este espacio en un intrincado jardín con senderos, césped, parterres, arbustos, un jardín de rocas y árboles frutales.

En los meses de verano, pasaba varias horas cada dos días regándolo con una regadera que tenía que rellenar cincuenta veces. Sembró cuatro mil metros cuadrados de césped, que luego tenía que ser regularmente cortado a

mano. El jardín era el mundo privado de Speer donde podía hacer lo que quisiera. Allí era libre de usar su imaginación, crear y soñar. Pero esto era solo parte de su programa de acondicionamiento físico. Daba regularmente largos paseos por el jardín, y llevaba una contabilidad exacta de la distancia recorrida cada día. Su récord fueron 24,7 kilómetros. Su ritmo más rápido fue de 5,8 kilómetros por hora. Para hacer más interesante caminar por un espacio limitado, emprendió una caminata imaginaria alrededor del planeta.

A fin de mantenerse intelectualmente vivo, decidió convertir su celda en un estudio monacal. Solía leer revistas de arquitectura profesional para mantenerse al día en su campo. Llevó a cabo un estudio sistemático de historia desde los primeros tiempos, pero las autoridades de la prisión no permitían a los Siete de Spandau leer nada sobre acontecimientos recientes. Se interesó por la Filosofía y la Teología. Para escapar de la vida monótona, tediosa y rutinaria en prisión, volvió su atención hacia grandes obras de ficción. Se esforzó duramente para mejorar a partir de los restos de sus conocimientos de inglés y francés de su época escolar. Con su obsesión por las cifras, llevaba la cuenta de todo lo que había leído. Al ser liberado de Spandau, declaró que durante su cautiverio había leído cinco mil libros.<sup>8</sup> Como muchas de las estadísticas de Speer, esta cifra es muy exagerada. Pasó cerca de 7.300 días en prisión después de su juicio. Por lo tanto, se nos pide que creamos que leía cada libro en un promedio de un día y medio. Dado que pasaba hasta seis horas al día entregado a la jardinería y una media de un par de horas diarias para sus 7,3 kilómetros de su «paseo por el mundo», además del tiempo que dedicó a escribir miles de páginas de material, esto parece enormemente exagerado. Ni siquiera el más rápido y experto lector podría superar los desalentadores volúmenes de Houston Stewart Chamberlain, Karl Jaspers o Karl Barth en cuestión de horas.<sup>9</sup>

La vida de Speer cambió radicalmente el 14 de octubre de 1947, cuando Toni Proost («Anton Vlaer» en los diarios), un joven holandés que trabajaba en la enfermería de Spandau, le ofreció sacar sus mensajes fuera de la prisión.<sup>10</sup> Proost había sido deportado durante la guerra y se había visto obligado a trabajar en una fábrica de armamento en Berlín. Había caído enfermo y le habían tratado muy bien en uno de los hospitales especiales que Speer había creado para los trabajadores forzosos de la industria armamentística. Tras su recuperación, trabajó como ayudante en el quirófano. Se hizo muy amigo del médico jefe, que lo trató como si fuera un miembro de la familia. Speer escribió que la posibilidad de escribir mensajes secretos

en papel higiénico, estableciendo de este modo contacto con el mundo exterior, le dio a su vida «una nueva dimensión».<sup>11</sup>

Al principio, los mensajes eran para su secretaria, Annemarie Kempf, o para su familia en Heidelberg. A partir de 1951, se enviaba el correo a la oficina de arquitectura en Coesfeld de su amigo y asociado Rudolf Wolters. Wolters comenzó inmediatamente a intentar hacer la vida de Speer en la cárcel lo más cómoda posible, a cambio de lo cual no obtuvo ningún agradecimiento. Speer estaba tan decidido a presentar un sombrío cuadro de la «infinita monotonía» de la vida en la prisión en la versión publicada de sus diarios de la prisión que no hubo espacio para la gratitud que debía a Wolters. Speer escribió que había conservado en el anonimato los nombres de los que le habían ayudado por «razones obvias», aunque mencionó a «Anton Vlaer», el hombre que lo hizo todo posible. La razón principal de esta singular ingratitud era engañar a los futuros historiadores. Con este fin, trasladó la anónima oficina de Wolters de Coesfeld a Coburgo.<sup>12</sup>

Wolters había estado velando por los intereses de Speer desde mucho antes de 1951. Todos los activos valiosos de Speer habían sido confiscados, dejando a su esposa y a sus seis niños en una situación desesperada. Por lo tanto, se puso en contacto con todos los compañeros de trabajo de Speer y con los adinerados industriales que se habían beneficiado de las industrias que había controlado Speer, con el fin de establecer un fondo de emergencia. El dinero comenzó a fluir pronto en una «Cuenta de Matriculación». Wolters conservó un meticuloso registro de todos los pagos dentro y fuera de esta cuenta entre 1948 y la liberación de Speer en 1966. Los tres volúmenes de libros de cuentas muestran que se pagó en la cuenta la considerable suma de 154.183,34 marcos alemanes.<sup>13</sup>

Las preocupaciones financieras de Speer terminaron a finales de 1953, cuando el gobierno federal alemán liberó todos sus activos. En las etapas finales de la guerra había depositado considerables sumas de dinero con amigos como una póliza de seguro para su familia y para sí mismo en caso de que lograra sobrevivir. Ahora era un hombre rico y era capaz de controlar cómo se gastaba su dinero a través de los mensajes secretos que Proost llevaba al mundo exterior. Speer le dijo a Wolters que no se debía tocar su fortuna personal y que su familia debía mantenerse exclusivamente gracias a las donaciones de caridad de la Cuenta de Matriculación.<sup>14</sup> Aunque era un hombre con una fortuna considerable, que tiempo después se convertiría en un autor de gran éxito, mostraba una actitud neurótica respecto al dinero.

Margarete se quejaba amargamente a Wolters de que, con seis hijos, le resultaba imposible vivir sin el apoyo de su marido. Se había visto obligada a alojar inquilinos en su casa en Heidelberg para poder llegar a fin de mes. Speer ignoró estas lamentaciones. Emitió órdenes desde la prisión de Spandau para que la Cuenta de Matrícula pagase la hermosa suma de 1.200 marcos alemanes para el cumpleaños de los niños y los regalos de Navidad. También serviría para proporcionar a Toni Proost dos semanas de vacaciones de esquí en el Tirol por un total de 400-500 marcos.<sup>15</sup> Se empleó el dinero de la Cuenta de Matrícula para comprar treinta rosas rojas para su hija Hilde con motivo de su boda y un ramo de rosas para la madre de la novia.<sup>16</sup>

Speer depositó una carga virtualmente intolerable sobre los hombros de Wolters. Estaba inundado de mensajes procedentes de Spandau, hasta el punto de que dos de sus ayudantes estaban dedicados por completo a los asuntos de Speer. A lo largo de los años, llegaron a Coesfeld muchos miles de mensajes, lo que llevó a Wolters a comentar al historiador Matthias Schmidt que, en caso de emergencia, el «Correo Negro» funcionaba tan rápida y eficazmente como el «Teléfono Rojo» entre Washington y Moscú.<sup>17</sup> Un problema importante era que Speer tenía que escribir en una letra minúscula a fin de ahorrar el escaso papel del que disponía. En el mejor de los casos, su escritura era descuidada y difícil de leer. La versión en miniatura era prácticamente ilegible. Marion Reisser, la amante de ojos de águila de Wolters, logró descifrar los garabatos y durante quince años los transcribió en una forma legible.

Marion Reisser era la hija de un distinguido profesor judío de Farmacología de Breslau que logró escapar a Holanda, donde permaneció escondido durante la guerra. Murió en 1949. Por orden de Speer, la abuela de Marion había sido desalojada de su apartamento en la Lichtensteinallee de Berlín, que se encontraba junto al nuevo estudio de Speer.<sup>18</sup> De acuerdo con las insensibles palabras de Wolters, entonces «le dieron un billete gratis con destino a Theresienstadt», donde murió en 1945.<sup>19</sup> Marion era una dibujante que se unió al equipo de Speer en Berlín en 1944. Inmediatamente después de la guerra, trabajó para Wolters en Coesfeld. Hombre al que le encantaba presumir, Wolters se refería a su hermosa y encantadora amante, con muy poco tacto, como «Riesling-Spätlese»<sup>\*\*\*\*\*</sup>.

<sup>\*\*\*\*\*</sup> *Riesling Spätlese* se refiere a una variedad de vino blanco típica de Renania que se obtiene con la cosecha tardía y que, en el caso del tipo Riesling, envejece especialmente bien. (*N. del T.*)

Wolters no solo se vio agobiado por la recaudación de fondos para apoyar a la familia y, cuando era posible, para satisfacer las necesidades inmediatas de Speer. Entre enero de 1953 y enero de 1954 también se le acusó de proporcionarle material para ayudarlo a escribir sus memorias. Speer había comenzado a trabajar en este proyecto mientras estaba en Núremberg, donde le entregó a un clérigo cien páginas de manuscritos para que se las entregase a Wolters.<sup>20</sup> Sus mensajes salían de Spandau de forma regular y eran mecanografiados en Coesfeld por Marion Reisser. Speer inicialmente parece haber estado sinceramente agradecido a Wolters por todo lo que había hecho para ayudarlo. Prometió dedicar la obra publicada al «amigo de confianza mío y de mi familia».<sup>21</sup>

La ayuda que Wolters proporcionó a Speer no se limitó a lo financiero y lo literario. También incluyó un generoso esfuerzo para hacer la vida del prisionero lo más agradable posible. Aumentó las raciones proporcionadas por las cuatro potencias con envíos de champán, foie gras y caviar. Speer, que se esforzaba por presentarse como un hombre de hábitos frugales y exigencias modestas, resultó ser un hombre difícil de complacer. Cuando Wolters le envió un poco de caviar prensado barato, recibió una severa reprimenda. Incluso el Beluga fue criticado. Al agradecerle a Wolters el caviar que le había enviado por su cumpleaños en 1959 —junto con algo de foie gras con trufas, carne de venado y un Winkler Massenpflug 1957 [sic]— no pudo resistirse a comentar que «aunque, para nosotros los expertos, el Beluga está en segundo lugar frente a aquel otro escandalosamente caro que probamos juntos en la cabeza de puente de Kuban, ¿lo recuerdas?»<sup>22</sup>. Wolters se vio obligado a pagar 145 marcos alemanes por una pipa Dunhill Grupo 1. Pensó que aquello era una extravagancia innecesaria; sin el pequeño punto blanco, parecería una pipa de 3.50 marcos.<sup>23</sup>

Deseoso por hacer que la vida en prisión pareciera lo más sombría y austera posible, Speer no menciona la generosidad de Wolters en los *Diarios de Spandau*. Sin embargo, hay ciertos indicios de que la vida no era tan dura. En 1950 afirmó que un médico estadounidense le había recetado media botella de champán al día como remedio para su ritmo cardíaco irregular.<sup>24</sup> Dado que el alcohol puede causar arritmia cardíaca, esto parecería una receta bastante cuestionable, y casi con seguridad puede afirmarse que esta noticia no es cierta. Speer admite que el fiel Proost consiguió introducir de contrabando en su celda un cuarto de litro de coñac, que se bebió de una vez y luego puso café en la copa para engañar a los guardias rusos.<sup>25</sup> Un par de

meses más tarde, Schirach celebró su cumpleaños con media botella de coñac.<sup>26</sup> A Funk se le describe en esa ocasión fumando un puro y bebiendo una botella de coñac.<sup>27</sup> Speer informó que le habían dado una botella de coñac y un poco de chocolate suizo, pero no dijo nada sobre su procedencia. Aquel día, Speer señaló que el *Empire News* había informado que los prisioneros estaban pasando cartas de contrabando en Spandau, pero no se aplicaron controles más estrictos.<sup>28</sup> En febrero de 1954 escribió que uno de los guardias proporcionaba coñac Hennessy y whisky Canadian Club «sin límites». Una vez más, no dijo quién era el benefactor.<sup>29</sup> Celebró el Año Nuevo de 1961 con una botella de Pommard.<sup>30</sup>

Nada parecía haber cambiado cuando, en 1957, el NKVD intentó reclutar a Toni Proost como agente en Spandau. Este informó prudentemente del hecho a las autoridades aliadas, quienes decidieron que debía abandonar Spandau y regresar a su Holanda natal.<sup>31</sup> A partir de entonces fue un amistoso sargento estadounidense quien actuó como mensajero de Speer. Gracias a él, se celebró el Día de Año Nuevo con mayonesa de langosta, regada con cerveza británica. De nuevo, no se nos dice quién pagó la factura. En todos estos casos, podemos asumir con seguridad que se trató de Wolters.

Aunque Speer se volvía cada vez más exigente, Wolters sentía por él un sincero afecto. Mantuvieron una animada correspondencia, aumentando su intimidad mediante un lenguaje codificado. Spandau se convirtió en «España», la prisión en el «hotel», las memorias en «aria», su diario en «virutas de madera» y el champagne en un onomatopéyico «Plöpp». Los mensajes de Wolters estaban llenos de humor torpe, aliento jovial y apoyo amistoso.

Los principales esfuerzos de Wolters se dedicaron a su decidido intento de reducir la condena de Speer. A este fin, se puso en contacto con el abogado defensor de Dönitz, el Dr. Otto Kranzbühler, un antiguo oficial naval que había servido en la guerra civil española y que había actuado como juez de la Marina en Francia y Wilhelmshaven durante la guerra. Se reveló como un excepcional abogado defensor en Núremberg, adaptando rápidamente su táctica al procedimiento judicial anglosajón. Salvó a Dönitz de la pena de muerte por ordenar el hundimiento de buques mercantes sin la debida advertencia gracias a su brillante interrogatorio al almirante Nimitz, en la que obligó al almirante a admitir que la Marina de los Estados Unidos había hecho exactamente lo mismo. Kranzbühler también defendió a Alfried Krupp von Bohlen und Halbach, Friedrich Flick y Hermann Schmitz —a este último

en el juicio a IG Farben. Después de la guerra disfrutó de una espectacular carrera legal defendiendo los derechos industriales alemanes frente a las reclamaciones de antiguos trabajadores esclavos. Se le nombró miembro del consejo de administración de una serie de grandes empresas y fue conocido como la «Eminencia Gris de Krupp». También mantuvo estrechos contactos con varios políticos de primer orden, incluido el canciller Konrad Adenauer.<sup>32</sup>

Gracias a la habilidad de Kranzbühler en el manejo de su caso, Dönitz solo había sido condenado a diez años de prisión y debía ser liberado en 1956. Kranzbühler y Wolters esperaban, por tanto, establecer paralelismos entre los casos de Dönitz y Speer para asegurar la liberación de Speer al mismo tiempo. El prisionero número tres, Konstantin von Neurath, que había sido condenado a quince años de prisión, fue liberado en noviembre de 1954 a la edad de ochenta y un años por razones de salud. Recibió telegramas de felicitación del Canciller Adenauer y del Presidente Theodor Heuss, lo que provocó considerables críticas en algunos círculos. Como una reacción psicósomática ante la liberación de Neurath, y un doloroso recordatorio de que aún le quedaban por cumplir varios años de su sentencia, la pierna derecha de Speer reaccionó una vez más, se hinchó hasta alcanzar el doble de su tamaño normal y desarrolló una bronquitis. El Prisionero Número Cuatro, Erich Raeder, de 79 años, fue puesto en libertad en septiembre de 1955, también por razones de salud. El 1 de octubre de 1956 fue liberado Dönitz después de haber cumplido su condena completa. En mayo de 1957, el Prisionero Número Seis, Walther Funk, quien había sido condenado a cadena perpetua y se encontraba en muy mal estado de salud, fue liberado a la edad de sesenta y siete años. Murió tres años más tarde.

Los esfuerzos de Speer para obtener una liberación temprana estaban condenados al fracaso. Kranzbühler había conocido a Speer en Núremberg poco después de la Navidad de 1946,<sup>33</sup> y la relación entre ellos fue incómoda desde el primer momento. El abogado pensó que era prudente que Speer no mencionara que había planeado asesinar a Hitler. Flächsner y Wolters estuvieron de acuerdo.<sup>34</sup> No se permitía ninguna apelación contra las sentencias de Núremberg. Speer era treinta y dos años más joven que von Neurath y tenía una salud razonable. La Unión Soviética no tenía ninguna intención de mostrar clemencia hacia Speer, un hombre para el que habían pedido la pena de muerte.

Speer se animó un poco al oír que había algunos fuera de los muros de la prisión que mostraban cierta consideración por su situación. La autora

católica Anne Freemantle escribió a Wolters diciendo que las viudas de los destacados resistentes frente al nazismo Adam von Trott zu Solz y Wessel Freytag von Loringhoven mostraban respeto y «cierta simpatía» hacia él. Freemantle también dijo que sus amigos Bertrand Russell y Jacques Maritain estaban de acuerdo, pero advirtió que Speer no era una persona leal. Speer trató de invertir esta acusación en su propio beneficio al argumentar que la lealtad era una forma de «ceguera ética», esperando ocultar de ese modo su lealtad a Hitler y su total falta de visión moral. Las meditaciones de Speer sobre el significado de la palabra «lealtad» constituyen una lectura asombrosa. Afirmaba que había sido leal a Stauffenberg al no denunciarlo por describir a Hitler, Göring, Himmler y Keitel como «idiotas». Y era igualmente «leal» al general Friedrich Fromm, comandante del Ejército de Reserva, y al co-conspirador de Stauffenberg, el general Helmuth Stieff, que frecuentemente criticaba a los dirigentes nazis.

De hecho, Speer se consideraba a sí mismo leal con todos, incluso con los trabajadores esclavos, a los que «trató bien», y también con Sauckel, que los capturaba en su nombre. Sobre todo, Speer era leal a Alemania, afirmando haber sido el único entre los prisioneros de Spandau que había establecido una clara distinción entre el Tercer Reich y Alemania. A diferencia de ellos, se había enfrentado audazmente a Hitler, Göring y Bormann en numerosas ocasiones.<sup>35</sup> Su lealtad hacia Sauckel no daba para mucho. Le culpó convenientemente por el uso de la mano de obra forzosa, aunque se sintió obligado a asegurar que Sauckel se había preocupado por el bienestar de sus trabajadores para así poder reforzar su afirmación de que trabajar para el Ministerio de Armamentos no era un destino sombrío.<sup>36</sup>

La intención de Speer en la versión publicada de los *Diarios de Spandau* era presentarse como una persona que había perdido veinte años de su vida, entre los cuarenta y los sesenta años, soportando una dura pena de cárcel, a cambio de la cual fue absuelto de todos sus malos actos. Todo el libro era, en cierto sentido, una ampliación de su respuesta a una carta que su hija Hilde le había escrito en su cumpleaños el 17 de abril de 1953 preguntándole cómo podía haber servido a un régimen que era tan transparentemente malvado.<sup>37</sup> Speer no contestó hasta el 14 de mayo, aunque no menciona este doloroso intercambio en los diarios. Comenzaba diciendo que: «Verás que hay cosas por las cuales uno tiene que cargar con la culpa, aunque desde un punto de vista puramente fáctico se puedan encontrar excusas. La inmensidad del crimen excluye cualquier intento de auto-justificación». Aquí hablaba de

culpa. En Núremberg habló de «responsabilidad conjunta», y evitó deliberadamente cualquier mención de la palabra «culpa», por miedo a tener entonces que justificarse. Luego repitió la ya conocida línea de que, aunque no sabía nada de las «espantosas cosas» que habían ocurrido, se culpaba por no haberlas descubierto. Continuaba comparándose con Edipo, que fue horriblemente castigado por la providencia por unos pecados de los que no tenía ninguna responsabilidad. Afirmó haberse sentido abrumado por la amistad de Hitler, por el poder que adquirió y por las oportunidades ilimitadas que le proporcionaron para continuar su carrera como arquitecto. Fue cegado por un pacto faustiano, un héroe trágico enredado en un destino inextricable. Solo comenzó a cuestionar al régimen cuando Hitler amenazó con destruir lo que quedaba de Alemania. Su oposición, tal como fue, no se generó por la persecución contra los judíos o por una guerra agresiva. En términos convencionalmente antisemitas, escribió: «Realmente no tenía ningún sentimiento de aversión hacia ellos [los judíos], en otras palabras, no más que la incómoda sensación que todos tenemos a veces cuando estamos en contacto con ellos».<sup>38</sup>

Esto constituye una penosa lectura ahora que sabemos que Speer no solo era consciente de lo que había ocurrido con los judíos, sino que también participó activamente en su persecución. Incluso en los cuidadosamente editados *Diarios de Spandau*, hay momentos en los que baja la guardia. Nos dice que «entre la sopa y la ensalada» Hitler anunció: «¡Pretendo destruir a los judíos europeos! Esta guerra es un enfrentamiento decisivo entre el nacionalsocialismo y la judería mundial. Uno se quedará en el camino, pero ciertamente no seremos nosotros. Es una suerte que yo, como austríaco, conozca tan bien a los judíos. Ellos nos destruirán si perdemos. ¿Por qué debería mostrar la más mínima piedad hacia ellos?». Speer comentó que los presentes no reaccionaron, no por temor, sino por una vergüenza que «casi» conocían, pero no hicieron nada.<sup>39</sup> Si ese fue el caso, la suya era una vergüenza de silencio cobarde, de torpeza moral y de la continua supresión del conocimiento incómodo. Speer se recordaba a sí mismo que Hitler estaba hablando constantemente de la eliminación y el exterminio de los judíos, pero luego intentó devolver la pelota preguntándose si acaso «Bombardero» Harris no usaba el mismo lenguaje cuando hablaba de los alemanes.<sup>40</sup>

Del mismo modo, Speer aseguraba que los Aliados también habían utilizado a los prisioneros de guerra como mano de obra forzosa en fábricas de armamentos.<sup>41</sup> Aunque se trataba de una práctica generalizada en

Alemania, especialmente en Krupp y BMW, no hay pruebas de que los prisioneros de guerra alemanes fueran utilizados en fábricas de armamento en los Estados Unidos o Gran Bretaña. En Gran Bretaña, trabajar fuera del campo se consideraba un privilegio del cual estaban excluidos los nazis más famosos. Trabajaban de forma voluntaria, principalmente en la agricultura y los oficios de la construcción y se les pagaban salarios mínimos sindicales. Veinticuatro mil de ellos decidieron quedarse en Gran Bretaña después de la guerra. Entre ellos se encontraba el famoso portero del Manchester City, Bert Trautman. Los capturados por el Ejército Rojo fueron bastante menos afortunados.

Speer coincidía con su compañero de prisión Dönitz en que los Juicios de Núremberg eran un ejemplo flagrante de la justicia de los vencedores.<sup>42</sup> Se negaba a aceptar que fuese culpable en un sentido judicial, sobre la base altamente dudosa de que no había hecho nada que no hubieran hecho también los líderes del otro lado bando, y se consolaba con el argumento de que las «incursiones de terror» de los aviones aliados eran moralmente equivalentes al peor de los crímenes de los nazis. En cuanto a la acusación de que había empleado mano de obra esclava, logró convencerse a sí mismo de que esa era una responsabilidad exclusiva de Sauckel, olvidando convenientemente así que Sauckel capturaba a los trabajadores a petición suya.<sup>43</sup> El concepto de culpa de Speer era una curiosa construcción. Para él, era una especie de terapia que le ayudaba a superar el calvario de una sentencia de veinte años de prisión. Aunque se creía inocente, se daba cuenta de que, en interés de la supervivencia mental, no podía permitirse una prolongada autocompasión e indignación ante la injusticia de los jueces de Núremberg. Un sentimiento de culpa, abstracto casi hasta el punto de fuga, le proporcionaba alguna justificación para su encarcelamiento. Luchar contra ella a nivel intelectual le ayudaba a pasar el tiempo, mientras se interesaba por el análisis de Karl Barth de la Epístola a los Romanos y conversaba con el capellán de la prisión, el admirable teólogo evangélico francés Georges Casalis. El resultado final fue que Speer acabó considerándose el ejemplo más sobresaliente de «víctima de la desnazificación» o «baja provocada por la desnazificación».<sup>44</sup>

Speer desarrolló rápidamente una estrategia de supervivencia en Spandau. Su conciencia quedó aliviada al aceptar un vago concepto de culpabilidad. Afirmaba que, a pesar de sus consultas con Kranzbühler, estaba decidido a permanecer emocionalmente distante mediante la aceptación de un encarcelamiento prolongado sin la menor esperanza de una liberación

temprana. También se convenció de que, mediante el cumplimiento de su condena, quedaría absuelto de toda culpa residual, para poder salir de Spandau con todas sus malas acciones perdonadas. En un nivel práctico, estaba decidido a organizar su rutina diaria para afrontar de la mejor manera posible los retos provocados por un confinamiento tan prolongado.<sup>45</sup>

Hay momentos en los diarios en los que Speer baja la guardia y revela su antiguo yo. Así, admite que veía la campaña contra la Unión Soviética como una «cruzada europea» que fue apoyada por voluntarios de Bélgica, Holanda, Francia, España y otros países. El miedo tradicional al este se agravó por los horrores resultantes de la revolución bolchevique, dando lugar a un movimiento idealista análogo a la «cruzada en Europa» de Eisenhower. El problema era que descarriló por las lamentables actividades asesinas de las *Einsatzgruppen*.<sup>46</sup> De este modo, Speer no se daba cuenta de que el asesinato en masa era un componente esencial de la misión civilizadora de la Alemania nazi.

Speer se felicitaba por el acto «romántico» de visitar a Hitler poco antes de su suicidio en un dramático gesto de lealtad, y comparaba este acto desinteresado con la brutal anarquía cuando se deshizo el Tercer Reich. Como ejemplo de la depravación generalizada en esos horribles últimos días, cita el caso del gauleiter de Sajonia, Martin Mutschmann, quien, en medio del frío helador, fue conducido por las calles de Dresde en un carro abierto y golpeado hasta la muerte.<sup>47</sup> Nada de esto es verdad. Mutschmann era un personaje ridículamente incompetente, que no proporcionó una protección antiaérea adecuada a los ciudadanos de Dresde. Huyó de la ciudad, mientras ordenaba al pueblo que luchara hasta el final en medio de las ruinas. Fue capturado por el Ejército Rojo y ejecutado en el Lubyanka en 1947.

Speer se presenta con frecuencia sentado junto a Hitler y escuchando con aturrida atención mientras este lanzaba otro de sus interminables monólogos. Aunque los nacionalsocialistas destruyeron el sistema federal y con él los últimos vestigios de la autonomía provincial, Speer colma de elogios al profundo respeto de Hitler hacia las diferencias regionales, que se reflejaba en cada distrito del partido. Concedió un silencioso asentimiento a la definición de Hitler de «gobierno centralizado» como «igualitarismo judío»,<sup>48</sup> y se consolaba con el pensamiento de que otros grandes hombres también cayeron bajo el «hechizo mágico» de Hitler, entre ellos Hindenburg, Lloyd George, Sir John Simon y Mussolini.<sup>49</sup>

Durante su estancia en Spandau, Speer llegó a creer que, si Todt no hubiera

sido asesinado y él no hubiera sido nombrado Ministro de Armamentos, se habría convertido en un arquitecto verdaderamente grande y no habría sido condenado en Núremberg. El destino, sentía, le había golpeado duramente. Incluso logró jugar con la idea de que podría haber sido capaz de producir una obra que hubiera podido rivalizar con el Partenón, San Pedro o una Villa Palladiana.<sup>50</sup> También estaba resentido porque era poco probable que pudiera seguir una exitosa carrera como arquitecto tras su liberación. Había intentado mantenerse al día con los estilos y las técnicas modernas, pero estaba totalmente en desacuerdo con los modernistas como Mies van der Rohe, Gropius y Le Corbusier, que ahora estaban marcando tendencia. Para empeorar las cosas, Alemania estaba siendo reconstruida por «pasteleros subalternos», cuyo trabajo era de una calidad muy inferior, con la excepción de Egon Eiermann, Hans Sharoun y Hans Schwippert.<sup>51</sup> Incapaz de adaptarse, volvió a Tessenow en busca de inspiración. Todas las villas que bosquejó durante su estancia en Spandau y las casas más modestas que diseñó para algunos de los guardianes estaban muy en el estilo de su maestro.<sup>52</sup>

Speer lamentaba profundamente que no quedara nada de su obra arquitectónica, aparte de una modesta casa que había construido para sus suegros, un alumbrado público en Berlín y una silla que había diseñado para la nueva cancillería y que le habían confiado al frágil Neurath en su celda de Spandau.<sup>53</sup> Se consideraba a sí mismo como el «último clasicista», y no veía porvenir como arquitecto en un futuro de «vidrio, hormigón y acero» en el que no había lugar para los hábiles albañiles y artesanos.<sup>54</sup> Speer decidió que, tras su liberación, comenzaría una nueva carrera como escritor. Se convertiría, aunque sin nada que igualara el Salero de Francisco I de Francia o el Perseo, en un segundo Cellini, un artista mejor conocido por sus coloridas memorias.<sup>55</sup>

En noviembre de 1953, después de ocho meses de trabajo, completó sus memorias, que abarcaban 350 páginas mecanografiadas.<sup>56</sup> El borrador estuvo terminado en diciembre del año siguiente.<sup>57</sup> Con un interés muy poco disimulado por lo pecuniario, calculó las buenas ganancias que podrían hacerse con un relato cuidadosamente empaquetado de su notable vida. Ya en diciembre de 1948, Knopf se ofreció a publicar sus memorias.<sup>58</sup> En junio de 1951, la editorial Heliopolis de Tubinga, editora de Ernst Jünger, expresó su interés por una autobiografía.<sup>59</sup> Speer decidió esperar su momento. En octubre de 1963, su hija Inge le transmitió una atractiva oferta de la editorial berlinesa Propyläen, parte de la editorial Ullstein que había sido «arianizada»

en 1934, devuelta a la familia Ullstein y luego, en 1960, adquirida por el polémico magnate periodístico Axel Springer.<sup>60</sup> Speer todavía tenía algunas dudas acerca de aceptar esta oferta. ¿Realmente quería atraer sobre sí el centro de atención? Todavía tenía pensamientos persistentes de regresar a la arquitectura o quizás de seguir una carrera en el mundo de los negocios, donde sus excelentes conexiones y talentos organizacionales probablemente serían apreciados y debidamente remunerados. Decidió mantener a Propyläen en el anzuelo. La táctica dio sus frutos. Se renovó la oferta en 1965.<sup>61</sup> Speer dijo que la oferta «no carecía de interés». Los editores tendrían noticias de él poco después de haber sido puesto en libertad seis meses más tarde. También le hicieron ofertas para que lo entrevistaran por televisión, pero se horrorizó cuando una cadena de televisión sugirió que apareciera junto a Hermann Esser, autor de *La Peste Judía Universal*, a quien acertadamente describió como un «pequeño burgués bávaro hitleriano».<sup>62</sup>

Durante años continuó caminando en solitario alrededor del mundo hasta que, habiendo recorrido 31.816 kilómetros, envió un mensaje a Wolters: «por favor, recógeme 35 kilómetros al sur de Guadal(a)jara, México».<sup>63</sup> El director de la prisión le dijo a Speer que abandonaría Spandau antes que Schirach. Su amarga reflexión fue que había esperado salir años, no segundos, antes que el ex jefe de las Juventudes Hitlerianas y gauleiter de Viena. Dejó su colección de discos de gramófono a Rudolf Hess, que se quedó entonces como único prisionero. A él se los había dado en su mayoría su amigo, el pianista Wilhelm Kempff. Ya había emitido órdenes a su familia para que tuviera listos ciertos artículos esenciales en preparación para su liberación. Éstos incluían un discreto traje de tweed, un maletín de cuero marrón oscuro y una carpeta marrón oscura que contenía un par de cientos de marcos. Naturalmente, el dinero procedía de la Cuenta de Matriculación de Wolters, no de su cuenta personal. Pidió también una maquinilla de afeitar eléctrica, loción de afeitar y palillos de dientes, junto con una serie de medicinas, incluyendo antidepresivos, adrenalina, pastillas para dormir, multi-vitaminas y Bellergal para aliviar el nerviosismo y la tensión. Su hija Hilde se quejó de que se había vuelto loca por esta avalancha de órdenes que incluían una lista detallada de menús y bebidas.<sup>64</sup> Había suficiente dinero en la Cuenta de Matriculación para que Wolters le comprara el reloj de pulsera Jaeger-LeCoultre que había pedido para celebrar su liberación de la prisión.<sup>65</sup>

La tarde del 30 de septiembre de 1966, después de una extraña e incómoda despedida de Hess, esperó en su celda reflexionando sobre los pasajes finales

del *Handwerk und Kleinstadt* —*Artesanía y pequeñas ciudades*— de Tessenow. Poco antes de la medianoche le trajeron una vieja chaqueta de esquí, una camisa con su corbata y un par de pantalones viejos de pana. Luego fue llevado a ver al amable director británico de la prisión, quien le entregó los 2.778 marcos del Reich obsoletos que tenía en su poder en mayo de 1945. También le entregaron una tarjeta de identidad temporal que solo era válida durante cinco días.

## 14. EL NAZI BUENO

Su esposa y el Dr. Flächsner le esperaban a la puerta de la prisión. Después de sacudir la mano de su mujer con un ademán autoritario, intentó tomar asiento al lado del conductor de un gran Mercedes negro que le había proporcionado el industrial Ernst Wolf Mommsen. Flächsner lo empujó hacia atrás, insistiendo en que se sentara junto a su esposa.<sup>1</sup> Speer accedió a regañadientes. Las puertas se abrieron. Los focos de las numerosas cámaras de televisión y las explosiones de las bombillas de flash los cegaron. Tras tener que aguantar a los periodistas, se dirigieron hasta el Schlosshotel Gerhus en el Grunewald, donde pasaron la noche.

Esta incómoda escena era sintomática de la relación entre Speer y Margarete. No se abrazaron. No quiso sentarse a su lado. A Hans Flächsner, aunque de ninguna manera era una persona expresiva, le pareció tan extraña la escena que sintió escalofríos bajando por la espalda.<sup>2</sup> La pareja siempre había tenido dificultades para expresar sus emociones y había poco afecto entre ellos. Aunque se presentaban debidamente ante el Führer con sus seis hijos, su relación era singularmente lejana. Dorothee, la esposa de Georges Casalis, que también era teólogo protestante, dijo de los Speers: «Sinceramente, no creo que ninguno de ellos conociera el significado de la sexualidad. Ella era, sobre todo, una madre; tal vez incluso su actitud hacia Speer era la de una madre, ¿o de una hermana?».

Desde el momento en que conoció a Hitler, prácticamente no tuvo tiempo para la vida familiar. Temía la torpeza de las poco frecuentes visitas de su esposa e hijos a Spandau. En una entrada inexplicable de sus *Diarios de Spandau*, Speer menciona que tenía una relación «semi-erótica» con Spandau y que tal vez nunca quiso irse. Admitía que siempre había existido una pantalla entre él y los demás. Había sido un extraño en medio del círculo íntimo de Hitler, un extraño entre sus compañeros prisioneros de Spandau, y ahora era un extraño en medio de su propia familia. Persistían diferencias insalvables que no podían ser dejadas de lado. La situación se hizo aún más dolorosa porque todos se esforzaron por hacer funcionar la relación.<sup>4</sup>

El Schlosshotel Gehrhus era un pequeño hotel de lujo en el que Speer se había alojado a menudo. Se preparó una magnífica habitación llena de flores para la pareja que se unía de nuevo. Después de probar una magnífica botella de vino con Flächsner, Speer hizo algunas llamadas telefónicas, entre otros a Wolters. Luego convocó tranquilamente una conferencia de prensa para calmar a la multitud de periodistas que se arremolinaba alrededor del hotel. Cuando se le preguntó qué pretendía hacer, contestó que era arquitecto y que esperaba ejercer su profesión.<sup>5</sup> Eso no ocurriría. Su único intento terminó en un desastre. En 1967/8 se asoció con Ernst Neufert, un modernista de la Bauhaus y socio de Walter Gropius, en un proyecto para construir una cervecería para la Unión Dortmund. El intento de Speer de aprender el idioma modernista estaba condenado al fracaso.<sup>6</sup>

Al día siguiente, la pareja se trasladó a una casa alquilada en el Kellersee, en Schleswig-Holstein. Siguió semanas de incomodidad y frustración. La lejanía y la auto-absorción de Speer se habían agudizado después de veinte años en Spandau. Echaba de menos la rutina, sus meditaciones y su paseo imaginario por el mundo. Parecía no estar en absoluto interesado en lo que pensaran, habían hecho o lo que aspiraban hacer sus hijos. La familia nunca se recuperó de la conmoción de este frío alejamiento y auto-absorción. No hizo mención alguna de su lucha con la cuestión de la culpa, ni de su agnóstico coqueteo con la teología. En gran parte, esto se debía a que siempre trazaba una clara distinción entre culpa y responsabilidad. El concepto de responsabilidad es convenientemente difuso. En la medida que no sentía ninguna culpa, se encontraba muy limitado. Tal como escribió a un distinguido abogado, el Dr. Werner Schütz, que se había ofrecido a ayudarlo: «Mi culpabilidad, tal como declararé voluntariamente antes del juicio, se limita, en mi opinión, al hecho de que exigí que fueran llevados a Alemania trabajadores que vinieron contra su voluntad, y que no dejé de pedirlos ni siquiera cuando supe que los traían por la fuerza».<sup>7</sup> Esto es descaradamente falso. El 24 de abril de 1952 escribió a Hilde diciendo que en Núremberg nunca había hablado de culpa, sino solo de «responsabilidad conjunta». Sencillamente, la palabra «culpa» no formaba parte de su vocabulario.<sup>8</sup>

Su tarea ahora era continuar reinventando su pasado para estar en armonía con esta nueva justicia propia. No solo era inocente porque había obtenido la absolución, sino que nunca había sido culpable en primer lugar. El mal no había sido hecho por él, sino por otros, por un sistema maligno o por el fantasma de la tecnología que lo había esclavizado. Para un hombre que fue

responsable de tantas muertes, resultaba un logro extraordinario presentarse al mundo como un candoroso inocente —un *Parsifal*, como lo había llamado Funk— y haber tenido un éxito tan asombroso para salirse con la suya.

Speer declararía que, para él, Spandau fue más un refugio que una prisión, un lugar donde pudo estudiar y meditar. Aquí, aseguró, vivió una existencia auténtica y descubrió su auténtico yo. Su hija Hilde sabía que todo esto era una farsa. Estaba decidido a convertirse en el centro de atención de la forma más llamativa posible y a hacer una fortuna con sus escritos. El ermitaño de Spandau estaba tan hambriento de fama, poder, estatus y dinero como siempre lo había estado. Tenía todas las razones para creer que lo lograría. Mientras estaba en Spandau, había recibido muchas ofertas de varias revistas. Decidió aceptar la astronómica suma de 50.000 DM de *Der Spiegel* por una entrevista. Aunque era menos de lo que le habían ofrecido otras publicaciones, sentía que la revista era de una calidad adecuada y tenía una difusión lo suficientemente amplia para su debut literario.<sup>9</sup>

El éxito de los esfuerzos de Speer dependía del cuidadoso ocultamiento de toda prueba que pudiera usarse contra él. Suscribió sin reservas el principio del derecho romano *quod non est in actis non est in mundo* («lo que no está en los archivos, no existe»). Una eliminación cuidadosa de los registros haría desaparecer cualquier circunstancia desagradable. Fue aquí donde su amigo y colaborador cercano, el Dr. Rudolf Wolters, desempeñó un papel clave.<sup>10</sup> Habían estudiado juntos en Múnich y Berlín. Desde el principio estuvo involucrado en la mayoría de los proyectos importantes de Speer: ayudó a planificar el eje norte-sur, contrató a varios arquitectos, pintores y escultores para el nuevo Berlín, planeó una importante exposición arquitectónica, fue responsable de «cultura, prensa y propaganda» en la Organización Todt, y también estuvo a cargo de planificar la reconstrucción de las ciudades dañadas por los bombardeos. Durante todo este tiempo llevó un detallado diario de todas las actividades de Speer en lo que se llamó la «Crónica de Speer». Wolters también escribió un diario personal que incluía extractos de cartas, memorandos y documentos oficiales.

Mientras se encontraba en Núremberg, Speer tuvo la sensación de que Wolters era el hombre ideal para escribir su biografía. Ya había escrito un breve libro adulatorio sobre Speer en una serie de «Artistas contemporáneos alemanes» publicada en 1943.<sup>11</sup> El plan de Speer era que el trabajo de su vida fuera examinado en cuatro partes. La primera trataría de su trabajo como arquitecto, y estaría lujosamente ilustrada. La segunda parte sería una

«descripción objetiva de la organización y los logros» del Ministerio de Armamentos. En tercer lugar habría un estudio de la vida del hombre a quien Speer describía como el «número dos» en la Alemania de Hitler. Incluiría un retrato positivo de su relación con Hitler «de una manera idealista, como fue una vez». Por último, vendrían sus propias memorias, que serían «abiertas y sinceras». Habrían de publicarse muchos años después. Speer comenzó a trabajar en esta última sección mientras estaba en Núremberg, y terminó un primer borrador de sus memorias entre 1953 y 1954. Mientras se encontraba en Spandau, pensó en publicar la «Crónica de Speer» con un comentario detallado, un estudio arquitectónico titulado «La ventana» sobre el que había comenzado a trabajar, junto con una selección de ensayos y reseñas de libros. Le dijo a Wolters que daría todo el dinero que ganase a obras de caridad. Wolters escuchó con silenciosa incredulidad.<sup>12</sup>

Mientras Speer estaba en Spandau, Wolters organizó una serie de reuniones entre el conocido historiador conservador Walther Hubatsch y la editorial Athenäum, pero Speer, que ya había recibido ofertas de varios editores, le dijo que se lo tomara con calma. En 1964, un joven historiador, Gregor Janssen, escribió el equivalente a una tesis de maestría sobre el Ministerio de Armamentos. Mostró el trabajo a Walther Hubatsch con la esperanza de que pudiera convertirse en una tesis doctoral bajo su supervisión. Hubatsch se la entregó a Wolters, quien se las arregló para que fuera introducida de contrabando en Spandau. Speer no se mostró ni mucho menos satisfecho con aquel trabajo. Asegurando que estaba plagado de errores, lo devolvió con sus comentarios al margen. Se sintió aliviado al saber que la escasez de fondos hacía improbable que Janssen pudiera terminar su tesis. Estas dificultades acabaron por superarse, Hubatsch aceptó supervisarla y la tesis resultante fue publicada en 1968, un año antes que las memorias de Speer. Fue un excelente estudio pionero institucional que obtuvo una gran acogida, y no hizo nada que dañara la reputación de Speer, aunque señalaba la estrecha cooperación entre Himmler y Speer.<sup>13</sup>

De camino desde su retiro en Schleswig-Holstein a la casa de la familia en Heidelberg, Speer hizo una visita a Rudolf Wolters en Coesfeld. Wolters, furioso con Speer por su carácter autoritario y su ingratitud después de todo lo que había hecho por él, no tenía ganas de ver a su viejo amigo, pero Annemarie Kempf lo había apaciguado, permitiendo así lo que resultó ser un encuentro cortés. El ambiente se alivió gracias a una botella de Johannesberger 1937 de la finca del príncipe Metternich. Wolters le entregó

su versión reescrita de la crónica, grandes cantidades de fotografías de sus edificios, los planes para reconstruir Berlín, todo el material que le había enviado desde Spandau, los recortes de prensa recogidos durante los últimos veinte años y el saldo de 25.000 DM de la Cuenta de Tutoría, que Speer se gastó rápidamente en un coche de lujo. Parecía que el entusiasmo de Speer por la austeridad y la vida sencilla se había olvidado pronto en medio del tentador materialismo del «milagro económico» de Alemania Occidental. Wolters también le obsequió con un buen jamón de Westfalia elaborado con un cerdo que había nacido el día en que había muerto Stalin.<sup>14</sup>

El encuentro fue superficialmente agradable, pero a Wolters le quedó claro que su amistad se había tensado enormemente. Speer tenía una buena razón para distanciarse de su viejo amigo. No quería llamar la atención sobre un hombre que conocía sus secretos y podía destruir en cualquier momento su auto-imagen cuidadosamente construida del ángel que venía del infierno, del inocente chivo expiatorio de una nación hechizada por un líder carismático y esclava de la tiranía de la tecnología moderna.

Wolters sentía desprecio por las lamentaciones y las confesiones de culpa de Speer, que consideraba egoístas, tramposas e inverosímiles. Resulta difícil de identificar su postura política precisa. Aunque nunca fue miembro del Partido y a menudo se mostró crítico con ciertos aspectos del régimen, como ferviente nacionalista se sintió orgulloso de muchos de los logros de la Alemania nacionalsocialista. Para muchos que lo conocían bien, era, en el fondo, un nazi que se presentaba como un nacionalista anticuado. En la pared de su dormitorio colgaba una fotografía de Speer con Hitler, incluso después de su ruptura con Speer. Tiempo después, Wolters admitió que su relación con Speer era muy similar a la de Speer y Hitler.<sup>15</sup> Para su gran vergüenza, le regaló a su hijo Friedrich un Volkswagen con la matrícula COE AH 88: COE de Coesfeld, AH para Adolf Hitler, y 88 para HH (*Heil Hitler*), siendo H la octava letra del alfabeto. Después de la guerra, «88» fue un código ampliamente utilizado entre los simpatizantes nazis.<sup>16</sup>

De regreso a su hogar familiar en Heidelberg, Speer se puso a trabajar sumergiéndose en los inmensos montones de material que Wolters había reunido durante los últimos veinte años. Inmediatamente se puso en contacto con Wolf Jobst Siedler, jefe de la división Propyläen de la editorial Ullstein, a quien sugirió que debería ir a Berlín para discutir un contrato por sus memorias. Siedler respondió que prefería ir él a Heidelberg, pero Speer insistió en que él iría a Berlín. El contrato se firmó durante el almuerzo. Speer

contó que ni siquiera se molestó en leerlo.

Speer se puso inmediatamente a trabajar en la preparación de la entrevista para *Der Spiegel*.<sup>17</sup> Más tarde afirmó que no lo había hecho por el dinero, sino para iluminar a los jóvenes. Si esa era efectivamente su intención, fracasó de manera miserable. Wolters se indignó con la entrevista, y acusó a Speer de ser irresponsable y deliberadamente engañoso, dañando así gravemente su reputación. Simplemente se había burlado de la sabiduría convencional transmitida en las escuelas y universidades alemanas durante los veinte años anteriores. En respuesta a la pregunta de si Alemania era responsable de la guerra, Speer respondió que la culpa no la tenía Alemania, sino Hitler. Wolters señaló que en 1939 todos creían que Hitler era Alemania y que Polonia, alentada por el apoyo de Gran Bretaña, había provocado la guerra. Para Wolters, el intento de demonizar a Hitler era una forma barata de absolver a Alemania de toda culpa.<sup>18</sup> De manera instintiva, sentía que la intención de Speer era proporcionar a los alemanes una coartada, liberarlos de la culpa y ganar mucho dinero en el proceso. Por lo tanto, se negó a ayudar a Speer a escribir sus memorias, que sabía que darían una imagen muy lejana de la realidad de los doce años de la Alemania nazi. Su hija Hilde asumió el cargo de albacea literaria.

Además de la gran cantidad de material que había recibido de Wolters, Speer hizo un amplio uso de la documentación de los Archivos Federales en Coblenza. Un archivero se sorprendió por el hecho de que nunca pidió material relacionado con los judíos o el trato dispensado a los trabajadores extranjeros.<sup>19</sup> Dada esta enorme cantidad de datos, Siedler decidió que Speer debería escribir dos libros de peso: primero, las memorias, y luego trozos seleccionados de su documentación que iban a formar parte de los *Diarios de Spandau*. Para ayudarlo a escribir las memorias, Siedler contrató al talentoso periodista conservador Joachim Fest, que actuaría como consultor.

El papel de Fest es un asunto de cierta controversia. Tanto Speer como Siedler sostienen que no fue en absoluto un «negro», pero resulta difícil de creer. Cualquiera que fuera su papel concreto, está bastante claro que desempeñó un papel importante en el producto final. Fest era un consumado maestro de la prosa alemana, y el estilo fluido de las memorias está muy lejos de la incomodidad de la prosa de Speer en sus discursos y otras obras publicadas. Fest ya había publicado un ensayo muy influyente sobre Speer en el que había pintado un retrato de un tecnócrata de clase media alta que cayó presa del encanto mágico de Hitler.<sup>20</sup> Era una versión de la vida de Speer que

iba a ser elaborada con gran detalle en su autobiografía. Hacia finales de 1966, Fest fue abordado por los editores Harcourt, Brace y Jovanovich con la propuesta de renunciar a su trabajo en la Radio Alemana del Norte con el fin de concentrarse en el trabajo de una biografía de Hitler. La perspectiva de trabajar con Speer, socio íntimo de Hitler, era, por lo tanto, extremadamente atractiva. Comenzó a trabajar con Speer en 1967. Al año siguiente, se tomó una licencia de la Radio Alemana del Norte y se dedicó a tiempo completo a trabajar en la autobiografía. Le llevó casi tres años darle una forma legible al manuscrito de dos mil páginas de Speer.<sup>21</sup>

Speer se dio cuenta muy pronto de lo difícil que le resultaba asumir su pasado y darle una adecuada expresión literaria. Sus percepciones se habían alterado radicalmente después de veinte años de estudio y reflexión. Era una persona muy diferente al joven prisionero de Núremberg, que había expresado su determinación de ofrecer un relato brutalmente sincero de la corrupción, la hipocresía y la brutalidad en el corazón del nacionalsocialismo.<sup>22</sup> Speer había luchado durante años contra la verdadera naturaleza de su curiosa relación con Hitler, y todavía no había encontrado una respuesta.

El escritor y luchador de la resistencia Günther Weisenborn proporcionó una imagen vívida de Hitler y de Speer en el entorno artístico de Múnich a mediados de los años 30. Hitler y Speer estaban sentados uno al lado del otro en un sofá. Los otros, entre ellos Himmler, Goebbels y Franz Ritter von Epp, gobernador de Baviera, estaban sentados alrededor de una mesa. Unos oficiales uniformados estaban situados alrededor de una serie de mesas más pequeñas. Para él, representaban «la maquinaria aria de Alemania, autómatas nazis correteando, barbarie bien afeitada procedente de la humanidad congelada». Se representaba la relación entre Hitler y Speer.

Fue una actuación notable. Cada vez que el sujeto al que llaman el Líder (*Führer*), que esta noche representa el papel de un sencillo compañero con sus ojos de buen humor muy abiertos, dice unas pocas palabras, todos los paladines que lo rodean se inclinan con devoción. Todos se concentran en el mismo punto: la boca con el bigotillo. Era como si un cálido viento de devoción hubiera doblado silenciosamente estos orgullosos tallos, de modo que todo lo que podía ver eran los rollos de grasa en los cuellos de los líderes de nuestro Reich. Y eso no era todo. Hitler, con la cara hinchada, aceptaba esta ola de sumisión y luego asentía discretamente a Speer, que se sentaba a su derecha y de vez en cuando pronunciaba en tono cansino algunas palabras

bien educadas. El homenaje que recibía Hitler se transmitía de ese modo a Speer, en una especie de carrera de relevos de la sumisión. Speer parecía ser un objeto de admiración, un amante que aceptaba estos actos de homenaje como si fueran calderilla.<sup>23</sup>

Karl Maria Hettlage insistía en que Speer era el «amor desgraciado» de Hitler.<sup>24</sup> A Speer le preocuparon, pero nunca asumió, los aspectos homoeróticos de su relación con Hitler. Ya en 1954 había esperado que escribir sus memorias le ayudaría a responder a la pregunta «¿quién soy yo?». La observación de Karl Jaspers de que la realidad objetiva no existía era, a la vez, reconfortante y preocupante para él. Le proporcionaba un medio para evitar lo desagradable e inquietante, pero también obstaculizaba el camino del autodescubrimiento.<sup>25</sup>

Por lo tanto, no era de extrañar que Siedler y Fest encontraran considerables dificultades para editar el manuscrito. Siedler actuaba a menudo como un severo director de tesis, enviando con frecuencia a Speer de regreso a Heidelberg para reescribir lo escrito como si fuera un estudiante obstinado.<sup>26</sup> Es imposible decir hasta qué punto las memorias difieren en sustancia de los borradores de 1946 y 1953-1954. Speer se negó a entregar ese material a los archivos. Fest y Siedler adoptaron un enfoque periodístico en el proyecto. Se basaron enteramente en el propio testimonio de Speer y en extraer información de testigos dudosos como el mariscal de campo Milch, Nicolaus von Below, el ayudante de la Luftwaffe de Hitler y el controvertido escritor británico David Irving. Fest sentía un desprecio absoluto por los historiadores académicos, y pensaba que su trabajo era poco más que una masa de detalles sobre temas insignificantes, tediosamente amontonados y escritos en una jerga académica opaca.<sup>27</sup> Por lo tanto, no debe sorprender que no contrataran a ningún historiador como ayudante de investigación para peinar los archivos. Puesto que no visitaron los Archivos Federales de Coblenza, donde se encontraba el resto de los papeles del ministerio de Speer, tuvieron que confiar en su relato altamente selectivo sobre su conocimiento acerca del trato dispensado a los trabajadores forzosos y los judíos. Fest y Siedler tuvieron que obligar a Speer a añadir un breve párrafo sobre el pogromo del 9 de noviembre de 1938.<sup>28</sup> Se mostraba extremadamente reacio a mencionar aquello, aunque —o tal vez por ello— estaba en Berlín en ese momento. Durante su interrogatorio por los Aliados en Kramsberg, había hablado de esta exhibición bien organizada de un matadero generalizado que resultó en cuatrocientas muertes, la detención de

treinta mil judíos, más la destrucción de 1.406 sinagogas y 7.500 tiendas judías, fruto de una «manifestación espontánea». Más o menos al mismo tiempo, Rudolf Wolters dijo que en noviembre de 1938 estaba trabajando con Speer en el proyecto «Germania». Speer confesó haberse quedado sorprendido de que casi todas las tiendas de Unter den Linden, la calle más elegante de Berlín, estuvieran en manos judías. «Consideramos, por lo tanto, que la “Noche de los Cristales Rotos” [*Kristallnacht*] era una inevitable cuestión marginal de la toma del poder nacionalsocialista que todos apoyábamos y que mostraba su carácter revolucionario».<sup>29</sup>

Resulta imposible saber si Siedler y Fest aceptaron ingenuamente el relato de Speer, ahorrándose así la ardua tarea de arar a través de montones de material de archivo, o si estaban dispuestos a producir lo que el historiador Wolfgang Benz llamaría un «proyecto patriótico»: la reconstrucción de un importante criminal de guerra nazi, limpio de toda culpa, verdaderamente arrepentido y renacido. Esto se llamaría la «mentira viva» de toda una generación, para la que las memorias de Speer eran una confirmación de su convencida creencia de que todo el peso de la culpa recaía sobre los miembros de una pequeña pandilla de criminales, psicópatas y sádicos.<sup>30</sup>

Fest y Siedler nunca presionaron a Speer para saber cuánto sabía. Años más tarde, al ser interrogado sobre este punto, Fest respondió que no vio sentido alguno en hacerlo.<sup>31</sup> ¿Era porque ellos mismos no querían enfrentarse a esta pregunta incómoda? ¿O tal vez comprometería su retrato cuidadosamente construido basado en la auto-imagen de Speer? Cualquiera que sea la respuesta, cientos de miles de personas se tragaron de cabo a rabo las memorias de Speer, aunque era totalmente inconcebible que un hombre en la posición de Speer no supiera nada de la persecución de los judíos o de los malos tratos a los esclavos que tuvieron la desgracia de trabajar para él. Speer admitió a Fest y Siedler que sabía de las terribles condiciones en las que tenían que vivir los trabajadores forzados y los internos de los campos de concentración, pero culpó de todo ello a Sauckel, Himmler y, en última instancia, a Hitler. Afirmó que en Núremberg estas condiciones de vida habían sido groseramente mal representadas. Más tarde señaló el caso de Toni Proost, que le había ayudado en agradecimiento por el excelente trato que le había proporcionado bajo la égida de Speer. En cualquier caso, argumentaba Speer, la guerra es un negocio desagradable en el que suceden cosas desagradables a todos los interesados. Afirmaba que las condiciones del otro bando no eran muy diferentes, «obviamente entre los rusos, pero también

en gran medida entre los franceses, los estadounidenses y otros». Ninguna de las partes respetó las Convenciones de Ginebra o de La Haya.<sup>32</sup>

Un problema importante con las memorias fue que hablaba de generalidades sin ofrecer ejemplos concretos. No cuestionaba seriamente todo el régimen ni el papel que había representado en él. Podía describir la atmósfera general, pero era reacio a rellenarla con hechos. Consideró prudente no mencionar ninguna similitud entre los bombardeos de Dresde y Theresienstadt y, cuando se le presionó, tuvo que admitir que debía hacerse una cierta distinción entre el bombardeo de los Aliados y la determinación alemana de exterminar a todos aquellos que consideraban social, biológica y racialmente indeseables.<sup>33</sup>

Siedler quedó decepcionado con la versión final de las memorias. Sentía que Speer debía haber analizado la estructura del régimen, demostrado cómo todo el sistema se había derrumbado y examinado sus propias deficiencias, revelando así cómo se había vuelto moralmente irresponsable, flexible y sumiso. En lugar de eso, había repetido constantemente lo mucho que lamentaba lo ocurrido. Fest estuvo de acuerdo, de modo que, para gran fastidio de Speer, se vio obligado a borrar algunas de sus disculpas vacías.<sup>34</sup> Cuando Siedler y Fest le preguntaron si había dejado fuera cualquier cosa que más tarde pudiera causarle alguna vergüenza, respondió enfáticamente que no tenía secretos.

Tiempo después, Siedler afirmó que nunca esperó que las memorias de Speer fueran un gran éxito. Había pagado a Speer un adelanto muy modesto, le había dado muy poco tiempo para completar el manuscrito y había planeado una primera impresión relativamente modesta.<sup>35</sup> Esto es difícil de creer. Es cierto que las memorias de Baldur von Schirach, publicadas en 1968, despertaron poco interés; pero aún no se habían publicado cuando Speer firmó el contrato. Nadie había estado más cerca de Hitler que Speer durante los doce años del Tercer Reich. Era un hombre muy inteligente, con una visión cuidadosamente considerada del pasado, que aliviaría la carga de conciencia de toda una nación. Siedler se esforzó por ofrecer a Speer unas óptimas condiciones de trabajo y le había proporcionado como ayudante a un destacado periodista. Las grandes editoriales habían hecho magníficas ofertas, mientras que las revistas habían pagado honorarios impresionantes por las entrevistas. Igualmente extraña es la afirmación de Siedler de que, para un bestseller internacional, los beneficios fueron relativamente escasos.

Las memorias fueron un extraordinario éxito. Speer, el gran criminal de

guerra, se convirtió, casi de la noche a la mañana, en una figura popular — algo que nunca había sido en el apogeo de su poder en el Tercer Reich. El público lector en general estaba fascinado y enormemente interesado por este relato único del funcionamiento interno del Tercer Reich. Las descripciones de la vida privada de Hitler en el Berghof, las luchas de poder entre la cúspide y los poderosos, la atmósfera irreal de una arrogancia aplastante y un colapso inminente, todo ello formaba una lectura convincente. Los historiadores se mostraron decepcionados de que Speer hubiera revelado poco que era nuevo y se hubiera guardado sus mejores cartas bajo la manga.

Para la generación más vieja de alemanes, las memorias proporcionaron una coartada reconfortante para todo lo que había sucedido en los doce años del Tercer Reich. Aquí había un hombre que había estado en lo más alto, más cerca de Hitler que nadie y, sin embargo, no sabía nada del Holocausto. No parecía haber sido un nacionalsocialista en ningún sentido coherente del término. Su culpabilidad —como un personaje de una tragedia griega— era inocente. Speer, el buen nazi, proporcionó consuelo y tranquilidad a todos los pequeños nazis a los que incomodaba la humillación de la desnazificación y la reeducación. Habían cerrado los ojos, evitando cualquier escrúpulo moral y se limitaron a seguir órdenes. Por esa razón, la revelación de Matthias Schmidt de la participación activa de Speer en la persecución de los judíos, publicada poco después de la muerte de Speer, y el detallado relato de Susanne Willems sobre el monstruoso trato dispensado por Speer a los judíos en Berlín, no alteró en absoluto la percepción pública del hombre. El proceso de desmitificación pública no comenzó hasta 2004, cuando el periodista Heinrich Breloer presentó su película biográfica en la televisión. Pero incluso eso fue solo un tímido paso adelante. El propio título de *Speer y Él* es testimonio del hecho de que todavía había que exorcizar el culto del Führer. Speer había caído bajo el hechizo de Hitler, igual que había sido embrujado el pueblo alemán. Hitler seguía siendo un tema fascinante, rodeado de un aura de misterio contra la cual no había defensa. Como suele suceder, un periodista, en este caso uno excepcionalmente dotado, ejerció una influencia mucho mayor en la percepción pública del pasado que la que jamás podrían esperar tener los historiadores profesionales. Pero es una pena que incluso él se anduvo con rodeos.<sup>36</sup>

Muchos de aquellos que habían estado cerca de Speer se horrorizaron al leer las memorias. Un miembro distinguido de su personal señaló que el nuevo Speer era alguien a quien nunca había conocido. Rudolf Wolters, su

amigo durante cuarenta años, que tanto había hecho para ayudarlo y hacer posible la redacción de sus memorias, encontró extremadamente dolorosa la lectura de la versión publicada. Dijo que se sentía «dividido entre los viejos sentimientos de amistad y una repulsión instintiva». Y terminaba su carta a su antiguo jefe y viejo amigo con amarga ironía: «una novela de detectives no podría haber sido escrita con más cautivadora invención».<sup>37</sup> Wolters describió amargamente a Speer como «un predicador errante con cilicio, entregando su fortuna a las víctimas del nacionalsocialismo, renunciando a todas las vanidades y placeres de la vida y alimentándose de langostas y miel silvestre». Speer visitó Coesfeld poco después de recibir esta carta. Las ventas eran asombrosas, el dinero manaba a raudales. «¿Dónde —preguntó a su anfitrión con una carcajada— están las langostas?».<sup>38</sup> Muchos de sus amigos estaban igualmente sorprendidos por la admisión, aunque cauta y ambigua, de Speer de una modesta parte de la responsabilidad por los crímenes del régimen. Speer respondió alardeando de que las enormes ventas habían silenciado todas las críticas. Arno Breker comentó:

«Estoy asombrado con Albert Sp. Tengo que cambiar radicalmente mi opinión sobre él».<sup>39</sup> En otra ocasión, Wolters dijo que Speer era un acróbata, que «podía hacer un doble salto mortal desde una posición inicial de pie».<sup>40</sup>

Las memorias reforzaron aún más la imagen de sí mismo que Speer había presentado tan eficazmente en Núremberg como un arquitecto idealista que, por la fuerza de las circunstancias, se había visto obligado a convertirse en un motor y agitador que, al darse cuenta de la horrible realidad detrás del régimen al que había servido tan lealmente, se arrepintió sinceramente.<sup>41</sup> Las observaciones críticas de unos cuantos historiadores fueron ignoradas en gran medida. Con motivo de su 75 aniversario en 1980, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, con Joachim C. Fest en el consejo editorial, publicó un elogio asombrosamente servil y plagado de clichés sobre el favorito de Hitler. Se presentaba a Speer como alguien que se alejó de la política, pero que, a causa de su juventud, había hecho un pacto faustiano que lo llevó al pináculo de la fama y el poder. Era un tecnócrata que ignoraba los crímenes del régimen. Se distanció del régimen en 1944 y conspiró para asesinar a Hitler, aunque, por desgracia, la conspiración resultó ser «técnicamente imposible». Speer era un hombre de impecable honradez que en Núremberg tuvo el coraje de aceptar la responsabilidad de los espantosos crímenes cometidos por la Alemania nazi. Esto indignó a los hitlerianos no arrepentidos, que ahora eran sus implacables enemigos. Se burlaban de la idea de que Speer fuera casi una figura trágica

que, a pesar de haber disfrutado de posibilidades asombrosas para hacer realidad sus fantasías arquitectónicas, no había dejado prácticamente nada tras él. Incluso Fest ofreció algunas críticas muy cautelosas. Le parecía que los actos de penitencia de Speer eran muy insulsos. Simplemente sirvieron para proporcionar al régimen nazi una máscara de respetabilidad.<sup>42</sup>

La respuesta inicial al libro por parte de los expertos en Alemania fue en gran parte negativa, aunque esto no tuvo ningún efecto sobre las ventas. El público lector en general no prestó atención a las críticas en la prensa seria y las revistas especializadas. La revisión que más afectó a Speer fue la de Golo Mann,<sup>43</sup> quien señaló que, aunque el libro estaba lleno de autocrítica, carecía totalmente de un sentido cristiano de contrición. Mann veía claramente las contradicciones dentro del carácter de Speer. Aquí estaba un hombre que había vivido en el centro de un sistema que describía como una «banda de asesinos» y que, sin embargo, en Núremberg aseguró estar sorprendido por la revelación de sus crímenes. Afirmaba ser un tecnócrata, pero era, en muchos sentidos, tan aficionado y diletante como muchos otros del círculo íntimo. Era el favorito, un *outsider* que era despreciado por los «viejos guerreros» y los paladines de Partido, cuyas intrigas describe muy bien, pero que, no obstante, estuvo profundamente involucrado en sus desagradables conspiraciones y alianzas. Era lector de la poesía de Stefan George, un hombre al que le encantaba estar solo en el desierto, pero que, sin embargo, pasaba días enteros en una indolencia estéril y aburrida en medio de los insuficientes cortesanos del Obersalzberg. Aquí había un hombre que se engañó a sí mismo diciéndose que sus acciones eran apolíticas. Estaba fascinado por Hitler, lo admiraba y lo adoraba y, pese a ello, encontraba repulsivos a todos los «Hitlers» inferiores. Aseguraba que había querido asesinar a Hitler, pero seis semanas después le dijo que tenía su apoyo incondicional. Más tarde se produjo una increíble escena de despedida, con Hitler llorando cuando Speer le dijo que había desobedecido la Orden Nerón, seguida por las lágrimas de compasión de Speer ante la estremecedora ruina del dictador. Después, cuando todo terminó, Speer dedicó la misma asombrosa energía que había consumido en los monstruosos proyectos de construcción y su imperio de armamentos para forjar una imagen de sí mismo como un profeta abrumado por la culpa, que advertía de la amenaza demoníaca de la tecnología. Para Golo Mann, hay un incómodo vacío y una alienación en el núcleo del libro. El asesinato de seis millones de judíos es despachado con un hueco «no tengo defensa». Los monstruosos crímenes

cometidos por los alemanes en la Unión Soviética se dan por tratados con una sola frase. Ni siquiera se menciona la espantosa brutalidad de las fuerzas de ocupación en Polonia y otros lugares. Al final, aunque el ídolo había caído, nunca fue capaz de liberarse por completo del hechizo de Hitler. Golo Mann concluía su revisión con una cita del poema de Adelbert von Chamisso «Los hombres en la montaña de Zobten», que impresionó enormemente a Speer. Tres caballeros que eran culpables de crímenes terribles fueron desterrados a esta montaña. Allí conocieron al santo Johannes Beer, que les preguntó si admitían sus actos. Sí, contestaron. ¿Eran buenos o malos? Eran malos. ¿Se avergonzaban de sus acciones? Hundieron la cabeza, se asustaron y permanecieron en silencio. No sabían.

Entre los críticos más fuertes a las memorias estaban Lucy Dawidowicz, Geoffrey Barraclough, Rebecca West, Elias Canetti y Heinz Höhne, pero sus comentarios no tuvieron ningún efecto en las ventas. Había una buena razón para que Speer esperara que los historiadores tuvieran dificultades para seguir sus huellas. El Ministerio de Armamentos había sido muy golpeado por los bombarderos aliados, lo que había provocado la destrucción de un gran número de documentos. Hacia el final de la guerra, Speer examinó montañas de papeles para ver si había algo que pudiera usarse contra él. Afirmó que no destruyó nada, aparte de un memorando de un industrial sin nombre sobre el posible uso de gas venenoso contra los soviéticos. Dijo que lo hizo de una manera rutinaria, porque no podía concebir que las potencias vencedoras lo tuvieran en cuenta.<sup>44</sup>

Durante el peinado de sus papeles, Speer pasó por alto la «Crónica de Speer». Hacia finales de 1940, Wolters, entonces director de la Oficina Central de la Inspección General de la Capital del Reich, además de secretario de prensa de Speer, sugirió a Speer llevar un diario de sus actividades cada vez más variadas. Speer estuvo de acuerdo y Wolters comenzó a trabajar el 1 de enero de 1941. Speer dio instrucciones para que todos sus compañeros de trabajo cooperaran plenamente con Wolters. No hizo cambios de redacción. El diario fue exhaustivo hasta septiembre de 1944, después de lo cual, a medida que la situación se deterioraba rápidamente, fue cada vez más incompleto. Al final de la guerra había varias copias, pero solo sobrevivió un ejemplar completo.

En marzo de 1945, uno de los compañeros de Wolters depositó la crónica en un depósito especial para la custodia de documentos importantes establecidos por Wolters y el futuro presidente alemán federal Heinrich

Lübke en Höxter, una pequeña ciudad entre Detmold y Göttingen. Poco después se trasladó a la biblioteca del vecino castillo del Duque de Ratibor y Corvey. Wolters todavía no consideraba que aquel fuera un escondite seguro. En 1946 ordenó que la crónica fuera sellada en contenedores de plomo y enterrada en el jardín de sus padres en Coesfeld. Una vez que sintió que la situación era segura, la crónica fue desenterrada y guardada en su oficina. Una versión de la crónica, que cubre los años 1942 y 1943, fue quemada en Berlín justo antes del final de la guerra. Se dice que una versión completa fue enterrada en las montañas de Harz, junto con otros documentos importantes, incluidos algunos de los documentos de Milch, pero ninguno de ellos ha sido encontrado a pesar de una intensa búsqueda.

En 1964, en preparación para la liberación de Speer de Spandau, Wolters decidió volver a escribir a máquina toda la crónica para eliminar los errores estilísticos y gramaticales, omitir cualquier pasaje irrelevante o trivial y, sobre todo, suprimir todo lo que pudiera usarse contra Speer o cualquiera de sus compañeros de trabajo. Para ese momento, Wolters había empezado a mirar por encima del hombro a la Oficina Central para el Esclarecimiento de los Crímenes Nacionalsocialistas de Ludwigsburg, fundada en 1957-1985 y que reveló rápidamente un número alarmante de crímenes nazis cometidos tanto en el país como en el extranjero, y que habían sido pasados por alto por los vencedores. El juicio de Auschwitz en Frankfurt que comenzó en 1963, celebrado poco después del juicio de Eichmann en Jerusalén en 1961, presentó por primera vez la aterradora realidad del Holocausto ante la conciencia pública. El efecto fue abrumador. Speer tenía motivos de sobra para alarmarse.

Wolters entregó a Speer la versión editada de la crónica tras su liberación de Spandau para que le ayudara a escribir su autobiografía, y le dio una indicación aproximada de los cambios que había hecho en el original. En 1969, después de terminar sus memorias, Speer presentó la versión corregida de la crónica a los Archivos Federales de Coblenza, sin decírselo a Wolters. Los Archivos Federales enviaron entonces una fotocopia de la crónica al Instituto de Historia Contemporánea de Múnich. Ambos sabían que la crónica había sido re-escrita. Ninguno sabía que se habían hecho importantes omisiones.

Aquel mismo año, David Irving, que estaba trabajando en una biografía de Erhard Milch, descubrió una sección de la crónica en el Museo Imperial de la Guerra en Londres que defería algo de la versión de Coblenza y Múnich.

Irving envió a Speer fotocopias mostrando las diferencias entre las dos versiones para comentarlas. Esto provocó un tenso intercambio de pareceres entre Speer y Wolters. Speer acusó a Wolters de haberlo puesto en una situación muy incómoda al entregar una versión obviamente alterada de la crónica cuando existía, al menos, parte del original. Como no había diferencias sustanciales entre el extracto del Museo Imperial de la Guerra y el original editado, Speer sugirió que Wolters enviara el texto completo del original a los archivos.

La respuesta de Wolters fue redactada cautelosamente. Señaló que había ofrecido a Speer una descripción completa del tipo de edición que había hecho, agregando que, puesto que él era el autor de la crónica, se sentía con derecho a hacer ciertos cambios. Pero luego vino la bomba. Le dijo a Speer que había recortado algunos pasajes que «desgraciadamente no eran implícitamente insignificantes desde el punto de vista de la historia contemporánea». Wolters declaró sin rodeos que uno de los pasajes extirpados revelaba que Speer, en su calidad de Inspector General para la Capital del Reich, se había apropiado de 23.765 viviendas judías en Berlín y había obligado a 75.000 judíos a ser «reasentados». «Aquello», comentó irónicamente Wolters, «fue todo un logro». Wolters insistió en que el original debería hacerse público, como mínimo, en el momento en el que nadie afectado sufriera a causa de ninguna de las revelaciones que contenía. Dejó que Speer determinara qué hacer a continuación: «Ahora decides tú... ¡Oh, poderoso Ministro de Armamentos!».

Speer se quedó horrorizado. Se acababan de publicar sus memorias con una gran aceptación general, se había convertido en una estrella de los medios de comunicación y su rehabilitación era prácticamente completa, gracias en gran parte al engaño exitoso de que no sabía nada sobre la persecución a los judíos. Si salía a la luz pública el texto completo de la crónica, entonces sería ampliamente conocido que no solo había estado plenamente informado de aquel monstruoso crimen, sino que había desempeñado un papel activo en él. Tuvo que admitir a Wolters que había actuado con bastante acierto al suprimir esta prueba incriminatoria, preservando así su cuidadosamente elaborada imagen pública.

Speer se mostró decidido a asegurarse que la versión original de la crónica permaneciese oculta a la vista. Wolters permaneció fiel, aunque había tenido que soportar muchas cosas. Le escribió una carta a Speer, que sugirió que fuera enviada a los Archivos Federales, diciendo que había sido incapaz de

descubrir el original de la crónica entre sus papeles personales, y luego le dijo a Speer que el original sería depositado en los archivos después de su propia muerte. Speer remitió la carta a los Archivos Federales, añadiendo que lamentaba profundamente su fracaso al descubrir el paradero del original. Consoló al director, el Dr. Wolfgang A. Mommsen, con la idea de que la versión editada de los diarios guardados en los archivos seguiría siendo de un valor inconmensurable para los futuros historiadores.<sup>45</sup> Speer le dijo entonces a Wolters que habría que volver a escribir la versión completa de la crónica y se haría pública cuando los bisnietos de Speer llegaran a su mayoría de edad.<sup>46</sup> Aseguró con poca sinceridad que era altamente dudoso que revelara algo significativo que no fuera ya conocido por otras fuentes.

La ruptura final de Wolters con Speer no fue a causa de las memorias, sino como resultado de una entrevista publicada en la revista *Playboy* en junio de 1971, algunos de cuyos extractos aparecieron publicados en el semanario ilustrado alemán *Quick*.<sup>47</sup> Speer aseguraría más tarde que el entrevistador, Eric Norden, no hablaba alemán y se había tomado ciertas libertades con el texto, pero Norden había estudiado atentamente las memorias y sus preguntas estaban cuidadosamente preparadas.<sup>48</sup> A Wolters le pareció que el repetido *mea culpa* de Speer en el artículo estaba absurdamente en desacuerdo con su cómodo estilo de vida, su alegría y su jactancia por sus éxitos literarios y financieros. Sus manifestaciones sobre la probidad de los juicios de Núremberg parecían excesivas, incluso para los fiscales aliados. Wolters fue el más contundente entre los que acusaron a Speer de ensuciar su propio nido. Otros consideraban que su reiterada confesión de culpabilidad inespecífica, junto con su continua insistencia de que no sabía nada sobre el asesinato en masa de los judíos europeos, no era más que una manera conveniente de trasladar toda la culpa a Hitler y a su insalubre entorno que incluía a gente como Himmler, Göring, Goebbels y Ribbentrop, así como a su propio chivo expiatorio personal: Sauckel. Wolters afirmó que Speer le había dicho que su confesión de culpabilidad, sus actos de penitencia, la auto-flagelación, la exhibición pública del cilicio y la ceniza y el anhelo declarado de expiación no eran más que «trucos».<sup>49</sup> ¿Fue aquello simplemente el enojado arrebatado de un viejo amigo que había sido traicionado, o había algo de verdad en aquellas ásperas palabras?

La entrevista —una condensación de diez días de intensas conversaciones— revela las extraordinarias contradicciones de la personalidad de Speer. Era, tal como comentaba Trevor-Roper en su introducción a la entrevista, una

extraordinaria mezcla de percepción y ceguera, sensibilidad e insensibilidad, normas morales y neutralidad moral. Su confesión de culpabilidad se ve muy debilitada por sus esfuerzos por cargar la culpa sobre otros y sobre las circunstancias históricas. Speer aseguraba que Hitler «no solo me permitió destruir mi conciencia, también consumió y pervirtió las energías creativas de mi juventud». Speer, descrito en una ocasión por Wolters como el «amor no correspondido de Hitler», depositaba la principal responsabilidad de los crímenes del nacionalsocialismo sobre el mundo moderno que está «aterrorizado por la tecnología» hasta el punto de que estamos «*todos* en Auschwitz». Los crímenes del Tercer Reich fueron «esencialmente crímenes modernos hechos posibles por la tecnología del siglo xx, que contiene en su interior tanto una gran promesa como un gran peligro para los valores humanos». Las meditaciones superficiales de Speer sobre la fuerza demoníaca de la tecnología eran, en cierto sentido, un intento de utilizar el pensamiento de Heidegger. Mientras que el filósofo, que atribuía el «olvido del ser» a la industrialización y al capitalismo, había imaginado que el nacionalsocialismo proporcionaría un medio de escape, Speer —en sus propias palabras «el técnico de la muerte»— lo veía como un producto de la época.

A Speer siempre le preocupó distanciarse de algunos de los más grotescos delincuentes que se contaban entre los mirmidones de Hitler. A Göring se le describe aquí como un heroinómano que vivía en un «estado casi comatoso de estupor narcótico». Bormann era un alcohólico crónico, «grosero, brutal y despiadado». A Himmler, con quien trabajó estrechamente, se le describe como «mi enemigo en la corte», que era tan corrupto como Göring. Sin embargo, Speer mostraba cierto respeto por la maligna inteligencia de Goebbels. Después de todo, era la única persona entre la élite nazi que había visto una universidad desde el interior.

En algunos sentidos, la entrevista es algo más honesta que las memorias. Speer admitía haber paseado entre las ruinas de la sinagoga de la Fasanenstrasse al día siguiente del pogromo del 9 de noviembre de 1938. Confesaba haber compartido la culpa de Sauckel porque había estado entusiásticamente a favor del empleo de mano de obra esclava y de trabajadores forzosos, prisioneros de guerra e internos de los campos de concentración como «servomecanismos para nuestras máquinas de guerra». También aseguraba que estuvo a punto de vomitar después de su visita a la fábrica de Mittelbau-Dora. Su relato de sus acciones el 20 de julio de 1944,

en el momento del atentado contra la vida de Hitler, es algo más preciso que la melodramática versión de las memorias. Pero hay una serie de comentarios muy cuestionables enterrados en el texto. Tiene la audacia de afirmar que se había negado a mencionar su plan de asesinar a Hitler durante su defensa en Núremberg. Sobrevalora enormemente su papel a la hora de frustrar la ejecución de la Orden Nerón de Hitler y sostiene el cómodo mito de que el ejército alemán nunca habría aceptado la «masacre al por mayor de hombres desarmados».<sup>50</sup> Su falsedad de mayor éxito fue la afirmación, repetida con frecuencia, de que la ofensiva de bombardeos aliados no hizo nada para acortar la guerra. Se trataba de una manera conveniente de trasladar al menos parte de la culpa hacia el otro bando. En esto tuvo un singular éxito.<sup>51</sup>

Wolters se irritó enormemente ante la pretensión de Speer de tener una actitud informal hacia el dinero y su afirmación de que él vivía una vida sencilla. Aquello también formaba parte de la fachada cuidadosamente construida detrás de la cual ocultaba su verdadero yo. Para cualquier estándar normal, Speer era un hombre rico. Nacido para la riqueza, no tenía necesidad de simular el grotesco y lujoso modo de vida *parvenu* que exhibían otros nazis importantes, pero vivía con gran comodidad y había acumulado una fortuna considerable. Durante los años de Spandau, el Fondo de Matrícula de Wolters le había relevado en la responsabilidad financiera de su esposa y sus seis hijos. Tal como señaló su hija, vivía «modestamente en el lujo».<sup>52</sup> Un amargado Wolters se acercó aún más a la verdad cuando escribió al rival de Speer, Hermann Giesler, contándole que a Speer le motivaban dos cosas: el dinero y el prestigio.<sup>53</sup>

Speer se encontraba desesperadamente solo en medio de todo su éxito y su riqueza. A iniciativa del antiguo jefe de la Oficina Central, Theo Hupfauer, se organizó en Múnich una reunión con algunos de sus antiguos amigos y asociados. A esta le siguió una serie de reuniones similares. No fueron un éxito. Estos hombres eran importantes industriales y empresarios que habían hecho fortuna durante el «milagro económico» de Alemania Occidental. Vivían en el presente, y no estaban interesados en la obsesión de Speer por Adolf Hitler y sus reminiscencias de un pasado que ahora parecía tan convenientemente distante. Las reuniones se volvieron cada vez más dolorosas. La asistencia disminuyó hasta que, finalmente, se abandonaron.<sup>54</sup>

Tampoco encontró ningún consuelo en la vida familiar. El matrimonio de Speer era un arreglo de conveniencia nada atípico de la época. Como en el caso de sus padres, el amor y el afecto parecen haber estado claramente

ausentes.<sup>55</sup> Hitler se sorprendió al saber que Speer estaba casado cuando fue presentado a Gretel en 1934. Señaló que, como buen nacionalsocialista, ya era hora de tener un hijo después de seis años de matrimonio. A Speer no le pareció apropiado mencionar que su esposa estaba embarazada. Como su primogénito, Albert, decía de su madre Gretel, a partir de entonces iba con «*dirndl*<sup>\*\*\*\*\*</sup> oficial» o con un vientre hinchado.<sup>56</sup> Seis niños nacieron en rápida sucesión, por lo cual a su madre se le concedió la Cruz de la Madre en plata.<sup>57</sup> Como una prueba más de su lealtad al régimen, el quinto niño recibió el nombre de Adolf, aunque, más tarde, se cambió prudentemente a Arnold. Como madre, era distante y fría. A medida que ganaba impulso la carrera de Speer, cada vez estaba menos en casa. Cuando la familia se trasladó a Berchtesgaden durante la guerra, su madre socialmente ambiciosa hizo frecuentes viajes a Berlín, de modo que su educación se dejó en gran parte en manos del ama de llaves, Wilhelmine Leidheuser, y de una niñera ferozmente estricta, Paula Züfle, glacialmente conocida como «Hermana Paula».<sup>58</sup>

<sup>\*\*\*\*\*</sup> Un *dirndl* es el traje femenino típico de Baviera y Austria. (*N. del T.*).

Los niños aguardaban las visitas poco frecuentes de su padre. Speer estaba relajado y tranquilo, suspendía el régimen severo de la Hermana Paula y permitía que el perro salchicha Ruppi correteara libre por la casa. Los niños tenían sentimientos encontrados acerca de su afición por conducir toda la prole a alta velocidad en un BMW abierto por las escarpadas carreteras de montaña. El único recuerdo perdurable de Arnold en Berchtesgaden quedó petrificado durante estas excursiones, mientras que el pequeño Albert Junior tenía frecuentes pesadillas en las que se salía de la carretera y se precipitaba al vacío.<sup>59</sup> Los niños no tuvieron una infancia feliz. Albert y Arnold desarrollaron tartamudez severa, Albert vomitaba con frecuencia y Hilde lloraba mucho.

Las fotografías de propaganda y las películas caseras en el Berghof presentaban la ilusión de una feliz prole de cepa aria sana, pero se trataba de una familia seriamente disfuncional. Los veinte años de prisión con visitas familiares infrecuentes, cortas y extrañas no hicieron nada para reparar el daño. Después de su liberación de Spandau, ya no había posibilidad de empezar de nuevo. Saber que su padre había sido condenado como un importante criminal de guerra resultaba difícil para los niños en una sociedad que estaba intentando liberarse lo mejor que podía de su pasado criminal. Todos los niños eran muy talentosos y dos de ellos tuvieron carreras extraordinarias. Albert se convirtió en un arquitecto y planificador urbano de

renombre internacional. Hilde iba a tener una distinguida carrera como política verde y catedrática de educación. Dedicó gran parte de su energía a la reconciliación entre alemanes y judíos, por lo que ha sido ampliamente reconocida. Margret, una fotógrafa profesional, publicó sus memorias en 2005 en las que se quejaba de que su padre no tenía tiempo para sus hijos antes de 1945, y después de su liberación en 1966 dedicó toda su energía a la construcción de su propio mito.<sup>60</sup>

Aunque fue un autor de gran éxito y una figura pública prominente, Speer echaba mucho de menos el inmenso poder que había disfrutado en su día. Vivir en el recuerdo y reconstruir el pasado solo aumentó esta sensación de soledad y vulnerabilidad. Solo había unas cuantas personalidades de cuya compañía disfrutaba. Entre estas se incluían el psicólogo Erich Fromm, Carl Zuckmayer —el autor de *El general del diablo*— y Eugene Davidson, autor de *El proceso de los alemanes* (1966) y *La falacia de Núremberg* (1973). Pero solo había cuatro personas con las que pudiera haber tenido una relación estrecha, pero cuya oferta de amistad fue incapaz de aceptar: su secretaria Annemarie Kempf, el capellán de Spandau Georges Casalis, el monje benedictino de María Laach, el padre Athanasius, con quien pasó una serie de retiros a lo largo de diez años; y el inconformista rabino Robert Raphael Geis.

«Abba» Geis había sido internado en Buchenwald en noviembre de 1938, pero se le permitió ir a Palestina en febrero de 1939. Regresó a Alemania en 1952 decidido a trabajar por la reconciliación de alemanes y judíos.<sup>61</sup> Después de haber visto la entrevista a Speer en televisión, le escribió diciendo que, aunque no lo entendía, posiblemente porque aún no había leído sus memorias, «como judío piadoso siento que tiene que haber perdón, porque hoy eres un hombre sincero». Geis fue una personalidad verdaderamente notable, un hombre de profunda espiritualidad, cordialidad y bondad. Sentía una curiosa afinidad con Speer. Al regresar a Alemania, encontró que, entre los muy escasos judíos que quedaban, casi ninguno tenía ningún deseo de reconciliación con sus torturadores. En una segunda carta a Speer, decía que era un error clasificar a la gente. Había conocido a nazis de alto rango que habían sido serviciales y generosos, y judíos que lo habían denunciado a la Gestapo. Culpaba a las grandes potencias por su «silencio cobarde» ante la amenaza nazi, y mencionaba la guerra de Vietnam, el trato a los negros en Sudáfrica y los Estados Unidos, las dictaduras en Grecia, España y América Latina, y la tortura generalizada y el hambre como

ejemplos de un mal universal. Tras un cordial intercambio de cartas, se conocieron finalmente en marzo de 1970. La esposa de Geis, Susanne, confesó más tarde que no compartía la fe de su marido en Speer, y siguió siendo profundamente escéptica. A los hijos de Geis no les gustaba nada Speer, y en la comunidad judía estaban consternados por su amistad con este importante criminal de guerra.<sup>62</sup> La imagen de Speer mejoró por su amistad con Geis, pero resultó inmune frente a su calor espiritual e integridad.

Speer iba regularmente al monasterio benedictino de María Laach. A diferencia de la mayoría de visitantes, él no permanecía en la casa de huéspedes, sino que compartía la vida enclaustrada de los monjes. Aunque nunca fue católico y había abandonado oportunamente la iglesia protestante durante el Tercer Reich, asistía a los cinco servicios diarios, que comenzaban a las 5.30 de la mañana. Compartía sus comidas silenciosas mientras uno de los monjes leía en voz alta. Le dijo al padre Athanasius que la vida monástica le recordaba su estancia en Spandau. A diferencia de la mayoría de los laicos en un retiro, no lo encontraba nada extenuante. El monje fue mucho mejor juez de Speer que el rabino. Se dio cuenta de que carecía de imaginación, un administrador más que un creador, un ser hueco impulsado por una estricta disciplina, esencialmente un hombre sin cualidades. Para él, Speer era «un hombre brillante, incapaz de un pensamiento abstracto, y creo que incapaz de un amor sensual y, por lo tanto, finalmente, un hombre incompleto».<sup>63</sup> La piedad, la compasión, la simpatía y la empatía no formaban parte de su naturaleza. Parecería que solo podía ser tocado emocionalmente a través de la música y el arte, pero solo en una medida muy limitada.<sup>64</sup>

La relación de Speer con Georges Casalis después de su liberación de Spandau fue muy tensa. No hizo ningún esfuerzo por contactar con él y no fue hasta 1970, gracias a Geis y a la teóloga protestante Lili Simon, que se reencontraron en una reunión en la Academia de la Juventud evangélica de Radevormwald. Aunque se vieron más tarde en otras tres ocasiones, nunca volvieron a estar tan cercanos como en Spandau. Speer ya no tenía necesidad de Casalis, quien, a su vez, sentía que su antiguo confidente había retrocedido espiritualmente. Parecía haber encontrado satisfacción en su papel como personalidad pública. El resultado positivo de estos encuentros fue que se desarrolló una estrecha relación entre Geis y Casalis, con ambos hombres dedicados a la reconciliación entre cristianos y judíos.<sup>65</sup> Speer ganó poco más salvo la aceptación de tres notables hombres de profunda espiritualidad y perspicacia: un monje benedictino, un rabino y un ministro protestante. Fue

un regalo precioso que no consiguió apreciar en su justa medida.

A Speer le resultaba cada vez más difícil hacer frente a una serie de entrevistas en las que se encontraba dando respuestas a preguntas familiares. Lo más difícil de contestar fue el interrogatorio persistente sobre su conocimiento del destino de los judíos. Para esto, su respuesta siempre era que él podría haber sabido, debería haber sabido, pero no lo había sabido. Probablemente sentiría el temor de que, tarde o temprano, quedaría expuesto, ya fuera por uno de sus colaboradores o por el descubrimiento de algunos documentos incriminatorios. ¿O es que acaso había logrado convencerse a sí mismo durante los largos años de encarcelamiento de que realmente no había sabido nada? Esto parece improbable. Cuando Gitta Sereny le dijo que le gustaría hablar con su esposa, le rogó que no le hiciera ninguna pregunta sobre los judíos, ya que esto sería demasiado doloroso para ella. Aunque Sereny aceptó esta condición, la entrevista nunca tuvo lugar.<sup>66</sup>

La imagen cuidadosamente construida por Speer de sí mismo como un hombre que lamentaba profundamente no haber podido descubrir los monstruosos crímenes cometidos por un régimen en el que había desempeñado un papel importante amenazó con implosionar a finales de 1971. El historiador canadiense Erich Goldhagen publicó un artículo en *Midstream*, la publicación de la Fundación Theodor Herzl, en el que señalaba que Himmler se había dirigido personalmente a Speer durante su discurso en Posen, el 6 de octubre de 1943, en el que dio detalles del asesinato en masa de los judíos, diciendo:

Es muy fácil, caballeros, pronunciar la simple frase de que los judíos deben ser exterminados. Es extremadamente difícil y duro para aquellos que tienen que llevarlo a cabo. [...] Nos enfrentamos a la cuestión de qué hacer con las mujeres y los niños. En este caso, decidí encontrar una solución sencilla. No consideré justificable exterminar —en otras palabras, matar u ordenar matar— a los hombres y permitir que los niños crezcan y busquen vengarse de nuestros hijos y nietos. Tuvimos que tomar la difícil decisión de hacer desaparecer esta raza de la faz de la tierra.<sup>67</sup>

Speer, quien, a pesar de una serie de análisis hostiles, parecía haber sido casi totalmente resarcido por el éxito mundial de sus memorias, se encontró de repente con una revelación devastadora. En pleno estado de pánico, llamó inmediatamente a Joachim Fest, insistiendo en que Goldhagen tenía ideas preconcebidas y lo había entendido mal. Dijo que estaba decidido a demostrar que no se encontraba en Posen aquella tarde, pero dejó escapar que había oído hablar del discurso de Himmler «un tiempo considerable después». En otras palabras: lo sabía todo sobre el asesinato en masa de los

judíos europeos. Wolf Jobst Siedler también fue bombardeado con mensajes telefónicos por un alterado Speer. Llegó a la conclusión de que Speer estaba preocupado por haber sido sorprendido diciendo una mentira. Fest respondió que, cuando uno vive entre la Camorra, es poco probable que se preocupe por decir una mentira. Para Fest, no importaba realmente si Speer había estado en Posen o no, ya sabía más que suficiente sobre los crímenes del régimen. Fest añadió que el verdadero problema de Speer era que empezaba a dudar de su propia memoria.<sup>68</sup> La periodista Gitta Sereny consiguió ofrecer cierto alivio a Speer cuando señaló que Goldhagen había manipulado la prueba. En una nota a pie de página en el artículo, citaba a Himmler habiendo dicho lo siguiente: «Speer no es uno de los obstruccionistas pro-judíos de la Solución Final. Él y yo juntos arrancaremos al último judío vivo en suelo polaco de las manos de los generales del Ejército, los enviaremos a la muerte y cerraremos de ese modo el capítulo de la judería polaca». Himmler no había dicho tal cosa. La escandalosa excusa de Goldhagen para este vergonzoso engaño fue que era simplemente la esencia de lo que Himmler pretendía, y que el editor de *Midstream* lo había puesto entre comillas por error.<sup>69</sup>

Casalis siempre había aconsejado a Speer que se enfrentara a la verdad cara a cara. Geis argumentó que, si no podía enfrentarse a la verdad, tendría que hacer frente a su supresión. Haciendo caso omiso de este consejo, se propuso el reto prácticamente imposible de demostrar que no había estado en Posen aquella tarde del 6 de octubre de 1943. Enfrentado a la acusación de Goldhagen, Speer comenzó a cambiar ligeramente su postura. Admitió que «presentía» que a los judíos les estaban sucediendo cosas terribles y reconoció su *Billigung* —una palabra que significaba respaldo, acuerdo o aprobación— de la persecución y asesinato de millones de judíos.<sup>70</sup> Speer no se detuvo a preguntarse cómo se podría respaldar algo de lo que uno no sabe nada. Si hubiera admitido tanto en Núremberg, habría sido ahorcado, pero ahora insistía en que había cumplido su sentencia completa, pagando así su deuda con la sociedad, y era un hombre libre que había expiado su culpa. Era un argumento que no encajaba con sus frenéticos esfuerzos para defenderse de las acusaciones de Goldhagen.

En su respuesta, Speer repitió la definición de culpa que había dado en Núremberg y en sus memorias. Para él, la cuestión de lo que sabía o no sabía era irrelevante en comparación con lo que debería haber sabido y las consecuencias que debería haber extraído de lo poco que sabía. Cuando Hanke había hecho una velada referencia a Auschwitz, Speer tuvo miedo de

descubrir algo que tendría consecuencias nefastas. Por lo tanto, su responsabilidad personal por Auschwitz estaba en el hecho de que había cerrado los ojos. En lo que respecta a la reunión de Posen, Speer sostenía que él, igual que Dönitz y Milch, eran oradores invitados a una reunión de gauleiters, de modo que no había razones apremiantes por las que debería haberse quedado a la sesión de la tarde. Por otra parte, las referencias a Speer en el discurso eran todas en estilo indirecto: «y trabajado para el camarada del partido Speer»; «naturalmente, eso no tenía nada que ver con el camarada Speer»; «entonces le preguntaría al camarada Speer». Speer argumentó entonces que incluso si Himmler se hubiera dirigido a él personalmente, esto no demostraba que él hubiera estado allí. Después de todo, había unas setenta personas en una gran sala, de modo que Himmler no podía saber quién estaba presente. Resulta difícil de creer que una figura tan prominente como Speer, en esta auspiciosa ocasión, se hubiera escondido en alguna parte del fondo de la sala, o que hubiera perdido la oportunidad de escuchar un discurso clave de una persona de la talla de Himmler.

Speer contraatacó diciendo que él, Sauckel y el comandante militar del Gobierno General, el general Curt Freiherr von Gienanth, se habían opuesto a las órdenes de Himmler y Keitel para que trabajadores judíos calificados fueran expulsados del Gobierno General y reemplazados por polacos no judíos. Citó la anotación de Himmler de un mensaje del SS-Obergruppenführer Wolff, del cuartel general de Hitler, fechado el 22 de septiembre de 1942: «El deseo de Speer (Saur), judíos en las fábricas de armamento». Tanto el Gobernador General, Hans Frank como el general Schindler, inspector de armamentos en el Gobierno General, insistieron en que los trabajadores judíos debían permanecer en el territorio, ya que muchos de ellos eran altamente calificados e insustituibles. Como resultado, el número de trabajadores judíos en el Gobierno General aumentó de 15.091 en enero de 1943 a 21.600 en julio, a pesar de todos los esfuerzos de Himmler. En abril de 1944, el número había llegado a los 28.537. De ahí la insistencia de Himmler en su discurso de Posen de que el argumento de que el asesinato de judíos era perjudicial para la industria armamentista pasaba por alto la amenaza mortal que los judíos representaban para el pueblo alemán. De ese modo, Speer fue capaz de contrarrestar la afirmación de Goldhagen de que había ayudado a Himmler en su esfuerzo por enviar a la muerte a todos los judíos del Gobierno General, pero su intento de presentarse como salvador de los judíos resulta mucho menos convincente. Por otra parte, es muy

improbable que Speer nunca se preguntara por qué Himmler estaba tan ansioso por acorralar a todas estas personas cuando se estaba haciendo un uso tan útil de ellas.<sup>71</sup>

En una segunda nota, Speer presentó una carta de «Panzer» Rohland, fechada el 6 de julio de 1973, casi dos años después de la publicación del artículo de Goldhagen, en la que declaraba que el 6 de octubre de 1943, Speer y él hicieron sus presentaciones en Posen durante la sesión de mañana. Ambos estaban preocupados porque los gauleiters, que debían reunirse con Hitler al día siguiente, se quejarían amargamente de sus discursos. Por lo tanto, decidieron ir en coche hasta Rastenburg para adelantarse a los gauleiters y persuadir a Hitler de que sus exigencias estaban plenamente justificadas. Se redactó otra declaración jurada en octubre de 1975, cuatro años después del artículo de Goldhagen. Estaba firmada por Harry Siegmund, ex asistente personal del gauleiter y gobernador del Reich de Wartheland, Arthur Greiser. En su calidad de oficial de enlace con el mando del ejército local, había organizado la reunión de Posen. Declaró que Speer se había marchado aquella tarde. Además, Siegmund escribió que el príncipe Heinrich Reuss, comandante de la 18ª División Flak, le había dicho que Speer no había estado presente durante el «ominoso discurso de Himmler». Al ser un militar, el príncipe Reuss no estuvo presente durante el discurso de Himmler del 6 de octubre, en el que se dirigió a los gauleiters; pero bien podría haber oído el discurso similar de Himmler pronunciado en Posen dos días antes.<sup>72</sup> Siegmund viajó al día siguiente con Himmler en el mismo coche y notó que llevaba unas gafas muy gruesas. Estimó que no habría podido ver claramente quién estaba presente, sobre todo porque el castillo románico de Posen era excepcionalmente sombrío. Ambas declaraciones juradas carecen de valor. Fueron hechas a petición de Speer, que había examinado cuidadosamente sus textos.<sup>73</sup>

Speer también señaló que Milch le había dicho a John Toland, el biógrafo de Hitler, que no había estado presente aquella tarde. Hermann Nein, el piloto de Speer, declaró además que no habría sido posible volar a Rastenburg después del discurso de Himmler porque allí no se podían realizar aterrizajes nocturnos. El piloto personal de Hitler, Hans Baur, aseguró más tarde que eso era una tontería. El aterrizaje nocturno en Rastenburg no era fácil, pero lo había hecho en numerosas ocasiones.<sup>74</sup> Speer añadió que, el 6 de octubre, el diario de Hitler mostraba que no tenía citas entre las 5 y las 9 de la tarde, de modo que hubo suficiente tiempo para las discusiones y la cena.<sup>75</sup> Speer

nunca se enfrentó al incómodo hecho de que el criado de Hitler, Heinz Linge, no tomó nota aquella noche de ninguna visita de Speer en su «Libro de Citas» que llevaba impolutamente al día. Está claramente indicado que acudió al día siguiente. Aquella noche, entre los invitados estuvieron Rosenberg, Bormann, el jefe del estado mayor de Himmler Karl Wolff y los gauleiters Hanke (Baja Silesia), Sauckel (Turingia), Hofer (Innsbruck) y Rainer (Carintia), todos ellos presentes cuando Himmler pronunció su discurso.<sup>76</sup> Es inconcebible que no se mencionara su horrible contenido.

En marzo de 2007, una serie de casi cien cartas escritas por Speer a Hélène Jeanty Raven, la viuda de un miembro de la resistencia belga que había sido fusilado por los alemanes y esposa del Regius Professor of Divinity en Cambridge<sup>\*\*\*\*\*</sup>, fueron vendidas en Bonhams, en Londres, por 18.000 libras esterlinas. En una de estas cartas, escrita poco después de la publicación del artículo de Goldhagen el 23 de diciembre de 1971, Speer declaraba categóricamente que había estado presente durante el discurso de Himmler. En un curioso pasaje, escribía que la verdad de sus memorias estaba «escrita entre líneas», y que habría sido más fácil decir la verdad, tal como había hecho Schirach en sus memorias. La verdad para Speer estaba en su subconsciente. En 1974, Speer respondió a las cartas de Jeanty Raven, posiblemente con la esperanza de enmendar la carta en la que había hecho esta confesión.<sup>77</sup>

<sup>\*\*\*\*\*</sup> *Regius Professor* es un catedrático de designación real que existe únicamente en algunas universidades británicas. (*N. del T.*)

El alboroto por el artículo de Goldhagen pasó pronto. Después de todo, la cuestión de si Speer tuvo conocimiento del Holocausto no dependía de si se había quedado en Posen aquella tarde. Casi con seguridad habría oído hablar del contenido del discurso incluso aunque no hubiera estado allí. Por el momento, aún no se había obtenido una prueba clara de que hubiera mentado. Su atención se centraba en esos momentos en preparar sus *Diarios de Spandau* para su publicación. Ullstein estaba decidido no solo a que tuvieran por lo menos el mismo éxito internacional que sus memorias, sino que también debería silenciar a aquellos que habían expresado sus reservas sobre el primer libro. Confiados en que sería un éxito absoluto, imprimieron una primera tirada en tapa dura de 200.000 copias. El periódico *Die Welt* de Axel Springer pagó la desorbitada suma de 600.000 marcos por los derechos de publicación por entregas. Macmillan pagó 350.000 dólares por los derechos de los estadounidenses —según Siedler, la mayor suma pagada por un libro alemán.

Siedler le dijo a Gitta Sereny que Ullstein, a quien Speer había concedido los derechos mundiales de sus memorias, había vendido 500.000 ejemplares de tapa dura de la edición alemana de las memorias y millones tanto en ediciones de tapa dura como de bolsillo en todo el mundo. Speer afirma que aquello le había reportado 577.000 dólares en royalties. Había entregado 102.000 dólares a varias organizaciones benéficas, había pagado 263.000 dólares en impuestos sobre la renta, 96.000 dólares en ayuda de secretaría, transporte y «apoyo de familiares» y 93.000 en «gastos familiares». Sobre la base de estas dudosas cifras, afirmaba que se había quedado sin blanca. La simple aritmética demuestra que aún le quedarían 23.000 dólares.<sup>78</sup> Incluso con estas cifras sospechosas, Speer estaba ganando mucho dinero. La renta media de un alemán en 1970 era 3.706 dólares al año. Si se añade al sobrante la cantidad empleada en «gastos familiares», el total habría sido de 116.000 dólares. El alemán promedio habría tenido que trabajar durante 31 años para ganar esa suma. Con esta valoración, su personal de secretaría debió ser tratado con una generosidad excepcional. Nada de esto incluye las colosales sumas de dinero que ganó con entrevistas, artículos y apariciones en televisión. Una vez más, Speer hizo un uso desdeñoso de las cifras.

La edición alemana de *Los diarios de Spandau*, con un prólogo de Joachim Fest, se publicó en 1975. La edición en inglés, publicada al año siguiente, también supuso un enorme éxito. *Los diarios de Spandau* son una reconstrucción muy ingeniosa de los años de prisión. Speer nunca llevó un diario sistemático mientras estuvo en prisión. De los primeros años solo sobrevivieron unas cuantas notas preliminares. Las entradas posteriores están copiadas de las cartas que envió a Wolters. Los acontecimientos se reorganizan y los años se alteran en una reconstrucción del pasado diseñada para reforzar la imagen de Speer tal como se presenta en sus memorias.<sup>79</sup>

Los principales temas son los notables esfuerzos de Speer para llegar a acomodarse poco a poco a la monotonía de lo que, gracias a la intransigencia de las autoridades soviéticas, equivalía a una cadena perpetua, y su gradual aceptación de que su obra arquitectónica había sido una desastrosa mezcla de eclecticismo neoclasicista y kitsch historicista que no era más que una deplorable expresión de la gigantomanía nacionalsocialista. Para Speer, todo esto era parte de la creciente disparidad entre medios y fines que condujo a la caída del Tercer Reich. Esto, a su vez, se debió al poder autónomo de la tecnología que destruyó los últimos vestigios de una sociedad ordenada y predecible, y terminó con la política de tierra quemada de Hitler. La posición

de principios de Speer contra la Orden Nerón fue, para él, su mejor momento. El otro gran problema abordado en los diarios era descubrir la verdadera naturaleza de su estrecha relación con Hitler.

Speer emplea una gran cantidad de tiempo pensando en su culpa por haber servido en una posición de liderazgo en lo que admitía que era un régimen criminal; pero, al mismo tiempo, seguía negando categóricamente cualquier conocimiento del asesinato en masa de los judíos europeos. Las reflexiones de Speer sobre estos puntos nunca van más allá de lo anecdótico y personal. Nunca se atrevió a profundizar en la estructura del régimen. No preguntó a qué intereses servía, ni cuestionó sus motivaciones políticas. El Tribunal de Núremberg le había concedido la absolución de una culpa personal. Veinte años de confinamiento hicieron *tabula rasa*. Las confesiones públicas de culpabilidad por asociación en este momento sirvieron simplemente para mejorar su imagen como un ser humano fundamentalmente decente, que había sido castigado por un pasado que no era de su propia elección. Sus logros superaban sus defectos y deficiencias. Así pues, *Los Diarios de Spandau* son un ejemplo más de la reducción de la historia del Tercer Reich a las personalidades implicadas, más que un examen de su estructura y dinámica.

A principios de 1977, Speer recibió una carta del presidente de la Junta de Judíos de Sudáfrica pidiéndole que apoyara sus esfuerzos para contrarrestar un panfleto titulado ¿Realmente murieron seis millones de personas? escrito en nombre del Frente Nacional Británico por Richard E. Harwood, seudónimo de Richard Verrall, vicepresidente del Frente Nacional. Fue publicado por el negador del holocausto neonazi alemán Ernst Zündel, cuya editorial Samisdat, con sede en Toronto, publicó una serie de abominables libelos con títulos como *El Hitler al que amamos y por qué* y *Auschwitz, Dachau, Buchenwald: el mayor fraude de la Historia*.<sup>80</sup> Se le pidió a Speer que firmara una declaración jurada en el sentido de que existió un plan para exterminar a los judíos, que él tenía conocimiento del mismo y que efectivamente se llevó a cabo. También se le preguntaba sobre los medios empleados para su ejecución. La respuesta de Speer se basó en las declaraciones hechas durante los juicios de Núremberg. Escribió que había estado presente en el Reichstag el 30 de enero de 1939, cuando Hitler había dicho que, en caso de guerra, los judíos, y no los alemanes, serían destruidos. También escuchó que Hitler había repetido esta amenaza en un discurso el 30 de enero de 1942. Cuando Hitler tuvo noticias del bombardeo aéreo sobre

Hamburgo en julio de 1943, dijo repetidamente que se vengaría matando a judíos. Y terminó afirmando que los Juicios de Núremberg, así como su propia sentencia, eran «en general», justos y que: «Aún considero apropiado que yo acepte la responsabilidad y, por lo tanto, la culpa en sentido general de todos los crímenes cometidos después de que me uniera al gobierno de Hitler el 8 de febrero de 1942 [...] Por lo tanto, durante el juicio de Núremberg acepté la responsabilidad general, igual que lo hago hoy». Una vez más, utilizó la palabra *Billigung* por su aceptación de la persecución y el asesinato de millones de judíos. Allí estaba su culpa. Speer pronto se dio cuenta de que había cometido un grave error al usar esta equívoca palabra. Cuando Gitta Sereny escribió un artículo sobre Speer para el semanario *Die Zeit*, citó este pasaje. Speer insistió en que añadiera una nota al pie de página que dijera: «*Billigung* en el sentido de mirar hacia otro lado, no por el conocimiento de una orden o su ejecución. El primero es tan grave como el segundo».<sup>81</sup>

Pronto saldría a la luz otro aspecto del pasado de Speer, aunque no tuvo demasiado efecto. En el registro de sus posesiones que elaboró mientras estaba en Kramsberg hacía mención de una colección de pinturas valoradas en 120.000 marcos del Reich. Parecería que, hacia el final de la guerra, había entregado el grueso de su valiosa colección a su amigo, el Dr. Robert Frank, para que la custodiara. Speer había renovado la casa de campo de Frank en Perleberg, en el noroeste de Brandenburgo, en 1933. Frank había sido jefe de la compañía de electricidad de Prusia, fue despedido por los nazis y se había retirado a la vida privada. Mantuvo unas relaciones amistosas con Speer, quien le presentó a los principales artistas, arquitectos y personalidades nazis como Karl Brandt y Magda Goebbels, con quien viajó a Sicilia y al sur de Italia en 1939. A cambio, se ofreció a ayudar a Speer en 1945, cuidando de su familia y objetos de valor mientras tomaba parte en el gobierno de Dönitz en Schleswig. No solo almacenó la colección de arte de Speer, sino también una cantidad considerable de joyas, plata y pieles.<sup>82</sup> Mientras estaba en Spandau, Speer pidió que se investigara el paradero de sus pinturas. Frank y su esposa, que se habían mudado a México, proporcionaron respuestas evasivas. Al principio dijeron que habían sido robadas o se habían quemado. Más adelante afirmaron que todas las pinturas que estaban en su posesión eran regalos de Speer. Después, en 1955, los Frank enviaron tres cajones de pinturas a la familia Speer asegurando que aquello era todo lo que quedaba. Cuando Speer salió de la cárcel, temiendo que se pudieran plantear algunas incómodas

preguntas legales, decidió no ir más lejos con el asunto.<sup>83</sup>

En 1979 ó 1980, el albacea testamentario de una persona que había fallecido en México acudió a los subastadores de arte Lempertz de Colonia con una lista de cuadros para su venta. No eran obras demasiado impresionantes y los nombres de varios artistas estaban mal escritos, pero los expertos decidieron que podría valer la pena echar un vistazo más detallado. Quedaron gratamente sorprendidos por lo que vieron: había un hermoso cuadro de Schinkel y un encantador paisaje de las Lagunas Pontinas obra de Böcklin, pintado en 1852. El Dr. Paul Wallraf, uno de los expertos más experimentados de Lempertz, experimentó una incómoda sensación respecto a los marcos neoclásicos de los cuadros. Era un estilo muy apreciado por la élite nazi. Por lo tanto, decidió preguntar a Rolf André, un reconocido experto en Böcklin, si conocía la procedencia del cuadro.<sup>84</sup> André respondió rápidamente que había pertenecido a Albert Speer, pero que se había quemado. Viajó a Colonia para examinar el cuadro, lo reconoció como auténtico y se preguntó por qué Speer le había dicho que se había quemado en 1945.

Desde Lempertz se pusieron en contacto con Speer para decirle que el Böcklin había sido recuperado. Speer respondió en tono agrio que no quería molestarse con «esa basura» y colgó el teléfono con violencia. Lempertz llamó a la esposa de Speer pidiéndole que tranquilizara a su marido y le asegurase que no eran periodistas de investigación, sino una casa de subastas con una larga y distinguida tradición. Speer se disculpó entonces por su desmedido comportamiento, pero mantuvo una actitud brusca y cortante. Cuando le dijeron que los cuadros venían de México, dijo que se los había dado a su mejor amigo, el Dr. Frank. Cuando escuchó la lista de artistas — todos ellos pintores alemanes de principios del siglo XIX— se quedó sin habla.<sup>85</sup> Pidió que volvieran a llamar al día siguiente porque estaba convaleciente después de un ataque al corazón y se encontraba en estado de shock.

Speer puso el asunto en manos de Walter Oppenhoff, un abogado mercantil de gran prestigio que había velado por los intereses de Coca Cola y de otras grandes compañías durante la guerra y que, por lo tanto, tenía excelentes relaciones con los antiguos Aliados. Oppenhoff había tenido dificultades durante la guerra y había recibido un puesto en el ministerio de Speer para mantenerlo fuera de peligro. Fue con Henrik Hanstein, propietario de Lempertz, a visitar a Speer en Heidelberg. En el camino se les unieron

Karl Maria Hettlage, la antigua mano derecha de Speer, que había tenido una exitosa carrera de posguerra en la República Federal. Se encontraron con el albacea de Frank, Günter Hank, en el hospital donde Speer estaba recuperándose. Speer dejó bien claro que no quería ninguna publicidad sobre el asunto y pidió un acuerdo extrajudicial.

En el viaje de regreso a Colonia, Oppenhoff dijo que, si Speer no quería ir a los tribunales, la única solución era dividir la colección en dos partes iguales. El asunto se resolvió de esta forma. Hanstein, que estaba fascinado por Speer, siguió visitándolo en su sombría y tétrica casa en Heidelberg. En una ocasión, el descaro de Speer le hizo sentirse incómodo. Speer se dio cuenta y le preguntó cuál era el problema. Hanstein respondió que no podía superar el hecho de que estaba sentado en presencia de un hombre «que era miembro del gabinete de uno de los regímenes más criminales de la historia», después de lo cual Speer le pidió que formulara cualquier pregunta que quisiera. Hanstein, que no estaba en condiciones de hacer preguntas pertinentes, se dio cuenta de que Speer estaba jugando con él. Siguió resistiéndose a todos los intentos de Speer de hechizarlo y lo trató con considerable escepticismo. Por otra parte, quedó muy impresionado por el conocimiento que poseía Speer del arte romántico alemán de principios del siglo XIX, un género que le interesaba especialmente. También le encantó un excelente cuadro de este tipo que le regaló Speer.

Para evitar cualquier publicidad adversa, Speer no vendió el Böcklin, sino que se lo prestó al museo de Düsseldorf. Fue entregado al museo como parte de una fundación y allí permanece hoy en día. Speer tuvo cuidado de borrar sus huellas. Mientras que la mitad de Frank fue vendida en bloque, sus cuadros se vendieron de uno en uno o dos a la vez para evitar la publicidad y los ojos indiscretos. Según Hanstein, recibió un total de un millón de marcos en efectivo.<sup>86</sup> Nunca pidió recibos, por lo que Lempertz siempre contaba con cuatro o cinco testigos cuando se le entregaba el dinero. No está claro qué hizo Speer con el dinero. Su viuda preguntó por ello tiempo después, pero no recibió respuesta. Había mucha especulación entre el personal de Lempertz. La mayoría estuvo de acuerdo con la plausible respuesta de Paul Wallraf: «*cherchez la femme*».

Otra valiosa fuente de ingresos provino de la venta de una serie de bocetos arquitectónicos realizados por Hitler. Se trataba de una colección considerable, cuyos ejemplares más antiguos datan de 1934. Speer había encomendado a Otto Apel, un ex alumno de Tessenow con su propia firma de

arquitectura, la tarea de ordenar y catalogar estos dibujos. Apel murió antes de que Speer saliera de la prisión, pero Speer se aseguró de que permanecieran a buen recaudo. Se dio cuenta rápidamente del valor potencial de aquellas obras. Solo una pequeña fracción de las mismas fue puesta a la venta para no inundar el mercado. Alcanzaron unos precios extraordinariamente elevados, entre 3000 y 5.000 DM, pero Speer se enfadó cuando descubrió que muchos de ellos habían sido rápidamente revendidos en los Estados Unidos por la misma cantidad, en dólares.

En sus últimos años de su vida, Speer se amargó cada vez más a medida que se le preguntaba insistentemente sobre cómo un hombre en su posición podría no haber sabido nada del destino de los judíos europeos. La publicación de *Los Diarios de Spandau* solo sirvió para aumentar la sospecha de que tenía mucho que ocultar. Adoptó una actitud agresiva de que había cumplido su condena, había pagado su deuda con la sociedad y debía quedar en paz. En un intento de silenciar a sus críticos, en 1979 publicó —sin la mano guiadora de Joachim Fest— un libro vergonzosamente horrible y, afortunadamente para él, en gran medida ignorado, *Tecnología y Poder*. El libro despertó poco interés y no fue traducido al inglés. Se trata de un conjunto de respuestas grabadas a algunas preguntas bastante anodinas planteadas por Adelbert Reif, un hombre que se especializó en entrevistar a figuras como Hannah Arendt, Ernst Bloch, Martin Walser y Werner Heisenberg. El resultado es una confusa mezcla de ideas semi-digeridas de ecologistas radicales y activistas del pacifismo como Herbert Gruhl, Robert Junck, Klaus Traube y Carl Friedrich von Weizsäcker. Añade algunos comentarios de John Kenneth Galbraith sobre el aumento de la desigualdad y se basa en gran medida en el volumen apócrifo de Hermann Rauschning *Habla Hitler*. Una vez más, Speer recurre el tema sobradamente conocido de que estamos gobernados por una tecnología que se ha escapado a nuestro control. La tecnología ahora supera todas las preocupaciones racionales.<sup>87</sup>

El libro no carece de pasajes reveladores. La indignación por el Tratado de Versalles, en particular el artículo 231 sobre la culpabilidad de guerra, junto con la determinación de Hitler de hacer que Alemania volviera a contar en el mundo, fueron las principales razones por las que le pareció tan atractivo el nacionalsocialismo.<sup>88</sup> Los grandes éxitos de Hitler en política exterior, tales como el *Anschluss* de Austria y la destrucción de Checoslovaquia, «justificaron la escala» de sus planes para reconstruir Berlín. Más tarde pensó que tal vez Hitler tuviera la oportunidad de dominar el mundo.<sup>89</sup> Solo unas

pocas páginas más tarde, admite que los edificios que diseñó para Hitler eran «megalomaniacos», «desproporcionados», impersonales y diseñados para abrumar. Su único propósito era servir como monumento a la grandeza de Hitler. Estos edificios proyectados eran una anticipación de su deseo de dominar Europa y después el mundo. Celebraron victorias que todavía no se habían logrado.<sup>90</sup>

Speer afirma que la proclamación de la doctrina de rendición incondicional en Casablanca en enero de 1943 y la aceptación de Churchill al Plan Morgenthau en la Segunda Conferencia de Quebec en septiembre de 1944 fueron las principales razones por las que Alemania siguió luchando hasta el amargo final.<sup>91</sup> Sigue presentándose a sí mismo como un tecnócrata apolítico, un término que define como un especialista estrecho de miras, usando la espléndida palabra alemana *Fachidiot*. Adelbert Reif se traga todo esto sin protestar, convirtiendo la lectura en algo singularmente aburrido. El libro es poco más que un testamento de la superficialidad del pensamiento de Speer después de casi treinta y cinco años contemplando el Tercer Reich y su lugar dentro de él. Nunca se eleva por encima del nivel de simplezas tales como la creencia de que la humanidad está impulsada por una necesidad de propiedad, vida familiar, libertad relativa y religión, o que, gracias a la tecnología moderna, la distancia entre el asesino y el asesinado crece cada vez más.<sup>93</sup> La impresión general es la de una versión groseramente simplificada y diluida de los ensayos de Heidegger sobre la tecnología como si los explicaran mentes menores. Surgen serias dudas sobre la exactitud histórica de sus reflexiones cuando afirma que la aristocracia alemana estaba sólidamente del lado de los conspiradores del 20 de julio.<sup>94</sup>

Al final de su vida, Speer intentó salvar lo que consideraba positivo del proyecto nacionalsocialista, pero sus esfuerzos encontraron poca resonancia. El arquitecto y planificador neo-tradicionalista Léon Krier, que es uno de los pocos admiradores de los planes de Speer para Alemania, respaldó con entusiasmo las sombrías reflexiones de Speer sobre los males de la tecnología.<sup>95</sup>

Speer visitó por primera vez los Archivos Federales en Coblenza en julio de 1969, poco después de la publicación de la edición alemana de sus memorias. El propósito de la visita era presentar la versión editada de la crónica. Seis meses más tarde, cuando David Irving descubrió parte de la versión sin cortes, volvió a los archivos en un intento de reparar el daño. Pasaba largas horas en los archivos, nunca aparecía por la sala de lectura,

sino que se escondía en una de las salas de los archivistas en un vano intento de construir un caso para su defensa. Sus esfuerzos se intensificaron con la publicación del dañino artículo de Goldhagen. El resultado final de su investigación fue *Infiltración: Cómo Heinrich Himmler intrigó para construir un Imperio Industrial de las SS*, que apareció poco antes de su muerte en 1981.

A finales de 1979, mientras trabajaba en este nuevo proyecto, fue contactado por Matthias Schmidt, estudiante graduado en el Instituto Friedrich Meinecke de Berlín. Speer le aseguró que le ofrecería toda la ayuda que pudiera con su tesis. Asumiendo que su colega más cercano sería discreto, le sugirió que se pusiera en contacto con Wolters. Fue un grave error de juicio. Wolters estaba gravemente enfermo y todavía alberga resentimientos contra su antiguo amigo.<sup>96</sup> Aprovechó la oportunidad para proporcionar a Schmidt material suficiente para demoler la imagen cuidadosamente construida de Speer.<sup>97</sup> Schmidt visitó a Wolters en su casa de Coesfeld a principios de 1980, y Wolters le mostró los pasajes incriminatorios que había eliminado de la crónica y que se referían a la expulsión de los judíos de Berlín y a las espantosas condiciones en el campo de concentración de Mittelbau-Dora. Schmidt, dándose cuenta de que tenía en sus manos un nuevo material sensacional, decidió regresar a Heidelberg y confrontar a Speer con la evidencia. Speer se quedó tan sorprendido que al principio negó saber nada sobre la crónica. También afirmó que nunca había mantenido correspondencia con Wolters sobre la manipulación de la crónica antes de enviarla a los Archivos Federales en Coblenza. Cogido completamente desprevenido, accedió a la solicitud de Schmidt para dar su permiso para utilizar este nuevo material en su tesis y prometió que no emprendería acciones legales contra él si se publicaba.

Cuando se hubo marchado Schmidt, Speer se dio cuenta de repente de que tenía en sus manos material que incluso podía llevar a una acción criminal contra él por parte de la Oficina Central de la Administración Estatal de Justicia para la Investigación de los Crímenes Nacionalsocialistas en Ludwigsburg. Después de un agonizante mes en el que examinó todas las posibles líneas de acción, decidió poner el asunto en manos de sus abogados. Wolters también consideró prudente solicitar consejo legal. Vino a continuación una acalorada correspondencia entre los dos hombres, como resultado de la cual Speer anuló formalmente los poderes notariales que había concedido a Wolters sobre sus papeles privados y oficiales.<sup>98</sup> De este modo,

el último año de vida de Speer quedó oscurecido por el persistente miedo a que la venganza de Wolters destruyera su reputación. Pero ese miedo era en gran medida infundado. Schmidt acabó su tesis en 1982 y la publicó tres años más tarde. El trabajo permaneció virtualmente desconocido fuera de un pequeño grupo dentro del gremio de historiadores y Schmidt no continuó su carrera como historiador. Obras similares de otros historiadores se mantuvieron en gran medida en la sombra.<sup>99</sup>

Speer consideró un acto de traición que Wolters hubiera concedido a un joven académico acceso a la versión sin editar de la crónica que incluía secciones sobre la expulsión de los judíos de Berlín.<sup>100</sup> Era algo que a Matthias Schmidt le resultó difícil de entender, y que atribuyó a una especie de deseo de suicidio, dada la mala relación entre los dos hombres. Es difícil creer que Speer imaginara que Wolters seguiría guardando silencio acerca de su manipulación de los registros. Speer ya había afirmado anteriormente que Wolters había insistido en que él había editado la crónica según sus órdenes para salvar a otros de la vergüenza. Cuando Fest preguntó qué recortes se habían hecho en la versión coservada en los archivos, Speer había dicho que eran «insignificantes». Cuando volvió a preguntar en busca de detalles, Speer murmuró algo acerca de buscar asesoramiento legal y luego dijo «¡Dejémoslo!»<sup>101</sup>. Posteriormente, al leer el libro de Schmidt, Joachim Fest le dijo a Wolf Jobst Siedler que Speer les había tomado el pelo y que el destino había sonreído una vez más a Albert Speer haciéndolo «salir de la escena» antes de que se publicase el libro. Siedler pensó que la condena de Fest a Speer era demasiado dura y despiadada. Un juicio futuro debería basarse en un examen cuidadoso de ambas partes. Fest admitió este punto, pero se indignó al saber que Speer había mentido sobre los cortes «insignificantes» realizados en la versión editada de la crónica, algo que le parecía «inexcusable». Empezó entonces a preocuparse de que pudiera haber otros ejemplos más vergonzosos de la duplicidad de Speer.<sup>102</sup>

Más tarde, Gitta Sereny restó importancia a las acusaciones de Schmidt contra Speer. Sereny admitió que para 1941 Speer sabía sin duda que los judíos de Berlín estaban siendo deportados, pero aseguró que no sabía nada sobre su posterior destino. Escribió que la tesis doctoral de Schmidt «no tiene ninguna pretensión de objetividad histórica».<sup>103</sup> En su biografía de Speer, Fest pasó por alto las revelaciones de Schmidt. Haber hecho lo contrario habría supuesto reelaborar completamente el texto y actuar como historiador. Fest, el periodista con una agenda política distinta, no quiso caer tan bajo.

En algún momento durante 1980, Speer fue a Berlín para discutir la publicación de *Infiltración*. Durante el almuerzo, Siedler le dijo discretamente que llevaría tanto tiempo convertirlo en algo publicable que lamentaba tener que rechazarlo. Speer se tomó con calma esta noticia y entonces le confesó que había sucedido algo importante. Sacó una fotografía de su cartera en la que se le veía junto a una atractiva joven en un balcón de un hotel de Provenza. Era alta, delgada y tenía el pelo largo y rubio. Ambos parecían relajados y contentos. Speer sonreía e iba vestido de manera informal. Siedler apenas lo reconoció. Con toda la «vergüenza de un colegial», habló de su «gran amor», asegurando con gran pesar que no fue hasta cumplir los setenta cuando tuvo una intensa relación erótica.<sup>104</sup> Y añadió, en tono sugerente: «con una mujer».<sup>105</sup>

A finales de 1979 o principios de 1980, había recibido una carta de una mujer con un apellido inglés y un nombre alemán. Se había quedado atónita con *Spandau: Los Diarios Secretos*. Describía el libro como el más maravilloso que había leído jamás. Le dijo que estaba casada con un inglés cuyo trabajo los había llevado al extranjero, pero ahora estaban de vuelta en Inglaterra. Como alemana, encontraba muy difícil la vida en Inglaterra y a sus hijos les resultaba muy difícil tener una madre alemana. Concluía diciendo que su libro le había hecho llorar, pero también la había hecho muy feliz. Speer contestó rápidamente, invitándola a visitarlo la próxima vez que visitara Alemania.<sup>106</sup>

El efecto de esta tórrida aventura amorosa sobre su esposa, que tanto había sufrido, fue devastador. Tenía sesenta y un años cuando Speer salió de Spandau. Había sido un marido ausente y luego pasó veinte años en la cárcel. Gretel había esperado que finalmente pudieran tener una vida juntos, pero, tal como Speer le dijo a Joachim Fest, la familia apenas se menciona en sus memorias porque «no formaba parte de mi vida».<sup>107</sup> Su emotivo «veranillo de San Miguel» supuso un golpe devastador para las marchitas esperanzas de Gretel sobre el futuro. Su hija Margret dijo que a lo largo de todas las pruebas, dificultades y depravación emocional que había sufrido, hasta ese momento nunca la había visto llorar. Entonces lloró. Margret estaba convencida de que aquella fue la causa principal de la enfermedad de Parkinson de su madre.<sup>108</sup>

El propósito principal de *Infiltración* era distanciarse de Himmler. Es una mezcla de material que sobró de sus memorias y de *Los Diarios de Spandau*. Al carecer de la meticulosa guía estilística de Joachim Fest y de la

hábil dirección de un editor como Siedler, es repetitivo, a menudo contradictorio y contiene fragmentos de material de sus otros libros.<sup>109</sup> Está plagado de tal cantidad de falsificaciones, interpretaciones deliberadamente erróneas y distorsiones que se formularon numerosas quejas a los editores. Estos, a su vez, dijeron que Speer haría algunos cambios, pero no apareció ninguno en la impresión. La imagen cuidadosamente construida de Speer, que había demostrado ser tan rentable, debía permanecer intacta.<sup>110</sup>

El caso del industrial Rudolf Egger, director gerente de Büssing-NAG en Braunschweig, es un excelente ejemplo de la manipulación de las pruebas por parte de Speer. Egger fue uno de los colaboradores más cercanos de Speer. Su empresa se especializó en la construcción de camiones y autobuses. La mitad de la mano de obra de la empresa era forzosa. Más de mil prisioneros de Auschwitz trabajaron en ella y los trabajadores fueron alojados en dos campos de concentración vecinos. En varias ocasiones se produjeron ejecuciones en la fábrica, y se obligaba a los trabajadores a presenciar estos ahorcamientos en grupo. A pesar de estas muestras de ardor nacionalsocialista, Egger fue arrestado por la Gestapo en junio de 1944 y sentenciado a un simbólico encarcelamiento de tres días por usar algunos de los materiales de construcción de la firma para uso personal.<sup>111</sup> Speer afirmaba que escribió al «Querido camarada de Partido Dr. Kaltenbrunner» para quejarse de que Egger había sido detenido sin que se le informara de ello. Egger fue puesto en libertad inmediatamente de lo que los nazis denominaron eufemísticamente «custodia preventiva».<sup>112</sup> De hecho Speer había escrito a Kaltenbrunner diciendo que, si Egger era realmente culpable, entonces tres días de prisión era una sentencia demasiado indulgente, e insistió en que las sentencias tenían que ser severas para tener un efecto disuasorio. Egger fue puesto en libertad, no debido a la intervención de Speer, sino porque los cargos contra él se demostraron falsos.<sup>113</sup>

Los planes de Hitler para una futura Alemania eran tan grotescos que no es necesario exagerarlos, pero Speer afirma que iba a incluir a toda Polonia, Bohemia y Moravia, Escandinavia y los Países Bajos. También incluiría Borgoña, Alsacia-Lorena, Bélgica y la región carbonífera del noreste de Francia cerca de Lille. Prudentemente, Speer no añade un mapa ni pruebas que apoyen esta aseveración.<sup>114</sup>

Speer siempre manejó las estadísticas a su antojo, pero aquí sus errores son en su mayoría una cuestión de matemáticas pobres. Afirma que si 100.000 hectáreas de tierra plantada con diente de león ruso *Taraxacum kok-saghyz* o

TKS produjeron 8.000 toneladas métricas de caucho, esto equivalía a 800 kilos por hectárea (en realidad 80).<sup>115</sup> Speer no mencionaba que los planes de Himmler para cultivar dientes de león en la Unión Soviética cumplían un doble propósito. Se sembraban en zonas donde los partisanos eran particularmente activos. Los dientes de león iban a reemplazar a los cultivos alimentarios para que la población se muriera de hambre. La producción de caucho y el Plan Hambre formaban una combinación perfecta.

Speer aseguraba que Himmler era un mediocre hombre de negocios. Habría ganado mucho más dinero si hubiera alquilado a los trabajadores de campos de concentración a precios entre 4,70 y 6 marcos del Reich diarios — como había hecho con los prisioneros de guerra rusos de los campos de Kaulsdorf y Falkensee en Berlín— en lugar de construir en los campos fábricas dirigidas por las SS. Esto habría supuesto 506.000 marcos del Reich diarios o 184 millones de marcos del Reich al año.<sup>116</sup> En Núremberg, Karl Sommer, jefe del Departamento DII-1 de la Oficina Principal de Economía y Administración de las SS, que era directamente responsable de poner a los prisioneros a trabajar, informó que, a finales de 1944, se obtenía un promedio de 50 millones de marcos del Reich al mes por los trabajadores, con pagos de 4,70 marcos del Reich diarios para los no cualificados y 6 marcos del Reich diarios para la mano de obra cualificada. Esto no incluía a los que trabajaban en los campos de concentración.<sup>117</sup> Speer tuvo la audacia de acusar a Himmler de falsear las cuentas, a pesar de que él era mucho más culpable de ese delito. No es de extrañar que Goebbels escribiera de él: «Ya no creo a Speer [...]. Nos emborracha con sus cifras [...]. Hace tiempo que compensa los aviones y los tanques que faltan con ilusorios cuentos de hadas estadísticos».<sup>118</sup>

Speer intentó mejorar su propia imagen siendo incansablemente crítico con sus antiguos colegas. Bormann era «un motor alimentado por el odio».<sup>119</sup> Göring era «corrupto, perezoso y adicto a la morfina».<sup>120</sup> El SS-Obergruppenführer Oswald Pohl, jefe de la Oficina de Economía y Administración de las SS, fue «vomitado de entre una masa de viejos miembros del Partido. De ninguna manera se adaptaba al trabajo». Era un hombre de muy poca inteligencia, cuyo imperio industrial era una «quimera».<sup>121</sup> Himmler «daba la impresión de ser un pequeño burgués presumido, que sin razón aparente había alcanzado una posición elevada». Tenía una «moralidad corrupta y pervertida», «le gustaba emplear expresiones pomposas» y era «indignante en la forma en que se involucraba

en asuntos de los que no entendía nada».<sup>122</sup> De Walther Schieber, uno de sus colaboradores más cercanos que le había servido fielmente hasta que fue apartado de su cargo, escribió que «tendía hacia la corpulencia» y «a pesar de éxitos innegables, era una personalidad demasiado débil como para ser jefe de departamento. A menudo tendía a adoptar una visión eufórica de la situación y tenía mucho cuidado de no decepcionar a Himmler».<sup>123</sup> Speer también logró convencerse, contra todas las pruebas, de que Schieber era el topo de Himmler dentro del Ministerio de Armamentos. Esto apenas encaja con los terribles ataques de Himmler, Bormann, Ohlendorf, Hanke y Kaltenbrunner contra Schieber, a quien acusaron de traición en sus relaciones con Suecia. Estos ataques obligaron a Speer a prescindir de Schieber el 31 de octubre de 1944.<sup>124</sup>

El más interesante de estos retratos de personajes es el de Hans Kammler. En sus memorias lo describió como «frío y realista, mi compañero, en muchas sentidos, mi rival, pero era mi imagen especular en lo que se refería a su formación y sus métodos de trabajo».<sup>125</sup> En otro lugar lo retrata como «un déspota despiadado pero capaz». Incluso llegó a pensar en él como una especie de Schindler que, como él mismo, había concedido a los prisioneros de los campos de concentración una oportunidad de sobrevivir trabajando en la construcción de fábricas subterráneas.<sup>126</sup> Que Speer pudiera imaginarse que, de alguna manera, resultaba misericordioso trabajar en Dora-Mittelbau, es una indicación clara de que sabía perfectamente lo que les sucedería a aquellos que permanecieran en los campos de concentración. En otra parte describió a su «imagen especular» como el más brutal y sin escrúpulos de los colaboradores de Himmler.<sup>127</sup> Todo esto estaba diseñado para demostrar que él era muy diferente de todos los demás brutos, incompetentes y locos de la jerarquía nazi. En este contexto, quizás resulte conveniente recordar la evaluación de Speer por parte del mariscal de campo Milch: «ambicioso hasta el punto de tener hambre de poder, sabe lo que quiere y lo que vale [...] temperamental [...] le gusta ser el centro de atracción, sufre de un cierto grado de vanidad».<sup>128</sup>

Sin embargo, a pesar de todos estos esfuerzos, hay ocasiones en las que Speer baja la guardia. Esto es particularmente evidente en su empleo del lenguaje. Así, habla de seres humanos en términos de «la gran reserva humana en el Gobierno General», «ganancia neta descontando las muertes» y «bienes de equipo».<sup>129</sup> O en la observación de que no tenía sentido matar a los judíos porque eran unos buenos trabajadores (esclavos).<sup>130</sup> En el índice de

materias, escribe que Himmler «prometió a los gauleiters que «liquidaría» a todos los judíos en 1943, pero siguió utilizándolos con fines industriales». A lo que se añade: «La reserva judía en el Gobierno General se ha secado».<sup>131</sup> Pero Speer no veía a los judíos únicamente como víctimas. Argumentaba que eran muy «poderosos» en Alemania antes de 1933 y se preguntaba por qué no habían utilizado su poder para detener a los nazis. Luego socava este pensamiento con el manido argumento de que el antisemitismo nazi fue alimentado por la oposición judía al nacionalsocialismo.<sup>132</sup> En ambos aspectos, parecería que los judíos eran de alguna manera responsables del Tercer Reich y sus crímenes.

Speer trabajó en estrecha cooperación con Himmler, quien, a petición suya, le proporcionó canteras y ladrillares para sus gigantescos proyectos de construcción. Fue solo cuando Himmler intentó expandir su imperio industrial y tener mayor influencia sobre la industria de armamento cuando surgió el conflicto. Speer se oponía a la idea de Himmler de traer las fábricas a los campos de concentración, porque quería llevar a los presos de los campos de concentración a las fábricas de armamentos.

El engaño más desvergonzado de este libro es la mención de la carta, ya citada, de Speer a Himmler escrita el 30 de mayo de 1943. Sus compañeros de trabajo Desch y Sander habían visitado recientemente Auschwitz y habían ofrecido un informe muy positivo como resultado del cual Speer había asignado importantes cantidades de materiales de construcción «para la ampliación de los campos de concentración, particularmente Auschwitz». Lamentaba no haber podido conceder el material de construcción adicional solicitado por las Waffen-SS. En una posdata escrita a mano, añadía: «Estoy encantado de que la visita a otros campos de concentración haya causado una impresión tan favorable». Speer afirma que esta carta fue escrita no por él, sino por Oswald Pohl, a pesar de que está firmada por él y la posdata es claramente de su propia mano.<sup>133</sup>

Matthias Schmidt proporciona un ejemplo de cómo manipuló documentos para evitar cualquier situación desagradable antes de entregarlos a los Aliados. Durante su larga enfermedad escribió un discurso de aceptación al recibir el Premio Dr. Fritz Todt el 8 de febrero de 1944. Willy Liebel, alcalde de Núremberg y jefe de su Oficina Central, leyó el discurso en su nombre. Contiene una denuncia contra los «judíos belicistas que manejan secretamente los hilos». En lugar de destruir el documento, Speer escribió a lápiz en el margen: «Borrador de Liebel, durante (mi) enfermedad. Leído por

Liebel». <sup>134</sup>

A finales de agosto de 1981, Speer viajó a Londres para ser entrevistado en la BBC por el historiador de Oxford Norman Stone. Salió de su casa de vacaciones en el Allgäu a las siete de la mañana y a las seis de aquella tarde Stone lo recogió en el Park Court Hotel de Bayswater. Cenaron en el Hotel Brown y charlaron tranquilamente hasta las dos de la madrugada. Al día siguiente lo llevaron muy temprano al estudio. Pasaron varias horas grabando la entrevista. Speer tenía programado el vuelo de vuelta para aquella tarde, por lo que Stone sugirió que almorzaran antes de partir para el aeropuerto. Speer respondió alegremente que iba a almorzar con una dama. Regresó a su hotel, donde sufrió un derrame cerebral. Murió ese mismo mediodía en el Hospital St. Mary en Paddington. No fue hasta más tarde cuando al médico especialista que le atendió admitió que le parecía extraño que un hombre tuviera que pasar sus últimas horas en un hospital de una ciudad que había intentado destruir. En aquel momento, tan solo parecía sorprendente que un anciano hubiera estado en compañía de una joven tan sorprendentemente atractiva. <sup>135</sup>

El *Frankfurter Allgemeine Zeitung* le dedicó un generoso obituario, probablemente escrito por Joachim Fest. Se le describe como «un hombre de ideales e integridad [...] caracterizado por la cultura, los amplios horizontes y una formación de clase media alta». Poco a poco, esta imagen de Speer comenzó a desmoronarse. La primera brecha importante en el muro de protección que había construido a su alrededor fue la publicación de la tesis doctoral de Mathias Schmidt poco después de la muerte de Speer. El daño fue limitado, porque el libro recibió poca atención. A pesar de que Fest no mencionó las asombrosas revelaciones de Schmidt en su biografía de Speer publicada en 1999, en su cuaderno escribió que, aunque el libro de Schmidt estaba «lleno de prejuicios», las pruebas que presentaba eran «considerables». Se demostraba que Speer había guardado secretos propios y de Siedler. Al presentarse a sí mismo como el ingenuo «querido por todos» —por Tessenow, por Hitler, por el Tribunal de Núremberg y por la Alemania de la posguerra—, había logrado engañar a todos. Siedler tenía la sensación de que Fest había ido demasiado lejos condenando a Speer por fraude y engaño, y sentía que era demasiado pronto para emitir un juicio final sobre él. Señaló que Wolters se había limitado a contarle a Schmidt la manipulación de la crónica, pero no había dicho nada sobre la expulsión de los judíos de sus viviendas. Siedler recordó a Fest cómo Speer había declarado que cada uno

debía aceptar las contradicciones a las que se enfrenta en la vida cotidiana. Esto sugiere que Siedler no había leído el libro de Schmidt con mucha atención. Fest advirtió con cautela que aquella bien podría no ser la última de tales revelaciones.<sup>136</sup> Obviamente, Fest consideró que era mejor no mencionar estas reservas sobre Speer en la biografía. Podrían haber dañado este retrato cuidadosamente construido, poniendo así en cuestión toda la «empresa Speer». En la versión inglesa de la biografía, subtitulada *El Veredicto Final*, Fest menciona el libro de Schmidt como una contribución ciertamente significativa, pero luego minimiza su significado diciendo que se aplica solo a una breve fase en su vida.<sup>137</sup>

En 1993, apareció un artículo en la revista austríaca bimensual *Zeitgeschichte*, que mostraba cómo Speer representó un importante papel en la ampliación de Auschwitz-Birkenau al proporcionar capital, mano de obra y materiales de construcción. El propósito de esta operación fue proporcionar instalaciones para los «tratamientos especiales».<sup>138</sup> Fest, con su desprecio hacia los historiadores profesionales, pasó por alto este importante estudio y permaneció incrédulo.

Para el momento en que Sereny y Fest habían publicado sus biografías de Speer, en 1995 y 1999 respectivamente, los historiadores habían proporcionado amplias pruebas de que Speer había mentido descaradamente. Las reseñas fueron rápidas a la hora de señalar este punto. El historiador británico Richard Evans escribió con perspicacia acerca del estudio psicológico de Sereny que Speer se había mentido a sí mismo para vivir consigo mismo.<sup>139</sup> Y, sin embargo, el mito de Speer perduraba, y sus rasgos aparecen incluso en el, por lo demás crítico, documental dramático televisivo de Breloer de 2004.<sup>140</sup> La parte realmente asombrosa de esta historia es que, a pesar de que se había descubierto una gran cantidad de pruebas sobre Speer, incluida la edición de la crónica, la expulsión de los judíos de Berlín, las formas en las que había amasado una vasta fortuna con sus proyectos de construcción, su papel en la construcción de Auschwitz, su empleo de la mano de obra forzosa incluyendo a los reclusos de campos de concentración en fábricas subterráneas y su estrecha asociación con importantes criminales, Fest y Siedler se aferraron a su versión ahora raída de Speer como el inocente tecnócrata. Es cierto que Fest había confesado haber albergado algunas dudas sobre Speer, pero en su entrevista con Breloer se aferró a la idea de que Speer era un mero funcionario que ignoraba por completo la naturaleza criminal del régimen al que servía. Negando todas las pruebas que habían reunido los

historiadores a través de los años, Fest insistió en que no había ninguna prueba que demostrara que Speer estuviera enterado de lo que estaba sucediendo mientras estuvo en el cargo.<sup>141</sup>

La incapacidad total de Fest para enfrentarse a los hechos y su arrogante desprecio por los simples historiadores venían dictados por su negativa —una testarudez que compartía con Siedler— para aceptar el hecho demostrado más allá de cualquier duda de que hombres bien educados de clase media respetable, a menudo con doctorados, podían actuar como asesinos en masa y eran tan moralmente reprensibles como los gánsters, psicópatas y matones que constituían la imagen popular del nazi típico. Simplemente, no podían afrontar el hecho de que «uno de nosotros», como Albert Speer, no solo hubiera sido cómplice de los crímenes nazis, sino que podría ser uno de los principales criminales.

## CONCLUSIÓN

Tras su liberación de la prisión de Spandau, Speer confesó haberse sentido atormentado por un opresivo sentimiento de culpa. En su entrevista para la revista *Playboy* realizó la dramática afirmación de haber llevado a cabo un viaje de ida al infierno del que todavía no había regresado. Uno no puede sino sentir cierta simpatía por la indignación de Rudolf Wolters, el antiguo amigo de Speer, ante las ampliamente difundidas expresiones de remordimiento y sus apariciones públicas con hábito de penitente. Nunca quedó claro lo que quiso decir con la palabra *culpa*. Su expresión de culpa general o de conjunto en Núremberg era una fórmula vacía, aunque resultó —para sorpresa de su abogado defensor— una táctica magistral que le ayudó a salvar el pellejo. La culpa en este contexto parece haber significado poco más que la responsabilidad general de las cosas que habían ocurrido mientras estaba en el cargo, pero de las cuales él no se ocupaba directamente. En el sentido judicial del término, su culpabilidad era palpable, pero esta forma de culpa había sido exculpada mediante veinte años en prisión. ¿O era este sentimiento de culpa simplemente el remordimiento? Después de todo, las cosas no le habían salido como había esperado. A finales de 1944, Speer empezó a pensar en su lugar en la Alemania de posguerra. Con sus estrechas relaciones con los líderes de la industria, sus demostradas habilidades de gestión y su impecable imagen popular, se imaginó que disfrutaría con seguridad de una carrera estelar en el mundo de los negocios. Con tantos arquitectos en deuda con él, también podría dirigir una importante firma de arquitectura. Sin duda habría mucho trabajo por hacer.

Gitta Sereny empleó doce años de investigación y 747 páginas para llegar a la conclusión de que Speer había redescubierto la «moralidad intrínseca» que había tenido en su juventud. Se trataba de un resultado singularmente modesto para todo ese esfuerzo. Los que estaban mejor situados para juzgar no resultaban fáciles de impresionar. George Casalis, el pastor protestante en Spandau, había tenido la sensación de que su lucha con los problemas de culpabilidad durante su encarcelamiento era auténtica. Tras su liberación, se

sintió tan rápidamente absorbido por su riqueza y fama que ya no se preocupó por la conciencia y abandonó su búsqueda espiritual. El Padre Athanasius, en quien confiaba cuando asistía a los frecuentes retiros en María Laach, se dio cuenta de que, aunque Speer era plenamente consciente de sus errores, fracasos y deficiencias, carecía de la visión espiritual que le hubiera permitido superar cualquier sentimiento de culpabilidad profundamente arraigado. Sin ninguna expresión genuina de arrepentimiento surgiendo de lo más profundo de su ser, era poco probable que sus intentos de lidiar con el pasado llegaran a ser mucho más que pura fachada.

Resultaba difícil de creer que la idea de culpa de Speer tuviera algo que ver con lo que George Casalis o el Padre Athanasius entendieran en ese término. Speer era un ejemplo típico, tal como había señalado Sebastián Haffner, del nuevo tipo de dirección. Creía en la acción, sin considerar las consecuencias de sus actos. Operaba en el mundo de lo práctico y lo horizontal y tenía poca paciencia con lo moral, lo espiritual y lo vertical. Speer vivió en el mundo moderno donde Dios está muerto. Habría estado de acuerdo con Mefistófeles cuando decía: «El mundo no permanece en silencio para el competente. No necesita vagar en la eternidad».<sup>1</sup> Mefistófeles es un notable precursor del tipo Speer. En *Fausto*, Parte I, Goethe lo presenta como un anticuado demonio alemán medieval, pero en la Parte II es un hombre de mundo, un cínico, un tecnócrata y un consultor de gestión. A diferencia de Speer, recayó entonces en el libertinaje total al cual son propensos algunos de sus epígonos. Speer a veces se presentaba a sí mismo como Fausto, pero se parece más al Demonio.

Tanto a Joachim Fest como a Wolf Jobst Siedler les sorprendía el orgullo que Speer demostraba por haber permitido a las Fuerzas Armadas alemanas continuar la lucha hasta el final.<sup>2</sup> No cabe duda de que Speer ayudó en efecto a prolongar la guerra más de lo que muchos consideraban posible. Como resultado, murieron millones de personas y Alemania quedó reducida a un montón de escombros. Enorgullecerse de tal logro no encajaba con su imagen pública de penitente exhibicionista que entregaba una fortuna a las víctimas del nacionalsocialismo, renunciaba a los placeres materiales de la vida y vivía de langostas y miel silvestre. Speer, regocijándose en su exitosa y lucrativa rehabilitación, estaba a veces dispuesto a reconocer que su aparición como profeta conmocionado por la conciencia en un desierto tecnológico era una farsa.<sup>3</sup>

Sostenía que su culpabilidad se basaba en la omisión y no en la comisión, implicando claramente que, para él, la culpa por omisión era necesariamente

menos reprochable. Su egoísta exhibición pública de escrupulosidad eludió una confrontación con la verdadera naturaleza de lo que había hecho. No solo había apartado la mirada. Aquello no era una discusión sobre si su ignorancia era evitable o inevitable, ni se trataba de una debida diligencia moral. Había participado activamente en los crímenes nazis. Era algo que se negaba a admitir, incluso ante sí mismo. No había ningún dolor por el mal que había causado, ningún indicio de remordimiento, ninguna disculpa sincera. Rechazando admitir toda la dimensión de sus malas acciones, incluso ante aquellos sobre los que podía contar con una absoluta discreción, jamás pudo liberarse de la ansiedad de que al final pudieran desenmascarlo. Mentía para poder vivir consigo mismo. Confesó un mal menor para ocultar una iniquidad mucho mayor. Se veía a sí mismo como seducido por Hitler, víctima de la era de la tecnología y cegado por el éxito. Incapaz de afrontar el pasado con honestidad, nunca pudo hallar la verdadera paz mental. Goethe señalaba: «Una persona activa carece de conciencia. Solo un observador posee conciencia».<sup>4</sup> Speer el observador no estaba en condiciones de juzgar al Speer activo. A pesar de que su sentimiento de culpa no era más que una inquietud persistente y un continuo temor de que su pasado volviera a estar bajo escrutinio judicial, hubo momentos en los que pareció que quería confesar para liberarse de la carga de su pasado nazi ¿Cómo, si no, explicar por qué sugirió que Schmidt se acercara a Wolters o que admitiese a Hélène Jeanty Raven que, en efecto, había escuchado el discurso de Himmler en Posen?

Tomando las memorias de Speer y sus diarios de Spandau en sentido literal, la Madre Miriam Pollard, de la Orden de los Cistercienses de la Estricta Observancia, veía los veinte años de Speer en aislamiento cuasi monástico en la prisión de Spandau, durante los cuales recorrió penosamente el camino de Emaús, como el resultado de su recepción del abrazo redentor de Dios tras haber emprendido el largo camino desde el remordimiento hasta la restitución y la expiación.<sup>5</sup> «Hitler», escribe Pollard, «le había conducido por un camino que llevaba justo al infierno, pero cuando Speer finalmente se dio la vuelta, todavía pudo hallar el camino hacia la razón, la humanidad y la gracia».<sup>6</sup> Esto es algo que Speer negó rotundamente cuando le dijo al entrevistador de *Playboy* que el descenso al infierno era un viaje emocionante, pero que solo era un viaje de ida. La Madre Miriam tiene una respuesta a por qué Speer se vio atormentado por el «olvido de ser» de Heidegger. Aunque, a su juicio, Speer había sido honesto con el pasado,

había aceptado la responsabilidad por el mal hecho y el castigo que le habían impuesto, había hecho la reparación debida y había ofrecido una expiación vicaria por otros, faltaba una pieza crítica. Se trataba de su incapacidad — debido a una instrucción espiritual inadecuada— para aceptar el perdón.<sup>7</sup> Sin embargo, el penitente Speer es elevado casi a la condición de santo. «En su ser redimido y redentor, entregaba la culpa del mundo al abrazo re-creativo de Dios».<sup>8</sup> Se critica a Hilde, la hija de Speer, por su escepticismo sobre el «corazón convertido» de su padre.

Esta imagen de un Speer que busca su propia alma, luchando con el pasado y a través de años de depravación y encarcelamiento, viviendo una vida inmersa en la muerte redentora de Cristo, haciendo un acto de expiación pública por toda una nación, encuentra su expresión artística en una notable escultura de Yrsa von Leistner. Este retrato, terminado poco antes de su muerte, muestra el agonizante y torturado rostro de Speer emergiendo de un bloque de mármol. Una veta roja en el mármol le atraviesa diagonalmente el rostro, lo que la Madre Miriam consideró un anuncio de su inminente muerte, pero también «una sublime meditación sobre el misterio de la redención».<sup>9</sup> Dado lo que ahora sabemos sobre Speer, resulta difícil no tener la sensación de que la Madre Miriam, por la generosidad de su alma, está leyendo algo en la materia que, sencillamente, no existe. Del mismo modo, el retrato de Yrsa von Leistner sufre de una dosis severa de kitsch que echa a perder gran parte de su obra. Speer abandonó su fe protestante cuando era joven y fue constitucionalmente incapaz de encontrar su camino de regreso. La burla de Rudolf Wolters sobre el penitente Speer con ropa de piel de animal y dieta de langostas, junto con la inflexible incredulidad de Hilde, son mucho más convincentes que la imagen de Speer, el redentor.

Speer representó un doble papel en la Alemania de posguerra. Fue uno de los hombres más poderosos del Tercer Reich, que condenó a Hitler como un criminal y que hizo una confesión pública —si bien limitada— de su propia culpa por haber sido cómplice de un régimen inmoral. Pero, lo que es más importante, proporcionó una gruesa capa de blanqueo a millones de viejos nazis. Fue un hombre que estuvo más cerca que cualquier otro de Hitler, y que sin embargo mantuvo su integridad personal como tecnócrata apolítico, que le dijo al Tribunal de Núremberg que solo había tenido un «vago sentimiento» de lo que pasaba en los campos de concentración. Aquí estaba el hombre que proporcionó la exculpación para toda una generación. Si un hombre tan cercano a Hitler, con un poder tan inmenso y con una estrecha

relación con todas las figuras principales del Tercer Reich, desconocía el asesinato en masa de los judíos europeos, ¿cómo podría haberlo sabido la miríada de figuras menores? Ahí estaba el colaborador más cercano de Hitler —tan cercano, de hecho, que Joachim Fest estaba convencido de que hubo matices homoeróticos en la relación— pero que mantuvo no obstante su integridad, inocente de todo el mal perpetrado por el régimen.<sup>10</sup> Para Wolters, fue el «amor no correspondido» de Hitler. Reinhard Spitzzy, un duro diplomático trasladado temporalmente a la seguridad militar de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, decía que, cada vez que Speer visitaba el Obersalzberg, desaparecía con Hitler para sumergirse en dibujos arquitectónicos como una pareja de amantes. Su editor se dejó llevar por este extravagante discurso que lo describía como «un ángel que vino del infierno». El psicólogo Alexander Mitscherlich decía de él que era un «sensible culpable-inocente».<sup>11</sup> Para otros, menos dados a semejantes enunciados enrevesados y sin sentido, fue simplemente el ejemplo perfecto del alemán idealista y trabajador que cayó bajo el hechizo de Hitler. Se le dibujó como un Parsifal que carecía de la sencillez e incorruptibilidad con la que resistir la magia de Klingsor. Era, por naturaleza, indiferente y distante, torpe en sociedad, altivo y arrogante, sin auténticos amigos y ansioso por evitar la compañía de otros. Así, parecía ser un hombre diferente, lo que le ayudó a salvarse de la horca e hizo posible la reconstrucción exitosa de su imagen pública.

Tan grande era la necesidad de creer en el mito de Speer que Siedler y Fest fueron capaces de fortalecerlo, incluso frente a las crecientes pruebas contra él proporcionadas por los historiadores profesionales. Fest se aferraba a su visión del Tercer Reich como un régimen, igual que cualquier otro, mantenido unido por especialistas estrechos de miras, de los cuales Speer constituía el ejemplo perfecto. Fue el caballero entre los gánsteres. No fue alguien que vociferase y despotricase sobre la conspiración judía mundial, sino un antisemita convencionalmente civilizado que confesaba tener una «sensación desagradable» cuando estaba en presencia de judíos. No le preocupaban los esclavos judíos en las ladrilleras. No dedicó ni un pensamiento a su Cuerpo de Transporte en la Unión Soviética con el que trasladó a Alemania obras de arte robadas, o cuando reasentó a los menonitas alemanes en los puestos avanzados orientales de Himmler. Parte de la misión del Cuerpo fue, después de todo, ayudar a llevar a la práctica las resoluciones de la Conferencia de Wannsee. No fue más carente de empatía que Wernher

von Braun, quien no se preocupó por los esclavos que trabajaban hasta morir en fábricas subterráneas construyendo sus amados cohetes; o que Ferdinand Porsche, en cuyas fábricas murieron miles de prisioneros de guerra y trabajadores forzados; o que Alfried Krupp, para quien Speer construyó campos de concentración especiales para cien mil esclavos que fueron explotados sin piedad.

Speer amasó unos beneficios asombrosos con la «arianización» de la propiedad en Berlín. Reunió una magnífica colección de arte romántico de principios del siglo XIX, gran parte de la cual fue adquirida a precio de ganga a través de tratantes ilegales, y muchos de cuyos propietarios originales habían sido obligados a vender. El generoso regalo de Göring de cientos de hectáreas de bosque junto a su magnífica finca en Oderbruch, fue prudentemente pasado por alto. Fest se tomó al pie de la letra la absurda afirmación de Speer de haber preferido siempre la vida sencilla, y de haberse adaptado fácilmente a la austeridad de su celda de Spandau. Guardó silencio sobre el trato inhumano de Speer hacia los judíos de Berlín que se interponían en el camino de sus grotescos planes para reconstruir la ciudad. Si Fest se hubiese molestado en hacer su trabajo, habría sabido que Speer estuvo implicado en la construcción de los dormitorios de prisioneros en Mauthausen, para luego quejarse —para mayor irritación de Oswald Pohl— de que los encontraba demasiado lujosos. Sin embargo, se mostró muy satisfecho con las instalaciones de Auschwitz, sobre las que había encargado un informe especial. Himmler, Heydrich, Oswald Pohl, Hans Kammler y el Dr. Karl Brandt, entre otros, se encontraban entre las personas más cercanas a Speer. Todos fueron cómplices de asesinatos en masa en una escala inimaginable. Es inconcebible que no supiera absolutamente nada de este aspecto de sus esfuerzos por construir una nueva Alemania.

Ordenó que se hicieran todos los esfuerzos posibles para apoyar la última apuesta desesperada de Hitler en la ofensiva de las Ardenas a finales de 1944. Cuando fracasó, quedó en su haber que hizo lo que pudo para contrarrestar la Orden Nerón de Hitler y salvar todo lo que podía salvarse, al menos en el Ruhr. Resulta demasiado fácil sobrestimar el papel de Speer en las etapas finales del Tercer Reich. Era imposible llevar a cabo una política de tierra quemada. La gran mayoría de los alemanes había tenido más que suficiente, y querían poner fin al horror, no un horror sin fin. Estaban preparados para agitar la bandera blanca, incluso a riesgo de la pena de muerte. Sufrir una muerte heroica en una guerra que ya estaba perdida parecía totalmente inútil.

Speer, el milagrero, es tan mítico como Speer, el artista inocente y apolítico. Esta reputación se basa en los cálculos realizados por el jefe estadístico del Ministerio de Armamentos, Rolf Wagenführ.<sup>12</sup> Las cifras son, efectivamente, notables. La producción de armamentos se triplicó a partir de febrero de 1942, cuando Speer asumió el cargo, hasta julio de 1944.<sup>13</sup> Esto es aún más asombroso, dado que este dramático aumento ocurrió a pesar de la ofensiva de bombardeos de los Aliados, de la disminución de suministros de materias primas y de la escasez de mano de obra. Wagenführ atribuye esto a un aumento significativo de la productividad de la mano de obra desde una línea base de 100 en enero de 1942 hasta 234 en julio de 1944.<sup>14</sup> La racionalización también hizo posible fabricar más armas utilizando menos materias primas. La productividad mejoró aún más al reducir drásticamente el número de diferentes armas producidas. El ministerio de Speer también puso fin a la constante modificación de las armas individuales. Se obtuvieron ahorros adicionales concentrando los pedidos de armas en el ministerio, en lugar de dejarlo en manos de diversas instituciones dentro de las Fuerzas Armadas. La autodeterminación de la industria significó que las empresas estaban obligadas a compartir sus conocimientos técnicos, logrando de ese modo ahorros sustanciales. El sistema de comités y anillos dejó a las empresas pequeñas e ineficientes fuera del negocio. Al principio, la industria armamentística sufrió los problemas iniciales resultantes del rápido crecimiento del stock de capital y de la mano de obra, pero Speer se benefició a medida que la industria aprendía rápidamente de la experiencia.

Algunos aseguran que se había logrado una notable mejora con el sistema de precios fijos que no se convirtió en norma hasta 1942. Hasta entonces, los beneficios se habían calculado principalmente sobre el porcentaje de capital empleado.<sup>15</sup> El problema era que esto no obligaba a los productores menos ingeniosos a cumplir con los precios estándar. También necesitaba complicados controles burocráticos para asegurarse de que todo estuviera en el nivel. A partir de ese momento, los precios fijos se negociaban sobre la base de productores buenos a medianos. Los beneficios se obtenían produciendo a un menor coste. Nadie formuló preguntas incómodas sobre cómo se habían reducido los costes. Se pasó convenientemente por alto que se debió en gran medida a la despiadada explotación de todas las formas de mano de obra.

No hay pruebas que demuestren que el cambio de los precios de coste a precios fijos marcara una diferencia significativa. Los precios fijos ya estaban en vigor en sectores significativos de la industria de armamentos. Además,

los precios fijos se basaban en precios de coste anteriores. En general, los precios de coste se utilizaban para cubrir los riesgos cuando se lanzaba un nuevo producto. Los precios fijos se ajustaban a menudo —particularmente en la industria aeronáutica— cuando se obtenían beneficios excesivos. Pero las autoridades fiscales se cuidaron de asegurar que los incentivos a la innovación y la eficiencia no fueran eliminados a causa de unos impuestos excesivos. Como resultado, se obtuvieron beneficios sustanciales a lo largo de la guerra.<sup>16</sup>

Los datos macroeconómicos de Wagenführ, el informe del Estudio de Bombardeos Estratégicos de los EE. UU. y las convincentes memorias de Speer crearon la impresión de que realmente se había producido un milagro armamentístico y que Albert Speer era la estrella más brillante del firmamento nacionalsocialista. Solo se necesitaba un examen superficial de las pruebas para demostrar que ya se había producido un aumento sustancial en la producción de armamentos mucho antes de que Speer comenzara a realizar sus milagros. Esto se disfrazó de manera deliberada al elegir las cifras de producción excepcionalmente bajas de enero y febrero de 1942 como la línea de base. Las cifras relativamente bajas de producción en 1940 y 1941 tuvieron poco que ver con la ineficiencia y la baja productividad. Fueron el resultado de decisiones político-militares deliberadas. Los tan aplaudidos cambios de Speer en el sistema de precios en mayo de 1942 no tuvieron un impacto significativo. Antes de esa fecha se habían producido reducciones de precios que indicaban que ya existían incentivos suficientes para aumentar la eficiencia.<sup>17</sup>

Los problemas acerca de las formas en las que se ponderaba el catálogo de armamentos se agravan por la deliberada manipulación de Speer de las cifras para apaciguar a Hitler. Esto dejó a la Wehrmacht preguntándose dónde demonios se encontraban aquellas armas que aparecían registradas en las recitaciones públicas que hacía Speer de las sorprendentes cifras de producción. Las cifras de productividad son igualmente sospechosas. Solo se basaban en la productividad de las empresas que estaban bajo la égida de los inspectores de armamentos. No incluían estadísticas de la industria de armamentos en los países ocupados.<sup>18</sup>

Otras dudas sobre la industria armamentística se deben al hecho de que las ramas que mostraron tasas de crecimiento excepcionales no estuvieron inicialmente bajo el ministerio de Speer. No tomó el control del armamento naval hasta octubre de 1943 y los armamentos de la Luftwaffe permanecieron

independientes hasta junio de 1944. La productividad en la industria aérea fue ligeramente más alta que el índice general de armamentos. La productividad naval fue mínimamente menor. Esto plantea la cuestión de si hubo algo excepcional en el muy aplaudido programa de racionalización de Speer. Hay serias dudas de que el dramático aumento del número de comités y anillos diera lugar a un intercambio importante de información entre las empresas.<sup>19</sup> Tampoco fue una gran innovación. Habían sido creados por Todt. Hubo intercambios eficaces de información entre empresas que estaban directamente controladas por el Ejército, y existieron acuerdos similares en partes de la industria aeronáutica.

La racionalización sistemática llegó relativamente tarde y en más de una ocasión resultó ser un bendito batiburrillo. La construcción naval se racionalizó en el verano de 1943. Las cifras de producción fueron impresionantes, pero unos submarinos que no estaban en condiciones de navegar no mejoraban la capacidad de combate de la Marina. En la industria aeronáutica hubo un aumento constante en el número de modelos diferentes y sus variantes. No fue hasta el verano de 1944 cuando se realizó un esfuerzo serio para abordar este problema.

Un informe encargado por Hans Kehrl como jefe de la Oficina de Planificación a principios de 1944 sugiere que los esfuerzos de racionalización de Speer no fueron suficientes.<sup>20</sup> La escasez de mano de obra era un problema constante y creciente que se vio agravado por el gasto causado por la frecuente introducción de nuevos programas combinados con constantes modificaciones técnicas. La Krupp Grusonwerk AG de Magdeburgo se vio obligada a realizar ocho cambios significativos en su programa de construcción de tanques durante 1943. La Eisenwerk Oberdonau GmbH de Linz tuvo que efectuar 1.474 modificaciones en las piezas de recambio que proporcionaba para el tanque Panther entre julio de 1942 y marzo de 1944. La compañía aeronáutica Henschel, que había construido el bombardero Ju 88 durante años, recibió la orden de parar la producción en 1943 y fabricar el cazabombardero Me 410 Hornisse [Avispón]. El Hornisse demostró ser ineficaz en su papel de destructor de bombarderos, de modo que en 1944 la compañía se vio obligada de nuevo a fabricar el Ju 88. El resultado final fue un desastroso descenso de la productividad. Hans Kehrl se quejaba con frecuencia de que Speer no abordaba estos problemas con la debida preocupación.

Aunque muchas de las medidas atribuidas a Speer se habían puesto en

marcha antes de su nombramiento, la cuestión sigue siendo cómo fue que la producción de armamentos aumentó significativamente durante su tiempo en el cargo. En parte esto se debió al proceso de aprendizaje en los primeros dos años y medio de la guerra. En los dos años antes de ser ministro, se triplicó la cantidad de capital invertido en las empresas controladas por el Ejército para la producción de armas. Lo mismo sucedió con la industria aeronáutica. En el primer año de guerra se duplicó la mano de obra en la industria armamentística. La mano de obra no cualificada tuvo tiempo para aprender sus oficios, de modo que Speer heredó una mano de obra altamente cualificada. En su discurso a los gauleiters en Múnich el 24 de febrero de 1942, pocos días después de su nombramiento como Ministro de Armamentos, Speer rindió un amplio homenaje a Fritz Todt. Enumeró los enormes aumentos de eficiencia, producción y productividad alcanzados por el ministerio bajo su liderazgo.<sup>21</sup> Para febrero de 1942, se había multiplicado por cuatro el valor de las máquinas herramientas entregadas a la industria de armamentos. Esta fue una tasa de aumento que Speer fue incapaz de igualar y que le proporcionó unas bases sólidas para un mayor crecimiento.

Un factor que inhibió el crecimiento durante el período de Todt en el cargo fue la creencia generalizada de que aquella sería una guerra corta. Después de las espectaculares victorias sobre Polonia y Francia, parecía que la Wehrmacht realizaría un trabajo breve en la Unión Soviética. Por lo tanto, empresas como Daimler-Benz estuvieron poco dispuestas a invertir mucho en la producción de armamento porque querían estar bien preparadas para el mercado de posguerra.<sup>22</sup> Con Barbarroja en ruinas, resultó obvio para la mayoría que aquello iba a ser un largo y duro camino, y que la industria haría bien en participar plenamente en la producción de guerra. Había grandes recompensas para aquellos que pudieran fabricar los productos.

Hasta 1943, la productividad laboral ajustada a los salarios se mantuvo por debajo del nivel de 1939. A partir de entonces, creció espectacularmente hasta que comenzó a recortarse a finales de 1944. La racionalización, la centralización, la estandarización, el cierre de empresas redundantes y la fijación de precios tuvieron poco que ver con este logro. Dado que la abrumadora mayoría de la mano de obra de ocho millones de personas en la industria de los armamentos eran trabajadores forzados, prisioneros de guerra o esclavos y que los trabajadores alemanes eran explotados sin piedad, el coste unitario del trabajo era necesariamente muy bajo. El logro de la industria armamentística bajo Speer no fue un milagro de armamentos. No

hubo discontinuidad entre él y su predecesor. La economía no se transformó de una «economía de paz en tiempos de guerra» a una economía a gran escala en tiempos de guerra. Bajo Todt hubo una serie de medidas de racionalización, otras entraron en vigor relativamente tarde, en un momento en que las cifras de producción ya habían alcanzado su punto máximo. Los precios fijos ya estaban en vigor, ofreciendo amplios incentivos para reducir costos. Gran parte de los logros de la industria de armamentos se debió, por tanto, a la continuidad y a los efectos a largo plazo de las medidas adoptadas antes de la toma de posesión de Speer.

Puede que Speer no fuera un milagrero y no tuvo ningún don particular como arquitecto, pero, reconociendo sus propias carencias, se mostró dispuesto a delegar en hombres de talento y energía excepcionales. Esto lo convirtió en un excelente organizador y dirigente. A veces decía que era un artista que había sido obligado a entrar en un mundo extraño. Otras veces, se describía a sí mismo como un tecnócrata apolítico cautivado por un mundo de conocimientos científicos y ciencia aplicada. De hecho, no era ninguna de las dos cosas. Como arquitecto con una desalentadora confianza, siguió el ejemplo de otros, primero Tessenow, luego Troost y, por último, Hitler. Incluso su mejor logro, la Catedral de la Luz en Núremberg, probablemente fue sugerido por la cineasta Leni Riefenstahl y su camarógrafo Walter Frenz, a quien Speer había conocido mientras navegaba en canoa.<sup>23</sup> Careciendo por completo de experiencia técnica, confiaba en los demás, lo que le hizo vulnerable al ataque de subalternos ambiciosos. No siendo ni artista ni tecnócrata, su posición única se debió exclusivamente a su estrecha relación con Hitler. En cuanto esta se vio comprometida, se quedó prácticamente sin poder. Todo lo que quedó fue un conjunto de relaciones mutuamente beneficiosas que solo podían sostenerse porque el Tercer Reich se desmoronaba, la dictadura se desmigajaba.

Lo que convierte a Speer en algo tan particularmente aterrador es que este hombre hueco, resueltamente burgués, extremadamente inteligente, carente de toda visión moral, incapaz de cuestionarse las consecuencias de sus acciones y sin escrúpulos, estaba lejos de ser un *outsider*. Pertenecía al tipo de personas que hicieron posible el nacionalsocialismo. El Tercer Reich nunca habría sido tan mortalmente eficaz si hubiera dependido de los aventureros, matones, ideólogos enloquecidos, fanáticos racistas y adoradores de deidades germánicas que pueblan la imagen pública del régimen. Speer es el representante más sobresaliente de un tipo muy extendido que hizo posible

el régimen. Que tantos encontrasen tan convincente su imagen cuidadosamente preparada después de la guerra apunta a un insidioso peligro. Como tan astutamente comentó Sebastián Haffner, podemos deshacernos de los Hitler y los Himmlers, pero no de los Speers. Todavía están con nosotros. Son inmediatamente reconocibles e igualmente peligrosos.

# NOTAS

## Introducción

<sup>1</sup> Hugh Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, Londres, 1947.

<sup>2</sup> H. R. Trevor-Roper, «Porträt des wirklichen Nazi-Verbrechers» (1949), en Adelbert Reif, *Albert Speer: Kontroversen um ein deutsches Phänomen*, Múnich, 1978, pp. 233–239.

<sup>3</sup> Joachim Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen: Notizen über Gespräche mit Albert Speer zwischen Ende 1966 und 1981*, Reinbek bei Hamburg, 2006, p. 232.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 221.

<sup>5</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, Berlín, 1975, p. 20.

<sup>6</sup> Margret Nissen (con Margrit Knapp y Sabine Seifert), *Sind Sie die Tochter Speer?*, Múnich, 2005.

<sup>7</sup> Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939–1945*, 5 vols, Munich, 2002; Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006; y las contribuciones de Rolf-Dieter Müller a *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vols 4, 5/1, 5/2, 10/1 y 10/2. También puede encontrarse material valioso en Heinrich Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer: Begegnungen, Gespräche, Interviews*, Berlín, 2005 y Heinrich Breloer y Rainer Zimmer, *Die Akte Speer: Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006.

<sup>8</sup> Joachim Fest, *Speer: Eine Biographie*, Berlín, 1999 y Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Londres, 1995.

<sup>9</sup> Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen: Gespräche mit Albert Speer*, Reinbek bei Hamburg, 2005.

## 1. El joven arquitecto

<sup>1</sup> Por otro lado, siendo domingo, es posible que las campanas de las iglesias estuvieran tañendo en cualquier otro lugar de la ciudad. Christian Schrade, *Christuskirche Mannheim*, Mannheim, 1911, reimpresso 1986; Herbert Wäldin, *50 Jahre Christuskirche Mannheim 1911–1961*, Mannheim, 1961. Las campanas fueron confiscadas en 1942, pasando de ese modo a dominio de Speer. Matthias Schmidt, *Albert Speer – Das Ende eines Mythos: Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, Múnich, 1982, p. 33, consultó el informe meteorológico para las condiciones atmosféricas de aquel día.

<sup>2</sup> Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 22; H. J. Reichhardt y Wolfgang Schäche, *Ludwig Hoffmann in Berlin*, Berlín, 1987.

<sup>3</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 20; Schmidt, *Albert Speer*, p. 34.

<sup>4</sup> Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, p. 41.

<sup>5</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 34, citando a Rudolf Wolters.

<sup>6</sup> William Hamsher, *Albert Speer: Victim of Nuremberg?*, Londres, 1970.

<sup>7</sup> Hermann nació en 1902, Ernst en 1906. Ernst desapareció, probablemente murió, en Stalingrado en 1942. Hermann tuvo una exitosa carrera como fotógrafo. Después de la Segunda Guerra Mundial,

dependió financieramente de su hermano menor.

<sup>8</sup> Gitta Sereny, «Hat Speer alles gesagt?», *Die Zeit, Zeitmagazin*, no. 43 (20 octubre 1978).

<sup>9</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 42. El hecho de que ella fuese judía podría explicar quizás por qué Speer nunca se entregó al más crudo antisemitismo y acogiese en su departamento a cierto número de «medio judíos», incluida su valiosa secretaria Annemarie Kempf.

<sup>10</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 21.

<sup>11</sup> Era una *Oberrealschule*, una escuela con una duración de nueve años que prestaba especial atención a las lenguas modernas, las ciencias y las matemáticas.

<sup>12</sup> Joachim Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen: Notizen über Gespräche mit Albert Speer zwischen Ende 1966 und 1981*, Reinbek bei Hamburg, 2006, p. 27.

<sup>13</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 25.

<sup>14</sup> En el punto más elevado de inflación, un dólar equivalía a 4,2 billones de marcos.

<sup>15</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 27.

<sup>16</sup> Nitzan Lebovic, *The Philosophy of Life and Death: Ludwig Klages and the Rise of a Nazi Biopolitics*, Londres, 2013.

<sup>17</sup> Heinrich Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer: Begegnungen, Gespräche, Interviews*, Berlín, 2005, p. 30; Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen*, p. 52.

<sup>18</sup> The speech «Mensch und Erde» está reimpresso en Ludwig Klages, *Mensch und Erde*, Berlín, 2013.

<sup>19</sup> El extravagante estilo de Reinhardt hizo que el *Grosses Schauspielhaus* fuese conocido como el «Circo de Reinhardt».

<sup>20</sup> Julius Posener, «Zwei Lehrer: Heinrich Tessenow und Hans Poelzig», en Reinhard Rürup (ed.), *Wissenschaft und Gesellschaft: Beiträge zur Geschichte der Technischen Universität Berlin 1879–1979*, vol. 1, Berlín, 1979.

<sup>21</sup> Poelzig, un berlinés conocido como «*der Meester*».

<sup>22</sup> Heinrich Tessenow, *Handwerk und Kleinstadt*, Berlín, 1919.

<sup>23</sup> Hamsher, *Albert Speer: Victim of Nuremberg?*, p. 27.

<sup>24</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 37.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>26</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 49.

<sup>27</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 28. El comentario aparece citado en la sección final del *Handwerk und Kleinstadt* de Tessenow.

<sup>28</sup> Albert Speer, *Spandauer Tagebücher*, Berlín, 1975, p. 128, fecha de manera incorrecta el discurso en noviembre.

<sup>29</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 40. Wolfsburgo era conocida como la ciudad del Automóvil Fuerza a través de la Alegría (*Stadt des KdF-Wagens*).

<sup>30</sup> En 1945 hablaría con profusión acerca de la superioridad racial de los siberianos y los rusos blancos sobre los alemanes –al menos en términos de fortaleza y determinación– y de los europeos sobre los árabes. Ulrich Schlie, (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle 1945. Seine ersten Aussagen und Aufzeichnungen (Juni–September)*, Múnich, 2003, p. 447.

<sup>31</sup> Michael H. Kater, «Der NS-Studentenbund von 1926 bis 1928: Randgruppe zwischen Hitler und Strasser», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 22, 1974, pp. 148–190.

<sup>32</sup> Jeffrey Herf, «The Engineer as Ideologue: Reactionary Modernists in Weimar and Nazi Germany», *Journal of Contemporary History*, vol. 19, no. 4 (Octubre 1984), pp. 631–648.

<sup>33</sup> Ebbo Demant, *Von Schleicher zu Springer*, Frankfurt, 1971, p. 77.

<sup>34</sup> Kurt Sondheimer, «Der Tatkreis», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 7, no. 3 (1959) pp. 229–260. Sefton Delmer fue el corresponsal bilingüe del *Daily Express* en Alemania hasta 1933.

<sup>35</sup> Jeffrey Herf, *Reactionary Modernism: Technology, Culture and Politics in Weimar and the Third Reich*, Cambridge, 1984, pp. 152–188.

<sup>36</sup> Barbara Orland, «Der Zwiespalt zwischen Politik und Technik: Ein kulturelles Phänomen in der Vergangenheitsbewältigung Albert Speers und seiner Rezipienten», en Burkhard Dietz, Michael Fessner y Helmut Maier (eds.), *Technische Intelligenz und “Kulturfaktor Technik”: Kulturvorstellungen von Technikern und Ingenieuren zwischen Kaiserreich und früher Bundesrepublik Deutschland*, Münster, 1996, pp. 269–295.

<sup>37</sup> Este edificio gozó de un gran favor por parte de los nazis. Después de la guerra se utilizó como sala de conciertos en la que actuaron artistas como Jimi Hendrix, Patti Smith, Elvis Costello y Dire Straits.

<sup>38</sup> El discurso se reprodujo en su integridad al día siguiente en el periódico de Goebbels *Der Angriff*. Texto completo en Constantin Goschler y Christian Hartmann (eds.), *Hitler: Reden, Schriften, Anordnungen, Februar 1925–Januar 1933: Von der Reichstagswahl bis zur Reichspräsidentenwahl. Oktober 1930–März 1932*, vol. 4/1 (Oktober 1930–Juni 1931), Múnich, 1997. Parece que el 4 de diciembre murió únicamente un hombre de las SA, Theodor Sanders, según la página web neonazi «Testigos de Sangre del Movimiento» (*Blutzeuge der Bewegung*).

<sup>39</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 33.

<sup>40</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 45.

<sup>41</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 34.

<sup>42</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 34; Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Londres, 1970, p. 51.

<sup>43</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 33.

<sup>44</sup> Hamsher, *Albert Speer: Victim of Nuremberg?*, p. 52.

<sup>45</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 45.

<sup>46</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 35.

<sup>47</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 38. Para la carrera posterior de Nagel a las órdenes de Speer, véase Franz W. Seidler, «Das Nationalsozialistische Kraftfahrkorps und die Organisation Todt im Weltkrieg», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 32, no. 4 (1984), pp. 625–636.

<sup>48</sup> André François-Poncet, *Souvenirs d'une ambassade à Berlin, septembre 1931–octobre 1938*, París, 1947.

<sup>49</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 38.

<sup>50</sup> El edificio fue derribado en 1938 para dejar espacio a la nueva Cancillería de Speer.

<sup>51</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 40. Los *Vereinigten Werkstätten für Kunst im Handwerk* de Múnich y Bremen eran famosos por los trasatlánticos con muebles de lujo que seguían los diseños de Troost. Fueron ellos quienes amueblaron el Berghof de Hitler, su apartamento en Múnich, la Nueva Cancillería del Reich y otros edificios oficiales, según los diseños de Paul y Gerdy Troost, Albert Speer, Leonhard

Gall y Hans Russwurm. Sonja Günther, *Design der Macht: Möbel für Repräsentanten des «Dritten Reiches»*, Stuttgart, 1992.

<sup>52</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 40; Peter Longerich, *Goebbels: Biographie*, Múnich, 2010, p. 235.

<sup>53</sup> Longerich, *Goebbels*, p. 291.

<sup>54</sup> Anna Teut, *Architektur im Dritten Reich 1933–1945*, Berlín, 1967, p. 187.

<sup>55</sup> Longerich, *Goebbels*, p. 226.

<sup>56</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 40.

## 2. Nuremberg y Berlín

<sup>1</sup> Günter Neliba, *Wilhelm Frick: Der Legalist des Unrechtsstaates*, Paderborn, 1992; Norbert Bormann, *Paul Schultze-Naumburg: Maler, Publizist, Architekt, 1869–1949*, Essen, 1989; Paul Schultze-Naumburg, *Kunst und Rasse*, Múnich, 1928. Esta embriagadora mezcla de eugenesia, darwinismo social y racismo cultural llegaba a la conclusión de que el arte moderno era una forma de «imbecilidad» y «degeneración». Veintinueve profesores, de un total de treinta y dos que componían la plantilla, fueron despedidos. Las opiniones de Schultze-Naumburg sobre el arte «degenerado» se basaban en las ideas de Julius Langbehn y Max Nordau, un crítico social y co-fundador de la Organización Mundial Sionista.

<sup>2</sup> Fue allí donde se celebró la Conferencia de Potsdam. En la actualidad es un hotel. En 1990 recibió la calificación de Lugar Patrimonio Mundial de la UNESCO.

<sup>3</sup> Karl Willy Straub, *Die Architektur im Dritten Reich*, Stuttgart, 1932.

<sup>4</sup> Walther Darré, *Neuadel aus Blut und Boden*, Múnich, 1930.

<sup>5</sup> Ploetz era un tanto heterodoxo en sus opiniones sobre los judíos. Tenía la sensación de que, como resultado de su mezcla con la raza aria, poseían excelentes cualidades. Günther siguió impenitente después de 1945 y gozó de una alta consideración por parte de los segregacionistas norteamericanos, pero también por parte de círculos más respetables. Una de las consecuencias fue su elección como miembro de la American Society of Human Genetics en 1953.

<sup>6</sup> Anon., *Bauten der Bewegung*, Berlín, 1938; Barbara Miller Lane, *Architecture and Politics in Germany, 1918–1945*, Cambridge, MA, 1968, p. 269.

<sup>7</sup> Frederic Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics*, Londres, 2002, p. 265.

<sup>8</sup> Wolfgang Hardtwig (ed.), *Utopie und politische Herrschaft im Europa der Zwischenkriegszeit*, Múnich, 2003; Franz Lawaczeck, *Technik und Wirtschaft im Dritten Reich*, Múnich, 1932.

<sup>9</sup> Ernst Neufert, *Bauordnungslehre*, Berlín, 1943.

<sup>10</sup> Raphael Rosenberg, «Architekturen des “Dritten Reiches”»: Völkische Heimatideologie versus internationale Monumentalität’ (2011), p. 9, online en ART-Dok <<http://archiv.ub.uni-heidelberg.de/artdok/volltexte/2011/1501>>.

<sup>11</sup> El edificio de Troost tenía 175 metros de ancho, el de Schinkel solo 87. Este fue el comienzo de la «gigantomanía» nacionalsocialista que alcanzaría su apogeo en los edificios de Speer.

<sup>12</sup> Dan Hill, «Senate House, University of London», *City of Sound*, 21 Noviembre 2003, en <[http://www.cityofsound.com/blog/2003/11/senate\\_house\\_un.html](http://www.cityofsound.com/blog/2003/11/senate_house_un.html)>; Simon Jenkins, «It’s time to knock down Hitler’s headquarters and start again», *The Guardian*, 2 Diciembre 2005. George Orwell pensó que sería una sede adecuada para el Ministerio de la Verdad en 1984. También se ha utilizado con éxito como decorado cinematográfico, en especial en una lectura inequívocamente fascista del *Ricardo III*. Charles Holden es mejor conocido por su magnífico trabajo de diseño en el Metro de

Londres.

<sup>13</sup> Albert Speer, *Spandauer Tagebücher*, Berlín, 1975, p. 202.

<sup>14</sup> Arthur Moeller van den Bruck, *Der preußische Stil*, 1914. Aunque fue él quien acuñó la frase «el Tercer Reich», pensaba que Hitler era un «proletario primitivo».

<sup>15</sup> Hans J. Reichhardt y Wolfgang Schäche, *Von Berlin nach Germania: Über die Zerstörung der «Reichshauptstadt» durch Albert Speers Neugestaltungsplanungen*, Berlín, 2008.

<sup>16</sup> Elke Dittrich, *Ernst Sagebiel: Leben und Werk (1892–1970)*, Berlín, 2005.

<sup>17</sup> Joachim Petsch, *Baukunst und Stadtplanung im Dritten Reich: Herleitung/Bestandaufnahme/Entwicklung/Nachfolge*, Múnich, 1976, p. 183.

<sup>18</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 261.

<sup>19</sup> Heinrich Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer: Begegnungen, Gespräche, Interviews*, Berlín, 2005, p. 271. Algunos psicólogos, como Erich Fromm, intentan convencernos de que el entusiasmo de Hitler por las ruinas es una clara prueba de su deseo de morir.

<sup>20</sup> David Skilton, «Contemplating the Ruins of London: Macaulay's New Zealander and Others», *The Literary London Journal*, vol. 2, no. 1 (Marzo 2004). Werner Hofmann, *Das Irdische Paradies: Motive und Ideen des 19. Jahrhunderts*, Múnich, 1974, pp. 176 ss.

<sup>21</sup> Su hijo Albert, que no tenía una elevada opinión de su obra, tenía la sensación de que gran parte de ella fue llevada a cabo por sus subordinados. Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 150.

<sup>22</sup> Neville Henderson, *Failure of a Mission, Berlin, 1937–1939*, Toronto, 1940, pp. 66–67.

<sup>23</sup> Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 42.

<sup>24</sup> Quizás no fuese una idea tan original. Tanto Leni Riefenstahl como uno de sus camarógrafos, Walter Frentz, aseguraban que ellos le habían sugerido la idea a Speer. Frentz también afirmaba que la construcción de Speer en el campo de Tempelhof fue obra del alumno de Speer Hans Peter Klinke. Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, London, 1995, p. 128s.

<sup>25</sup> Gerhard Gelderblom, *Die Reichserntedankfest auf dem Bückeberg 1933–1937*, Hameln, 1998. También hay disponible un material excelente en <<http://www.gelderblom-hameln.de>>. Un «Thing» (Folkmoot o Manx Tyn anglosajón) era una asamblea popular. Para los nazis, era la representación teatral con un contenido racial, nacional e ideológico adecuado.

<sup>26</sup> Paul B. Jaskot, *The Architecture of Oppression: The SS, Forced Labor and the Nazi Monumental Building Economy*, Londres, 1999, p. 52.

<sup>27</sup> El Hogar del Arte Alemán mide 175 metros de ancho.

<sup>28</sup> Siegfried Zelnhefer, *Die Reichsparteitage der NSDAP in Nürnberg*, Nuremberg, 2002.

<sup>29</sup> Barbara Miller Lane, «Architects in Power: Politics and Ideology in the Work of Ernst May and Albert Speer», *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 17, no. 1 (Verano, 1986), pp. 283–310.

<sup>30</sup> Albert Speer, «Die Bauten des Führers», en *Bilder aus dem Leben des Führers*, Hamburgo, 1936, pp. 72–77. El libro contiene artículos de Speer, Ley, Schirach y otros nazis prominentes.

<sup>31</sup> Thomas Mann, «Deutschland und die Deutschen», en *Thomas Mann: Essays*, vol. 2, *Politik*, ed. Herman Kunzke, Frankfurt, 1977, p. 294.

<sup>32</sup> Jaskot, *The Architecture of Oppression*, p. 59.

<sup>33</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 82. El *Bismarck* costó 196.8 millones de marcos del Reich. Como Ministro de Armamentos, Speer iba a gastar esa cantidad en cuatro días.

<sup>34</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 75.

<sup>35</sup> Jaskot, *The Architecture of Oppression*, p. 59.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>37</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 158, dice que fue Himmler. Karl Mummenthey, director comercial de DEST, dijo Nuremberg que fue Speer: *Trials of War Criminals before the Nuernberg Military Tribunals Under Control Council Law No. 10*, «Green Series», 15 vols, [http://www.loc.gov/rr/frd/Military\\_Law/NTs\\_war-criminals.html](http://www.loc.gov/rr/frd/Military_Law/NTs_war-criminals.html), vol. 5 (1950), p. 567. Hermann Kaienburg, «*Vernichtung durch Arbeit*»: *Der Fall Neuengamme*, Bonn, 1990, p. 74, dice que la orden procedía de Hitler.

<sup>38</sup> El SS-Obersturmbannführer Karl Mummenthey, director de DEST, fue condenado a muerte por esta causa, pero fue conmutada por una pena de doce años. Fue puesto en libertad en 1953. Pohl fue ahorcado en 1951 después de varias apelaciones, entre ellas una delegación del Bundestag que incluía a un importante socialdemócrata, Carlo Schmid.

<sup>39</sup> Susanne Willems, *Der entsiedelte Jude: Albert Speers Wohnungsmarktpolitik für den Berliner Hauptstadtbau*, Berlín, 2002, p. 22f.

<sup>40</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 177. En una entrevista («Die Bürde werde ich nicht mehr los», *Der Spiegel*, 7 Noviembre 1966) Speer aseguraba que solo Hitler quería la guerra. Speer aseguraba que él la consideraba una guerra de agresión innecesaria.

<sup>41</sup> Jaskot, *The Architecture of Oppression*, p. 61.

<sup>42</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 173.

<sup>43</sup> Esto significaba que se convirtió en responsabilidad de Fritz Todt como Generalbevollmächtigter für die Regelung der Bauwirtschaft o Plenipotenciario para la Construcción dentro del Plan Cuatrienal, pero en la práctica, era su subordinado, Günther Schulze-Fielitz, quien estaba a cargo. Rüdiger Hachtmann y Winfried Süß (eds.), *Hitlers Kommissare: Sondergewalten in der nationalsozialistischen Diktatur*, Gotinga, 2006, p.119; Jaskot, *The Architecture of Oppression*, p. 63.

<sup>44</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 47. Siedler, un distinguido arquitecto, era tío de Wolf Jobst Siedler, el editor de las memorias de Speer.

<sup>45</sup> Adolf Hitler en Albert Speer, *Die Neue Reichskanzlei*, Múnich, sin fecha (1940?), p. 7.

<sup>46</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 43.

<sup>47</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 103.

<sup>48</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 48. En el haber de Werlin, ayudó a salvar a la mujer judía de Wilhelm Haspel, que tenía el improbable nombre de Bimbo. Haspel fue presidente de Mercedes Benz desde 1942 hasta su fallecimiento en 1952.

<sup>49</sup> Hermann Giesler, *Ein Anderer Hitler: Bericht seines Architekten Hermann Giesler – Erlebnisse, Gespräche, Reflexionen*, Leoni am Starnberger See, 1978. Giesler continuó siendo un apasionado nacionalsocialista y desempeñó un importante papel en los círculos extremistas de derechas después de la guerra. De manera deliberada, Speer escribe incorrectamente su nombre a lo largo de todas sus memorias.

<sup>50</sup> Debussy dijo del Palais Garnier que por fuera parecía una estación de ferrocarril por fuera y por dentro un baño turco.

<sup>51</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 166.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 260. Entre otras monstruosidades de Bruno Schmitz están el Monumento a la Batalla de las Naciones en Leipzig y el Monumento de Kyffhäuser en Turingia.

<sup>53</sup> William Hamsher, *Albert Speer: Victim of Nuremberg?*, Londres, 1970, p. 26. De hecho, Hitler se entrometía a menudo en cuestiones propias de músicos. Le dijo (acertadamente) a Tietjen que el oboe había desafinado durante una representación en Bayreuth. Obligó a Winifred Wagner a aceptar a Furtwängler en el Festival de Bayreuth en 1936. Solo él nombraba directores de orquesta y Kappelmeister (maestros de capilla) y también decidía el nombramiento de todos los catedráticos de Música. Ejerció de censor musical y durante cierto tiempo contribuyó a destruir la rica cultura musical alemana.

<sup>54</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, pp. 45 ss.; Joachim Fest, *Speer: Eine Biographie*, Berlín, 1999, p. 65.

<sup>55</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 536.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 538. Ziegler, descrito por Goebbels como «el más tonto de los tontos», acabó en un campo de concentración por «derrotismo». Después de 1945, Padua pintó retratos de Richard Strauss, Friedrich Flick y Herbert von Karajan. Los horrores historicistas de Peiner, presentados en la época como «anuncios del mito racial», han sido refundidos como irónicos ejemplos de «inmigración interior» y siguen mereciendo un buen precio.

<sup>57</sup> *Ibid.*, pp. 538 y 402.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 538.

<sup>59</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 62. Aunque Speer expresa su gran admiración por Troost, al que describe como un de sus maestros, y aunque trabajó a sus órdenes, nunca se conocieron —a pesar de que Speer insiste en sus memorias que sí lo hicieron. Esta información procede de Gerdy Troost. Schmidt, *Albert Speer*, p. 55.

<sup>60</sup> La cita procede del asistente de Hitler Fritz Wiedemann, cuyos papeles privados se encuentran en el Institut für Zeitgeschichte de Múnich.

<sup>61</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 66.

<sup>62</sup> El dibujo de Hitler puede verse en Angela Schönberger, *Die Neue Reichskanzlei von Albert Speer: Zum Zusammenhang von nationalsozialistischer Ideologie und Architektur*, Berlín, 1981, p. 35.

<sup>63</sup> *Ibid.*, pp. 177–182.

<sup>64</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 116.

<sup>65</sup> Werner Rittich, *New German Architecture*, Berlín, 1941, p. 46, realiza la ridícula afirmación de que Speer construyó la nueva Cancillería en nueve meses.

<sup>66</sup> Heinrich Breloer y Rainer Zimmer, *Die Akte Speer: Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006, p. 40.

<sup>67</sup> Schönberger, *Die Neue Reichskanzlei*, pp. 38ss.

<sup>68</sup> Puesto que Alemania había dejado de ser un estado federal, no supuso una gran dificultad expulsar a las delegaciones. Las oficinas de los Gau eran propiedad del Grupo Judío Wertheim que fue calificado oficialmente como judío en 1935, a pesar de que Georg Wertheim había traspasado oficialmente todas sus riquezas a su esposa «aria» Ursula. En 1937 la compañía fue «arianizada».

<sup>69</sup> Schönberger, *Die Neue Reichskanzlei*, p. 40.

<sup>70</sup> Wilhelm Treue, «Hitlers Denkschrift zum Vierjahresplan 1936», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 3, no. 2 (Abril 1955) pp. 184–210.

<sup>71</sup> Schönberger, *Die Neue Reichskanzlei*, p. 43. Piepenburg es más conocido como el arquitecto del búnker de Hitler en la Cancillería del Reich, que fue construido en 1943-1944 por la empresa constructora Hochtief.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>73</sup> Friedrich Hossbach, *Zwischen Wehrmacht und Hitler 1934–1938*, Gotinga, 1965, pp. 219ss.

<sup>74</sup> Dietmar Petzina, *Autarkiepolitik im Dritten Reich: Der nationalsozialistische Vierjahresplan*, Stuttgart, 1968, p. 73s.

<sup>75</sup> Schönberger, *Die Neue Reichskanzlei*, p. 51.

<sup>76</sup> El discurso de Hitler está impreso en su totalidad en *ibid.*, pp. 177s. He intentado dar una impresión de la torpeza del original. Hitler utilizaba el adverbio muy común en austriaco *heuer*, que significa “este año”.

<sup>77</sup> Pinnau tuvo una exitosa carrera después de la guerra. Entre sus encargos se encuentran el diseño interior de Cristina O., el yate de lujo de Aristóteles Onassis, así como varios edificios oficinas del Puerto Olímpico.

<sup>78</sup> Una cita del *Siegfried* de Wagner: «*Das Fürchten lernen*». Karl Arndt, «Architektur und Politik», en Albert Speer, *Architektur: Arbeiten 1933–1942*, Berlín, 1995, pp. 113–135, esp. p. 128.

<sup>79</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 128.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 129.

<sup>81</sup> Schönberger, *Die Neue Reichskanzlei*, p. 132.

<sup>82</sup> *The Vereinigte Werkstätten für Kunst im Handwerk*. La compañía, fundada en 1898, tenía fábricas en Múnich y Bremen.

<sup>83</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 108.

<sup>84</sup> Fest, *Speer*, p. 69.

<sup>85</sup> Schönberger, *Die Neue Reichskanzlei*, p. 144.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>87</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 129.

<sup>88</sup> Fest, *Speer*, p. 153.

<sup>89</sup> Dietmar Arnold, *Neue Reichskanzlei und «Führerbunker»: Legenden und Wirklichkeit*, Berlín, 2005, p. 106. El coste del recargado techo de madera se estimó en 900.000 marcos del Reich.

<sup>90</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 65.

<sup>91</sup> Schönberger, *Die Neue Reichskanzlei*, p. 155.

<sup>92</sup> *Völkischer Beobachter*, 3 Agosto 1938.

<sup>93</sup> Schönberger, *Die Neue Reichskanzlei*, p. 63.

<sup>94</sup> Los berlineses, con su típico sentido del humor, decían: *Wir haben kein Wurst, kein Brot und kein Ei, aber eine Neue Reichskanzlei!* (No tenemos salchichas, pan ni huevos, ¡pero tenemos una nueva Cancillería del Reich!)

### 3. Alemania

<sup>1</sup> Goebbels, *Tagebücher*, 3/2/1932.

<sup>2</sup> Jost Dülffer, Jochen Thies y Josef Henke, *Hitlers Städte: Baupolitik im Dritten Reich. Eine Dokumentation*, Colonia, 1978, p. 85.

<sup>3</sup> Esto no constituyó una sorpresa, pues la Academia patrocinaba a artistas judíos y/o degenerados

como Max Liebermann, Arnold Schönberg, Thomas Mann, Ernst Barlach y Käthe Kollwitz. El edificio que se encuentra actualmente en ese lugar es, de nuevo la Academia de las Artes.

<sup>4</sup> Hans J. Reichhardt y Wolfgang Schäche, *Von Berlin nach Germania: Über die Zerstörung der «Reichshauptstadt» durch Albert Speers Neugestaltungsplanungen*, Berlín, 2008, p. 61.

<sup>5</sup> Véase, por ejemplo, Werner Lindner y Erich Böckler, *Die Stadt: Ihre Pflege und Gestaltung*, Múnich, 1939.

<sup>6</sup> Hitler, Adolf, *Mein Kampf*, 85ª–94ª ed., Múnich, 1934, pp. 290ss.

<sup>7</sup> John Toland, *Adolf Hitler*, Nueva York, 1976, pp. 414s. No obstante, Gerdy Troost construyó varios «Edificios del Führer» y diseñó joyas, entre otros para Göring, utilizando diamantes robados a los judíos holandeses. Véase Adolf Galland, *Die Ersten und die Letzten*, Múnich, 1993.

<sup>8</sup> Para la «Ästhetisierung des politischen Lebens» véase Walter Benjamin, *Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit*, Frankfurt, 1963, p. 48.

<sup>9</sup> Gerdy Troost, *Das Bauen im Neuen Reich*, vol. 1, Bayreuth, 1938, p. 10.

<sup>10</sup> Para una discusión en profundidad del arte y la cultura nazi, véase Peter Reichel, *Der schöne Schein des Dritten Reiches: Gewalt und Faszination des deutschen Faschismus*, Hamburgo, 2006.

<sup>11</sup> Frank Lloyd Wright, «Architecture and Life in the USSR», *Architectural Record* (Octubre 1937). El brillante caricaturista Osbert Lancaster, se hacía eco en *Pillar to Post*, Londres, 1938, de la opinión de moda de que los pabellones alemanes y soviéticos eran expresiones virtualmente idénticas de la arquitectura totalitarista.

<sup>12</sup> Danilo Udovički-Selb, «Facing Hitler's Pavilion: The Uses of Modernity in the Soviet Pavilion at the 1937 Paris International Exhibition», *Journal of Contemporary History*, vol. 47, no. 1 (Enero 2012), pp. 13–47.

<sup>13</sup> Schmidt-Ehmen, que disfrutaba de una relación amistosa con Hitler y Troost, se especializó en la elaboración de estatuas de águilas que adornaron numerosos edificios públicos.

<sup>14</sup> Karen Fiss, *Grand Illusion: The Third Reich, the Paris Exposition, and the Cultural Seduction of France*, Chicago, 2009, p. 70.

<sup>15</sup> Dieter Bartetzko, «Die Architekten», en Hans Sarkowicz (ed.), *Hitlers Künstler: Die Kultur im Dienst des Nationalsozialismus*, Frankfurt, 2004, pp. 110–134.

<sup>16</sup> Joachim Fest, *Speer: Eine Biographie*, Berlín, 1999, p. 110.

<sup>17</sup> Ella Fitzgerald y David Bowie actuaron en el Deutschlandhalle. Fue demolido en 2011. The Rolling Stones, Jimi Hendrix, y la Orquesta Filarmónica de Berlín actuarían posteriormente en el teatro al aire libre. Se le conoció originariamente como Teatro Dietrich Eckart, por el nombre de uno de los miembros fundadores del Partido Nazi a quien Hitler dedicó el segundo volumen de su *Mein Kampf*. En la actualidad es el popular *Waldbühne*.

<sup>18</sup> Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 94.

<sup>19</sup> Alexander Kropp, *Die politische Bedeutung der NS-Repräsentationsarchitektur: Die Neugestaltungspläne Albert Speers für den Umbau Berlins zur «Welthauptstadt Germania» 1936–1942/43*, Neuried, 2005, pp. 77ss.; Reichhardt y Schäche, *Von Berlin nach Germania*, pp. 78ss.

<sup>20</sup> El Museo Chipperfield de Literatura Moderna en Marbach recuerda enormemente a la Casa del Arte Alemán de Troost.

<sup>21</sup> Hay cierto humor no intencionado en el hecho de que *Führerbau* sea la palabra para la cabina de un camión o una locomotora.

<sup>22</sup> Speer estimó el coste total en seis mil millones de marcos del Reich, equivalentes al cinco por

ciento del PIB en 1939. Se trata, casi sin duda, de una estimación muy baja, aunque el empleo de mano de obra esclava y la confiscación de propiedades judías reducían considerablemente los costes.

<sup>23</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 89.

<sup>24</sup> Karl-Dietrich Bracher, «Die Speer-Legende», en Adelbert Reif, *Albert Speer: Kontroversen um ein deutsches Phänomen*, Múnich, 1978, pp. 408–410.

<sup>25</sup> Dieter Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg: Verfassungsentwicklung und Verwaltungspolitik 1939–1945*, Stuttgart, 1989, pp. 337s. La cita procede de Edmund Glaise von Horstenau, el alemán Comisionado General en Croacia, en una reunión del OKW el 25 de enero de 1940.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 341.

<sup>27</sup> Behrens murió en febrero de 1940, a los 71 años. Stanford Anderson, *Peter Behrens and a New Architecture for the Twentieth Century*, Boston, 2002.

<sup>28</sup> Resulta llamativo que Speer no fuera incluido en esta lista, que fue compilada en 1944.

<sup>29</sup> Wolfgang Voigt y Roland May (eds.), *Paul Bonatz (1877–1956)*, Tübinga, 2010.

<sup>30</sup> Un aspecto subrayado por Frederic Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics*, Londres, 2002, p. 357.

<sup>31</sup> Reichhardt y Schäche, *Von Berlin nach Germania*, pp. 78ss.

<sup>32</sup> Albert Speer (ed. Adelbert Reif), *Technik und Macht*, Esslingen, 1979, p. 33.

<sup>33</sup> Klaus Herding y Hans-Ernst Mittag, *Kunst und Alltag in NS-System: Albert Speers Berliner Straßenlaternen*, Gießen, 1975, pp. 9ss.

<sup>34</sup> Reichhardt y Schäche, *Von Berlin nach Germania*, p. 90.

<sup>35</sup> Dustmann regresaría a un estilo Bauhaus modificado después de la guerra, cuando, igual que otros muchos arquitectos nazis, se labrase una exitosa carrera.

<sup>36</sup> Rosenberg objetó insistentemente contra la elección de Behrens, que era, de hecho, arquitecto de AEG, pero Hitler admiraba el diseño de Behrens para la Embajada alemana en San Petersburgo, construida en 1913, de manera que se pasó por alto al ideólogo. Nunca llegó a construirse.

<sup>37</sup> Speer *Erinnerungen*, p. 196.

<sup>38</sup> Como *The Enigma of the Hour* (1911) o *The Enigma of a Day* (1914).

<sup>39</sup> Gerald D. Feldman, *Die Allianz und die deutsche Versicherungswirtschaft 1933-1945*, Múnich, 2001.

<sup>40</sup> Joachim Petsch, *Baukunst und Stadtplanung im Dritten Reich: Herleitung/Bestandaufnahme/Entwicklung/Nachfolge*, Múnich, 1976, p. 111.

<sup>41</sup> La batalla de Skagerrak es conocida en inglés como la batalla de Jutlandia. Ambos bandos se atribuyeron la victoria, en cualquier caso con matices.

<sup>42</sup> Friedrich Tamm, «Die Kriegerdenkmäler Wilhelm Kreis», *Die Kunst im Deutschen Reich*, no. 3, 1943, p. 57.

<sup>43</sup> Petsch, *Baukunst und Stadtplanung im Dritten Reich*, pp. 112s.

<sup>44</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 151.

<sup>45</sup> Fest, *Speer*, p. 129. El padre de Speer coincidía con Nervi. Cuando vio la maqueta de Germania, dijo: «¡Todos vosotros os habéis vuelto absolutamente locos!» (Speer, *Erinnerungen*, p. 148).

<sup>46</sup> Reichhardt y Schäche, *Von Berlin nach Germania*, pp. 127ss.

<sup>47</sup> Speer, *Erinnerungen*, pp.170s.

<sup>48</sup> También puede observarse la influencia del Palazzo Pitti en el edificio de administración de la Reserva Federal Marriner S. Eccles en Washington, D.C. El despacho Oval mide apenas 76 metros cuadrados.

<sup>49</sup> Speer, *Erinnerungen*, pp. 170s.

<sup>50</sup> Roger Fornoff, *Die Sehnsucht nach dem Gesamtkunstwerk: Studien zu einer ästhetischen Konzeption der Moderne*, Hildesheim, 2004; Hilton Kramer, At the Bauhaus: the fate of art in “the Cathedral of Socialism”, *The New Criterion*, vol. 12, no. 7 (Marzo 1994), pp. 4–10; Michael Chapman y Michael Ostwald, «Laying Siege to the Stadtkrone: Nietzsche, Taut and the vision of a Cultural Aristocracy», en John Macarthur y Antony Moulis (eds.), *Additions to architectural history: XIXth annual conference of the Society of Architectural Historians, Australia and New Zealand*, Brisbane, 2002, disponible online en <<http://hdl.handle.net/1959.13/37963>>.

<sup>51</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 167.

<sup>52</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 175.

<sup>53</sup> Carta de Speer a Lammers, 1 de diciembre de 1937, en Dülffer, Thies y Henke, *Hitlers Städte*.

<sup>54</sup> Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ed. Elke Fröhlich, Part 1, *Aufzeichnungen 1923–1941*, vol. 9, *Dezember 1940–Juli 1941*, Múnich, 1998, entrada para el 8 de mayo de 1941.

<sup>55</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 170.

<sup>56</sup> Léon Krier, «An Architecture of Desire», en *Albert Speer: Architecture 1932–1942*, ed. Leon Krier, Bruselas, 1985, p. 225.

<sup>57</sup> Reichhardt y Schäche, *Von Berlin nach Germania*, pp. 142ss.

<sup>58</sup> Para un brillante estudio de estas estatuas, véase R. E. Hardt, *Die Beine der Hohenzollern*, Berlín oriental, 1960.

<sup>59</sup> Peter Longerich, *Heinrich Himmler: Biographie*, Berlín, 2008, p. 254.

<sup>60</sup> Hermann Kaienburg, *Die Wirtschaft der SS*, Berlín, 2003, pp. 696 y 715; Paul B. Jaskot, *The Architecture of Oppression: The SS, Forced Labor and the Nazi Monumental Building Economy*, Londres, 1999, p. 70. Natzweiler produjo al final 25.000 metros cúbicos de granito para el proyecto de Nuremberg.

<sup>61</sup> Breloer, Heinrich, *Unterwegs zur Familie Speer: Begegnungen, Gespräche, Interviews*, Berlín, 2005, p. 558.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 245. Cuando Hermann, el hermano mayor de Speer, tuvo noticia de esta observación, lo acusó de tener un corazón absolutamente frío y por «aceptar todo el estúpido odio contra los judíos sin la menor resistencia».

<sup>63</sup> Jan Erik Schulte, «Das SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamt und die Expansion des KZ-Systems», en Wolfgang Benz y Barbara Distel, *Ort des Terrors: Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. 1 (*Die Organisation des Terrors*), Múnich, 2005, pp. 141–55; Jaskot, *The Architecture of Oppression*, Karl Maria Hettlage, el funcionario de finanzas de Speer, asignó 5,3 millones de marcos del Reich para la construcción de Oranienburg II. Entre los bienes necesarios se contaban 810 metros de valla electrificada, con refuerzos de columnas de hormigón, con una altura de dos metros y medio y cubiertas de alambre de púas, que costaba 8.100 marcos del Reich, además de los 36.000 marcos del Reich para la iluminación.

<sup>64</sup> Susanne Willems, *Der entsiedelte Jude: Albert Speers Wohnungsmarktpolitik für den Berliner Hauptstadtbau*, Berlín, 2002, p. 25.

<sup>65</sup> Susanna Schrafstetter, «Verfolgung und Wiedergutmachung – Karl M. Hettlage: Mitarbeiter von Albert Speer und Staatssekretär im Bundesfinanzministerium», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 56, no. 3 (2008), pp. 431–466.

<sup>66</sup> *Drei von der Planung*. Hans Stephan era también un talentoso caricaturista. Se pueden encontrar sus ingeniosos comentarios sobre los planes de Alemania en Lars Olof Larsson, Sabine Larsson e Ingolf Lamprecht, «Fröhliche Neugestaltung» oder: *Die Gigantoplanie von Berlin 1937–1943: Albert Speers Generalbebauungsplan im Spiegel satirischer Zeichnungen von Hans Stephan*, Kiel, 2008.

<sup>67</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 90.

<sup>68</sup> Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 31. Por comparación, en 1936 (un buen año) el trabajador manual medio ganaba 1.761 marcos del Reich anuales, las mujeres trabajadoras 952 marcos del Reich. El trabajador manual medio ganaba 3.000 marcos del Reich al año, aproximadamente el doble que su colega femenina. Solo el 17 por ciento de la población ganaba más de 2.400 marcos del Reich al año. Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006, p. 142.

<sup>69</sup> Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, p. 145.

<sup>70</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 231.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>72</sup> Frank Bajohr, *Parvenus und Profiteure: Korruption in der NS-Zeit*, Frankfurt, 2001, p. 63. Estas cifras deben ser tomadas con cautela, porque se basan en unas declaraciones fiscales bastante dudosas. Aunque es imposible establecer unas equivalencias exactas, 1 marco del Reich equivaldría aproximadamente a 16 dólares actuales.

<sup>73</sup> Heinrich Breloer y Rainer Zimmer, *Die Akte Speer: Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006, p. 80.

<sup>74</sup> *Ibid.*

<sup>75</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 81.

<sup>76</sup> Facsímil en Breloer y Zimmer, *Die Akte Speer*, p. 100.

<sup>77</sup> Ludolf Herbst y Thomas Weihe (eds.), *Die Commerzbank und die Juden*, Múnich, 2004.

<sup>78</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 87.

<sup>79</sup> Breloer y Zimmer, *Die Akte Speer*, pp. 69s.

<sup>80</sup> Goebbels, *Die Tagebücher*, Part I, vol. 6, *August 1938–Juni 1939*, ed. Jana Richter, Múnich, 1998, entrada del 1 de enero de 1939.

<sup>81</sup> Jaskot, *The Architecture of Oppression*, pp. 91ss.

<sup>82</sup> Ulrich Herbert, «Labour and Extermination: Economic Interests and the Primacy of *Weltanschauung* in National Socialism», *Past and Present*, vol. 138, no. 1 (1993), pp. 144–195, esp. pp. 148–149.

<sup>83</sup> Jaskot, *The Architecture of Oppression*, p. 99.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>85</sup> Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 30.

<sup>86</sup> «Baugruppe Giesler» en el sector norte y OT-Einsatzgruppe VI en Baviera y el Danubio.

- 87 Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 243.
- 88 Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 434.
- 89 [http://www.ghwk.de/fileadmin/user\\_upload/pdf-wannsee/dokumente/protokoll-januar1942\\_barrierefrei.pdf](http://www.ghwk.de/fileadmin/user_upload/pdf-wannsee/dokumente/protokoll-januar1942_barrierefrei.pdf).
- 90 Schrafstetter, «Verfolgung und Wiedergutmachung», p. 441.
- 91 Petsch, *Baukunst und Stadtplanung im Dritten Reich*, p. 107.
- 92 Werner Durth y Niels Gutschow, *Träume in Trümmern: Stadtplanung 1940–1950*, Múnich, 1993.
- 93 Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, New Haven, 1961, p. 116.
- 94 Carta del Ministro de Economía a Lammers, 12 Noviembre 1937; carta de Speer a Lammers, 24 Noviembre 1937, en Dülffer, Thies and Henke, *Hitlers Städte*.
- 95 Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 48.
- 96 *Ibid.*, p. 48ss (la reunión está fechada incorrectamente en 1938 en la nota al pie).
- 97 Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich: Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes des SS 1938–1945*, vol. 2, Herrsching, 1984, p. 210.
- 98 Fest, *Speer*, pp. 122s.
- 99 Wolf Gruner, *Judenverfolgung in Berlin 1933–1945: Eine Chronologie der Behördenmassnahmen in der Reichshauptstadt*, Berlín, 1996, pp. 10s.
- 100 Willems, *Der entsiedelte Jude*, pp. 73ss.
- 101 *Ibid.*, p. 77.
- 102 *Ibid.*, p. 80.
- 103 Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 78.
- 104 Susanne Heim y Götz Aly, Staatliche Ordnung und «organische Lösung»: Die Rede Hermann Görings «Über die Judenfrage» vom 6. Dezember 1938, *Jahrbuch für Antisemitismusforschung*, vol. 2 (1993), pp. 378–405. En un informe interno, se describía a Schmeer como «un personaje siniestro que no da la talla mínima». Speer lo eligió para desempeñar un papel organizativo en el Ministerio de Armamentos.
- 105 Speer, *Erinnerungen*, p. 125.
- 106 Sereny, *Albert Speer*, p. 165. Más tarde, Simon escribió *Das Herz unsere Städte*, Essen, 1963, una obra sensible sobre morfología urbana.
- 107 Albert Speer, *Spandauer Tagebücher*, Berlín, 1975, p. 20.
- 108 Paul B. Jaskot, «Anti-Semitic Policy in Albert Speer's Plans for the Rebuilding of Berlin», *The Art Bulletin*, vol. 78, no. 4 (Diciembre 1996), pp. 622–632.
- 109 Amigo de Hans Frank, fue nombrado gobernador del distrito de Lublin, donde midió sus fuerzas con el sádico asesino en masa de las SS y Jefe de la Policía Odilo Globocnik. Fue despedido por orden de Himmler. Pasó entonces a trabajar para la Organización Todt en Bohemia y Moravia.
- 110 Willems, *Der Entsiedelte Jude*, p. 86.
- 111 Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 98.
- 112 *Ibid.*, p. 117.

- 113 Willems, *Der Entsedelte Jude*, p. 124.
- 114 *Ibid.*, p. 133.
- 115 *Ibid.*, pp. 140s.
- 116 Breloer y Zimmer, *Die Akte Speer*, pp. 97s.
- 117 Willems, *Der Entsedelte Jude*, p. 144.
- 118 Fue publicado en el *Berliner Lokal-Anzeiger* el 25 de junio de 1939.
- 119 Willems, *Der Entsedelte Jude*, p. 145.
- 120 Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv Berlin, R3/1737, p. 6.
- 121 *Ibid.*, p. 22.
- 122 Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 161. Para más detalles, véase Götz Aly, «*Endlösung*»: *Völkerverschiebung und der Mord an den europäischen Juden*, Frankfurt, 1995.
- 123 Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 162.
- 124 Susanne Willems, *Netzeitung*, 31 Enero 2005.
- 125 Speer, *Erinnerungen*, p. 187.
- 126 Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 170. Ella asegura que fue instancias de Speer. Aunque esto es posible, no ofrece pruebas en apoyo de esta afirmación. El protocolo no muestra que estuviese presente. Willi A. Boelcke, *Kriegspropaganda 1939–1941: Geheime-Ministerkonferenzen im Reichspropagandaministerium*, Stuttgart, 1966, p. 82; Peter Longerich, *Goebbels: Biographie*, Múnich, 2010, p. 459.
- 127 Breloer, *Die Akte Speer*, p. 101.
- 128 Willems, *Der Entsedelte Jude*, p. 173.
- 129 *Ibid.*, p. 174.
- 130 Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 183. No está claro quién representó a Speer en la reunión. Matthias Schmidt, *Albert Speer – Das Ende eines Mythos: Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, Múnich, 1982, pp. 218f, sugiere que fue Clahes. Goebbels estuvo representado por Leopold Gutterer, quien posteriormente acudiría a la Conferencia de Wannsee y que fue el responsable de obligar a los judíos alemanes a llevar el distintivo de la Estrella de David. Recibió una condena moderada después de la guerra al tenerse en cuenta su «tibia actitud hacia la cuestión judía».
- 131 Gruner, *Judenverfolgung*, p. 12.
- 132 Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 187.
- 133 Jaskot, «Anti-Semitic Policy», p. 630.
- 134 Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 180.
- 135 Jaskot, «Anti-Semitic Policy», p. 630.
- 136 Fest, *Speer*, p. 164.
- 137 Willems, *Der entsiedelte Jude*, pp. 199s.
- 138 *Ibid.*, p. 225.
- 139 Klaus Hildebrandt, *Vom Reich zum Weltreich: Hitler, NSDAP und koloniale Frage 1919–1945*, Múnich, 1969.
- 140 En defensa de Mohr debería mencionarse que tuvo que vérselas con la Gestapo por engañareles

a ellos y al GBI al intentar ayudar a judíos a evitar la deportación. No está claro hasta qué punto fue un acto desinteresado. Willems, *Der entsiedelte Jude*, pp. 331ss.

<sup>141</sup> Su objeción a la multa era que forzaría a los judíos a vender sus bonos, debilitando de ese modo una economía ya de por sí bastante sometida a presiones.

<sup>142</sup> Willems, *Der entsiedelte Jude*, pp. 241ss. Conti Öl fue creada por el Deutsche Bank e IG Farben. Blessing fue el presidente del Bundesbank desde 1958 a 1969.

<sup>143</sup> *Ibid.*, pp. 253ss.

<sup>144</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 333. Schlippenbach actuó como testigo de la acusación en Nuremberg contra la Oficina Central para la Raza y el Asentamiento de las SS. En una carrera llena de altibajos después de la guerra, fue, entre otras cosas, el promotor del grupo de armonía vocal británico *Wall Street Crash*.

<sup>145</sup> Jaskot, *The Architecture of Oppression*, p. 101.

<sup>146</sup> Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 257.

<sup>147</sup> Los otros dos apartamentos fueron puestos a disposición de los servicios sociales del ejército y fueron alquilados a dos mujeres. El propietario, Bronislaw Schütze, consiguió emigrar a los Estados Unidos en marzo de 1941. *Ibid.*, p. 258.

<sup>148</sup> Konrad Kwiet, «Nach dem Pogrom: Stufen der Ausgrenzung», en Wolfgang Benz (ed.), *Die Juden in Deutschland 1933–1945: Leben unter nationalsozialistischer Herrschaft*, Múnich, 1988, pp. 545–659, esp.

<sup>149</sup> Gruner, *Judenverfolgung*, p. 94.

<sup>150</sup> La protesta más impresionante fue la de un grupo, mayoritariamente de mujeres, de Berlín que se manifestaron contra la deportación propuesta para los judíos con matrimonios mixtos; véase Antonia Leugers (ed.), *Berlin, Rosenstraße 2–4: Protest in der NS-Diktatur – Neue Forschungen zum Frauenprotest in der Rosenstraße 1943*, Annweiler, 2005.

<sup>151</sup> Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 323.

<sup>152</sup> Facsímil de la «Crónica de Speer» en Breloer y Zimmer, *Die Akte Speer*, p. 116.

<sup>153</sup> Kwiet, «Nach dem Pogrom», p. 638.

<sup>154</sup> Goebbels, *Die Tagebücher*, Part II, *Diktate 1941–1945*, vol. 7, *Januar–März 1943*, Múnich, 1993. Hubo, sin embargo, varios soplones, incluso entre los judíos. El caso más famoso fue el de Stella Goldschlag. Véase Claudia Schoppmann, «Fabrikaktion» in Berlin: Hilfe für untergetauchte Juden als Form des humanitären Widerstandes, *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, vol. 53, n.º 2 (2005) pp. 138–148.

<sup>155</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 98. Helene Bechstein, copropietaria de la famosa empresa de pianos, fue una de las primeras partidarias de Hitler. Lo introdujo en la sociedad muniquesa. La empresa pasaba por serias dificultades. El grotesco antisemitismo de Helene alejó a muchos clientes distinguidos, y las consecuencias de la Gran Depresión fueron duras. Durante la guerra, la compañía fabricó hélices.

<sup>156</sup> Fröhlich tuvo un papel estelar en *Metropolis*, de Fritz Lang. Fue predecesor de Goebbels como amante de Lída Baarová, lo que no mejoró sus perspectivas como estrella cinematográfica.

<sup>157</sup> Dietmar Arnold, *Neue Reichskanzlei und «Führerbunker»: Legenden und Wirklichkeit*, Berlín, 2005, p. 149.

<sup>158</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 123.

<sup>159</sup> Bajohr, *Parvenus und Profiteure*, p. 64.

<sup>160</sup> Jonathan Petropoulos, *Kunstraub und Sammelwahn: Kunst und Politik im Dritten Reich*, Berlín, 1999, p. 445.

<sup>161</sup> Barbara Schröter, *Stoff für Tausend und Ein Jahr: Die Textilsammlung des Generalbauinspektors für die Reichshauptstadt (GBI) – Albert Speer*, Berlín, 2013, p. 143.

<sup>162</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 95; Rainer Maria Rilke and Marianne Gilbert, *Le tiroir entr’ouvert*, París, 1956. «Marianne Gilbert» era el pseudónimo de Marie-Anne von Goldschmidt-Rothschild. Gilbert era el nombre de su hijo.

<sup>163</sup> Willems, *Der entsiedelte Jude*, p. 423.

<sup>164</sup> La Automobil-Verkehrs- und Übungsstrecke (Pista de Automóvil, Tráfico y Pruebas) era una pista circular de 9,8 km en la que a Speer le gustaba poner a prueba sus habilidades como conductor.

<sup>165</sup> Albert Speer, *Der Sklavenstaat: meine Auseinandersetzung mit der SS*, Berlín, 1981, p. 355.

<sup>166</sup> Speer, *Sklavenstaat*, p. 347. Sereny, *Albert Speer*, p. 228, cree que. Aunque Speer sabía sin duda que los judíos estaban siendo expulsados de Berlín, no sabía nada de su destino posterior.

<sup>167</sup> Breloer y Zimmer, *Die Akte Speer*, pp. 146s.

<sup>168</sup> Isabel Heinemann, *Rasse, Siedlung, deutsches Blut: Die Rasse- und Siedlungshauptamt der SS und die rassenpolitische Neuordnung Europas*, Gotinga, 2003.

<sup>169</sup> Michael Hepp, «Fälschung und Wahrheit: Albert Speer und “Der Sklavenstaat”», *Mitteilungen der Dokumentstelle zur NS-Sozialpolitik*, vol. 1, no. 3 (1985), pp. 1–37, esp. p. 22.

<sup>170</sup> Willi A. Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg: Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942–1945*, Frankfurt, 1969, p. 183.

<sup>171</sup> El futuro Presidente de Alemania Federal, Heinrich Lübke, trabajó para la Baugruppe Schlempp, lo que provocó algunas cuestiones sorprendentes.

<sup>172</sup> Dirk Zabel, Das Projekt der «Stadt X für 20,000 Einwohner» bei Trassenheide oder die “Militarisierung des Urbanen im Nationalsozialismus”, en Bernfried Lichtnau, *Architektur in Mecklenburg und Vorpommern 1800–1950*, Greifswald, 1996, pp. 340–350.

<sup>173</sup> *Bauhandbuch für den Aufbau im Osten*.

<sup>174</sup> Breloer y Zimmer, *Die Akte Speer*, p. 156.

<sup>175</sup> *Ibid.*, pp. 158s. La ciudad fue rebautizada como Litzmannstadt en abril de 1940 en honor al General Karl Litzmann, un miembro del NSDAP cuya división de Guardias de Infantería había derrotado en ese lugar a los rusos durante la Primera Guerra Mundial. La palabra para «extraída» era *herausbekommen*.

<sup>176</sup> Klaus-Peter Friedrich (ed.), *Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden durch das nationalsozialistische Deutschland 1933–1945*, vol. 4, Múnich 2011, p. 174.

#### 4. El estado del armamento alemán en 1942

<sup>1</sup> John Kenneth Galbraith, «Germany Was Badly Run», *Fortune*, vol. 22 (Diciembre 1945), pp. 173–178 y 196–200. Para la crítica, véase Peter Hayes, «Polycracy and Policy in the Third Reich: The Case of the Economy», en Thomas Childers y Jane Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993, pp. 190–230.

<sup>2</sup> En especial: Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Londres, 1970; Rolf Wagenführ, *Die deutsche Industrie im Kriege 1939–1945*, Berlín, 1954; Hans Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich*, 2ª ed., Frankfurt, 2007; Hans Kehrl, «Kriegswirtschaft und Rüstungsindustrie», en *Bilanz des Zweiten*

*Weltkriege: Erkenntnisse und Verpflichtungen für die Zukunft*, Oldenburg, 1953, pp. 267–85; Hans Kehrl, «Zum Untergang des Dritten Reiches», *Historische Tatsachen*, vol. 8, Vlotho, 1981 (un diario especializado en la negación del Holocausto).

<sup>3</sup> Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, pp. 229ss.

<sup>4</sup> Wagenführ, *Die deutsche Industrie*; for criticism see Matthias Schmidt, *Albert Speer – Das Ende eines Mythos: Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, Múnich, 1982, pp. 135s y Karl-Heinz Ludwig, *Technik und Ingenieure im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1974.

<sup>5</sup> Christoph Buchheim, «Die Wirtschaftsentwicklung im Dritten Reich – mehr Desaster als Wunder: Eine Erwiderung auf Werner Abelshäuser», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 49 (2001), pp. 653–664.

<sup>6</sup> Thomas Speckmann, «Erst Kanonen, dann Butter», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 9 Febrero 2000.

<sup>7</sup> Dan P. Silvermann, *Hitler's Economy: Nazi Work Creation Programs, 1933–1936*, Cambridge, MA, 1998, pp. 219ss; Hans-Joachim Braun, *The German Economy in the Twentieth Century*, Londres, 1990, p. 83.

<sup>8</sup> Harold James, «Innovation and Conservatism in Economic Recovery: The Alleged “Nazi Recovery” in the 1930s», en: W.R. Garside (ed.) *Capitalism in Crisis. International Responses to the Great Depression*, Londres, 1993, pp. 70–96.

<sup>9</sup> Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006, p. 53.

<sup>10</sup> Los contemporáneos eran plenamente conscientes de los cimientos poco sólidos de la economía alemana. Véase Hans Erich Priester, *Das deutsche Wirtschaftswunder*, Ámsterdam, 1936.

<sup>11</sup> En particular particularl por parte de Tooze, que sostiene que el consumo se estancó en la década de 1930, pero sus estadísticas sobre esta cuestión son incompletas. Werner Abelshauser, «Germany: guns, butter and economic miracles», en Mark Harrison (ed.), *The Economics of World War II: Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, 1998, p. 169. Para la crítica sobre Tooze, véase Robert J. Gordon's review in *The Journal of Economic History*, vol. 69, no. 1 (Marzo 2009), pp. 312–316.

<sup>12</sup> Avraham Barkai, *Nazi Economics: Ideology, Theory, and Policy*, New Haven, 1990, p. 232.

<sup>13</sup> Abelshauser, «Germany: guns, butter and economic miracles», p. 148 y tabla 4.2.

<sup>14</sup> Wilhelm Deist, *The Wehrmacht and German Rearmament*, Londres, 1981.

<sup>15</sup> Wilhelm Treue, «Hitlers Denkschrift zum Vierjahresplan 1936», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 3, no. 2 (Abril 1955) pp. 184–210.

<sup>16</sup> Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 234.

<sup>17</sup> Para el texto completo, véase <http://www.worldfuturefund.org/wffmaster/Reading/Hitler%20Speeches/Hitler%20rede%201939.01.30.htm>.

<sup>18</sup> Hans-Erich Volkmann, en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 1, Stuttgart, 1979, pp. 349ss.; Rolf-Dieter Müller, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 5/1, Stuttgart, 1988, p. 361.

<sup>19</sup> Georg Thomas, *Geschichte der deutschen Wehr- und Rüstungswirtschaft 1918–1943/45*, Boppard, 1966, pp. 11s. y 173. Wolfgang Birkenfeld, que editó los papeles de Thomas, toma esto como prueba de que debería ser contado entre los resistentes. Esto es un disparate. Thomas estaba a favor de la guerra, pero tenía la sensación de que Alemania no estaba todavía preparada.

<sup>20</sup> Boelcke, Willi A., *Die deutsche Wirtschaft 1939–1945: Interna des Reichswirtschaftsministeriums*, Düsseldorf, 1983.

<sup>21</sup> Las expresiones más conocidas de estas ideas se encuentran en Alan S. Milward, *The German Economy at War*, Londres, 1965 y Timothy W. Mason, *Sozialpolitik im Dritten Reich: Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft*, Opladen, 1977.

<sup>22</sup> Richard Overy, «Hitler's War and the German Economy: A Reinterpretation», *The Economic History Review*, vol. 35, no. 2 (Mayo 1982), pp. 287–313 y su *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994.

<sup>23</sup> Por ejemplo, Christoph Buchheim, «Der Blitzkrieg, der keine war» («La guerra relámpago que nunca lo fue»), *Die Zeit*, 10 Julio 2007.

<sup>24</sup> Para algunas interesantes reflexiones sobre estos problemas, véase Ludolf Herbst, *Der Totale Krieg und die Ordnung der Wirtschaft: Die Kriegswirtschaft im Spannungsfeld von Politik, Ideologie und Propaganda 1939–1945*, Stuttgart, 1982.

<sup>25</sup> Estas decisiones se tomaron en noviembre y diciembre de 1939. Véase Rolf-Dieter Müller, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 5/1, Stuttgart, 1988, p. 410.

<sup>26</sup> *Wirtschaftliche Volksgemeinschaft*. Volk significa tanto «pueblo» como «raza». En la terminología nazi, la implicación racial es más fuerte.

<sup>27</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW 5/1, p. 417.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 446.

<sup>29</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 223; Shulamit Volkov, *Walther Rathenau: The Life of Weimar's Fallen Statesman*, New Haven y Londres, 2012; traducción al alemán de Ulla Höber como *Walther Rathenau*:

*ein Jüdisches Leben in Deutschland 1867 bis 1922*, Múnich, 2012.

<sup>30</sup> Un *alter Kämpfer* era alguien que se había unido al NSDAP antes de las elecciones al Reichstag de 1930.

<sup>31</sup> Ronald Smelser, *Robert Ley: Hitler's Labour Front Leader*, Oxford, 1988.

<sup>32</sup> Rüdiger Hachtmann y Winfried Süß (eds.), *Hitlers Kommissare: Sondergewalten in der nationalsozialistischen Diktatur*, Gotinga, 2006, p. 19.

<sup>33</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW 5/1, p. 461.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 467.

<sup>35</sup> Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 4 (*Vom Beginn des Ersten Weltkriegs bis zur Gründung der beiden deutschen Staaten 1914–1949*) Múnich, 2003, pp. 631s.

<sup>36</sup> Rolf-Dieter Müller en DRZW 5/1, p. 463, llama la atención a Dietrich Eichholtz por afirmar que «esta nueva etapa en la organización y la estructura de tiempos de guerra marca el comienzo de una nueva fase en el desarrollo del capitalismo de monopolio estatal»: Dietrich Eichholtz, *Geschichte der Deutschen Kriegswirtschaft*, 5 vols., Múnich, 2002, vol. 1 (publicado primero en Berlín, 1968), p. 121. Por lo tanto, pasa por alto el hecho de que Eichholtz fue obligado a emplear terminología marxista-leninista en su sutil estudio de la economía de guerra alemana y que, por lo tanto, estaba diciendo que la industria pesada había logrado una libertad de acción considerable y disfrutaba de una relación muy amistosa con el Ministerio. Para una valoración matizada, véase Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 350ss.

<sup>37</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW 5/1, p. 472.

<sup>38</sup> No está claro cuáles fueron esos «problemas familiares» y hasta qué punto fue «difamado» Becker. Hay quien ha sugerido que dos oficiales de la Gestapo estaban presentes cuando se quitó la vida.

<sup>39</sup> Eichholtz, *Geschichte der Deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 1, p. 131.

<sup>40</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW 5/1, p. 476.

<sup>41</sup> Sandkastenspiel: literalmente, jugar con un castillo de arena. Speer, *Erinnerungen*, p. 188.

<sup>42</sup> Marie-Louise Recker, *Nationalsozialistische Sozialpolitik im Zweiten Weltkrieg*, Munich 1985, p. 82.

<sup>43</sup> Formuló esta observación en una reunión celebrada en Plassenburg en julio de 1940 entre representantes de los comités de armamentos militares y civiles. Rolf-Dieter Müller, DRZW 5/1, p. 507.

<sup>44</sup> Ulrich Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle 1945: Seine ersten Aussagen und Aufzeichnungen (Juni–September)*, Múnich, 2003, p. 275.

<sup>45</sup> Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 347.

<sup>46</sup> El Ju 88 resultó ser un arma ineficaz. Era lento, pues alcanzaba un máximo de 500 kilómetros por hora sin bombas, carecía de armamento eficaz y su carga de bombas de hasta 2.400 kilos era insuficiente para los bombardeos estratégicos. Las tripulaciones subrayaban que tenían más miedo de la máquina que del enemigo. El Lancaster tenía una carga de bombas de 3.6000 kilos, que aumentó hasta los 5.400 kg.

<sup>47</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW 5/1 p. 513.

<sup>48</sup> «Nebeneinanderarbeit, viel Übereinander- Untereinander- und Gegeneinanderarbeit»: *ibid.*, p. 518.

<sup>49</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 194.

<sup>50</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW 5/1, p. 518; Kehrl, *Krisenmanager*, p. 202.

<sup>51</sup> Para la moral civil, véase Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich: Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes des SS 1938–1945*, vol. 7, Herrsching, 1984.

<sup>52</sup> Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ed. Elke Fröhlich, Part 1, *Aufzeichnungen 1923–1941*, vol. 9, *Dezember 1940–Juli 1941*, Múnich, 1998, entrada del 16 de junio de 1941.

<sup>53</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW 5/1, p. 553.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 564. El memorando de Thomas estaba fechado «a finales de junio de 1941». Probablemente fue escrito después de la invasión de la Unión Soviética del 22 de junio.

<sup>55</sup> Citado en *ibid.*, p. 574. De hecho, las estimaciones alemanas sobre la producción de aviones norteamericanos eran como mínimo un tercio de las cifras reales.

<sup>56</sup> Memorando de Thomas, 22 de octubre de 1941, citado *ibid.*, p.601.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 626.

<sup>58</sup> Goebbels, *Die Tagebücher*, Part II (*Diktate 1941–1945*), vol. 2 (*Oktober–Dezember 1941*), entrada del 30 de noviembre de 1941.

<sup>59</sup> Thomas, *Geschichte der deutschen Wehr- und Rüstungswirtschaft*, pp. 307ss.

<sup>60</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW 5/1, p. 655.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 667.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 668.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 673.

<sup>64</sup> La teoría de que Fritz Todt fue asesinado revive en la novela de Robert Wilson *The Company of Strangers*, 2001.

<sup>65</sup> Véase Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, pp. 277–83 para lo siguiente.

## 5. Ministro de Armamentos

<sup>1</sup> Max Müller, «Der plötzliche und mysteriöse Tod Dr. Fritz Todts», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, vol. 18 (1967), pp. 602–604; Reimer Hansen, «Der ungeklärte Fall Todt», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, vol. 18 (1967), pp. 604–605; Richard Reinhardt, «Heute vor 25 Jahren starb Fritz Todt als unbequemer Warner», *Pforzheimer Zeitung*, vol. 32, 8 Febrero de 1967. Udet, con 62 «muertes», fue segundo en número de victorias, solo por detrás de Richthofen con 80. Tenía una severa adicción al alcohol y a las metanfetaminas. Se suicidó después del fracaso de la Batalla de Inglaterra.

<sup>2</sup> Karl-Heinz Ludwig, *Technik und Ingenieure im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1974, pp. 388ss.; Walter Rohland, *Bewegte Zeiten: Erinnerungen eines Eisenhüttenmannes*, Stuttgart, 1978, p. 75; Hans Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich*, 2ª ed., Frankfurt, 2007, pp. 217s.; Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg*, Berlín, 1968, pp. 33ss.; Gert Buchheit, *Hitler der Feldherr: Die Zerstörung einer Legende*, Rastatt, 1958, p. 283; Gerald Reitlinger, *Die Endlösung: Hitlers Versuch der Ausrottung der Juden Europas 1939–1945*, Berlín, 1956, p. 397; Lutz Graf Schwerin von Krosigk, *Die große Zeit des Feuers: Der Weg der deutsche Industrie*, vol. 2, Tubinga, 1957, pp. 299ss.

<sup>3</sup> Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939–1945*, 5 vols, Múnich, 2002, vol. 1, pp. 55ss.; Matthias Schmidt, *Albert Speer – Das Ende eines Mythos: Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, Múnich, 1982, pp. 71ss.; Franz W. Seidler, *Fritz Todt: Baumeister des Dritten Reiches*, Múnich, 1986.

<sup>4</sup> Franz W. Seidler, «Das Nationalsozialistische Kraftfahrkorps und die Organisation Todt im Weltkrieg», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 32, no. 4 (1984), pp. 625–636.

<sup>5</sup> Heinrich Breloer y Rainer Zimmer, *Die Akte Speer: Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006, p. 127. Los detalles organizativos del e *NSKK-Transportstandarte Speer* pueden encontrarse en los archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv Berlin, R50-II.

<sup>6</sup> Breloer y Zimmer, *Die Akte Speer*, pp. 135s.

<sup>7</sup> Ulrich Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle 1945: Seine ersten Aussagen und Aufzeichnungen (Juni–September)*, Múnich, 2003, p. 274. El 2 de diciembre de 1942 Oswald Pohl escribía a Himmler: «El Ministro del Reich Speer ha dado a la organización industrial una dirección clara y simplificada mediante la *reintroducción* de la auto-determinación». Albert Speer, *Der Sklavenstaat: meine Auseinandersetzung mit der SS*, Berlín, 1981, p. 251.

<sup>8</sup> Alan S. Milward, «Fritz Todt als Minister für Bewaffnung und Munition», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 14, no. 1 (1966), pp. 40–58; Rolf-Dieter Müller, DRZW, 5/1 p. 678.

<sup>9</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW, 5/2 p. 301.

<sup>10</sup> Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, p. 366.

<sup>11</sup> Seidler, *Fritz Todt*, pp. 215ss.; Ludwig, *Technik und Ingenieure*, p. 400.

<sup>12</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW 5/1, p. 680.

<sup>13</sup> Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 217

<sup>14</sup> Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ed. Elke Fröhlich, Part II, *Diktate 1941–1945*, vol. 3, *Januar–März 1942*, Múnich, 1995, entradas del 14 y 15 de febrero de 1942.

<sup>15</sup> Marie-Luise Recker, «Der Reichskommissar für den sozialen Wohnungsbau: Zu Aufbau, Stellung und Arbeitsweise einer führerunmittelbaren Sonderbehörde», en Dieter Rebentisch y Karl Teppe (eds.), *Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers*, Gotinga, 1986, pp. 333–350.

<sup>16</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 220.

<sup>17</sup> Las secciones más importantes de este discurso están en Breloer y Zimmer, *Die Akte Speer*, pp. 243s.

<sup>18</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 65.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 65ss.

<sup>20</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 144.

<sup>21</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 227.

<sup>22</sup> Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter: Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Bonn, 1985, p. 176.

<sup>23</sup> Hay buenos ejemplos de estas luchas en los archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv Berlin, R3/1739.

<sup>24</sup> Se pueden encontrar estas conferencias en Willi A. Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg: Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942–1945*, Frankfurt, 1969.

<sup>25</sup> Speer, *Erinnerungen*, pp. 245s.

- <sup>26</sup> Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg*, p. 5.
- <sup>27</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 284.
- <sup>28</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1 p. 49 describe esto como un «sistema regulatorio centralizado monopolizado por el estado», pero lo matiza diciendo que no siempre defendió sin reservas el interés de los monopolios. Traducido a un lenguaje más convencional, se trata de un análisis excelente.
- <sup>29</sup> Los industriales solían referirse a Todt como «Totila», por el rey de los ostrogodos: Seidler, *Fritz Todt*, p. 392.
- <sup>30</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW 5/1, p. 688.
- <sup>31</sup> Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006, p. 559.
- <sup>32</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 40.
- <sup>33</sup> Joachim Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen: Notizen über Gespräche mit Albert Speer zwischen Ende 1966 und 1981*, Reinbeck bei Hamburg, 2006, p. 29.
- <sup>34</sup> Karl-Otto Saur, *Er stand in Hitlers Testament*, Berlín, 2007.
- <sup>35</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 244.
- <sup>36</sup> Susanna Schrafstetter, ‘Verfolgung und Wiedergutmachung – Karl M. Hettlage: Mitarbeiter von Albert Speer und Staatssekretär im Bundesfinanzministerium’, *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 56, no. 3 (2008), pp. 431ss.
- <sup>37</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 245.
- <sup>38</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv Berlin, R3/1737, p. 22.
- <sup>39</sup> *Ibid.*, R3/1739, p. 10.
- <sup>40</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv Berlin, R3/1742, pp. 2ss.
- <sup>41</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1 pp. 65ss.
- <sup>42</sup> Eichholtz, 2/1, p. 65s.
- <sup>43</sup> Eichholtz, 2/1, p. 69.
- <sup>44</sup> *Ibid.*, 2/1, p. 67. Otto Fitzner fue un fanático nacionalsocialista y amigo íntimo de Karl Hanke, el «Verdugo de Breslau». En Georg von Giesches Erben, le habló a sus superior Eduard Schulte acerca de una reunión entre Hanke y Himmler en la que se habían revelado todos los detalles de la «Solución Final». Schulte transmitió esta información a los Aliados a través de los contactos judíos en Suiza. Véase Walter Laqueur y Richard Breitman, *Breaking the Silence*, Nueva York, 1986. Röchling fue un insaciable explotador de los territorios ocupados y un despiadado empleador de mano de obra esclava, por lo que fue condenado a diez años de prisión.
- <sup>45</sup> Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 563. El listín de teléfonos puede encontrarse en los expedientes del Foreign Office: FO 935/137.
- <sup>46</sup> Rolf-Dieter Müller sostiene en DRZW V.2, p. 313, que la actividad de estos ingenieros constituye otra prueba de que a menudo se ha exagerado la influencia de los «grandes negocios» (*Grosskapital*) y de los «jefes» en la industria armamentística. El personal al mando en estos círculos desmiente esta afirmación.
- <sup>47</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 46.
- <sup>48</sup> La Oficina de Armamentos del Ejército o Heereswaffenamt fue un destacado ejemplo de

hipertrofia burocrática. Su personal pasó de 7.000 personas en 1939 a 195,000 en 1944.

<sup>49</sup> Götz Aly, *Hitlers Volksstaat: Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*, Frankfurt, 2005, pp. 61 y 168.

<sup>50</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3, p. 700; Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 566.

<sup>51</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, p. 71.

<sup>52</sup> Georg Thomas, *Geschichte der deutschen Wehr- und Rüstungswirtschaft 1918–1943/45*, Boppard, 1966, p. 309.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 308.

<sup>54</sup> *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 2/1, 1. Januar bis 31. Dezember 1942, ed. Andreas Hillgruber, Frankfurt, 1963, p. 349.

<sup>55</sup> Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 587.

<sup>56</sup> Sobre la relación de Leyers con Karajan, véase Reinhard J. Brembeck, «Nazi-Dirigent oder Deserteur?», *Süddeutsche Zeitung*, 19 Mayo 2010.

<sup>57</sup> Eichholtz, 2/1, p. 157s.

<sup>58</sup> El SS-Oberführer Schlotterer, un vigoroso defensor de la política de ocupación nazi, era también jefe de la Sección Oriental del Ministerio de Economía: véase Ludolf Herbst y Thomas Weihe (eds.), *Die Commerzbank und die Juden*, Múnich, 2004, p. 18; Götz Aly y Susanne Heim, «Die Ökonomie der “Endlösung”»: Menschenvernichtung und wirtschaftliche Neuordnung, en Götz Aly (ed.), *Sozialpolitik und Judenvernichtung: gibt es eine Ökonomie der Endlösung?*, Berlín 1987, pp. 11–90, esp. p. 36.

<sup>59</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, pp. 53ss.

<sup>60</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, p. 94.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>62</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 273.

<sup>63</sup> Alfred Gottwaldt y Diana Schulle, «*Juden ist die Benutzung von Speisewagen untersagt*»: *Die antijüdische Politik des Reichsverkehrsministeriums zwischen 1933 und 1945*, Teetz, 2007. Después de la guerra, Ganzenmüller trabajó para Hoechst AG. En 1973 fue acusado de complicidad en la muerte de millones de judíos, pero se cerró el caso porque sufrió un ataque al corazón. Murió en 1996 a los 99 años de edad.

<sup>64</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 253; Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle 1945*, p. 195; Kehrl, *Krisenmanager*, pp. 272ss.

<sup>65</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 276.

<sup>66</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 259.

<sup>67</sup> Koll recibió el mando de la 1ª División Panzer en enero de 1944, pero tras fracasar en su intento de aliviar la bolsa de Cherkassy, fue devuelto a su trabajo de escritorio a finales de febrero.

<sup>68</sup> Körner desempeñó un papel fundamental en la formulación del «Plan Hunger» diseñado para matar de hambre a millones de personas después de la Operación Barbarroja. Ostentó varios puestos importantes en la industria, incluido un asiento en el consejo de Lufthansa. Göring prefería llamarlo «Billy». Joachim Fest, en *Speer: Eine Biographie*, Berlín, 1999, p. 196, asume equivocadamente que el nombre de pila de Körner era Wilhelm.

<sup>69</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW, V/2, p. 305.

- 70 Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 57; Kehrl, *Krisenmanager*, p. 254.
- 71 Kehrl, *Krisenmanager*, p. 298.
- 72 *Ibid.*, p. 297.
- 73 Eichholtz, 2/1, p. 80ss.
- 74 Kehrl, *Krisenmanager*, pp. 288s.
- 75 *Ibid.*, p. 262.
- 76 Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 559.
- 77 Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 59.
- 78 Sobre el resultado de las discusiones entre Speer y Hitler celebradas el 5 y 6 de marzo: *ibid.*, p. 67, nota 22.
- 79 Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, p. 84; Kehrl, *Krisenmanager* p. 254.
- 80 Kehrl, *Krisenmanager*, p. 257.
- 81 Archivos del Ministerio de Armamentos, R3/1737, p. 36.
- 82 Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, p. 86.
- 83 El hijo adoptivo de Poensgen fue el economista marxista y filósofo Alfred Sohn-Rethel. A la edad de 16 años, le pidió a Poensgen los tres volúmenes de *Das Kapital* como regalo de Navidad.
- 84 *Ibid.*, p. 88.
- 85 Keitel, Lammers y Bormann también formaron otro grupo de «Tres Reyes».
- 86 Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 571.
- 87 Eichholtz, 2/1, p. 89s.
- 88 Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg*, pp. 170s.
- 89 Kehrl, *Krisenmanager*, p. 278.
- 90 Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 74.
- 91 Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 575.
- 92 Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 74ss.
- 93 Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg*, p. 171.
- 94 Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, 2/1 p. 12. La denominación completa era *Industrierat des Reichsmarschalls für die Fertigung von Luftwaffengerät*.
- 95 Peter Kohl y Peter Bessel, *Auto Union und Junkers: die Geschichte der Mitteldeutschen Motorenwerke GmbH Taucha 1935–1948*, Stuttgart, 2003, p. 110.
- 96 Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 89.
- 97 *Ibid.*, p. 90.
- 98 Ferdinand von Senger und Etterlin, *Die deutschen Panzer 1926–1945*, Bonn, 1998.
- 99 Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 91.
- 100 Walter J. Spielberger y Hilary Loid Doyle, *Panzer VI Tiger und seine Abarten*, Stuttgart, 2010.

- <sup>101</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 93. Speer hizo esta observación en junio de 1942.
- <sup>102</sup> Ferdinand von Senger und Etterlin, *Die deutschen Panzer 1926–1945*, Bonn, 1998.
- <sup>103</sup> *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 2/2, 1. Januar bis 31. Dezember 1942, ed. Andreas Hillgruber, Frankfurt, 1963, pp. 1310ss.
- <sup>104</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, p. 121.
- <sup>105</sup> Decreto de Hitler fechado el 22 de enero de 1943: Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 96.
- <sup>106</sup> Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 595.
- <sup>107</sup> Erich von Manstein, *Verlorene Siege*, Bonn, 1955, p. 490. La denominación oficial del Ferdinand era Panzerjäger Tiger (P).
- <sup>108</sup> Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 595. La construcción de aviones es una tarea bastante más compleja que la fabricación de tanques, pero aunque también utiliza una cantidad considerablemente menor de recursos.
- <sup>109</sup> Budraß, *Flugzeugindustrie*, p. 893.

## 6. Mano de obra: libre, forzada y esclava

- <sup>1</sup> Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939–1945*, 5 vols, Múnich, 2002, vol. 2/1, p. 75; Kees Gispens, *Poems in Steel: National Socialism and the Politics of Inventing from Weimar to Bonn*, Nueva York, 2002, pp. 241s.; Hein A. M. Klemann y Sergei Kudryashov, *Occupied Economies: An Economic History of Nazi-Occupied Europe, 1939–1945*, Londres, 2011, p. 127.
- <sup>2</sup> Jürgen Nürnberger y Dieter G. Maier, *Präsident, Reichsarbeitsminister, Staatssekretär: Dr. Friedrich Syrup; Präsident der Reichsanstalt für Arbeitsvermittlung und Arbeitslosenversicherung; Leben, Werk, Personalbibliographie*, Ludwigshafen, 2ª ed., 2007. Un documento utilizado como prueba contra Mansfeld ante un tribunal militar británico el 15 de mayo de 1946 contiene una nota al margen escrita por él mismo el 20 de febrero de 1942: «Las presentes dificultades con la mano de obra no habrían surgido si hubiésemos decidido suficientemente pronto hacer un amplio uso de los prisioneros de guerra soviéticos. Había disponibles 3,9 millones de rusos. Ahora solo hay 1,1 millón». *Braunbuch – Kriegs- und Naziverbrecher in der Bundesrepublik und in West Berlin: Staat; Wirtschaft; Verwaltung; Armee; Justiz; Wissenschaft*, Berlín oriental, 1968 p. 20.
- <sup>3</sup> Ulrich Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle 1945: Seine ersten Aussagen und Aufzeichnungen (Juni–September)*, Múnich, 2003, pp. 173s.
- <sup>4</sup> Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg*, Berlín, 1968, p. 61.
- <sup>5</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, p. 77.
- <sup>6</sup> Hans Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich*, 2ª ed., Frankfurt, 2007, p. 342.
- <sup>7</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 61.
- <sup>8</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, p. 78.
- <sup>9</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, pp. 62ss.; Berenice A. Carroll, *Design for Total War: Arms and Economics in the Third Reich*, La Haya, 1968, p. 241; David Irving, *Die Tragödie der deutschen Luftwaffe: Aus den Akten und Erinnerungen von Feldmarschall Milch*, Berlín, 1970, p. 224 y passim.
- <sup>10</sup> Al comienzo de la guerra, el número de mujeres empleadas cayó de 14,39 millones en 1940 a 14,1 millones en 1941. No alcanzó la cifra anterior a la guerra de 14,6 millones hasta 1943, e incluso en septiembre de 1944 era de tan solo 14,9 millones. Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 4 (*Vom Beginn des Ersten Weltkriegs bis zur Gründung der beiden*

deutschen Staaten 1914–1949), Múnich, 2003, pp. 755s.

<sup>11</sup> Hitler firmó un decreto a este efecto el 23 de junio de 1942: Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 78.

<sup>12</sup> Wigbert Benz, *Der Hungerplan im «Unternehmen Barbarossa» 1941*, Berlín, 2011.

<sup>13</sup> Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter: Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Bonn, 1985, p. 194.

<sup>14</sup> La ELFI o Elektro- und Feinmechanische Industriegesellschaft era una filial de Bosch. Véase Manfred Overesch, *Bosch in Hildesheim 1937–1945: Freies Unternehmertum und nationalsozialistische Rüstungspolitik*, Gotinga, 2008.

<sup>15</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, pp. 215ss.

<sup>16</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 97.

<sup>17</sup> Lutz Budrass, *Flugzeugindustrie und Luftrüstung in Deutschland 1918–1945*, Düsseldorf, 1998, p. 775.

<sup>18</sup> Leon Goldensohn, *The Nuremberg Interviews*, ed. Robert Gellately, Nueva York, 2004, p. 411.

<sup>19</sup> Schieber fue SS-Brigadeführer, el equivalente a un general de brigada del ejército británico o a un general de una estrella norteamericano.

<sup>20</sup> Sobre el relato tendencioso de Speer, véase: Speer, *Der Sklaven Staat*, p. 31ss.

<sup>21</sup> Longerich, *Himmler*, p. 652ss. Eichholtz, 3/1, p. 301ss., sobre un informe sobre las condiciones en Ravensbrück.

<sup>22</sup> Peter Longerich, *Heinrich Himmler: Biographie*, Berlín, 2008, pp. 653s.

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> Herbert, *Fremdarbeiter*, p. 425.

<sup>25</sup> Véase el testimonio de Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz, en Dietrich Eichholtz y Wolfgang Schumann (eds.), *Anatomie des Krieges: Neue Dokumente über die Rolle des deutschen Monopolkapitals bei der Vorbereitung und Durchführung des Zweiten Weltkrieges*, Berlín, 1969, p. 478.

<sup>26</sup> Herbert, *Fremdarbeiter*, p. 425.

<sup>27</sup> Kammler ha sido descrito como un «tecnócrata del exterminio»: Rainer Fröbe, “Hans Kammler, Technokrat der Vernichtung”, en Robert Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die SS: Elite unterm Totenkopf – 30 Lebensläufe*, Paderborn 2000, pp. 305–319.

<sup>28</sup> Breloer, *Die Akte Speer*, p. 187ss.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 202 ss. Desde entonces, Kammler había sido ascendido a SS-Brigadeführer.

<sup>30</sup> Matthias Schmidt, *Albert Speer – Das Ende eines Mythos: Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, Múnich, 1982, pp. 226s.

<sup>31</sup> El original de esta carta se encuentra en los archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1542. Schmidt, *Albert Speer*, pp. 226–227 reproduce esta carta en su totalidad. Véase también Michael Hepp, «Fälschung und Wahrheit: Albert Speer und “Der Sklavenstaat”», *Mitteilungen der Dokumentstelle zur NS-Sozialpolitik*, vol. 1, no. 3 (1985), p. 16.

<sup>32</sup> Heinrich Breloer y Rainer Zimmer, *Die Akte Speer: Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006, pp. 198s.

<sup>33</sup> Breloer, *Die Akte Speer*, p. 200s.

- <sup>34</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 208.
- <sup>35</sup> Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, p. 378.
- <sup>36</sup> Florian Freund, Bertrand Perz y Karl Stuhlpfarrer, «Der Bau des Vernichtungslagers Auschwitz-Birkenau: Die Aktenmappe der Zentralbauleitung Auschwitz “Vorhaben: Kriegsgefangenenlager Auschwitz (Durchführung der Sonderbehandlungen)” im Militärhistorischen Archiv Prag», *Zeitgeschichte*, vol. 20 (1993), pp. 187–214.
- <sup>37</sup> Longerich, *Heinrich Himmler*, p. 586.
- <sup>38</sup> Albert Speer, *Der Sklavenstaat: meine Auseinandersetzung mit der SS*, Berlín, 1981, p. 350.
- <sup>39</sup> Peter Longerich, *Goebbels: Biographie*, Múnich, 2010, p. 508.
- <sup>40</sup> Herbert, *Fremdarbeiter*, pp. 349ss.; Walter Naasner, *Neue Machtzentren in der deutschen Kriegswirtschaft 1942–1945: Die Wirtschaftsorganisation der SS, das Amt des Generalbevollmächtigten für den Arbeitseinsatz und das Reichsministerium für Bewaffnung und Munition, Reichsministerium für Rüstung und Kriegsproduktion im nationalsozialistischen Herrschaftssystem*, Boppard, 1994, pp. 176 y 349; Bernhard R. Kroener, «“Menschenbewirtschaftung”, Bevölkerungsverteilung und personelle Rüstung in der zweiten Kriegshälfte (1942–1944)», *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 5/2, Stuttgart, 1999, pp. 777–1001, esp. 928ss.
- <sup>41</sup> *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 2/2, 1. Januar bis 31. Dezember 1942, ed. Andreas Hillgruber, Frankfurt, 1963, p. 1152. «Ladrón héroe» (*Heldenklau*) estaba basado en el personaje de la propaganda «ladrón de carbón» (*Kohlenklau*), que animaba al pueblo a no despilfarrar la energía.
- <sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 111s.
- <sup>43</sup> Dieter Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg: Verfassungsentwicklung und Verwaltungspolitik 1939–1945*, Stuttgart, 1989, pp. 471s.
- <sup>44</sup> Estas fueron las cifras que ofreció Sauckel en Nuremberg. Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 80, nota 130.
- <sup>45</sup> Para una visión general, véanse Edward L. Homze, *Foreign Labor in Nazi Germany*, Princeton, 1967 y Herbert, *Fremdarbeiter*.
- <sup>46</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 83.
- <sup>47</sup> *Ibid.*, p. 84.
- <sup>48</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, p. 206.
- <sup>49</sup> Eichholtz, 2/1, p. 207ss.
- <sup>50</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1737, p. 3.
- <sup>51</sup> Wolfgang Bleyer, *Staat und Monopole im totalen Krieg: Staatsmonopolistische Machtapparat und die ‘totale Mobilisierung’ im ersten Halbjahr 1943*, Berlín, 1970, p. 96.
- <sup>52</sup> Bleyer, *Staat und Monopole im totalen Krieg*, pp. 62 y 91. Speer utilizaba la palabra *Lebenshaltung*.
- <sup>53</sup> Willi A. Boelcke, (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg: Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942–1945*, Frankfurt, 1969, p. 252.
- <sup>54</sup> Eichholtz, 2/1, p. 203s.
- <sup>55</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 125.
- <sup>56</sup> Fred Kupferman, *Le Procès de Vichy: Pucheu, Pétain, Laval*, París, 2006, pp. 383ss.

- <sup>57</sup> Jean-Pierre Azéma, *De Munich à la Libération, 1938–1944*, París, 1979, pp. 210ss.
- <sup>58</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1737, p. 107.
- <sup>59</sup> *Ibid.*, p. 120.
- <sup>60</sup> Guy Sabin, *Jean Bichelonne: Ministre sous l'occupation 1942–1944*, París, 1991; Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 323.
- <sup>61</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 317.
- <sup>62</sup> *Ibid.*, p. 344.
- <sup>63</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1742, p. 16.
- <sup>64</sup> Véase el protocolo de estas conferencias del 16 y 17 de diciembre en Boelcke, *Deutschlands Rüstungim Zweiten Weltkrieg*, p. 323.
- <sup>65</sup> Dieter Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung*, pp. 356–362.
- <sup>66</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 128. Actas en Breloer y Zimmer, *Die Akte Speer*, p. 261s.
- <sup>67</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, pp. 347s.
- <sup>68</sup> Bleyer, *Staat und Monopole im totalen Krieg*, pp. 177s.
- <sup>69</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1737 p. 83.
- <sup>70</sup> Bleyer, *Staat und Monopole im totalen Krieg*, p. 147.

## 7. La consolidación del poder

- <sup>1</sup> Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006, p. 634.
- <sup>2</sup> Frank Bajohr, «Gauleiter in Hamburg. Zur Person und Tätigkeit Karl Kaufmanns (1900–1969)», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 43, 1995.
- <sup>3</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1739 p. 134.
- <sup>4</sup> Eberhard Rössler, *U-Bootyp XXI*, Bonn, 2008.
- <sup>5</sup> Erich Raeder, *Mein Leben*, 2vols., Tubinga, 1956–7, vol.2, p. 277.
- <sup>6</sup> Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg*, Berlín, 1968, p. 111.
- <sup>7</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1737, p. 107.
- <sup>8</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 112.
- <sup>9</sup> Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 616.
- <sup>10</sup> Eberhard Rössler, *U-Bootype XXI*, Bonn 1986.
- <sup>11</sup> Susanne Wiborg, *Walther Blohm: Schiffe und Flugzeuge aus Hamburg*, Hamburgo 1993, p. 104ss.
- <sup>12</sup> Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 618.
- <sup>13</sup> Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 284.
- <sup>14</sup> Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, p. 372.
- <sup>15</sup> Ian Kershaw, *Hitler 1936–1945: Nemesis*, Londres, 2000, pp. 569–577. Goebbels se quejaba a menudo en su diario de los defectos de Hitler como líder, citando su indecisión, su reticencia a resolver desacuerdos y su costumbre de postergar: Speer, *Erinnerungen*, p. 271.

<sup>16</sup> Duquesne University, Gumberg Library Digital Collections, Mussmano Collection: Interview of Speer at «Dustbin» by Mr O. Hoeffding, Economic and Financial Branch FIAT (US), 1 August 1945.

<sup>17</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 277.

<sup>18</sup> Wolfgang Bleyer, *Staat und Monopole im totalen Krieg: Staatsmonopolistische Machtapparat und die «totale Mobilisierung» im ersten Halbjahr 1943*, Berlín, 1970, p. 63.

<sup>19</sup> Peter Longerich, *Goebbels: Biographie*, Múnich, 2010, p. 550.

<sup>20</sup> Speer, Albert, *Spandauer Tagebücher*, Berlín, 1975, p. 354. Funk se dio cuenta rápidamente de que Speer había manipulado hábilmente a Goebbels cabeza visible.

<sup>21</sup> Körner era un favorito muy especial de los nazis. El texto procede de su poema *Hombres y muchachos (Männer und Buben)*: «*Das Volk steht auf, der Sturm bricht los*».

<sup>22</sup> Longerich, *Goebbels*, p. 554.

<sup>23</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 121

<sup>24</sup> Longerich, *Goebbels*, p. 577.

<sup>25</sup> Entre estos se contaban Pleiger, Krauch, Röchling, Rohland, William Werner, Frydag, Heyne, Geilenberg, Tix, Degenkolb, Porsche, Erich Müller, Albert Wolff, Saur y Schieber. Prudentemente, no mencionó las asombrosas cantidades de dinero que llovieron sobre estos magnates. Degenkolb, por ejemplo, recibió 250.000 marcos por sus esfuerzos. Para extractos del discurso de Speer, véase Dietrich Eichholtz y Wolfgang Schumann (eds.), *Anatomie des Krieges: Neue Dokumente über die Rolle des deutschen Monopolkapitals bei der Vorbereitung und Durchführung des Zweiten Weltkrieges*, Berlín, 1969, p. 424s. El texto completo se encuentra en los archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1547.

<sup>26</sup> Hans Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich*, 2ª ed., Frankfurt, 2007, p. 298.

<sup>27</sup> Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich: Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes des SS 1938–1945*, vol. 14, Herrsching, 1984, pp. 5341s. y 5596.

<sup>28</sup> Longerich, *Goebbels*, p. 577.

<sup>29</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 281.

<sup>30</sup> Bleyer, *Staat und Monopole im totalen Krieg*, p. 159.

<sup>31</sup> 4.938 frente a 2,465.

<sup>32</sup> Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 605.

<sup>33</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1737, p. 89.

<sup>34</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 300.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 311.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp.310ss.

<sup>37</sup> Ulrich Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kranenberg-Protokolle 1945: Seine ersten Aussagen und Aufzeichnungen (Juni–September)*, Múnich, 2003, pp. 155 y 196.

<sup>38</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1737, p. 123s.

<sup>39</sup> Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939–1945*, 5 vols., Múnich, 2002, vol. 2/1, p. 147s. Véase también Alan S. Milward, *War, Economy and Society 1939–1945*, Londres, 1977 y Friedrich Forstmeier y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Kriegswirtschaft und Rüstung 1939–1945*, Düsseldorf, 1977.

- <sup>40</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 312.
- <sup>41</sup> *Ibid.*, p. 310.
- <sup>42</sup> *Ibid.*, p. 313.
- <sup>43</sup> *Ibid.*, p. 321.
- <sup>44</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 176.
- <sup>45</sup> Cifras de Enzo Angelucci, *The Rand McNally Encyclopedia of Military Aircraft, 1914–1980*, Nueva Delhi 1988.
- <sup>46</sup> Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kransberg-Protokolle*, p. 336.
- <sup>47</sup> Reichsleiter era un cargo estatal, Gauleiter era un funcionario del partido. Algunos desempeñaron ambos cargos. Goebbels fue Gauleiter de Berlín y Reichsleiter como Ministro de Propaganda.
- <sup>48</sup> Longerich, *Goebbels*, p. 600. Una división de infantería alemana tenía aproximadamente 18.000 hombres a plena capacidad, pero la mayoría tenían una seria falta de hombres. Para 1945, una división plenamente operativa tenía 12.000 hombres, pero ninguna llegaba a esa cifra.
- <sup>49</sup> *Bummelanten und Simulanten*.
- <sup>50</sup> Para un excelente informe de la conferencia de Posen, véase Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 605. Véase también Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, p. 175s. Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 124, afirma que la definición en tres puntos de Speer es un claro indicio de que se había dado cuenta de que no se podía ganar la guerra.
- <sup>51</sup> Breloer, *Die Akte Speer*, p. 210ss.
- <sup>52</sup> Breloer, *Die Akte Speer*, p. 217ss.
- <sup>53</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, p. 174. Speer no menciona el pacto en sus memorias.
- <sup>54</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 326s.
- <sup>55</sup> Joachim Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen: Notizen über Gespräche mit Albert Speer zwischen Ende 1966 und 1981*, Reinbek bei Hamburg, 2006, p. 47.
- <sup>56</sup> *Ibid.*, p. 48.
- <sup>57</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 335.
- <sup>58</sup> Noble Franklin y Charles Webster, *The Strategic Air Offensive against Germany, 1939–1945*, Vol. II, Londres 1961, p.141ss.
- <sup>59</sup> Franklin y Webster, op. cit., pp. 64–70.
- <sup>60</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 145.
- <sup>61</sup> John Sweetman, *The Dambusters Raid*, Londres, 1999.
- <sup>62</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1737, p. 107.
- <sup>63</sup> Noble Franklin y Charles Webster, *The Strategic Air Offensive against Germany, 1939–1945*, 4 vols., Londres, 1961, vol. 2 (*Endeavour*); Ralf Blank, *Ruhrschlacht: Das Ruhrgebiet im Kriegsjahr 1943*, Essen 2013; Richard Overy, *Bomber Command 1939–45: Reaping the Whirlwind*, Londres, 1997.
- <sup>64</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1737, p. 116. La «pequeña villa» de Krupp —la Villa Hügel— tiene 269 habitaciones con 8.100 metros cuadrados de espacio habitable situados en 28 hectáreas de parques.

<sup>64</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, p. 143. En mayo de 1942 Speer había descrito a Erdmann como «enérgico y activo», pero demasiado funcional. Tenía la sensación de que debería llegar a acuerdos con él (ibid., p. 94).

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 142.

<sup>66</sup> Para un informe gráfico de los ataques, véase Hans Erich Nossack, *Der Untergang*, Frankfurt, 1976.

<sup>67</sup> Las unidades locales eran conocidas como Escuadrones de Retirada de Daños (*Aufräumtruppe* o *A-Truppe*) y Escuadrones de Construcción Auxiliar (*Bauhilfstruppe* o *B-Truppe*).

<sup>68</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 299s.

<sup>69</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 297.

<sup>70</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 48, nota 95.

<sup>71</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 329.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 330.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 336.

<sup>74</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 291. El famoso «88» se utilizó tanto como un arma antitanque como antiaérea.

## 8. El desafío al poder

<sup>1</sup> Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939–1945*, 5 vols., Múnich, 2002, vol. 3/1, p. 13.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>3</sup> Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg*, Berlín, 1968, p. 157.

<sup>4</sup> Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, p. 406.

<sup>5</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1739, p. 4. Para detalles sobre la simplificación de pagos y la reducción de trabajo administrativo, véase R3/1744.

<sup>6</sup> *Ibid.*, R3/1739, p. 7.

<sup>7</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 409, sale con la fantástica idea de que la enfermedad de Speer fue exacerbada por una «vaga idea» (*Ahnung*) de los crímenes de Hitler.

<sup>8</sup> Hugh Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, Londres 1947, p. 74.

<sup>9</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, p. 15.

<sup>10</sup> Ernst Klee, *Dokumente zur «Euthanasie» im NS-Staat*, Frankfurt 1985; Ernst Klee, «Euthanasie» im NS-Staat: die «Vernichtung lebensunwerten Lebens», Frankfurt, 1983; Götz Aly (ed.), *Aktion T4 1939–1945: Die «Euthanasie»-Zentrale in der Tiergartenstraße 4*, Berlín, 1989; Michael H. Kater, *Doctors Under Hitler*, Chapel Hill, 1989; Ulf Schmidt, *Karl Brandt: The Nazi Doctor – Medicine and Power in the Third Reich*, Londres, 2007.

<sup>11</sup> Albert Speer, *Der Sklavenstaat: meine Auseinandersetzung mit der SS*, Berlín, 1981, p. 323.

<sup>12</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, p. 24.

<sup>13</sup> *Ibid.*, R3/1739, p. 32; Hans Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich*, 2ª ed., Frankfurt, 2007, p. 354.

<sup>14</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1, p. 16; Lutz Budrass,

*Flugzeugindustrie und Luftrüstung in Deutschland 1918–1945*, Düsseldorf, 1998, p. 867.

<sup>15</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 158.

<sup>16</sup> Albert Speer, *Sklavenstaat*, p. 317.

<sup>17</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 424.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 425. Bichelonne y Hohenlychen aparecen en la excelente novela de Céline *D'un château l'autre* (1957).

<sup>19</sup> Speer a Himmler, 23de febrero de 1944, en Heinrich Breloer y Rainer Zimmer, *Die Akte Speer: Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006, p. 178s.

<sup>20</sup> Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 339ss.

<sup>21</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 162.

<sup>22</sup> Carl Birkenholz, *Die Betreuung der Bauarbeiter: Sozialpolitischer Handbuch für die Bauwirtschaft*, Berlín, 1940; Carl Birkenholz y Wolfgang Siebert, *Der ausländische Arbeiter in Deutschland: Sammlung und Erläuterungen der arbeits- und sozialrechtlichen Vorschriften über die Arbeitsverhältnis nicht volksdeutscher Beschäftigter*, Mainz, 1942.

<sup>23</sup> Birkenholz y Siebert, *Der ausländische Arbeiter*, p. 23. «Los prisioneros de guerra, trabajadores orientales, polacos, etc.» no disfrutaban de estos beneficios. A los internos de los campos de concentración que trabajaban en la industria armamentística se les permitían entre 1.300 y 1.700 calorías al día.

<sup>24</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW, 5/2 p. 383ss.

<sup>25</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1629, pp. 3–25.

<sup>26</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 349.

<sup>27</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 427.

<sup>28</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, p. 98.

<sup>29</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 164ss.

<sup>30</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1, p. 12ss.

<sup>31</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 353.

<sup>32</sup> Martin Moll, «Führer»-Erlasse 1939–1945, Stuttgart 1997, p. 404.

<sup>33</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 345; Sereny, *Albert Speer*, p. 422.

<sup>34</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 192.

- 35 Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, p. 36.
- 36 *Ibid.*, R3/1739, 17 Abril 1944.
- 37 Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 116s.
- 38 Joachim Fest, *Speer: Eine Biographie*, Berlín, 1999, p. 286.
- 39 Kehrl, *Krisenmanager*, p. 364.
- 40 Walter Rohland, *Bewegte Zeiten: Erinnerungen eines Eisenhüttenmannes*, Stuttgart, 1978, p. 99; Speer, *Erinnerungen*, p. 350. Speer asegura que su reunión con Rohland fue en Klessheim, Rohland que tuvo lugar en Meran.
- 41 Olaf Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, Berlín, 1991, p. 291.
- 42 Speer, *Erinnerungen*, p. 349ss. Andreas Heusler, Mark Spoerer y Helmuth Trischler (eds.), *Rüstung, Kriegswirtschaft und Zwangsarbeit im «Dritten Reich»*, Múnich, 2010, p. 202ss. Las fábricas tendrían entre 600–800.000 metros cuadrados.
- 43 Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, p. 57.
- 44 Speer ofrece un informe esquemático de esta reunión en *Erinnerungen*, p. 351ss.
- 45 Sereny, *Albert Speer*, pp. 478–481; Dan van der Vat, *Der gute Nazi: Leben und Lügen des Albert Speer*, Berlín, 1997, p. 300. Considera un hecho cumplido la promesa de Dorsch y afirma erróneamente que el primer búnker estaba operativo en noviembre de 1944.
- 46 Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, p. 38s.
- 47 *Ibid.*, R3/1739, p. 17ss.
- 48 *Ibid.*
- 49 Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1, p. 32.
- 50 Speer, *Sklavenstaat*, p. 330.
- 51 Kehrl, *Krisenmanager*, p. 365.
- 52 Willi A. Boelcke, (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg: Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942–1945*, Frankfurt, 1969, p. 363.
- 53 Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 164.
- 54 Kehrl, *Krisenmanager*, p. 378.
- 55 Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, pp. 138 y 144.
- 56 *Ibid.*, R3/1739, parte II, p. 65.
- 57 *Ibid.*, R3/1739, p. 97. Sauckel visitó a Speer en la Pariser Platz el 31 de mayo de 1944. Se produjo una feroz discusión sobre este tema.
- 58 Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg*, p. 367.
- 59 Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1 p. 43ss.
- 60 Ludolf Herbst, *Der Totale Krieg und die Ordnung der Wirtschaft: Die Kriegswirtschaft im Spannungsfeld von Politik, Ideologie und Propaganda 1939–1945*, Stuttgart, 1982, pp. 318s., 327ss., 333s.
- 61 Rolf-Dieter Müller, DRZW, 5/2, p. 722.
- 62 *Ibid.* Más tarde Speer presentó la débil excusa de que se dejó llevar por la atmósfera optimista que reinaba en el cuartel general de Hitler: Speer, *Erinnerungen*, p. 368.

- <sup>63</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW, 5/2, p. 745.
- <sup>64</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1 p. 45.
- <sup>65</sup> Riecke escapó a la persecución después de la guerra y disfrutó de una exitosa carrera en la República Federal. Eigruber fue ahorcado.
- <sup>66</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1 p. 46.
- <sup>67</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 368, asegura que esta observación final fue una expresión de su creencia de que, en su opinión, lo primero eran las necesidades del pueblo alemán.
- <sup>68</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739 p. 132.
- <sup>69</sup> Herbst, *Der Totale Krieg*, pp. 333ss.
- <sup>70</sup> El Plan Morgenthau para destruir la industria alemana y convertir Alemania en un país primordialmente agrario no se hizo público hasta la Conferencia de Quebec en septiembre de 1944.
- <sup>71</sup> Hildegard von Kotze y Herbert Krausnick, *Es spricht der Führer. 7 exemplarische Hitler-Reden*, Gütersloh, 1966, p. 351ss.
- <sup>72</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 397; Speer, *Erinnerungen*, p. 369.
- <sup>73</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW, 5/2, p. 550.
- <sup>74</sup> Boelcke, *Short Title*, p. 417.
- <sup>75</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 269. Aquí Kennes es degradado al rango de Coronel. Speer, *Erinnerungen*, p. 390, afirma erróneamente que Stauffenberg extendió la invitación.
- <sup>76</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW, 5/2, p. 752.
- <sup>77</sup> Budrass, *Flugzeugindustrie*, p. 872.
- <sup>78</sup> Sereny, *Albert Speer*, pp. 443ss.
- <sup>79</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 268 asegura que Speer ya no creía que fuera posible la victoria, pero es incapaz de respaldar esta afirmación con ninguna prueba concreta.
- <sup>80</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 401.
- <sup>81</sup> Wilfred von Oven, *Finale Furioso: Mit Goebbels bis zum Ende*, Tubinga, 1974, p. 416.
- <sup>82</sup> Claudius regresó a Rumanía y fue hecho prisionero por el Ejército Rojo unas semanas más tarde. Murió en un campo de prisioneros de guerra soviético en 1952. Eckart Conze, Norbert Frei, Peter Hayes y Moshe Zimmermann, *Das Amt und die Vergangenheit: Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*, Múnich, 2010, pp. 323s.
- <sup>83</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, Parte II, p. 52.
- <sup>84</sup> Speer, *Erinnerungen*, pp. 398s.
- <sup>85</sup> Duquesne University, Gumberg Library Digital Collections, Mussmano Collection: Interview of Speer at 'Dustbin' by Mr O. Hoeffding, Economic and Financial Branch FIAT (US), 1 August 1945.
- <sup>86</sup> BAR3/1552.
- <sup>87</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1, pp. 49s.; Breloer y Zimmer, *Die Akte Speer*, pp. 281s.
- <sup>88</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, Parte II, p. 21.
- <sup>89</sup> *Ibid.*, p. 19.
- <sup>90</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, pp. 268s.

<sup>91</sup> El texto completo del memorando de Speer para Hitler está Janssen, *Das Ministerium Speer*, pp.172s.

<sup>92</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 406.

<sup>93</sup> El Cuartel General Operativo de las SS o SS-Führungshauptamt (SS-FHA) era responsable de la logística, sueldos, entrenamiento y servicios médicos.

<sup>94</sup> Speer, *Sklavenstaat*, p. 442. Buhle era también un oficial al mando de Stauffenberg y se preguntó por qué había abandonado la sala de reuniones tan de improviso. Jüttner desempeñó una función de liderazgo dentro de la Asociación de Ayuda Mutua de Antiguos Miembros de las Waffen-SS (HIAG) después de la guerra.

<sup>95</sup> Hartmut Knittel, «Deutsche Kampfpanzerproduktion und Fertigungstechnik 1939–1945» en Roland G. Förster y Heinrich Walle (eds.), *Militär und Technik: Wechselbeziehung zu Staat, Gesellschaft und Industrie im 19. und 20. Jahrhundert*, Herford y Bonn, 1992; Emil Leeb, «Aus der Rüstung des Dritten Reiches (Das Heereswaffenamt 1938–1945): Ein amtlicher Bericht des letzten Chefs des Heereswaffenamtes», *Wehrtechnische Monatshefte*, vol. 55, no. 4 (1958). El Bundeswehr también adoptó esta nueva institución.

<sup>96</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1, p. 50.

<sup>97</sup> El hombre en cuestión era Alfred-Ingemar Berndt, responsable de haber acuñado el apodo de «El zorro del desierto» para Rommel. Había sido destinado como director de propaganda de Rommel en el Afrika Korps. Murió en marzo de 1945 en Hungría mientras servía en el Regimiento SS-Panzer «Viking».

<sup>98</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1, p. 50.

<sup>99</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 272.

<sup>100</sup> Barth fue jefe del departamento que se ocupaba de aumentar la producción de energía: Boelcke, *Deutschlands Rüstung*, p. 477. Tuvo una importante carrera profesional en la Alemania de la posguerra.

<sup>101</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 270.

<sup>102</sup> Ian Kershaw, *The End: The Defiance and Destruction of Hitler's Germany, 1944–1945*, Londres, 2011, p. 30, ofrece un informe bien documentado sobre las consecuencias del fracaso del complot.

<sup>103</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 407.

<sup>104</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW, 5/2, p. 551. Llama la atención que este vergonzoso memorando no se mencione en las memorias de Speer y que fuese editado fuera de la «Speer Chronik» que se encuentra en la actualidad de los Archivos Federales. Speer había añadido las cifras de producción para la primera semana de agosto a las de julio y había ordenado a la Oficina de Armamento que maquillase los libros de la misma manera para que cuadrasen las cifras.

<sup>105</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 370.

<sup>106</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 167.

<sup>107</sup> *Ibid.*, p. 169.

<sup>108</sup> *Ibid.*, p. 170.

<sup>109</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, p. 82.

<sup>110</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1, p. 279.

<sup>111</sup> Duquesne University, Gumberg Library Digital Collections, Mussmano Collection: Interview of Speer at «Dustbin» by Mr O. Hoeffding, Economic and Financial Branch FIAT (US), 1 August

1945.

## 9. Armas milagrosas

<sup>1</sup> Horst Boog, Gerhard Krebs y Detlef Vogel, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 7 (*Das Deutsche Reich in der Defensive: Strategischer Luftkrieg in Europa, Krieg im Westen und in Ostasien, 1943 bis 1944/45*), Stuttgart, 2001.

<sup>2</sup> Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg*, Berlín, 1968, p. 186.

<sup>3</sup> Eichholtz, 3/1, p.14ss.

<sup>4</sup> Willi A. Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg: Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942–1945*, Frankfurt, 1969, pp. 375s: actas de la conferencia de Hitler, 3–5 de junio de 1944.

<sup>5</sup> Lutz Budrass, *Flugzeugindustrie und Luftrüstung in Deutschland 1918–1945*, Düsseldorf, 1998, p. 871.

<sup>6</sup> En julio de 1944 despidió personalmente al jefe de los Talleres Heinkel en Viena: Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939–1945*, 5 vols., Múnich, 2002, vol. 2/1, p. 19.

<sup>7</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 188.

<sup>8</sup> Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter: Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Bonn, 1985, p. 310.

<sup>9</sup> *Ibid.* p.364.

<sup>10</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, p. 33.

<sup>11</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1, p. 19.

<sup>12</sup> Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg*, pp. 424s.

<sup>13</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 189.

<sup>14</sup> Para la deprimente historia del He 177 véase Joachim Dressel y Manfred Griehl, *Heinkel He 177–277–274: Eine luftfahrtgeschichtliche Dokumentation*, Stuttgart, 1989.

<sup>15</sup> Eichholtz, 3/1, p. 199ss.

<sup>16</sup> Boelcke, *Deutschlands Rüstung*, p. 214.

<sup>17</sup> El apodo «hueso de cereza» procedía del dispositivo de dirección del cohete del mismo nombre que «escupía» el dispositivo de una antena a la otra, igual que si escupiera un hueso de cereza. Goebbels sugirió que debería llamarse «Sabueso Infernal». Los británicos lo despreciaban cariñosamente como la «bomba silbante» o «bomba volante».

<sup>18</sup> Benjamin King y Timothy Kutta, *Impact: The History of Germany's V-Weapons in World WarII*, Nueva York 2003; Michael J. Neufeld, *The Rocket and the Reich: Peenemünde and the coming of the Ballistic Missile Era*, Nueva York, 1995; Frederick Ordway y Mitchell R. Sharpe, *The Rocket Team*, Cambridge, MA, 1982; David Irving, *The Mare's Nest*, Nueva York, 1965.

<sup>19</sup> Stahlknecht fue el responsable de desarrollar las fábricas A4 en los Talleres Zeppelin y Wiener Neustadt.

<sup>20</sup> Para el final de la guerra se habían construido un total de 5.200.

<sup>21</sup> Los Lancaster despegaban de Inglaterra, bombardeaban Friedrichshafen y aterrizaban en Argelia. Después bombardeaban objetivos en Italia.

<sup>22</sup> Hans Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich*, 2ª ed., Frankfurt, 2007, pp. 336s. Speer oscurece de manera deliberada su relación con Himmler respecto a Peenemünde en Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 379.

<sup>23</sup> *Wasserfall* fue uno de entre varios misiles tierra-aire desarrollados en Peenemünde. Entre estos se incluían también el Henschel Hs 117 *Schmetterling*, el *Enzian* y el *Rheintocher*.

<sup>24</sup> Se pretendía producir 10.000 cohetes *Wasserfall* al mes.

<sup>25</sup> Speer, *Erinnerungen*, pp. 374s., sobre la autocrítica de forSpeer.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 377.

<sup>27</sup> Ernst Klee, *Das Personenlexikon des Dritten Reich: Wer war was vor und nach 1945*, Frankfurt, 2003, p. 521.

<sup>28</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 196.

<sup>29</sup> Ulrich Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle 1945: Seine ersten Aussagen und Aufzeichnungen (Juni–September)*, Múnich, 2003, p. 289.

<sup>30</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 385.

<sup>31</sup> Rickhey fue el único ingeniero de las «V» juzgado por crímenes de guerra. Atribuyó los cargos presentados contra él a la «vileza y el perjurio de los agentes comunistas y rusos» Acusado de asesinar a internos de los campos de concentración en marzo de 1945, fue absuelto y trabajó para los americanos en Wright Field. Ernst Klee, *Das Personenlexikon zum Dritten Reich: Wer war was vor und nach 1945*, Frankfurt 2007, p. 496.

<sup>32</sup> «Dora» era la letra para «D» en el alfabeto fonético alemán.

<sup>33</sup> Karin Orth, *Das System der nationalsozialistische Konzentrationslager: Eine politische Organisationsgeschichte*, Hamburgo, 1999, p. 247.

<sup>34</sup> Albert Speer, *Der Sklavenstaat: meine Auseinandersetzung mit der SS*, Berlín, 1981, p. 332.

<sup>35</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 385.

<sup>36</sup> Heinrich Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer: Begegnungen, Gespräche, Interviews*, Berlín, 2005, p. 290, basado en el testimonio de dos reclusos, Carl Schwerdtfeger y Albert van Dijk.

<sup>37</sup> Jens-Christian Wagner, *Produktion des Todes: Das KZ-Mittelbau-Dora*, Gotinga, 2001; Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006, p. 623.

<sup>38</sup> Joachim Neander, «Hat in Europa kein annäherndes Beispiel»: *Mittelbau-Dora, ein KZ für Hitlers Krieg*, Berlín, 2000, p. 69.

<sup>39</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 384.

<sup>40</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 18, cita tomada de la «Crónica Speer».

<sup>41</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739 p. 9. El Dr. Poschmann testificó a este efecto en Nuremberg. Véase Dennis Piskiewicz, *The Nazi Rocketeers: Dreams of Space and Crimes of War*, Mechanicsburg, PA, 1995, p. 122.

<sup>42</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, p. 12. Berlitz fue socio de Wolters después de la guerra.

<sup>43</sup> Speer, *Sklavenstaat*, p. 299.

<sup>44</sup> Los von Braun trabajaron para los americanos después de la guerra, Göttrup para los soviéticos. Riedel murió en un accidente de automóvil en 1944.

<sup>45</sup> Peter Longerich, *Heinrich Himmler: Biographie*, Berlín, 2008, pp. 708s.

<sup>46</sup> David Irving, «Unternehmen Armbrust. Der Kampf des britischen Geheimdienstes gegen Deutschlands Wunderwaffen», *Der Spiegel*, 17 de noviembre de 1965.

<sup>47</sup> Sönke Neitzel y Harald Welzer, en *Soldaten: Protokolle vom Kämpfen, Töten und Sterben*, Frankfurt, 2012, ofrece numerosas pruebas de que muchos soldados todavía creían que las nuevas «armas milagrosas» eran algo inminente. Los autores tienen la sensación de que, si no hubiera sido así, la guerra habría terminado.

<sup>48</sup> *Das Reich*, 30 de julio de 1944.

<sup>49</sup> Véase Neitzel y Welzer, *Soldaten*, para numerosos ejemplos.

<sup>50</sup> Ralf Schabel, *Die Illusionen der Wunderwaffen. Die Rolle der Düsenflugzeuge und Flugabwehrraketen in der Rüstungspolitik des Dritten Reiches*, Múnich, 1994, p. 268.

<sup>51</sup> Rolf-Dieter Müller, *DRZW*, 5/2, p. 696.

<sup>52</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 205.

<sup>53</sup> Rolf-Dieter Müller, *DRZW*, 5/2, p. 696. *Wasserfall* nunca fue desarrollado más allá del prototipo. Los trabajos del proyecto se detuvieron a finales de febrero de 1945. Otros misiles tierra-aire, como el *Feuerlilie* y el *Taifun* también fueron abandonados antes de llegar a utilizarse. 396 NOTES to pp. 225–235

<sup>54</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 207.

<sup>55</sup> Edgar Jones, Robin Woolven, Bill Durodie y Simon Wessely, «Public Panic and Morale: Second World War Civilian Responses Re-examined in the Light of the Current Anti-terrorist Campaign», *Journal of Risk Research*, vol. 9, no. 1 (Enero 2006), 57–73. La carga útil de bombas de un Lancaster era el doble que la de una V1 o una V2. Una Fortaleza Volante transportaba tres veces esa cantidad.

<sup>56</sup> Mark Walker, *Nazi Science: Myth, Truth, And The German Atomic Bomb*, Nueva York, 2001; Irving, *The Mare's Nest*; Arnold Kramish, *The Griffin: The Greatest Untold Espionage Story of World War II*, Nueva York, 1986; Thomas Powers, *Heisenberg's War: The Secret History of the German Bomb*, Nueva York, 1994.

<sup>57</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 239ss.

## 10. El final a la vista

<sup>1</sup> Hans Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich*, 2ª ed., Frankfurt, 2007, p. 356.

<sup>2</sup> Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 357, afirma que estos ataques marcaron «el final de las armas alemanas».

<sup>3</sup> Bütefisch disfrutó de una distinguida carrera en la industria después de la guerra por la que fue premiado con la Gran Cruz de la Orden del Mérito. Esta distinción fue revocada cuando fue desenmascarado como criminal de guerra. Véase Ernst Klee, *Das Personenlexikon des Dritten Reich: Wer war was vor und nach 1945*, Frankfurt, 2003.

<sup>4</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 368.

<sup>5</sup> Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg*, Berlín, 1968, pp. 236s.

<sup>6</sup> Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939–1945*, 5 vols., Múnich, 2002, vol. 3/1, p. 375. Speer le da un lustre más positivo a la reunión en *Erinnerungen*, pp. 357ss.

<sup>7</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, Parte II, p.128.

<sup>8</sup> *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal, «Blue Series», 42 vols, Nuremberg, 1947–1949, vol. 16, p. 533.*

<sup>9</sup> Heinrich Breloer y Rainer Zimmer, *Die Akte Speer: Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006, p. 369.

<sup>10</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 361.

<sup>11</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1, p. 34s.

<sup>12</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 382.

<sup>13</sup> Tobias Bütow y Franka Bindernagel, *Ein KZ in der Nachbarschaft: Das Magdeburger Außenlager der Brabag und der 'Freundeskreis Himmler'*, Colonia, 2004, pp. 77–111.

<sup>14</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1739, Parte II, p. 13.

<sup>15</sup> Seuss fue condenado a muerte en por un Tribunal Militar de Estados Unidos en el Juicio de Dachau y ejecutado el 5 de abril 1946.

<sup>16</sup> Michael Grandt, *Unternehmen «Wüste» – Hitlers letzte Hoffnung: Das NS-Ölschieferprogramm auf der Schwäbischen Alb*, Tubinga, 2002.

<sup>17</sup> Wolfgang Birkenfeld, *Der Synthetische Treibstoff 1933–1945: Ein Beitrag zur nationalsozialistischen Wirtschafts- und Rüstungspolitik*, Gotinga, 1964, p. 238ss.

<sup>18</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1739, p. 13.

<sup>19</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 241s.

<sup>20</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv BAR3/1739, Parte II, p. 13.

<sup>21</sup> *Ibid.*, R3/1739, Parte II, p. 39.

<sup>22</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 389.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 390.

<sup>24</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 417.

<sup>25</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 2/1, p. 150.

<sup>26</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 242.

<sup>27</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv R3/1739, Parte II, p. 109.

<sup>28</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 403s.

<sup>29</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, ParteII, p. 19.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>31</sup> Pölitz es actualmente Police, en Polonia noroccidental, junto a la frontera con Alemania. En aquel momento se encontraba en la frontera entre Pomerania Occidental y Oriental.

<sup>32</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 244.

<sup>33</sup> *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 4/1, 1. Januar 1944 bis 22. Mai 1945, ed. Percy Ernst Schramm, Frankfurt, 1961, p. 945.

<sup>34</sup> Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ed. Elke Fröhlich, Part II, *Diktate 1941–1945*, vol. 15, *Januar–April 1945*, ed. Maximilian Gschaid, Múnich, 1995, entrada del 28 de marzo de 1945.

<sup>35</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 414.

- <sup>36</sup> Willi A. Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg: Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942–1945*, Frankfurt, 1969, p. 361.
- <sup>37</sup> Ulrich Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle 1945: Seine ersten Aussagen und Aufzeichnungen (Juni–September)*, Múnich, 2003, p. 392.
- <sup>38</sup> Birkenfeld, *Der Synthetische Treibstoff*, p. 198ss.
- <sup>39</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 246s.
- <sup>40</sup> *Ibid.*, p. 249.
- <sup>41</sup> Götz Aly, *Hitlers Volksstaat: Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*, Frankfurt, 2005, p. 73.
- <sup>42</sup> *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 4/1, p. 381, 18 septiembre de 1944.
- <sup>43</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 295.
- <sup>44</sup> *Ibid.*, p. 260.
- <sup>45</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1743, p. 14.
- <sup>46</sup> *Ibid.*, R3/1528, p. 5s.
- <sup>47</sup> *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 4/2, p. 987. Estas cifras asombrosas demuestran la vital importancia del carbón durante la guerra. Alemania, 2.420,3 millones de toneladas métricas, superaba la producción norteamericana, 2.149,7 millones de toneladas métricas, de la Unión Soviética, con 590.8 millones de toneladas métricas, y del Reino Unido, con 1.141,2 millones de toneladas métricas.
- <sup>48</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, Parte II, p. 144.
- <sup>49</sup> *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 4/2, p. 1323.
- <sup>50</sup> Algunas bombas cayeron sin querer en Basilea, Zurich y Schaffhausen.
- <sup>51</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 274.
- <sup>52</sup> Fue diseñado por el archienemigo de Speer, Hermann Geisler. Resulta enormemente irónico que el palacio de conductores esclavos sea en la actualidad una escuela de formación para el Ministerio Federal de Trabajo.
- <sup>53</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 278.
- <sup>54</sup> Véase Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg*, p. 293s. Para ejemplos.
- <sup>55</sup> Willi A. Boelcke, *Kriegspropaganda 1939–1941: Geheime-Ministerkonferenzen im Reichspropagandaministerium*, Stuttgart, 1966, p.55s. Naumann representó un papel desagradable en la Alemania de posguerra en un grupo neonazi dentro de Partido Democrático Libre (FDP).
- <sup>56</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, Parte II, p. 79.
- <sup>57</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1, p. 51s.
- <sup>58</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, Parte II, p. 35s.
- <sup>59</sup> *Ibid.*, p. 44.
- <sup>60</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1, p. 56; Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 290.
- <sup>61</sup> Boelcke, *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg*, p. 424s.
- <sup>62</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, Parte II, p. 129.

<sup>63</sup> Adolf Galland, *Die Ersten und die Letzten*, Múnich, 1993. La mayoría de aviones de Galland fueron destruidos en tierra. Nunca tuvo más de 12 Me 262s operativos.

<sup>64</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, Parte II, p. 44.

<sup>65</sup> *Ibid.*, R3/1739, informe del 9 de julio de 1944; F.H. Hinsley, E.E. Thomas, C.A.G. Simkins y C.F.G. Ransom, *British Intelligence in the Second World War: Its Influence on Strategy and Operations*, vol. 3, parte 2, Londres, 1998, pp. 459ss.

<sup>66</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 403. Al parecer, el General Schneider dijo que Hitler no tenía ni idea en cuestiones técnicas. Speer rebaja de categoría al Teniente General Fichtner al rango de coronel. Se suponía que había mostrado tal falta de iniciativa en la evolución de los nuevos tanques como para que equivaliese a sabotaje.

<sup>67</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/1, pp. 68s.; Roman Sandgruber, «Dr. Walter Schieber: Eine nationalsozialistische Karriere zwischen Wirtschaft, Bürokratie und SS», en Reinhard Krammer, Christoph Kühberger y Franz Schausberger (eds.), *Der forschende Blick: Beiträge zur Geschichte Österreichs im 20. Jahrhundert*, Viena, 2010.

<sup>68</sup> Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, p. 470.

<sup>69</sup> Peter Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, Múnich, 2001, p. 188.

<sup>70</sup> Recibió un disparo en la sien izquierda. Al ser diestro, resultaba improbable que hubiese sido un suicidio.

<sup>71</sup> La esposa Brandt se había trasladado al oeste para evitar ser apresada por los soviéticos. A petición de Brandt, se consideró desertión. Hitler lo condenó a muerte pero Himmler y Speer consiguieron salvarlo. Fue ahorcado por un tribunal militar estadounidense en junio de 1948.

<sup>72</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/2, p. 599.

<sup>73</sup> Debido en parte al empleo del cañón Partly Flak 40 desde junio hasta agosto de 1944. Un tercio de los bombarderos fueron destruidos gracias al Flak. Anteriormente las cifras habían sido un quinto de los mismos. Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R/3 1739, Parte II, p. 53.

<sup>74</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 280.

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. 281.

<sup>76</sup> David K. Yelton, *Hitler's Volkssturm: The Nazi Militia and the Fall of Germany 1944–1945*, Lawrence, KS, 2002.

<sup>77</sup> Boelcke, *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg*, p. 452.

<sup>78</sup> Joachim Fest, *Speer: Eine Biographie*, Berlín, 1999, p. 317.

<sup>79</sup> Breloer y Zimmer, *Die Akte Speer*, pp. 289s.

<sup>80</sup> *Ibid.*, pp. 287s.

<sup>81</sup> Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle*, p. 402.

<sup>82</sup> Richard J. Overy, Gerhard Otto y Johannes Houwink ten Cate (eds.), *Die Neuordnung Europas: NS-Wirtschaftspolitik in den besetzten Gebiete*, Berlín, 1997; Aly, *Hitlers Volksstaat*.

<sup>83</sup> Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006, p. 642.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 648. Para una visión de conjunto, véase Alfred C. Mierzejewski, *The Collapse of the German War Economy, 1944–1945*, Chapel Hill, NC, 1988.

<sup>85</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, p. 151.

<sup>86</sup> Ilka Richter, *SS-Elite vor Gericht: Die Todesurteile gegen Oswald Pohl und Otto Ohlendorf*, Marburg, 2011; Ronald Smelser y Rainer Zitelmann (eds.), *Die braune Elite I: 22 biographische Skizzen*, Darmstadt, 1999. Véase también el capítulo «SS Wirtschaftsideo­logie» en Albert Speer, *Der Sklavenstaat: meine Auseinandersetzung mit der SS*, Berlín, 1981, pp. 122–33.

<sup>87</sup> Speer, *Sklavenstaat*, pp. 107 y 440.

<sup>88</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739 p. 21.

<sup>89</sup> Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle*, pp. 197 y 287.

<sup>90</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, Parte II, p. 109; Rolf-Dieter Müller, DRZW, 5/2, p. 762.

<sup>91</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, Parte II, p. 127.

<sup>92</sup> Haspel había sido rebajado de categoría en Daimler-Benz en 1935 debido a las quejas procedentes del NSDAP sobre su esposa «medio judía». Paso a paso rehizo su camino hasta los puestos más altos.

<sup>93</sup> Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle*, p. 403.

<sup>94</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, Parte II, p. 130.

<sup>95</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 286.

<sup>96</sup> Véase Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/2, p.631, para una lista detallada.

## 11. Derrota

<sup>1</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1739, Parte II, pp. 112ss.

<sup>2</sup> El Me 163 fue un diseño revolucionario capaz de volar hasta una velocidad de 1123 km/h. Se construyeron 300, pero solo lograron 9 «derribos». La cabina estaba despresurizada, lo que limitaba el techo de capacidad de los pilotos para permanecer conscientes y obligándolos a seguir dietas bajas en fibra para evitar la expansión de gas gastrointestinal durante los descensos.

<sup>3</sup> Willi A. Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg: Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942–1945*, Frankfurt, 1969, p. 444.

<sup>4</sup> Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg*, Berlín, 1968, p. 297.

<sup>5</sup> *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 3/2, 1. Januar bis 31. Dezember 1943, ed. Walther Hubatsch, Frankfurt, 1963, p. 1159.

<sup>6</sup> Michael Hepp, «Fälschung und Wahrheit: Albert Speer und “Der Sklavenstaat”», *Mitteilungen der Dokumentstelle zur NS-Sozialpolitik*, vol. 1, no. 3 (1985), p. 26.

<sup>7</sup> Rolf-Dieter Müller, «Endkampf im Reichsgebiet? Die Bedeutung der Oderlinie im Frühjahr 1945», en Werner Künzel y Richard Lakowski (eds.), *Niederlage – Sieg – Neubeginn: Frühjahr 1945*, Potsdam, 2005.

<sup>8</sup> Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 430.

<sup>9</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW, 10/2, p. 111.

<sup>10</sup> Heinz J. Nowarra, *Die Deutsche Luftrüstung 1933–1945*, Coblenza, 1993. Michel Ellenbogen, *Gigantische Visionen. Architektur und Hochtechnologie im Nationalsozialismus*, Graz, 2006, pp. 147–192. Entre estos proyectos estaba el bombardero pesado Heinkel He 274 y el bombardero a reacción He 343.

- <sup>11</sup> Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg*, p. 468.
- <sup>12</sup> Rolf Wagenführ, *Die deutsche Industrie im Kriege 1939–1945*, Berlín, 1954, pp. 116s.
- <sup>13</sup> *Ibid.*
- <sup>14</sup> Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939–1945*, 5 vols., Múnich, 2003, vol. 3/2, p. 616.
- <sup>15</sup> Wolfgang Bleyer, *Staat und Monopole im totalen Krieg: Staatsmonopolistische Machtapparatur und die «totale Mobilisierung» im ersten Halbjahr 1943*, Berlín, 1970, p. 17.
- <sup>16</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 291.
- <sup>17</sup> Ulrich Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle 1945: Seine ersten Aussagen und Aufzeichnungen (Juni–September)*, Múnich, 2003, p. 407.
- <sup>18</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/2, p. 624.
- <sup>19</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 296.
- <sup>20</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1743, p. 69.
- <sup>21</sup> Willi A. Boelcke, «Hitlers Befehle zur Zerstörung oder Lähmung des deutschen Industriepotentials 1944/45», *Tradition: Zeitschrift für Firmengeschichte und Unternehmerbiographie*, vol. 13, no. 6 (1968), pp. 301–316.
- <sup>22</sup> Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg*, p. 402.
- <sup>23</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 304.
- <sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 305ss.
- <sup>25</sup> Rüdiger Overmans, «Die Kriegsgefangenenpolitik des Deutschen Reiches» en Jörg Echternkamp (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 9/2, Stuttgart, 2005, pp. 825–834; Gerhard Schreiber, *Die italienischen Militärinternierten im deutschen Machtbereich 1943–1945: verraten – verachtet – vergessen*, Múnich, 1990. Su destino es el tema de la comedia negra de Lina Wertmüller «Seven Beauties» (1975).
- <sup>26</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 253.
- <sup>27</sup> *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 3/2, p. 1386.
- <sup>28</sup> Solo recientemente se habían nombrado seis Plenipotenciarios para los Armamentos con responsabilidades entre cinco y ocho distritos de partido (*Gaue*). El sistema funcionó muy bien. Speer se arrepintió profundamente de no haber tenido la idea antes (Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1623a, p. 18).
- <sup>29</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 426. Este cuartel general era conocido como el Nido del Águila o *Adlerhorst*.
- <sup>30</sup> Speer, *Erinnerungen*, pp. 426s.
- <sup>31</sup> Duquesne University, Gumberg Library Digital Collections, Mussmano Collection: Interview of Speer at «Dustbin» by Mr O. Hoeffding, Economic and Financial Branch FIAT (US), 1 August 1945.
- <sup>32</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 427.
- <sup>33</sup> Albert Speer, *Der Sklavenstaat: meine Auseinandersetzung mit der SS*, Berlín, 1981, p. 188.
- <sup>34</sup> Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg*, p. 466.
- <sup>35</sup> *Ibid.*, p. 460. Los lanzacohetes eran conocidos como *Nebelwerfer* (lanzadores de niebla) para confundir a la inteligencia enemiga y que creyese que se trataba de un ingenio para crear pantallas de

humo.

<sup>36</sup> Se produjo una feroz discusión entre el mariscal Chuikov, que sostenía que se debería haber tomado Berlín; y el mariscal Zhukov, quien insistía en que su decisión de detener la ofensiva el 31 de enero era correcta. Véase Antony Beevor, *Berlin: The Downfall 1945*, Londres, 2002, y Christopher Duffy, *Red Storm on the Reich: The Soviet March on Germany, 1945*, Londres, 1993.

<sup>37</sup> Peter Longerich, *Goebbels: Biographie*, Múnich, 2010, p. 657.

<sup>38</sup> Speer ignoraba las importaciones de enero de 1944, de manera que aseguró que en enero de 1945 los suministros de carbón suponían el 51,7 por ciento de la cantidad del año anterior.

<sup>39</sup> Janssen, *Das Ministerium Speer*, pp. 301s.

<sup>40</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1535, pp. 4s.

<sup>41</sup> *Ibid.*, R3/1623a, p. 2.

<sup>42</sup> El OKW emitió órdenes detalladas para la dispersión, evacuación, desactivación y destrucción (*ARLZ- Maßnahmen: Auflockerung, Räumung, Lähmung und Zerstörung*): *ibid.*

<sup>43</sup> Speer, orden redactada por Hupfauer, 25 de enero de 1945, *ibid.*, R3/1623a, pp.10s.

<sup>44</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW, 10/2, p. 82.

<sup>45</sup> Según el testimonio de Speer en Nuremberg, Hitler amenazó con acusarlo de traición. Esto es improbable. *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*, «Blue Series», 42 vols, Nuremberg, 1947–1949, vol. 16, p. 541.

<sup>46</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 432.

<sup>47</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1623a, p. 18.

<sup>48</sup> Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg*, pp. 468ss.

<sup>49</sup> Rolf-Dieter Müller, DRZW, 10/2, p. 82.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>51</sup> *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 3/2, p. 1323.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p.1116; Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1623a, p. 28.

<sup>53</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1623a, p. 41.

<sup>54</sup> Speer, *Erinnerungen*, pp. 442s.

<sup>55</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/2, pp. 660s.

<sup>56</sup> Heinrich Schwendemann, «“Drastic Measures to Defend the Reich at the Oder and the Rhine...”: A Forgotten Memorandum of Albert Speer of 18 March 1945», *Journal of Contemporary History*, vol. 38, no. 4 (Octubre 2003), pp. 597–614. No está olvidado del todo. Véase Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 311, y Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/2, p. 662, nota 212, también Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1537, memorando del 18 de marzo de 1945.

<sup>57</sup> El ayudante de Dönitz describe bien este punto de vista: Walter Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz: Die Letzten Tage des Dritten Reiches*, Gotinga, 1964, p. 24. También en Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ed. Elke Fröhlich, Part II, *Diktate 1941–1945*, vol. 15, *Januar–April 1945*, ed. Maximilian Gschaid, Múnich, 1995, p. 572.

<sup>58</sup> *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*, «Blue Series», 42 vols., Nuremberg, 1947–9, vol. 41, p. 520.

- <sup>59</sup> Longerich, *Goebbels*, p. 666.
- <sup>60</sup> Rolf-Dieter Müller, XRZW, 10/2, p. 80.
- <sup>61</sup> Speer, *Erinnerungen*, pp. 431s.
- <sup>62</sup> Goebbels, *Die Tagebücher*, Part II, vol. 15, entrada del 15 de marzo de 1945.
- <sup>63</sup> Rolf-Dieter Müller, XRZW, 10/2, p. 118.
- <sup>64</sup> Speer, *Erinnerungen*, pp. 442s.
- <sup>65</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1623a, p. 46; Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/2, p. 663.
- <sup>66</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1623a, p. 50.
- <sup>67</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/2, p. 664; Speer, *Erinnerungen*, p. 448.
- <sup>68</sup> Longerich, *Goebbels*, pp. 666s.
- <sup>69</sup> Wagner, una bestia anti-semita que aterrorizó la Alsacia durante la ocupación, fue ejecutado en agosto de 1946. Su esposa fue enviada a un burdel de París, donde, tras ser repetidamente violada, se suicidó: Jean-Laurent Vonau, *Le Gauleiter Robert Wagner: Le Bourreau de l'Alsace*, Estrasburgo, 2011.
- <sup>70</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1623a, pp. 52ss.
- <sup>71</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 454.
- <sup>72</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/2, p. 665; Speer, *Sklavenstaat*, p. 298.
- <sup>73</sup> Goebbels, *Die Tagebücher*, Part II, vol. 15, entrada del 28 de marzo de 1945.
- <sup>74</sup> *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 3/2, pp. 1581ss. El original se encuentra en los Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1538.
- <sup>75</sup> Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 3/2, p. 666.
- <sup>76</sup> Speer, *Erinnerungen*, pp. 457ss.
- <sup>77</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 462.
- <sup>78</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1623a.
- <sup>79</sup> *Ibid.*, pp. 75s.
- <sup>80</sup> *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 4/2, 1. Januar 1944 bis 22. Mai 1945, ed. Percy Ernst Schramm, Frankfurt, 1961, p. 1212.
- <sup>81</sup> Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1623a, pp. 108ss. Uiberreither sobrevivió bajo una identidad falsa, contrajo la enfermedad de Alzheimer y murió en 1984, a los setenta y seis años.
- <sup>82</sup> *Ibid.*, p. 144.
- <sup>83</sup> *Ibid.*, p. 165.
- <sup>84</sup> *Ibid.*, p. 183.
- <sup>85</sup> *Ibid.*, p. 189.
- <sup>86</sup> *Ibid.*, p. 123.

<sup>87</sup> Heinrich Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer: Begegnungen, Gespräche, Interviews*, Berlín, 2005, p. 63. Durante su estancia en Spandau, Speer escribió una larga carta a su hija Hilde en la que aseguraba que había salvado a Alemania occidental de la dominación soviética.

<sup>88</sup> IMG, vols. 16 y 41, así como en *Erinnerungen* de Speer.

<sup>89</sup> Heinrich Breloer y Rainer Zimmer, *Die Akte Speer: Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006, p. 316.

<sup>90</sup> Michael Hepp, «Fälschung und Wahrheit: Albert Speer und “Der Sklavenstaat”», *Mitteilungen der Dokumentstelle zur NS-Sozialpolitik*, vol. 1, no. 3 (1985), p. 29.

<sup>91</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 356.

<sup>92</sup> Manfred Messerschmidt, «Generalfeldmarschall Modelts letztes Gefecht», *Die Zeit*, vol. 14, 31 Marzo 2005.

<sup>93</sup> Breloer y Zimmer, *Die Akte Speer*, p. 308.

<sup>94</sup> Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, p. 507.

<sup>95</sup> Heinrich Schwendemann, «Strategie der Selbstvernichtung: Die Wehrmachtführung im “Endkampf” um des “Dritte Reich”», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität*, Múnich, 1999, pp. 232ss.

<sup>96</sup> Speer, *Sklavenstaat*, pp. 316s.

<sup>97</sup> Ian Kershaw, *The End: The Defiance and Destruction of Hitler’s Germany, 1944–1945*, Londres, 2011, p. 311.

<sup>98</sup> Dietmar Arnold, *Neue Reichskanzlei und «Führerbunker»: Legenden und Wirklichkeit*, Berlín, 2005, p. 150. Esta suma sería de aproximadamente 480.000 dólares actuales. El GBI tenía a su disposición 9 millones de marcos del Reich el 19 de abril de 1944. Desaparecieron en las últimas fases de la guerra.

<sup>99</sup> Kershaw, *The End*, pp. 204 y 311. Sobre la versión de Karl Dönitz, véase sus *10 Jahre und 20 Tage*, Bonn, 1958, y *Mein wechselvolles Leben*, Gotinga, 1968.

<sup>100</sup> Marlis G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz: Die Agonie des Dritten Reiches*, Múnich, 1982, p. 140. Hugh Trevor-Roper, in *The Last Days of Hitler*, Londres, 1947, p. 106, describe a Krosigk como un «bobo»; pero esto es un ejemplo de Lord Dacre en su estilo no menos benévolo.

<sup>101</sup> Joachim Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen: Notizen über Gespräche mit Albert Speer zwischen Ende 1966 und 1981*, Reinbek bei Hamburg, 2006, p. 10.

<sup>102</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 289.

<sup>103</sup> Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen*, p. 44.

<sup>104</sup> See *ibid.*, pp. 106ss., sobre las meditaciones de Speer a este respecto.

<sup>105</sup> En sus memorias Speer dice lo contrario. Afirma haber dicho a su ayudante, Manfred von Poser: «Gracias a Dios, no tendré que representar el papel del Príncipe Max von Baden». Esto, como otras muchas cosas de sus memorias, debe ser tomado con mucha cautela. *Erinnerungen*, p. 488.

<sup>106</sup> Jürgen Thorwald, *Das Ende an der Elbe*, Stuttgart, 1952, pp. 330s.

<sup>107</sup> Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen*, p. 183.

<sup>108</sup> Véase Heike B. Görtemaker, *Eva Braun: Leben mit Hitler*, Múnich, 2010, para una nueva valoración de la influencia de Eva Braun como clave para acceder a Hitler.

<sup>109</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 482ss.

110 Speer nos pide que creamos que esta reunión con Himmler fue «por impulso». Sereny, *Albert Speer*, pp. 534s.

111 Speer, *Erinnerungen*, p. 489.

112 Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz*, p. 141.

113 Janssen, *Das Ministerium Speer*, p. 320.

114 Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz*, p. 87.

115 *Ibid.*, p. 165.

116 *Ibid.*, p. 166.

117 *Ibid.*, p. 179.

- 118 Kershaw, *The End*, p. 377.
- 119 *Kriegstagebücher des Oberkommandos*, vol. 3/2, p. 1475.
- 120 Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1624.
- 121 John Kenneth Galbraith, *A Life in our Times*, Boston, 1981, p. 207.
- 122 Paul H. Nitze, *From Hiroshima to Glasnost: At the Centre of Decision – a Memoir*, Londres, 1990, p. 33.
- 123 Margret Nissen (con Margrit Knapp y Sabine Seifert), *Sind Sie die Tochter Speer?*, Múnich, 2005. Susanne von Beyer, Vater und Verbrecher', *Der Spiegel*, 31-01-2005.
- 124 La mayoría de los otros grandes criminales de guerra fueron internados en «Camp Ashcan»: John Kenneth Galbraith, «The “Cure” at Mondorf Spa», *Life*, 22 de octubre de 1945.

## 12. Núremberg

- <sup>1</sup> Joachim Fest, *Speer: Eine Biographie*, Berlin, 1999, p. 383.
- <sup>2</sup> Ulrich Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle 1945: Seine ersten Aussagen und Aufzeichnungen (Juni–September)*, Múnich, 2003.
- <sup>3</sup> *Ibid.*, p.135.
- <sup>4</sup> Fest, *Speer*, p. 384.
- <sup>5</sup> Schlie, *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle*, p. 206.
- <sup>6</sup> Matthias Schmidt, *Albert Speer – Das Ende eines Mythos: Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, Múnich, 1982, p. 174.
- <sup>7</sup> Hans Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich*, 2ª ed., Frankfurt, 2007, p. 435; Fest, *Speer*.
- <sup>8</sup> Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 507. Veinticuatro fueron acusados; pero Bormann fue juzgado *in absentia*, Ley se suicidó antes de que comenzara el juicio y Gustav Krupp von Bohlen y Halbach estaban demasiado enfermos para acudir al juicio.
- <sup>9</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 508.
- <sup>10</sup> Kehrl, *Krisenmanager*, p. 435.
- <sup>11</sup> A Ball le gustaba citar el adagio de Ian Fleming: «nada acerca más que la cercanía». En ningún lugar fue esto más cierto que en el Tercer Reich.
- <sup>12</sup> J. K. Galbraith, *A Contemporary Guide to Economics, Peace and Laughter*, Boston, 1972; Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, p. 559.
- <sup>13</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 561.
- <sup>14</sup> Duquesne University, Gumberg Library Digital Collections, Mussmano Collection: Interview of Speer at «Dustbin» by Mr O. Hoeffding, Economic and Financial Branch FIAT (US), 1 August 1945, p. 49.
- <sup>15</sup> Heinrich Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer: Begegnungen, Gespräche, Interviews*, Berlín, 2005, p. 354; Richard W. Sonnenfeldt, *Mehr als ein Leben*, Berna, 2003, y *Witness to Nuremberg*, Nueva York, 2006.
- <sup>16</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 514.
- <sup>17</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 278. Durante la República de Weimar había defendido a Göring de una acusación de posesión ilegal de drogas.

- <sup>18</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p.176.
- <sup>19</sup> *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*, «Blue Series», 42 vols, Nuremberg, 1947–9 [IMT] vol. 16, p. 616.
- <sup>20</sup> Jack El-Hai, «The Nazi and the Psychiatrist», *Scientific American Mind*, Enero/febrero 2011.
- <sup>21</sup> Werner Maser, *Nürnberg: Tribunal der Sieger*, Düsseldorf, 1977, p. 386.
- <sup>22</sup> Sereny, *Albert Speer*, pp. 584s.; Adelbert Reif, *Albert Speer: Kontroversen um ein deutsches Phänomen*, Múnich, 1978, pp. 224s. Maser, *Nürnberg*, afirma que Speer escribió directamente a Jackson. No hay pruebas de que fuese así.
- <sup>23</sup> David Irving, *Der Nürnberger Prozess: Die letzte Schlacht*, Múnich, 1979, p. 92.
- <sup>24</sup> Reif, *Albert Speer*, pp. 223–30.
- <sup>25</sup> Albert Speer, *Welt am Sonntag*, 31 de octubre de 1976.
- <sup>26</sup> Fisher fue ayudante del Fiscal general de los Estados Unidos Francis Biddle.
- <sup>27</sup> Las acusaciones están reimprimadas en Reif, *Albert Speer*, pp. 22ss.
- <sup>28</sup> IMT, vol. 16, p. 430.
- <sup>29</sup> *Ibid.*, p. 433.
- <sup>30</sup> *Ibid.*, p. 440.
- <sup>31</sup> *Ibid.*, p. 444.
- <sup>32</sup> Mauthausen fue el único campo en la Gran Alemania que tenía sus propias cámaras de gas. 119.000 hombres, mujeres y niños fueron asesinados allí entre 1938 y 1945. Véase Gordon J. Horwitz, *In the Shadow of Death: Living Outside the Gates of Mauthausen*, Nueva York, 1990.
- <sup>33</sup> IMT, vol. 16, p. 446.
- <sup>34</sup> Para las actas del día, véase *ibid.*, pp. 447ss.
- <sup>35</sup> *Ibid.*, p. 452.
- <sup>36</sup> *Ibid.*, p. 456.
- <sup>37</sup> *Ibid.*, p. 463.
- <sup>38</sup> *Ibid.*, p. 470.
- <sup>39</sup> *Ibid.*, p. 474.
- <sup>40</sup> *Ibid.*, p. 482.
- <sup>41</sup> *Ibid.*, p. 483. La traducción «responsabilidad total» para el alemán *Gesamtverantwortung*, es demasiado fuerte.
- <sup>42</sup> *Ibid.*, p. 493. Schmidt, *Albert Speer*, p. 190.
- <sup>43</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 519.
- <sup>44</sup> IMT, vol. 4, p. 343.
- <sup>45</sup> G.M. Gilbert, *Nuremberg Diary*, Nueva York, 1947, p. 102.
- <sup>46</sup> *Ibid.*, p. 103.
- <sup>47</sup> *Ibid.*, p. 105.
- <sup>48</sup> IMT vol. 16, p. 531.

<sup>49</sup> IMT vol. 16, p. 543.

<sup>50</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 519.

<sup>51</sup> Esto impulsó a Giesler a escribir al editor de las memorias de Speer el 22 de noviembre de 1970 para señalar que resultaba difícil de creer que «el segundo hombre más importante del país no pudiera conseguir una escalera»: Fest, *Speer*, p. 334.

<sup>52</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, pp. 141ss., basado en el testimonio de Dietmar Arnold, un ingeniero y experto en el búnker de Hitler. Véase Dietmar Arnold, *Neue Reichskanzlei und Führerbunker: Legenden und Wirklichkeit*, Berlín, 2005.

<sup>53</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 328.

<sup>54</sup> Arnold, *Neue Reichskanzlei und Führerbunker*, p. 128. La compañía Drägerwerk AG de Lübeck, fundada en 1889, todavía existe. Está especializada en ventiladores médicos, detección de gas y equipamiento de buceo.

<sup>55</sup> IMT, vol. 16, p. 583.

<sup>56</sup> Gilbert, *Nuremberg Diary*, p. 103.

<sup>57</sup> John Kenneth Galbraith, *A Life in our Times*, Boston, 1981, p. 212.

<sup>58</sup> Afirmación realizada durante el interrogatorio de las autoridades norteamericanas el 4 de julio de 1945, en Schmidt, *Albert Speer*, p. 187.

<sup>59</sup> Este discurso fue pronunciado en Múnich el 24 de febrero de 1942 en una reunión de Gauleiters y Reichsleiters: *ibid.*, p. 189.

<sup>60</sup> IMT, vol. 16, p. 479.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 518.

<sup>62</sup> IMT, vol. 15, p. 139.

<sup>63</sup> IMT, vol. 16, p. 558.

<sup>64</sup> IMT, vol. 16, p. 543.

<sup>65</sup> *Ibid.*

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 566.

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 573.

<sup>68</sup> Servatius, que sirvió como oficial en primera línea de frente durante toda la guerra, también defendió al Dr. Karl Brandt, a Paul Pleiger y a Adolf Eichmann.

<sup>69</sup> IMT, vol. 19, p. 177.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 180.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 183.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 188.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 191.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 197.

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. 206.

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 207.

<sup>77</sup> IMT, vol. 16, p. 487.

- <sup>78</sup> IMT, vol. 19, p. 208.
- <sup>79</sup> *Ibid.*, p. 210.
- <sup>80</sup> *Ibid.*, p. 211.
- <sup>81</sup> *Ibid.*, p. 213.
- <sup>82</sup> C.Banning, «Food Shortage and Public Health, First Half of 1945», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 245, *The Netherlands during German Occupation* (Mayo 1946), pp. 93–110.
- <sup>83</sup> IMT, vol. 19, p. 216.
- <sup>84</sup> *Ibid.*, p. 524.
- <sup>85</sup> *Ibid.*, p. 543.
- <sup>86</sup> *Ibid.*, p. 557.
- <sup>87</sup> *Ibid.*, p. 573.
- <sup>88</sup> IMT, vol. 20, pp. 6ss.
- <sup>89</sup> *Ibid.*, p. 7.
- <sup>90</sup> Bradley F. Smith, *Reaching Judgment at Nuremberg*, Nueva York, 1977, pp. 218ss.
- <sup>91</sup> IMT, vol. 22, p. 253.
- <sup>92</sup> *Ibid.*, p. 317.
- <sup>93</sup> *Ibid.*, p. 362.
- <sup>94</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 522.
- <sup>95</sup> IMT, vol. 22, p. 407.
- <sup>96</sup> Albert Speer (ed. Adelbert Reif), *Technik und Macht*, Esslingen, 1979. Nunca se tradujo al inglés.
- <sup>97</sup> IMT, vol. 22, p. 407.
- <sup>98</sup> Smith, *Reaching Judgment at Nuremberg*, pp. 222s.
- <sup>99</sup> IMT, vol. 22, p. 487.
- <sup>100</sup> *Ibid.*, p. 490.
- <sup>101</sup> *Ibid.*, p. 504.
- <sup>102</sup> *Ibid.*, pp. 576ss.
- <sup>103</sup> Smith, *Reaching Judgment at Nuremberg*, p. 209.
- <sup>104</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 524.
- <sup>105</sup> Airey Neave, *Nuremberg: A Personal Record of the Trial of the Major Nazi War Criminals in 1945–1946*, Londres, 1978, pp. 133, 138, 144, 244 y 329.
- <sup>106</sup> Citado en Speer, *Erinnerungen*, p. 356.
- <sup>107</sup> Para un análisis brillante de este tipo, véase Michael Wildt, *Generation des Unbedingten: Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2003. El amigo de Speer, el Dr. Karl Brandt, también era un ejemplo típico. Véase Ulf Schmidt, *Karl Brandt: The Nazi Doctor – Medicine and Power in the Third Reich*, Londres, 2007.
- <sup>108</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 7.

<sup>109</sup> Speer, *Erinnerungen*, p. 272.

### 13. Spandau

<sup>1</sup> Véase la espeluznante descripción de la vida de un recluso de Spandau que fue miembro de la Orquesta Roja: Günther Weisenborn, *Memorial*, Berlín, 1962.

<sup>2</sup> Leon Goldensohn, *The Nuremberg Interviews*, ed. Robert Gellately, Nueva York, 2004, p. 17.

<sup>3</sup> Albert Speer, *Spandauer Tagebücher*, Berlín, 1975, p. 42.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 116. En realidad, el estudio de Hitler habría medido 900 metros cuadrados.

<sup>6</sup> Heinrich Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer: Begegnungen, Gespräche, Interviews*, Berlín, 2005, p. 373.

<sup>7</sup> Albert Speer, *Spandauer Tagebücher*, Berlín, 1975.

<sup>8</sup> Albert Speer, «Die Bürde werde ich nicht mehr los» (entrevista), *Der Spiegel*, 7 de noviembre de 1966.

<sup>9</sup> Matthias Schmidt, *Albert Speer – Das Ende eines Mythos: Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, Múnich, 1982, p. 203.

<sup>10</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 119.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 120.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 14. Schmidt, *Albert Speer*, p. 203.

<sup>13</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 205.

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, pp. 641ss. En 1955, el año de esta solicitud, la familia de clase trabajadora media con dos hijos tenía unos ingresos brutos de 470 marcos al mes.

<sup>16</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 542.

<sup>17</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 206.

<sup>18</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 411.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 423.

<sup>20</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 20.

<sup>21</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 206.

<sup>22</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 649. No existe tal vino. Debió haber sido un Winkler Hasensprung. Probablemente el error surge de la dificultad de transcribir su nota a mano. El caviar Kuban caviar era, indudablemente, Beluga.

<sup>23</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 209.

<sup>24</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 229.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 344.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 346.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 352.

- <sup>28</sup> *Ibid.*, p. 356.
- <sup>29</sup> *Ibid.*, p. 360.
- <sup>30</sup> *Ibid.*, p. 535.
- <sup>31</sup> *Ibid.*, p. 474.
- <sup>32</sup> Otto Kranzbühler, *Rückblick auf Nürnberg*, Hamburgo, 1949; Norbert Frei, *Vergangenheitspolitik: Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*, Múnich, 1996, pp. 163–167 y 248.
- <sup>33</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 53.
- <sup>34</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 211.
- <sup>35</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, pp. 282–284.
- <sup>36</sup> *Ibid.*, p. 81.
- <sup>37</sup> Sereny, *Albert Speer*, pp. 634ss.
- <sup>38</sup> La carta está impresa en su totalidad en Heinrich Breloer y Rainer Zimmer, *Die Akte Speer: Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006, p. 378.
- <sup>39</sup> Speer escribió «so gut wie gewusst».
- <sup>40</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 46s.
- <sup>41</sup> *Ibid.*, p. 55.
- <sup>42</sup> *Ibid.*, p. 83.
- <sup>43</sup> *Ibid.* pp.81ss.
- <sup>44</sup> *Entnazifizierungsoffer* y *Entnazifizierungsgeschädigten* eran palabras populares en la Alemania occidental de la posguerra.
- <sup>45</sup> *Ibid.*, p. 108.
- <sup>46</sup> *Ibid.*, p. 98.
- <sup>47</sup> *Ibid.*, p. 323.
- <sup>48</sup> *Jüdische Gleichmacherei*: *ibid.*, p. 142.
- <sup>49</sup> Michael Foot escribió en «Cato», *Guilty Men*, Londres, 1940, que describir a Sir John como «el peor Ministro de Exteriores desde Etelredo el Indeciso» era injusto para este último.
- <sup>50</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 610.
- <sup>51</sup> *Ibid.*, p. 617.
- <sup>52</sup> *Ibid.*, p.113. Estos diseños recuerdan mucho al «Tudor de Stockbroker» de Osbert Lancaster: véase su *Pillar to Post*, Londres, 1938.
- <sup>53</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 339.
- <sup>54</sup> *Ibid.* Speer supervisó la excelente artesanía empleada en la reconstrucción y reparación de muchos edificios históricos de Alemania.
- <sup>55</sup> *Ibid.*, p. 341.
- <sup>56</sup> *Ibid.*, p. 353.
- <sup>57</sup> *Ibid.*, p. 406.
- <sup>58</sup> *Ibid.*, p. 169. *Inside the Third Reich* fue publicado en los Estados Unidos por Simon and

Schuster, en Gran Bretaña por Weidenfeld and Nicolson, ambos en 1970.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 233.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 582; Hans-Peter Schwarz, *Axel Springer: die Biographie*, Berlín, 2008.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 654.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 653; Hermann Esser, *Die jüdische Weltpest: Judendämmerung auf dem Erdball*, Múnich, 1939. El libro es básicamente un refrito de «Los Protocolos de los Sabios de Sión».

<sup>63</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 653.

<sup>64</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 660. Bellergeral fue una elección curiosa. Normalmente se utilizaba para tratar los síntomas de la menopausia.

<sup>65</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 650.

#### 14. El nazi bueno

<sup>1</sup> Albert Speer, *Spandauer Tagebücher*, Berlín, 1975, pp. 660ss.

<sup>2</sup> Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, p. 665.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 640.

<sup>4</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 663.

<sup>5</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 663.

<sup>6</sup> Heinrich Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer: Begegnungen, Gespräche, Interviews*, Berlín, 2005, p. 150.

<sup>7</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 627.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 635.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 666.

<sup>10</sup> Matthias Schmidt, *Albert Speer – Das Ende eines Mythos: Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, Múnich, 1982, pp. 16ss.

<sup>11</sup> Rudolf Wolters, *Albert Speer*, Oldenburg, 1943.

<sup>12</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 19.

<sup>13</sup> Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg*, Berlín, 1968; Schmidt, *Albert Speer*, p. 20.

<sup>14</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 668.

<sup>15</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 432.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 401. Friedrich no supo el significado de «88» hasta que se lo explicó Breloer muchos años más tarde.

<sup>17</sup> Albert Speer, «Die Bürde werde ich nicht mehr los» (entrevista), *Der Spiegel*, 7 de noviembre de 1966.

<sup>18</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 671.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 679.

<sup>20</sup> Joachim C. Fest, «Albert Speer und die technizistische Unmoral» en *Das Gesicht des dritten Reiches: Profile einer totalitären Herrschaft*, Múnich, 1963, pp. 271–85. Se publicó en inglés como «Albert Speer and the Immorality of the Technicians», *The Face of the Third Reich: Portraits of the*

*Nazi Leadership*, trans. Michael Bullock, Londres, 1970, pp. 299–314.

<sup>21</sup> Joachim Fest, *Speer: Eine Biographie*, Berlín, 1999, p. 441.

<sup>22</sup> G. M. Gilbert, *Nuremberg Diary*, Nueva York, 1947, p. 122.

<sup>23</sup> Günther Weisenborn, *Memorial*, Berlín, 1962, pp. 189s.

<sup>24</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 216.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 359.

<sup>26</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 21.

<sup>27</sup> Joachim C. Fest, «Noch einmal: Abschied von der Geschichte – Polemische Überlegungen zur Entfremdung von Geschichtswissenschaft und Öffentlichkeit», en Joachim Fest, *Aufgehobene Vergangenheit: Portraits und Betrachtungen*, Múnich, 1983. Esta diatriba se presentó ante un agradecido público de industriales alemanes en noviembre de 1977. Martin Broszat ofreció una respuesta razonada en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, el 30 de octubre de 1978. El menosprecio de Fest por la profesión fue tal que en 2005 describió a Heinrich Schwendemann, nacido en 1956, como un «historiador anciano». Joachim Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen: Notizen über Gespräche mit Albert Speer zwischen Ende 1966 und 1981*, Reinbek bei Hamburg, 2006, p. 12.

<sup>28</sup> Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen*, pp. 112ss.

<sup>29</sup> Ulrich Schlie (ed.), *Albert Speer: Die Kronsberg-Protokolle 1945: Seine ersten Aussagen und Aufzeichnungen (Juni–September)*, Múnich, 2003, pp. 36ss.

<sup>30</sup> Wolfgang Benz, «Ideal typus Speer: Das patriotische Projekt des Duos Speer und Siedler», *Netzzeitung*, 27 de mayo de 2005. Siedler, Fest y Johannes Gross manipularon las pruebas de una manera similar con las memorias del politólogo Theodor Eschenburg, maquillando de ese modo el turbio pasado de una importante figura pública: Udo Wengst, *Theodor Eschenburg: Biographie einer politischen Leitfigur 1904–1999*, Berlín, 2005.

<sup>31</sup> Markus Brechtken, «Persuasive illusions of the Self: Albert Speer’s Life Writing and Public Discourse about Germany’s Nazi Past» en Birgit Dahlke, Dennis Tate y Roger Woods (eds.), *German Life Writing in the Twentieth Century*, Rochester, NY, 2010, p. 75.

<sup>32</sup> Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen*, pp. 108s.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 128s.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 149s.

<sup>35</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 680.

<sup>36</sup> Matthias Schmidt, *Das Ende eines Mythos, Aufdeckung einer Geschichtsverfälschung*, Múnich, 1985; Susanne Willems, *Der entsiedelte Jude: Albert Speers Wohnungspolitik für den Berliner Hauptstadtbau*, Berlin, 2002; Heinrich Breloer, *Speer und Er*, TV series, 3 parts, 270 minutes, 2004; Brechtken, «Persuasive illusions of the Self », pp. 73ss.

<sup>37</sup> Schmidt, *Albert Speer*, p. 23.

<sup>38</sup> Fest, *Speer*, p. 444. Una ironía adicional es que la reunión se celebró el 19 de noviembre, *Buss- und Bettag*, el día del arrepentimiento de los protestantes.

<sup>39</sup> Sereny, *Albert Speer*, pp. 683 y 685.

<sup>40</sup> Fest, *Speer*, p. 444.

<sup>41</sup> Esta fue la versión aceptada por Erich Fromm en *The Anatomy of Human Destructiveness*, Nueva York, 1973.

- <sup>42</sup> *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 19 de marzo de 1980.
- <sup>43</sup> Golo Mann, «Des Teufels Architekt: Albert Speers Erinnerungen», *Süddeutsche Zeitung*, 20 y 21 de septiembre de 1969.
- <sup>44</sup> Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 55.
- <sup>45</sup> Schmidt, *Albert Speer*, pp. 25ss.
- <sup>46</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 12. Wolters murió en enero de 1983, poco después Schmidt publicó su libro. Probablemente con antelación había hecho una disposición testamentaria del original.
- <sup>47</sup> *Playboy*, junio de 1971, 69–96, 168–71, 192–203.
- <sup>48</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 684.
- <sup>49</sup> Wolters a Giesler, 21 de mayo de 1971, citado en Dan van der Vat, *Der gute Nazi: Leben und Lügen des Albert Speer*, Berlín, 1997, p. 552.
- <sup>50</sup> Véase Hannes Heer y Klaus Neumann (eds.), *Vernichtungskrieg: Verbrechen der Wehrmacht 1941–1944*, Hamburgo, 1995, para una visión opuesta.
- <sup>51</sup> Véase, por ejemplo, Jörg Friedrich, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940–1945*, Berlín, 2002, y A.C. Grayling, *Among the Dead Cities: The History and Moral Legacy of the WWII Bombing of Civilians in Germany and Japan*, Londres, 2007.
- <sup>52</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 678.
- <sup>53</sup> Wolters a Giesler 21 de mayo de 1971, citado en Van der Vat, *Der gute Nazi*, p. 552.
- <sup>54</sup> Fest, *Speer*, p. 447.
- <sup>55</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 432.
- <sup>56</sup> *Ibid.*, p. 109.
- <sup>57</sup> Albert (1934), Hilde (1936), Fritz (1937), Margret (1938), Adolf/Arnold (1940) y Ernst (1943).
- <sup>58</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 432.
- <sup>59</sup> *Ibid.*, pp. 221s.
- <sup>60</sup> Margret Nissen (con Margrit Knapp y Sabine Seifert), *Sind Sie die Tochter Speer?*, Múnich, 2005. Speer tuvo un gran éxito en este intento. Karl-Günter Zelle, *Hitlers zweifelnde Elite: Goebbels – Göring – Himmler – Speer*, Paderborn, 2010, dice que Speer era un «enigma» y un «escéptico». Este era precisamente el efecto que Speer pretendía lograr en sus memorias.
- <sup>61</sup> Andrea Sinn, «The Return of Rabbi Robert Raphael Geis to Germany: One of the Last Witnesses of Germany Jewry?», *European Judaism*, vol. 45, no. 2 (otoño de 2012), pp. 123–138.
- <sup>62</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 694.
- <sup>63</sup> *Ibid.*, p. 697.
- <sup>64</sup> El Padre Athanasius, de la Orden Benedictina (Hermann Wolff, nacido en 1931), como protestante converso y filósofo, fue una figura excepcionalmente libre de prejuicio y muy controvertida. Durante una terrible enfermedad, experimentó una crisis de fe, pero murió en paz en 2013.
- <sup>65</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 701.
- <sup>66</sup> *Ibid.*, p. 690.
- <sup>67</sup> Erich Goldhagen, «Albert Speer, Himmler, and the Secrecy of the Final Solution», *Midstream* (octubre de 1971), pp. 43–50. Erich Goldhagen es el padre de Daniel Goldhagen, el autor de *Hitler's Willing Executioners*.

<sup>68</sup> Fest, *Die Unbeantwortbaren Fragen*, pp. 160–4.

<sup>69</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 393.

<sup>70</sup> *Ibid.*, pp. 706s.

<sup>71</sup> Albert Speer, «Antwort an Erich Goldhagen», i en Adelbert Reif (ed.) *Albert Speer: Kontroversen um ein deutsches Phänomen*, Múnich, 1978, pp. 395–403.

<sup>72</sup> Himmler pronunció un discurso en Posen el 4 de octubre ante noventa y dos oficiales de las SS que duró tres horas y en el que hizo una breve mención a la «erradicación de la raza judía». Puede ser que Príncipe Reuss estuviera presente en este discurso en el que Speer sin duda estuvo ausente.

<sup>73</sup> Heinrich Breloer y Rainer Zimmer, *Die Akte Speer: Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006, pp. 397–404.

<sup>74</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 398.

<sup>75</sup> Albert Speer, ‘Ein Nachtrag’, en: Adelbert Reif, Albert Speer. *Kontroversen um ein deutsches Phänomen*, Múnich, 1978, pp. 404–7.

<sup>76</sup> Michael Hepp, «Fälschung und Wahrheit: Albert Speer und “Der Sklavenstaat”», *Mitteilungen der Dokumentstelle zur NS-Sozialpolitik*, vol. 1, no. 3 (1985), p. 9. Linge llevaba un registro de los visitantes del día No era un libro de citas en el sentido normal del término.

<sup>77</sup> Zeitgeschichte: Brisanter Brieffund: Log Alber Speer?, *Die Presse*, 14 de marzo de 2007; Sven Felix Kellerhoff, «Neuer Beleg für Speers Lügengebäude», *Die Welt*, 11 de marzo de 2007; Brechtken, ‘Persuasive illusions of the Self’, p. 76. La carta está parcialmente reproducida y traducida en <<https://www.bonhams.com/auctions/15230/lot/621>>

<sup>78</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 678.

<sup>79</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 574. Véase también Hans Mommsen, «Spandauer Tagebücher: Bemerkungen zu den Aufzeichnungen Albert Speers im internationalen Militärgefängnis 1946– 1966», *Politische Vierteljahresschrift*, vol. 17 (1976), pp. 8–14, y Karl-Heinz Ludwig, «Die wohlre- flektierten Erinnerungen des Albert Speer – einige kritische Bemerkungen zur Funktion des Architekten, des Ingenieurs und der Technik im Dritten Reich», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, vol. 21 (1970), pp. 695–708.

<sup>80</sup> *Did Six Million Really Die* fue finalmente prohibido en Alemania y Sudáfrica. Zündel acabó siendo deportado desde Canadá, donde había vivido desde 1958. En 2007, un tribunal alemán lo sentenció a cinco años de prisión por incitación al odio.

<sup>81</sup> Fest, *Speer*, p. 450; Sereny, *Albert Speer*, p. 707. Sereny traduce *Billigung* como «aceptación tácita tacit». Si ese hubiera sido el caso, Speer habría escrito *stillschweigende Billigung*. «Aceptación» también habría sido una traducción precisa. Esta nota al pie se repite en Albert Speer (ed. Adelbert Reif), *Technik und Macht*, Esslingen, 1979, p. 135.

<sup>82</sup> Speer, *Erinnerungen*, pp. 160s.

<sup>83</sup> Véase Breloer, *Die Akte Speer*, pp. 415–23 para lo siguiente.

<sup>84</sup> En su estudio de Böcklin, Andree afirma que el cuadro desapareció en 1945. Había pertenecido al gran coleccionista e historiador del arte el Conde Antoine Seilern, que lo vendió cuando abandonó Austria en 1939. Rolf Andree, *Arnold Böcklin: die Gemälde*, Basilea y Múnich, 1977, número de catálogo 70.

<sup>85</sup> Incluían a Franz Karl Leo von Klenze, Eduard Schleich, Johann Jakob Frey, Gerhard Fries, Johann Wilhelm Schirmer y Rudolf Kuntz.

<sup>86</sup> Stefan Koldehoff, «Nazi-Gemälдераub: Kunst und Kriegsverbrecher», *Der Spiegel*, 3 de

septiembre de 2007.

<sup>87</sup> Speer, *Technik und Macht*, pp. 66 y 70.

<sup>88</sup> *Ibid.*, pp. 25s.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>90</sup> *Ibid.*, pp. 29s.

<sup>91</sup> *Ibid.*, p. 157.

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 74. El término procede de Karl Marx, *Das Elend der Philosophie*, Stuttgart, 1885. Lo acuño derivándolo de *idiotisme du métier* e *idiot savant*.

<sup>93</sup> *Ibid.*, pp. 77 y 105.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 213.

<sup>95</sup> Léon Krier, «An Architecture of Desire» en *Albert Speer: Architecture 1932–1942*, ed. Léon Krier, Bruselas, 1985. Krier ayudó a formar los puntos de vista del Príncipe Charles sobre arquitectura y su desagrado por lo moderno.

<sup>96</sup> Fest, *Speer*, pp. 452ss.

<sup>97</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 675.

<sup>98</sup> Lo hizo poniendo un anuncio en el *Börsenblatt für den deutschen Buchhandel*, un periódico de negocios semanal para publicistas, libreros y público interesado. Tuvo una distribución muy modesta.

<sup>99</sup> Por ejemplo, la obra de Susanne Willems, Eckart Dietzfelbinger y Jens-Christian Wagner.

<sup>100</sup> Breloer, *Unterwegs zur Familie Speer*, p. 432.

<sup>101</sup> Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen*, p. 253.

<sup>102</sup> *Ibid.*, pp. 257s.

<sup>103</sup> Sereny, *Albert Speer*, p. 228.

<sup>104</sup> Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen*, p. 256.

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 712.

<sup>106</sup> Sereny, *Albert Speer*, pp. 711ss.

<sup>107</sup> *Ibid.*, p. 144.

<sup>108</sup> Para un informe completo véase: Nissen, *Sind Sie die Tochter Speer?*

<sup>109</sup> Albert Speer, *Der Sklavenstaat: meine Auseinandersetzung mit der SS*, Berlín, 1981; traducido como *Infiltration: How Heinrich Himmler Schemed to Build an SS Industrial Empire*, Londres, 1981.

<sup>110</sup> Hepp, «Fälschung und Wahrheit», pp. 1–69.

<sup>111</sup> Rolf-Deiter Müller, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 5/2, Stuttgart, 1999, p. 408, nota 335. Sobre Egger véase Karl Liedke, 'Hinzert, Auschwitz, Neuengamme', en Wolfgang Benz y Barbara Distel, *Der Ort des Terrors. Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. 5 (*Hinzert, Auschwitz, Neuengamme*), Múnich, 2007, p. 357ss.

<sup>112</sup> Speer, *Sklavenstaat*, pp. 163s.

<sup>113</sup> Hepp, «Fälschung und Wahrheit», p. 5.

<sup>114</sup> Speer, *Sklavenstaat*, p. 407.

<sup>115</sup> *Ibid.*, pp. 272s. El diente de león ruso es también conocido como diente de león de caucho.

Produce un latex comparable al del árbol del caucho. El caucho de los dientes de león no era un plan de un chiflado como asegura Speer y otros autores. Se empleó mucho en la Unión Soviética entre 1931 y 1950, con campos que producían más de doscientos kilos de caucho por hectárea, y también en época de guerra en Gran Bretaña y los Estados Unidos. Véase Susanne Donner, «Gummi aus Löwenzahn: Von der Kriegsforschung zur neuen Biotechnologie», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 5 de mayo de 2008.

116 Speer, *Sklavenstaat*, p. 62.

117 Hepp, «Fälschung und Wahrheit», p. 25. A Sommer se le condenó a muerte en 1947. Fue conmutada por cadena perpetua, y más tarde por veinte años de prisión. Fue puesto en libertad en Landsberg en 1953.

118 Wilfred von Oven, *Finale Furioso: Mit Goebbels bis zum Ende*, Tubinga, 1974, pp. 490–495.

119 Speer, *Sklavenstaat*, p. 21.

120 *Ibid.*, p. 66.

121 *Ibid.*, pp. 19, 33 y 196.

122 *Ibid.*, pp. 47, 29, 37 y 14.

123 *Ibid.* p. 37.

124 *Ibid.*, pp. 81ss.

125 Speer, *Erinnerungen*, p. 383.

126 Speer, *Sklavenstaat*, p. 332.

127 Hepp, «Fälschung und Wahrheit», p. 28.

128 David Irving, *Die Tragödie der deutschen Luftwaffe: Aus den Akten und Erinnerungen von Feldmarschall Milch*, Berlín, 1970, p. 389.

129 Speer, *Sklavenstaat*, pp. 92–94.

130 *Ibid.*, p. 96.

131 *Ibid.*, p. 11.

132 *Ibid.*, p. 346.

133 Citado anteriormente, pp. 373–374. El original de esta carta está en los Archivos del Ministerio de Armanentos, Bundesarchiv, R3/1542. Schmidt, *Albert Speer*, pp. 226–227 reproduce esta carat en su totalidad.

134 Schmidt, *Albert Speer*, p. 24.

135 *Ibid.*, pp. 716s.

136 Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen*, pp. 257f. «Everybody's Darling» está en inglés en el original.

137 Joachim Fest, *Speer: The Final Verdict*, Nueva York, 1999, p. 2.

138 Florian Freund, Bertrand Perz y Karl Stuhlpfarrer, «Der Bau des Vernichtungslagers Auschwitz- Birkenau: Die Aktenmappe der Zentralbauleitung Auschwitz “Vorhaben: Kriegsgefangenenlager Auschwitz (Durchführung der Sonderbehandlungen)” im Militärhistorischen Archiv Prag», *Zeitgeschichte*, vol. 20 (1993), pp. 187–213.

139 Richard Evans, «The Deception of Albert Speer», *Times Literary Supplement*, 20 de septiembre de 1995.

<sup>140</sup> Breloer, *Speer und Er*, serie de TV.

<sup>141</sup> Sven Felix Kellerhoff, «Speer war kein unwissender Technocrat: Der Stand der Forschung», *Die Welt*, 10 de mayo de 2005; Susanne Willems, «Er betrieb aktiv die Zerstörung jüdischer Existenzen», *Die Welt*, 12 de abril de 2005; Brechtken, 'Persuasive illusions of the Self', pp. 82s.

## Conclusión

<sup>1</sup> Goethe, Fausto, Parte II: «Dem Tüchtigen ist diese Welt nicht stumm/Was braucht er in die Ewigkeit zu schweifen».

<sup>2</sup> Joachim Fest, Wolf Jobst Siedler y Frank A. Meyer, *Der lange Abschied vom Bürgertum*, Berlín, 2005, p. 100.

<sup>3</sup> Fest, Joachim, *Speer: Eine Biographie*, Berlín, 1999, p. 444.

<sup>4</sup> Goethe, «Maximen und Reflexionen», *Sämtliche Werke*, vol. 17, Múnich 1991, p. 758.

<sup>5</sup> Miriam Pollard, *The Other Face of Love. Dialogues with the Prison Experience of Albert Speer*, Nueva York, 1996.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 77.

<sup>9</sup> Yrsa von Leistner, *Große Begegnungen: Aus der Sicht einer Künstlerin*, Tübinga, 1986; Pollard, *The Other Face of Love*, p. 175.

<sup>10</sup> Joachim Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen: Notizen über Gespräche mit Albert Speer zwischen Ende 1966 und 1981*, Reinbek bei Hamburg, 2006, p. 9.

<sup>11</sup> Klaus Wiegrefe, «Der charmante Verbrecher», *Der Spiegel*, 2 de mayo 2005.

<sup>12</sup> Rolf Wagenführ, *Die deutsche Industrie im Kriege 1939–1945*, Berlín, 1954.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 178.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 125.

<sup>15</sup> Jochen y Sabine Streb, «Optimale Beschaffungsverträge bei asymmetrischer Informationsverteilung: Zur Erklärung des nationalsozialistischen "Rüstungswunders" während des Zweiten Weltkriegs», *Zeitschrift für Wirtschafts- und Sozialwissenschaften*, vol. 118 (1998), pp. 275–294. Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006, p. 565.

<sup>16</sup> Véase Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939–1945*, 5 vols., Múnich, 2003, vol. 2/2, p. 564 para algunos ejemplos.

<sup>17</sup> Scherner, Jonas y Jochen Streb, «Das Ende eines Mythos? Albert Speer und das so genannte Rüstungswunder», *Vierteljahreshefte für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, vol. 93 (2006), p. 190.

<sup>18</sup> Jochen Streb y Sabine Streb, «Optimale Beschaffungsverträge bei asymmetrischer Informationsverteilung: zur Erklärung des nationalsozialistischen "Rüstungswunders" während des Zweiten Weltkriegs», *Zeitschrift für Wirtschafts- und Sozialwissenschaften*, vol. 118, 2, 1998, pp. 275–294.

<sup>19</sup> Michael C. Schneider, *Unternehmensstrategien zwischen Weltwirtschaftskrise und Kriegswirtschaft: Chemnitzer Maschinenbauindustrie in der NS-Zeit 1933–1945*, Essen, 2005, pp. 473ss.

<sup>20</sup> Streb, *op. cit.*

<sup>21</sup> El discurso está en los Archivos del Ministerio de Armamentos, Bundesarchiv, R3/1547, pp. 42–5.

<sup>22</sup> Neil Gregor, *Stern und Hakenkreuz: Daimler-Benz im Dritten Reich*, Berlín, 1997.

<sup>23</sup> Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995, p. 129.

# ABREVIATURAS

- DAF Deutsche Arbeitsfront (Frente Alemán del Trabajo)
- DEST Deutsche Erd- und Steinwerke GmbH (Compañía Alemana de Tierra y Piedra)
- GBI Generalbauinspektor für die Reichshauptstadt (Inspector General de Edificios de la Capital del Reich)
- GSW Gemeinnützigen Siedlungs- und Wohnungsbaugesellschaft (Asociación de Construcción para Asentamientos y Viviendas de Beneficencia)
- IMT International Military Tribunal (Núremberg)
- KfdK Kampfbund für deutsche Kultur (Grupo de Acción para la Cultura Alemana)
- KPD Kommunistische Partei Deutschlands (Partido Comunista Alemán)
- NSDAP Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (Partido Nacional Socialista Obrero Alemán)
- NSDStB Nationalsozialistischer Deutscher Studentenbund (Asociación Nacional de Estudiantes Socialistas Alemanes)
- NSKK Nationalsozialistisches Kraftfahrkorps (Cuerpo de Motoristas Nacionalsocialistas)
- NSV Nationalsozialistische Volkswohlfahrt (Bienestar Popular Nacionalsocialista)
- OKH Oberkommando des Heeres (Alto Mando del Ejército)
- OKW Oberkommando der Wehrmacht (Mando Supremo de las Fuerzas Armadas)
- OT Organización Todt
- RSHA Reichssicherheitshauptamt (Oficina Principal de Seguridad del Reich)
- RVE Reichsvereinigung Eisen (Asociación del Hierro del Reich)
- RVK Reichsvereinigung Kohle (Asociación del Carbón del Reich)
- SA Sturmabteilung
- SPD Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata de Alemania)
- SS Schutzstaffel
- USAAF United States Army Air Forces (Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos)
- ZRPT Zweckverband Reichsparteitagegelände Nürnberg (Asociación de Terrenos de Mítines del Partido del Reich de Núremberg)

# BIBLIOGRAFÍA

## **Bundesarchiv Berlin. Archivos del Ministerio de Armamentos**

R3/1522  
R3/1528  
R3/1535  
R3/1538  
R3/1539  
R3/1540  
R3/1542  
R3/1543  
R3/1544  
R3/1547  
R3/1618  
R3/1623a  
R3/1624  
R3/1629  
R3/1694  
R3/1699  
R3/1737  
R3/1739  
R3/1740  
R3/1742  
R3/1744

## **Obras de Albert Speer**

- SPEER, Albert, 'Die Bauten des Führers', en *Bilder aus dem Leben des Führers*, Altona, 1936.  
—, *Die Neue Reichskanzlei*, Múnich, sin fecha (1940?).  
—, 'Die Bürde werde ich nicht mehr los' (intrevista), *Der Spiegel*, 7 Noviembre 1966  
—, *Erinnerungen*, Berlín, 1969.  
—, *Inside the Third Reich*, Londres, 1970.  
—, *Spandauer Tagebücher*, Berlín, 1975.  
—, *Spandau: The Secret Diaries*, Nueva York, 1976.  
—, *Der Sklavenstaat: meine Auseinandersetzung mit der SS*, Berlín, 1981.  
—, *Infiltration: How Heinrich Himmler Schemed to Build an SS Industrial Empire*, Londres, 1981.  
—, (ed. Adelbert Reif), *Technik und Macht*, Esslingen, 1979.

## **Fuentes impresas**

- ABELSHAUSER, Werner, «Germany: guns, butter and economic miracles», en Mark Harrison (ed.), *The Economics of World War II: Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, 1998.  
—, «Kriegswirtschaft und Wirtschaftswunder: Deutschlands wirtschaftliche Mobilisierung für den Zweiten Weltkrieg und die Folgen für die Nachkriegszeit», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 47 (1999), pp. 503–538.

- ABETZ, Otto, *Das Offene Problem: Ein Rückblick auf zwei Jahrzehnte deutsche Frankreichpolitik*, Colonia, 1951.
- ALY, Götz y HEIM, Sussane, «Die Ökonomie der “Endlösung”: Menschenvernichtung und wirtschaftliche Neuordnung», en Aly Götz (ed.), *Sozialpolitik und Judenvernichtung: gibt es eine Ökonomie der Endlösung?* Berlín 1987, pp. 11–90.
- , (ed.), *Aktion T4 1939–1945: Die «Euthanasie»-Zentrale in der Tiergartenstraße 4*, Berlín, 1989.
- , «Endlösung»: *Völkerverschiebung und der Mord an den europäischen Juden*, Frankfurt, 1995.
- , y GERLACH, Christian, *Das Letzte Kapitel, Der Mord an den ungarischen Juden*, Stuttgart, 2002.
- , *Hitlers Volksstaat: Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*, Frankfurt, 2005.
- AMÉRY, Jean, «Offener Brief an Herrn Ex-Minister Albert Speer», *Frankfurter Rundschau*, 14 Octubre 1975.
- ANDERSON, Stanford, *Peter Behrens and a New Architecture for the Twentieth Century*, Boston, 2002.
- ANDREE, Rolf, *Arnold Böcklin: die Gemälde*, Basilea y Múnich, 1977.
- ANON., *Bauten der Bewegung*, Berlín, 1938.
- ARAD, Yitzhak, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps*, Bloomington, 1986.
- ARNDT, Karl, «Architektur und Politik», en Albert Speer, *Architektur: Arbeiten 1933–1942*, Berlín, 1995, pp. 113–135.
- ARNOLD, Dietmar, *Neue Reichskanzlei und «Führerbunker»: Legenden und Wirklichkeit*, Berlín, 2005.
- AZÉMA, Jean-Pierre, *De Munich à la Libération, 1938–1944*, París, 1979.
- BAJOHR, Frank, *Parvenus und Profiteure: Korruption in der NS-Zeit*, Frankfurt, 2001.
- BANNING, C., «Food Shortage and Public Health, First Half of 1945», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 245, *The Netherlands during German Occupation* (Mayo 1946), pp. 93–110.
- BARKAI, Avraham, *Nazi Economics: Ideology, Theory, and Policy*, New Haven, 1990.
- BARKER, Nicolson, *Human Smoke: The Beginnings of World War II, the End of Civilization*, Nueva York, 2008.
- BARTETZKO, Dieter, «Die Architekten», en Hans Sarkowicz (ed.), *Hitlers Künstler: Die Kultur im Dienst des Nationalsozialismus*, Frankfurt, 2004, pp. 110–134.
- BARTOV, Omer, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis and War in the Third Reich*, Oxford, 1991.
- BEEVOR, Antony, *Berlin: The Downfall 1945*, Londres, 2002.
- BENJAMIN, Walter, *Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit*, Frankfurt, 1963.
- BENZ, Wigbert, *Der Hungerplan im «Unternehmen Barbarossa» 1941*, Berlín, 2011.
- BENZ, Wolfgang, «Idealtypus Speer: Das patriotische Projekt des Duos Speer und Siedler», *Netzzeitung*, 27 Mayo 2005.
- , y DISTEL, Barbara, *Der Ort des Terrors. Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. 5 (*Hinzert, Auschwitz, Neuengamme*), Múnich, 2007.
- BESSON, Waldemar, «Wem diente Albert Speer?», *Die Zeit*, 10 Octubre 1969.
- BIRKENFELD, Wolfgang, *Der Synthetische Treibstoff 1933–1945: Ein Beitrag zur nationalsozialistischen Wirtschafts- und Rüstungspolitik*, Göttingen, 1964.
- BIRKENHOLZ, Carl, *Die Betreuung der Bauarbeiter: Sozialpolitischer Handbuch für die Bauwirtschaft*, Berlín, 1940.
- , y SIEBERT, Wolfgang, *Der Ausländische Arbeiter in Deutschland: Sammlung und Erläuterungen der arbeits- und sozialrechtlichen Vorschriften über die Arbeitsverhältnis nicht volksdeutschen Beschäftigter*, Mainz 1942.
- BLANK, Ralf, *Ruhrschlacht: Das Ruhrgebiet im Kriegsjahr 1943*, Essen 2013.
- BLEYER, Wolfgang, *Staat und Monopole im totalen Krieg: Staatsmonopolistische Machtapparat und die ‘totale Mobilisierung’ im ersten Halbjahr 1943*, Berlín, 1970.
- BOBERACH, Heinz (ed.), *Meldungen aus dem Reich: Die geheimen Lageberichte des*

- Sicherheitsdienstes des SS 1938–1945*, 17 vols, Herrsching, 1984.
- BOELCKE, W.A., «Hitler's Befehle zur Zerstörung oder Lähmung der deutschen Industriepotentials 1944/45», *Tradition*, vol. 13, no. 6 (1968), pp. 301–316.
- , (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg: Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942–1945*, Frankfurt, 1969.
- , *Die deutsche Wirtschaft 1939–1945: Interna des Reichswirtschaftsministeriums*, Düsseldorf, 1983.
- , *Kriegspropaganda 1939–1941: Geheime-Ministerkonferenzen im Reichspropagandaministerium*, Stuttgart, 1966.
- BOOG, Horst, KREBS, Gerhard y VOGEL, Detlef, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 7 (*Das Deutsche Reich in der Defensive: Strategischer Luftkrieg in Europa, Krieg im Westen und in Ostasien, 1943 bis 1944/45*), Stuttgart, 2001.
- BORMANN, Norbert, *Paul Schultze-Naumburg: Maler, Publizist, Architekt, 1869–1949*, Essen, 1989.
- BRACHER, Karl-Dietrich, «Die Speer-Legende», en Adelbert Reif, *Albert Speer: Kontroversen um ein deutsches Phänomen*, München, 1978, pp. 408–410.
- BRAUN, Hans-Joachim, *The German Economy in the Twentieth Century*, Londres, 1990.
- Braunbuch – Kriegs- und Naziverbrecher in der Bundesrepublik und in West Berlin: Staat; Wirtschaft; Verwaltung; Armee; Justiz; Wissenschaft*, Berlín occidental, 1968.
- BRECHTKEN, Markus, «Persuasive illusions of the Self: Albert Speer's Life Writing and Public Discourse about Germany's Nazi Past» en Birgit DAHLKE, Dennis TATE y Roger WOODS (eds), *German Life Writing in the Twentieth Century*, Rochester, NY, 2010, pp. 71–91.
- BRELOER, Heinrich, y ZIMMER, Rainer, *Die Akte Speer: Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006.
- , *Unterwegs zur Familie Speer: Begegnungen, Gespräche, Interviews*, Berlín, 2005.
- BREMBECK, Reinhard J., «Nazi-Dirigent oder Deserteur?», *Süddeutsche Zeitung*, 19 Mayo 2010.
- BRENNER, Hildegard, «Die Kunst im politischen Machtkampf der Jahre 1933/34», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 10, no. 1 (Enero 1962), pp. 17–42.
- BROSZAT, Martin, «Abschied von der Geschichte», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 30 Octubre 1978.
- BROWN, Eric Melrose, *Berühmte Flugzeuge der Luftwaffe 1939–1945*, Stuttgart, 1999.
- BUCHHEIM, Christoph, «Die Wirtschaftsentwicklung im Dritten Reich – mehr Desaster als Wunder: Eine Erwiderung auf Werner Abelshausen», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 49 (2001), pp. 653–664.
- , «Der Blitzkrieg, der keine war», *Die Zeit*, 10 Julio 2007
- BUCHHEIT, Gert, *Hitler der Feldherr: Die Zerstörung einer Legende*, Rastatt, 1958.
- BUDRASS, Lutz, *Flugzeugindustrie und Luftrüstung in Deutschland 1918–1945*, Düsseldorf, 1998.
- BURRIN, Philippe, *France under the Germans, Collaboration and Compromise*, Nueva York, 1996.
- BÜTOW, Tobias y Franka BINDERNAGEL, *Ein KZ in der Nachbarschaft: Das Magdeburger Außenlager der Brabag und der «Freundeskreis Himmler»*, Colonia, 2004, pp. 77–111.
- CARROLL, Berenice A., *Design for Total War: Arms and Economics in the Third Reich*, La Haya, 1968.
- «CATO» (Michael Foot, Peter Howard y Frank Owen), *Guilty Men*, Londres, 1940.
- CHAPMAN, Michael y OSTWALD, Michael, «Laying Siege to the Stadtkrone: Nietzsche, Taut and the vision of a Cultural Aristocracy», en John MACARTHUR y Antony MOULIS (eds.), *Additions to architectural history: XIXth annual conference of the Society of Architectural Historians, Australia and New Zealand*, Brisbane, 2002, disponible online en <<http://hdl.handle.net/1959.13/37963>>.
- CONZE, Eckart, Frei, Norbert, HAYES, Peter y ZIMMERMANN, Moshe, *Das Amt und die Vergangenheit: Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*, München, 2010.
- DARRÉ, Walther, *Neuadel aus Blut und Boden*, München, 1930.
- , Walther, *Das Schwein als Kriterium für nordische Völker und Semiten*, München, 1933.
- DEIST, Wilhelm, MESSERSCHMIDT, Manfred, VOLKMANN, Hans-Erich y WETTE, Wofram, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 1, Stuttgart, 1979.

- DEIST, Wilhelm, *The Wehrmacht and German Rearmament*, Londres, 1981.
- DETTMAR, Werner, *Die Zerstörung Kassels im Oktober 1943*, Fuldabrück, 1983.
- DITTRICH, Elke, *Ernst Sagebiel: Leben und Werk (1892–1970)*, Berlín, 2005.
- DONNER, Susanne, «Gummi aus Löwenzahn: Von der Kriegsforschung zur neuen Biotechnologie», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 5 de mayo de 2008.
- DÖNITZ, Karl, *10 Jahre und 20 Tage*, Bonn, 1958.
- , *Mein wechselvolles Leben*, Gotinga, 1968.
- DRESSEL, Joachim y GRIEHL, Manfred, *Heinkel He 177–277–274: Eine luftfahrtgeschichtliche Dokumentation*, Stuttgart, 1989.
- DUFFY, Christopher, *Red Storm on the Reich: The Soviet March on Germany, 1945*, Londres, 1993.
- DÜLFFER, Jost, *Hitler, Weimar und die Marine. Reichspolitik und Flottenbau 1920–1939*, Düsseldorf, 1973.
- , THIES, Jochen y HENKE, Josef, *Hitlers Städte: Baupolitik im Dritten Reich. Eine Dokumentation*, Colonia, 1978.
- DUQUESNE University, Gumberg Library Digital Collections, Mussmano Collection: Interview of Speer at 'Dustbin' by Mr O. Hoeffding, Economic and Financial Branch FIAT (US), 1 Agosto 1945.
- DURTH, Werner, *Deutsche Architekten: Biographische Verflechtungen 1900–1970*, Braunschweig y Wiesbaden, 1986.
- , y GUTSCHOW, Niels, *Träume in Trümmern: Stadtplanung 1940–1950*, Múnich, 1993.
- EICHHOLTZ, Dietrich y SCHUMANN, Wolfgang (eds.), *Anatomie des Krieges: Neue Dokumente über die Rolle des deutschen Monopolkapitals bei der Vorbereitung und Durchführung des Zweiten Weltkrieges*, Berlín, 1969.
- EICHHOLTZ, Dietrich, «Die Vorgeschichte des “Generalbevollmächtigten für den Arbeitseinsatz”», *Jahrbuch für Geschichte*, vol. 9 (1973), pp. 339–383.
- , *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939–1945*, 5 vols., Múnich, 2003.
- EL-HAI, Jack, «The Nazi and the Psychiatrist», *Scientific American Mind*, enero/febrero de 2011.
- ELLENBOGEN, Michael, *Gigantische Visionen: Architektur und Hochtechnologie im Nationalsozialismus*, Graz, 2006.
- EVANS, Richard, «The Deception of Albert Speer», *Times Literary Supplement*, 20 Septiembre 1995.
- FELDMAN, Gerald D., *Army, Industry and Labour in Germany 1914–1918*, Princeton, 1966.
- , *Die Allianz und die deutsche Versicherungswirtschaft 1933–1945*, Múnich, 2001.
- FEST, Joachim C., «Albert Speer und die technizistische Unmoral» in *Das Gesicht des dritten Reiches: Profile einer totalitären Herrschaft*, Múnich, 1963, pp. 271–285; traducido al inglés por Michael Bullock como «Albert Speer and the Immorality of the Technicians», *The Face of the Third Reich: Portraits of the Nazi Leadership*, Londres, 1970, pp. 299–314.
- , «Noch einmal: Abschied von der Geschichte – Polemische Überlegungen zur Entfremdung von Geschichtswissenschaft und Öffentlichkeit», en Joachim Fest, *Aufgehobene Vergangenheit: Portraits und Betrachtungen*, Múnich, 1983.
- , *Speer: Eine Biographie*, Berlín, 1999.
- , *Speer: The Final Verdict*, Nueva York, 1999.
- , *Die unbeantwortbaren Fragen: Gespräche mit Albert Speer*, Reinbek bei Hamburg, 2006.
- , Wolf Jobst Siedler y Frank A. Meyer, *Der lange Abschied vom Bürgertum*, Berlín, 2005.
- FISS, Karen, *Grand Illusion: The Third Reich, the Paris Exposition, and the Cultural Seduction of France*, Chicago, 2009.
- FORNOFF, Roger, *Die Sehnsucht nach dem Gesamtkunstwerk: Studien zu einer ästhetischen Konzeption der Moderne*, Hildesheim, 2004.
- FORSTMEIER, Friedrich y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Kriegswirtschaft und Rüstung 1939–1945*, Düsseldorf, 1977.
- FRANÇOIS-PONCET, André, *Souvenirs d'une ambassade à Berlin, septembre 1931–octobre 1938*, París, 1947.

- FRANKLIN, Noble, y WEBSTER, Charles, *The Strategic Air Offensive against Germany, 1939–1945*, 4 vols., Londres, 1961, vol. 2 (*Endeavour*).
- FREI, Norbert, *Vergangenheitspolitik: Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*, Múnich, 1996.
- FREUND, Florian, BERTRAND Perz y STUHLPFARRER, Karl, «Der Bau des Vernichtungslagers Auschwitz-Birkenau: Die Aktenmappe der Zentralbauleitung Auschwitz “Vorhaben: Kriegsgefangenenlager Auschwitz (Durchführung der Sonderbehandlungen)” im Militärhistorischen Archiv Prag», *Zeitgeschichte*, vol. 20 (1993), pp. 187–214.
- FRIED, Erich, «Offene Brief an Jean Améry», *Frankfurter Rundschau*, 16 Octubre 1975.
- FRIEDRICH, Jörg, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940–1945*, Berlín, 2002.
- FRÖBE, Rainer, «Hans Kammler, Technokrat der Vernichtung», en Robert SMELSER y Enrico SYRING (eds.), *Die SS: Elite unterm Totenkopf – 30 Lebensläufe*, Paderborn 2000, pp. 305–319.
- FROMM, Erich, *The Anatomy of Human Destructiveness*, Nueva York, 1973.
- GALBRAITH, John Kenneth, «The “Cure” at Mondorf Spa», *Life*, 22 Octubre 1945.
- , «Germany Was Badly Run», *Fortune*, vol. 22 (Diciembre 1945), pp. 173–8 y 196–200.
- , *A Contemporary Guide to Economics, Peace and Laughter*, Boston, 1972.
- , *A Life in our Times*, Boston, 1981.
- GALLAND, Adolf, *Die Ersten und die Letzten*, Múnich, 1993.
- GELDERBLOM, Gerhard, *Die Reichserntedankfest auf dem Bückeberg 1933–37*, Hameln, 1998.
- GELLATELY, Robert, *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy 1933–1945*, Oxford, 1991.
- GEORGE, Enno, *Die wirtschaftlichen Unternehmungen der SS*, Stuttgart, 1963.
- GERLACH, Christian, *Krieg, Ernährung, Völkermord: Forschungen zur Deutschen Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo, 1998.
- , *Kalkulierte Morde: die Deutsche Wirtschafts- und Vernichtungspolitik in Weißrussland 1941 bis 1944*, Hamburgo, 1999.
- GIESLER, Hermann, *Ein Anderer Hitler: Bericht seines Architekten Hermann Giesler – Erlebnisse, Gespräche, Reflexionen*, Leoni am Starnberger See, 1978.
- GILBERT, G.M., *Nuremberg Diary*, Nueva York, 1947.
- GISPEN, Kees, *Poems in Steel: National Socialism and the Politics of Inventing from Weimar to Bonn*, Nueva York, 2002.
- GOEBBELS, Joseph, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ed. Elke Fröhlich, Part 1, *Aufzeichnungen 1923–1941*:  
vol. 6, *August 1938–Juni 1939*, ed. Jana Richter, Múnich, 1998.  
vol. 9, *Dezember 1940–Juli 1941*, ed. Elke Fröhlich, Múnich, 1998.  
Part II, *Diktate 1941–1945*:  
vol. 7, *Januar–März 1943*, ed. Elke Fröhlich, Múnich, 1993.  
vol. 15, *Januar–April 1945*, ed. Maximilian Gschaid, Múnich, 1995.
- GOLDENSOHN, Leon, *The Nuremberg Interviews*, ed. Robert Gellately, Nueva York, 2004.
- GOLDHAGEN, Erich, «Albert Speer, Himmler, and the Secrecy of the Final Solution», *Midstream* (Octubre 1971), pp. 43–50.
- GORDON, Robert J., Review of «The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi War Economy», *The Journal of Economic History*, vol. 69, no. 1 (Marzo 2009), pp. 312–16.
- GÖRTEMAKER, Heike B., *Eva Braun: Leben mit Hitler*, Múnich, 2010.
- GOSCHLER, Constantin y HARTMANN, Christian (eds.), *Hitler: Reden, Schriften, Anordnungen, Februar 1925–Januar 1933: Von der Reichstagswahl bis zur Reichstagspräsidentenwahl. Oktober 1930–März 1932*, vol. 4/1 (Oktober 1930–Juni 1931), Múnich, 1997.
- GOTTWALDT, Alfred y SCHULLE, Diana, «Juden ist die Benutzung von Speisewagen untersagt»: *Die anti-jüdische Politik des Reichsverkehrsministeriums zwischen 1933 und 1945*, Teetz, 2007.
- GRANDT, Michael, *Unternehmen ‘Wüste’ – Hitlers letzte Hoffnung: Das NS-Ölschieferprogramm auf*

- der Schwäbischen Alb, Tubinga, 2002.
- GRAYLING, A.C., *Among the Dead Cities: The History and Moral Legacy of the WWII Bombing of Civilians in Germany and Japan*, Londres, 2007.
- GREGOR, Neil, *Stern und Hakenkreuz: Daimler-Benz im Dritten Reich*, Berlín, 1997
- GROEHLER, Olaf, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, Berlín, 1991.
- GRUNER, Wolf, *Judenverfolgung in Berlin 1933–1945: Eine Chronologie der Behördenmassnahmen in der Reichshauptstadt*, Berlín, 1996.
- GÜNTHER, Sonja, *Design der Macht: Möbel für Repräsentanten des «Dritten Reiches»*, Stuttgart, 1992.
- HACHTMANN, Rüdiger, y Winfried Süß (eds), *Hitlers Kommissare: Sondergewalten in der nationalsozialistischen Diktatur*, Gotinga, 2006.
- HAMSHER, William, *Albert Speer: Victim of Nuremberg?*, Londres, 1970.
- HANSEN, Reimer, «Der ungeklärte Fall Todt», en *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, vol. 18 (1967), pp. 604–605.
- HARDT, R.E., *Die Beine der Hohenzollern*, Berlín oriental, 1960.
- HARDTWIG, Wolfgang, (ed.), *Utopie und politische Herrschaft im Europa der Zwischenkriegszeit*, Múnich, 2003.
- HAYES, Peter, «Polycracy and Policy in the Third Reich: The Case of the Economy», en Thomas CHILDERS y Jane CAPLAN (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993, pp. 190–230.
- HEER, Hannes y NEUMANN, Klaus (eds), *Vernichtungskrieg: Verbrechen der Wehrmacht 1941–1944*, Hamburgo, 1995.
- HEIBER, Helmut, «Der Generalplan Ost», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 6, no. 3 (1958), 281–325.
- HEIM, Susanne y GÖTZ Aly, «Staatliche Ordnung und “organische Lösung”: Die Rede Hermann Görings “Über die Judenfrage” vom 6. Dezember 1938», *Jahrbuch für Antisemitismusforschung*, vol. 2 (1993), 378–405.
- HEINEMANN, Isabel, *Rasse, Siedlung, deutsches Blut: Die Rasse- und Siedlungshauptamt der SS und die rassenpolitische Neuordnung Europas*, Gotinga, 2003.
- HELLACK, Georg, «Architektur und Bildende Kunst als Mittel nationalsozialistischer Propaganda», *Publizistik*, vol. 5 (1960), pp. 77–95.
- HENDERSON, Neville, *Failure of a Mission, Berlin, 1937–39*, Toronto, 1940.
- HEPP, Michael, «Fälschung und Wahrheit: Albert Speer und “Der Sklavenstaat”», *Mitteilungen der Dokumentstelle zur NS-Sozialpolitik*, vol. 1, no. 3 (1985), pp. 1–69
- HERBERT, Ulrich, *Fremdarbeiter: Politik und Praxis des ‘Ausländer-Einsatzes’ in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Bonn, 1985
- , «Labour and Extermination: Economic Interests and the Primacy of *Weltanschauung* in National Socialism», *Past and Present*, vol. 138, no. 1 (1993), pp. 144–195.
- , ORTH, Karin y DIECKMANN, Christoph (eds.), *Die Nationalsozialistischen Konzentrationslager: Entwicklung und Struktur*, 2 vols, vol. 1, Gotinga, 1998.
- HERBST, Ludolf, *Der Totale Krieg und die Ordnung der Wirtschaft: Die Kriegswirtschaft im Spannungsfeld von Politik, Ideologie und Propaganda 1939–1945*, Stuttgart, 1982.
- , y WEIHE, Thomas (eds.), *Die Commerzbank und die Juden*, Múnich, 2004.
- HERDING, Klaus y MITTIG, Hans-Ernst, *Kunst und Alltag in NS-System: Albert Speers Berliner Straßenlaternen*, Gießen, 1975.
- HERF, Jeffrey, «The Engineer as Ideologue: Reactionary Modernists in Weimar and Nazi Germany», *Journal of Contemporary History*, vol. 19, no. 4 (Octubre 1984), pp. 631–48.
- , *Reactionary Modernism: Technology, Culture and Politics in Weimar and the Third Reich*, Cambridge, 1984.
- HEUSLER, Andreas, SPOERER, Mark y TRISCHLER, Helmut (eds.), *Rüstung, Kriegswirtschaft und Zwangsarbeit im ‘Dritten Reich’*, Múnich, 2010.
- HILBERG, Raul, *The Destruction of the European Jews*, New Haven, 1961.

- HILDEBRANDT, Klaus, *Vom Reich zum Weltreich: Hitler, NSDAP und koloniale Frage 1919–1945*, Múnich, 1969.
- HILL, Dan, «Senate House, University of London», *City of Sound*, 21 Noviembre 2003, en [http://www.cityofsound.com/blog/2003/11/senate\\_house\\_un.html](http://www.cityofsound.com/blog/2003/11/senate_house_un.html).
- HINSLEY, F. H., THOMAS, E.E., SIMKINS, C y RANSOM, C., *British Intelligence in the Second World War: Its Influence on Strategy and Operations*, vol. 3, parte 2, Londres, 1998.
- HITLER, Adolf, *Mein Kampf*, 123rd–124th ed., Múnich, 1934.
- HOFMANN, Werner, *Das Irdische Paradies: Motive und Ideen des 19. Jahrhunderts*, Múnich, 1974.
- HOMZE, Edward L., *Foreign Labor in Nazi Germany*, Princeton, 1967.
- HORWITZ, Gordon J., *In the Shadow of Death: Living Outside the Gates of Mauthausen*, Nueva York, 1990.
- HÖSCHLE, Gerd, *Die deutsche Textilindustrie zwischen 1933 und 1939: Staatsinterventionalismus und ökonomische Rationalität*, Stuttgart 2004.
- HOSSBACH, Friedrich, *Zwischen Wehrmacht und Hitler 1934–1938*, Gotinga, 1965.
- HÜTTENBERGER, Peter, *Die Gauleiter: Studie zum Wandel des Machtgefüges in der NSDAP*, Stuttgart, 1969.
- IRVING, David, «Unternehmen Armbrust: Der Kampf des britischen Geheimdienstes gegen Deutschlands Wunderwaffen», *Der Spiegel*, 17 Noviembre 1965.
- , *The Mare's Nest*, Nueva York, 1965.
- , *Der Traum von der deutschen Atombombe*, Gütersloh, 1967.
- , *Die Tragödie der deutschen Luftwaffe: Aus den Akten und Erinnerungen von Feldmarschall Milch*, Berlín, 1970.
- , *Der Nürnberger Prozess: Die letzte Schlacht*, Múnich, 1979.
- JAMES, Harold, «Innovation and Conservatism in Economic Recovery: The Alleged “Nazi Recovery” in the 1930s», en: W.R. GARSIDE (ed.) *Capitalism in Crisis. International Responses to the Great Depression*, Londres, 1993, pp. 70–96.
- JANSSEN, Gregor, *Das Ministerium Speer: Deutschlands Rüstung im Krieg*, Berlín, 1968.
- JASKOT Paul B., «Anti-Semitic Policy in Albert Speer's Plans for the Rebuilding of Berlin», *The Art Bulletin*, vol. 78, no. 4 (Diciembre 1996), pp. 622–632.
- , *The Architecture of Oppression: The SS, Forced Labor and the Nazi Monumental Building Economy*, Londres, 1999.
- JENKINS, Simon, «It's time to knock down Hitler's headquarters and start again», *The Guardian*, 2 Diciembre 2005.
- JONES, Edgar, WOOLVEN, Robin, DURODIE, Bill y WESSELY, Simon, «Public Panic and Morale: Second World War Civilian Responses Re-examined in the Light of the Current Anti-terrorist Campaign», *Journal of Risk Research*, vol. 9, no. 1 (Enero 2006), 57–73.
- KAHN, Daniela, *Das Europa der Diktatur: Die Steuerung der Wirtschaft durch Recht im nationalsozialistischen Deutschland*, Frankfurt, 2006.
- KAIENBURG, Hermann, 'Vernichtung durch Arbeit': *Der Fall Neuengamme*, Bonn, 1990.
- , *Die Wirtschaft der SS*, Berlín, 2003.
- KATER, Michael H., *Doctors Under Hitler*, Chapel Hill, 1989.
- KEDWARD, H. Roderick, *STO et Maquis dans La France des années noires*, vol. 2, París, 1993.
- KEHRL, Hans, 'Kriegswirtschaft und Rüstungsindustrie', in *Bilanz des Zweiten Weltkrieges: Erkenntnisse und Verpflichtungen für die Zukunft*, Oldenburg, 1953, pp. 267–285.
- , «Zum Untergang des Dritten Reiches», *Historische Tatsachen*, vol. 8, Vlotho, 1981.
- , *Krisenmanager im Dritten Reich*, 2ª ed., Frankfurt, 2007.
- KELLERHOFF, Sven Felix, «Speer war kein unwissender Technocrat: Der Stand der Forschung», *Die Welt*, 10 Mayo 2005.
- , «Neuer Beleg für Speers Lügengebäude», *Die Welt*, 11 Marzo 2007.
- KEMPNER, Robert M.W., «In Spandau gab es keine Märtyrer», *Vorwärts*, 18 Septiembre, 1975.

- KERSHAW, Ian, *Hitler 1936–1945: Nemesis*, Londres, 2000.
- , *The End: The Defiance and Destruction of Hitler's Germany, 1944–1945*, Londres, 2011
- KING, Benjamin y Timothy Kutta, *Impact: The History of Germany's V-Weapons in World War II*, Nueva York, 2003.
- KLAGES, Ludwig, *Mensch und Erde*, Berlín, 1913.
- KLEE, Ernst, «Euthanasie» im NS-Staat: die «Vernichtung lebensunwerten Lebens», Frankfurt, 1983.
- , *Dokumente zur «Euthanasie» im NS-Staat*, Frankfurt 1985.
- , *Das Personenlexikon des Dritten Reich: Wer war was vor und nach 1945*, Frankfurt, 2003.
- , *Das Kulturlexikon zum Dritten Reich: Wer war was vor und nach 1945*, Frankfurt, 2007.
- KLEIN, Burton H., *Germany's Economic Preparations for War*, Cambridge, MA, 1959.
- KLEMMANN, Hein A.M., and Sergei Kudryashov, *Occupied Economies: An Economic History of Nazi-Occupied Europe, 1939–1945*, Londres, 2011.
- KNITTEL, Hartmut, «Deutsche Kampfpanzerproduktion und Fertigungstechnik 1939–1945» en Roland G. Förster y Heinrich Walle (eds.), *Militär und Technik: Wechselbeziehung zu Staat, Gesellschaft und Industrie im 19. und 20. Jahrhundert*, Herford y Bonn, 1992.
- KOGON, Eugen, «Albert Speer und die politische Moral», *Frankfurter Hefte*, vol. 1, Enero 1976.
- KOHL, Peter y BESSEL, Peter, *Auto Union und Junkers: die Geschichte der Mitteldeutschen Motorenwerke GmbH Taucha 1935–1948*, Stuttgart, 2003.
- KOLDEHOFF, Stefan, «Nazi-Gemälderaub: Kunst und Kriegsverbrecher», *Der Spiegel*, 3 Septiembre 2007.
- KRAMER, Hilton, «At the Bauhaus: the fate of art in “the Cathedral of Socialism”», *The New Criterion*, vol. 12, no. 7 (Marzo 1994), pp. 4–10.
- KRAMISH, Arnold, *The Griffin: The Greatest Untold Espionage Story of World War II*, Nueva York, 1986.
- KRANZBÜHLER, Otto, *Rückblick auf Nürnberg*, Hamburgo, 1949.
- Kriegstagebücher des Oberkommandos des OKW:*
- vol. 1/1 y 1/2, 1. August 1940 bis 31. Dezember 1941, ed. Hans-Adolf Jacobsen, Frankfurt, 1965.
- vol. 2/1 y 2/2, 1. Januar bis 31. Dezember 1942, ed. Andreas Hillgruber, Frankfurt, 1963.
- vol. 3/1 y 3/2, 1. Januar bis 31. Dezember 1943, ed. Walther Hubatsch, Frankfurt, 1963.
- vol. 4/1 y 4/2, 1. Januar 1944 bis 22. Mai 1945, ed. Percy Ernst Schramm, Frankfurt, 1961.
- KRIER, Léon, «An Architecture of Desire», *Albert Speer: Architecture 1932–1942*, ed. Léon KRIER, Bruselas, 1985.
- KROENER, Bernhard R., MÜLLER Rolf-Dieter, UMBREIT Hans, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 5/1, Stuttgart, 1988.
- , MÜLLER, Rolf-Dieter y UMBREIT, Hans, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 5/2, Stuttgart, 1999.
- , «“Menschenbewirtschaftung”, Bevölkerungsverteilung und personelle Rüstung in der zweiten Kriegshälfte (1942–1944)», *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 5/2, Stuttgart, 1999, pp. 777–1001.
- KROPP, Alexander, *Die politische Bedeutung der NS-Repräsentationsarchitektur: Die Neugestaltungspläne Albert Speers für den Umbau Berlins zur ‘Welthauptstadt Germania’ 1936–1942/43*, Neuried, 2005.
- KUPFERMAN, Fred, *Le Procès de Vichy: Pucheu, Pétain, Laval*, París, 2006.
- KWIET, Konrad, ‘Nach dem Pogrom: Stufen der Ausgrenzung’, en Wolfgang Benz (ed.), *Die Juden in Deutschland 1933–1945: Leben unter nationalsozialistischer Herrschaft*, Múnich, 1988.
- LANCASTER, Osbert, *Pillar to Post*, Londres, 1938.
- LANE, Barbara Miller, *Architecture and Politics in Germany, 1918–1945*, Cambridge, MA, 1968.
- , «Architects in Power: Politics and Ideology in the Work of Ernst May and Albert Speer», *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 17, no. 1 (verano 1986), pp. 283–310.
- LAQUEUR, Walter y Richard Breitman, *Breaking the Silence*, Nueva York, 1986.

- LARSSON, Lars Olof, LARSSON Sabine y LAMPRECHT, Ingolf, «*Fröhliche Neugestaltung*» oder: *Die Gigantoplanie von Berlin 1937–1943: Albert Speers Generalbebauungsplan im Spiegel satirischer Zeichnungen von Hans Stephan*, Kiel, 2008.
- LAWACZECK, Franz, *Technik und Wirtschaft im Dritten Reich*, München, 1932.
- LEBOVIC, Nitzan, *The Philosophy of Life and Death: Ludwig Klages and the Rise of a Nazi Biopolitics*, Londres, 2013.
- LEEB, Emil, «Aus der Rüstung des Dritten Reiches (Das Heereswaffenamt 1938–1945): Ein amtlicher Bericht des letzten Chefs des Heereswaffenamtes», *Wehrtechnische Monatshefte*, vol. 55, no. 4 (1958).
- LEISTNER, Yrsa von, *Große Begegnungen: Aus der Sicht einer Künstlerin*, Tubinga, 1986.
- LEUGERS, Antonia (ed.), *Berlin, Rosenstraße 2–4: Protest in der NS-Diktatur – Neue Forschungen zum Frauenprotest in der Rosenstraße 1943*, Annweiler, 2005.
- LINDNER, Werner y BÖCKLER, Erich, *Die Stadt: Ihre Pflege und Gestaltung*, München, 1939.
- LONGERICH, Peter, *Politik der Vernichtung: eine Gesamtdarstellung des nationalsozialistischen Judenverfolgung*, München, 1998.
- , *Der ungeschriebene Befehl*, München, 2001.
- , *Heinrich Himmler: Biographie*, Berlín, 2008.
- , *Goebbels: Biographie*, München, 2010.
- LOUBET, Jean-Louis, *La Maison Peugeot*, París, 2009.
- LÜDDE-NEURATH, Walter, *Regierung Dönitz: Die Letzten Tage des Dritten Reiches*, Gotinga, 1964.
- LUDWIG, Karl-Heinz, «Die wohlreflektierten Erinnerungen des Albert Speer: Einige kritische Bemerkungen zur Funktion des Architekten, des Ingenieurs und der Technik im Dritten Reich», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, vol. 21 (1970), pp. 695–708.
- LUDWIG, Karl-Heinz, *Technik und Ingenieure im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1974.
- MAIER, Dieter, *Arbeitseinsatz und Deportation: Die Mitwirkung der Arbeitsverwaltung bei der nationalsozialistischen Judenverfolgung in den Jahren 1938–1945*, Berlín, 1994.
- MANN, Golo, «Des Teufels Architekt: Albert Speers Erinnerungen», *Süddeutsche Zeitung*, 20 y 21 Septiembre 1969.
- MANN, Thomas, 'Deutschland und die Deutschen', en *Thomas Mann: Essays*, vol. 2, *Politik*, ed. Herman Kunzke, Frankfurt, 1977.
- MANSTEIN, Erich von, *Verlorene Siege*, Bonn, 1955.
- MARTIN, Bernd (ed.), «Martin Heidegger und das "Dritte Reich"»: ein Kompendium, Darmstadt, 1989.
- MASER, Werner, *Nürnberg: Tribunal der Sieger*, Düsseldorf, 1977.
- MASON, Timothy W., *Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft: Dokumente und Materialien zur deutschen Arbeiterpolitik 1936–1939*, Opladen, 1975.
- , *Sozialpolitik im Dritten Reich: Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft*, Opladen, 1977.
- MESSERSCHMIDT, Manfred, «Generalfeldmarschall Model's letztes Gefecht», *Die Zeit*, vol. 14, 31 Marzo 2005.
- MIERZEJEWSKI, Alfred C., *The Collapse of the German War Economy, 1944–1945*, Chapel Hill, NC, 1988.
- MILWARD, Alan S., *The German Economy at War*, Londres, 1965.
- , «Fritz Todt als Minister für Bewaffnung und Munition», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 14, no. 1 (1966), pp. 40–58.
- , *War, Economy and Society 1939–1945*, Londres, 1977.
- MITSCHERLICH, Alexander y MIELKE, Fred (eds.), *Medizin ohne Menschlichkeit: Dokumente des Nürnberger Ärzteprozesses*, Frankfurt, 1960.
- MOLL, Martin (ed.), «Führer-Erlasse» 1939–1945, Stuttgart, 1997.
- MOMMSEN, Hans, «Spandauer Tagebücher: Bemerkungen zu den Aufzeichnungen Albert Speers im internationalen Militärgefängnis 1946–1966», *Politische Vierteljahresschrift*, vol. 17 (1976), pp. 8–14.

- MOURET, Jean-Noël, *Louis Renault*, París, 2009.
- MÜHLEN, Norbert, *Der Zauberer: Leben und Anleihen des Dr Hjalmar Horace Greeley Schacht*, Zurich, 1938.
- MÜLLER Max, «Der plötzliche und mysteriöse Tod Dr. Fritz Todts», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, vol. 18 (1967), pp. 602–604.
- MÜLLER, Rolf-Dieter, «Die Mobilisierung der deutschen Wirtschaft für Hitlers Kriegführung» en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 5/1, Stuttgart, 1988.
- , *Der Manager der Kriegswirtschaft: Hans Kehrl – Ein Unternehmer in der Politik des Dritten Reiches*, Essen, 1999.
- , (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 10/1, Stuttgart, 2008.
- , «Endkampf im Reichsgebiet? Die Bedeutung der Oderlinie im Frühjahr 1945», en Werner Künzel y Richard Lakowski (eds.), *Niederlage – Sieg – Neubeginn: Frühjahr 1945*, Potsdam, 2005.
- , *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 10/2, Stuttgart, 2008.
- NAASNER, Walter, *Neue Machtzentren in der deutschen Kriegswirtschaft 1942–1945: Die Wirtschaftsorganisation der SS, das Amt des Generalbevollmächtigten für den Arbeitseinsatz und das Reichsministerium für Bewaffnung und Munition, Reichsministerium für Rüstung und Kriegsproduktion im nationalsozialistischen Herrschaftssystem*, Boppard, 1994.
- NEANDER, Joachim, «Hat in Europa kein annäherndes Beispiel»: *Mittelbau-Dora, ein KZ für Hitlers Krieg*, Berlín, 2000.
- NEAVE, Airey, *Nuremberg: A Personal Record of the Trial of the Major Nazi War Criminals in 1945–6*, Londres, 1978.
- NEITZEL, Sönke y WELZER, Harald, *Soldaten: Protokolle vom Kämpfen, Töten und Sterben*, Frankfurt, 2012.
- NELIBA, Günter, *Wilhelm Frick: Der Legalist des Unrechtsstaates*, Paderborn, 1992.
- NEUFERT, Ernst, *Bauordnungslehre*, Berlín, 1936.
- NEUFELD, Michael J., *The Rocket and the Reich: Peenemünde and the coming of the Ballistic Missile Era*, Nueva York, 1995.
- NISSEN, Margret (con Margrit KNAPP y Sabine SEIFERT), *Sind Sie die Tochter Speer?*, Múnich, 2005.
- NITZE, Paul H., *From Hiroshima to Glasnost: At the Centre of Decision – A Memoir*, Londres, 1990.
- NOSSACK, Hans Erich, *Der Untergang*, Frankfurt, 1976.
- NOWARRA, Heinz J., *Die Deutsche Lufrüstung 1933–1945*, 4 vols, Coblenza, 1993.
- NÜRNBERGER, Jürgen y MAIER, Dieter G., *Präsident, Reichsarbeitsminister, Staatssekretär: Dr. Friedrich Syrup; Präsident der Reichsanstalt für Arbeitsvermittlung und Arbeitslosenversicherung; Leben, Werk, Personalbibliographie*, Ludwigshafen, 2007.
- ORDWAY, Frederick y SHARPE, Mitchell R., *The Rocket Team*, Cambridge, MA, 1982.
- ORLAND, Barbara, «Der Zwiespalt zwischen Politik und Technik: Ein kulturelles Phänomen in der Vergangenheitsbewältigung Albert Speers und seiner Rezipienten», en Burkhard Dietz, Michael Fessner y Helmut Maier (eds.), *Technische Intelligenz und «Kulturfaktor Technik»: Kulturvorstellungen von Technikern und Ingenieuren zwischen Kaiserreich und früher Bundesrepublik Deutschland*, Münster, 1996, pp. 269–295.
- ORTH, Karin, *Das System der nationalsozialistische Konzentrationslager: Eine politische Organisationsgeschichte*, Hamburgo, 1999.
- OVEN, Wilfred von, *Finale Furioso: Mit Goebbels bis zum Ende*, Tubinga, 1974
- OVERESCH, Manfred, *Bosch in Hildesheim 1937–1945: Freies Unternehmertum und nationalsozialistische Rüstungspolitik*, Gotinga, 2008.
- OVERMANS, Rüdiger, «Die Kriegsgefangenenpolitik des Deutschen Reiches», en Jörg ECHTERNKAMP (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 9/2, Stuttgart, 2005, pp. 825–834.
- , *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 2004.
- OVERY, Richard, *The Air War: 1939–1945*, Londres, 1980.
- , «Hitler's War and the German Economy: A Reinterpretation», *The Economic History Review*, vol.

- 35, no. 2 (Mayo 1982), pp. 287–313.
- , *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994.
- , OTTO, Gerhard y HOUWINK, Johannes ten Cate, *Die Neuordnung Europas: NS-Wirtschaftspolitik in den besetzten Gebiete*, Berlín 1997.
- , *Bomber Command 1939–1945: Reaping the Whirlwind*, Londres, 1997.
- , *The Bombing War: Europe 1939–1945*, Londres, 2013.
- OZSVÁTH, Zsuzsanna, *In the Footsteps of Orpheus: The Life and Times of Miklós Radnóti*, Bloomington, 2000.
- PEHLE, Walter H. (ed.), *Der Judenpogrom 1938: vom «Reichskristallnacht» zum Völkermord*, Frankfurt, 1988.
- PETROPOULOS, Jonathan, *Kunstraub und Sammelwahn: Kunst und Politik im Dritten Reich*, Berlín, 1999.
- PETSCH, Joachim, *Baukunst und Stadtplanung im Dritten Reich: Herleitung/Bestandaufnahme/Entwicklung/Nachfolge*, Múnich, 1976.
- PETZINA, Dietmar, *Autarkiepolitik im Dritten Reich: Der nationalsozialistische Vierjahresplan*, Stuttgart, 1968.
- PINGEL, Falk, *Häftlinge unter SS-Herrschaft: Widerstand, Selbstbehauptung und Vernichtung im Konzentrationslager*, Hamburgo, 1978.
- PISZKIEWICZ, Dennis, *The Nazi Rocketeers: Dreams of Space and Crimes of War*, Mechanicsburg, PA, 1995.
- PLOETZ, Karl (eds. Percy Ernst Schramm y Hans O. H. Stange), *Geschichte des Zweiten Weltkrieges*, vol. 2, *Die Kriegsmittel*, Würzburg, 1960.
- POLLARD, Miriam, *The Other Face of Love. Dialogues with the Prison Experience of Albert Speer*, Nueva York, 1996.
- POSENER, Julius (ed.), *Hans Poelzig: Gesammelte Schriften und Werke*, Berlín, 1970.
- , «Zwei Lehrer: Heinrich Tessenow und Hans Poelzig», en Reinhard RÜRUP (ed.), *Wissenschaft und Gesellschaft: Beiträge zur Geschichte der Technischen Universität Berlin 1879–1979*, vol. 1, Berlín, 1979.
- POWERS, Thomas, *Heisenberg's War: The Secret History of the German Bomb*, Nueva York, 1994.
- PRIESTER, Hans Erich, *Das deutsche Wirtschaftswunder*, Amsterdam, 1936.
- RAEDER, Erich, *Mein Leben*, 2 vols, Tubinga 1956–1957.
- REBENTISCH, Dieter, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg: Verfassungsentwicklung und Verwaltungspolitik 1939–1945*, Stuttgart, 1989.
- REBENTISCH, Dieter y TEPPE, Karl (eds.), *Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers*, Gotinga, 1986.
- RECKER, Marie-Luise, «Der Reichskommissar für den sozialen Wohnungsbau: Zu Aufbau, Stellung und Arbeitsweise einer führerunmittelbaren Sonderbehörde», en Dieter REBENTISCH y Karl TEPPE (eds.), *Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers*, Gotinga, 1986, pp. 333–350.
- REICHEL, Peter, *Der schöne Schein des Dritten Reiches: Gewalt und Faszination des deutschen Faschismus*, Hamburgo, 2006.
- REICHHARDT, H. J. y Wolfgang SCHÄCHE, *Ludwig Hoffmann in Berlin*, Berlín, 1987.
- , *Von Berlin nach Germania: Über die Zerstörung der 'Reichshauptstadt' durch Albert Speers Neugestaltungsplanungen*, Berlín, 2008.
- REIF, Adelbert, *Albert Speer: Kontroversen um ein deutsches Phänomen*, Múnich, 1978.
- REINHARDT, Richard, «Heute vor 25 Jahren starb Fritz Todt als unbequemer Warner», *Pforzheimer Zeitung*, vol. 32, 8 Febrero 1967.
- REITLINGER, Gerald, *Die Endlösung: Hitlers Versuch der Ausrottung der Juden Europas 1939–1945*, Berlín, 1956.
- RICHTER, Ilka, *SS-Elite vor Gericht: Die Todesurteile gegen Oswald Pohl und Otto Ohlendorf*, Marburg, 2011.

- RIECKE, Hans-Joachim, «Ernährung und Landwirtschaft im Kriege», en *Bilanz des Zweiten Weltkrieges: Erkenntnisse und Verpflichtungen für die Zukunft*, Oldenburg, 1953, pp. 329–346.
- RIEDEL, Matthias, *Eisen und Kohle für das Dritte Reich: Paul Pleigers Stellung in der NS-Wirtschaft*, Gotinga, 1973.
- RILKE, Rainer Maria y Marianne Gilbert, *Le tiroir entr'ouvert*, París, 1956.
- RITTICH, Werner, *New German Architecture*, Berlín, 1941.
- ROHLAND, Walter, *Bewegte Zeiten: Erinnerungen eines Eisenhüttenmannes*, Stuttgart, 1978.
- ROHWER, Jürgen, *Der Krieg zur See, 1939–1945*, Múnich, 1992, traducido al inglés como *War at Sea 1939–1945*, Annapolis, 1996.
- ROSENBERG, Raphael, «Architekturen des “Dritten Reiches”: Völkische Heimatideologie versus internationale Monumentalität» (2011), p. 9, online en ART-Dok <<http://archiv.ub.uniheidelberg.de/artdok/volltexte/2011/1501>>.
- RÖSSLER, Eberhard, *U-Boottyp XXI*, Bonn, 2008.
- SABIN, Guy, *Jean Bichelonne: Ministre sous l'occupation 1942–1944*, París, 1991.
- SALEWSKI, Michael, *Die deutsche Seekriegsleitung 1935–1945*, 3 vols., Frankfurt, 1970–1975.
- SANDGRUBER, Roman, «Dr. Walter Schieber: Eine nationalsozialistische Karriere zwischen Wirtschaft, Bürokratie und SS», en Reinhard Krammer, Christoph Kühberger y Franz Schausberger (eds.), *Der forschende Blick: Beiträge zur Geschichte Österreichs im 20. Jahrhundert*, Viena, 2010.
- SAUR, Karl-Otto, *Er stand in Hitlers Testament*, Berlín, 2007.
- SCHABEL, Ralf, *Die Illusionen der Wunderwaffen: Die Rolle der Düsenflugzeuge und Flugabwehrraketen in der Rüstungspolitik des Dritten Reiches*, Múnich, 1994.
- SCHÄCHE, Wolfgang y Norbert Szymanski, *Das Reichssportfeld: Architektur im Spannungsfeld von Sport und Macht*, Berlín, 2001.
- SCHERNER, Jonas y Streb, Jochen, «Das Ende eines Mythos? Albert Speer und das so genannte Rüstungswunder», *Vierteljahreshefte für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, vol. 93 (2006), pp. 172–196.
- SCHLIE, Ulrich (ed.), *Albert Speer: Die Kransberg-Protokolle 1945: Seine ersten Aussagen und Aufzeichnungen (Juni–September)*, Múnich, 2003.
- SCHMIDT, Matthias, *Albert Speer – Das Ende eines Mythos: Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, Múnich, 1982.
- SCHMIDT, Ulf, *Karl Brandt: The Nazi Doctor – Medicine and Power in the Third Reich*, Londres, 2007.
- SCHNEIDER, Michael C., *Unternehmensstrategien zwischen Weltwirtschaftskrise und Kriegswirtschaft: Chemnitzer Maschinenbauindustrie in der NS-Zeit 1933–1945*, Essen, 2005.
- SCHÖNBERGER, Angela, *Die Neue Reichskanzlei von Albert Speer: Zum Zusammenhang von nationalsozialistischer Ideologie und Architektur*, Berlín, 1981.
- SCHOPPMANN, Claudia, «“Fabrikaktion” in Berlin: Hilfe für untergetauchte Juden als Form des humanitären Widerstandes», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, vol. 53, no. 2 (2005), pp. 138–148.
- SCHRADE, Christian, *Christuskirche Mannheim*, Mannheim, 1911, reimpresso 1986
- SCHRAFSTETTER, Susanna, «Verfolgung und Wiedergutmachung – Karl M. Hettlage: Mitarbeiter von Albert Speer und Staatssekretär im Bundesfinanzministerium», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 56, no. 3 (2008), pp. 431–466.
- SCHREIBER, Gerhard, *Die italienischen Militärinternierten im deutschen Machtbereich 1943–1945: verraten – verachtet – vergessen*, Múnich, 1990.
- SCHRÖTER, Barbara, *Stoff für Tausend und Ein Jahr: Die Textilsammlung des Generalbauinspektors für die Reichshauptstadt (GBI) – Albert Speer*, Berlín, 2013.
- SCHULTE, Jan Erik, «Das SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamt und die Expansion des KZ-Systems», en Wolfgang BENZ y Barbara DISTEL, *Ort des Terrors: Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. 1 (*Die Organisation des Terrors*), Múnich, 2005, pp. 141–155.

- SCHULTZE-NAUMBURG, Paul, *Kunst und Rasse*, München, 1928.
- SCHWARZ, Hans-Peter, *Axel Springer: die Biographie*, Berlín, 2008.
- SCHWENDEMANN, Heinrich, «Strategie der Selbstvernichtung: Die Wehrmachtführung im “Endkampf” um des “Dritte Reich”», en Rolf-Dieter MÜLLER y Hans-Erich VOLKMANN (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität*, München, 1999, pp. 224–244.
- SCHWENDEMANN, Heinrich, «“Drastic Measures to Defend the Reich at the Oder and the Rhine. . .”: A Forgotten Memorandum of Albert Speer of 18 March 1945», *Journal of Contemporary History*, vol. 38, no. 4 (octubre de 2003), pp. 597–614.
- SCHWERIN von KROSIGK, Lutz Graf, *Die große Zeit des Feuers: Der Weg der deutsche Industrie*, vol. 2, Tübinga, 1957.
- SEIDEL, Robert, *Deutsche Besatzungspolitik in Polen: Der Distrikt Radom 1939–1945*, Berlín, 2006.
- SEIDLER, Franz W., «Das Nationalsozialistische Kraftfahrkorps und die Organisation Todt im Weltkrieg», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 32, no. 4 (1984), pp. 625–636.
- , *Fritz Todt: Baumeister des Dritten Reiches*, München, 1986.
- SERENY, Gitta, «Hat Speer alles gesagt?» *Die Zeit*, *Zeitmagazin*, no. 43, 20 Octubre 1978.
- , *Albert Speer: His Battle With Truth*, Londres, 1995.
- SILVERMANN, Dan P., *Hitler’s Economy: Nazi Work Creation Programs, 1933–1936*, Cambridge, MA, 1998.
- SIMON, Hans, *Das Herz unsere Städte*, Essen, 1963.
- SINN, Andrea, «The Return of Rabbi Robert Raphael Geis to Germany: One of the Last Witnesses of Germany Jewry?», *European Judaism*, vol. 45, no. 2 (otoño de 2012), pp. 123–138.
- SKILTON, David, «Contemplating the Ruins of London: Macaulay’s New Zealander and Others», *The Literary London Journal*, vol. 2, no. 1 (marzo de 2004).
- SMELSER, Ronald, *Robert Ley: Hitler’s Labour Front Leader*, Oxford, 1988.
- , y ZITELMANN, Rainer (eds.), *Die braune Elite I: 22 biographische Skizzen*, Darmstadt, 1999.
- SMITH, Bradley F., *Reaching Judgment at Nuremberg*, Nueva York, 1977.
- , «Die Überlieferung der Hossbach–Niederschrift im Lichte neuer Quellen», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 38 (1990), pp. 329–336.
- SONDHEIMER, Kurt, «Der Tatkreis», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 7, no. 3 (1959) pp. 229–260.
- SONNENFELDT, Richard W., *Mehr als ein Leben*, Berna, 2003.
- , *Witness to Nuremberg*, Nueva York, 2006.
- SPECKMANN, Thomas, «Erst Kanonen, dann Butter», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 9 Febrero 2000.
- SPOTTS, Frederic, *Hitler and the Power of Aesthetics*, Londres, 2002.
- STEINERT, Marlis G., *Die 23 Tage der Regierung Dönitz: Die Agonie des Dritten Reiches*, München, 1982.
- STRAUB, Karl Willy, *Die Architektur im Dritten Reich*, Stuttgart, 1932.
- STREB, Jochen y STREB, Sabien, «Optimale Beschaffungsverträge bei asymmetrischer Informationsverteilung: Zur Erklärung des nationalsozialistischen “Rüstungswunders” während des Zweiten Weltkriegs», *Zeitschrift für Wirtschafts- und Sozialwissenschaften*, vol. 118 (1998), pp. 275–294.
- SWEETMAN, John, *The Dambusters Raid*, Londres, 1999.
- TAMM, Friedrich, «Die Kriegerdenkmäler Wilhelm Kreis», *Die Kunst im Deutschen Reich*, no. 3, 1943.
- TAYLOR, Robert R., *The Word in Stone. The Role of Architecture in the National Socialist Ideology*, Berkeley, 1974.
- TESSENOW, Heinrich, *Handwerk und Kleinstadt*, Berlín, 1919.
- TEUT, Anna, *Architektur im Dritten Reich 1933–1945*, Berlín, 1967.
- THOMAS, Georg, *Geschichte der deutschen Wehr- und Rüstungswirtschaft 1918–1943/45*, Boppard, 1966.
- THORWALD, Jürgen, *Das Ende an der Elbe*, Stuttgart, 1952.

- TOLAND, John, *Adolf Hitler*, Nueva York, 1976.
- TOOZE, Adam, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006.
- TREUE, Wilhelm, «Hitlers Denkschrift zum Vierjahresplan 1936», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 3, no. 2 (Abril 1955) pp. 184–210.
- TREVOR-ROPER, Hugh, *The Last Days of Hitler*, Londres, 1947.
- TRIAL OF THE MAJOR WAR CRIMINALS BEFORE THE INTERNATIONAL MILITARY TRIBUNAL, «*Blue Series*», 42 vols, Nuremberg, 1947–1949.
- TRIALS OF WAR CRIMINALS BEFORE THE NURENBERG MILITARY TRIBUNALS UNDER CONTROL COUNCIL LAW No. 10, «*Green Series*», 15 vols, [http://www.loc.gov/rr/frd/Military\\_Law/NTs\\_war-criminals.html](http://www.loc.gov/rr/frd/Military_Law/NTs_war-criminals.html).
- TROOST, Gerdy, *Das Bauen im Neuen Reich*, vol. 1, Bayreuth, 1938.
- UDOVIČKI-SELB, Danilo, «Facing Hitler's Pavilion: The Uses of Modernity in the Soviet Pavilion at the 1937 Paris International Exhibition», *Journal of Contemporary History*, vol. 47, no. 1 (Enero 2012), pp. 13–47.
- VAT, Dan van der, *Der gute Nazi: Leben und Lügen des Albert Speer*, Berlín, 1997.
- VOIGT, Wolfgang and Roland May (eds), *Paul Bonatz (1877–1956)*, Tubinga, 2010.
- VOLKOV, Shulamit, *Walther Rathenau: The Life of Weimar's Fallen Statesman*, New Haven y Londres, 2012; traducción alemana por Ulla Höber como *Walther Rathenau: ein Jüdisches Leben in Deutschland 1867 bis 1922*, Múnich, 2012.
- VONAU, Jean-Laurent, *Le Gauleiter Robert Wagner: Le Bourreau de l'Alsace*, Estrasburgo, 2011.
- WAGENFÜHR, Rolf, *Die deutsche Industrie im Kriege 1939–1945*, Berlín, 1954.
- WAGNER, Jens-Christian, *Produktion des Todes: Das KZ-Mittelbau-Dora*, Gotinga, 2001.
- WÄLDIN, Herbert, *50 Jahre Christuskirche Mannheim 1911–1961*, Mannheim, 1961.
- WALKER, Mark, *Nazi Science: Myth, Truth, And The German Atomic Bomb*, Nueva York, 2001.
- WEBER, J. B., «Aspects of National Socialist Architecture», *Architectural Association Quarterly*, vol. 1 (1969).
- WEDEKIND, Michael, *Nationalsozialistische Besatzungs- und Annexionspolitik in Norditalien 1943 bis 1945: Die Operationszonen 'Alpenvorland' und 'Adriatisches Küstenland'*, Múnich, 2003.
- WEHLER, Hans-Ulrich, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 4 (*Vom Beginn des Ersten Weltkriegs bis zur Gründung der beiden deutschen Staaten 1914–1949*), Múnich, 2003.
- WEIDENBACH, Uli, *Geheimnisse des Dritten Reichs 6/6: Speers Täuschung*, Phoenix TV programme, broadcast 15 Febrero 2012.
- WEISENBORN, Günther, *Memorial*, Berlín, 1962.
- WENGST, Udo, *Theodor Eschenburg: Biographie einer politischen Leitfigur 1904–1999*, Berlín, 2005.
- WIEGREFE, Klaus, «Der charmante Verbrecher», *Der Spiegel*, 2 Mayo 2005.
- WILDT, Michael, *Generation des Unbedingten: Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2003.
- WILLEMS, Susanne, *Der entsiedelte Jude: Albert Speers Wohnungsmarktpolitik für den Berliner Hauptstadtbau*, Berlín, 2002.
- , «Er betrieb aktiv die Zerstörung jüdischer Existenzen», *Die Welt*, 12 Abril 2005.
- WOLTERS, Rudolf, *Albert Speer*, Oldenburg, 1943.
- WRIGHT, Frank Lloyd, «Architecture and Life in the USSR», *Architectural Record* (October 1937).
- WYSOCKI, Gerd, *Arbeit für den Krieg: Herrschaftsmechanismen in der Rüstungsindustrie des 'Dritten Reiches': Arbeitseinsatz, Sozialpolitik und Staatspolizeiliche Repression bei den Reichswerken 'Hermann Göring' im Salzgitter-Gebiet 1937/38 bis 1945*, Brunswick, 1992.
- YELTON, David K., *Hitler's Volkssturm: The Nazi Militia and the Fall of Germany 1944–1945*, Lawrence, KS, 2002.
- ZABEL, Dirk, «Das Projekt der "Stadt X für 20,000 Einwohner" bei Trassenheide oder die Militarisierung des Urbanen im Nationalsozialismus», en Bernfried Lichtnau, *Architektur in*

*Mecklenburg und Vorpommern 1800–1950*, Greifswald, 1996, pp. 340–50.  
ZELNHEFER, Siegfried, *Die Reichsparteitage der NSDAP in Nürnberg*, Nuremberg, 2002.  
ZELLE, Karl-Günter, *Hitlers zweifelnde Elite: Goebbels – Göring – Himmler – Speer*, Paderborn, 2010.  
ZUCKMAYER, Carl, «Albert Speer hat überwunden», *Die Welt*, 31 Julio 1975.

# Table of Contents

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

1. EL JOVEN ARQUITECTO

2. NÚREMBERG Y BERLÍN

3. GERMANIA

4. EL ESTADO DEL ARMAMENTO ALEMÁN EN 1942

5. MINISTRO DE ARMAMENTOS

6. MANO DE OBRA: LIBRE, FORZADA Y ESCLAVA

7. LA CONSOLIDACIÓN DEL PODER

8. EL DESAFÍO AL PODER

9. ARMAS MILAGROSAS

10. EL FINAL A LA VISTA

11. DERROTA

12. NÚREMBERG

13. SPANDAU

14. EL NAZI BUENO

CONCLUSIÓN

NOTAS

ABREVIATURAS

BIBLIOGRAFÍA